

GLORIA V. CASAÑAS

se

El ángel rojo

UN AMOR INESPERADO EN LOS SALONES DE

Lectulandia

Julián Zaldívar es un personaje de «La maestra de la laguna», otro de los éxitos de una de las mejores autoras de novelas románticas de Latinoamérica. Ahora es el turno de la historia de amor entre Julián y Brunilda, en la Buenos Aires de fin del siglo XIX.

Dice Casañas sobre Julián Zaldívar: «Fue muy querido por las lectoras. Sentí la necesidad de darle una historia propia, porque tiene un corazón noble y después de haber sufrido tanto merecía ser feliz».

Corre el año 1876, y la presidencia de Nicolás Avellaneda se estremece bajo los ecos de una frustrada revolución. La crisis económica sacude al país y el encono partidario entre mitristas y alsinistas desborda los cafés y las calles de Buenos Aires.

La colonización agrícola se yergue como una promesa en los rostros de los inmigrantes que llegan en oleadas: los tanos, los turcos, los gaitas y los rusos cambian la fisonomía de una ciudad que deja atrás su pasado de Gran Aldea.

A ese escenario turbulento regresa Julián Zaldívar y Durand, y retoma los lazos que lo unían a la clase dirigente. Sin embargo, no es el mismo de antes. La sociedad porteña se horrorizaría si supiese lo que el soltero más codiciado del momento esconde en su propia casa. El hombre que regresa a su tierra a lamerse las heridas, como el león a su madriguera, se verá envuelto en toda clase de intrigas: políticas y de alcoba. Él, que había jurado no volver a enamorarse. Una mujer ilícita, una viuda intrigante, una joven desamparada y un antiguo amor ponen a prueba esa decisión. Entre los debates de los hacendados en la Sociedad Rural, la xenofobia en las pampas y los misterios del universo femenino, Julián Zaldívar, porteño nacido en cuna de oro, se enfrentará a los fantasmas de su propio pasado.

En la más intimista de todas sus novelas, la autora pinta un fresco de la Buenos Aires de las últimas décadas del siglo XIX, con todos los matices que la convirtieron en la Reina del Plata.

Lectulandia

Gloria V. Casañas

El ángel roto

Un amor inesperado en los salones de Buenos Aires

ePub r1.0

Titivillus 16.12.2018

Gloria V. Casañas, 2012

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.0

más libros en lectulandia.com

*A mis abuelos Vodanovich, Mateo y Aurora,
y mis abuelos Casañas, Cirilo y Nicolasa,
que llenaron mi vida de recuerdos imborrables.*

«He nacido en Buenos Aires.
¡Qué me importan los desaires
con que me trate la suerte!
Argentino hasta la muerte,
he nacido en Buenos Aires».

(Fragmento de «Trova», de
CARLOS GUIDO Y SPANO)

PRÓLOGO

Los designios del «Tata Dios»

Serranías del Tandil, enero de 1872

El camino de tierra se abría paso entre las cortaderas y se perdía en la llanura, donde se dibujaban los techos bajos de las casas. El viento peinaba los penachos blancos con su hálito ardiente.

El Tandil. La áspera belleza de la sierra, recortada sobre el cielo de verano, estaba en su esplendor. La siesta se alargaba sobre roquedales y espinillos, aplacando el trino de las calandrias. Solo el zumbido de las avispas y el canto perezoso de las cigarras revelaban la vida latente. Los pobladores dormían, o bien se recogían en la frescura de los patios emparrados, dedicados a labores sencillas que no exigiesen esfuerzo.

En uno de esos patios rodeados de pitas, dos mujeres compartían el silencio que caía con pesadez sobre las baldosas de barro. El goteo del aljibe marcaba el ritmo de las agujas en el bastidor. Entre ambas yacía, amodorrado, un gato blanco y gris.

—A ver, hija... —murmuró la mujer mayor, inclinándose hacia la otra.

La joven de rubia cabellera extendió su labor sobre el regazo, ofreciéndola al juicio de la más experta.

—Mmm... está bien. Un poco fruncida la tela acá, *ma bene*.

Volvieron al silencio acogedor y el gato, molesto por la interrupción de su ronroneo, se volvió panza arriba, gruñendo. La muchacha lo acarició con su pie descalzo. La blancura de su piel contrastaba con la morena de doña Filipa, que ya peinaba canas en el cabello oscuro.

Todo en Brunilda era peculiar: los labios rojos, los ojos negros como pozos profundos, el cabello enroscado en la cintura, la silueta delgada... Nada tenía en común con aquella italiana rolliza, y menos aún con don Pasquale, el viejo molinero que había llegado al país con una mano atrás y otra delante, como solía decir cuando las cosas no marchaban como hubiese querido. Y Brunilda no era en verdad de su sangre, sino una huérfana acogida en la casa de aquel matrimonio de inmigrantes. Por sus venas corría la estirpe eslava de Hvar, la isla cubierta de lavanda que los griegos llamaban Pharos. Había sustituido su verdadero apellido por el de sus padres adoptivos: Marconi.

Brunilda Marconi colmó de dicha el hogar de los viejos anconitanos. Pasquale decía que daba lo mismo que la niña hubiese nacido en Hvar o en Ancona, pues ambos pueblos reposaban en las aguas del Adriático. Y Brunilda había crecido como italiana, recordando apenas la vida junto a su padre en la isla azul de su infancia.

La casita de los Marconi se erguía en la ondulada llanura con su tapial pintado de rosa, su frondoso nogal que brindaba sombra a los caminantes, y su patio trasero mirando hacia el horizonte infinito.

—Vaya a ver, hija, si viene mi Pasquale.

La joven dejó su labor ovillada sobre el banco de piedra y subió presta los peldaños que conducían a la azotea, desde donde se veía la inmensidad salpicada de techos rojos. La italiana aprovechó ese momento para revisar la costura de su hijastra. Las puntadas finas y pequeñas la hicieron sonreír con satisfacción. Brunilda era buena aprendiz, tenía manos de hada. Filipa procuraba no ensalzar demasiado su trabajo para que la muchacha se esmerase. Su intención era dejarle un oficio que pudiera servirle de sustento, llegado el caso. En una tierra como aquella, más valía estar prevenido.

Brunilda recibió el latigazo del sol en la cara e hizo visera sobre los ojos para atisbar los alrededores. Filipa siempre se preocupaba cuando su marido demoraba unos minutos más de lo habitual. El matrimonio se aferraba a la rutina que ellos mismos habían creado, como un refugio ante la hostilidad del medio en el que habían erigido su hogar. Si bien las fronteras se habían quietado y ya no vibraban los aterradores alaridos indios en el aire límpido de la sierra, aún pululaban bandoleros en la región, más temibles a veces, ya que no obedecían a ninguna autoridad. Eran la ley en sí mismos, una ley escrita con sangre.

El Tandil dormía su apacible siesta provinciana.

Filipa sintió una repentina zozobra ante la quietud de la hora y llamó a voces a Brunilda, espantando al gato, que se refugió bajo un macizo de campanillas azules.

—Aquí estoy, *mamma* —se apresuró a decir la muchacha—. No se ve nada aún.

—*Questo* cómo tarda... En fin, sigamos...

—No se aflija, *mamma*, es temprano, me parece.

Filipa guardó silencio, angustiada. Contaba los segundos del regreso de su hombre, siempre puntual. El trabajo de molinero era harto peligroso, Pasquale debía treparse a descomunales alturas para cumplirlo, y ella rezaba cada noche para que la Virgen le conservase las piernas firmes y no sufriese una caída.

Ambas mujeres retomaron sus tareas, hasta que la italiana se interrumpió y su mirada se perdió más allá de las pitas que cercaban el patio. La llaneza del campo le causó aprensión, y las palabras brotaron de su boca de manera imprevista:

—Vea, *figlia mia*, si algo sucede, no dude en recurrir a don Armando Zaldívar, de El Duraznillo. ¿*Capisci*? Es un caballero que sabrá protegerla.

—¿Por qué me lo dice, madre? ¿Qué puede suceder?

Filipa volvió su rostro redondo hacia la joven con sorpresa, como si recién se diese cuenta de lo que había dicho.

—Cosas de vieja, no haga caso.

El amodorrado Fígaro maulló de repente, y las mujeres saltaron en sus bancos al ver entrar al tan esperado Pasquale. El hombre venía cubierto de polvo y un poco

inclinado hacia delante.

—¿Qué pasa, viejo, te has lastimado? —Acudió solícita Filipa.

El molinero se quitó la gorra para colgarla del gancho junto a la puerta.

—¡No pasa nada, mujer! Cosas del oficio, un traspies... *Mamma mia*, estos huesos se están poniendo viejos...

—No diga eso, padre, usted es joven todavía —lo endulzó Brunilda, mientras corría a colocarle un almohadón tras la espalda.

Filipa se apresuró a calentar la pava y a retirar de la despensa las confituras que había horneado en su ausencia.

El hombre se besó la punta de los dedos al probar una de aquellas delicias.

Y la italiana se colocó el delantal, clueca de satisfacción, dispuesta a compartir con su esposo la merienda. Brunilda dejó un beso en la frente curtida de Pasquale y se retiró a su pequeño cuarto, contenta de saber que reinaba la tranquilidad en la casa, ahora que estaban todos juntos.

Los Marconi se habían acriollado lo suficiente como para incluir el mate entre sus costumbres, de manera que Pasquale sorbió con gusto del que su mujer le cebaba, en tanto se acomodaba para contar los sucesos del día. Era la mejor hora, la de las confidencias y los recuerdos.

—*Ti ricordi*, viejo, la casa de Ancona... tenía tantas flores...

—Y una buena huerta, Filipa.

—Y *osté* tenía la barquita, que no era mucho, pero...

—*Sempre* traía buena pesca, ¿no?

—Éramos felices, viejo...

—¡*Atenti*, Filipa! ¿Es que no lo somos ahora? —Pasquale enfatizó su expresión con un ademán que mostraba el interior de la casita, embellecida por los detalles que Filipa y Brunilda elaboraban con sus propias manos.

—*Certo* —asintió ella—. No debo quejarme, sería un pecado para la Virgen Santa que nos protege.

—Y que nos dio a Brunilda.

—Eso, que nos dio una hija cuando ya pensábamos... —y Filipa dejó en suspenso la referencia a los largos años de aguardar hijos propios que no habían sido fecundos.

—Así y todo, Pasquale... ¿No tienes deseos de volver a ver tu tierra, a tu gente?

Una sombra de tristeza cruzó el rostro del hombre, que se atusó el bigote caído.

—Eh... un poco, puede ser, sí... Pero sabe bien, Filipa, que no había sitio para nosotros allá, el campo le quedaba al mayor, y luego, los otros en la guerra... ¿Qué destino hubiera tenido *io*?

La mujer se sacudió los pensamientos como si se tratase de una nube de mosquitos y se echó a reír.

—*Madonna Santa*, hoy estoy de tonta... Me pasé el día pensando tonteras, en lugar de atender la casa como es debido.

—Filipa, nadie atiende la casa mejor que *osté* —y el viejo molinero oprimió la barbilla temblorosa de su mujer con ternura que trató de disimular de inmediato, quejándose:

—*Ma* este gato, ¿qué cosa hace acá? ¡*Sempre* en el camino!

—El pobre, nos acompaña adonde vayamos. Si sembramos, nos sigue por el surco; si cosemos, se echa a los pies; si amaso la pasta, se sube a la despensa.

Fígaro levantó la cabeza como si supiese que era el centro de la conversación, y echó una mirada lánguida sobre los amos, que lo observaban. De sus ojos como ranuras emergió un destello malicioso y volvió a enroscarse, olvidado ya del asunto.

—El muy vago... —comentó risueño Pasquale, y se levantó para asearse antes de la cena.

Brunilda se refugió en su catre, junto a la ventana que daba a la sierra. Esa vista era la más bonita, le permitía imaginar lo que había detrás de la gran roca y gozar de sus cambiantes colores: azul al amanecer, dorado en la tarde, violeta al caer la noche.

A esa hora el murallón se alzaba, imponente, ofreciendo a los ojos de la joven sus grietas arcillosas, sus brillos metálicos y sus laderas manchadas de gris. Más allá, la enorme piedra oscilante, la maravilla de la región, adorada por los nativos y visitada por los forasteros curiosos. Brunilda temía que alguna vez, al despertar, ya no estuviese.

Se rompería el hechizo de aquel sitio para siempre.

El murmullo de la conversación de los Marconi se interrumpió, y un chirrido quebró la paz de la tarde. Brunilda se inclinó sobre el marco de la ventana y vio a Fígaro disparar como alma que lleva el diablo. Extrañada, se levantó y corrió la cortina que separaba su cuarto del comedor de la casita.

El horror se presentó ante sus ojos.

Sobre el mantel de flores amarillas donde aún reposaba la bandeja del mate, descansaba la cabeza de Pasquale, dormido... sobre un charco de sangre. La mirada azul del hombre se apagaba como la llama de una vela moribunda. Filipa yacía recostada sobre la mesada de azulejos que su esposo había construido con sus propias manos. Todavía sostenía entre sus dedos crispados la espátula de madera con la que pensaba dar comienzo al guiso de la noche. Y en medio de ambos, erguido como una estatua de maldad, un hombre vestido de paisano, con la frente envuelta en un pañuelo rojo, la camisa abierta en el pecho velludo, una rastra repleta de monedas sosteniendo el chiripá, y botas de potro teñidas de rojo.

La sangre de los Marconi.

Brunilda miró ese rostro siniestro surgido de la nada y comprendió que su vida había terminado, que no volvería a disfrutar del cariño de sus padres adoptivos ni seguiría viviendo en la casa rosada del camino. Como en torbellino resonaron en sus oídos las palabras de Filipa: «No dudes en recurrir a don Armando Zaldívar... es un caballero». Aun en su conmoción, entendió que debía correr por su vida y, sin esperar

a que el asesino reaccionase, saltó sobre la alfombrilla de esparto que protegía el portal y huyó a través del patio, hacia donde sus pies descalzos pudieran llevarla.

Cruz Ramírez sonrió con ferocidad. El asalto acababa de proporcionarle una recompensa inesperada. Creía encontrar tan solo al matrimonio de gringos, y ahora veía que una pajarita tierna anidaba en aquella casa que él y sus secuaces se habían propuesto borrar de la faz de la tierra. Una señal más de que su misión era un designio divino. Enarboló la tacuara con la que había atravesado a los Marconi, y salió en pos de Brunilda.

Recién al cruzar el campo aledaño, la joven se dio cuenta de que aquel ataque no era casual, que formaba parte de un plan, pues avistó a otros hombres que recorrían la zona, gritando y alardeando con sus armas sobre sus monturas, poseídos de una salvaje alegría:

—¡Viva la República Argentina!

—¡Mueran los gringos y masones!

—¡Viva la religión federal, carajo!

Las voces reverberaban como ecos trágicos entre los desfiladeros que cortaban la sierra.

Sin sentir las llagas que laceraban sus pies, Brunilda enfiló hacia los laberintos rocosos, segura de hallar mejor refugio que en el caserío. Sonaban disparos mezclados con gritos de angustia, y adivinó la suerte de otros pobladores en otras casas como la suya. El espanto le dio alas y saltó sobre los matorrales para internarse en senderos habitados por serpientes y lagartijas. Con el rostro arrasado por las lágrimas y presa de escalofríos, llegó hasta una gruta que le sirvió de cobijo. El interior sombreado y fresco le dio respiro. Hasta allí no llegaban los aullidos ni los lamentos, aunque antes de penetrar en la parte más honda, Brunilda alcanzó a escuchar un alarido que le causó pavor:

—¡El día del Juicio ha llegado! ¡Que se cumplan los designios del Tata Dios!

La noche cayó, inexorable, sobre la cresta de la roca movediza, y el cielo del Tandil se cuajó de estrellas indiferentes a la masacre que había costado la vida de treinta y siete personas, todas extranjeras: hombres, mujeres y niños, víctimas de un oscuro propósito que las autoridades estaban lejos de advertir.

Brunilda apoyó la cabeza sobre sus rodillas y, encogida de dolor y de frío, elevó una plegaria a la Virgen de su tierra para que jamás la encontrara aquel hombre de ojos llameantes. Antes, prefería morir.

Una figura se recortó entonces en la entrada de la gruta.

—Acá estás.

Cruz Ramírez avanzó hacia el interior y se plantó ante la fugitiva con las piernas abiertas y una sonrisa triunfal. La persecución le había cubierto de sudor el rostro y mojaba el pañuelo grasiento, revelando una frente hundida.

Ella no conocía a ese hombre malvado, aunque al verlo cernirse amenazador, alcanzó a distinguir la marca a fuego sobre el mango de cuero de su puñal: dos eses

entrelazadas.

Brunilda cerró los ojos con fuerza y deseó no estar allí, no estar allí...

CAPÍTULO 1

Otoño de 1876

La calesa se desplazó a lo largo del Paseo de Julio, bajo un sol otoñal que atenuaba la aspereza del viento que azotaba la ciudad desde el muelle. Al llegar a la calle de la Piedad el cochero se detuvo, esperando que su pasajero le indicase qué hacer.

Julián Zaldívar y Durand asomó su rubia cabeza bajo la capota y contempló la modesta construcción que se alzaba sobre la esquina. Un muro encalado ostentaba en letras azules el rimbombante nombre de «Almacén de la Marina», y en la azotea se veían dos casillas de madera en cuyo techo un letrero rezaba: «Retratos».

El conjunto era deprimente. Consultó las direcciones que llevaba escritas en un trozo de papel y, tras echar una última mirada a las instalaciones de La Fotografía de Mayo, indicó a su cochero:

—Sigue. Hasta la calle de la Victoria.

Con resignación, el hombre fustigó al caballo y tomó el rumbo de la plaza a lo largo de la calle 25 de Mayo. Llevaban un buen rato dando vueltas en pos de un estudio fotográfico al gusto del patrón, uno de esos talleres donde los extranjeros montaban sus cámaras de madera y sus catres repletos de frascos con extraños líquidos, para dar gusto a la vanidad de los porteños. Todos querían sus retratos, logrados con las modernas técnicas del daguerrotipo.

En el número 66 de la calle de la Victoria, en los altos de la Recova Nueva, se levantaba el estudio de Ansaldi. Al igual que las otras galerías fotográficas que abrían sus puertas en esa misma cuadra, la de Juan Bautista Ansaldi buscaba aprovechar al máximo la luz del sol, y su estudio contaba con paredes y techo de vidrio.

—Espérame —dijo la orden Julián.

El cochero se arrellanó en el pescante, dispuesto a fumar un cigarro y a disfrutar de la vista de las muchachas que salían de compras con sus madres en ese soleado día de marzo. Algunas de ellas saludaron con falsa timidez al soltero más codiciado de la élite porteña, el hombre que por años había estado ausente del país, para volver con una estampa formidable y leves líneas en el rostro varonil que indicaban madurez y experiencia.

Julián pasó bajo uno de los arcos de la Recova, donde en una vitrina se exponían los retratos del artista, y atravesó un sombrío vestíbulo antes de subir la escalera que lo condujo al piso superior. Allí se topó con un cuarto iluminado desde los ventanales del balcón que daba a la plaza. Cortinas y pantallas le daban un aspecto teatral, y en el centro, una aparatosa máquina que obraba la maravilla del retrato.

El hombre que lo recibió debía de ser el mismísimo Ansaldi. Llevaba guardapolvo y fundas de lona para proteger sus brazos.

—¿Señor?

—Vengo por una fotografía.

—¿Tenía usted cita?

No la tenía. Julián se había lanzado a cumplir ese pedido absurdo de su madre sin darle mucha importancia. A doña Inés Durand se le había antojado colocar un retrato de su único hijo en la repisa de la chimenea, para mirarlo a gusto cuando a él se le ocurriese dar la vuelta al mundo otra vez.

Algo en el porte del cliente le dijo al fotógrafo que le convenía hacer una excepción. Tomó la tarjeta que le tendió y con amabilidad lo invitó a sentarse en una butaca, a la espera de su turno. Julián se dispuso a tener paciencia y se acomodó en el asiento de terciopelo gastado, de cara al cuarto donde se revelaban las fotografías. La cortina se movió de repente, y atisbó una silueta esbelta que trajinaba entre las bateas y los frascos. Su vestido negro contrastaba con la blancura del cuartito.

Una mujer. ¿Sería la esposa?

—Por aquí, caballero.

Ansaldi lo condujo con gentileza hacia otro sillón con apariencia de trono, y lo ayudó a acomodar su levita para lograr el efecto deseado. El fotógrafo reparó en el bastón de ébano que llevaba su cliente y supuso que podría sacar provecho de él, creando una pose distinguida con el bastón en primer plano. El puño de marfil, con cabeza de dragón, era una imagen exquisita.

—Por favor, siéntase cómodo. Los preparativos son algo tediosos, pero el resultado es estupendo.

Julián se resignó a mantener la actitud de quien se pierde en pensamientos remotos, la mirada en la lejanía, con una mano en el antebrazo del sillón y la otra apoyada con indolencia en el bastón de la China.

El reposo del guerrero.

—¡Perfecto! ¡Sublime! Ahora unos minutos más, por favor, y estaremos listos.

El fotógrafo bien merecía la calificación de artista, ya que creaba un escenario para cada toma y modelaba la luz como con un pincel sobre el lienzo. Ansaldi arrastró bustos de mármol, banquetas y mesitas para simular un rincón íntimo, y luego manipuló una larga vara para cambiar los telones del fondo hasta dar con el más apropiado. Su expresión se tornó absorta, olvidado del cliente y de sus necesidades, concentrado tan solo en la belleza del retrato. Julián Zaldívar y Durand ya no existía para él, sino el personaje que su fantasía y su oficio habían creado.

—¡Listo! Puede relajarse, hemos terminado. Le garantizo que quedará satisfecho, caballero. Muy buenas tomas, ya lo verá usted.

—Así lo espero en bien de mi madre, que es la promotora de todo esto.

—Ah, las damas... Sin ellas, no habría belleza en este mundo.

La mujer del cuarto de revelado se hizo presente ante esa invocación.

—Terminé por hoy, señor Ansaldi.

A Julián le sorprendió la inflexión grave de aquella voz. En el contraluz pudo apreciar su silueta a placer, ya que él se encontraba entre los bastidores y ella no lo veía. El rostro de la mujer estaba cubierto por un velo negro. ¿Una viuda?

El misterio no se reveló, la mujer desapareció sin duda autorizada por algún gesto del patrón, y Julián quedó con el sinsabor de no tener una imagen de la dama audaz que osaba trabajar en un estudio de fotografías.

Tal vez, cuando regresara a buscar el retrato...

El sol le dio de lleno al salir, dejándolo ciego por un momento. Su cochero había trabado relación con un vendedor de flores, y ambos competían en requiebros a las señoritas que pasaban. Julián decidió tomar un café antes de regresar, de modo que enfiló hacia la confitería Victoria, en la esquina de la Defensa. El tiempo transcurrido en el sillón del fotógrafo se había cobrado su precio, le costaba mover la pierna mala con soltura, y tuvo que dar unos cuantos pasos cortos antes de lograr su tranco largo característico. Desde el umbral divisó la figura triste de su amigo Adolfo, acodado sobre una mesa, y hacia allí se encaminó.

Pobre Adolfo, había nacido para el martirio. La melancolía de su mirada, acentuada por unas cejas que caían hacia abajo, lo recibió cuando se sentó, sin permiso, en la silla de enfrente.

—Julián... —murmuró, como si el otro lo hubiese salvado de un pensamiento tormentoso.

—¿Qué estás tomando? ¿Quieres café?

El vasito de licor hablaba a las claras del estado de ánimo de Adolfo Alexander, compañero de estudio, ya que no de juerga. Adolfo jamás iba de juerga, solo leía y sufría. Desde muy joven, las angustias de la existencia habían hecho de él su presa. Julián lo encontró desmejorado, temía que aquel amigo no hallase jamás el sosiego de una vida apacible, con hijos y una amante esposa.

Una vida que él tampoco tendría.

—Gracias. Me vendrá bien para aguar esto —y Adolfo levantó el vasito para mirar a través del vidrio, como en un prisma.

—¿No es muy temprano para el licor?

—Da igual.

—¿Qué estás leyendo?

Julián manoteó el libro que reposaba sobre la mesa y del primer vistazo comprendió que con esas compañías su amigo jamás remontaría vuelo. El *Werther*, de Goethe, no era lo apropiado para un espíritu sensible como el de Adolfo. Intentó distraerlo.

—¿Sabías que en la India enjaezan a los elefantes como nosotros a los caballos? Claro que con flores y guirnaldas.

—Sé que cubren con flores los cadáveres y los arrojan al Ganges.

El comentario iba por mal camino.

—Cada pueblo tiene sus costumbres, por extrañas que nos parezcan. A las mujeres chinas les vendan los pies desde niñas para que los conserven pequeños, un signo de belleza y distinción. Hasta se piensa que pueden conseguir un mejor marido así.

—Este mundo es un calvario —repuso acongojado Adolfo, y hundió su mirada en el fondo del vaso.

Julián se echó hacia atrás en la silla y sacó otro tema.

—¿Qué me cuentas de la política de Avellaneda? Es un tipo espiritual y práctico a la vez, ¿no te parece? Creo que es el hombre que conviene al país en este momento.

Adolfo iba a replicar, sin duda con alguna ironía, cuando voces eufóricas interrumpieron el murmullo suave de la confitería.

—¡Julián Zaldívar! ¿Dónde te habías metido, viejo?

La expresión de Adolfo Alexander se tornó desgraciada cuando avistó a los dos camaradas, Patricio Lamas y León Pereyra, el uno casado, el otro comprometido, ambos adictos a las francachelas como cuando tenían veinte años.

—Olvidándote de tus amigos, ¿eh? —bromeó Patricio, palmeando los hombros de Adolfo al pasar, ya que la chanza iba dirigida a Julián.

Se sentaron sin preámbulos y solicitaron del mozo cuatro copitas de jerez para brindar por el regreso del hijo pródigo.

—Ahora que eres un hombre de mundo te parecemos poca cosa, pero antes éramos tus confidentes. ¡Ingrato!

Celebraron entre carcajadas y cuando supieron que Julián venía de hacerse un retrato, exclamaron casi al unísono:

—¿Cómo no fuiste al estudio de Loudet, en la Galería San Miguel? Allí van todos los hombres bien, desde Sarmiento y Mitre hasta el presidente de la República. Nosotros le encargamos nuestras *cartes de visite*.

El estudio de la calle de la Piedad era una de las direcciones que Julián llevaba escritas cuando emprendió el periplo en pos del dichoso retrato, pero al hallar desocupado el atelier de Ansaldi, no le pareció oportuno seguir dando vueltas. Además, allí encontró un atractivo inesperado: la joven fotógrafa. Guardó silencio sobre eso.

León y Patricio no habían cambiado en absoluto, la vida los había tratado con indulgencia, pues conservaban el entusiasmo juvenil a flor de piel. La mención de las *cartes de visite* revelaba que seguían los pasos de la sociedad porteña, que adoptaba la moda francesa en todo. Después de haber viajado por tantos lugares distintos, Julián poseía una visión mucho más amplia de lo que se consideraba «extranjero», y las pequeñeces con las que las gentes procuraban distinguirse unas de otras lo tenían sin cuidado. Su natural amable, sin embargo, le impedía ridiculizarlas, como sin duda haría alguien más cínico. Soportó cuanto pudo las risotadas a sus expensas, hasta que de repente Patricio se inclinó en su respaldo para atisbar por la ventana, y soltó un silbido admirativo.

—Miren quién va, la maestra.

Julián se tensó, y una oleada de calor tiñó de rojo sus pómulos. ¡Tan pronto! Había eludido el encuentro hasta ese día, prolongando lo inevitable, y ahora...

Buscó en el bolsillo de su levita sus lentes de fino armazón y fingió desinterés cuando siguió la mirada de su amigo hacia la calle. La mujer que todos admiraban no era ella.

Se trataba de una joven rubia, por empezar, más alta que Elizabeth, con una nota exótica en su rostro. Caminaba igual de resuelta, eso sí, aunque ahí terminaba el parecido.

Julián suspiró aliviado, y pudo preguntar:

—¿De quién se trata?

—Una de las maestras normales que se formaron acá, con las que trajo Sarmiento de Norteamérica. ¿Cómo se llama, León?

—«La China», le dicen.

El puñetazo sobre la mesa hizo saltar las copas y el rostro furibundo de Adolfo los conmocionó a todos.

—¡Desdichados! Estáis tan acostumbrados al infundio, que no reparáis en el honor que mancilláis.

Julián notó que hablaba como poseído, remedando las frases de los textos que leía.

—Una pobre mujer que se gana el pan con su trabajo es objeto de burla porque no va acompañada por su chaperona, pero esa maestra es más dama y más mujer que todas las otras juntas, porque lucha contra los prejuicios de una sociedad chata e hipócrita, incapaz de valorar a las personas por su alma, solo ve los abalorios con que se adornan.

A pesar de lo inoportuno del discurso no le faltaba razón, y los dos bromistas se mostraron compungidos. No había sido su intención faltarle el respeto a la maestra.

Julián puso paños fríos a la discusión.

—Es el precio que se paga por ser diferente. Con el tiempo, estas cosas se verán normales, y ya nadie reirá de las mujeres que trabajan —y su pensamiento vagó hacia la viuda misteriosa.

—No quisimos... eh... ser groseros. Nadie mira mal a las maestras, al contrario.

León y Patricio hablaban en plural, dando por descontado que ambos pensaban lo mismo sobre todo.

Adolfo se mantuvo callado, tal vez avergonzado por el estallido que llamó la atención de algunos clientes, y Julián dio por zanjada la reunión.

—Ven a verme —le dijo al torturado amigo, mientras garabateaba su dirección.

—¿No vives con tu madre?

—Un hombre necesita cierta independencia.

Aunque intentó que sonara como chiste, todos permanecieron serios. Desde el regreso de Julián Zaldívar y Durand, solo se hablaba de la manera misteriosa en que

vivía, sin recibir a nadie, frecuentando los salones y lugares públicos sin comprometerse a ser anfitrión, a menos que la invitación corriese por cuenta de su madre y en casa de ella.

Se sintió aliviado al salir de la confitería y del escrutinio de sus amigos. Buscó al cochero y emprendió el camino de regreso. Tenía mucho en qué pensar, analizar por qué, al cabo de tanto tiempo, había reaccionado como lo hizo al suponer que la mujer de la que hablaban era su antiguo amor no correspondido: Elizabeth O'Connor, la maestra de Boston que se había casado con su mejor amigo, Francisco Peña y Balcarce.

Al entrar en su refugio, «a media cuadra del campo», como hubiesen dicho León y Patricio si supieran dónde estaba, una oleada de calidez lo invadió.

El brasero encendido en el pequeño vestíbulo parpadeaba en los espejos que tapizaban las paredes; con sus variados marcos de pan de oro, hojalata, marfil labrado, caoba tallada, y hasta incrustados de jade, creaban la ilusión de que el espacio reducido se multiplicaba hasta el infinito. La imagen que le devolvieron fue la de un hombre triste, incapaz de esperar nada de la vida, sin proyectos ni ilusiones. Un hombre que todo lo hacía por encargo, sin comprometerse.

Retiró la mirada, disgustado.

—¿Pétalo?

El aroma de sándalo precedió a la silueta femenina que se presentó ante él.

Una joven enfundada en una bata de seda verde con arabescos amarillos se inclinó reverente, mostrando gracia y discreción.

—Pétalo, prepárame un baño de aceites, que hoy he tenido un mal día con la... pierna.

Iba a decir con la «maldita pierna» y se refrenó. La muchacha no tenía por qué padecer sus arranques de furia.

Su nombre verdadero era Xiang-Bo, y ante la dificultad para pronunciarlo, Julián prefirió mantener en su trato el nombre con que la conoció en la casa de citas de Madame Li. Pétalo era una «profesional» que alquilaba sus servicios en un burdel de Shanghai cercano al hotel donde él pasó dos semanas, en su recorrido alrededor del mundo. La casa de Madame Li era muy recomendada entre los pasajeros debido al lujo de sus instalaciones y a la exquisita educación de sus discípulas.

Julián recordaba con nitidez el momento en que vio a Xiang-Bo: ella lo aguardaba en un cuartito tapizado de terciopelo rojo, sentada en un taburete, las manos entrelazadas bajo las rodillas, el busto erguido y la cabeza apenas inclinada. Llevaba el sedoso cabello sujeto en un rodete bajo, una túnica negra que destacaba su cutis blanco de polvos, y una tristeza infinita en sus ojos rasgados. Julián habría jurado que en ellos titilaba una lágrima cuando entró. Xiang-Bo fue una amante extraordinaria: gentil, delicada, comprensiva del estado de ánimo de su cliente. Supo captar la

melancolía profunda que ahogaba el corazón de Julián, y la trató con el mismo cuidado con que masajeó su pierna mala, con constancia y firmeza, concentrada en ella como si fuese lo único en el mundo. Julián jamás se sintió tan reconfortado como cuando las manos de la joven china recorrían su cuerpo, murmurando palabras incomprensibles y envolviéndolo en una tibieza inesperada. Una y otra vez regresó al burdel de Madame Li buscando la misma sensación, y siempre salió de allí sintiéndose un hombre nuevo. Pétalo se había convertido en una droga que él necesitaba para vivir. Hasta que llegó el momento de seguir viaje y acudió al burdel a despedirse. Le llevó de regalo un broche de turquesas que él mismo colocó en el cuello de su kimono plateado, y una exótica flor blanca adentro de un globo de vidrio.

—Para que me recuerdes —le dijo, con voz quebrada—, porque yo soy como esta flor, si me expongo, me desintegro. Te la confío, sé que tus manos harán con ella el mismo milagro que hicieron conmigo.

Pétalo permaneció inmóvil, conmocionada. De repente se echó a llorar y cayó de rodillas ante Julián.

—¡Lléveme, señor! ¡Lléveme con usted! Plancharé su ropa, limpiaré su casa, haré lo que me pida... No me deje aquí, señor, soy desdichada y no habrá otro que me trate como usted lo hizo...

El arrebato tomó por sorpresa a Julián. Él no deseaba alejarse de Pétalo, y tampoco sabía cómo llevarla sin comprometerse. La levantó del suelo con dulzura y prometió que la sacaría de allí, aunque le aclaró que él vivía en un lugar muy lejano donde las costumbres no permitían que una mujer joven y hermosa como ella compartiese la casa de un hombre solo. Pétalo lo había contemplado con los ojos arrasados en lágrimas y pronunció las palabras que conmovieron a Julián hasta lo más hondo y determinaron su decisión:

—¿Qué lugar es ese, señor, donde no se puede aliviar sin culpa el tormento de un alma perdida?

Julián Zaldívar viajó en compañía de Pétalo desde ese momento. Pagó por ella la considerable suma que Madame Li exigió, después de hacerle saber que le ocasionaba una gran pérdida en sus intereses al llevársela, y recorrieron juntos la ciudad sagrada de Pekín, las nieves del Tibet, remontaron barriletes en el aire gélido, se bañaron en hoyas termales mientras el aliento se les congelaba en nubes de granizo, y por las noches, envueltos en el humo de los sahumadores, se confortaron el uno al otro, conociendo las artes del amor más excelso. Pétalo siempre supo que aquella dicha tendría fin cuando su amado señor regresase al país de su infancia, ya que allí reinaban las reglas de Occidente, y su presencia sería cuestionada. Como no quería perjudicarlo, ella misma orquestó el ardid salvador.

—¿Cómo que serás mi sirviente chino? —exclamó atónito Julián ese día.

—Puedo pasar por un muchacho si me lo propongo, nadie se dará cuenta de nada. Al bajar de este barco, nadie verá a Xiang-Bo, sino a Yong.

—¿Yong?

—Mi nuevo nombre chino, de varón. Significa «con coraje», y es lo que debo tener para viajar a un país tan distinto del mío. Pero no me quejo, por fin seré alguien, porque en China las mujeres no somos nadie.

Pétalo se mostró tan complacida, que Julián se dejó convencer.

Y aquella mañana de marzo, Julián Zaldívar y Durand, hijo de un estanciero criollo y de una dama inglesa, único heredero, miembro de la élite porteña y galán por el que suspiraban muchas señoritas, descendió en el muelle de pasajeros de Buenos Aires, seguido de cerca por un curioso asistente que empujaba con vigor sus baúles y mantenía todo el tiempo el rostro inclinado, en señal de sumisión.

Aquella rareza dio que hablar a las lenguas viperinas. Sin embargo, por respeto a la familia los chismes se fueron acallando. Doña Inés Durand se ocupó de ello, invitando a lo más granado de la sociedad a numerosos tés y saraos realizados en honor del hijo que regresaba de su largo viaje de placer y conocimientos.

Así fue como Pétalo llevó una doble vida: sirvienta durante el día, amante por la noche. Julián alquiló una vivienda alejada del centro porteño, un lugar tranquilo donde sus idas y venidas no fuesen motivo de comidilla y Pétalo se sintiese protegida.

Hasta el momento, lo habían conseguido.

Pétalo preparó un ambiente caldeado en su propia habitación. Encendió sahumadores con esencia de bambú, trituró varas de naranjo en un braserito de cobre y corrió las cortinas, a fin de proteger a Julián de las corrientes de aire y de la luz del día. Quería obsequiarle momentos de placer sin que nada interfiriese. Cuando las esencias y el humo colmaron el aire, la joven extendió una manta de seda sobre la tarima donde ella dormía y la perfumó con un líquido almizclado. Luego se dedicó a embellecerse: cambió su bata por otra, roja con guirnalda verde en el alto cuello y dos tajos sugerentes en los costados. Para halagar a su señor, prendió el broche de turquesas en el pecho, ya que ese regalo significaba mucho para ella, y se soltó el cabello. A Julián le agradaba sentirlo entre sus dedos. Se plantó frente al espejo y delineó con suavidad sus ojos de ágata, esparció polvos con discreción, ya que no quería parecerse a la chica del burdel, y hundió los labios en un pote cremoso donde había fundido pétalos de rosas en un aceite especial. El resultado fue un rostro de porcelana, bello y sutil en su seducción. Xiang-Bo no creía que hubiese otra mujer en aquellas tierras que supiese complacer a Julián Zaldívar como ella.

Él se había cambiado de ropa también. Entró al cuarto ataviado con una bata negra, descalzo, apoyado más que nunca en su bastón. No le importaba mostrar su debilidad a Pétalo, era la única que podía verlo cuando peor se sentía.

Desempeñaron los papeles tantas veces representados. Julián se acostó sobre la tarima y Pétalo desató el lazo de su bata, descubriendo un pecho firme afeado por largas cicatrices que formaban una cruz. Ella sabía que en la espalda ostentaba iguales marcas, fruto de un ataque perpetrado por los salvajes del país varios años antes. Deslizó las palmas de sus manos pequeñas por esas líneas rugosas, y luego apoyó en ellas los labios, que dejaron un rastro de carmín. Con su lengua borró la

huella roja, como si al hacerlo pudiese quitarlas para siempre del cuerpo de su amante. Hundió sus dedos en el aceite de almendras amargas que había colocado a su lado y untó las marcas con devoción, las lamió de nuevo, y por fin acercó sus labios a los de Julián, que estaba ansioso por sentir el sabor de las almendras en la lengua de Pétalo. El beso duró varios minutos. Con pericia, la mujer recorría el interior de la boca del hombre hasta notar que se relajaba lo suficiente como para permitirle el siguiente paso. Julián se mostraba siempre reacio a las caricias en un primer momento, como si le trajesen malos recuerdos, pero al fin se dejaba seducir por las artes de Pétalo y sucumbía, presa de un frenesí amoroso que ella disfrutaba como si fuese la primera vez.

La joven deslizó su mano, sin separar los labios, hasta rozar el vientre de Julián. Allí la detuvo, formando caricias circulares que descendieron hacia el pubis. Pronto se topó con la virilidad erguida del hombre, que palpitaba a la espera de su satisfacción. Con sabiduría lo dejó esperando; la mano se movió hacia la ingle y de allí, a la parte alta de la pierna herida. El muslo ostentaba un tajo desde el comienzo de la cadera hasta la rodilla, cruzado por delante. El cuchillo que lo causó caló el hueso, y Pétalo sabía que solo un milagro lo había salvado de la infección. En ese sitio de perpetuo dolor ella detuvo la caricia, que se tornó insistente y minuciosa. Hacia arriba y abajo, atrás y adelante, toda la pierna recibía el amoroso cuidado del masaje con aceite tibio de almendras. Cuando supuso que ya el músculo estaría relajado, Pétalo se desnudó en silencio y permitió que sus senos diminutos rozaran, en otra caricia, el torso bronceado de Julián. Su amante era un hombre privilegiado, con un cuerpo armonioso. Pétalo adoraba las curvas de sus músculos, los huecos de su vientre y la firmeza de sus piernas. Cada vez que él la poseía, sentía que una fuerza superior la elevaba hasta una región donde solo existían la dicha y la bondad, donde ella jamás había sido ultrajada ni vendida por su esposo.

Pétalo era feliz en brazos de Julián.

—Mmm... —ronroneó él, al notar las cosquillas en su pecho.

La joven sonrió y se acostó entera sobre el cuerpo masculino. Con movimientos ondulantes se deslizó hasta las puntas de sus pies, y desde allí comenzó a subir de nuevo, sinuosa. Lo repitió varias veces, hasta que el camino se le dificultó por la imponente erección de Julián. Entonces cerró los ojos y la envolvió con su boca rosada. Fue el turno del hombre de sentir un placer más allá de todo entendimiento. Las manos varoniles, fuertes y a la vez finas, tomaron la cabeza de la mujer para dirigir el movimiento a su antojo. Pétalo era una experta en provocar dando en lugar de recibiendo, para eso la habían enseñado, pero Julián deseaba que también se acostumbrase a reclamar lo que anhelaba su cuerpo femenino, y día a día le demostraba, con pequeñas caricias, que a un hombre le agradaba ver la dicha reflejada en el rostro de su amante.

—Ven acá, cerca de mí.

La atrajo con suavidad y besó los labios húmedos, la obligó a recostarse a su lado y acarició el contorno de su cuerpo delgado hasta que la sintió estremecerse. La giró de espaldas y de un golpe la penetró hasta el fondo, pues sabía que estaba lista para él.

Se hamacó sobre ella con delicadeza, y cuando notó que los ojos de Pétalo comenzaban a nublarse, salió para volver a entrar solo a medias, rozándola con malicia.

Sonrió al ver su desencanto.

—Hoy vamos a durar mucho, mi pequeña bandida.

Lo prometido. Mientras aspiraba el aroma de las esencias y el calor del aceite penetraba en su piel, Julián llevó a Pétalo hasta la cima, sin permitirle desbordarse, siempre conteniéndola, evitando que aquella tortura deliciosa concluyese. Se mantenía alejado de ella con la tensión de los brazos, extendidos a ambos lados de su cabeza, controlando la sucesión de gestos que revelaban el sentir de la joven. Arriba, abajo, adentro, afuera, despacio, más rápido, brutal, delicado... todo junto y en su momento, hasta que Pétalo lanzó un grito de desesperación. Entonces Julián se puso serio y arremetió en el interior de la mujer con ímpetu, cabalgando en su propia angustia al tiempo que le brindaba a ella felicidad. El último estertor culminó con un grito de rabia y de dolor que Julián no pudo ahogar. Pétalo, comprensiva, lo abrazó y lo mantuvo pegado a su cuerpo palpitante, hasta que recobró la compostura.

Él se volvió de lado y se tapó el rostro con un brazo.

—Sabes lo que tienes que hacer —le dijo con voz neutra.

Sin responder, Pétalo se levantó, cubrió su desnudez con la bata negra de él, y se inclinó sobre el brasero para preparar el mejunje de hierbas abortivas.

Julián la contempló por debajo del brazo con infinita tristeza.

A las cuatro de la tarde se presentó en su casa natal. Su madre lo esperaba para el té y para saber si había logrado hacerse el retrato que ella quería.

Golpeó la aldaba de bronce y aguardó, mientras sus ojos recorrían las calles de su infancia. El otoño había desnudado las ramas de los paraísos, y el sol daba de lleno en los muros del palacete de los Zaldívar y Durand. La puerta se abrió sin un chirrido.

—Señorito Julián.

—¿Mi madre está?

—Lo espera en el salón de labores.

La criada tomó el sombrero y el abrigo del patroncito, como le decían desde que se había hecho hombre, y él caminó sin que lo anunciaran hacia la parte de atrás, donde el pasillo de mármol se abría en dos alas: la derecha hacia los dormitorios de huéspedes, y la izquierda hacia las salitas de recibo. Encontró a su madre secundada por la fiel doncella inglesa que la había acompañado toda la vida. Doña Inés bordaba,

inclinada sobre un complicado bastidor de pie, mientras que Evelyn envolvía los hilos en un carretel de madera. Ambas lo recibieron sonrientes.

—Por fin llegas, justo para el té. ¿Has ido donde...?

—Sí, madre, ya lo hice.

—Bueno, ya puedo quedarme tranquila, tengo algo para recordar tu cara cuando partas.

—Si acabo de volver.

—Pero está claro que necesitas alejarte de nosotros, o no nos habrías abandonado durante tantos años.

—Fueron solo cuatro.

—¿Has oído, Evelyn? Solo cuatro, dice, como si fuese poco tiempo para una madre enferma.

—Madre, no empiece...

—Está bien, está bien. Dejemos a Evelyn con este lío y vayamos a tomar el té.

Doña Inés empujó a Julián hasta el saloncito contiguo, donde una mesa tendida con la vajilla de porcelana china los aguardaba. Julián contempló los arabescos verdes sobre fondo blanco, y pensó en la expresión de su madre si supiese que él había traído de su periplo a una concubina de ese país. La idea le arrancó una sonrisa torcida.

—Te ríes. Pues no importa, una madre tiene derecho a reclamar la compañía de su único hijo. Y no solo yo, te han venido a buscar otros.

—¿Aquí?

—Tu amigo, por ejemplo.

Julián creyó que hablaba de Adolfo, quizá porque acababa de verlo, y se sorprendió cuando doña Inés le aclaró:

—Francisco Peña y Balcarce. No podía creer que hasta ahora no le hubieses hecho una visita. Al parecer, su esposa estaba al tanto de tu regreso y por eso te esperaba.

Él no había dejado de enviar cartas a Elizabeth durante el tiempo que estuvo fuera. Así fue como se enteró del nacimiento de sus hijos, del padrinzago que ella le otorgó sobre el primogénito, y de sus andanzas por la ciudad de Tucumán, donde ejerció su profesión de maestra normal mientras Fran se dedicaba al asesoramiento de los hacendados de la caña de azúcar. Esas noticias lo llevaron a postergar el regreso, pues aún no se sentía fuerte como para asimilar la dicha de aquellos a quienes amaba y que, sin quererlo, le habían causado tanta angustia.

—Así que vino Fran...

—Sí, y bastante prepotente, como es su proceder. Hubiérase esperado que la compañía de su dulce mujercita lo ablandase un poco...

Julián sonrió con disimulo. Vaya si lo había ablandado, su madre no se imaginaba cuánto. Hasta lo curó de su terrible dolencia, unos dolores de cabeza que lo postraban y le hicieron creer que su fin estaba próximo.

Elizabeth O'Connor era un bálsamo para cualquier hombre.

—Iré a visitarlos apenas me acomode —repuso, conciliador.

—Esa es otra cuestión —objetó su madre, mientras comprobaba la temperatura de la tetera panzona—. ¿Por qué no vives aquí, en lugar de alquilar un sitio barato quién sabe dónde? Ni siquiera me has dicho dónde conseguiste vivienda.

—Madre, ya le expliqué que mis circunstancias son otras. Necesito la independencia que un hombre adulto debe tener.

—Aquí nadie te importunaría en tus salidas. Ni Evelyn ni yo dormimos cerca de tu antiguo cuarto. Además, no es mi intención vigilarte, pero resulta extraño para todos que, estando sola en esta casa y tu padre allá en la estancia, nuestro único hijo elija vivir solo también. Cualquiera diría que los miembros de esta familia no se soportan.

Julián vio la oportunidad de desviar la conversación.

—¿Es que padre no ha venido a casa en el último tiempo?

Inés Durand hizo un gesto con su mano huesuda.

—Creo que tendré que acostumbrarme a verlo en Navidades.

—Madre... —y mientras medía lo que diría, el hombre plegó con cuidado su servilleta de lino—. ¿Por qué no se viene conmigo cuando vaya a la estancia?

La expresión de desconsuelo de la mujer enterneció a Julián, muy a su pesar.

—¿Es que ya te irás? Apenas me acostumbro a tenerte aquí los pocos ratos que me dispensas tu atención, y ya debo quedarme sola de nuevo.

—Con Evelyn. Y sus amigas, que la visitan seguido, según entiendo.

—No es igual, esta casa ya no tiene hombres, daría lo mismo que fuese viuda o...

Doña Inés calló, temerosa de haber herido la sensibilidad de su hijo. Él siempre había sido muy apegado al padre y no deseaba alejarlo de ella criticando a Armando Zaldívar. Julián ignoró el desafortunado comentario y buscó otro tema de conversación. Le costaba lidiar con su madre, más intemperante y dependiente de como él la recordaba. Años antes, doña Inés había organizado la boda de Elizabeth como si se tratase de su propia nuera, pese a que en su fuero interno lamentaba que el novio fuese Francisco Peña y Balcarce y no su hijo. Aquello quedó en el pasado, sin embargo, y él sabía que Elizabeth visitaba a su madre y le llevaba los niños para que la alegraran.

—Hoy estuve en compañía de algunos amigos que encontré en la Victoria —comentó.

—Es hora de que retomes los lazos de la sociedad a la que perteneces. Ya has tenido tu época de retozar como un salvaje por los campos.

«Como lo hace tu padre», hubiera seguido diciendo de no haberse contenido a tiempo. Julián comprendió la intención y suspiró. Desde su regreso, venía postergando la visita a El Duraznillo, a pesar de ser lo que más anhelaba: reencontrarse con su padre y pasar una temporada en la estancia, recuperar los recuerdos de las mañanas frías, el olor a humo y el monótono mugido de las vacas

pastoreando. Si no lo había hecho hasta el momento era porque no tenía resuelta la situación de Pétalo. No podía dejarla sola sin avisar a nadie de su existencia, ya que la muchacha no se mostraba a menos que se convirtiese en Yong, y aun así, él no se quedaba tranquilo sabiendo que corría peligro de ser descubierta. Con su madre era imposible contar y tampoco creía que su padre estuviese de acuerdo con su actual manera de vivir, de modo que debía pensar en alguien más comprensivo, alguien que no juzgase a los demás por su pasado ni fuese tan rígido con las costumbres extranjeras.

Elizabeth. ¿Cómo no lo pensó antes? Ella misma había sido víctima de la incompreensión de sus semejantes. Cuando llegó al país para enseñar, convocada por Sarmiento, debió enfrentar la maledicencia de las matronas de familias encumbradas que apoyaban las escuelas de la Sociedad de Beneficencia, y también la terquedad de la Iglesia, que no aceptaba maestras de otro credo, si bien a Elizabeth, por ser irlandesa, ese camino se le había allanado bastante.

En su mente cobró forma la excusa perfecta para presentarse en la casa de los Balcarce.

—Te has quedado callado —le reprochó su madre.

—Tengo varios compromisos que atender. Me preguntaba si podré llevarlos a cabo en el día.

—Es cuestión de organizarse. Si quieres, puedo encargarme de algunas invitaciones.

—Debe descansar y cuidar de su salud —la cortó—, así me sentiré mucho más tranquilo.

La belleza pálida de Inés Durand se veía ajada, no solo por los años, sino por una dolencia crónica que en los meses fríos se acentuaba hasta rozar la tisis, y esa había sido la principal razón del regreso de Julián.

—Prométeme que vendrás más seguido. Invité a las Lezica a merendar el próximo jueves y me gustaría que las honraras con tu presencia. Están diciendo en algunos círculos que te recluyes bastante.

Julián sorbió el resto de té y se levantó, mientras tomaba un bizcocho del plato.

—Prometido. ¿A qué hora?

—Parece mentira. A las cuatro, por supuesto.

Lo regañaba con la palabra y lo acariciaba con la mirada.

Julián se inclinó a besar su frente y percibió la humedad que la perlaba. Pobre madre, no debía de ser fácil mantener el decoro y el ánimo con un marido siempre ausente. Hablaría con su padre, él también era un hombre mayor, no podía exigirse tanto en la estancia.

Con ese pensamiento salió a la calle y dirigió sus pasos hacia la casa que tanto había esquivado hasta ese día: la mansión Balcarce.



CAPÍTULO 2

Si había un hombre que vivía tiempos difíciles en Buenos Aires, ese era el propio Presidente, Nicolás Avellaneda. Su gestión se había iniciado en el fragor de la revuelta comandada por Mitre, y los detractores se le echaban encima con la fuerza de una ola oceánica. Tenía a su lado, sin embargo, a un partidario formidable: Adolfo Alsina.

Alsina era el caudillo perfecto: descomunal, imponente en su aspecto y su carácter, dispuesto a salir de su despacho de ministro de Guerra y Marina para defender sus ideas con los puños cerrados. Eran famosas sus andanzas por la ciudad, seguido de sus compadritos de comité que daban la vida por él, provocando miradas de respeto entre los hombres y suspiros de amor entre las damas. Porque Alsina era también un seductor. Sus ojos penetrantes, su barba de canas precoces, su nariz fuerte, el pecho saliente y la colonia que impregnaba el aire que lo rodeaba, bastaban para crearle un halo irresistible.

Julián Zaldívar se había informado de los vaivenes del país desde el extranjero, ya que su corazón sangraba por su tierra, pese a que los motivos que lo alejaron de ella seguían latiendo en él. Había leído en los periódicos la noticia del fraude electoral que alzó en armas a Mitre contra el candidato de Sarmiento, y sabía de las trifulcas que se armaban entre chupandinos y pandilleros, en las que el propio Alsina descollaba como púgil. Esos entuertos tan familiares lo enardecían, y debió armarse de un temple de hierro para resistir el llamado de la patria.

Ahora que pisaba el suelo querido y se embebía de sus veredas angostas, de los adoquines donde crecía el pasto y de los baldíos rebosantes de yuyales, recuperaba poco a poco los recuerdos. El viento arrastraba el olor a tierra húmeda desde el río, como siempre, y pensaba entonces que Buenos Aires no había cambiado en su ausencia.

Dejó que sus pasos lo llevaran sin premura hacia su destino, gozando del sol tibio y de la visión de las señoritas chispeantes que iban de regreso de las tiendas por la calle Perú, echando miradas furtivas a los caballeros que las apreciaban desde la acera opuesta.

¿Cómo había podido vivir sin la belleza y vivacidad de las porteñas?

Unos atrevidos marinos de uniforme extranjero silbaron admirados a tres damitas que marchaban delante de dos matronas. Las mujeres mayores dieron la orden de acelerar el paso, pero ya ellas habían recibido un beso lanzado al aire. El frío no atemperaba el vigor de los jóvenes. Julián se sintió viejo de repente, un hombre que lo había visto todo. O casi.

De manera imprevista, al doblar la esquina se topó con un tumulto en la calle Florida.

Al principio pensó que se trataba del eco que todavía provocaba la revuelta de Mitre, pues en las calles, cafés y bares de mala fama, solían enzarzarse los partidarios de uno y otro bando. A medida que se acercaba, el panorama se fue aclarando.

Un círculo de curiosos rodeaba a un grupo de mujeres ataviadas con guardapolvo gris, que se apretujaban con temor. Enfrentándolas con aire de sargento, otra mujer les gritaba que entrasen sin demora, bajo pena de perder su empleo. También ella vestía guardapolvo, cubierto por un delantal con bolsillos abultados por tijeras, carretes de hilo y reglas métricas de madera. La mujer mayor se hallaba parada en el umbral de una casa en cuyo pórtico un cartel anunciaba: «Modas Viviani». Todo parecía indicar que se trataba de un taller, y las mujeres uniformadas, las costureras. Lo extraño era que se hubiesen amotinado en la vereda. Y más extraño aún, ver que obedecían a las arengas de otra mujer que, vestida con anchos pantalones y gruesa chaqueta, despertaba silbidos y voces airadas entre los concurrentes.

Julián acudió, temiendo que los ánimos caldeados por cuestiones políticas recayesen sobre mujeres inocentes. Se abrió paso a codazos en la multitud, y su sombrero alto y su bastón sirvieron para amedrentar a los más osados.

—¿Qué pasa aquí?

Su voz sonaba amenazante si se lo proponía.

—Un marimacho —le respondieron—. Como si hicieran falta más cocoliches de los que hay.

El objeto de la burla se dio vuelta para ver quién le había endilgado el mote, y Julián quedó pasmado ante la belleza del rostro que contemplaba: unos ojos violetas que él nunca había visto en toda su vida de rompecorazones, orlados por espesas pestañas, lo horadaron hasta el alma. El hombre que largó el insulto retrocedió ante esa mirada, y el propio Julián permaneció hechizado unos segundos. La vocinglería continuaba, sin embargo, y era preciso actuar. Tomando el toro por las astas, se acercó a la joven con imperiosidad.

—¿Qué está haciendo con estas pobres mujeres? ¿Por qué no les permite entrar?

Violeta parecía desear que le formularan esa pregunta.

—Entrarán cuando se marche ese hombre —y la joven señaló a un sujeto que ocultaba un rostro picado de viruelas tras las solapas de su abrigo.

Al advertir que lo marcaban, el hombre metió las manos en los bolsillos y dirigió la vista hacia la mujer del umbral. Esta cambió con él una mirada de complicidad que no escapó a Julián. Aquellos dos se entendían.

—¿Por qué? ¿Quién es él?

Violeta alzó la barbilla y encaró con suficiencia al caballero que la interrogaba.

—Un *cafisho* —respondió, con todas las letras.

Julián quedó atónito, no tanto por el hecho de que aquel hombre se dedicase a un oficio deleznable, sino por la soltura con que la niña pronunciaba la palabra, cuando no debería siquiera haberla conocido. Observó con atención y vio en el sujeto una actitud sospechosa: en lugar de interesarse como los demás en la escena callejera, se

mantenía alejado con indiferencia fingida, como si aquello le aburriese. Aún sin estar seguro de lo que ocurría, Julián decidió abordarlo y cruzó la calle. El desconocido se puso en guardia y caminó hacia la esquina con paso rápido, para desaparecer sin echar una ojeada atrás. Julián quedó frente a la regenta del taller de costura.

—¿Estas señoras corren peligro ahí dentro? —reclamó.

—¡Claro que no! —Se ofendió la mujer—. Son unas vagas que quieren trabajar el mínimo cobrando el máximo.

Julián contempló al miserable grupo. Eran muchachas de aspecto sencillo, algunas con nítidos rasgos extranjeros, todas mostrando la misma expresión de recelo.

—¿Quién es la dueña de este taller?

—Pues el patrón no está, ya que pregunta. Yo soy la que les marca el paso, y si me apura, le diré que su intervención no las ayuda para nada. El tiempo que pierdan se les descontará de su salario.

La mujer demostraba poca educación en el trato, y su rostro de aguilucho no caía simpático a Julián. Sin embargo, él no podía juzgarla por pretender que las empleadas cumpliesen con su jornada. Alguien le tocó el hombro.

Ella, la de los ojos violetas.

—El hombre no volverá, teme ser descubierto. Por hoy no corren peligro, señor, y ya están avisadas, no harán caso a ninguna propuesta de trabajo.

—¿Y usted quién es, si puede saberse? —graznó la mujer—. ¿O es que quiere armar un motín? ¡Voy a denunciarla a la policía!

Cualquiera hubiese esperado que semejante amenaza afectara a una jovencita, y sin embargo, Violeta se cuadró enfrentando a la regenta.

—Hágalo, y veamos a quién van a creer.

Julián observó que el público iba en aumento y decidió cortar por lo sano, si es que podía encontrarse algo saludable en los términos de esa discusión.

—Yo me encargaré de enviar un inspector a este taller, y así quedaremos todos conformes. Conozco gente del partido que podrá encargarse. Dejemos ahora que estas señoras regresen a su trabajo.

Violeta lo contempló con admiración, en tanto que la desagradable mujer no pudo ocultar un atisbo de pánico en sus ojos rapaces. Empezaba a preguntarse quién era aquel caballero tan apuesto, y si tendría conexiones que pudiesen perjudicarla. ¿De qué partido hablaba?

—Ya lo digo yo, que es mejor no armar tanto alboroto por nada —empezó, intentando bajar el tono—. Que entren las muchachas, que este es un lugar de trabajo decente. Modas Viviani se enorgullece de mantener un plantel de modistas de alto vuelo.

Las empleadas comenzaron a acercarse con timidez, inseguras de la identidad de aquellas personas que, de modo insólito, habían tomado en sus manos la situación.

La mirada de Julián se tiñó de conmiseración al verlas pasar con sus prendas raídas, que tornaban patética la categoría de «modistas de alto vuelo». El taller ostentaba una vidriera presuntuosa, sin embargo, y sin duda saldrían de allí vestidos costosos que las señoritas de la sociedad lucirían en los salones.

A medida que el escándalo perdía interés, la gente se dispersaba, hasta que quedaron solo Violeta y Julián en la acera. La puerta de Modas Viviani se cerró con estrépito, marcando el disgusto de la regenta, y la calle Florida recuperó su aire discreto.

—¿De veras conoce usted a un inspector? —preguntó Violeta, interesada.

—Algo así. No faltará un amigo que me lo recomiende.

—Ah... Temía que fuese usted como los políticos, que prometen cosas y no cumplen.

Otro tema inapropiado para una jovencita.

—No soy político —contestó rotundo Julián—, ni tampoco indiferente a las necesidades de la gente. Veo que estas señoras están asustadas, y me gustaría quedarme tranquilo al respecto.

—Le sugiero que envíe a su inspector al café de Cassoulet, en Viamonte y Suipacha, porque este taller actúa como proveedor.

Habían empezado a caminar sin rumbo, y al escuchar aquello, Julián se detuvo en seco.

—Si me permite una indiscreción, señorita, ¿quién es usted, que está al tanto de la actividad de la gente... de vida airada, digamos? ¿Y qué edad tiene?

Pese a lo atrevido de las preguntas, Violeta no tuvo reparos en responder.

—Me llamo Violeta Garmendia, y tengo dieciocho años.

Una niña. Julián admiró su belleza a la luz del sol, que tornaba iridiscentes sus ojos. La ropa holgada disimulaba lo que sin duda sería un cuerpo armonioso, pues un rostro como aquel no podía sino ser acompañado por una figura espléndida.

—Ahora dígame usted su nombre —dijo ella.

—Julián Zaldívar.

Él omitió el apellido materno para emparejarse con la muchacha, que solo había mencionado uno. Retomaron la caminata y la pierna, entumecida por el frío y por la tensión del momento vivido, se rebeló. A duras penas podía arrastrarla con ayuda del bastón. Sin decir nada, Violeta aminoró su paso, acomodándolo al del hombre. Julián se dio cuenta, y aunque en su fuero interno se lo agradeció, se sintió humillado al constatar una vez más su menoscabo físico en presencia de una mujer hermosa. Siguieron en silencio hasta que surgió ante ellos el Parque, sitio de los cuarteles. Julián no sabía hacia dónde iba la joven, ni por qué estaba sin acompañante.

—La escoltaré hasta su casa, señorita Garmendia. No conviene que vaya sola por las calles, sobre todo si acaba de llamar la atención con su vestimenta tan... particular.

Ella pareció notar en ese momento que llevaba pantalones. Se miró y echó a reír.

—Uso esto para sentarme en la orilla del río, a dibujar mis pájaros.

—¿Sus pájaros?

—Me gusta observarlos y luego pintarlos en cartones. Tengo varios dibujos, aunque no los muestro a nadie, son horrendos.

—¿Y por qué se dedica a un oficio tan difícil?

—Por gusto.

—¿Su casa queda cerca?

Violeta titubeó. De ningún modo revelaría ese secreto, pues no convenía a sus fines. Además, nadie podía asegurarle que Julián Zaldívar no fuese un porteño ladino, así que le indicó un umbral que le resultó apropiado y hacia allí se encaminaron. Como el hombre permanecía en actitud cortés, esperando a que ella entrase, no tuvo más remedio que hacer sonar la aldaba, en tanto rogaba que el buen samaritano se decidiese a partir. En vano. La puerta se abrió, y ante la mirada atónita de una criada morena, Violeta se lanzó al zaguán, casi sin despedirse.

Julián emprendió el regreso algo disgustado. Tenía la impresión de que acababan de tomarle el pelo, y no sabía a ciencia cierta de qué manera.

Mientras se dirigía hacia la casa de los Balcarce, tomó nota mental de la dirección de la joven, y también del café que ella había mencionado.

Violeta Garmendia siguió el rumbo opuesto, una vez que explicó a la criada que estaba huyendo de un paseante enamorado que venía diciéndole piropos desde hacía rato. La morenita se quedó mirando a la joven que marchaba a toda prisa hacia el río.

¡Qué hombre raro sería ese, si iba detrás de unos pantalones!

Con paso esforzado llegó Julián a la vivienda que los Balcarce habían construido al regresar del Tucumán. El palacete se alzaba, suntuoso, en una cuadra de casas bajas que revelaba el gusto de los porteños de élite por las modas traídas de Europa, de París en especial. Las columnas corintias escoltaban la puerta de roble macizo, en la que sendas argollas de bronce invitaban a llamar, cosa que hizo Julián antes de arrepentirse. Al abrirse el pórtico, la penumbra le impidió ver el interior y dio dos pasos a ciegas bajo la arcada. Alguien se hallaba de pie a su izquierda. De modo automático, Julián le entregó su bastón, no quería que lo viesan dependiendo de él. El ruido de la madera al chocar contra el piso de mármol le resultó irritante, y volvió el rostro para interpelar a la criada que tan mal le servía. Se topó con una joven rubia que lo miraba con altivez, mientras el bastón rodaba entre ellos. Los ojos rasgados, de tono verdoso, formaban un inquietante contraste con la tez mate. Antes de que pudiese reaccionar, otra persona se inclinó a su derecha y recogió el bastón para apoyarlo en el marco de la puerta que acababa de abrir. De esa biblioteca emanaba el humo perfumado del tabaco.

Francisco. Lo contemplaba desde su corpulencia, con el cabello recortado sobre la nuca, sus ojos a medias ocultos bajo los párpados pesados, y una expresión

indescifrable. Julián advirtió que vestía ropa fina y que, al igual que entonces, parecía fuera de lugar en un cuerpo tan robusto y desmañado. Francisco Peña y Balcarce... ahora solo Balcarce, después de haber renunciado a la herencia de su padre y de labrarse una fortuna por sus propios méritos. Su amigo del alma, casi un hermano, con el que había vivido la infancia y la primera juventud, el que conocía sus secretos más recónditos, y también el que le había causado el dolor más profundo.

El fuerte abrazo que siguió no permitió palabras entre ambos.

Al cabo de unos segundos, Francisco se apartó apenas para murmurar:

—¡Desgraciado, no avisaste que vendrías! —Y volvió a estrechar a su amigo hasta el sofoco.

Julián, por su parte, se sintió de nuevo aquel muchacho alegre y confiado que retozaba en la estancia El Duraznillo en compañía de su mejor amigo. Por unos instantes se borraron los años de exilio que se había impuesto, y los motivos oscuros de su alejamiento.

Por unos instantes.

Tragadas las lágrimas traidoras, recuperó la compostura y se enderezó.

—¿Y bien? ¿Me invitas a pasar o no?

Fran se hizo a un lado con ademán ceremonioso, y su amigo atravesó el amplio vestíbulo de capiteles dorados, hojas de acanto y escaleras de mármol; el techo abovedado lucía frescos de algún artista radicado en Buenos Aires, de seguro muy solicitado por quien se tuviera por moderno. Detalles que Julián había conocido de primera mano durante sus viajes y a los que no daba mayor importancia. Se advertía, sin embargo, el toque femenino que él tanto apreciaba: sobre una mesita de caoba, una carpeta bordada con primor y un jarrón azul repleto de flores amarillas desentonaban con la magnificencia del entorno, y fue lo que más llamó su atención. Fran pareció darse cuenta de su impaciencia.

—A Elizabeth le dará un soponcio cuando te vea. No te esperaba hoy.

Justo entonces, en el marco de la sala de recibo, apareció una figura menuda que se detuvo en seco al verlos. Estaba tan hermosa como siempre, con sus bucles rojizos rozando el escote del vestido color crema. Llevaba un pequeño dije entre los senos: un trébol de Irlanda que él conocía bien. Y sus ojos... ah, aquellos ojos verdiazules que denunciaban su sangre a gritos... Elizabeth O'Connor.

¿Cómo pudo pensar que al alejarse se enfriarían los sentimientos que ella le provocaba?

—¡Julián!

Se arrojó en sus brazos y lo hizo tambalear. Su cuerpo tibio calentó su corazón. La estrechó con cariño y besó su coronilla rizada que olía a lilas, el aroma que siempre la identificaba. Elizabeth, su amor, la mujer por la que casi olvidó el lazo que lo unía a Francisco. Ella no lo había elegido y él supo aceptar la derrota. Por eso, y también por lo vivido en aquellos años, fue que se marchó a recorrer mundo. Si bien

no se arrepentía, en aquellos momentos todo su pasado se le venía encima como una arrolladora corriente, ahogándolo.

—Ten cuidado, Lizzie, no vayas a caerte redonda justo ahora, en tu condición.

La intervención de Francisco alertó a Julián, que separó a la mujer para contemplarla. En su talle se notaba un incipiente embarazo. El tercer hijo.

—¡Pero qué! ¿Vas a tomarte en serio la política de colonización del país? ¿Tú solo? ¡Si todavía no conozco a mi ahijado! —bromeó.

—Es tu culpa —lo amonestó Elizabeth—. Deberías haber regresado mucho antes, y con aviso. Qué dirá tu padre, que pretendía organizar una recepción para su único hijo. El hijo pródigo —agregó, con emoción contenida—. ¿Ya lo has visto?

—Mi padre está en la estancia y no planea volver por ahora. Está ensayando técnicas de pastoreo nuevas, y se hizo traer un toro de tu tierra, Elizabeth, para forjar una raza mejor en la pampa.

Otra que no fuese Elizabeth se habría horrorizado por el comentario, pero aquella maestra de sangre irlandesa era a prueba de todo, como lo demostró al echarse a reír con desparpajo.

—¡Todavía recuerdo aquel cuadro de Caupolicán, el que tenían sobre la chimenea!

—Espero que no lo reemplacen, ese toro es todo un símbolo.

—Y yo espero que te quedes lo suficiente como para contarnos tus aventuras y disfrutar de los niños. A propósito, iré a buscarlos para avisarles de la llegada del tío Julián y de paso, adecentarlos un poco. Están en el jardín de atrás. Fran, querido, no le permitas marcharse. ¡Cachila! —llamó dando palmas—. Cuelga el sombrero del señor lejos de su alcance.

La muchacha de campo que solía trabajar en El Duraznillo apareció presurosa, vestida con pechera azul oscuro y un delantal. Había entre la patrona y su criada una familiaridad que solo podía explicarse por el tiempo compartido en la estancia de las sierras del Tandil.

—Gracias, Cachila.

—Si te estás preguntando por Faustino —aclaró Elizabeth—, te responderé que lo vas a encontrar también. Después de que nos fuimos al Tucumán, él y Cachila se casaron, y al instalarnos en Buenos Aires, le propuse a tu padre contratarlos. Faustino se encarga del coche y de las cuadras.

Julián imaginaba aquel pedido de la maestra, casi una orden, y también a su padre encantado de cumplirla. A pesar de no haber logrado que Elizabeth se convirtiese en su nuera, para Armando Zaldívar aquella era su familia, y los hijos de Fran y Elizabeth, sus nietos. Era bueno que así fuese, pues jamás tendría nietos propios.

—¿Cuándo volviste? —la pregunta de su amigo lo sacó de los lúgubres pensamientos que a menudo lo acometían.

Fran lo instaló en la biblioteca, una habitación revestida de fina *boiserie* que olía a cuero y a libros. El ventanal tamizaba la luz de la calle con una cortina de gobelino

carmesí. Un ambiente elegante y exquisito. Después de todo, Francisco se había criado en el seno de una familia pudiente, alternando con lo mejor de la sociedad, hasta que su verdadera condición le fue revelada y decidió recluírse en la cabaña que los Zaldívar tenían en la playa, cerca de la laguna de Mar Chiquita. En aquel sitio conoció a Misely, como llamaban sus alumnos a Elizabeth.

Nadie hubiese podido prever la unión entre la maestra de Boston y el bastardo, lo lógico hubiera sido que ella se inclinase por el hijo del estanciero que, además, fue su amigo incondicional cuando lo necesitó.

Así eran las cosas, inesperadas, y el destino tejía su trama sin cuidarse de las consecuencias.

—Debiste avisar de antemano —seguía diciendo Fran, en tanto abría una garrafa de coñac.

—Tomé la decisión de un día para otro, cuando supe que mi madre había estado enferma.

Fran ocupó el sillón tras el escritorio, donde se apilaban libros de contaduría y sobres de cartas en una bandeja de plata.

—Aun así, pudiste telegrafiar. Nos habría encantado recibirte con toda la pompa.

—¿De veras?

El leve tono burlón hizo que Francisco clavara sus extraños ojos dorados en Julián.

—Sin rencores. Eso creí entender a través de tus cartas.

—¿Elizabeth te las leía?

Fran soltó una carcajada.

—Ya hubiese querido. No, mi amigo, la mujercita que conocimos caminando con sus niños por los médanos no es ninguna dama sumisa, todo lo contrario.

—¿Te arrepientes de haberte casado con ella?

La mirada dorada se volvió penetrante.

—En absoluto. Estoy más enamorado cada día.

—Me alegro. Desde un principio esperé eso, y mantuve correspondencia con tu esposa porque es mi amiga y porque de ese modo podía saber si era feliz. Siempre la consideré mi responsabilidad.

—Lo sé. Y te lo agradezco.

Fran se inclinó para servir una medida de coñac en la copa de Julián.

—Al contrario de lo que piensa tu madre, que me odia, sigo lamentando que una mujer como Elizabeth se haya prendado de un hombre como yo, pues de todas las maneras posibles eras el mejor candidato, Julián. El amor es ciego, y pese a que en aquellos tiempos el que sufría episodios de ceguera era yo, Lizzie reveló ser ciega también, a su modo.

—¿Y cómo va eso? Lo de la enfermedad, me refiero. Ella me contaba que allá en el Tucumán no tuviste inconvenientes.

—Estoy curado por completo. Ese remedio milagroso del doctor Ortiz debió de ser filtrado por los ángeles, pues ya ni recuerdo lo que es sentirse débil o angustiado. Y no volví a quedarme ciego nunca.

—El amor dicen que cura también.

Fran apuró el último trago.

—Así dicen. Y espero que bebas de ese otro tónico algún día. ¿O es que ya lo has hecho? —dijo de pronto, mirando con atención a su amigo.

Julián estiró la pierna herida como escudo ante cualquier intento de Francisco de indagar en su vida personal.

—Me encuentro bien —repuso, de manera neutra.

—Aquí tendrás muchas ocasiones, amigo mío, sospecho que tu llegada ha removido bastantes aspiraciones femeninas.

—Sí, ya sé, y que mi propia madre alentaré sin duda, pero no tengo intenciones de arruinar mis primeros días en el país comprometiéndome.

—Bueno, «arruinar» es una palabra curiosa, aunque entiendo que corcovees ante el lazo que quieren echarte.

—Me comprendes, entonces, pues siempre fuiste un potro mal domado —dijo melancólico Julián, aludiendo a la fama de calavera que tenía Fran desde muy joven.

—¿Qué lenguaje es ese?

Elizabeth entraba, cargando a un hijo y llevando de la mano al otro. Julián se levantó con dificultad, y permaneció admirado ante los niños.

Santos, el mayor, había heredado el porte de su padre y su rebelde cabellera oscura, combinando los ojos de la madre, de un tono indefinido entre el azul y el verde, y ese rasgo aportaba suavidad a su rostro infantil. Juliana, llamada así en su honor, era una criatura fogosa: el cabello cobrizo ensortijado enmarcaba unos ojos dorados, reflejo paterno que en la pequeña resultaba más inquietante aún.

Julián se hincó, descansando así la pierna, y abrió los brazos para recibirlos. Santos dudó, pero Juliana tendió sus bracitos hacia él. Al tomarla en los suyos, el sillón impidió que ambos rodasen por el suelo.

—Vamos, hijo, saluda a tu padrino, que acaba de volver de un largo viaje —lo animó la madre con un empujoncito.

—Los hombres nos estrechamos las manos —sentenció Julián, y tendió la suya hacia el niño.

Fue una buena jugada. Santos se sintió importante y escondió su manita en la palma del hombre, que la apretó con emoción. Podría haber sido su hijo. En algún momento, incluso, Fran había dudado de que no lo fuese, pero ella había pertenecido a su amigo desde un principio. Y era una mujer leal, de las que a él le gustaban.

Pasada la incomodidad de ese primer encuentro, los niños se encontraron a sus anchas en el cuarto, se veía que estaban acostumbrados a molestar a su padre mientras trabajaba, y que él los consentía gustoso. Recién después reparó Julián en la otra presencia, la de la mujer rubia que había desdeñado tomar su bastón. Elizabeth

estaba ansiosa de presentársela, y por un momento Julián temió que hubiese adoptado el papel de Celestina.

—¿No la recuerdas? —empezó, con sonrisa traviesa.

La joven vestía con sencillez y llevaba el cabello recogido en la nuca, lo que realzaba sus rasgos aindiados. Eso era lo que le daba la nota exótica, y recién cayó Julián en la cuenta de que era la misma persona que le habían señalado en la confitería de la Victoria, la maestra a la que llamaban «La China».

—Puede que nos hayamos visto antes, señorita. Me disculpo por mi descortesía, en la penumbra no advertí de quién se trataba.

Los ojos achinados parecían sonreírle. Ella comprendía todo, al fin y al cabo solo era una mestiza que había cumplido con el sueño de su abuela india: convertirse en maestra normal al amparo de Misely, la primera maestra que conoció en su vida.

—Livia vive con nosotros desde que supimos de su interés por ser maestra. Primero se albergó en casa de la madre de una alumna y luego, cuando la viuda contrajo nupcias, le dije que viniera aquí. Es grande la casa. ¿En serio no la recuerdas?

Julián miró desconcertado el rostro de rara belleza. Elizabeth se apiadó de él y le proporcionó el secreto:

—Era solo una niña que se escondía tras mis faldas cuando la conociste allá, en la laguna. ¡Cómo ibas a reconocerla, si se ha convertido en una hermosa dama!

Julián se rindió. Recordaba imágenes deshilvanadas de aquellos miserables niños, los primeros alumnos de Elizabeth en la parroquia prestada por el cura del pueblo. Una de ellos debía de ser esta joven de complexión fuerte y expresión serena. Pensándolo bien, era bella, y poseía un aplomo poco frecuente en las damiselas.

—Es un gusto conocerte, Livia, por segunda vez —le dijo con galantería.

Una sonrisa ancha, de blancos dientes, iluminó el rostro moreno.

—Es la única que pudo rescatar de aquella caterva de diablos —comentó Fran.

—Siempre fue una alumna aplicada y seria —añadió Elizabeth—. Estoy muy orgullosa. Es mi asistente, además, porque también doy clases particulares.

Julián echó una mirada furtiva a su amigo. La fiera había sido domada, después de todo. Recordaba la furia de Francisco cuando, recién casado, supo que Elizabeth pretendía seguir ejerciendo su profesión.

Como si comprendiese que estaba a punto de recibir una pulla, Fran se apresuró a derivar la conversación:

—¿Y cómo encontraste todo por aquí?

Elizabeth y Livia se retiraron con los niños, no sin antes obtener de Julián la promesa de volver otro día para la cena. Feliz de saber que el tío les había comprado recuerdos en los países por donde había viajado, el pequeño Santos partió entusiasmado.

—Hasta ahora, como siempre —respondió Julián cuando se vieron solos—. Buenos Aires es la misma ciudad que dejé hace cuatro años.

—No tanto.

—¿A qué te refieres?

—Ha habido cambios, empezando por la política del gobierno, que atrajo a mucha gente desde Europa. Eso bastaría para provocar encono entre los porteños, pero además, la revolución nacionalista generó muchos enfrentamientos. Hubo disturbios, peleas callejeras... En cuanto a los que viven tierra adentro, el conflicto es aún mayor. Son las ideas lo que está en juicio, Julián, los intelectuales ven con malos ojos a la ganadería extensiva, la relacionan con el viejo país, el que no cambia. Hoy la mira está puesta en el cultivo de los cereales y los colonos. Se vive una guerra sorda. ¿No lo notaste?

—La principal guerra fue convencer a mi madre de establecerme solo y sin ánimo de contraer matrimonio —bromeó.

Fran sonrió y se echó atrás en el sillón. Se lo veía próspero y satisfecho, sin duda su mujercita calmaría todas sus ansiedades y no precisaría beber de otras fuentes. Esa idea hizo fruncir el ceño a Julián.

—Estás preocupado —advirtió Francisco.

Vio la posibilidad de sincerarse ante su amigo. Había querido confiar en Elizabeth, aunque al verla en compañía de sus pequeños y asistida por una antigua alumna, se dio cuenta de que su secreto era demasiado atrevido para una dama.

—En verdad, Fran, tengo un dilema que me gustaría confiarte en la más privada de las confidencias.

—Adelante.

Fran facilitó la charla cerrando la puerta de la biblioteca y abriendo su caja de cigarros. Sabía que Julián no fumaba, de modo que le ofreció otra copa de coñac.

—Solo te pido que no lo tomes a la ligera. Es asunto serio, aunque no te lo parezca.

—Seré un santo.

—No empieces.

—Está bien, está bien. Veamos qué ocultas, mi amigo, porque siempre deseé que ocultaras algo turbio, te lo confieso. Es difícil ser el malvado en todo momento.

Levantó las manos en señal de rendición al ver la expresión de Julián, y agregó:

—Prometo ayudarte.

Julián se acomodó en su sillón y dejó la copa sobre el escritorio antes de comenzar a narrar la forma insólita en que se había hecho cargo de una amante china, reservándose los detalles de su intimidad.

—¿La amas?

—En cierto modo. Soy egoísta y la necesito.

Fran dejó escapar el humo en volutas que quedaron suspendidas en el último rayo de sol que atravesaba las cortinas. Pensó unos momentos en la confesión de su amigo, y tradujo su drama en pocas palabras.

—Y quieres esconderla de la vista de tu madre y de las matronas porteñas.

—De la vista de todos, ya que estamos. Creo que nadie entendería mi situación.

—Y a pesar de eso, quieres conservarla.

—Bueno, no sé qué haría ella sin mí tampoco.

La mirada de Francisco fue inequívoca.

—¡No! Eso no. De esa vida la saqué para siempre.

—«Siempre» es una palabra desmedida, amigo. Conviene decir «por ahora».

—No seas cínico, Fran.

—No me dejas otro camino, si me hablas de una prostituta y de mantenerla escondida durante toda una vida. Es algo imposible, a menos que le encuentres alguna ocupación que disimule su carácter.

—Ella propuso disfrazarse de hombre para no ser descubierta.

Esa idea acaparó toda la atención de Francisco. Se echó hacia delante y apagó el cigarro, divertido.

—Soy especialista en el camuflaje, mi amigo. Esto me recuerda cuando fingí ser mi propio hermano para engañar a Elizabeth.

—Cómo olvidarlo, si me tenías en un puño con esa farsa. Y a la pobre Elizabeth...

—No se lo creyó tanto como yo hubiese querido. Me confesó tiempo después que me había descubierto y mantenía las apariencias hasta ver cómo me comportaba.

Julián abrió grandes ojos.

—¿En serio? Lizzie es toda una mujer.

El apelativo cariñoso y el tono admirativo calaron hondo en Francisco, pues nunca dejó de sentirse celoso de la amistad que se había forjado entre esos dos. Serenó su espíritu, sin embargo, ya que tanto el amor de su esposa como la amistad de Julián eran un tesoro demasiado valioso para echarlo a perder. Ya había estado a punto de hacerlo tiempo atrás.

—Veamos —comenzó, levantándose y caminando en derredor—. Si descartamos el retorno de la joven a su antiguo oficio, y dejando por ahora de lado la posibilidad de convertirla en hombre... nos queda el recurso de ofrecerla en matrimonio.

Julián soltó una risa agria.

—No encontrarías candidato en todo el territorio, Fran. Vamos a tener que ser más imaginativos.

—¿Qué tiene de malo? Han venido hombres solos de cualquier parte del mundo, muchos sin haber dejado nada en sus países. Vienen a la aventura, viejo, ese tipo de hombre se excita con la novedad. Yo intentaría convertirla en una dulce mujercita de Occidente, le enseñaría modales, recursos...

—Pétalo no querrá —se empacó Julián—. Tiene costumbres arraigadas, y no veo por qué serían mejores las nuestras.

—Me estás diciendo que es un problema, así que algo tendremos que hacer para resolverlo, y creo que es más fácil presionar sobre la chinita que sobre tus propias costumbres y tradiciones.

La rudeza de Francisco no debería haberle afectado, pues lo conocía bien, era un hombre cruel si se lo proponía, aunque escucharlo hablar de Pétalo de ese modo desprejuiciado le resultaba difícil. Se sentía responsable de ella.

—Podríamos inventarle un oficio —siguió diciendo Fran, con las manos en los bolsillos y actitud pensativa—. O quizá... —Y lanzó a su amigo un vistazo intencionado— quieras desposarla.

Julián se admiraba de la capacidad de su amigo para manipular a las personas. Así había procedido con Elizabeth y acabó por conseguirla, si bien en ese caso podría decirse que el cazador había sido cazado a su vez.

—¿Qué sabe hacer? Aparte de todo lo demás, por supuesto.

Ahora Fran le sonreía con esa sonrisa ladeada que cautivaba a las mujeres.

—Eres un salvaje desconsiderado —protestó Julián, sonriendo a su pesar—. No respetas nada.

—A tu pequeña porcelana china la voy a respetar como si fuese la madre superiora de un convento —aseguró—, pero si vamos a estar juntos en esta farsa, que tiene un buen propósito, y lo aclaro para tu conciencia, tendremos que actuar con decisión y firmeza.

—Como digas. Déjame pensar en las posibilidades que tenemos. Antes, una cosa más, que lleva urgencia: necesito que alguien la cuide mientras me tomo unos días en El Duraznillo. Aún no he visto a mi padre, y quisiera compartir con él un tiempo breve. Confío en convencerlo de que vuelva conmigo y permanezca en la casa de la ciudad, pero de cualquier modo tendré que dejar a Pétalo librada a sus recursos. Yo había pensado...

—En Elizabeth.

—Bueno, sí... Claro que es un disparate, tomando en cuenta su posición, me doy cuenta.

—Le diré.

Julián no salía de su estupor.

—¿Aceptarías involucrarla en esto? Pensé que me colgarías si se lo decía.

—Es una posibilidad, aunque prefiero divertirme un poco a tus expensas. No conozco a otra persona tan compasiva como mi esposa, ni tan discreta. Por supuesto, ante ella quedarás como un pervertido, te lo advierto. Si puedes resistir eso...

—Fran...

—Elizabeth te adora, haría cualquier cosa por ti.

Ambos se miraron a los ojos con franqueza. Francisco Balcarce le estaba poniendo el corazón en sus manos. Julián no pudo ser menos, y respondió:

—Y yo le correspondo, pues ha hecho feliz a mi mejor amigo, mi hermano.

Se abrazaron de nuevo, procurando que ninguno viese las lágrimas del otro.

Cuando se separaron, Julián tuvo la sensación de haber borrado, de un plumazo y para siempre, cuatro años de distanciamiento.

Elizabeth entró al despacho un rato más tarde, y Francisco se volvió hacia ella con una sonrisa, ofreciéndole su regazo. La esposa se sentó en él con un gesto travieso.

—Los niños están durmiendo —comentó, por decir algo.

—Y te mueres por saber de qué hablamos con Julián, ¿no es así?

Descubierta, ella se echó a reír, con esos hoyuelos que Francisco tanto amaba ver.

—Te voy a contar un gran secreto, esposa mía, y debes guardárnoslo.

—¿A los dos?

—A los dos. Serás nuestra cómplice.

Inquieta y divertida, la maestra de Boston se dispuso a escuchar. A medida que Francisco relataba el problema de Julián, los ojos de la mujer se agrandaban y su boca formaba una o tan seductora, que su esposo no pudo resistirlo y estampó en ella un beso. Fundidos en el abrazo, se dejaron llevar hasta que Elizabeth recobró la compostura.

—Querido, estamos a la vista de todos...

Ella nunca dejaría de tomar en cuenta las convenciones, y no obstante, era capaz de saltárselas cuando se trataba de ayudar a los demás.

Justo lo que Francisco esperaba.



CAPÍTULO 3

El carruaje se bamboleaba sobre la huella como tantas otras veces, aunque las lluvias de otoño agregaban la dificultad de los guadales. A Julián, absorto en el paisaje, le parecía increíble haber estado en la ribera del Tíber apenas un mes antes, y en esos momentos surcando los caminos lodosos de la pampa. Mientras contemplaba los árboles que se alzaban heroicos en la inmensidad cubierta de pajonales, recordó las palabras de Francisco augurando el nuevo país.

¿Qué diría su padre, acérrimo ganadero, ante la embestida de los colonos inmigrantes y la urgencia de dedicar tierras a la siembra? Ya en otra época lo había notado a la defensiva en ese sentido. Julián había aprendido mucho en su periplo; la vieja Europa también había sido sacudida por los cambios, y si bien las ruinas atestiguan el pasado, las novedades señalaban el futuro.

En el país se terminaban los años de caudillaje y patriarcado rural, para dar paso a la urbe racional y cosmopolita. ¿Cómo no lo advirtió al desembarcar? Sin duda estaba preocupado por la seguridad de Yong, su falso sirviente. Sonrió al pensar en Elizabeth y Pétalo juntas. Qué no daría por ver la primera expresión de ambas al conocerse... Confiaba en la delicadeza de Elizabeth y en la prudencia de Pétalo. Su única duda residía en Fran, aunque, si de él había venido la propuesta, estaría dispuesto a que funcionara.

—Vamos llegando, señor —anunció el cochero.

Julián se asomó para respirar el aire serrano. Sabía que, después de la colina sembrada de durazneros que daban nombre a la estancia, aparecería el camino principal jalonado de acacias y eucaliptos, vería los galpones y las casitas de los puesteros, con sus patios cubiertos de herramientas y sus perros ovillados en el umbral. El frío haría que el humo de las chimeneas trepase al cielo diáfano, y los campos amarillearan bajo la escarcha. Y al trasponer la última tranquera surgiría el casco de El Duraznillo. Todo eso adivinó antes de verlo.

Y la estampa de don Armando, en medio de sus hombres, como un paisano más.

Su primera sorpresa fue ver que la casa estaba pintada de rosa. Él la recordaba blanca y ocre. Le extrañó el cambio, aunque tuvo que reconocer que lucía bonita sobre el fondo verde de las araucarias. También observó algunas mejoras, como el molino que giraba con pereza y los nuevos galpones, donde sin duda se guardaría el forraje. En esos años, su padre se había esforzado en mejorar la hacienda.

—Bajo acá —le anunció al cochero, y saltó a tierra sin aguardar respuesta.

Caminó con ayuda del bastón, clavándolo en barriales donde se hundía como el cuchillo en pan caliente, y salvó la distancia que lo separaba de la entrada lo más rápido que su pierna le permitió. Allí se detuvo, para degustar de a poco la visión de la casa.

El casco antiguo carecía de ornamentos y en eso residía su belleza, salvo el pórtico donde su madre se había empeñado en realzar la arquitectura colonial con columnatas italianas. El conjunto resultaba original, debía reconocerlo.

Las dependencias del servicio habían sido pintadas también, de manera que la casa principal parecía más grande y alargada. Desde el techo de la galería, las torcazas le daban la bienvenida. Los postigos estaban abiertos, y se adivinaba el movimiento doméstico por el ruido de los cacharros y las voces provenientes de la cocina. El galgo negro que Julián conocía se levantó, desconfiado al principio, hasta que comprobó la identidad del recién llegado y comenzó a gemir y a aullar, loco de contento.

—Cachito... —murmuró, palmeando la espigada cabeza.

Era un perro con dificultades para andar, como él, y fiel como ninguno. Julián se identificaba con aquel animal más de lo que hubiera querido.

—¿Dónde está mi viejo? —le preguntó, como si le entendiese.

Cachito se restregó contra su pierna y buscó otra caricia. Julián levantó la vista y descubrió la efigie de su padre a la distancia, detenido en medio de los galpones como si lo hubiese alcanzado un rayo. El corazón saltó en su pecho al verlo.

Don Armando Zaldívar conservaba el porte que lo distinguía entre los peones, por más que vistiese como ellos. Su cabello oscuro, peinado hacia atrás con prolijidad, mostraba más canas entremezcladas, y tal vez su cintura se hubiese redondeado un poco en los últimos tiempos, pero la firmeza de las piernas hablaba a las claras de un hombre vital que no conocía el ocio ni deseaba retirarse de la escena. Eso aplacó los miedos de Julián. En lugar del anciano venerable al que debía reprender por exigirse demasiado, se encontró con un hombre maduro y enérgico, que todavía podía dar un buen baile.

Una sonrisa se dibujó en el rostro del hijo. Era la felicidad de recuperar a su padre tal y como lo deseaba.

—Papá... vine.

Don Armando no podía pronunciar palabra. Se limitó a abrir los brazos, esperando que el embate del hijo al caer en ellos no lo tumbase, pues se hallaba débil por la emoción.

Bajo el sol tibio, en medio del patio de las casas y a metros de la glorieta desnuda de flores, los ojos curiosos de la peonada vieron cómo aquel muchacho convertido en hombre avanzaba a paso desigual hasta alcanzar al patrón y fundirse en un abrazo con él. Algunos, los más antiguos, comprendían bien la situación y desviaron la mirada, quizá nublada de repente. Otros intentaban descubrir quién era aquel mozo elegante que llegaba en carruaje hasta El Duraznillo.

—Tu madre debió avisarme —empezó a decir Armando.

—A ella también la sorprendí.

—¿Está bien?

—Se siente bien si la visito todos los días —aseguró con picardía Julián.

—Pero cómo... ¿No estás viviendo en la casa?

—Ya te contaré, padre. No es fácil ubicarse de nuevo, traje muchos bártulos conmigo, y además, me acostumbré a vivir solo.

Don Armando asintió, comprensivo, mientras conducía al hijo amado hacia la casa. Al verlo tambalear sobre una pierna, la tristeza lo invadió. Aquella vieja herida no había mejorado, entonces. Y él, sin poder hacer nada...

—¡Chela, un mate! —gritó, no bien entraron.

El interior estaba caldeado por el fuego y por un humo sutil que emanaba de la cocina, donde sin duda la antigua criada y ama de llaves estaría afanándose en el almuerzo.

Don Armando se detuvo y volvió a contemplar a Julián.

—Mi hijo, carajo... —pronunció con voz entrecortada, y lo abrazó de nuevo.

Julián contuvo las lágrimas y estrechó a su padre. El estanciero olía a tabaco y a cuero, de seguro vendría de trabajar en los corrales. Se alegraba tanto de comprobar que seguía sano y fuerte, que resolvió aguardar para reprocharle su ausencia de Buenos Aires.

—Tendrás que contarme todo —lo amonestó Armando—, y será en varios días, así que ponte cómodo.

Era lo que Julián deseaba, quedarse un tiempo y recobrar la vida que le gustaba, atesorar los recuerdos felices, como un bálsamo para resistir los otros que lo asaltaban a cada momento.

—Voy a lavarme un poco —le dijo el padre mientras desaparecía tras las puertas del descansillo—. Dile a Chela que apure el mate pero no la asustes, o le dará un pasmo.

Julián dejó su sombrero en el perchero, acarició el cuero de los sillones y paseó la mirada por sobre los objetos que adornaban el rincón de piedra de la chimenea: un candado de bronce, un telar de crines de caballo, rocas de la sierra que escondían fulgores mágicos... Muchas de esas baratijas eran tesoros que él, de pequeño, había obsequiado a su padre. Le enterneció verlos después de tanto tiempo. Recuperó el bastón y caminó con lentitud, verificando si cada detalle de la casa seguía ahí, indiferente a lo ocurrido, como un soporte sólido en su vida.

—Chela...

Al entrar en la cocina de su niñez, Julián se detuvo. El desenfado con que pensaba sorprender a la criada de la familia se congeló en su gesto cuando se topó con la espalda erguida y la trenza rubia de una desconocida. Joven, a juzgar por las caderas firmes y la cintura esbelta. Y bella, como pudo comprobar al ver su rostro.

Brunilda se volvió ante el timbre masculino y quedó petrificada al encontrar a otro hombre que no era el patrón. A la cocina solo llegaban los mandaderos, y por la puerta de la despensa, jamás desde el comedor. Y por cierto, aquel hombre apuesto no era ningún peón, su aire aristocrático lo envolvía como un halo. ¿Qué hacía en la

cocina? ¿Sería un invitado que equivocó el camino hacia los cuartos? Sin embargo, ella lo había escuchado pronunciar el nombre de la cocinera.

—Perdón —dijo Julián, desconcertado.

—Chela no está.

—¿Quién es usted?

Los ojos azules la recorrieron de arriba abajo, evaluando su condición. Brunilda se estremeció ante el escrutinio, y su orgullo se resintió al verse tratada así. Después de todo, el que había entrado de manera abrupta era él, y tampoco se daba a conocer.

Julián avanzó hasta colocarse delante de la joven. Aspiró su perfume silvestre y detectó que usaba filtros caseros para embellecerse. Una idea sombría cruzó su mente y debió de reflejarse en su semblante, pues la mujer retrocedió.

—¿Duerme usted aquí, o viene de las casas?

Molesta por el interrogatorio descarado, Brunilda optó por responder a la primera pregunta:

—Me llamo Brunilda Marconi.

—Y yo me llamo Julián Zaldívar y Durand.

El piso huyó de los pies de la muchacha, que se tambaleó. Julián estuvo a punto de soltar el bastón para sostenerla, pero se contuvo y oprimió con furia la cabeza de dragón.

—Supongo que mi padre le habrá mencionado que tiene un hijo.

Don Armando hablaba poco con ella, solo se interesaba por saber si se encontraba bien, y a veces le dedicaba una sonrisa para infundirle confianza. Brunilda supuso desde el principio que el patrón tendría familia en Buenos Aires, y Chela lo confirmó al contarle que la esposa ya no iba por aquellos pagos porque estaba delicada de salud. También supo, por boca de Chela, que existía un hijo dando vueltas por el mundo. Y ese era un concepto demasiado extenso y lejano para que Brunilda demorase en él su pensamiento. Todo su mundo era ahora El Duraznillo.

Julián separó una silla, apoyó el bastón en su respaldo y se sentó al descuido, con las piernas extendidas y un codo sobre la mesa.

—Prepárame un té —ordenó, displicente.

Brunilda entendió que la estaba poniendo a prueba y resolvió demostrarle que era capaz de ofrecer un buen servicio, aunque sus movimientos resultaban torpes después del impacto que le causó verse cara a cara con el hijo del patrón. ¡Chela no le avisó que vendría!

Julián la observaba con mirada vigilante. La joven era una preciosidad. Alta, lo suficiente como para que él pudiese contemplarla sin bajar la cabeza, delgada aunque con carnes donde hacía falta, y extranjera. Faltaba saber de dónde. Eran muchos los inmigrantes que se aventuraban hacia las tierras de adentro, y por su cabello dorado podía ser de la Europa oriental, aunque los ojos oscuros, contrastantes con la palidez de la piel, le intrigaban. Eran ojos de corzuela, aterciopelados y asustadizos. Esos ojos le trajeron reminiscencias de su juventud primera, cuando aquella muchachita de

los carromatos gitanos se topó con él en tierras de El Duraznillo. Había sido su primera pasión y nunca pudo olvidarla. Así como tampoco olvidó el dolor que le produjo verla partir escarnecida por su propia madre. Rechazó ese último recuerdo y se fijó en las ropas de esta otra muchacha, importante indicio de su condición en la estancia. La sencillez del vestido azul con ramilletes blancos no le impedía lucirlo con elegancia, como si lo llevase pintado sobre el cuerpo, ajustado en los sitios que resaltaban sus curvas. «Demasiado insinuante», pensó con disgusto. El escote apenas rozaba el nacimiento de los pechos y sin embargo, él podía imaginarlos alzados y coronados por pezones tan oscuros como los ojos. Los andares por la cocina desnudaban las pantorrillas de la joven, donde el músculo se dibujaba con impudicia cada vez que se ponía de puntillas para alcanzar un frasco.

Ella separó la mejor bandeja, la que se reservaba para las ocasiones, y dispuso un mantelito donde apoyó el plato con masas y la azucarera de cristal. Vigiló el agua para que no alcanzase el hervor y coló la leche en una jarrita de porcelana. Llevó todo a la mesa de mármol y se disculpó.

—De haber sabido —dijo, sin alzar la mirada—, habría tendido la mesa principal.

—Me gusta estar aquí —repuso Julián, y eso era muy cierto.

La cocina de El Duraznillo había sido siempre un refugio donde Chela lo agasajaba con sus deliciosos pasteles o le curaba los cortes y raspaduras antes de que su madre pusiese el grito en el cielo. El aroma de la lechada para el dulce, o la fritura de los chicharrones para el pan, eran un recuerdo indeleble en su memoria.

La tapa de la tetera inglesa tintineó un poco cuando la muchacha la levantó para verter el líquido. Las manos le temblaban. Julián aguardó a que llenase la taza, y le señaló la azucarera.

—Dos.

Brunilda usó las pinzas de plata para separar los terrones y luego acercó la primorosa lechera esmaltada, pero el hombre la rechazó con firmeza.

—No. Lo tomo negro, no me gusta disfrazar los sabores.

Brunilda se quedó de pie, sin saber si irse o seguir con sus tareas, y Julián decidió por ella:

—Siéntate.

Paladeó la sorpresa de la chica junto con el té, antes de insistir en su interrogatorio.

—Entonces, ¿vives en la casa grande?

—Sí.

—En el cuarto de servicio, supongo, el que usa la doncella de mi madre.

De pronto, las preguntas de Julián Zaldívar se le antojaron peligrosas. Brunilda huía de los hombres, hasta de los peones de la estancia. El único al que no temía era don Armando, pues recordaba bien las palabras de Filipa, encomendándola a él en caso de necesidad. Era un hombre cabal, honesto, incapaz de dañar a una mujer. Este hijo, que la miraba con destellos de interés teñidos de suspicacia, no parecía

inofensivo sino acostumbrado a tomar lo que deseaba con solo pedirlo, como los terrones de azúcar, y quizá estuviese averiguando dónde dormía para aparecérselo en la noche. La prudencia le aconsejó medir sus respuestas. Si ella debía lidiar con el hijo del patrón, la batalla estaba perdida desde el principio.

—Uso los cuartos del fondo, a veces —repuso, mientras escondía sus manos en el regazo del delantal.

—¿A veces? ¿Por qué? ¿No te asignaron un dormitorio, o es que recorres varios? El insulto heló la sangre de Brunilda, que no atinó a responder nada adecuado.

—¡Niño Julián!

Julián saltó de la silla como un mocosito al que pescan en una travesura, y se quemó con el té derramado. Brunilda corrió a secarlo con un lienzo que descolgó de un gancho. Mientras repasaba la manga de la camisa manchada, sentía como un clavo ardiente la mirada de él, fija en su rostro. Al levantarlo, se topó con unos ojos claros que le prometían revancha, antes de volverse hacia Chela, que ya entraba con los brazos extendidos.

—¡Mi niño, mi querido niño, de vuelta por fin!

La mujer, más achacosa de lo que la recordaba Julián, recibió un abrazo que la alzó del suelo.

—Estás más guapa que nunca, viejita —la endulzó, con ternura que admiró a Brunilda—. Y no me estabas esperando, mentirosa, pusiste a una extraña en tu lugar.

El reproche había sido intencional, pero Chela se enjugaba las lágrimas de emoción y no reparaba en nada.

—Tá hecho un hombre, parece mentira... —gorjeó entre hipos—. Y yo, sin saber que vendría, no hice nada que valga la pena...

—La señorita me ofreció unas masas. Claro que no sé si llegarán a gustarme tanto como las tuyas.

Chela se secó los ojos con el ruedo del delantal y observó la mesa tendida. Asintió, satisfecha, al comprobar que Brunilda seguía al pie de la letra sus indicaciones como una buena alumna.

—Lo que esta vieja puede ver aún, está bien hecho. Lo que no...

—Vamos, Chela, no me digas que ya estás refunfuñando. ¡Esta vez vine para quedarme!

—¿En serio, niño Julián? —exclamó la mujer con genuina dicha, y Brunilda se sintió fuera de lugar en aquella escena inesperada. Con discreción salió de la cocina y se refugió en la despensa. La gruesa puerta amortiguó las voces que seguían cuchicheando con familiaridad. Una nube de melancolía oscureció el semblante de la joven, pues recordó los momentos felices en que solía parlotear con Filipa, contentas de tenerse la una a la otra. Cruzó la galería en dirección a su cuarto y se apresuró a echar el cerrojo.

Desde su llegada, el patrón había insistido en que eligiese el dormitorio que más le gustase, pues había muchos disponibles en la casa. Brunilda se enamoró del

pequeño cuarto trasero cuya ventana daba al llano. Desde ahí contemplaba el amanecer, y el sol naciente le infundía esperanzas de encontrar alguna vez la serena felicidad que el destino le había arrebatado. Se miró en el pequeño espejo colgado en la pared y acomodó con esmero las mechas que escapaban de su trenza. Brunilda era prolija, le gustaba que imperase el orden en su cuarto y en los lugares de trabajo. Ese hábito cayó muy bien en la cocina donde Chela reinaba, de manera que ambas entablaron una relación cordial que, de haber sido Brunilda más confiada, podría haberse llamado amistad.

Extendió un género sobre la vieja mesa arrimada a la ventana y permaneció pensativa. Era un retazo de tapicería comprado al descuento en el almacén del pueblo. Se lo había encargado con timidez al mozo de los mandados, temerosa de incurrir en una falta que pudiese reprochársele. Chela le había dicho que el patrón era generoso y no reparaba en gastos, más si el trabajo estaba destinado a la propia casa, pues la tela se convertiría en nuevas fundas de almohadones para los cuartos. La mujer pronto descubrió la habilidad de la joven para la costura, y tuvo el tino de recomendarla con ese mérito para favorecer que se la dedicase a tareas livianas. Don Armando, que no sabía bien qué hacer con aquella muchacha asustadiza que una mañana apareció en su estancia tiritando de miedo, se acomodó a la idea y le encargó la misión de remendar las ropas de los peones solteros y el ajuar de la casa, trabajo que inventó en ese mismo instante, contento de ayudarla sin que ella se sintiese una mendiga. Así fue que Brunilda Marconi entró a El Duraznillo para desempeñar el ambiguo puesto de remendona y ayudante de cocina si la oportunidad lo requería. Se dejaba ver poco en el exterior, por eso su cutis se conservaba tan blanco, detalle que provocaba admiración en los peones que lograban espiarla trajinando en la casa. Esos mismos hombres, ansiosos de lucirse, tejían historias falsas sobre la joven, cuentos que se repetían a la luz de los fogones durante las mateadas y alcanzaban el cariz de una aventura profana.

Aprovechando la luz de la tarde que aún se filtraba por el enrejado, Brunilda pespunteaba los bordes de la funda mientras canturreaba una vieja romanza. Del cesto de costura que Chela le había armado desbordaban hilos de colores, almohadillas claveteadas de alfileres, tizas, tijeras enmohecidas y rollos de papel pergamino donde ella dibujaba sus diseños. Porque Brunilda escondía mucho más de lo que mostraba. En su cabeza bullían ideas de vestidos que anhelaba coser algún día. Ya en la casita de la sierra solía dibujarlos, y luego en las noches, a la luz de una vela, los revisaba con afán, soñando con dirigir un taller de costura del que saliesen aquellas prendas rumbo a las casas más adineradas de la ciudad. Un sueño inútil que la ayudaba a sobreponerse al dolor y a la vergüenza de no poder subsistir por sus propios medios.

Con delicadeza cortó los hilvanes y limpió de pelusas el género, lo volvió del derecho y lo rellenoó con la estopa que había conseguido en los galpones. Era el almohadón más bonito de todos los que había hecho; el bordado representaba un bosque del que emergía la cabeza de un ciervo, una fantasía francesa que había

encantado a Chela, poco acostumbrada a esos detalles suntuosos. La casa grande era sencilla, casi espartana, más aún en ausencia de la patrona, que ya no los visitaba como antes. Se añoraba el toque femenino y Brunilda poseía un gusto exquisito; con los pocos medios que pusieron a su alcance había revestido los muebles con coloridas fundas, bordado delicadas flores en el borde de las sábanas, y fabricado alfombrillas para los umbrales. Y si bien don Armando no advertía esos cambios, Chela hacía que reparase en la ventaja de contar con la ayuda de la joven.

Reprimió un pensamiento lúgubre mientras devolvía la forma al almohadón. Temía que el hijo del patrón la criticase ante su padre. Había leído en sus ojos una amenaza velada, antes de que la cocinera los interrumpiese, y ella no tendría adónde ir si aquel mozo hacía su voluntad. El patrón nunca supo, al darle cobijo en su casa, que además de la tragedia acontecida en su vida, Brunilda acababa de escapar de las garras de un miserable que vio la oportunidad de ganar dinero con ella, utilizándola en un burdel de la ciudad. Ya no sabía cuál de los destinos hubiese sido peor, si morir degollada por el facineroso que asesinó a sus padres adoptivos, o caer en un redil de putas para acabar enferma de sífilis o mendigar, cuando perdiese la lozanía de la juventud. Se estremeció al recordar aquel rostro picado de viruelas y la sonrisa torcida que el muy crápula le dedicó con fingida preocupación, al encontrarla caminando por el descampado. Iba en una carreta junto a otras personas de similar catadura, entre ellas una mujer de aspecto repulsivo que ni se dignó suavizar la mirada de cuervo que le dirigía. Una banda de truhanes, iguales o peores que los bandoleros que asolaron la región del Tandil.

—Vamos a llevarte a una casa de señoritas muy decente, donde podrás anotarte en una lista para conseguir trabajo —le había dicho aquel tipo.

Brunilda no era tonta. Por mucho que necesitase un techo y un pan, no pagaría el precio que los rufianes le ofrecían a cambio. Ella tenía una meta: llegar a El Duraznillo. Por eso, para evitar que la siguieran, dijo que llevaba un recado para don Armando Zaldívar, sabedora de que el nombre sonaría en los oídos de todos. El sujeto dudó, aunque no le soltó el brazo hasta que la mujer del coche gritó con voz destemplada:

—Dejala... Una más, una menos... Van a llegar otras de los barcos. Al final, está bastante desastrosa.

El hombre masculló un impropio y soltó a Brunilda a regañadientes. Ella pudo darse cuenta de que la quería para él, al menos al principio.

El sórdido recuerdo hizo zozobrar su tranquilidad. Afuera caía el sol, y las sombras acunaban el canto de las aves. Esa hora melancólica tenía un efecto balsámico sobre sus miedos. Una noche más a salvo, en la estancia de Armando Zaldívar.

Julián encontró a su padre revisando la pila de papeles que solía dejar sobre la repisa de la chimenea, para disgusto de Chela. Había trocado su gabán de cuero por un saco de lana de entrecasa, y se disponía a esperar el mate que la criada le ofrecía antes de la cena.

—¿Mucho trabajo hoy? —le dijo con aparente indiferencia, mientras se sentaba en el otro sillón.

Ese rincón apartado del comedor central, con su araña de bronce, se había convertido en una suerte de matera, un lugar íntimo junto al fuego en el que los Zaldívar se reunían al anochecer, en cómodo silencio, en tanto aguardaban el llamado para la cena. Sobre la chimenea se alineaban retratos de toros que El Duraznillo había criado con orgullo y que conservaban la prosapia del ganado. Julián levantó la vista hacia el cuadro del famoso Caupolicán, el semental que tanto asombró a Elizabeth la primera vez que pisó la estancia. Sonrió con melancolía. Hablaba bien de ella que se enamorara de un pobre diablo como resultó ser Francisco, una vez que se supo bastardo y enfermo. Otra mujer hubiese especulado con las tierras y el buen nombre de los Zaldívar. Se echó atrás en el respaldo y suspiró. Qué importaba, era arena del pasado.

—El trabajo de siempre, hijo —le respondió Armando—, solo que los huesos ya no son los mismos.

—¿Por qué no te tomas un descanso entonces, en la casa de la ciudad?

Aprovechó para sacar el tema que lo preocupaba.

—Hay mucho que hacer en estos días. Inauguré el silo para el invierno, y debo ver si rinde como para justificar el gasto. Por otro lado, he estado recibiendo a técnicos especializados en el enfriado de las carnes. No podemos desaprovechar esta oportunidad de la que tanto se está hablando y que disminuye los riesgos del transporte en pie.

—Habrá algo que hacer también en Buenos Aires.

—Tu madre se queja, y cuando voy también lo hace. Las mujeres, hijo, jamás se conforman.

Don Armando reducía la cuestión a un simple capricho femenino. Su hijo veía las cosas de otro modo.

—Encontré a madre un poco melancólica.

Por fin, una sombra surcó la frente de Armando Zaldívar.

—Es por eso que te pedí que volvieres, por ella. El pasado invierno cayó enferma, y creo que saberte tan lejos le impedía reponerse.

—Es injusto, padre, echarme la culpa de un mal que la aqueja desde hace años.

—Tranquilo. No digo que haya enfermado a causa de tu viaje. Es que los padres nos ponemos sensibles cuando envejecemos, queremos tener cerca a nuestros hijos, sabiendo quizá que el tiempo corre demasiado deprisa.

Julián se arrepintió de inmediato. Después de todo, sus padres no habían cuestionado ese viaje, que significó para ellos un duro golpe. Ambos sabían que huía

de una decepción, y también que él no era el mismo hombre después del cautiverio entre los indios. Aquel era un asunto que no habían tocado nunca, y Julián no deseaba que saliese en la conversación. Se levantó y caminó en derredor, las manos en los bolsillos.

—Quedó linda la casa pintada de rosa —comentó.

—Fue idea de... Chela.

Esa vacilación de su padre lo puso en alerta.

—¿Y desde cuándo Chela es tu consejera? —bromeó.

Armando hojeó la carpeta que tenía entre manos y murmuró:

—Estaba descascarándose la vieja pintura, eso es todo.

La criada apareció con la bandeja del mate y la colocó entre ambos hombres. Julián hizo una seña para que los dejase solos. Él cebaría el mate a su padre.

Por unos momentos, se escuchó solo el crepitar del fuego y el rezongo de la bombilla. Al cabo, volvió a las andadas:

—Hoy conocí a la nueva muchacha.

Armando no levantó la vista de la carpeta.

—Parece muy joven. ¿Es la esposa de alguno de los peones?

—Es la hija de unos vecinos, los Marconi.

—No los conozco. ¿Quiénes son?

Don Armando levantó por fin sus ojos, rodeados de pliegues en el rostro bronceado, y dijo con crudeza:

—Era un matrimonio de italianos que había levantado su casa del otro lado de la sierra. Fueron asesinados hace unos años.

Julián no se esperaba tamaña noticia.

—¿Qué pasó?

Una nube de polvo salió de la carpeta cuando Zaldívar la dejó caer sobre la mesa.

—Hubo una masacre mientras estuviste afuera, algo inexplicable. Según parece, unos hacendados se atribuyeron la misión de limpiar la sangre de nuestra pampa, y mataron a todos los extranjeros que encontraron.

Julián no salía de su horror.

—Eso no puede ser, padre, siempre hubo extranjeros en el país.

—Nunca como ahora. Han venido en gran número, atraídos por la promesa de tierras feraces para cultivar, asediados por las guerras y protegidos por el gobierno. Los habrás visto en el muelle y en los edificios cercanos al puerto. Allí se arraciman, esperando ubicación y empleo. Eso irritó a los gauchos del campo, que se sienten desplazados. Como el que viene sin nada que perder acepta cualquier condición...

—¿Hay alguno en El Duraznillo?

—Pasquale Marconi era mi molinero, un buen hombre. Lamenté mucho su muerte. Brunilda es su hija adoptiva, la acogieron cuando quedó huérfana.

La revelación sacudió a Julián. Claro que la desgracia de la joven no le impedía sospechar de sus intenciones al quedarse en la casa de un hombre que vivía solo.

—¿Te pidió asilo? —insistió.

Si don Armando encontraba extraño el interrogatorio, no lo demostró.

—En cierta forma. Chela sugirió que desempeñase el papel de costurera, pues tiene habilidades.

Julián no pudo evitar pensar en otro tipo de habilidades. Brunilda le había parecido demasiado hermosa y sugerente en su vestido azul, si bien con él no actuó de modo provocativo.

—Una mujer sola y tan joven podría traer problemas —comenzó a decir.

Don Armando suspiró.

—Lo mismo pensé, pero Chela se hizo cargo y yo no tuve corazón para mandarla a otro sitio. Se la veía desvalida, y además, no es cualquier muchacha, conocí bien a su padrastro, un hombre respetable que supo educarla.

La situación se había tornado del revés. Julián no estaba tan seguro de que la joven no pretendiese seducir a su padre, aunque después de esa conversación entendía que esa idea ni siquiera se le había cruzado por la mente a Armando. Estaba en sus manos dejar en claro a la mocita que no albergara ilusiones de meterse entre las sábanas del patrón.

Chela eligió ese momento para anunciar que la comida estaba lista, y el tema se truncó.

Los hombres se instalaron en un extremo de la gran mesa, y ya no se nombró a Brunilda Marconi. La charla derivó hacia las vivencias de Julián durante su prolongado viaje.

Armando quería saber qué impresión se había forjado el hijo de la vida en el extranjero, sobre todo le interesaban las costumbres de aquellos países donde se impulsaban las nuevas técnicas y la industria. Su mente, aplicada siempre al trabajo, no cesaba de imaginar futuras posibilidades para la estancia argentina. Se maravilló ante las descripciones de París y lo cautivaron los bocetos que su hijo había hecho de las ruinas romanas. Julián le explicó que los arqueólogos estaban trabajando mucho para conservarlas y descubrir otras, y que recién en los últimos años se había tomado en serio la cuestión.

—Imagínate, padre, iba a perderse todo... Confieso que pisar el suelo de la antigua Roma fue una experiencia conmovedora.

—Has tenido suerte, hijo, de poder ver con tus ojos tanto mundo.

—También habrías podido, de haberlo querido, solo que no es fácil moverte de la estancia.

Armando suspiró.

—Tu madre me sugirió muchas veces una visita a la tierra de sus mayores, pero siempre hubo cuestiones urgentes que resolver y además, ella no tiene una salud a prueba de viajes.

Julián se imaginaba esas discusiones, su madre reprochando con sutileza al esposo la falta de interés, y hasta podía escuchar las respuestas evasivas de su padre.

Él se había criado en medio de esa tirantez disimulada. Sus padres conformaban un matrimonio desigual, ya que Armando Zaldívar representaba la raíz española de aquella tierra, con su vigorosa pasión, mientras que Inés Durand era la viva imagen del cálculo y la rigidez británica. Julián fue educado bajo la máxima materna de no demostrar nunca lo que se sentía. Esa dualidad en su crianza podría haber resultado fatal, pero la vida en el campo y la presencia cariñosa de Chela impidieron que se desatase el conflicto. Sus padres se mantenían juntos, si bien las estadías de Armando en la estancia se iban haciendo más prolongadas a medida que pasaban los años. Quizá fuese el secreto de esa armonía. Un triste secreto, en todo caso.

El resto de la velada transcurrió de modo apacible, sin tocar temas urticantes que pudiesen empañarla. Julián se puso al tanto de las nuevas inversiones de Armando, en especial de la instalación del alambrado, una novedad que iba recogiendo adeptos en el país. El Duraznillo prometía convertirse en una productiva hacienda modelo. Su padre era un hombre rural por donde se lo mirase, no como otros que acumulaban tierras sin haber puesto jamás un pie en ellas.

Sarmiento aprobaría a don Armando Zaldívar que, sin saberlo, estaba más cerca del pensamiento del sanjuanino de lo que él creía.

—Le dije a Chela que preparara tu cuarto de siempre —anunció don Armando antes de retirarse en compañía de un cigarro.

—Gracias. Me resultará raro dormir en el silencio de la noche. Algunas de las ciudades donde estuve eran bastante bulliciosas.

—Razón de más para quedarme en casa, hijo, no sé si soporto el bullicio a estas alturas.

Julián lo miró caminar hacia el despacho con su paso firme y entendió que su padre era un hombre de otra época, que hacía esfuerzos para dejarle a él, su único heredero, un porvenir venturoso. Una oleada de cariño lo invadió. Amaba a ese hombre que había logrado ser, además, un padre postizo para Fran, en tiempos en que su amigo descubrió la hostilidad de Rogelio Peña hacia él, un encono que luego se explicó al conocerse que no era su hijo legítimo sino el fruto de la violación de su madre por un jefe indio. Aquel episodio marcó para siempre la vida de ambos, ya que fue la causa de que Francisco se sepultase en la soledad de los médanos, y luego llegase a trabajar en la estancia.

La trama del pasado se revelaba en el presente de modo inexorable. Ahora Fran era el esposo de Elizabeth, y él debió salir al mundo en busca de olvido. Eso era nada comparado con el suplicio de padecer el cautiverio en el aduar de Calfucurá.

¿Sería cierto que el destino estaba escrito en las estrellas?

Salió al fresco nocturno, como si quisiera comprobarlo. La quietud acentuaba los aromas silvestres: podía oler los terrones de barro amasado por las patas de los caballos, y la hojarasca amontonada bajo la glorieta. Julián aspiró aquel aire, inundando sus pulmones hasta marearse. Cuántas temporadas acampó bajo la luna, en tiempos felices... Cuántas veces amaneció con la aurora y se encaminó a los corrales

en busca de su caballo para perderse en la llanura, eufórico de dicha. La vida le sonreía entonces, era el centro del amor de sus padres, gozaba del favor de la sociedad y su futuro estaba asegurado. Se dio cuenta en ese momento de la fragilidad de los sueños. Una mujer, un malón, y todo cambiaba de manera drástica. Para siempre.

Se dirigió hacia donde el patio lindaba con el campo abierto, y atisbó el horizonte oscuro. Por allí había huido el sol ese día, y desde el poniente habrían llegado sin duda los indios que asolaron la zona del Tandil años atrás. A él le tocó enfrentar apenas un desprendimiento de ese ataque, un grupo reducido que acababa de ultimar a los pasajeros de otra diligencia. Recordaba con nitidez la audacia de los salvajes y también la forma en que él y Fran los habían repelido al principio. Estaban solos en la pampa, la tierra donde el indio imperaba como dueño y señor, y la furia y la valentía no habían bastado. Recordaba sobre todo el miedo cerval que lo recorrió al pensar que podían hacerle daño a Elizabeth. Casi no sintió dolor al ser arrastrado por los cabellos y luego atado al potro que lo paseó por todos los espinillos y rocas del desierto; su única angustia era saber si Fran había logrado ponerla a resguardo. Ignoraba la suerte de su amigo y de la mujer amada cuando los indios lo llevaron, ensangrentado y medio inconsciente, al aduar del jefe. Allí lo estaquearon al sol, y deliró de fiebre durante días. La ropa se le había pegado a las heridas y las moscas zumbaban sobre ellas. La boca hinchada por la falta de agua, las pupilas ciegas a causa del rayo calcinante, cuando ya no creía resistir ni un minuto más aquella tortura, unas manos piadosas hicieron sombra sobre él, mojaron su frente y lavaron los tajos de su cuerpo. Él solo escuchaba un lenguaje incomprensible y percibía que se condolían de su estado. Debía de ser alguien importante, para atreverse a desairar las órdenes de un jefe. Al cabo de un tiempo incalculable, Julián recobró el sentido y advirtió que lo habían trasladado a una tienda donde algunas mujeres machacaban cueros y hervían huesos en calderos. Estuvo a punto de vomitar ante aquel hedor. La india que lo había rescatado era una mujer alta que lo visitaba sin pronunciar palabra, hasta que por fin decidió explicarle su situación:

—El huinca no va a morir, es precio de intercambio de mi esposo, capitán del Gran Calfucurá. Él decidirá su destino.

Dicho aquello, la mujer se había marchado, dejándolo a merced de las otras hembras, que lo miraban impávidas.

Julián se adentró en el camino de los corrales. Los caballos se movieron inquietos, como siempre que algo interrumpía su descanso. Un potrillo curioso se le acercó lo suficiente como para que su madre lo interceptara con un bufido. El vapor que desprendieron sus ollares quedó suspendido en el aire frío. Aquel animal le trajo el recuerdo de los caballos indios, espléndidas monturas robadas al ejército que los salvajes apreciaban más que a sus mujeres. Con infinita paciencia los adiestraban para resistir largas travesías y cualquier penuria que el desierto impusiera. Julián pudo ver en persona la forma peculiar de domar al caballo, día tras día, sin violencia,

con la perseverancia que él solo conoció después entre los chinos. Resultaban animales fieles al jinete y ariscos para esquivar las lanzas y las balas. El indio podía montarlos a la usanza tradicional, o bien pararse sobre el anca, si quería bombear a la disparada, y hasta colgar de costado, oculto por el cuerpo mismo de la bestia, simulando que el caballo galopaba solo. Y el cristiano solía caer en esa trampa.

Contempló un rato a los sementales que su padre destinaba a la crianza y luego regresó, pues el frío le acalabraba la pierna mala. A punto estaba de desviarse hacia su cuarto, cuando atisbó una sombra furtiva en el de su padre. Sintió la furia que atenazaba su garganta y hacia allá se encaminó, luego de comprobar que bajo la puerta del despacho todavía se filtraba luz. Antes de entrar inhaló profundo, para serenarse. De poco valdría hacer el ridículo papel de un vigilante, debía conservar la dignidad del patrón. A pesar de eso, abrió la puerta con suficiente fuerza como para que rebotara contra la pared y se volviese contra él. El impacto sobresaltó a Brunilda, que se encontraba inclinada sobre la cama, acomodando el nuevo almohadón.

—¿Hoy te toca esta habitación, entonces?

La joven trastabilló y casi volteó la lámpara de la mesa de luz. Julián observó el fuego encendido y la mecha de los candiles. La manta de la gran cama descorrida y las almohadas esponjadas. Ella todavía se hallaba vestida, y sostenía en sus manos un almohadón pequeño. Él avanzó, mientras sus ojos verificaban las huellas de la lujuria. Nada había que pudiese incriminarla, salvo su misma presencia.

—No me contestaste. ¿Pensabas meterte bajo estas mantas?

El tono hiriente conmocionó a Brunilda. Ella solo había querido darle la sorpresa a don Armando, engalanar su dormitorio, el único de la casa que no poseía ninguna de sus labores. Acababa de terminar el almohadón, y sabía que el patrón solía demorarse en el despacho por las noches. Había elegido mal momento para hacerlo, pues aquel mozo implacable pensaría lo peor de ella.

—Pensaba dejar listo el cuarto de su padre —respondió con un hilo de voz.

—Qué atenta, tomando en cuenta que tu trabajo consiste en asistir a Chela en la cocina.

Ella hubiese querido aclararle que ese no era del todo su papel, mas la dureza de los rasgos del hombre la detuvo. El reflejo de las llamas acentuaba los pómulos varoniles y creaba destellos rojizos en el azul de los ojos. También teñía de anaranjado el cabello que ella sabía rubio, con lo que Julián se le presentaba como una efigie salida del infierno. Sin embargo, la manera en que apretaba el puño de su bastón era indicio de sufrimiento, y Brunilda clavó en él su vista, eludiendo la mirada masculina. Julián lo advirtió y detuvo su avance.

—Mi padre me contó acerca de tu desgracia.

El silencio permitía escuchar el canto de los grillos.

—Lamento lo ocurrido, pero eso no impide que me parezca indecoroso que duermas aquí con él.

—¡No duermo con don Armando! —exclamó Brunilda, horrorizada.

Julián se volvió hacia el fuego.

—Todavía no, por lo que veo. Sin embargo, no quiero que alientes esperanzas en ese sentido. Mi padre no es viudo, está casado con mi madre, y ella es todo lo que él necesita. Aunque puedas pensar que un hombre solo busca compañía entre las mujeres del servicio, en el caso de mi padre no es así, él tiene muy en claro su posición. Y la tuya, ya que estamos.

El comentario humillante arrancó lágrimas a Brunilda.

—Yo también lo tengo claro, señor. Y nunca se me ocurriría deshonrar la educación que me dieron. Usted no es el único que tiene padres a quienes respetar.

Julián la miró con sorpresa. A pesar de estar furiosa, el contorno de su rostro se conservaba suave y los labios dulces. Solo en los ojos negros titilaba la pasión contenida. Interesante. Él apoyó el bastón sobre la piedra del hogar y se inclinó para avivar el fuego, mientras digería la respuesta de la mujer.

—Me alegra que estemos de acuerdo sobre eso. Mi intención no fue ofenderte. Nadie me dijo que una muchacha tan joven y bonita residía en la casa, es natural que me produzca suspicacia.

Quiso incorporarse y no pudo. Maldita pierna, le fallaba cuando más la necesitaba. Respiró hondo y se afirmó sobre el marco de la chimenea hasta lograr ponerse de pie. Ella parecía no advertir su invalidez.

—Termina acá y ven conmigo.

Brunilda titubeó. Era lo que tanto temía, que se fijaran en ella.

—¿Adónde, señor?

—A la cocina. Quiero que me prepares una tisana. Estoy cansado de tanto viaje y no podré conciliar el sueño si no bebo algo.

La joven se mordió el labio y disimulando su recelo, dejó el almohadón y siguió los pasos del hijo del patrón.

La cocina estaba inundada por la luna que asomaba por sobre los nogales del huerto. Bajo esa luz fantasmal, Brunilda tomó el candil del aparador y encendió con rapidez la mecha. Lo último que quería era permanecer a oscuras con aquel hombre. El parpadeo de la llama trepó por las paredes hasta que ella apoyó la lámpara sobre la mesada. Sin preguntar nada, comenzó los preparativos de una leche tibia con miel. Si el mocito sufría de insomnio, era lo indicado. Él volvió a ocupar el puesto junto a la mesa de mármol, repitiendo la escena vivida antes, solo que a esas horas el cabello de Brunilda parecía de oro, y sus mejillas, de terciopelo. El tintineo de la cuchara al revolver la miel resonó como una campana en el silencio nocturno.

—Gracias.

Ella iba a retirarse, y él la detuvo.

—Hazme compañía.

Se sentó, obediente, en la otra silla.

—Más cerca, así podremos conversar sin despertar a nadie.

La contempló sobre el borde del vaso mientras bebía. Era una muchacha tímida al parecer, aunque bien podía ser una fachada, o tal vez la reacción al ser descubierta en sus intenciones. Él estaba dispuesto a llegar a la verdad sobre Brunilda Marconi.

—¿Hace cuánto que vives en El Duraznillo?

—Casi cuatro años.

—Mmm... Lo que duró mi viaje. Mi padre no te mencionó en sus cartas. Claro que él está ocupado en otros asuntos más importantes, aunque me parece raro que, en el tiempo que llevas acá, no te hayas unido a ninguno de los hombres de la estancia. Hay muchos solteros de buen ver. ¿Acaso tienes pretensiones, Brunilda?

Ella lo miró desconsolada. ¡Ay, si él supiese...!

—Mi intención no es casarme.

—Ya entiendo.

La sorna en el tono de Julián era indudable. Él pensaba que ella solo quería vivir la buena vida, ya que casarse con don Armando era imposible. ¡Ella, que había rechazado la ignominia cuando ni siquiera tenía zapatos para caminar sobre las piedras!

—Si no necesita otra cosa, señor, me retiro —insistió.

—Te equivocas, sí necesito algo más —dijo con voz ronca, mientras se levantaba y la atraía hacia él, todo en un solo instante.

Brunilda quedó envuelta en un abrazo férreo que le cortó la respiración. A pesar de ser bastante alta para su condición de mujer, se encontró con el rostro metido en el hueco de la camisa de Julián Zaldívar, que olía a colonia y a leche con miel. Las manos masculinas ciñeron su talle y oprimieron sus caderas, hasta deslizarse sobre sus nalgas. Brunilda se revolvió, sumida en pánico, y empujó con todas sus fuerzas el pecho de él para alejarlo, pero el hijo del patrón la sostenía como si no le costara.

—Déjeme, no tiene derecho...

—Tal vez no, aunque me gustas mucho. ¿Tomaste en cuenta que soy el heredero de todo esto? Te convendría entenderte conmigo, antes que con mi padre. Él no te tiene en la mira, Brunilda, así que yo soy tu otra posibilidad para vivir de manera espléndida.

Un insulto tras otro. Brunilda jamás se había sentido tan infeliz. De los hombres no podía esperarse nada bueno, salvo el caso del patrón, y aun así, ella siempre tenía cuidado de no dar falsas impresiones. ¿Por qué, entonces, aquel mozo había sacado una conclusión precipitada? Algo malo debía de haber en ella para que atrajese siempre las miradas equivocadas. De pronto, los labios de Julián se apoderaron de los suyos y se movieron con insistencia hasta conseguir que la lengua voraz penetrara en su boca.

El acto desencadenó una reacción inesperada en Brunilda, que pateó la pierna del hombre y lo empujó, lanzando a la vez un grito destemplado que enfrió la sangre de Julián más rápido que un chubasco helado. El dolor que atravesó su pierna hizo lo propio, y cuando ella huyó de la cocina, Julián permaneció unos minutos con los ojos

cerrados, transido de sufrimiento y envuelto en oleadas de furia. A duras penas consiguió volver a sentarse. Masajeó su pierna herida para devolverle la circulación, y añoró como nunca las manos de Pétalo, que obraban maravillas en su dolencia. O bien aquella joven era la zorra más artera que él había conocido, o él estaba tan errado en su apreciación que merecía el castigo que le tocaba.

Casi se arrastró hasta su cuarto, y cerró la puerta justo cuando la figura de su padre aparecía en el marco del despacho. Mejor. No deseaba que lo viese en ese estado.

Apagó su lámpara y permaneció en la oscuridad un buen rato antes de conciliar el sueño. Al final, el truco del brebaje para dormir se había vuelto realidad: necesitaba una tisana, aunque ni loco volvería a la cocina esa noche.

Brunilda despertó al otro día con una opresión en el estómago. El cuarto que antes le parecía tan bonito, ahora se le antojaba una jaula de la que no podía salir sin ser perseguida. Se lavó y se peinó con cuidado, procurando no dejar mechass sueltas. En lugar del vestido se puso una bata que le quedaba grande y cubrió sus hombros con un chal de lana. El ruedo se le metía entre los pies y amenazaba con hacerla caer a cada momento. Se trataba de una prenda olvidada en un ropero mohoso, nadie sabía quién la había dejado allí, y Brunilda la había tomado pensando sacar algo útil de esa tela vieja. La usaría como estaba, así evitaría que el hijo del patrón, o cualquier otro, se fijaran en ella. Iba tan preparada para el encuentro desagradable, que la sorprendió descubrir que Julián Zaldívar había desayunado más temprano y ya se hallaba cabalgando por el campo en compañía de su padre y del capataz de la estancia.

Chela se concentraba en la tarea de calentar la sartén para la grasa de los chicharrones, pues había prometido agasajar al niño Julián con su pan favorito. Ambas mujeres se movían en silencio, aunque Brunilda habría jurado que Chela le dirigía miradas intencionadas a cada rato.

Los tres hombres contemplaban la serranía desde lo alto de una colina. El sol derramaba su luz bienhechora sobre las rocas y los matorrales, creando un escenario dramático en el que se movían con tranquilidad algunos ñandúes.

—De allá vinieron —decía Rufino, y señalaba un paredón de piedra rojiza que había albergado a los bandidos en aquel funesto día de verano.

Julián miró bajo el ala de su sombrero la dirección que le mostraban, y pudo imaginarse el impacto que una matanza de tal género habría producido entre la pacífica gente de la región. El Tandil se había convertido con el tiempo en segunda línea de defensa de la frontera, y esa ventaja se notaba en el aumento de la población y la prosperidad de algunos negocios. Poco a poco, el desierto se iba corriendo hacia el sudoeste.

—¿Identificaron a alguno? —preguntó.

Su padre y Rufino permanecieron callados unos segundos. Al fin, don Armando dijo:

—Solo unos gauchos mal entrazados, sin duda mercenarios, pero no se supo la identidad de los hacendados.

Julián interpretaba el silencio de su padre: estaría pensando que los artífices de aquella masacre podrían haber sido los mismos hombres que encontraba en los remates de hacienda o en el Club del Progreso, en Buenos Aires.

—¿Y la casa del molinero?

Su curiosidad referida al hombre que había trabajado en El Duraznillo parecía casual.

—Por allá —indicó Rufino.

El sitio señalado era una ruina de piedras derrumbadas y maderas quemadas. El pasto pampa había crecido en medio de los escombros, que a lo lejos parecían parte del paisaje. Julián espoleó a su alazán y se acercó al trote. Los cascos del caballo pisaron los restos de una existencia feliz y apacible. Aún podían verse trozos de los materiales de la casita: pedazos de azulejos, el asa de algún cacharro de cocina, miserias desparramadas al viento de la sierra. Una congoja mezclada con culpa se apoderó de él mientras pisoteaba el pasado de Brunilda. Todo era cierto, al fin y al cabo. ¿Por qué no podía serlo también la inocencia de la muchacha? Volvió grupas y fue entonces cuando bajo las patas de Céfiro brotó un chillido estremecedor. El caballo se encabritó y se alzó con un relincho. Julián debió afirmarse contra su cuello para resistir, ya que la pierna le impedía apretar al animal como correspondía. Por fin, el motivo de tanta bulla apareció ante sus ojos: un gato blanco y gris, de pelo apelmazado, se revolvía de dolor entre las piedras. Julián temió haberlo pisado, de modo que tranquilizó a Céfiro y desmontó, soportando la molestia que ya se iba convirtiendo en dolor.

—Shhh... minino... Ven, tranquilo, ven...

Se agachó para que el gato no se sintiese amenazado, y con suavidad acarició su lomo erizado. Era un bello animal, pese al maltrato sufrido.

—Vamos a remediar el daño que te causamos —le murmuró, como si el gato pudiese comprender sus intenciones.

Al levantarlo, advirtió que tenía una pata encogida, así que lo envolvió con cuidado en su brazo y tomó las riendas de Céfiro para conducirlo hacia la colina. Ya su padre estaba galopando hacia él.

—¿Qué te pasó? ¿Te caíste?

El pobre Armando no podía ocultar su preocupación ante aquella herida vieja de la que su hijo jamás hablaba.

—Encontré a un pobre gato que está más maltrecho que yo —respondió intentando bromear.

—Qué raro... ¿Y qué vas a hacer con él?

—Llevarlo a la casa, por supuesto, hasta que se cure. Después, él dirá adónde ir.

Extendió el brazo hacia Rufino, que se apoderó del gato, y volvió a montar a Céfiro, ya amansado.

Regresaron a la estancia agotados y muertos de hambre. Casi rayaba el sol el mediodía cuando Julián entró a la casa, portando el gato en sus brazos. Indiferente a las protestas de Chela, que había incorporado el disgusto de su patrona en cuanto a las botas embarradas, se encaminó a la cocina en pos de un plato de leche tibia. Allí se topó con la espalda de Brunilda, como la primera vez, solo que en lugar de una silueta impactante, vio a una mujer envuelta en un ropaje andrajoso que rozaba el piso. Ella se mantuvo rígida, enfrascada en su tarea de batir los huevos, hasta que él le habló con tranquilidad, como si no hubiese sucedido lo de la noche anterior:

—¿Habrá leche para este gatito?

Nada habría podido preparar a Julián para la expresión de Brunilda cuando se volvió y descubrió a Fígaro en sus brazos. Sorpresa, emoción, incredulidad, desmayo... todo a un tiempo. Por instinto, él apretó más al gato, que maulló y quiso liberarse. Chela entró a la cocina mascullando, justo cuando Brunilda arrancaba al gato de manos del hijo del patrón y se echaba a llorar de manera convulsiva. Ninguno de los presentes entendía nada, incluido don Armando, que acababa de trasponer el umbral.

—M'hija... ¿Qué pasa, qué hizo? —Y Chela parecía referirse a Julián con su pregunta.

—¿Qué sucede aquí? —Se impuso don Armando.

Brunilda interrumpió los hipos y sollozos para decir con voz entrecortada:

—Es Fígaro, nuestro gato... creí que había muerto también —y largó otro llanto incontenible.

Julián estaba anonadado. Jamás había visto llorar tanto a una mujer, Brunilda sola era capaz de inundar la cocina con sus lágrimas, que parecían salidas de sus entrañas. Sospechó que ella no habría llorado lo suficiente cuando quedó huérfana por segunda vez, y el gato fue la gota que colmó la medida de su resistencia.

La sorpresa demudó el rostro moreno de don Armando.

—Cosa e' mandinga —murmuró Rufino detrás del patrón.

El capataz se quitó el sombrero y dejó al descubierto una cabellera espesa dominada por el aceite.

—A ver —intervino Chela con presteza—, vamos a darle a este pobre animal lo que tanto necesita, un poco de agua y comida.

Las palabras sensatas apaciguaron la emoción, y tanto Brunilda como Julián buscaron elementos en la despensa para alimentar a Fígaro. Las manos se cruzaban en el intento de brindarle al pobre lo que durante años le había faltado.

—No te preocupes —le dijo Julián en voz baja mientras desempolvaban un plato de lata y removían en los estantes en procura de una manta vieja—. Si aguantó hasta ahora, no le va a pasar nada. Lo que más necesita es cariño.

Brunilda lo miró con ojos agrandados por la tristeza. ¡Era lo que ella misma necesitaba!

En unos minutos Fígaro estuvo instalado en un rincón de la cocina, sobre una pila de mantas de lana cruda, entre cuencos donde se alternaban la leche y el agua, y rodeado de gente que revoloteaba y sugería distintos modos de restablecerlo. Brunilda, que lo conocía bien, advirtió que el gato había recuperado su dignidad, pues de nuevo actuaba con los aires de duque que desplegaba en la casita de la sierra. Todavía se enjugaba las lágrimas cuando acabó de limpiarle la pata y vendarle la herida. Julián no se atrevió a contarle que se la había producido él con su caballo. Total, el gato estaba escuálido y enfermo, de todos modos. Su pata era el menor de sus problemas.

—Dejémoslo en paz y a la mesa, que la comida se enfría.

Chela reinaba sobre los asuntos culinarios de forma indiscutida; su autoridad había ido en aumento al faltar la patrona durante tanto tiempo, así que puso orden en esa mañana complicada. Brunilda ayudaba en el servicio, muy a su pesar, y Julián tuvo oportunidad de mirar su atuendo absurdo durante el almuerzo.

—La vida nos sorprende cuando menos lo esperamos —filosofó Armando mientras cortaba un trozo de carne de la fuente.

Julián devoraba como lobo cuanto le ponían delante, hasta que su padre no pudo sino advertirlo con ironía.

—Creo que el gato no es el único desahuciado en esta casa.

—Es que añoraba la mano de Chela para la cocina, padre. Por muchos manjares que haya probado en el extranjero, el puchero sigue siendo una delicia.

Armando asintió, satisfecho. Le agradaba que el hijo volviese contento al pago.

—¿Y qué planes tienes para tu futuro?

Julián masticó con fruición y acompañó con un sorbo de vino la respuesta:

—Todavía no estoy establecido, aunque en estos días estuve pensando, viejo, que podría echarte una mano en la estancia. Todo va bien, por lo que pude ver, pero de a dos el trabajo se haría más liviano, y además, a mí me gusta vivir aquí.

La mano de Brunilda tembló al escuchar eso, y dejó caer unas gotas de agua sobre el mantel. Julián le lanzó una mirada rápida. Armando guardó silencio unos momentos.

—Qué más podría pretender un padre que tener a su hijo secundándolo en el negocio. Sin embargo, se me ocurre que eres más necesario en la ciudad, Julián.

—¿Cómo es eso?

—Corren tiempos difíciles. Nos hemos endeudado mucho durante los períodos anteriores, siempre en pos de la modernización del país, y ahora el presidente Avellaneda debe pagar los platos rotos, como quien dice.

—De la guerra contra el Paraguay ya pasaron varios años... —comenzó Julián.

—No se trata solo de la guerra, sino de los trabajos que se encargaron al extranjero, de los técnicos que se contrataron y las máquinas que se compraron. Todo

a largo plazo y con fechas de pago alentadoras, pero hasta eso llega pronto, y cuando sucede, las arcas están vacías. Ahora tenemos que ajustarnos el cinto.

Julián se dispuso a oír la realidad de labios de su padre, ya que si bien él había seguido de cerca los avatares del país a través de los diarios, los vericuetos de la política eran otra cosa.

—La renta más importante del Estado fue siempre la aduana —prosiguió Armando, desgranando una a una sus preocupaciones—, y mientras abundaron las obras públicas, se desarrollaron los *tramways* y las construcciones, entraron muchos productos extranjeros que inflaron el presupuesto con sus derechos de importación; pero ahora, cuando ya se frenó todo debido a que es tiempo de pagar esas compras...

—Creyeron que el dinero venía del cielo —completó Julián.

—Me temo que sí, que nadie pensó en el final del camino, solo aprovecharon los beneficios del crecimiento. Hasta se gastó por adelantado.

—Sarmiento fue demasiado optimista.

—Todos, hijo, todos compartimos esa euforia de crecimiento. Después de una guerra, supongo que las personas nos aferramos a la vida y gozamos de la promesa del futuro. Todos nos encandilamos con el dinero inglés que llegaba y la facilidad del crédito, tanto más cuando su vencimiento estaba lejano. Lo cierto es que El Duraznillo tuvo que vender una buena remesa para subsistir. Yo también gasté a cuenta —terminó Armando algo avergonzado, como si su hijo fuese a pedirle rendición de sus inversiones.

—¡Y lo bien que hiciste, padre! Encontré muy adelantado el campo, sin nada que envidiar a lo que vi en Europa. Eso vale también, ¿no?

—Vale si se tiene respaldo, hijo, me temo que tampoco nosotros lo tenemos, estamos endeudados como el gobierno.

—Lo que no entiendo —porfió Julián— es qué tiene que ver esto con que no me quede en la estancia. Al contrario, trabajando los dos podríamos...

—Es que los asuntos se dirimen en Buenos Aires, Julián, como bien sabes. Y en estos momentos se está discutiendo la conveniencia de emprender una ofensiva contra el indio. El ministro Alsina insiste en esa empresa, le va en ello su honor porque lo prometió, pero yo creo que Avellaneda no debería apoyarlo, se nos irá el cuero en esos gastos. La importación cesó, y la aduana ya no da nada.

La magnitud del desastre que su padre le describía paralizó los sueños de Julián. Él había vuelto sin más propósito que retomar la vida en su país y disfrutar de las bondades de la familia y los amigos. A medida que pasaban los días, la posibilidad de instalarse de modo definitivo en El Duraznillo rondaba su mente, podría reunir a sus padres en la ciudad y matar dos pájaros de un tiro, pues también encontraría una solución para Pétalo. En el campo, a nadie le parecería indecoroso que la chinita compartiese el techo con el hijo del patrón. La presencia inesperada de Brunilda podría causarle problemas, aunque añadía cierto atractivo a la idea. Verse requerido en la ciudad echaba por tierra sus incipientes proyectos.

—Tu nombre es respetado —siguió Armando— y corren tiempos de políticos. Lo que no se puede resolver por las armas, como antes, deberá hacerse en los estrados. Para eso te has preparado, hijo, es la hora de demostrarlo.

Don Armando esperaba algo de él. Durante toda su vida, sus padres le dedicaron atención y cariño, cada uno a su modo, sin exigir nada a cambio, como debía ser. Había llegado el tiempo de devolverles algo de lo recibido. El tiempo de dar. Julián lo sabía, si bien en su alocada juventud ese tiempo estaba siempre lejano, como el vencimiento de las deudas del país. Buena lección.

Suspiró, sintiéndose vencido.

—¿Y qué puedo hacer yo? Ni siquiera me metí en un partido.

—Meterte, eso mismo. Yo diría —y don Armando se enfervorizó como si estuviesen organizando una fiesta— que los mitristas son la mejor elección.

—¿Los chupandinos? Padre, si han provocado la revolución que quiso derrocar al gobierno...

—Por eso te decía, hijo, que no es el momento de las armas, ya quedó claro. Ahora es la tribuna el lugar para combatir. Sé que tienes labia y conocimientos.

—No puedo mezclarme con gente de un partido así como así, es necesario compartir las ideas antes.

—Julián, la revolución no fue por capricho, habrás oído hablar del fraude electoral que hubo. No veo por qué no podemos apoyar al partido que defiende la honestidad en la República.

—Debería conocerlos, al menos. Concédeme algo de juicio, no puedo embanderarme así, sin más.

—Los partidarios del doctor Alsina alardean de su papel al sofocar la revolución, pero puestos a apoyar al gobierno que ellos mismos defendieron, prefieren mantener su autonomía y tomar sus decisiones. No creo que Avellaneda apruebe la famosa zanja que el ministro está empeñado en construir.

—Un foso así no vendría mal en esta tierra, sobre todo si se quiere invertir en mejorarla. No se puede estar en contra de ese proyecto, padre.

—¿Acaso la zanja nos defendería de un ataque como el de aquel verano? No eran indios sino cristianos, y asolaron la región peor que aquellos.

—Eso no tiene que ver con el intento de frenar al indio. Yo veo bien la construcción de la zanja. Y Alsina no es ningún improvisado, sabe de lo que habla, él conoció la frontera mientras gobernó Buenos Aires.

—Es un disparate, y muy costoso. Es preferible seguir con los pactos.

—De nada sirvieron antes, y de nada servirán ahora. Los indios firman términos que luego desconocen, eso lo saben todos.

—Julián, creo que deberías informarte de lo que ocurre. La situación es alarmante.

—Y será peor si se agrega el ataque de los indios.

—No ha habido malones...

—¡Eso no significa que no los habré!

El estallido de Julián detuvo la inusual verborragia de Armando. Él era un hombre más bien parco, y acababa de dejarse llevar por su desesperación. De pronto, como un chispazo, se le reveló el motivo de la angustia de su hijo. Era comprensible que quisiera la zanja para frenar los avances del indio y correr aún más la frontera de la civilización, después de haber sido cautivo de una tribu y padecido quién sabía qué torturas. La pierna mala era prueba de ese calvario. Don Armando se arrepintió de haberlo forzado.

—Hijo, perdona el exabrupto. Es que me pareció una locura invertir tanto dinero ahora, no digo que no se haga más adelante, pero ahora... En fin, Dios dirá. Insisto, de todos modos, en que te quedes por un tiempo en Buenos Aires, para ponerte al tanto. Me serás más útil que aquí, donde con Rufino manejamos todo. Mis hombres son leales, me consta, y la situación está controlada por ahora.

Los postres transcurrieron en silencio. Brunilda no levantó los ojos cuando sirvió el almíbar, ni tampoco al retirar las copas, bajo el humo del cigarro del patrón. Julián tenía una expresión mortificada y, pese a lo sucedido la noche anterior y al miedo que le provocaba, ella se condolía por el hombre que había rescatado a su gato. El hijo del patrón la desconcertaba, tan pronto era un tirano que la traspasaba con su mirada, como un inocente que disfrutaba de los detalles sencillos.

—No creas que no entiendo el dilema del ministro —dijo al cabo de un buen rato don Armando—. Es un hombre de palabra, no un títere del gobierno como otros. Y si prometió asegurar la paz en la frontera, no va a eludir ese compromiso.

—Eso habla bien de él, en todo caso.

—Lo sé. Pero no le brinda los medios para cumplir ese proyecto personal. Temo que se recurra a la confiscación de hombres y animales, como tantas otras veces.

—Dices que es personal, como si se tratara de un capricho o un medio de lucirse, padre. Yo entiendo que es una conducta honorable.

Armando Zaldívar suspiró, con aire cansado.

—Siempre te educamos para vivir así, hijo, lo reconozco. Quizá deberíamos estudiar si resulta honorable hacer algo que nos hundirá a todos.

Las últimas palabras sumieron a Julián en un torbellino de dudas y malhumor. Nada más se dijo sobre el asunto que estaba en el tapete del gobierno en esos días, y ambos hombres se retiraron a sus aposentos.

Julián se echó de espaldas sobre la cama y contempló el techo alto, con sus vigas pintadas, durante un buen rato. Lo que prometía ser una temporada de ocio se había convertido en una misión desagradable. El asunto de Pétalo le agregaba más conflicto aún. Era cierto que se notaba algo distinto en Buenos Aires. Lo sucedido en la puerta del taller de costura de la calle Florida era un indicio de que la ciudad estaba cambiando, y tal vez el gobierno no estuviese preparado para afrontarlo. Él aprobaba la elección de Nicolás Avellaneda, un hombre honesto y capaz, aunque si debía cargar con tamaña deuda y sin recursos... Sería prudente empaparse de las cuestiones

que urgía resolver y de paso, tranquilizar a su padre. Si don Armando se había exaltado, la cuestión debía de ser grave.

Se sentó sobre la cama con dificultad y miró por la ventana. Su cuarto apuntaba hacia el noroeste, de donde provenía el aroma de los cardos. En ausencia de la polvareda y las semillas florecidas que la primavera solía arrastrar, lo cautivaban la aspereza de las crestas rocosas y los árboles desnudos, pues congeniaban mejor con su alma atormentada.

Él había sido otro hombre en aquel tiempo, antes de lo sucedido. ¿Cómo podía su padre negarse al asedio, sabiendo que los indios fueron sus verdugos? Era algo que no conseguía explicarse, a menos que...

Se incorporó y atisbó a través de los postigos en dirección lejana. El día del matrimonio de Fran y Elizabeth, su padre había permitido que una tribu entera se aposentase en las tierras de El Duraznillo. Había tratado en forma pacífica con un cacique llamado Quiñihual. ¿Estaría esa gente aún? Desde su ventana no avistaba el sitio donde residían aquellos indios. Tal vez fueran aliados de los cristianos, como lo había sido Catriel. Esas alianzas eran tan frecuentes, que había perdido la cuenta de ellas.

¿Se opondría su padre al plan del gobierno para proteger a los indios? Imposible, Armando Zaldívar jamás obraría con dobleces. Nunca traicionaría a su patria.

De pronto, una figura irrumpió en el marco de su visión. Brunilda. Seguía ataviada con esos trapos horrendos. ¿Qué le sucedía? Él la había conocido insinuante, bajo un vestido bonito. ¿Sería su única prenda decente? Observó que cargaba un balde con ropa hacia el lavadero. Allí estaría el vestido azul, entonces, en tanto su dueña se escondía tras un atuendo de monja, peor aún, de mendiga. El sol chisporroteó en su trenza cuando se inclinó para dejar el balde, y el chal resbaló de sus hombros. El movimiento dejó al descubierto la piel blanquísima. Brunilda miró hacia ambos lados con rapidez y volvió a cubrirse. Extrañado, Julián comenzó a pensar si aquella mujer misteriosa escondería otros secretos que ni su padre ni él habían alcanzado a vislumbrar.



CAPÍTULO 4

Apoca distancia de la Manzana de las Luces se alzaban algunas casas de «altos», cuyos propietarios se habían propuesto lucrar con el creciente negocio de albergar inquilinos.

Eran casonas sólidas, de raigambre colonial. En una de ellas se alojaba Violeta Garmendia.

La tarde en que regresó del encuentro con Julián Zaldívar, la casera la recibió con los brazos en jarras.

—Señorita Garmendia, me va a obligar a informar a su tío de usted de estas salidas intempestivas. Disfrazada de hombre, dónde se ha visto semejante desfachatez. Me disculpa, pero por sus años y los míos, no puedo ni debo callar. Esta es una casa decente —recalcó— y si no fuese porque sé que usted también lo es, de patitas en la calle la pondría con el beneplácito de mi patrón, que me ha puesto aquí para dirigir la casa, no para niñera ni guardiana.

Lucero —«Lucerito», como le decían— era una asturiana capaz de tornar el mundo del revés. En su mocedad había servido en casa de los Altamirano, y a la muerte de los patronos viejos sus hijos decidieron ponerla a cargo de una de las viviendas de herencia familiar destinada a rentas. Era una mujer honesta hasta el martirio, limpia y trabajadora como pocas, que actuaba como dueña y señora antes que casera.

A decir verdad, la casona no era un inquilinato de los que hacinaban a la pobre gente en cuartos pequeños y sin ventilar, sino una casa con habitaciones espaciosas, separadas por vestíbulos y dotadas de servicios sanitarios. Una de ellas la ocupaba la propia Lucero en la parte baja, para estar al tanto de las entradas y salidas de los huéspedes. Y por exigencia suya antes que de sus patronos, el resto lo habitaban solo mujeres, de distinta edad y condición. «No voy a ponerme a custodiar los afanes de los jóvenes de ahora, que no respetan nada». Con esa sentencia, convenció a los hijos de Altamirano de que más valía casa alquilada que a medio alquilar.

La epidemia de fiebre amarilla que asoló la ciudad años antes había dejado desiertos muchos caserones, pues las familias diezmadas se trasladaban en busca de aires más sanos que los del sur, en tierras más altas. En esos huecos obsoletos encontraron refugio los inmigrantes que llegaban, atraídos por las promesas de vivienda y de trabajo.

El de los Altamirano había quedado atrapado entre varios conventillos de la parroquia de la Concepción, de ahí que doña Lucero se vanagloriase de la calidad de la casa que regenteaba. En definitiva, se trataba de una pensión de cierta categoría.

Entre las inquilinas perpetuas se encontraba una viuda venida a menos, cuyo esposo había sabido cultivar la amistad de Rete Iriarte, el hacendado correntino que adoptó a Violeta al desposar a Rosa Garmendia. Celina Bunge era una dama

respetable, íntima de las señoras de la Sociedad de Beneficencia, que se ocupaban de educar a las jovencitas de clase. Obraba en cierta forma como tutora y responsable de Violeta, condición que Rete había impuesto para dejarla estudiar en Buenos Aires, además de la vigilancia de su propio hijo. Violeta se instaló allí junto con su criada Dalila mientras cursaba sus estudios, y soportaba con estoicismo las reprimendas de Lucerito porque las sabía motivadas por buenas intenciones. Además, estaba acostumbrada a esa cantinela, era la misma que había escuchado durante toda su corta vida de labios de su madre y de su tío. Su naturaleza rebelde la hacía sentirse a sus anchas en la cosmopolita Buenos Aires. Aquella vida agitada era muy distinta a la de Corrientes, pues si bien su infancia había transcurrido en la ribera salvaje del Paraná, las costumbres conservadoras de provincias imponían muchas trabas a una muchacha de su edad, curiosa y ávida de conocimientos como lo era ella.

Subió al altillo saltando los escalones de dos en dos, y asustó a Dalila al entrar sin golpear.

—¡Mi madre! —exclamó la morenita, inmersa en la tarea de acomodar la ropa que acababa de secarse.

—Me escapé de Lucerito, Dalila. Si me quedaba, capaz que echaba raíces en el zaguán.

—La doña esa es buena gente, mi amita, pero usted le saca canas verdes.

—¿Dónde está Manu, lo has visto?

Dalila soltó un bufido.

—Ese matón que la sigue a sol y a sombra hace lo que se le da la gana. Viene cuando quiere, come cuando quiere, y vaya una a saber dónde duerme.

—Manu duerme en la tienda, Dalila, y no es ningún matón, es mi amigo.

—Ya va siendo hora de que se modere, que eso de tener de amigo a un mozo de pelo en pecho no está bien.

—Manu vino a Buenos Aires a cuidarme, no lo olvides.

—Cuando usted era una niña, pero ahora... —Y la morena hizo una mueca que podía significar «más vale que la cuiden a usted de él».

Violeta se desentendió del asunto y comenzó a hojear su carpeta de dibujos.

—No se irá al río justo cuando atardece...

—Ya quisiera... Tengo que salir.

—¿De noche? —Se espantó Dalila.

Había sido antes criada de la hermosa paraguaya que cautivó el corazón de Bautista Garmendia, el tío materno de Violeta. Aquel servicio le costó bastantes disgustos, porque Muriel Núñez y Balboa era una damita caprichosa y audaz. Y ahora que estaba convertida en una mujer de su casa, dedicada a su esposo y controlada, a ella le tocaba otra vez lidiar con un espíritu endiablado, como el de Violeta. Claro que corrían otros tiempos, y cuando su antigua ama le pedía que la acompañase en escapadas furtivas, sonaban clarines de guerra y acechaba el peligro. Aunque,

pensándolo bien, Buenos Aires era más grande y convulsionada que la antigua Asunción, y peligros había... de otra índole.

—Me invitan —explicó Violeta mientras contemplaba las láminas en las que su mano había trazado siluetas de gaviotas a la carbonilla.

—¿Y quién, si puede saberse?

—¡Dalila! Estás gruñona como Lucero. Habrá una tertulia en casa de la familia Medrano, y doña Celina vio la oportunidad de presentarme a esa gente.

Las señoras que integraban la Sociedad de Beneficencia solían amparar esas presentaciones de niñas, como una manera de ubicarlas en los círculos prestigiosos de la ciudad y proporcionarles un buen matrimonio. A Violeta le importaba un ardite ese propósito. Para ella, lo interesante era conocer personas nuevas, y si cuadraba, enterarse de los entretelones que bullían bajo las capas de ceremonia y cortesía de los porteños.

—La doña esa la acompaña, entonces.

—Pidió un coche para las siete.

—¡Y entoavía acá, sin vestirse! —clamó Dalila.

De inmediato cargó en sus brazos la pila de ropa y emprendió el descenso rumbo al cuarto del primer piso. La escalera estrecha la mantenía en pie, a pesar de que no veía dónde pisaba. Violeta la siguió, distraída en sus pensamientos.

El hombre rubio la había impactado; se lo veía seguro de sí y todo un caballero, pues se preocupó por escoltarla. Tenía la pierna herida. ¿Habría estado en la guerra? La guerra contra el Paraguay atravesó las vidas de todos en Corrientes, y Violeta la sintió con la intensidad propia de su carácter. Además, sus sueños reveladores la mantenían siempre en contacto con lo que sucedía. Así fue como supo que su tío estaba vivo, pese a la falta de noticias, y también conoció en su mente los horrores que sufrió el pueblo paraguayo.

Aquellos sueños, que ella aceptaba con la resignación de lo inevitable, la acompañaban desde que tenía memoria.

La habitación daba a la calle Chacabuco, justo enfrente de una herrería que ocupaba la vereda con verjas, candelabros, cruces, todo revuelto en un retorcido montón junto al caballo del herrero, que aguardaba paciente los encargos que lo movilizaban a lo largo del día. Pasando el local del tendero, que sacaba sus rollos de género al umbral para lucirlos fuera del escaparate, se alzaba la Casa del Ciruelo, una vieja mansión que debía su nombre al árbol que desbordaba su jugosa fruta por encima del muro, para alegría de los niños. Aquella mansión había perdido su señorial aplomo bajo la implacable arquitectura del inquilinato. Una placa metálica en la fachada anunciaba su condición, por ordenanza municipal, y las puertas de madera carcomida por el maltrato permanecían siempre abiertas ante el incesante entrar y salir de los ocupantes, a todas horas del día y aun de la noche.

Violeta solía atisbar desde el zaguán aquel interior tumultuoso, y entonces Dalila avanzaba con rapidez, mirando al frente, a fin de evitar que su ama viese algo

impropio en los patios del conventillo. Porque sin duda era indecente la convivencia de tantas personas en unos pocos cuartos.

—¿Cuál vestido le plancho?

La pregunta, tan alejada del derrotero de la mente de Violeta, la desconcertó. Le fastidiaban los preparativos, así como le estorbaban las faldas.

—El azul, o el rosa, no sé... El que primero veas cuando abras el ropero.

Dalila bufó.

—Pues a ver si me encuentro con las enaguas. Mire, este está casi intacto —y extendió ante Violeta un hermoso vestido de tafetán celeste con cuello de encaje.

—Es muy fifi... Que quede para el té de la semana que viene, en lo de la inglesa.

—¿La inglesa?

Violeta hizo un ademán que quitaba trascendencia al asunto.

—Es amiga de las Lezica. Y como Finita no quiere ir sola, porque se aburre, lograron colarme en la invitación.

El desparpajo de su ama hizo sonreír a Dalila. Aquellas mujeres podrían empeñarse todo lo que quisieran, que jamás conseguirían doblegar la frescura irreverente de la niña.

—Será el azul, entonces —sentenció, y se alejó con la delicada prenda en un brazo, en busca de la plancha de hierro.

Violeta se asomó a la ventana. Algunos carruajes transitaban la estrechez de la calle, molestando a los caminantes que bordeaban la exigua vereda y provocando el ladrido de los perros. Buenos Aires era bulliciosa, y a ella le encantaba ese constante latir urbano, lleno de novedad y colorido.

Una figura masculina se apeó de una calesa y se detuvo a las puertas de la Casa del Ciruelo, como si evaluara la decisión que iba a tomar. Luego, en un impulso que a Violeta le pareció trágico, traspuso la entrada y desapareció de su vista.

—Un hombre triste —pensó en voz alta.

Las horas pasaban lánguidas en la modesta casa de los suburbios, sin que nada estorbase la quietud de aquel lugar que orillaba el campo. Pétalo deambulaba por los cuartos, añorando la presencia de Julián Zaldívar. Desde que él la había rescatado del burdel de Madame Li, ella solo vivía para complacerlo en cuerpo y espíritu. El arte de satisfacer a los hombres, aprendido desde que era casi una niña, alcanzaba con Julián cimas que ningún otro obtuvo jamás en brazos de Pétalo. Solo él, su protector, conocía lo que Xiang-Bo podía ofrecer, las mieles del amor más abnegado y servil.

Esa mañana había decidido vendarse los pies. Era una antigua costumbre que mantenían las familias aristocráticas que podían pretender un buen matrimonio para sus hijas.

Su madre, la hermosa Jiao, había criado así a Jia-Li, la dulce y buena, y a Wei-Lin, reluciente de cualidades. A ella no le quedaba mucho para ofrecer, opacada por

las virtudes de las hermanas mayores; sin embargo, un día vino un mensajero del pueblo vecino diciendo que había un hijo de buena familia interesado en Xiang-Bo. Jiao se dedicó a ella desde entonces, procurando lograr el mismo éxito que con las otras hijas, pero cuando aquel enamorado visitó la casa de Xiang-Bo, en sus ojos leyó la pequeña que aquel príncipe encantado poseía lengua de sapo. Cosa extraña, su madre no vio nada malo en la unión, y siguió adelante el cortejo para que al alcanzar la edad adecuada ambos jóvenes se casasen.

El día que abandonó la casa materna comenzó la desdicha para Xiang-Bo.

El cruel Zhao jamás usó con ella la ternura del recién casado, ni se molestó en elogiar sus pies pequeños o sus vestidos costosos, elaborados con mucha paciencia y exquisito gusto por su madre y su abuela. Zhao solo vio en la joven desposada la oportunidad de vivir a costa de ella, y allí comenzó su calvario: la llevó ante Madame Li, a quien conocía de antemano, y pidió que se la instruyese en el arte más antiguo, para que su esposa fuese «productiva» y no una carga, como sin duda sería. De ese modo, y a corta edad, Xiang-Bo mudó su nombre, adquirió otro de cortesana, y vivió como pupila de la Casa de la Felicidad, nombre pomposo con que Madame Li gustaba denominar el antro que regenteaba. Zhao y otros como él no eran sino satélites de aquella mujer procaz, antigua prostituta que al no poseer ya un cuerpo apetitoso había volcado su lujuria en los negocios. Nadie como ella para calar del primer vistazo a una posible cortesana, ninguna con mejor ojo para detectar clientes de posición o calcular beneficios. Del pueblo rural donde empezó, logró trasladarse a la ciudad y convertir su plantel de rústicas muchachas en un ramillete de adorables putas, todas instruidas en distintos dialectos chinos, y aun en otras lenguas. El burdel adquirió el cariz de un verdadero casino donde el juego, las diversiones de salón, el baile y las habitaciones especiales para los encuentros privados atraían a los clientes extranjeros como la miel a las moscas. Madame Li se volvió rica, Zhao perdió interés en su esposa y se convirtió en un empleado del casino, donde pasaba horas bebiendo en compañía de seductoras mujeres o fumando opio en los habitáculos, hasta que un día amaneció muerto, y Pétalo se olvidó de sí misma. Su única preocupación era terminar sana, ya que algunas de las muchachas habían tenido malas experiencias con clientes borrachos o depravados.

Cuando el amo Julián llegó a ella, supo enseguida que también él tenía una pena honda, y que entre ellos existía una afinidad tejida en el cielo.

Julián Zaldívar no le permitía vendarse los pies, decía que era una costumbre bárbara y que ninguna razón justificaba que los pies diminutos fuesen más bellos que los que daba la naturaleza a cada niña. Sobre todo cuando, al llegar a cierta edad, la dificultad para caminar terminaba torciendo los huesos y provocando terribles enfermedades y dolores. No obstante el respeto reverencial que su amo le inspiraba, la fuerza de la tradición era mucha, y Pétalo seguía creyendo que unos pies bonitos aseguraban la felicidad conyugal. Y si bien no era sino la amante esclava de Julián, deseaba complacerlo tanto como para que nunca desease una esposa. Por eso por las

noches, mientras él dormía, Pétalo se vendaba los pies con las telas enceradas que había conservado, aunque ya no podía remediar el hecho de que no las había usado el tiempo necesario para tener pies de pájaro. Por lo menos, no se ensancharían más de la cuenta.

Hirvió agua en una cacerolita y echó en ella raíz de mora. Cuando estuvo a punto, dejó en remojo las vendas y frotó la piel delicada de sus pies con alumbre. Los untó con aceite de almendras y comenzó a enrollarlos con las tiras mojadas y calientes, hasta que consiguió arquearlos como un capullo. Soportó con entereza, estaba acostumbrada a cualquier tipo de dolor. Le habían enseñado que la belleza era el resultado del sufrimiento, como podar las ramas de un árbol daba el resultado de reverdecerlo. Una, dos, tres vueltas rodeando el empeine, ajustándolo a la planta hasta que los pies de Pétalo parecieron muñones. Ella contempló satisfecha el resultado y se dejó caer sobre un taburete que usaba para dar masajes a su amo. Tomó de un cofre una bolsita de tela marrón y aspiró el perfume del contenido. Opio. Se había aficionado a él en los tiempos del burdel, como una manera de acompañar a los clientes en su vicio y de resistir las penurias de su vida. Extrajo de la misma caja una pipa pequeña y la llenó. Las primeras bocanadas fueron precipitadas, ansiosas por obtener el alivio. Luego, a medida que el veneno inundaba su mente, sus ojos se entrecerraron y su expresión se suavizó.

Fue cuando, entre sueños, escuchó los golpes en la puerta principal.

Elizabeth se alisaba la falda y ajustaba las cintas de su capota mientras espiaba entre las cortinas, procurando descubrir algún movimiento en el interior del vestíbulo. La acompañaban una Livia silenciosa y un Francisco vigilante, al pie del carruaje que los había llevado hasta el suburbio.

Aquel lugar, cercado por matas de cina-cina y amparado por los tilos, resultaba apacible, con sus madre selvas trepando los muros descascarados. Se respiraba el aire que anticipaba el llano, la vasta planicie todavía no conquistada por el hombre blanco.

Fran había insistido en acompañarlas, con ese modo persuasivo que no admitía discusión. Solas, no irían. Elizabeth prefirió evitar discusiones, pues suponía que habría más encuentros con la querida de Julián. Si se hubiese tratado de una mujer del país, ella no habría traspasado el límite de la decencia visitándola, pero al saber que era una extranjera maltratada, que se hallaba sola e ignorante de las costumbres argentinas, lo tomó como un caso de caridad. Livia la secundaba, como siempre lo hacía.

—¿Crees que estará durmiendo a estas horas? —comentó Elizabeth.

La muchacha mestiza se acercó a la ventana por toda respuesta, y atisbó entre los postigos entornados.

—Hay gente, Misely. Veo humo desde acá.

Pétalo espiaba también los movimientos de los recién llegados. Dos mujeres escoltadas por un hombre formidable. Habían venido a bordo de un carruaje cuyos caballos piafaban, briosos, deseando seguir su camino. Y también ella deseaba que lo siguiesen, pues aquella visita repentina la sumía en la zozobra. Su amo le había dicho que contaba con buenos amigos en la ciudad que cuidarían de ella, pero Pétalo confiaba en que aquellos amigos no se tomaran en serio el encargo. Al parecer, eran puntillosos y querían comprobar por sí mismos que se encontraba bien. La joven china dudaba entre fingir que no se hallaba en casa, o abrir la puerta bajo el hábito de Yong.

La dama menuda de sonrisa amable se mostraba segura de sí. La muchacha más joven tenía aire de aprendiz, y su actitud era serena. Pétalo intuyó que entre ambas reinaba una afinidad de larga data.

Elizabeth observaba con nerviosismo que Fran se impacientaba, y decidió apurar el trámite: imitando la costumbre del país, se acercó a la cerca, que dejaba ver una reducida huerta en el fondo del terreno, y palmeó repetidas veces. Era algo que había aprendido durante su estadía en la pampa. Obtuvo su recompensa: la puerta se abrió, y una figura que parecía una talla en marfil apareció en el marco. Llevaba una túnica verde y oro que rozaba el suelo, y varios alfileres de madera en el cabello de ébano. El rostro redondo se veía tan pálido, que las mujeres creyeron estar frente a un espectro. Pétalo no había tenido tiempo de arreglarse, se limitó a enfundarse en un kimono que escondiese sus pies vendados. Inclino la cabeza con gracia ante las recién llegadas, y aguardó con prudencia teñida de expectación a que le dirigiesen las primeras palabras. No tenía idea de quiénes eran, ni sabía lo que pensaban de su existencia.

En cuanto a Elizabeth, ignoraba qué podía esperar de aquella visita. Había actuado movida por un impulso generoso típico de su carácter, sin detenerse a imaginar el posible aspecto de la querida de Julián. Por cierto, su conocimiento de las mujeres chinas se reducía a las estampas de un libro de acuarelas que leía durante su infancia en Massachussets. Y aquella que tenía ante sus ojos, se parecía poco a las sonrientes imágenes de su libro.

—Señorita, espero no haberla incomodado con una visita inoportuna, así, sin aviso. Es que no teníamos manera de enviar recado, ya que la casa... eh... carece de dirección precisa.

Era un modo elegante de decir que estaba perdida en los límites de la civilización. Bastante sabía de eso la maestra, luego de vivir en un rancho aislado en medio de los pastizales durante un buen tiempo.

—Soy Elizabeth O'Connor de Balcarce, y mi amiga es Livia Cañumil. Somos maestras.

Pétalo asimilaba la información con lentitud. Sabía algo de castellano, aunque entre Julián y ella solían hablar en inglés, idioma que sí dominaba a la perfección. Volvió a inclinarse en señal de sumisión.

—¿Entiende usted lo que le digo? —Y obedeciendo a su intuición, que jamás fallaba, Elizabeth pasó a repetir lo antedicho en inglés.

La expresión de alivio de la joven le confirmó su sospecha. La concubina de Julián no hablaba la lengua vernácula. Menudo problema.

—Nuestro querido amigo Julián nos ha encomendado velar por usted, en caso de que nos necesite. Yo pensé que no debíamos esperar a que surgiese la necesidad, y que sería mejor presentarnos para que nos conociese, y así eliminar cualquier prevención que pudiese existir. Será un placer contar con su amistad, como una extensión de la de Julián.

Pétalo abrió mucho sus ojos rasgados, atónita ante el desinteresado ofrecimiento de aquella mujercita. Elizabeth tuvo el tino de no tenderle su mano, sino que se inclinó como lo había hecho ella, para no incomodarla en sus costumbres. Tanta reverencia perturbó a Livia, que además, se quedó en ayunas con el discurso de Misely.

—Livia querida, la señorita no habla otro idioma más que el inglés, así que me entenderé con ella en esa lengua —y puso su mano enguantada sobre el brazo de la joven, pidiendo disculpas.

Las tres mujeres permanecieron unos segundos mirándose, sin saber qué otra cosa hacer, hasta que Pétalo reaccionó y, con nuevas inclinaciones, dijo su nombre y las invitó a entrar. Elizabeth indicó con una seña a Fran que esperase afuera, a lo que él correspondió con el ceño fruncido. Antes de que pudiese objetarle nada, la maestra entró tras los pasos cortos de la concubina de su mejor amigo.

De un vistazo captó Elizabeth la estrechez de la vida de Julián en aquella casa. Si bien lucía limpia y con detalles, fruto sin duda de sus viajes, solo contaba con tres cuartos, el resto era patio empedrado bajo un techo de chapa, y un terreno alargado donde crecía la maleza entremezclada con las hortalizas. Se respiraba un aroma extraño que hizo fruncir la nariz a Livia. Le recordaba la humareda que solía atizar su abuela cuando había enfermos en la tribu que necesitaban de sus dotes de curandera.

Pétalo señaló a sus visitantes un sillón estilo imperio que desentonaba en el ambiente sencillo, y ella ocupó un banquito situado enfrente. Todo el arsenal desplegado para la ceremonia del vendaje de los pies había desaparecido de la vista, así como los restos del fumadero de opio. Lo que no había podido eliminar era el olor. Confiaba en que aquellas damas no supiesen de qué se trataba.

Había pocos temas de conversación entre dos mujeres tan distintas como Elizabeth O'Connor y Xiang-Bo. La maestra de Boston se las ingenió para encontrar algunos sin rozar la delicada situación de la joven china.

La huerta.

—Si necesita de alguien que cuide las verduras, ofrezco con gusto los servicios de Faustino, nuestro cochero. Se crio en el campo y sabe cómo tratar la tierra para que produzca. Claro que hace poco que vive usted aquí, no ha tenido tiempo de dedicarse.

El clima.

—Cuando pasen los fríos, verá qué agradable es recorrer la ribera. O cabalgar hacia el norte, donde crecen hermosos sauces junto al río.

Luego recordó que la muchacha no podría mostrarse en público con tanta facilidad, y buscó otro asunto inofensivo.

—Tal vez le resulte difícil aprovisionarse. Mi sirvienta puede traer el pedido hasta aquí, en nuestro coche. Por favor, será un placer para mí satisfacer sus necesidades.

Pétalo asentía a todo sin manifestar nada, mientras servía un té delicioso en una mesita de ébano. Livia contemplaba con admiración las tacitas esmaltadas y los platos con filigranas, así como las manos pequeñas de aquella muchacha que parecía tener su misma edad.

Al cabo de un buen rato colmado de silencios más que de palabras, cuando el reloj del comedor cantó las once, las damas se levantaron, elogiaron el té con aroma de jazmín y se encaminaron hacia la puerta, escoltadas por Pétalo. Al despedirse, Elizabeth hizo el último intento. Miró de frente a la joven china y en voz baja le dijo:

—Conmigo puede contar, sin importar lo que sea ni cuándo sea. En mí tiene a una amiga, señorita Xiang-Bo —y de su bolso marrón extrajo una tarjetita que deslizó en la mano de Pétalo.

Salieron al sol y abordaron el carruaje bajo la mirada severa de Francisco, que fiscalizó en los rostros de las dos si habían pasado o no un mal momento.

Luego partieron, en medio de una gruesa polvareda que nubló la vista de Xiang-Bo.

Junto con una inoportuna lágrima.

—Misely... ¿De dónde vino esa señora?

—De un país muy diferente a todo lo que conocemos, Livia, de la China.

Livia permaneció callada, mirando por la ventana del coche el comienzo de las calles de Buenos Aires, que ya se perfilaban en el camino de regreso.

«La China». Como la llamaban a ella. Qué raro.



CAPÍTULO 5

Julián encontró a su padre desayunando en compañía de Silverio Salas, un hacendado de la región. Chela iba y venía con bandejas donde humeaban las tazas y aromaban los pastelitos. A través de la puerta entornada, él advirtió que Brunilda se hallaba en la cocina trabajando. Un débil maullido le recordó la presencia del gato y deseó de manera infantil encontrarse allí, gozando de la tibieza de aquel sitio íntimo, en lugar de entablar conversación con el hacendado, que ya se levantaba para saludarlo.

—¡Bienvenido! Iba siendo hora de que se arrimase al hogar. Su padre mucho lo extrañaba, aunque le cueste admitirlo —y guiñó un ojo en dirección a don Armando, satisfecho de su perspicacia.

Silverio Salas era un hombretón rubicundo. Las canas habían tornado ceniciento su cabello antes rubio, y las cejas, gruesas y despeinadas, así como las mejillas abultadas, le conferían un aspecto vulgar. Julián sabía que era uno de los más prósperos estancieros de la zona. Tenía tres hijos que eran conocidos en Buenos Aires por sus francachelas. Sin duda, emularían las andanzas del padre en otro tiempo.

—Siéntate con nosotros, hijo. A propósito, estábamos hablando del tema de ayer.

La famosa zanja. ¿Qué opinaría Salas? Julián ocupó el sitial a la izquierda de su padre y se dispuso a soportar una andanada de recomendaciones. No tuvo que esperar mucho.

—Acá me está diciendo el amigo Zaldívar que usted se hará emisario de nuestras preocupaciones.

—Tengo que analizar un poco la cuestión, don Silverio —comenzó Julián.

—¡No hay nada que analizar, está cantado! Un peso más destinado a una tarea perdida de antemano, sería como agujerearnos los bolsillos para siempre. Además, todas estas pavadas no son sino peldaños que los políticos levantan para subirse al podio de la primera magistratura. Este Alsina ya probó las mieles de los cargos públicos, y aspira a otro mayor.

—Usted perdone, pero no me consta que sea así. Después de todo, la vida en la frontera no es un tema ajeno al doctor Alsina.

—Por eso mismo, sabe dónde apretar. ¿O no cree, acaso, que será apoyado por quienes pretenden poblar la pampa de hortelanos? Cada vez hay más mercenarios que apuntan al negocio del momento, traer colonos. De aquí y de allá, cuanto más lejos mejor, para hacer ver que saben cosas que los de aquí no sabemos. ¿O no conocemos la siembra mejor que ninguno? ¡Es que no vale la pena trozar la tierra para eso! ¡Buenos rindes daría, convertida en un jardincito de verduras! ¿Para qué hizo Dios esta pampa inmensa, llena de pastos naturales, sino para crianza de las vacas?

Chela puso delante de Julián un tazón de chocolate, a sabiendas de que prefería esa bebida por las mañanas. Él se lo agradeció con una mirada cómplice.

—Y luego están esos anarquistas, que empiezan con su cantinela de lidiar con los patrones. ¡Inventan la enfermedad para vendernos el remedio! Acá no teníamos sino buenos peones, gente que no precisaba del estudio para ser entendida. ¡Yo me enorgullezco de que mis hombres no lean ni escriban! ¿Para qué? Hay cosas que estorban el natural entendimiento, producen dudas y carcomen el espíritu.

Don Armando sorbía su café en silencio. Intuía que a Julián le costaba aguantar la verbosidad de su vecino sin responder de manera airada, así que intervino.

—No es bueno privar a los hombres de oportunidades, Silverio. Algunos habrá que no sepan qué hacer con ellas, pero otros...

—¡Pamplinas! Es la mordida de la víbora, su veneno se va extendiendo hasta que infecta todo el cuerpo. Ya después, no queda sino cortar los miembros.

Aquel discurso irritó a Julián. Si bien en El Duraznillo no había peones instruidos, su padre se preocupaba de que los hijos tuviesen educación. La presencia de Elizabeth había influido, claro.

Pensar en ella desvió su mirada hacia la cocina. Vio a Brunilda junto al rincón del gato, bajo un rayo de sol que la envolvía en un halo mágico. La joven acariciaba al animal entre las orejas mientras le acomodaba las mantas. Qué dulce se la veía en ese menester...

—Hijo, don Silverio debe viajar a Buenos Aires. Me preguntaba si podría acompañarte cuando regresaras, aprovechando el coche.

Julián asintió sin ganas. En lugar de disfrutar de la soledad para poner en orden sus pensamientos, debería soportar la conversación de un hombre desagradable.

—No hay problema —mintió—. En unos días más...

—¡Cómo! ¿No dice su padre que parte mañana mismo?

Julián se encontró con la mirada culpable de Armando.

—En ese caso, tendré que prescindir de su amable invitación. Me urge estar en la ciudad. Habrá una importante reunión de ganaderos y no quiero que se debatan ciertos temas sin mi presencia.

—Julián, sería conveniente que te presentaras ahí también. Entre otras cosas, tratarán el asunto de la zanja y el reparto de tierras fiscales.

—Está bien, padre, como digas.

El malhumor le impidió seguir el rumbo de la conversación, que ahora versaba sobre el eterno problema del abigeato y la complicidad de la policía.

—Si tenemos nuestras marcas registradas —porfiaba Salas—. ¿Cómo van a decir que es ganado cimarrón? A fuerza de despellejarlos se las habrán borrado.

El resto del chocolate le supo amargo ante la perspectiva de regresar tan pronto.

Se disculpó con un pretexto y salió de la vista de los hombres para entrar en el remanso de las mujeres.

En la cocina se escuchaba el ronroneo del gato y el bullir del agua en la cacerola. Las calandrias alborotaban tras los postigos y de la despensa provenían ruidos que revelaban una presencia. Esperó con paciencia y fue recompensado: Brunilda

apareció portando un cuenco repleto de galletas. Al ver al hombre de pie y en mangas de camisa, la joven se ruborizó.

—¿Estás mimando a este granuja? —le dijo sin ambages Julián.

Ella sonrió apenas y le extendió el cuenco.

—Solo son trocitos que quedaban en la lata —empezó a decir.

Julián le arrebató el cuenco y se inclinó sobre el gato ovillado.

—A ver si este se acuerda de lo que es comer.

Con delicadeza cortó una punta de galleta y la acercó al hocico del felino, que lo miraba con ojos entrecerrados. Los dedos finos de Julián desmenuzaron la comida y la acercaron a los bigotes temblorosos. Fígaro fingió que aquello no le interesaba. Lamió su pata con indiferencia y, cuando nadie lo esperaba, de un lengüetazo devoró las migas.

La sorpresa arrancó una exclamación a Julián y provocó la risa de Brunilda. El sonido inesperado cautivó al hombre, que se quedó mirándola. Ella bajó los ojos como si hubiera hecho algo indebido.

—Tienes una risa muy bella, Brunilda, lástima que no se oye muy seguido.

Chela rompió el hechizo al entrar murmurando acerca del apetito descontrolado de algunos hombres. Al descubrir la presencia de Julián, frunció el ceño.

—¿Falta algo en la mesa, niño?

—Nada, Chela, todo estuvo perfecto. Solo quise ver cómo andaba este sinvergüenza.

—Ah, los sinvergüenzas... —canturreó la criada—. Siempre sacan el mejor bocado.

—¿Me estás queriendo decir algo, viejita?

—Nada, nada. Brunilda, necesito más verduras de la quinta, que si este señor se queda a almorzar, no bastará con lo que tengo.

La joven salió presurosa, y Chela se volvió hacia Julián con expresión decidida.

—Mire, niño, más vale decirlo ahora y no esperar el momento, que nunca llega. Yo veo con qué ojos mira usted a la Brunilda, como si fuese un postre que satisface su gula. Pero quiero que sepa que ella no es una chica cualquiera, de las que vienen y van. Bastante ha sufrido la pobre el maltrato de la vida, como para sufrir también el de los hombres. Usted es de buena cepa, como no podía ser de otro modo con el padre que Dios le dio, pero también es hombre, y esa naturaleza pesa mucho, créame. Raro sería que no se tentara con una linda moza. Ella es callada y tranquila, déjela que siga así, en sus cosas, sin otro sobresalto que la leche hervida de la mañana.

—Chela, yo no...

—Déjeme terminar, con el permiso que me dan estas canas y el haberlo tenido sentado en mi regazo —insistió la mujer, levantando la mano callosa—. Yo sé que usted es bueno, niño Julián, por eso le ruego que no se mande por ese lado, que le va a dar un disgusto a su padre, que la quiere bien a la niña.

La mención de don Armando atizó la desconfianza de Julián.

—¿Cómo es eso?

—Lo que oye. Su padre le dio refugio cuando iba perdida en su dolor, y no sería justo pagarle con la moneda del desprecio.

—¿Quién la desprecia? Si yo...

—El desprecio de considerarla una mujer para usar cuando le venga bien, una querida en el campo, donde nadie lo compromete. Otras habrá en la ciudad para que le hagan ese beneficio.

El atrevimiento de Chela era inaudito, aunque más le preocupaba a Julián saber cuál era la relación que ligaba a su padre con Brunilda.

—¿Debo entender, entonces, que ese derecho le compete a mi padre?

Aquel descaro cortó de golpe el chorro que brotaba de la boca de Chela, que quedó abierta, congelada de horror.

—¿Qué está diciendo? ¿Le habrán contaminado los aires de las Uropas, pues? Sepa, señorito —y aquel apelativo lo colocaba a distancia, cercenando la intimidad que lo unía a la vieja criada—, que su padre es un hombre de bien, derecho como pocos, que jamás pensaría en mancillar el honor de una muchachita desposeída, como al parecer su hijo piensa.

—Todo es muy confuso, Chela. Esa chica llegó acá hace cuatro años, y mi madre no sabe nada. Yo mismo no obtuve ninguna explicación hasta que le pregunté a mi padre, como si hubiese algo que ocultar. Luego, la encontré en el dormitorio...

Chela se sobresaltó.

—¿En el de quién?

—¡En el de mi padre, ya que estamos!

—¿Y qué hacía ella allí?

Julián pudo haber replicado «eso es lo que quisiera saber», pero su honestidad le impidió ensuciar el nombre de Brunilda. Al fin y al cabo, ella no hacía nada malo.

—Estaba acomodando los almohadones.

Chela entendió de inmediato.

—Ah, la pobre infeliz... Ya veo. De eso también le quería hablar. Vea, niño, Brunilda es una muchacha muy hacendosa, tiene una especial habilidad para la costura, y acá en la estancia esas lindezas no son tan necesarias. Un poco está bien, ¿vivo? Pero tantos almohadones, tantos bordados, tanto primor no hace falta. Su padre la deja hacer, porque así ella se siente útil, aunque debo decir que ya no queda cuarto que no tenga un detalle de sus manos. Faltaría que se dedicara a los de los peones, y no me parece adecuado.

De solo imaginar a Brunilda entrando al galpón a esponjar las almohadas de los peones, a Julián le escoció la sangre.

—¿Adónde quieres llegar, Chela?

—A que se la lleve de acá, niño Julián, a la casa de su madre en Buenos Aires.

—¿Mi madre? Pero...

—Dígale lo que quiera. Que es una huermanita de la que usted se compadeció, y con eso no miente tanto tampoco, o que encontró una costurera de lo mejor, que puede ayudar a misia Inés en sus hilados y bordados... No sé, usted verá qué le conviene para convencer a su madre, niño. Pero acá la Brunilda corre peligro. ¿O se cree que no la miran con ojos codiciosos los hombres de El Duraznillo? Tanto más porque ella no se da con ninguno, es como un trofeo que quieren lucir en su haber.

Ese último argumento pesó más que ningún otro en el ánimo de Julián. Lo tranquilizó saber que Brunilda no era una intrigante, y que su padre solo abrigaba piedad hacia ella. No obstante, salir de El Duraznillo en compañía de la muchacha rumbo a la casa de su madre, era una ardua tarea. Por un momento, vino a su mente el momento en que Pétalo lo convenció de llevarla con él.

Menudo caballero andante reclamaban las mujeres...

—No puedo prometerte nada —contestó, aturullado con las novedades— pero no voy a desampararla. Si mi padre consiente...

—Don Armando no sabe qué hacer con ella, la chica es un problema del que debe ocuparse, porque se siente responsable ante la memoria de su molinero. Parece —y Chela bajó la voz en un susurro— que justo el día que pasó lo que pasó, la madre adoptiva de Brunilda le había encomendado que buscara a don Armando. Como si se lo maliciara la pobre —y Chela se persignó.

Impresionado, Julián miró a Brunilda con otros ojos cuando la joven regresó de la quinta, el delantal repleto de verduras frescas que perfumaron la cocina.

—A ver qué me trajiste —dijo Chela, volviendo a lo cotidiano sin ningún esfuerzo y dejando a Julián solo con su decisión.

Él retornó al comedor y descubrió que los hombres habían salido, sin duda a recorrer los campos. Mejor. Eso le daba un respiro para pensar en lo que haría y cómo lo haría. Mientras se dirigía hacia su cuarto, su mente era un torbellino de proyectos, entre los que sobresalía como una cuña la imagen de Brunilda, ya no en la casa de su madre sino en la propia, ocupando un lugar muy semejante al de Pétalo.

Esa evocación lo detuvo, y las palabras de Chela resonaron: «Usted es bueno, niño, pero antes que nada es hombre».

A la hora de la siesta, Brunilda se guareció en su cuarto del fondo. La cabeza le pesaba y las manos le temblaban. El almuerzo había sido un desastre. A pesar de la recomendación de Chela ella quiso ayudar, sospechando que las demandas del invitado serían abrumadoras, y no se equivocó. El dueño de Sauce Viejo era un déspota, un hombre acostumbrado a mandar y de la peor manera, sin contemplar al personal de servicio. Muy distinto a don Armando Zaldívar, siempre tan respetuoso, pues a ella le constaba que no era la única por la que el hacendado se preocupaba, lo había visto atento con Chela y con Rufino, y también solía preguntar a los puesteros

por sus familias. Cualquiera hubiese dicho que él mismo había sido peón en otros tiempos.

El hijo, en cambio, parecía nacido en cuna de oro. Su aspecto distinguido, la manera en que la miraba desde lejos mientras ella apilaba las fuentes en la pileta... Brunilda se estremeció al recordar sus labios presionando los de ella. Aunque adoptara poses de aristócrata, en el fondo debía de ser bestial, como todos. Lo olvidó por un instante cuando le llevó a Fígaro en los brazos, y ese descuido le valió que la buscara en la cocina durante el desayuno. Descuidarse así podría ser fatal.

Aflojó los lazos del vestido y se dejó caer sobre la mecedora instalada bajo la ventana. La tarde se alargaba con tristeza sobre el horizonte. Una bandada de teros alborotaba a lo lejos, y el eco de sus gritos llegó hasta ella como en sueños. Se tocó la frente afiebrada. Silverio Salas la había mirado y ella supo, antes de que ocurriese, que intentaría tocarla. Lo hizo mientras se levantaban rumbo al despacho del señor Zaldívar. Fingió pedirle una copita de oporto y se inclinó, la mano gruesa palpando su cintura. Fue por eso que se le cayeron los platos, y el grito de Chela la hizo correr hacia la cocina, dejando el estropicio a la vista de todos. Qué humillante.

Un relincho la distrajo y se asomó para contemplar la tarea del domador.

Dalmacio solía trabajar en el corral más alejado, para evitar que la caballada se alterase. En esos momentos apuntaba con la vara a un rosillo que piafaba y lanzaba coces, levantando una polvareda que difuminaba la silueta del hombre. Llevaba su faja bien anudada, con el facón sobresaliendo de la cintura, bombachas claras y camisa azul desteñida por el uso. La boina encasquetada hasta las orejas era la causa de que su frente se hubiese perlado de sudor, a pesar del frío. El animal montaraz que Dalmacio intentaba amansar había sido comprado a los indios que ocuparon tierras de El Duraznillo durante un tiempo. Estos, a su vez, comerciaban con los *tehuelche*, que mantuvieron la pureza de la estirpe equina. Don Armando Zaldívar, ferviente admirador del caballo criollo, se empecinaba en dar valor a esa raza olvidada por los paisanos. Uno de sus proyectos consistía en cruzar distintos ejemplares hasta reforzar las características del típico heredero de los caballos españoles de la conquista.

Brunilda se asomó a la ventana y miró con interés la doma. Los caballos le inspiraban una sensación de libertad que la ayudaba a olvidar las prisiones que encadenaban su mente y su corazón.

Dalmacio giraba en redondo, mirando siempre al potro que bufaba, cansándolo adrede.

Brunilda podía escuchar el murmullo con que intentaba aquietarlo. Aunque jamás se había atrevido a dirigirle la palabra, el joven le simpatizaba, pues era callado como ella, no participaba de las jaranas ni gustaba de las burlas. Al sentir los ojos clavados en su nuca, Dalmacio miró hacia la ventana. De Brunilda se rumoreaban muchas cosas: que se acostaba con Zaldívar, que era hija natural del patrón, que los indios la habían hecho cautiva y su familia no quiso recibirla después... Dalmacio veía en ella la belleza frágil de una flor silvestre, a la que una ráfaga podía cortar de cuajo.

Se tocó con reverencia el borde de la boina en señal de saludo, y siguió atento a los corcovos del rosillo. Un poco por vanidad, al saberse observado desplegó mayor destreza. El potro poseía una mirada alerta, los ollares dilatados y los músculos tensos. Alternaba el trote con el galope y se movía con nervio en todas direcciones.

Cuando se detuvo por fin, resoplando, Dalmacio se acercó con paso lento. Extendió una mano y la mantuvo en alto, inmóvil como estatua. Brunilda admiró su temple al enfrentar a un animal embravecido. Hubo un instante de comunión, algo indefinible que ella percibió con su intuición femenina. Se medían, al igual que los contendientes de una lucha, y el potro parecía disfrutar del desafío. Su mano derecha rozó la arena una, dos veces, signo inequívoco de enfado, pero Dalmacio no cayó en la provocación. Siguió con su propia mano alzada, inflexible, y recién cuando el animal tornó a respirar con más tranquilidad, el domador avanzó.

—Cuidado... —murmuró Brunilda.

El orgullo perdió al hombre. Dalmacio se confió en su pericia y no esperó lo suficiente. El rosillo triunfó. Le mostró el anca y le soltó una tremenda coz en las costillas. Por fortuna para el peón, el mismo ímpetu hizo trastabillar al potro, que derrapó en la arena, así se salvó de recibir el golpe de lleno. Dalmacio rodó y Brunilda lanzó un grito de angustia. Incapaz de pensar en nada, trepó a la ventana y se arrojó del otro lado. Corrió hacia el joven, temerosa de lo que pudiese encontrar, aunque ya Dalmacio estaba en pie, torcido pero entero. Se sacudía la tierra de las bombachas con ayuda de la boina, más herido en su amor propio que en su cuerpo atlético. Brunilda no supo qué decir al verse junto a él. Sus ojos asustados lo decían todo, y el domador se vio recompensado por la más dulce de las ofrendas: la compasión femenina.

Supo sacar ventaja de ella.

—Pucha que fue ladino... —comentó.

—¿Se ha lastimado?

—Qué va... Golpes como este tengo muchos. Lo que me hiere es la vergüenza, señorita, de qué va a pensar usted.

—¿Yo?

—Que soy un zonzo.

—No diga eso, es un valiente.

Dalmacio olvidó el dolor del costado y hasta su propio nombre al escuchar eso. Iba a replicar algo florido, cuando una voz cortante lo interrumpió.

—Buenas tardes. ¿Pasó algo?

Julián.

—Nada, patrón. Que me he caído nomás.

El momento íntimo se aguó ante la presencia del hijo de Zaldívar, que a Brunilda le pareció encrespado como un gallo de riña. No la miraba, dirigía toda su atención a Dalmacio, como si esperara explicaciones. A Brunilda le resultó tan prepotente, que se oyó decir:

—Está malherido, debería verlo un doctor.

—Yo lo veo bastante sano —objetó Julián.

Dalmacio murmuró una disculpa atropellada y se encasquetó la boina para volver al ruedo. De ninguna manera permitiría que el potro lo venciera. A la larga, él cantaría victoria. Brunilda se mordió el labio con rabia. El presuntuoso hijo del patrón creía que una palabra suya bastaba para que todos comenzasen a girar a su alrededor. Pues bien, ella no sería parte de ese circo. Se disponía a regresar a su refugio, cuando Julián la interceptó.

—No te vayas. ¿Acaso él te molestó? —Y señaló con su bastón la figura polvorienta del domador.

—Dalmacio es buena persona, él no me molestaría.

—Sabes su nombre.

Brunilda guardó silencio.

—Me dijo Chela que no te dabas con nadie de la estancia. ¿Es así?

—¿Y qué si es así, qué puede importarle?

El estallido la sorprendió, no pensaba ser grosera con alguien que podía perjudicarla a su antojo.

—Por lo general, me importa si una dama sufre el asedio de un caballero.

Brunilda pensó que era un hipócrita, desde que él mismo la había asediado, y en su comportamiento no hubo nada caballeroso.

—También me dijo Chela que tenías buena mano para la aguja y el hilo.

Brunilda quedó atónita. ¿Qué sucedía con Chela, por qué desnudaba su vida ante el joven Zaldívar? Abochornada, masculló una explicación.

—Me las arreglo.

—Chela dice que es más que eso. Y yo digo lo mismo.

Y sin que ella pudiese evitarlo, Julián se apoderó de sus manos y giró las palmas hacia arriba. Contempló las pequeñas marcas y asintió, satisfecho.

—Manos de costurera. Como la doncella de mi madre. ¿Ves? —Y los dedos de Julián se deslizaron con suavidad sobre un callo endurecido. Brunilda se sintió de pronto torpe y fea, una mujer sin gracia, con manos rudas y ajadas. Quiso apartarlas y no lo logró. Julián la aferraba con firmeza, como cuando la atrapó en la cocina. Levantó la vista y descubrió que él la miraba con intensidad. Un mechón rubio caía rebelde sobre la frente masculina, y el viento de la tarde lo atizaba. Él no iba abrigado pese al frío, y sus manos eran cálidas. Entibiaron las suyas, heladas y temblorosas.

—¿Te gustaría coser para otros, Brunilda?

La joven lo miró sorprendida. Era un sueño que jamás se había atrevido a confesar.

—Porque si es así, puedo presentarte ante mi madre. Ella y su doncella suelen hacer tapices y bordados, nada del otro mundo, aunque Evelyn se da bastante maña con los vestidos.

El recuerdo perturbador de Elizabeth vestida de novia, con la doncella de su madre revoloteando alrededor para darle los últimos toques, vino a su mente. Lo descartó y siguió con su propuesta.

—Aquí en la estancia no tendrás posibilidad de demostrar tus cualidades, en cambio en la ciudad puede que encontremos alguna labor para que hagas. ¿Te gustaría?

Brunilda no acababa de entender lo que aquel hombre le proponía. ¿Trabajo, vivienda, dama de compañía de su madre?

La confusión que asomó a los ojos negros conmovió a Julián. Si la muchacha se mostraba vulnerable, podía con él. Era su eterno conflicto, la razón de todas sus desgracias, la debilidad que marcaba su destino. Siempre sucumbía ante la fragilidad femenina. Le había sucedido al despuntar su juventud, con aquella gitanita que sus padres repudiaron; luego con Elizabeth, que prefirió a su amigo aun estando desamparada. Pétalo había obtenido de él más de lo que las mujeres decentes lograban de sus cortejantes, y ahora esa muchacha huérfana estaba a punto de ponerlo de rodillas. Otra vez. Una alarma sonó en su interior y soltó las manos de la costurera.

—Tendrás que venir conmigo si quieres progresar y ganarte la vida. A menos que prefieras unirme a algún peón de El Duraznillo. Dalmacio, por ejemplo —agregó con malicia, mientras contemplaba al domador lidiando con el rosillo a lo lejos.

El cambio en su actitud desconcertó a Brunilda. Era lo mismo que le había sucedido al verlo con el gato, después de comportarse como un salvaje la noche anterior.

Las contradicciones de aquel hombre la estaban mareando.

—No creo que deba irme de aquí —dijo en voz queda.

—¿Por qué, qué te retiene?

La expresión de Julián se había vuelto suspicaz.

—¿Hay algún pretendiente? —insistió.

El silencio de Brunilda lo exasperaba. Odiaba tanto misterio, quería saber de una buena vez qué ocultaba esa joven tan distinta a todas las que conocía.

—¿Por qué rechazarías la oportunidad de vivir en un sitio más cómodo, conocer gente y tener un buen matrimonio algún día, si no es porque ya tienes algo en vista?

Julián se colocó delante de ella para impedir que desviase la mirada, y también porque no soportaba los alardes de Dalmacio en el corral.

—¿Qué ocultas, Brunilda? Dímelo, porque lo sabré de todos modos.

Ella contuvo el temblor de su labio y levantó la cabeza, para toparse con la mirada azul inquisidora. Julián Zaldívar era un hombre que imponía respeto, no solo por su porte sino por algo profundo que emanaba de él, un pozo de dolor en el que se había fraguado la persona que era. Brunilda percibió en un instante el origen de la contradicción, pero así como vino, ese chispazo de entendimiento desapareció con la misma fugacidad, dejándola frente al hombre implacable que la interrogaba.

—Dime, Brunilda. ¿A quién le echaste el ojo? ¿Quién te retiene?

De nuevo la sospecha. Casi disfrutó al responderle, con voz clara y la mirada alta:

—La tumba de mis padres.

Julián sintió que le golpeaban la mandíbula con un puño de hierro. Lo tenía merecido, Chela le había advertido que la chica no era una tilinga.

—¿Están enterrados cerca de aquí?

Brunilda tragó saliva y murmuró:

—Tras la sierra.

—Vamos cuando quieras, yo te llevo. ¿Has ido en este tiempo?

Ella asintió, muda. De nuevo el cambio en el carácter de ese hombre.

—Iremos esta tarde, porque mañana te vienes conmigo a Buenos Aires.

Le tocó el turno a ella de encajar la impresión que la golpeó ante esa afirmación que no admitía réplica. ¿Irse? ¡Si estaba hecha a esa vida apacible, levantándose al alba y cumpliendo tareas que le permitían mantenerse alejada de todos! Sacudió la cabeza con desesperación.

—No, no, no quiero irme...

—Brunilda, lo hago por tu bien, y así lo entiende mi padre.

—¿El señor... el patrón quiere que me vaya?

Julián percibió el desconsuelo en el tono de la pregunta.

—Mi padre desea que tengas la vida que tus años requieren, Brunilda. Quedarte encerrada en la casa, sin más compañía que Chela y bordando almohadones, no es el destino adecuado para una muchacha joven y bonita.

—¿Y cuál es? ¿Qué pretende que haga? Yo no sé, no tengo estudio ni oficio, no valgo nada... Si me quieren en otro lado... ¿Para qué será, pues?

Desde el extremo opuesto del corral, Dalmacio los observaba con el ceño fruncido. Julián la tomó de un brazo y tiró de ella hacia la galería, bajo el emparrado.

—Todo puede aprenderse —le dijo—. Y en casa de mi madre adquirirás el roce necesario para prosperar en la buena sociedad. Al menos... —agregó, como dudando— alternarás con todo tipo de gente.

Emparentar con la buena sociedad no estaba al alcance de cualquiera, él lo sabía bien. ¡Si hasta Elizabeth O'Connor había sido cuestionada, por ser irlandesa! Ni él mismo advertía que su empecinamiento en llevarse a Brunilda obedecía más a un impulso interno que a la razón. Lo más lógico sería casarla con alguno de los buenos peones de El Duraznillo. Dalmacio, sin ir más lejos... A ella no le resultaba indiferente, por lo visto.

—Ponte algún abrigo para ir a la tumba de tus padres. En el camino discutiremos este asunto.

La empujó hacia la parte de atrás de la casa, donde sabía que estaba su cuarto, y aguardó a que entrase. Luego se volvió y caminó unos pasos con ayuda del bastón, hasta el corral. Allí se quedó mirando la doma hasta que el propio domador decidió que por ese día había tenido bastante. Julián miró a Dalmacio alejarse y en su fuero interno sintió algo de compasión. Había actuado de modo arbitrario, se daba cuenta.

Al fin y al cabo, el muchacho tenía más derecho a pretender a Brunilda Marconi que cualquier otro.

Las sencillas cruces de Pasquale y Filipa se alzaban bajo un espinillo, rodeadas de piedras rojizas dispuestas en círculo por toda ornamentación. El viento de la sierra había arrebatado las flores y las ramas con que Brunilda, cada vez que acudía en compañía de Chela y de un mozo de los corrales, homenajeaba la memoria de sus padres adoptivos. Protegidas por el espaldar de la montaña, las cruces se conservaban erguidas. Los nombres escritos con pintura blanca las hacían visibles a la distancia.

—Bonito lugar —comentó Julián, conmovido ante la sencillez del recordatorio.

Habían ido en coche para que Brunilda no tomase frío, y porque ella no sabía montar. Nadie objetó que fuesen solos hasta ese rincón lejano, pues ante el viaje que se acercaba, aquella excursión carecía de importancia.

La joven se acuclilló, recogió el ruedo de su vestido bajo las rodillas y juntó las manos en una plegaria silenciosa. Julián contemplaba la escena de pie junto al caballo de tiro, las manos en la espalda y la frente alta. La imponencia del lugar era todo el boato necesario para honrar la muerte. Imposible tener mejor panteón que la propia sierra con sus rocas puntiagudas sembradas de matojos, donde las sombras formaban hondonadas en las que brillaba el cuarzo. Julián imaginó que el molinero habría aprobado aquellas tumbas sencillas en el inmenso cóncave serrano. Aun sin haberlo conocido, presentía qué tipo de hombre había sido: trabajador hasta el desmayo, sabio en su sentido común, heredero de un pasado de sufrimiento que lo impelía a pensar solo en el futuro. La estampa del inmigrante. La pasta de que estaban hechos todos los que llegaban en esos días, como semillas de nueva siembra, al puerto de Buenos Aires.

Brunilda dejó en cada cruz un ramito de retama envuelto en una bolsa tejida por ella.

—Se van a volar —advirtió Julián al notar la ofrenda.

—No importa. Ellos sabrán que los dejé aquí.

El viento arreciaba. Por fin la joven se incorporó, y con tristeza se separó de las tumbas. Julián la dejó caminar un rato, antes de preguntar:

—¿Cómo fue que te salvaste del ataque?

Brunilda permaneció de espaldas, rememorando aquel aciago día. Sus piernas veloces la habían salvado, sí, de perecer quizá en el charco de sangre de sus padres, sin embargo...

—¿Quiénes fueron, Brunilda, pudiste reconocerlos?

Julián se hallaba cerca, podía escucharlo pese al silbido del viento y al chillido de los chimangos. Ella se encogió bajo el chal que la envolvía.

—No, nunca los había visto.

—Supe que algunos fueron detenidos en averiguación de antecedentes por el juez de paz. ¿No acudiste a identificarlos?

—No.

—¿Y cómo llegaste hasta El Duraznillo sola, en medio del desierto poblado de bandoleros?

Ella fingió interesarse por una espina atorada en su zapato.

—Caminé y caminé. Preguntaba por la estancia de su padre y me decían adónde ir.

—Tuviste suerte, dentro de todo. Pudo haberte sucedido cualquier cosa.

Brunilda estuvo a punto de soltar una carcajada amarga. ¡Qué oportuno el comentario!

—Hace frío —exclamó de pronto, deseando huir de allí.

Julián la ayudó a trepar al coche y se colocó a su lado en el pescante. Regresaron siguiendo las largas sombras de la tarde, en un silencio que fue roto cuando él preguntó:

—¿Qué te sucedió hoy en el comedor?

Brunilda esperaba que el incidente hubiese pasado al olvido.

—Fue una torpeza de mi parte, se me resbalaron los platos.

—Me pareció que escapabas de algo.

—¿De qué? Me agrada ayudar a Chela.

Julián se mantuvo callado hasta que avistaron las primeras casitas tras una lomada.

Le había parecido que Brunilda sufría una conmoción cuando dejó caer la vajilla, y el rostro de Chela confirmó su sospecha. Algo que la joven no deseaba contar había ocurrido. En todas las conversaciones siempre latía una parte oscura que Brunilda ocultaba. Tal vez fue por eso que él la juzgó mal desde el principio. Era una mujer cautivante y evasiva.

Hubiera sido un milagro partir de El Duraznillo sin alguna recomendación. Y por partida doble, ya que tanto Chela como su padre tenían algo que mencionar. Armando abrazó al hijo y le entregó un sobre encerado con billetes en su interior.

—Para tu madre, dile que se compre algunas chucherías. Sé que tienes derecho a vivir de manera independiente, y que soy yo el que debe acompañarla, pero visítala seguido, a ella le da más gusto tu presencia que la mía. Hijo —agregó emocionado—, bienvenido a casa. Hay mucho para hacer en este país, y sé que serás parte de ese progreso. Yo no viviré para verlo, me conformo con imaginar el futuro. Verte protagonista es todo lo que necesito para ser feliz.

Nuevo abrazo. Julián, a medias entre la tristeza de la despedida y la expectativa del porvenir, apenas escuchó el cacareo de Chela. La mujer también le puso algo entre las manos:

—Para misia Inés. Dígale que lo cociné anoche, no vaya a pensar que está pasado. Es budín de moras, su preferido. Y esto, que siempre le hizo bien cuando estuvo acá, es arropé de tuna. Es buen remedio para la tos, lo preparé yo misma. Y atiéndame —agregó, aferrándole la muñeca—, cuídeme a la chica, que es una joyita. No permita que se malogre allá, niño Julián. Y si puede, si no es molestia, alguna vez mándeme una cartita, unas líneas nomás, que yo sabré leer y entender.

La criada se pasó el dorso de la mano sobre los ojos, como si se quitase una mota de polvo, y se dio la vuelta de modo brusco. Caminó balanceándose hasta la casa y desapareció en la cocina.

Brunilda aguardaba, con su abrigo marrón que la convertía en un poste de algarrobo, su pañoleta y un bolso de lona con asas de madera. En él cabían todas sus pertenencias. Se la veía pálida, sin duda lamentaba despedirse de aquel lugar donde había pasado cuatro años de su vida. Julián se preguntó si ella se sentiría tan cómoda en la casa de su madre como lo había estado en la de su padre.

El peón ajustó las cinchas de la capota para que el frío no se colase por las rendijas, verificó la yunta y acomodó las cajas y baúles en el pescante. Brunilda aferró su bolso e insistió en no separarse de él. Ya no había vuelta atrás. Julián trepó al coche y ocupó un sitio enfrente de la joven, ya que Silverio Salas se había instalado en el asiento contiguo. La volanta comenzó el traqueteo que los alejaría durante un buen tiempo de los pagos del Tandil. Cachito los despidió en la tranquera con su mirada clavada en la lejanía, en resignada aceptación de las decisiones del amo. Clareaba cuando dejaron atrás el último puesto y el llano se desplegó ante ellos. Julián conservaba la mano muy cerca de su pistola, Salas cabeceaba, de seguro indigestado por la copiosa cena, y Brunilda miraba los jirones de su terruño con la frente pegada al vidrio, mientras las lágrimas rodaban por sus mejillas.



CAPÍTULO 6

La Casa del Ciruelo era un conventillo en toda la regla. La puerta cancel del zaguán ocultaba las miserias del primer patio, rodeado de puertas que daban a los numerosos cuartos. Allí vivían las familias más pudientes dentro de la pobreza general. Familias con varios hijos y un padre que poseía trabajo fijo como tornero, zapatero remendón, yesero, albañil, cochero o carbonero, gente honesta que conseguía pagar la renta con puntualidad y gran esfuerzo. Las madres solían lavar o coser ropa para otros, un medio de ayudar al esposo sin descuidar a los niños.

De la cancel hasta el fondo, eran tres los patios que se alineaban.

El segundo ya mostraba señales claras de promiscuidad. Las puertas angostas, reveladoras del tamaño de los cuartos, ostentaban un número pintado en el dintel para diferenciarlas. Imposible ocultar la intimidad al vecino, dado que las tareas cotidianas se desplegaban en el patio, a la vista y paciencia de todos. Para eso estaban las piletas, apoyadas sobre el muro descascarado, rodeadas de tachos y utensilios que servían tanto para lavarse como para cocinar. Las cocinas adosadas a esos muros, simples braseros de carbón, resultaban insuficientes y había que turnarse en el uso. Esa parte era ocupada por hombres solos que aceptaban compartir un cuarto siempre y cuando los otros fuesen personas decentes. Había allí poetas, dramaturgos, oficinistas, tinterillos, gente de maestranza... Y entre ellos, Adolfo Alexander. Se alojaba bajo el vano de la escalera, junto a un ruso de talante huraño y a un italiano parlanchín del que huía muchas veces, agobiado por su cháchara teñida de politiquería.

Adolfo había ingresado a la Casa del Ciruelo el mismo día en que Violeta lo divisó desde la ventana. La niña había captado la fatalidad en ese impulso que lo llevó al conventillo, ya que la decisión, madurada a la luz mortecina de una bohardilla, significó una huida de las expectativas de sus padres. Era el único hijo varón de una familia descendiente de comerciantes de la colonia. Sus padres, gente con aspiraciones de alcurnia, habían consolidado la situación de las hijas al casarlas con apellidos rimbombantes de la élite porteña. Faltaba Adolfo, el hijo con el que ningún esfuerzo había dado resultado. Los padres no sabían qué hacer con aquel muchacho sensible y arisco que no encajaba en los moldes donde se arrellanaban con comodidad otros jóvenes de su condición. Nada había servido con él: ni la escuela de leyes, ni la carrera de contable, ni siquiera la tan repudiada de artista, si bien la moda de aquellos días la tornó aceptable a regañadientes. Adolfo no encontraba placer ni futuro en ningún oficio o profesión. Él era poeta. Sus poesías, escritas con el desgarro de quien se sabía infeliz sin remedio, eran lúgubres y llegaban a impresionar por sus facetas oscuras a quienes captaban la sutileza del mensaje. Había enviado algunas a los periódicos locales sin mayor éxito, fuera de algún que otro recuadro en la parte de sociales, destinado al goce femenino. «Bastante tenemos con las desgracias que Dios

nos manda», le había dicho el redactor de un pasquín semanal. Así pues, nadie necesitaba de la poesía de Adolfo Alexander y él, a su vez, no encontraba sosiego en nada ni en nadie. La preocupación en el semblante de sus padres llegó a abrumarlo de tal modo, que resolvió cortar con la vida familiar, refugiándose en un lugar donde su nombre desapareciese sin dejar rastros. El inquilinato era el único sitio que se podía permitir con su magro presupuesto. Rechazaba toda propuesta de ayuda de sus amigos, con quienes llegó hasta la grosería, y la extrañeza de su carácter lo fue alejando de la vida mundana; solo lo recibían en algunas casas por deferencia hacia su familia. Él no deseaba acudir tampoco. El mundo se le antojaba un sitio demasiado triste para fingir alegrías que no sentía, y miraba a todos como si conociese un temible secreto que acechaba a la humanidad. Asistía a los cafés y a ciertos paseos para complacer a alguna dama enamorada, pero las amantes le duraban poco. Las niñas que ambicionaban casarse no veían futuro en aquel joven austero, y las que buscaban divertirse acababan llorando de amargura y refugiándose en brazos más fuertes y seguros. Adolfo se sepultó en la Casa del Ciruelo como quien se hunde en un abismo del que no piensa salir con vida.

Tras la escalera, en el tercer patio, se amontonaba la gente resignada a vivir del modo más vil, en su mayoría criollos de provincias que buscaban conchabarse en algún empleo urbano. Como muchos de ellos no podían pagar el alquiler de cuatro pesos oro que se les exigía, compraban seis horas de sueño, y se tendían sobre las mantas aún calientes del inquilino que los precedía en el miserable camastro. Ese último patio permanecía invisible para los habitantes de la parte delantera, y en especial para los inspectores, que hacían la vista gorda.

La elección de Adolfo Alexander no podía haber sido más desacertada. Si ya su temperamento se afligía ante las adversidades del mundo, la visión de las miserias humanas expuestas en la casa de inquilinato acabó por sumirlo en la más profunda desesperanza. Amanecía muerto de frío, pues la falta de ventilación obligaba a dormir con la puerta abierta, y las abluciones matinales lo dejaban tiritando. Para evadir a sus compañeros, salía a caminar sin propósito alguno, deambulaba por las calles con las manos en los bolsillos y la mente poblada de negros pensamientos. Al regresar, seguro de que ya se encontraría a solas, calentaba algún alimento comprado al paso y se encerraba en el cuarto a escribir sus décimas y endechas, con la seguridad de que jamás serían leídas. Todavía no llevaba una semana en aquel sitio y ya se sentía el más desgraciado de los hombres. A menudo sufría de ataques de ira, arrojaba la pluma lejos y rompía en pedazos el papel que había garabateado, para luego mesarse los cabellos y arrojarse sobre el mísero catre, extenuado. Lo carcomía la culpa de infligir a sus padres una gran pena, y a la vez la certeza de no ser capaz de ofrecerles nada que la aliviara.

Un mediodía, harto ya de mirar las paredes cubiertas de láminas y de almanaques donde Renzo Capri marcaba con rigor los días que le tocaba reunirse con sus compatriotas, Adolfo salió al patio buscando respirar aire más fresco.

Se encontró cara a cara con un hombre que encendía su pitillo justo frente a su puerta, en una pose indolente que al poeta le resultó engañosa.

Todos los habitantes de la Casa del Ciruelo evitaban toparse con el Indio Galván. El siniestro personaje se alojaba en el único cuarto de la galería superior, y debía su mote al rasgo achinado de sus ojos oscuros, aunque Galván de indio no tenía un pelo. Nadie conocía a qué se dedicaba, ni osaba preguntarlo tampoco. Él entraba y salía del inquilinato a sus anchas y a cualquier hora, por trasnochada que fuese. Dormía hasta avanzada la mañana, y cuando se marchaba, gustaba de pasearse taconeando por los patios con aire de señor. Delgado como junco, compensaba su estatura mediana con una gallardía que imponía respeto. El día en que el italiano parlanchín preguntó a Galván por su procedencia, los que oyeron la respuesta supieron que aquel sujeto era de temer. Se había inclinado sobre el pobre Renzo, mostrando en una sonrisa torcida sus dientes parejos y filosos:

—Soy del Marco de Jerez, pa' lo que guste.

Así quedó sellada la impertinencia del preguntón, y los demás sacaron sus conclusiones: el Indio Galván venía de la soleada tierra andaluza, de ahí la cadencia en su caminar, el tono aceitunado de su piel y el gusto por las ropas llamativas y los anillos, que adornaban cinco de sus dedos. A su manera era un galán, era frecuente verlo acompañado de bellas mujeres que carecían, sin embargo, de la distinción de las verdaderas damas. De todos los moradores de la casa, era el único que podía enfrentar al casero, un hombre que se había hecho odiar por no poner el mismo empeño en cumplir los reglamentos sanitarios que en cobrar la renta.

Ese mediodía, Adolfo Alexander recibió la mirada interesada de Galván. Casi podría decirse que se había detenido adrede, adivinando que él saldría de un momento a otro.

—Buenos días tenga usted, mi amigo. Nunca nos hemos presentado.

El tono, que pretendía ser zalamero, a Adolfo se le antojó insidioso.

—No, nunca.

—Remedemos eso, entonces. Antonio Galván, su servidor.

La mano cuajada de anillos repugnó la sensibilidad del poeta. No obstante, Adolfo la estrechó. Miró al sujeto directo a los ojos mientras lo hacía, un medio infalible de calarlo. El otro parecía saberlo también, pues se apresuró a retirar su mano y a exclamar:

—¡Su fama lo precede! He leído algunos de sus versos en *La Prensa*.

—Admirable. Sobre todo porque no los he enviado últimamente.

—Ha de ser en un diario viejo, tal vez. ¿Cómo sé, si no, que es usted el poeta Adolfo Alexander?

Adolfo se encogió de hombros.

—Quizá me han criticado, es lo más probable.

—No tenga tan mala opinión de usted mismo —insistió Galván, palmeándolo con familiaridad—. Si necesita algo, lo que sea, cuente conmigo. Me gusta ayudar a la

gente valiosa —y dejando a Adolfo confundido con aquel ofrecimiento, taconeó resuelto hacia la salida.

El poeta salió al rato, para ordenar sus ideas. Al atravesar el patio delantero, unos chiquillos se abalanzaron sobre él. Eran los hijos de una mujer joven y hacendosa, que fregaba desde temprano la ropa que luego plancharía y llevaría a las casas de la gente rica. Adolfo simpatizaba con ella, pese a que jamás cruzaron palabra. Veía en los afanes de la mujer un espíritu noble y puro, pues no quitaba el ojo de encima a sus críos, que no iban mugrientos ni semidesnudos como otros, ya que ella les fabricaba camisas con las sábanas viejas que le regalaban. Nunca la veía holgazanear ni ocuparse de banalidades, como otras que él había conocido, niñas egoístas envanecidas frente al espejo, incapaces de soñar con una vida familiar sencilla.

La joven madre le dirigió una tímida sonrisa y llamó a sus hijos para que no molestasen al «señor», ya que la categoría de Adolfo resaltaba en aquel sitio.

—Déjelos —dijo con indulgencia él, y buscó en su bolsillo vacío algo para darles.

El más pequeño, un pillo redomado, se puso en puntas de pie para espiar y su hermana lo bajó de un coscorrón.

—No se hace —le dijo con autoridad—. Hay que sé bueno.

Adolfo se enterneció y a un tiempo se acongojó, pensando que aquellos niños no tendrían educación ni medios para salir adelante en ese mundo cruel, y si les faltase la madre, quedarían a merced de cualquier alma caritativa que le diese una mano al viudo, si es que él no se iba antes, dejándolos en un asilo de caridad.

Esa repentina imagen le desfiguró el semblante y los niños retrocedieron.

—Vamos —volvió a ordenar la niña, y los chiquillos corrieron a refugiarse tras las faldas de la madre.

Más huraño que nunca, Adolfo salió casi huyendo de la casa de alquiler. Necesitaba ahogarse en un vaso de ginebra. Recorrió la cuadra de Chacabuco sin mirar y estuvo a punto de llevarse por delante a una mujer que caminaba en dirección contraria.

Algo avergonzado, se quitó el sombrero en señal de respeto, y como no estaba para aguantar más penas ese día, evitó cualquier comentario y echó a correr hacia el primer boliche que se presentase en su camino.

Violeta se quedó viéndolo doblar la esquina. El hombre triste seguía alojado en la Casa del Ciruelo y bastante a disgusto, por lo que podía entreverse.

—Volvamos, Manu —dijo a su escolta.

El joven obedeció con mansedumbre y la siguió a corta distancia. Se suponía que oficiaba de lacayo y desempeñaba el papel a la perfección.

—¿Por qué miras atrás, Manu, qué pasa?

El vasco no respondió. Durante el corto trayecto hasta la pensión donde se alojaba su amiga, había escuchado un insistente taconeó. Al volverse, solo la vereda se extendía tras ellos, atravesada por la sombra escuálida de los árboles desnudos.

Dormiría en el umbral esa noche, mal que le pesara a la doña que dirigía la casa. Por supuesto, bien provisto de su cuchillo de dos filos, el mismo con el que despellejaba yacarés o cortaba de un golpe las jarcias de la orilla.

Durante la travesía, Brunilda mantuvo un empecinado silencio. Al principio, a Julián le pareció natural que no buscara conversación con dos extraños, aunque a medida que avanzaban a los tumbos sobre zanjones secos y huellas lodosas, esa actitud le resultó hostil, sobre todo porque se había presentado la ocasión de intercambiar opiniones más de una vez. Tuvo que porfiar con Silverio Salas, que no deseaba detenerse a pasar la noche en la posada que Julián acostumbraba a ocupar durante sus viajes. Él quiso darle un respiro a la muchacha, que no había cambiado de posición en todo el trayecto. Se la notaba más arrimada aún a la puerta del coche, si eso era posible.

—Bajemos a estirar las piernas —sugirió Julián.

Salas estaba dormitando cuando lo propuso, y por eso no objetó la pausa.

Descendieron en medio de la pampa brava, sin otro referente que los pajonales y algún caldén solitario. Un paisaje triste en un día de otoño. Brunilda se veía pálida y encogida.

—¿Te sientes mal?

Ella denegó.

—En la gaveta llevo un termo de mate cocido. Bebe un sorbo, te hará bien.

Brunilda no pudo negarse a ese alivio. Le castañeteaban los dientes, más por la desazón que por el frío. Rodeó con sus manos blancas el jarro que le ofrecían y cerró los ojos al sentir el líquido corriendo por su garganta.

—Hay galletas también. Chela no iba a dejarnos partir así como así —bromeó Julián, intentando sacarla de ese mutismo.

—Gracias.

—Mi madre es una persona agradable, Brunilda, no tendrás problemas con ella. Valora mucho el trabajo y la discreción. Creo que son virtudes con las que cuentas de sobra. Espero que hagan buenas migas. Las visitaré a menudo.

Esa afirmación hizo que Brunilda volviese los ojos hacia él.

—¿No vive usted con ella?

—Por ahora no... Digamos que estoy en proceso de acomodamiento, después de un largo viaje. Es una de las penas que tiene mi madre. Quizá tu presencia la alivie un poco.

La joven degustaba el mate caliente mientras reflexionaba sobre la novedad. Si el señorito no vivía con la madre, ella estaría más tranquila en Buenos Aires. Quizá la señora le encargase coser sus vestidos, o le pidiese ayuda para labores de la iglesia. A lo mejor, no había sido tan mala idea viajar a la ciudad y vivir de manera recogida en una casa decente, dedicada a la costura entre mujeres de cierta edad.

Unas garzas levantaron vuelo desde una laguna cercana y Brunilda las miró con añoranza. En Buenos Aires no vería ese paisaje agreste. ¿Cómo sería la ciudad?

—Que no te abrume la casa de mis padres. Es severa, pero hay ambientes acogedores, como el comedorcito del té, donde de seguro compartirás las tardes con Evelyn, la doncella. Trata de no competir con ella, es una mujer grande que sirvió bien a mi madre durante casi toda su vida, y no está acostumbrada a compartir ese puesto.

Brunilda lo miró con asombro. ¿Competir? Si ni siquiera entendía bien qué puesto ocuparía en la casa de los Zaldívar...

—Respetar los horarios, cuidar la vestimenta, no levantar la voz, con esas precauciones será suficiente.

La preocupación de Julián empezó a inquietar a la joven. Parecía que estaba a punto de ingresar a un convento, en lugar de una casa familiar. De pronto, la recomendación de vestirse bien la alertó. Ella solo tenía dos vestidos, y no estaba segura de que estuviesen a tono con lo que se usaba en Buenos Aires. En la casita de la sierra, y luego en la estancia, eran ropas de lo más adecuadas, pero entre la gente de clase...

Julián pareció pensar lo mismo, pues agregó:

—Apenas lleguemos, le diré a Evelyn que te acompañe a las tiendas para que compres lo que necesites. Por tu equipaje, deduzco que no es mucho lo que posees.

Brunilda se sonrojó y lanzó una mirada al bolso de lona. Ella era pobre, siempre lo había sido, y nunca lo notó hasta que el señorito lo mencionó. La pobreza en el campo era decencia y austeridad, de seguro en la ciudad eso no se vería del mismo modo.

—¿Qué está pasando?

Salas bramaba al viento, asomado a la puerta del coche. Su impaciencia irritó a Julián. Después de todo, era un invitado en ese viaje, y lo había adelantado solo por él.

—Vamos, que aquí hace frío.

Empujó con suavidad a Brunilda, que se dejó llevar por esa mano decidida. Por primera vez, sintió que haber dejado El Duraznillo podía significar un nuevo comienzo, y un asomo de esperanza la invadió. Julián Zaldívar podría ser un presuntuoso, pero sabía cómo tratar a una mujer.

Siempre que no la encontrase a solas en una cocina mal iluminada.

Elizabeth cosía bajo la ventana del saloncito de recibo; desde allí vigilaba los juegos de los niños en el patio interior. Se había pinchado otra vez, y dejó a un lado la labor para chupar la yema del dedo, que sangraba.

—Qué mal día —murmuró con fastidio.

El otoño azotaba los cristales con ráfagas cargadas de lluvia.

—¿Un té, Misely?

La presencia de Livia le arrancó una sonrisa.

—Ven, siéntate y ayúdame con esto, que me tiene a maltraer —y extendió sobre su regazo la tela donde bordaba un ramo de margaritas desbordando una canastilla.

—Está muy bien.

—Es un desastre —se quejó Elizabeth—. Por mucho que me esmere, la costura no es mi fuerte, me pone nerviosa y acabo pinchándome.

—Eso es porque quiere cuidar a los niños y atender la casa al mismo tiempo —objetó con sabia comprensión la jovencita—. Si me deja, yo me encargo.

—Esa no es tu tarea, Livia. Es Cachila la que debería hacerlo, pero la pobre sigue tan alborotada como cuando de recién casada la llevé a la casita del monte.

—Yo la entiendo a la Cachila —repuso Livia—. La vida acá es diferente. Esta casa tan grande, con cosas tan finas... pienso que ella tendrá miedo de romper algo.

Elizabeth se concentró en una puntada.

—Cada uno debe hacer lo que mejor sabe, que el Señor nos ha dado los dones para que los apliquemos. El de Cachila será... —Y pensó, con aire derrotado—... el de dama de compañía. Recuerdo que compartíamos buenos momentos en las tardes solitarias.

Elizabeth no dijo lo que pensaba: que sin la muchacha se habría vuelto loca en aquellos días, cuando Francisco, empeñado en demostrarle que no era una mujer de campo, la abandonaba a su suerte y nunca le facilitaba las cosas.

—Y el tuyo —agregó, con una sonrisa dirigida a Livia—, es el de apaciguar a los niños. Eres la única que logra resultados con los más díscolos.

El rubor apareció bajo las mejillas bronceadas de la jovencita. Livia llevaba en su sangre el temperamento estoico del indio. Pocas veces reía, y cuando lo hacía, esa sonrisa parecía iluminada desde adentro, debido a que solo una gran dicha la provocaba. Elizabeth encontraba en ella grandes aptitudes y esperaba que pudiese pronto ejercer su oficio en los cursos de aplicación, pese a que la extrañaría horrores, pues confiaba en ella como en una hermana menor. Mantener a su lado a su antigua alumna de la escuela de la laguna era un premio inesperado en aquella cruzada que había emprendido cuando abandonó una promisoriosa carrera en Boston para aventurarse en un país salvaje y desconocido. Casi había perdido el pellejo apenas en el desembarco. ¡Qué poco sabía entonces de la suerte que la aguardaba, de los sinsabores y sufrimientos que el destino le tenía reservados en las planicies sudamericanas! Aun si lo hubiese sabido, no habría cambiado ni uno de aquellos días. En las pampas había conocido pesares, era cierto, pero también el amor en su forma más plena, el que la condujo a la entrega sin reservas y floreció en los hijos. En las dunas y serranías del Tandil, Elizabeth había sido feliz como solo podía serlo una mujer enamorada.

El objeto de sus desvelos la contemplaba en silencio desde la puerta. La mirada de Fran se tornó risueña al ver a su mujercita lidiando con la aguja. Siempre lo

divertía esa laboriosidad que la rodeaba. Elizabeth no concebía un momento de ocio, y resultaba paradójico que en un cuerpo tan menudo cupiese tanta energía. Se le acercó pretendiendo acaparar su atención y la notó tensa, como si barruntase algo. Livia se retiró discreta, y Francisco ocupó su lugar junto al silloncito de costura. Con sus largas piernas recogidas y su ancha espalda sobresaliendo por todas partes, hasta Elizabeth contuvo la risa al verlo, pese a que estaba enojada con él.

Su esposo aún no lo sabía. A medida que iba asimilando la novedad de la concubina de Julián, Elizabeth se sentía cada vez más incómoda y furiosa con la idea. Se había precipitado al ofrecer su ayuda, pues ella no comulgaba con el tipo de vida que sin duda Julián habría llevado en Europa. Y su esposo se aprovechó del entusiasmo que despertó en ella la llegada de su amigo después de tanto tiempo. Se sentía burlada, como si la hubiesen utilizado para confirmar amores ilícitos. Y no se trataba de la pobre Xiang-Bo, claro que no, ella también era una víctima. ¡Traerla a un país donde solo podría vivir recluida! La sociedad jamás la aceptaría con la indulgencia que en París se brindaba a las cortesanas del *demi monde*. Elizabeth conocía las formas al uso en el extranjero, y había aprendido las vernáculos. ¡Una amante china, qué disparate! ¿Qué haría con ella Julián cuando por fin se comprometiese con alguna damita porteña? Porque ella no dudaba de ese final anunciado. Bastante escuchaba los lamentos de doña Inés al respecto, y sabía que la matrona anhelaba un matrimonio de calidad para su único hijo. Era indigno de Julián jugar así con los sentimientos de una mujer, por exótica que fuese. Elizabeth pudo captar en la mirada y los gestos de Xiang-Bo que la joven estaba enamorada de su protector.

Ese pensamiento le provocó un nuevo pinchazo y un grito de dolor.

—Mujer, ese oficio es más peligroso que arrear toros.

La voz de Francisco la irritó más aún.

—No tanto como arrear hombres, ya que estamos.

Fran soltó una carcajada.

—Mi querida, si no te conociese tan bien, diría que estás tratando de insultarme de algún modo.

—Porque me conoces sabes que es eso justamente lo que busco.

—¿Y por qué, mi dulce, si puedo saber?

Nada fastidiaba más a Elizabeth que los halagos cuando se encontraba furiosa, la sacaban de quicio. Arrojó la labor en el canasto y se volvió hacia su esposo con las mejillas enrojecidas.

—¡Porque me han hecho cómplice de una indignidad, por eso!

Fran entrecerró los ojos, calibrando el enojo de su esposa. Ella no era una mujer volátil, si se enfurecía era porque algo había madurado ya en su interior, y temía que fuese lo que él sospechaba. De nuevo Julián se interponía entre ellos.

—¿Te molestó conocer a la amante de nuestro buen amigo?

Lo dijo con fingida indiferencia, tratando de sondear en los sentimientos de Elizabeth.

—Me molesta que Julián busque la aprobación de una conducta reprochable.

—Y que la busque en ti.

—¡Es vergonzoso! ¿Qué dirá su madre? ¿Y don Armando?

—Dudo que ellos lo sepan alguna vez.

—¡Porque es un comportamiento miserable!

—¿Qué te perturba, Lizzie? ¿Haber conocido a su amante, o que Julián haya encontrado a otra mujer en su vida?

Elizabeth quedó tan sorprendida, que detuvo las palabras en su boca. Ella solo había pensado en lo impropio y le molestaba ser parte de eso, nunca se le hubiese ocurrido ver la cuestión desde el ángulo de los celos. Sin duda, era el único enfoque que poseía su esposo.

—Me ofende, señor.

Francisco endureció el gesto.

—Creo que me siento ofendido también —repuso.

—Fran...

El hombre se levantó, echando hacia atrás el sillón que se veía diminuto a su lado, y abandonó la estancia a grandes pasos. La puerta de la biblioteca retembló con fuerza y Elizabeth se quedó con la sensación de ser culpable cuando iba en busca de culpar a otros. En un raptó de frustración, pateó el canasto del bordado, que se desparramó sobre la alfombra de seda china.

La entrada a la ciudad por la Calle Larga de las barracas despertó a la adormecida Brunilda como no lo habían logrado los ronquidos de Silverio Salas, molesto por el traqueteo de la volanta. A los tumbos, enfangados hasta el pescante, siguieron las huellas de las carretas de bueyes. Iban y venían los jinetes que arreaban las reses en medio de la boñiga y la basura que con descuido se depositaba a la vera de los caminos. El aire del campo ya no se percibía en ese hedor malsano. Brunilda arrugó la nariz, y el alma se le cayó al piso al pensar que ese sería el paisaje que vería todas las mañanas. A medida que se acercaban al empedrado del centro, sin embargo, la cosa fue mejorando, y la joven contempló con interés el movimiento de la desconocida Buenos Aires.

Numerosos carros y carruajes recorrían las estrechas calles, cruzándose con los coches de tranvía. El ruido del cornetín alternaba con el traqueteo de las ruedas de madera en los adoquines y los cascos de los caballos. Brunilda nunca había visto tantas casas parecidas, ni a tanta gente arrojándose en todas direcciones, movidos por un ímpetu febril. Eran personas de variada condición, vestidas de modos distintos, todas con aire de llevar a cabo una importante empresa en esa mañana. Lo primero que pensó fue que disfrutaban del bochinche, puesto que ellas mismas lo provocaban

sin necesidad. Buenos Aires se presentaba ante sus ojos ruidosa e indisciplinada. Escuchó insultos dirigidos a un transeúnte que casi acabó bajo las ruedas de un carro, ladridos de perros que trotaban tras el lechero, y voces anunciando el periódico a los señores de elegante copa y aspecto digno. Prestó especial atención a las mujeres que caminaban del lado opuesto de la calle, del brazo o en fila india, con sus faldas rozando el barro y seguidas de sus criadas portando grandes canastos rumbo al mercado. Una línea de verdor concitó su interés.

—Es el Paseo de Julio —aclaró Julián, que observaba con disimulo las expresiones de la joven ante lo novedoso—. El lugar de encuentro de los porteños, sobre todo en verano, cuando sopla el viento del río.

Brunilda conservaba impresiones sueltas, solo retazos, de la travesía que hizo con los Marconi siendo aún pequeña. El recuerdo que más se grabó en su mente fue la enorme cabeza del caballo que tiraba del destartado carro donde la metieron al bajar de la barquita. Emergía del agua resoplando, sus crines mojadas, los ojos dilatados por el esfuerzo. Cuando más tarde pudo ver caballos retozando en su medio natural, ella comprendió la hazaña extraordinaria de aquel animal. El río que vio la niña Brunilda era un monstruo devorador de barcos y de hombres, una marejada infernal que la mantuvo, aterida de frío y de miedo, sobre el regazo generoso de Filipa.

Esa mañana el Plata mostraba su costado más suave, y besaba la costa con reflejos de cobre. El frío parecía haber aplacado su furia.

Julián pensaba, mientras tanto, en la falta de parques y jardines, algo que advertía después de haber conocido París. Dejando a salvo el Paseo de Julio, Buenos Aires no ofrecía otro solaz para disfrutar de su cielo diáfano y su sol radiante.

La volanta se detuvo frente a la casa de Silverio Salas. El hombre no ahorró comentarios acerca del cansador viaje a través de la pampa, aunque él mismo se había invitado, y se despidió de Julián con la promesa de verse el día en que los hacendados se reuniesen en la Sociedad Rural para tratar los temas que los preocupaban.

—Eres la voz de tu padre, muchacho, no lo olvides —lo amonestó.

Y sin siquiera saludar a Brunilda, se sacudió la tierra del saco y descendió del coche.

Los resquemores de Julián se vieron confirmados no bien traspuso el umbral de su casa materna. Doña Inés, que había acudido presurosa ante el anuncio de la criadita de razón, se detuvo en seco al ver a su hijo acompañado por una joven desconocida. La intrusa se mantenía delante de él, como si lo necesitase para sostenerse, en tanto que el hijo había adoptado una postura algo desafiante, sin duda porque se traía entre manos algún propósito. En eso, era igual al padre.

—Madre, ella es Brunilda Marconi.

Como si le anunciase el nombre de una cantante de opereta.

—La traje conmigo para que la ayude aquí en lo que necesite. Es buena trabajadora, y cose muy bien.

—¿La trajiste de la estancia?

Hablaban como si ella no tuviese ojos ni oídos. Brunilda se sintió enrojecer bajo los pómulos y su corazón latió con inusitada fuerza. La madre del señorito era una dama de las que ella solo conocía en las láminas sociales de los periódicos, vestidas a la europea con los trajes que ella soñaba coser algún día. No pudo evitar fijarse en el talle marcado en la muselina, ni en los pliegues de la falda azul, que se recogían con elegancia en la parte trasera. Doña Inés vestía con una sobriedad exquisita. Ella solo hubiese cambiado un detalle allí donde la pañoleta de encaje velaba el escote... un drapeado sostenido por un broche, tal vez...

—Ya Evelyn se encarga de todo —estaba diciendo la señora.

Brunilda percibió el disgusto de Julián Zaldívar a su espalda. Podía sentir el calor que emanaba del cuerpo masculino como si la estuviera tocando. Era una sensación inquietante.

—Aun así insisto, madre. Creo que es una salida para todos: usted tendrá más compañía, y Brunilda podrá labrarse un porvenir.

Inés Durand conocía el arte de la negociación, lo llevaba en las venas, sabía que nada ganaría con enfrentar al hijo en una contienda que él había decidido de antemano. Prefirió postergar los reproches, y mientras evaluar de qué modo deshacerse de esa campesina que le ofrecían como un presente griego.

—Si es así, espero que esta casa sea de su agrado, señorita Marconi. Tenemos varios cuartos de servicio, le indicaré a Evelyn que la guíe para que elija el que guste.

Ante el sonido de la campanilla, se presentó la antigua doncella inglesa. Para Brunilda, acostumbrada a las maneras sencillas y afectuosas de Filipa primero, y de Chela después, aquellas mujeres huesudas de inquisitivos ojos claros le produjeron escalofríos. Sin echar una mirada atrás, caminó tras los pasos de Evelyn rumbo al interior de la casa, sintiéndose más desdichada a medida que las sombras se la tragaban. Amortiguadas por la espesura de los cortinados, le llegaron las últimas palabras de Julián:

—Sea piadosa, madre, la muchacha ha quedado huérfana.

De modo inexplicable, la conmiseración del joven Zaldívar obró un milagro en el espíritu de Brunilda: en lugar de aumentar su miseria, azuzó su orgullo y le avivó el deseo de demostrarle que ella podía ser alguien y que si él albergaba alguna intención deshonesto, le haría frente como una leona. Como lo había hecho antes.

Después de muchas vueltas por pasillos y patios, Evelyn le indicó un cuarto que daba a un aljibe y a una glorieta. Si bien era un pobre remedo de la enramada que trepaba por las paredes de El Duraznillo, Brunilda lo agradeció. Al menos, allí se escucharía el trino de las aves que acudirían a beber el agua.

—Puede usar el ropero —dijo la doncella con malicia, pues no se le había escapado que la joven carecía de equipaje.

Brunilda contempló el sitio pintado de celeste, sin duda el más modesto de la casa, y pensó que la pobreza de algunos era la fortuna de otros. Si los Marconi hubiesen gozado de las comodidades de aquella habitación tenida por simple, se habrían sentido ricos. Una cama con respaldo de jacarandá se apoyaba sobre una pared donde habían cavado un nicho para la imagen de la Virgen, ocupado a la sazón por un candil de hierro. El ropero con su luna algo turbia ocupaba la pared contigua, mientras que del otro lado había un secreter de madera taraceada, un poco desportillado. El cuarto estaba frío, debió de permanecer vacío mucho tiempo, pensó Brunilda, y sus ojos buscaron un rincón de chimenea que no encontraron.

—Le traeré un brasero, pero deberá mantener la puerta abierta mientras esté encendido, pues no hay ventanas para airear. Además, la señora suele llamar al servicio con la campanilla, y desde aquí es difícil escucharla con la puerta cerrada.

Evelyn acomodó la manta de lana escocesa mientras hablaba, y tocó de manera innecesaria el juego de cepillos que reposaba sobre la carpeta, quizá para indicarle que sabía dónde estaban y que tomaría nota en caso de que faltasen alguna vez.

La antipatía de aquella mujer hacia ella se hizo palpable cuando, antes de dejarla a solas en su nueva vivienda, le dijo:

—Las comidas se toman a las dos y a las siete. Puede salteárselas si lo desea, pero no debe faltar al té de las cuatro. Para la señora es una cita obligada. Claro que si hay visitas sería recomendable permanecer en el cuarto. De la cocina le harán llegar la bandeja, a menos que estén ocupados; en ese caso, tendrá que procurársela usted misma.

Quiero aclararle —y Evelyn alzó más la barbilla puntiaguda— que soy la doncella personal de *Mrs. Durand*, y no estoy al servicio de nadie más en la casa.

Dicho eso, se fue con un revuelo de faldas.

Julián lidiaba su propia batalla, mientras tanto. Sin haberse podido sacudir siquiera el polvo del camino, sostenía una acalorada discusión con su madre.

—A esto se llega cuando se abandonan las formas civilizadas de vida —decía Inés Durand, y su mano temblaba un poco al servir el chocolate a su hijo.

Se hallaban sentados en el comedorcito del que le había hablado a Brunilda, y que ya no tenía el clima acogedor que él describió, pues la aspereza del tono impedía gozar del fresco tapiz de las paredes, o del mobiliario adquirido en la Compañía de Indias.

—Usted se empeña en ver lo que no hay, madre. Brunilda es una pobre muchacha que ha quedado desvalida, mi padre le dio cobijo.

—¡Por tantos años!

Bien sabía Julián que ese punto era el más débil.

—Nada hay de malo en ello. Era una ayudante de Chela en la cocina.

—Los hombres se apoyan unos a otros, es lo que siempre supe. Así sea mi propio hijo, no dirá una palabra para criticar la conducta de otro Zaldívar. Pero eres también

Durand, Julián, escúchame bien, y espero que no corra por tu sangre la vena gitana de tu padre sino licuada con la nuestra, que es la voz del raciocinio y la medida.

—Madre, creo que está llevando este asunto demasiado lejos. Después de todo, mi padre ha insistido siempre en que comparta sus días en la estancia.

—¡Claro, porque sabe que no lo haré, mi salud no lo permite! ¡Valiente invitación!

Doña Inés sacó un pañuelito de encajes y tosió en él. Se la veía nerviosa y desdichada, y Julián se apiadó de ella. Bajó el tono de voz al decirle:

—Mamá, tratemos de entendernos. Recién llego de un largo y cansador viaje, y no deseo marcharme dejándola así, acongojada por nada. Sea razonable. Si le digo, con la mano en el corazón, que no encontré nada raro en la conducta de mi padre..., ¿me creerá?

La mujer lo miró con ojos enrojecidos. Se avergonzaba del aspecto que debía de ofrecer a su hijo, con el rostro contraído por la rabia y ese atisbo de temor que la acosaba cuando se sentía sola, en completa soledad, una sensación que se adueñaba de ella aun cuando tuviese a su lado a Evelyn, o recibiese a sus amigas cada jueves. Era una soledad premonitoria del futuro, de su vejez en aquella casona vacía de voces que no conocía la risa de un niño desde hacía mucho tiempo y que, si Julián seguía en su plan de soltería, jamás llegaría a conocerla. Inés Durand se enderezó, recuperó su aplomo y sonrió con cierta coquetería.

—Qué pensarás de tu madre, que se comporta como una chiquilla celosa. Pero no son celos, hijo, sino la indignidad de verme aquí, recluida como viuda, cuando mi esposo se encuentra vivo y saludable, sin muestras de querer reunirse conmigo como corresponde. A nuestra edad...

Julián se inclinó y besó la frente de su madre con ternura. La entendía, pese a que su reacción había sido desmedida. Ahora que la tenía de nuevo frente a él, volvía a pensar que su padre debería dedicar parte del tiempo a consentir a la mujer con la que había decidido formar una familia. Después de todo, no podía culpar a su madre si él mismo había desconfiado de la presencia de Brunilda en la estancia.

—Recuerda nuestra cita del jueves —le dijo Inés cuando lo despedía.

—Ah, sí... la de los Lezica. Descuide, madre, me portaré como un bendito.

—No tanto, o no conseguirás conquistar a ninguna damisela. Algo de arrojo no vendría mal.

—Seré entonces un malvado redimido —y con esa afirmación arrancó una sonrisa a su madre, que era lo que él pretendía—. Una cosa más —añadió—. Habrá notado que Brunilda no posee muchas prendas. Me gustaría que Evelyn la acompañase a comprar algunas telas con que hacerse nuevos vestidos. Según Chela, es muy buena con la aguja, y guiada por usted, sin duda mejorará. ¡Ah, me olvidaba! Chela le manda un postre —Julián le dio el budín y luego extrajo de su saco el sobre que enviaba su padre—. Y esto, de parte de ese hombre que tanto la descuida. Y yo

agrego esto otro —y depositó en la mano de Inés un rollo— para los gastos del atuendo de la muchacha. Por favor, no le diga que fui yo, sospecho que es orgullosa.

Inés Durand iba a replicar sobre el orgullo de los pobres, pero la expresión ansiosa de Julián y la armonía de los últimos minutos le impidieron hacerlo. Lo despidió con una sonrisa y la promesa de ocuparse de lo que la joven campesina necesitase.

La puerta se cerró tras él, y Julián emprendió la vuelta al suburbio donde lo aguardaba Pétalo. Ardía en deseos de saber cómo había sido su encuentro con Elizabeth y también, a qué negarlo, de sentir sus manos suaves sobre su cuerpo. Más de una vez se sorprendió durante el viaje de regreso imaginando cómo se sentirían las manos blancas de Brunilda, con sus ligeras asperezas, sobre su pierna mala. Las palabras admonitorias de Chela enfriaron esos recuerdos.



CAPÍTULO 7

—**T**ocamos fondo.

El ministro Varela acompañó la sentencia con el repiqueteo de sus uñas pulidas sobre los cupones de la deuda de septiembre, que acechaban a la República como los buitres a la presa agonizante.

—Si no pagamos, será el derrumbe —pronosticó.

Nicolás Avellaneda escuchaba desde su propio escritorio, bajo el ventanal. El sol que entibiaba la estancia dibujaba arabescos sobre el respaldo del sillón presidencial, que sobresalía detrás del primer mandatario como un arco de laureles de la victoria. El semblante sereno del Presidente no traslucía su pensamiento salvo por sus ojos oscuros, de profundidades ignotas. Nadie había visto nunca a Avellaneda en un raptó de ira, y sin embargo, la pasión anidaba en ese hombre capaz de conmover a todos, partidarios y opositores, con sus palabras floridas.

El tic tac del reloj de mesa agudizó el silencio creado por aquel vaticinio. De pronto, Avellaneda soltó su respuesta, que Varela supo indeclinable. Cuando el Presidente tomaba una decisión, ya su mente y su corazón la habían sopesado hasta el cansancio.

—La Provincia debe salvar a la Nación una vez más. Pediremos ciento veinte mil libras.

Y como si la mirada de Varela fuese una pregunta dicha en voz alta, agregó:

—Trataremos el proyecto en la Legislatura, como debe ser. Nada hay dentro de la Nación que sea superior a la Nación misma. Se encargará usted de enviar el cablegrama, cuando esta ley de auxilio sea aprobada.

El ministro captó los matices ocultos tras la afirmación del Presidente. En aquellas palabras había más de lo que parecía: la opinión pública, fogoneada por la prensa y los propios ministerios, pedía a gritos la suspensión de los pagos al exterior. Varela comprendió que Avellaneda no se inclinaría por la moratoria, esa medida no encajaba en su concepto del honor y la fidelidad a las cuentas claras. Preferiría el rigor de la abstinencia y el sacrificio, aun a riesgo de su popularidad.

La guerra del Paraguay, el levantamiento de López Jordán, la revolución de los mitristas, se habían confabulado para cobrarle su precio al joven mandatario.

Y eso no era todo: pendía, como una espada fatídica, la cuestión de la capital de la República, un asunto espinoso que Mitre había debido postergar durante su mandato, llevado por cuestiones más urgentes. Varela se preguntaba si ese hombre pacífico que se sentaba dando la espalda a las toscas del río, sin otros blasones para ofrecer a la patria que su inteligencia y su tesón, sería capaz de echarse encima semejante fardo.

«Correrá sangre», pensó compungido. Buenos Aires no quería ceder un palmo de territorio a la Nación. El tema de la aduana había sido la causa de cuarenta años de luchas, y ahora... la ley de capitalización.

Salió del despacho rumbo a su ministerio, sintiendo una losa en el pecho.

La volanta bordeó la reja sostenida por los pilares de la quinta Lezica, con su invernadero vidriado y sus eucaliptos, regalo de Sarmiento; pasó frente a la pulpería de Nicolás Vila con su veleta de caballo blanco y tras dejar atrás los carros lecheros que solían detenerse allí, emprendió el camino de San José de Flores. Su único pasajero contemplaba distraído aquellas tierras donde comenzaban a construirse palacetes europeos para el descanso de las familias patricias. A media cuadra del camino de quintas, Julián hizo detener al cochero. Prefirió andar el último trecho pese al dolor que sentía en la pierna, pues el aire perfumado por la albahaca silvestre de los canteros le despejaba la mente. Tenía mucho en qué pensar. La principal preocupación era introducirse luego de su ausencia en el ambiente político de la ciudad. Si bien su apellido era apreciado, había perdido valiosas oportunidades de arrimarse a algún partido y consolidar vínculos. En Buenos Aires, las relaciones lo eran todo. Debía retomar antiguas amistades del Colegio Nacional y de la Escuela de Leyes.

«Y conseguir una inspección para el taller de la calle Florida», recordó de golpe. Había hecho a la pequeña beldad una promesa, y él era hombre de palabra. Comenzaría su labor de hormiga al día siguiente, cuando hubiese descansado y repuesto su espíritu lacerado por los recuerdos.

Una imagen fugaz atravesó su mente. Su cuerpo desnudo, doblado en dos, escarnecido por las burlas de los salvajes. Una niebla de dolor desfiguraba los rostros de los victimarios, la mayoría mujeres y niños que encontraban divertido torturar al huinca. Recordó con nitidez el momento en que un muchachito se acercó, con la mirada fija en él, y gritó algo incomprensible al tiempo que con su tacuara rasgaba la piel y el músculo de su pierna. Su alarido de dolor vibró en el aire saturado por el humo de las hogueras y se confundió con las estrepitosas risas. Hubiese dado cualquier cosa por desmayarse entonces, pero su conciencia seguía allí, lúcida, negándole el instante del olvido.

Llegó por fin ante el muro blanqueado al sol, las madreselvas, la pequeña cerca que lo separaba de la casita donde hallaba refugio a sus dolores. Se la veía más sencilla después de haber recorrido las calles céntricas de la ciudad. Casi se arrastró hasta el porche.

—Mi señor.

Pétalo lo aguardaba de pie junto al arco de la entrada, con su cabellera aceitada en la que llevaba prendidas unas flores blancas, y envuelta en una bata negra. Parecía más joven y más frágil con ese color que contrastaba con su pálida tez. Julián estaba demasiado fatigado como para reprenderla por el uso de ese apelativo que la denigraba.

«No soy tu señor», solía decirle una y otra vez, y la joven china asentía, para luego reincidir en esa servidumbre en la que se había educado.

—Ya estoy de vuelta, Pétalo. ¿Cómo pasaste estos días?

—Muy bien, mi señor.

Ella era indescifrable. Bajaba los ojos cuando buscaba ocultar sus sentimientos. Julián detectó un nerviosismo reprimido en el modo de juntar las manos sobre su regazo.

—¿Ha venido alguien en mi ausencia?

Pétalo lo miró con extraordinaria agudeza.

—La señorita de la casa de su amistad es muy amable, me ofreció su ayuda para lo que hiciera falta.

—¿Vino Elizabeth? ¿Y de qué hablaron?

Julián se daba cuenta de que obraba con imprudencia al indagar sobre conversaciones privadas; no obstante, no pudo evitar su curiosidad acerca de esa reunión.

—La señorita puso a nuestra disposición su carruaje y me dejó su tarjeta.

«Bueno», pensó Julián aliviado, «las cosas han ido bien entonces».

—Los Balcarce son buenos amigos, de seguro los veremos seguido por aquí. Ahora voy a tomar un baño y luego me gustaría una fricción de aceite, estoy más dolorido que nunca.

Al darle la espalda, Julián no pudo ver el brillo en los ojos de Pétalo cuando lo escuchó anunciar que la visita se repetiría. Ella caminó sobre los pasos de él mientras se dirigía al cuarto de baño.

Había una bañera de porcelana en medio de la habitación azulejada. Era un lujo de los antiguos moradores de la casita, y lo que decidió a Julián a alquilarla. Se había acostumbrado a los baños prolongados por causa de su pierna, le resultaban un bálsamo para el permanente dolor. Pétalo cubrió con agua perfumada el fondo, y luego volcó dos tinajas de líquido caliente al que agregó unas gotas de aceite. Se formó una densa espuma que invadió con sus vapores el cuarto. Julián se sumergió en ese caldo aromático con evidente placer. Cerró los ojos con un suspiro y olvidó por un rato los sinsabores de un viaje que no resultó como él esperaba.

Ante él se perfilaba un futuro complicado: lidiar con los altibajos de su madre, ocuparse del bienestar de Brunilda, alternar con la clase política y los hacendados, que muchas veces eran lo mismo, proteger a Pétalo y dominar sus propios fantasmas, que desde su llegada se habían manifestado con más frecuencia. A la vez, esas misiones le otorgaban algo que desde hacía mucho no sentía: una razón para vivir. Sin darse cuenta, volver a Buenos Aires lo había enfrentado a los demonios del pasado, haciéndolo sentir más vivo que antes. Por primera vez en mucho tiempo, Julián sentía el cosquilleo de la incertidumbre del día siguiente.

Las manos de Pétalo lo buscaron bajo el agua. Sorprendido, abrió los ojos y la vio frente a él, desnuda y sonriente. Ella no solía atreverse a tanto a menos que él la

requiriese. Debía de haberlo extrañado. Julián sonrió con un asomo de ternura y la dejó hacer.

La joven era hábil en el dominio de las sensaciones. Deslizó las caricias por las piernas del hombre hasta dar con su centro de placer y allí se detuvo, gozando con las expresiones de Julián. De pronto, él la sujetó por la muñeca.

—Vamos a jugar los dos —le dijo con firmeza, y la montó sobre su cuerpo, dispuesto a darle lo que ella también tenía derecho a sentir.

Pétalo no se negó a esa felicidad tan esperada durante esos días. Julián Zaldívar era suyo. La amable señorita, por la que su amo sentía algo más que respeto y cariño, jamás le robaría lo que ella se había ganado con paciencia y sabiduría. Xiang-Bo llevaba en su sangre la determinación con que sus ancestros sobrevivieron a tantas penurias. Aunque solo fuese una meretriz, llenaría las necesidades de su señor de modo tal que él no sintiese nunca el impulso de buscar a otra. Y si las reglas de su sociedad le exigían desposar a alguna mujer, ella se las ingeniaría para reducir a una sombra el placer que la otra pudiera darle. Julián dependería siempre de Pétalo para ser feliz.

Gozaron de sus cuerpos hasta que el agua del baño se enfrió. Habían probado todas las posiciones que el reducido espacio de la bañera les permitió, e incluso rieron juntos cuando se encontraron enredados de maneras inverosímiles. El cuerpo de Pétalo, escuálido como el de una niña, se transfiguraba cuando se convertía en amante, era capaz de contorsionarse como una pantera y emitir sonidos felinos que enardecían a los hombres. Sin embargo, mientras amaba a su señor con ferocidad, ella percibió el instante en el cual él se distrajo en su mente, el momento exacto en que pensó en otra, y lo registró con minuciosidad para detectarlo la siguiente vez.

—Vístete. Tomaremos el té en la salita —le ordenó él antes de dejar el cuarto, enfundado en su bata.

Pétalo se inclinó reverente, y comenzó a ordenar todo para dedicarse a la ceremonia del té. Antes de desagotar el agua de la bañera, bebió una pequeña medida del líquido en el que todavía flotaban los efluvios de su amor.

Julián se instaló en el sillón imperio, se caló los lentes y comenzó a redactar las notas que enviaría al otro día. Todavía conservaba las direcciones de antiguos conocidos con influencias. Al ver a Pétalo portando la bandeja, comentó como al pasar:

—¿Qué te pareció Elizabeth O'Connor?

La joven china depositó la bandeja en la mesita donde había servido el té a la amable señorita y a su aprendiz, y deslizó con suavidad:

—Es pronto para decirlo, pero percibo en ella su voluntad de ayudar a los demás.

—Así es Elizabeth —dijo Julián con aire soñador—. Para ella, solo existen los necesitados.

Su amo era un hombre necesitado de amor y de cuidados.

—El esposo parecía disgustado de verla aquí.

Julián prestó atención.

—¿Fran vino con ella?

—Y una joven de otra raza que la servía con fidelidad.

—Ah, Livia... Sí, es una antigua alumna que Elizabeth trajo a vivir con ellos.

—La señorita habló en inglés conmigo.

—Debes decirle «señora», Pétalo. Elizabeth está casada con mi amigo Francisco Balcarce.

«Y eso es lo que te duele», pensó la joven china mientras extendía el cuenco con ambas manos hacia Julián.

Él sorbió ese té perfumado que solo Pétalo sabía preparar, y se preguntó por enésima vez qué contendría.

—Espero que no me estés drogando —le dijo con aire risueño.

Ella sonrió y bajó los ojos.

Brunilda se sorprendió cuando la madre del señorito la llamó ante su presencia. Se hallaba sentada en el borde de la cama, aguardando el brasero prometido, cuando la criada le anunció que la patrona la requería. Encontró a Inés Durand trabajando en un tapiz de hilos multicolores.

—Acércate —le dijo en tono autoritario, al verla indecisa.

La joven se arrebujó en su chal de lana, una de las dos prendas que había traído en su bolso, y se arrimó a la dama con sigilo.

—Sabes coser, según mi hijo.

—Así es, señora, me las arreglo.

—Arreglárselas es poco. Dice nuestra cocinera de la estancia que coses vestidos. ¿Es cierto eso?

—Hago mis ropas, sí.

Inés Durand la miró de arriba abajo, evaluando la condición de su atuendo.

—Quítate ese trapo y muéstrame el vestido que traes.

Brunilda dejó caer el chal y lució con modestia el vestido de algodón a cuadros pequeños, en el que ella había sabido formar gajos rematados por lazos. Inés Durand arrugó el ceño. Era un atuendo campestre, sin embargo había algo de presunción en esos frunces y cintas.

—No está mal... para el campo. ¿Es todo lo que trajiste?

Ante el asentimiento de Brunilda, la dama se puso de pie y comenzó a impartir órdenes como un militar.

—Abrígate que hace frío, y acompaña a Evelyn a ver tiendas. Ella tiene mi autorización para comprar las telas que usamos en nuestras labores, así que oficiarás de ayudante, y de paso elegirás algunas para hacerte nuevos vestidos. Aunque no salgas de la casa, no puedes lucir como mendiga. ¿Siempre llevas el cabello así, trenzado?

Otro asentimiento tímido.

—Evelyn es una experta en peinados, te hará un recogido más apropiado. Ya hablaremos de otras fruslerías cuando tengamos en marcha tu nuevo ajuar.

La despidió sin más explicación, y Brunilda volvió a su cuarto. La doncella la aguardaba impaciente, con el abrigo marrón en un brazo y un bolso en el otro.

—Vamos, que más tarde refresca.

Salieron con rumbo desconocido para Brunilda, que apenas conseguía mirar dónde pisaba, tan absorta iba en la contemplación de las calles de una ciudad a la que no había tenido tiempo de imaginar siquiera.

Doña Inés las observó desde la ventana hasta que doblaron la esquina. Al principio, sospechó de aquella joven que había vivido en la estancia de su esposo sin saberlo ella, aunque, pensándolo bien, haría mejor en desconfiar de su propio hijo, pues al fin y al cabo era él quien la había traído y dejado a su cargo. Y la edad de Brunilda era más acorde con la de Julián que con la de Armando. «Hombres», refunfuñó. Solo con ver una cara bonita, perdían la cordura. Y si esa campesina suspiraba por su hijo, más le valía ponerse en remojo, pues ella tenía planeado un matrimonio por todo lo alto para su único vástago. La sucesión de tertulias que pensaba ofrecer serían el escenario adecuado para que Julián escogiese a su prometida. Había fallado con la señorita Elizabeth O'Connor en ese propósito, no iba a suceder de nuevo.

Las largas piernas de Brunilda la mantenían a la par del paso ágil de la doncella inglesa, que también era una mujer alta. Tomaron una de las calles que se adentraban en lo que parecía el corazón de la ciudad, una zona amplia rodeada de edificios, bulliciosa y abarrotada de gente. Los vendedores ambulantes voceaban sus mercancías con desparpajo, saludándose de una vereda a la otra, mezclándose con transeúntes movidos por idéntica prisa, que cruzaban la calle en diagonal sin cuidarse de los carruajes, que tampoco reparaban mucho en ellos. Brunilda observó el atascamiento de un coche de caballos que desató una andanada de insultos dirigidos a los carros de mercado atravesados en la vía pública. Evelyn optó por recogerse la falda y sortearlos y Brunilda la imitó, azorada. Al otro lado de la calle, se toparon con un grupo de damas que se saludaban con grandes aspavientos. A punto estuvo de tropezar con el alto cordón de la acera, por distraerse ante los sombreritos de terciopelo verde con plumas en el frente.

—Cuidado —la amonestó Evelyn.

Era dificultoso andar por las calles desniveladas, donde las lluvias dejaban charcos entre los adoquines desparejos. Doblar la esquina constituía otro problema, pues las casas llegaban hasta el borde mismo, y los peatones acostumbraban a ir muy de prisa, lo que ocasionaba innumerables encontronazos. Por fin, la plaza Victoria se abrió ante ellas. Parecía ser el pulso de aquella ciudad vertiginosa. Brunilda vio un edificio de grandes arcadas por las que entraba y salía gente sin cesar. Del otro lado atisbó un monumento rodeado de césped, y al fondo la Casa de Gobierno, pintada de

rosa por iniciativa de Sarmiento. Más allá, como un relumbrón, el río con sus barquitos salpicados aquí y allá, y el continuo ir y venir de las lavanderas del Bajo de la Merced, cargando sus líos de ropa sucia. Era una postal de animación y colorido.

—Entremos —anunció Evelyn, sacándola de su distracción.

Las campanas del convento de San Ignacio vibraron en el aire cuando las mujeres atravesaron el umbral de El Ensueño, como habían bautizado a esa tienda de abalorios. Un pasillo embaldosado en damero, entre dos largas vitrinas, invitaba a recorrer el muestrario destinado a emperifollarse según el nivel social de cada una. Brunilda aminoraba el paso a medida que las piezas expuestas llamaban su atención: flecos de pasamanería, encajes, borlas de seda natural con apliques de terciopelo, listones de satén... Ella jamás había visto tales maravillas. ¡Y todas juntas! Evelyn ya estaba haciendo su pedido al tendero, que por lo visto la conocía de visitas anteriores y apuntaba todo lo que la doncella elegía en una manoseada libreta de cuero. Brunilda recordó que el mismo sistema regía en el almacén de ramos generales donde Chela compraba lo necesario para el ajuar de El Duraznillo. Ese recuerdo le agitó un poco el entusiasmo por las novedades, pero ya Evelyn la sacudía con su voz de mando:

—Ven acá. Tenemos que elegir una guarda para tu nuevo vestido.

La doncella disimulaba el fastidio que le provocaba tener que oficiar de asesora de una campesina desconocida que no gozaba del favor de su patrona. Había captado la antipatía que despertó la llegada de la joven al hogar de los Zaldívar y Durand, y eso le daba alas para tratarla con cierto desprecio.

—No mires estas, que son caras, concéntrate en estas otras —y le mostró un sector de la vitrina donde habían dispuesto tiras de galones de diversos colores.

—Si *osté quiera* para fondo de raso, le conviene terciopelo —intervino el hombre, como recitando un verso archisabido.

—No —dijo rotunda Evelyn—. Será una pieza de bayeta, como mucho.

—Ah, *entonce...* —Y el vendedor sacó de un cajón una bonita tira de *chiffon* enrollada, que desplegó ante los ojos encandilados de Brunilda.

—¿Cuánto cuesta?

—Deje ver... La pieza entera *coshta...*

—Nada de eso. Necesitaremos apenas dos largos de ruedo, para la falda.

El hombre hizo un rápido cálculo mental y en su propio brazo velludo midió lo que requerían las mujeres.

—¿*E qué colore goshta?*

Evelyn iba a contestar, cuando la voz de Brunilda cortó su aliento:

—La verde.

La doncella la miró como si se le hubiese aparecido un espectro.

—Todavía no sabemos el color del traje —dijo, atónita ante el atrevimiento de la muchacha.

—Eh... debería ser lo primero —apuntó el vendedor, y se alzó de hombros al ver la expresión furibunda de la mujer mayor.

«Allá ellas», pensó. Estaba acostumbrado a lidiar con toda la galería de caracteres femeninos, y en su paciencia residía el negocio, así que esperó.

—Si no es más caro el verde que los otros... me gusta ese color.

Evelyn apretó los labios en una fina línea, y no quiso revelar su indignación frente al tendero.

—Esta, entonces —y abrió su monedero con énfasis. Allí estaba el rollo que Julián había dado a su madre sin que Brunilda lo supiera.

El vendedor se quedó mirándolas salir, y pensó que la señorita joven tenía porte como para lucir los terciopelos que quisiera, aunque por su atuendo se veía que su condición no lo permitía.

Apenas pisaron la acera, Evelyn le espetó:

—En adelante harás lo que yo diga. Mi patrona confía en mí para estos menesteres y hace años que le sirvo bien, así que no necesito apuntadoras. Menos si la compra es a beneficio.

Avanzó sin esperar a Brunilda, que se mantuvo dos pasos atrás durante el resto del paseo, pues había advertido que la doncella casi corría para mantener la distancia con ella. Las últimas palabras le habían dolido. Era una menesterosa en la casa del señorito, acababa de entenderlo.

Atravesaron la plaza de nuevo y se detuvieron en una calle concurrida donde se destacaba la elegancia de las damas y el empaque de los caballeros. En el reflejo que los escaparates ofrecían, su triste abrigo marrón contrastaba con los capotes de las matronas, guarnecidos con vivos de piel. Las más jóvenes cubrían sus ricos trajes claros con chaquetas de damasco brocado. Brunilda tomaba nota mental de los modelitos para dibujarlos cuando estuviese, por fin a solas, en su nueva habitación.

La Porteña estaba tan ajetreada como la calle. El amplio salón las recibió con su piso de madera taraceada, engalanado con la belleza de las damas que extendían sus zapatitos de raso para comprobar si armonizaban con el color de las telas que revolvían sobre los mostradores. Rollos y más rollos de los más variados géneros ofrecían un desorden pintoresco y tentador. Brunilda quedó extasiada al ver el modo teatral en que un dependiente desenvolvía una seda y la dejaba caer como un velo vaporoso sobre las otras telas. El azul, de tan intenso, tornaba violáceos los pliegues. Unas señoritas lanzaban exclamaciones de admiración ante el género, pero la matrona que las acompañaba fruncía el gesto y lo tocaba con desconfianza, sin duda para regatear el precio. Del otro lado, un vendedor juraba por su vida que aquel bombasí era de la más fina mezcla de seda y algodón, y que poseía la cantidad justa de brillo que un traje de viuda necesitaba. Las estanterías de madera oscura destacaban los colores de fantasía de las enormes bobinas, apiladas de manera inverosímil. El bullicio de la tienda resultaba arrullador para Brunilda, pues encajaba a la perfección con la idea que se había formado de su futuro. Si ella estuviese allí, aconsejaría a las damas mejor que nadie, pues su ojo crítico percibía lo que a cada una convenía para resaltar sus cualidades y esconder los defectos. Aquella niña de anchas caderas que

miraba embelesada un corte de brocado rosa, haría mejor en dirigir sus ojos hacia el violeta, en tanto que la dama gruesa que aplicaba sus impertinentes sobre un despliegue de seda china, debería pensar que un jubón de terciopelo ajustaría mejor sus carnes.

—Muéstrenos una bayeta verde.

Evelyn ya había hecho su pedido. El vendedor les echó una mirada desdeñosa, se trataba de una compra barata y las clientas tenían el aspecto de ser mandaderas, en especial la mayor, que hablaba como sargentona. Brunilda miró con desconsuelo la tela y pensó que los galones combinarían mejor con un fondo de otro color, aunque esa vez no se atrevió a opinar. Midieron, preguntaron, discutieron, hasta que llegaron a un acuerdo razonable, y el corte de bayeta fue envuelto en un papel y anotado para enviar a la dirección indicada. Solo entonces el vendedor dulcificó su semblante y se mostró más solícito.

—La señora Durand suele llevar también encajes belgas, hemos recibido unos preciosos.

Evelyn dudó, aunque la oferta era tentadora, y a su patrona le encantaban las puntillas. Permitió que le mostrasen la variedad recibida, y después de sopesar precios y calidades, eligió varios metros y un retazo de encaje de Bruselas que teñirían con té. Con disimulo, Evelyn tomó parte del dinero destinado a la compra de Brunilda.

Al salir, la multitud las separó por un momento y la joven quedó a las puertas de Modas Viviani, que ostentaba en su escaparate un precioso traje de seda lila con un aderezo de flores rosadas. Brunilda permaneció deslumbrada ante esa muestra de refinamiento y simplicidad. El vestido era un prodigio en el que no se notaba ni una costura, y el escote, pensado para seducir sin mostrar, se fruncía lo justo para realzar el busto y luego disimularlo con las flores. Una prenda de exquisita factura.

—Perdón.

El vidrio reflejó la imagen de un caballero a sus espaldas.

—Se le ha caído esto, señorita —y extendió ante ella un pañuelito de linón.

—No es mío, señor —adujo algo cohibida Brunilda.

Desde que llegaron, no había hablado con nadie más que con las mujeres de la casa.

—Disculpe usted, es que lo vi a sus pies y pensé que era suyo. Qué pensará de mí, que soy un atrevido.

—No, no... es que estaba distraída.

—Yo debería agradecer la hermosa visión que este día trajo ante mis ojos. Es usted una perla, señorita. Si no toma a mal mi pregunta... ¿Cuál es su gracia?

Brunilda sintió de pronto un malestar ante aquel requerimiento, y calló. El hombre miró entonces la vidriera de Modas Viviani y comentó:

—¿Acaso usted pertenece al plantel de modistas de la casa? Porque si es así, debería de conocerla, ya que soy el gerente de Modas Viviani.

Ese dato sorprendió a Brunilda. Si aquel hombre era el que dirigía la casa de modas, sin duda sería un caballero correcto y distinguido. Se tranquilizó y atinó a responderle:

—Ya quisiera yo trabajar en un lugar así, tan bonito.

—¿Sabe coser entonces?

—Algo...

—Modas Viviani es un taller muy exigente con sus empleadas. Deben ser perfectas en su labor y cumplidoras, pero sabemos reconocer los talentos. Mire — agregó el hombre de improviso—, acá tiene mi tarjeta por si desea ponerse en contacto. Hacen falta personas como usted, que saben apreciar un buen traje. La vi contemplando este vestido, y no dudé de su buen gusto. Me encontrará en esa dirección, o aquí mismo.

—¡Brunilda!

La voz destemplada de Evelyn la sacó de su ensimismamiento, ya que el hombre poseía un modo de hablar cultivado que creaba un embrujo en ella.

—Ah, qué nombre... Especial, como quien lo lleva. Señorita Brunilda, es usted un soplo de frescura. Espero verla pronto.

El hombre se esfumó con tanta rapidez, que cuando Evelyn llegó hasta ella, ya no alcanzó a verlo.

—¿Qué haces acá? —le espetó furiosa.

—Me distraje viendo este vestido.

—¡Como si no tuvieses ya uno! ¿Para qué vinimos, si no? ¡A comprar tela para que cosieras! ¿No estás conforme?

—Sí...

—¡Vamos, entonces, que ya perdimos bastante tiempo!

La doncella la arreó de regreso a la casa de los Zaldívar y Brunilda la siguió, atontada. El encuentro le había dejado un sabor agridulce. Temor por el hombre desconocido, e ilusión por la posibilidad que se le ofrecía de formar parte de un taller de costura. Acaso podría ser el paso inicial hacia su sueño. ¡Y se le presentaba en la primera oportunidad que tenía de caminar por las calles de Buenos Aires!

Esa misma noche Julián se presentó en casa de los Balcarce para la cena prometida. Lo recibió una sonriente Cachila, que lo condujo hasta donde Francisco aguardaba mientras servía una copita de jerez junto al aparador.

—Puntualidad inglesa —se burló el dueño de casa.

—Qué remedio, así me educaron.

—Haces bien. Los criollos tenemos la manía de asumir nuestros defectos como virtudes.

—Soy criollo también, no lo olvides.

—Pero de otra estirpe, amigo mío. Dicen que la sangre sajona tarda más en licuarse.

—¿Y la sangre india?

Se arrepintió de inmediato. Había querido seguirle el juego a Fran, pero el tema de su bastardía era delicado y había provocado mucho dolor en su momento.

—Perdóname, fui un bruto, un animal desconsiderado.

Francisco bebió un trago y miró a su amigo con un brillo juguetón en sus ojos dorados.

—No es para tanto. Es la verdad y punto. No sé cuánto tarda en diluirse la sangre india, lo que sí sé es que produce buena cría. Mis hijos son la prueba.

—En eso estás en lo cierto. Santos es todo un hombrecito, y Juliana...

—Juliana es mi debilidad. Se me parece, no solo en lo físico sino en el carácter, lo que preocupa a su madre.

—No es para menos. Y tratándose de una mujer...

—Digamos que habrá que encauzar sus ímpetus, aunque todavía es muy pequeña.

—Hay mujeres que nacen así, creo yo, con un espíritu diferente.

—¿Lo dices por alguna en particular? —se interesó Fran.

Julián pensaba en Violeta, que vestía pantalones y lo enfrentaba con sus palabras desenfadadas, y en Brunilda, que había sobrevivido a una masacre y se mantenía de una pieza, aun cuando la llevaban de aquí para allá.

—Bueno, tuve oportunidad de conocer a varias —relativizó.

—Tendremos que hablar de eso otro día, en otro lugar —y Fran se levantó para recibir a Elizabeth, que llegaba acompañada de Livia.

Ella lucía encantadora con su vestido de terciopelo ámbar, un color que realzaba el tono cobrizo de sus bucles. Caminaba con una cadencia que denunciaba su estado, y Julián se preguntó a quién se parecería ese hijo que renovaba el amor entre Fran y Elizabeth.

—Los niños cenaron en su cuarto —anunció, antes de tender su mano hacia Julián.

Él la rozó apenas con sus labios y la escoltó hacia el comedor, donde la platería centelleaba bajo las luces de una impresionante araña de cristal. Livia ocupó un sitio a la derecha de su maestra y Julián enfrente, a la izquierda de la cabecera en la que Francisco reinaba como un señor medioeval. El resto de la larga mesa, cubierta con un mantel de damasco, se completaba con fuentes de fiambres y candelabros de plata peruana. El murmullo de la instalación cubrió un instante incómodo, en el que Fran advirtió que su esposa no le había dirigido ni una sola mirada. También Julián notó la seriedad de Elizabeth, y creyó que se encontraría cansada debido a su preñez. Un tercer hijo llegaba cuando la madre ya habría mermado sus fuerzas con los dos anteriores.

—Estamos ansiosos por conocer las costumbres de los países que has visitado —comenzó ella, mientras tomaba la fuente de papas de manos de Cachila, antes de que

tumbase la jarra de vino.

—Europa se parece bastante a Buenos Aires, al menos así es en el caso de España o Francia.

—Querrás decir que Buenos Aires imita a Europa —terció Fran risueño.

—Lo noto más ahora, que he vuelto al país. No puedo reprocharlo, París es una ciudad que da el ejemplo al mundo entero.

—¿Y hay mucha vida cortesana en París?

La inocente pregunta de Elizabeth hizo fruncir el ceño a su esposo. Julián contestó con galanura:

—Nada que envidiar a la de aquí. Aunque no vine con la intención de rodar por las tertulias porteñas, ya mi madre se ha encargado de comprometerme en varias. Espero que la fiebre de sociedad se le pase pronto.

—Es que tu madre te quiere ver bien casado, es comprensible.

Fran creyó advertir que ella remarcaba la expresión «bien casado», y su ceño se acentuó.

—Pues por ahora tengo asuntos más urgentes que atender. Mi padre está empeinado en que participe de las reuniones políticas para hacer valer la voz de los hacendados ante el gobierno.

—Avellaneda es más diplomático que Sarmiento —comentó Francisco— y no la tomará contra los ganaderos. Además, hay una política de fomento de las actividades agrarias.

—El tema principal es el endeudamiento. Mi padre dice que aumentará si se construye la mentada zanja que quiere el ministro.

—Si quieres, puedo presentarte a un amigo mío, un francés que llegó para ocuparse de los ingenios azucareros del Tucumán. A lo mejor, te resuelve algunas dudas.

La conversación parecía fastidiar a Elizabeth, que se apresuró a desviarla.

—Si vas a quedarte en la ciudad, deberías buscar una vivienda más apropiada. No será grato para tus invitados visitarte en el polvo del camino.

Julián se mostró algo avergonzado.

—Es cierto, la casita de las afueras es pobre comparada con la de mi madre en el centro, pero se ajusta a mis intereses por ahora. Al menos, hasta que decida si me instalo en Buenos Aires o en El Duraznillo, como era mi intención al principio.

—Mientras estés sin compromiso, puedes vivir donde quieras. Claro que cuando hay alguien que depende de uno...

A esa altura de la conversación, Fran ya había detectado adónde se dirigía su esposa, de manera que consideró conveniente detenerla.

—Querida, nuestro amigo es consciente de eso, pero acaba de llegar de un viaje de varios años y necesita amoldarse a la vida criolla de nuevo.

—Por empezar —insistió ella con renovado brío—, si quiere amoldarse deberá recordar cómo se vive y se juzga en estas tierras, para no provocar daño a los

inocentes.

Julián también cayó en la cuenta de que Elizabeth estaba lanzando dardos a diestra y siniestra.

—Elizabeth —dijo con sinceridad—. Si te refieres a Pétalo...

—Xiang-Bo es su nombre.

—Como sea. Yo no quería involucrarte en esto, le pedí ayuda a Fran y él creyó que podía contar contigo. Si no es así te pido disculpas, y hagamos como si nada hubiese ocurrido. Olvida la casita de las afueras y todo lo que viste en ella.

A Elizabeth le subió el color a las mejillas de manera repentina.

—¿Olvidarlo? ¡Qué fácil se dice, señores! Olvidemos que existe un ser desdichado al que la vida arrastra por el fango, hagamos como si no lo hubiésemos visto, de modo que no exista más.

—Lizzie —la voz de Fran sonó severa en el comedor cuando intervino, pero ella no se detuvo. Parecía que el tema le provocaba fiebre.

—Resulta que el delito consiste en haber visto, no en haber hecho. Me parece una actitud hipócrita, si me perdonan. Esa criatura no debe de tener más de dieciocho años, y al venir a esta tierra quedó condenada, pues nada hay aquí que le recuerde sus costumbres. ¿Qué destino tendrá cuando cumplas el sueño de tu madre y te comprometas?

Era el mismo pensamiento que perturbaba a Julián, de modo que no respondió.

—Lizzie, te ruego que no sigas importunando a Julián con esto. Él confió en nosotros y lo ayudaremos a resolver este problema.

—¿Problema? No es como si les hubiese caído un rayo encima, algo que no lograron evitar. Esa niña pudo haber sido rescatada, no mantenida en su indigna situación de querida.

—Te recuerdo, esposa, que la situación de «querida» es tan común aquí como en la China.

—¡Al menos allá no la mirarán como bicho raro!

—Creo que estás defendiendo una causa que no comprendes, Lizzie.

—Demasiado bien. Es la misma que en cualquier parte.

Fran clavó los ojos dorados en su esposa con tal intensidad, que Julián temió que ella sufriese un sobresalto en su embarazo. Sin embargo Lizzie podía tener también una mirada incendiaria. Se entabló una silenciosa batalla, hasta que por fin ella dijo:

—Lo siento, Julián. He tenido un mal día, y este nuevo niño me cansa más que los anteriores. Me retiro a mis aposentos, creo que la cena me caerá mal en este estado.

Ambos hombres se levantaron cuando ella se retiró seguida de la callada Livia, que lanzó a Julián una mirada indescifrable.

Al sentarse de nuevo, Fran suspiró.

—Uno mi disculpa a la de ella, amigo mío, jamás imaginé que Elizabeth estuviese tan afectada por la visita a tu amante.

—No debimos haberla mezclado en esto —se lamentó Julián, que en ese momento recordó las palabras risueñas de su amigo diciéndole que Elizabeth lo creería un perverso.

—Es extraño, parecía dispuesta a ayudar en todo...

—Las mujeres se ayudan entre ellas, Fran, siempre lo supe. Pensé que eso obraría en mi favor, pero Elizabeth lo tomó como una batalla de honestidad. No la critico, también yo me acuso de haber arrastrado a Pétalo conmigo.

—Lo hiciste porque te lo pidió.

—Aun así, ella no sabía a lo que se enfrentaba.

—Yo creo que hay culpa de ambas partes.

—De todas formas, tengo que pensar algo y pronto. Cuando empiece a relacionarme con la gente bien de la sociedad, surgirán compromisos inevitables.

Fran cortó la punta de un cigarro, pensativo.

—No descartes la posibilidad de emplearla en esta casa. Si mi esposa cree que está haciendo una obra de bien redimiendo a tu porcelana china, tomará las cosas de otra manera.

—Dudo que quiera, después de esto...

—Déjame a mí.

—Estás muy seguro de tu influencia, ¿eh?

—Sí. De lo que no estoy seguro es de que quieras desprenderte de la miniatura oriental.

Había dado en la tecla. ¿Podía prescindir del cuidado de Pétalo, de su habilidad para hacerle olvidar el sufrimiento? Julián no sabría decirlo.

El resto de la noche transcurrió en medio de comentarios acerca de Catriel, que había vuelto a las andadas rompiendo la amistad forjada con los blancos, y otros menos trascendentes sobre sus respectivas madres que, con la consabida sutileza femenina y las mejores intenciones, acababan interviniendo en las vidas de sus hijos.

—Si mi madre pudiese —aseveró Fran— se instalaría en nuestra casa para educar a sus nietos. Cree poder hacerlo mejor que nadie.

—¿Y Elizabeth lo permitiría?

—Ella adora a Dolores. Te confieso que soy yo el que se muestra reacio. Temo que ambas formen un bando difícil de enfrentar. Un hombre siempre sale perdiendo.

—Sí, cuando las mujeres se unen.

Los dos amigos estallaron en una carcajada que dulcificó la acritud de los momentos anteriores. De nuevo se sintieron hermanados en una historia común, la que los había forjado a ambos desde la niñez. Ese sentimiento agrisado acompañó a Julián un rato después, mientras marchaba hacia su casa. Pasara lo que pasara, él contaría siempre con Francisco Balcarce. Y a pesar del reto recibido, sabía que contaba con Elizabeth.

La maestra era incapaz de darle la espalda.



CAPÍTULO 8

Los reveses en la campaña parecían no tener fin.

Eso pensaba don Armando Zaldívar la mañana en que Dalmacio se presentó ante él para decirle que se marchaba.

—¿Cómo que te vas? ¿Adónde? ¿Y por qué?

El domador alzó los hombros con fatalismo y giró la boina de paño entre los dedos.

—Así hái de ser, patrón.

—Pero ¿por qué, hombre? ¿Acaso no ganas buena plata conmigo? ¿No he sido buen patrón?

—El mejor, don.

—¿Y entonces?

—Es que he de irme, nomás. No es por usted, es que así son las cosas.

—Llama a Rufino que quiero hablarle, y ven con él a mi despacho.

Armando se frotó la nuca, agobiado, mientras el peón salía con aire mustio, todavía manoseando la boina. Había dedicado su vida a la hacienda, incluso pagando el precio de descuidar a su familia. Aunque nunca les hizo faltar nada, sabía que estaba en deuda con su esposa, que reclamaba su compañía en la vida social a la que las mujeres eran tan afectas. El Duraznillo estaba lejos de ser la estancia más poderosa en la región, a pesar de su considerable tamaño. El mismo Silverio Salas duplicaba la hacienda de los Zaldívar. Sin embargo, la de don Armando poseía algo que las otras no tenían: la mirada del patrón. La mayoría de los estancieros del sur de Buenos Aires dejaban sus tierras a cargo de un administrador y vivían en la ciudad casi todo el año, cuando no viajaban a Europa. Algunos jamás se habían embarrado las botas. Armando se proponía mejorar la raza, por eso invertía en gastos de reproducción más que en agrandar los rebaños. Su intención era aumentar el prestigio de su hacienda. Era una de las razones que lo motivaban a empujar a Julián al círculo de la sociedad porteña, donde entablaría relación con cabañeros ingleses o norteamericanos, que hacían su negocio vendiendo animales ya mejorados en sus tierras. La venta del cuero y el sebo no lo era todo, Armando poseía una visión de futuro. La Sociedad Rural velaba por los intereses de los productores del país, y eso significaba propiciar encuentros favorables para los nuevos negocios, los que marcarían la diferencia con la sociedad colonial, estancada en el pastoreo. La otra razón, secreta, para alejar a Julián de El Duraznillo, era procurarle la liberación de su mal recuerdo, el que había dejado en su mente el cautiverio entre los indios. A pesar de no sacar el tema, don Armando no dejaba de pensar en eso ni un solo día. Le laceraba el corazón verlo como un potro manco, privado de corcovear. Parte de la juventud del hijo se había marchitado ese día en que los pampas se lo llevaron. Todavía podía dar gracias a la Virgen de haberlo recuperado, pues solo las mujeres se

salvaban del degüello en los malones, y eso porque les esperaba un infierno peor, el de ser cautivas de un cacique o sirvientas de las indias del aduar.

Al igual que lo había hecho el hijo días atrás, Armando dirigió su mirada hacia donde se había asentado la tribu de Quiñihual. Ya no quedaban vestigios de aquella toldería. Al morir su cacique a manos de Calfucurá, las familias se habían perdido en la profundidad de la pampa, huyendo del avance civilizador que las diezmaba.

Él podía entenderlo, sobre todo después de haber conocido a...

—Patrón.

Rufino aguardaba con respeto a que don Armando le diese indicaciones. Unos pasos atrás, Dalmacio continuaba con su aire compungido, aunque empecinado en su decisión.

—¿Me llamó, señor?

—Pasa.

Rufino se quitó el sombrero y avanzó sobre el rayo de sol en el piso brillantado por el querosén con que Chela lo frotaba a diario.

—Diga, patrón.

—¿Qué sabías de la decisión de Dalmacio, Rufino? Quiere irse y no veo motivos. El capataz se mantuvo inmutable ante la mirada escrutadora de don Armando.

—Motivos no le faltan a un mozo pretencioso.

El mencionado conservaba la vista baja y callaba.

—¿Entonces es puro capricho?

—Ganas de conocer otros pagos, y ver si se hace rico *redemente*. Ya le he dicho que no espere milagros en la ciudad, que no hay sitio pa' todos, pero así es la juventud, patrón, no escuchan a los mayores, quieren hacer su vida.

Don Armando asintió, comprensivo. Sabía de las rebeldías juveniles, él mismo había desafiado a su padre varias veces. Y acababa de tener un enfrentamiento con su propio hijo, tan bueno como siempre había sido, por cuestiones políticas.

—¿Y adónde irías?

El aludido levantó los ojos y con firmeza respondió:

—A conchabarme en las carreras, don. Dicen que necesitan jinetes.

—Pa' domar potros —añadió Rufino—. Saben lo que es bueno.

—¿Y quién te contrata?

Dalmacio se alzó de hombros y de nuevo el capataz acudió en su ayuda, explicando a su modo:

—Naidés, patrón, el Dalmacio va a presentarse, nomás, a ver qué hay. Pero tiene por seguro que necesitan domadores, porque allá es muy del gusto de los porteños la carrera de pingos.

—A la aventura, entonces —y mientras lo decía, Armando sacó de la gaveta de su escritorio un fajo de billetes y una chequera.

Dalmacio contemplaba todo con ojos desmesurados. Cuando el patrón extendió ante él su paga, no atinó a aceptarla.

—Vamos, hombre, lo hecho tiene su precio. Me serviste bien todos estos años, no voy a echarte. Y si algún día quieres volver, las puertas del corral estarán abiertas.

Rufino miraba a Dalmacio como diciendo: «A ver si en la ciudad encontrás gente como el patrón Zaldívar».

Después de mascullar palabras confusas, Dalmacio se calzó la boina y salió presuroso a preparar su avío para marchar a Buenos Aires con destino incierto, feliz de ver las luces de las que tanto había oído hablar.

Armando quedó a solas con su pensamiento, que comenzó a tomar otros derroteros.

Gente que desertaba siempre hubo en la hacienda, pues era común entre el paisanaje rumbear hacia otras estancias, más por impulso de cambiar que por descontento. Estaba en su idiosincrasia, por eso Armando no reconvino al joven domador ni a su capataz; sabía que no era culpa de ninguno sino de la estrella del gaucho, que cada vez brillaba menos en el firmamento debido a los cambios en la política del gobierno, que alentaba a los colonos y desconfiaba de los criollos que medraban campo adentro. Ser gaucho había pasado a ser señal de desconfianza, y en trance de elegir a su personal, los hacendados solían preferir a los gringos, que no padecían ese ansia de nomadismo ni sufrían las levas obligadas para formar parte de la guardia nacional.

Dedicó un último pensamiento a Dalmacio y a su suerte, y su mente se orientó hacia lo ocurrido años antes, cuando albergó a la tribu de Quiñihual, dejando que su gente levantara sus toldos y que sus vacas pastaran en tierras de El Duraznillo.

La mujer se detuvo en los confines del campamento y miró hacia atrás una sola vez, a modo de despedida. Envuelta en el poncho pampa que le cubría la espléndida cabellera, orgullo de su esposo, se acercó con sigilo al corral donde pastaban los caballos robados al ejército. Sus ojos sagaces eligieron una yegua veloz y otra mansa de remonta. Luego pasó entre los palos a pique y echó el recado sobre el lomo de la primera.

—*Marí marí* —la saludó entre susurros, antes de montarla con agilidad.

La yegua se sobresaltó, hasta que al reconocer la pericia de la amazona cambió su alarma por un corcoveo, gustosa de salir al trote largo.

Soplaba un viento frío que aplastaba los cardales y ahogaba en su aullido los relinchos de los demás caballos. Encubierta por esos ruidos naturales y empujada por su propia audacia, capaz de violar las reglas del aduar donde vivía, la mujer saltó por sobre la valla de troncos y galopó hacia el sudeste con el pecho inclinado sobre el cuello de la yegua, ofreciendo el menor de los blancos, por si algún centinela disparaba al bulto.

Ya no regresaría nunca a las tolderías.

La región de Salinas Grandes, antiguo dominio del Gran Calfucurá, había sido siempre un reducto codiciado, tanto por blancos como por indios. Y si bien su importancia comercial como proveedora de sal había ido mermando con el correr del tiempo, aún era un sitio mítico, pues marcaba la frontera caliente entre la civilización y la barbarie, la línea maldita que el ministro Alsina quería trasponer, una vez que pusiese las poblaciones a resguardo de los malones. «Más allá del Río Negro y del Neuquén», rezaba la nueva consigna, ya que la avanzada colonizadora ocupaba gran parte del territorio que el jefe salinero gobernó con mano de hierro y astucia de zorro.

Lagunas y pastizales vieron pasar al jinete embozado, montando a la manera india, con las piernas recogidas, mientras una luz dorada lo envolvía al disiparse la niebla del amanecer. Atrás quedó el brillo blanquecino de la laguna de sal entre los médanos, así como las primeras señales de movimiento en la gran toldería. Aunque el viejo Calfucurá había sido derrotado en San Carlos y su espíritu ya moraba en la *huenu mapu*, su heredero Namuncurá mantenía en alto su lema: «No abandonar Carhué al huinca».

La mujer que huía era hija de un gran cacique y de una cautiva. Su altivez se mezclaba con la suavidad de su rostro de grandes ojos, una combinación exquisita. Se consideraba a sí misma una guerrera, y como tal había vivido en el aduar de Calfucurá, donde un capitanejo la desposó, prendado de su cabello lustroso y sus labios sensuales. Ella nunca quiso ser esposa, jamás deseó ocuparse de los menesteres domésticos que despreciaba. Sabía usar las armas como cualquier hombre y detestaba al blanco como el más bravo de los indios. Tuvo que aceptar la imposición del jefe salinero, sin embargo, que no admitía negativas a sus deseos y la entregó como premio al más valiente de sus lanceros. A pesar de sus ínfulas y de su coraje, se vio obligada a convertirse en la mujer de otro. Barrió el piso de la tienda con ramas, encendió fuegos y secó las pieles que formarían su toldo. Y por las noches se tendió bajo el cuerpo sudoroso de su lancero, que la amaba con pasión y no deseaba otra esposa que aquella mestiza de ojos tristes.

Y es que la tristeza apagaba el alma de Pulquitún.

La indómita joven que se alejó rencorosa de su padre, despreciándolo por abrazar la pacificación, la hija guerrera que huyó hacia los toldos para vengar la sangre derramada por el huinca entre su pueblo, sentía en sus venas un profundo dolor: Quiñihual había muerto de un lanzazo durante el último gran malón. Y la mano asesina fue la del propio Calfucurá. Pulquitún casi murió de angustia el día que lo supo, y quiso ver con sus ojos el lugar donde el bravo Quiñihual, el que en otros tiempos asoló la pampa con sus huestes, cayó para siempre sobre el suelo amado, la patria del indio. De rodillas sobre las piedras del desierto, lloró hasta que sus lágrimas se secaron, hasta que el corazón se le marchitó en el pecho. Allí la había encontrado aquel hombre. Sin saber quién era, permitió que la llevase a su casa, le brindase cobijo y confortase su espíritu. Ese hombre desmentía la idea que Pulquitún tenía del huinca: era atento y no mostraba repugnancia por su raza, al contrario. Él mismo le

habló de su padre, el gran Quiñihual, le dijo que siempre se recordaría su estampa de bravo en la historia de las luchas en la frontera. Ella bebía de sus palabras como de una vertiente fresca, con avidez. Y un día, después de haber compartido muchos silencios y varias lunas, cayeron uno en brazos del otro, sorprendidos de ese arrebató que los dejó exhaustos y anhelantes. Pulquitún se aficionó a las caricias del huinca, las buscaba y las devolvía con creces, se permitió soñar con una vida aislada en ese rincón de la sierra, sin otro propósito que amar y ser amada.

Hasta que llegó la fatal noticia que decidió su partida.

La mañana en que avistó el carruaje del que la mujer blanca descendió con sus baúles y su séquito, Pulquitún experimentó el mismo dolor que debió de sentir Quiñihual cuando la lanza horadó su pecho. Se ocultó entre los matorrales hasta que anocheció, y entonces, desgarrada por el despecho y la venganza, robó un caballo del corral y huyó de nuevo hacia las salinas de donde jamás debió haber salido. La muerte de Calfucurá hizo menos penosa su vida en la toldería, ya que le resultaba difícil ver a diario el rostro del asesino de su padre. El sucesor del cacicazgo, Namuncurá, nada tenía que ver con eso, de modo que ella pudo retomar su vida junto al esposo que le había elegido el jefe salinero. El fiel Paillan, ignorante del encuentro de su mujer con el huinca, le perdonó su prolongada ausencia creyendo que la tristeza por la muerte del padre era la causa. Pulquitún sentía cariño por Paillan, aunque su cuerpo no vibraba con sus caricias ni su espíritu se colmaba de dicha cuando yacían juntos. Como si se tratara de una maldición de los dioses, la rebelde hija guerrera se había enamorado de un hombre blanco, el enemigo de su gente. Y hacia él galopaba en esos momentos, dejando atrás su pasado indio, su estirpe orgullosa, y al paciente esposo.

Sin saber si aquel hombre bueno se acordaría aún de ella.

Al regresar de su corta incursión, Violeta advirtió en Manu Iriarte un empecinamiento propio de su carácter.

—¿Qué tienes, Manu, qué te aflige?

—Voy a quedarme acá, hasta que pase la noche.

—¡Si es pleno día!

—Hasta que pase la noche —insistió el joven.

—¿Y por qué, puede saberse? —lo azuzó ella, cruzándose de brazos—. Si te ve el tendero, te echará de tu trabajo.

Manu se alzó de hombros con indiferencia. El trabajo de dependiente era solo una excusa para permanecer en la ciudad cuidando de Violeta, poco le importaba hacer méritos en él.

—O Lucerito puede sacarte a escobazos.

Esa idea arrancó a Manu una sonrisa taimada. Aquella asturiana se la tenía jurada, no veía con buenos ojos que un muchacho de su tamaño visitase a su inquilina,

aunque más no fuese en el umbral, ya que Manu jamás había subido al cuarto de Violeta.

Esta se largó a reír ante la imagen de la mujer menuda, armada con una escoba, corriendo a semejante hombretón.

—Está bien, sabrás cómo arreglártelas. Insisto en que no hay necesidad. ¿O sí?

A pesar de su edad y de su vida provinciana, Violeta no ignoraba ciertas cosas. En su infancia, mientras su madre vivía prisionera de los paraguayos y su tío luchaba en la guerra, habían cuidado de ella las mujeres de La Loba Roja, un lupanar de la ribera. Fueron amables, la mimaron y la protegieron de las miradas de los hombres que las frecuentaban. Violeta las recordaba con cariño, en especial a la chuequita Lily, que la adoptó como si fuese su hija. Por eso comprendía bien a las mujeres que se dedicaban al oficio, sabía que algunas caían en las redes de hombres que lucraban con sus cuerpos mientras que otras elegían la profesión por voluntad propia y vivían amparadas por una madama. En La Loba Roja estaba representada esta última categoría. Por sobre todo, no sentía por las putas ninguna aversión, ni se escandalizaba de la vida que llevaban. Una madurez fuera de edad, que la acompañaba desde siempre, le permitía ver los sucesos bajo una luz distinta a la del común de la gente. Su natural impetuoso, y el deseo justiciero que latía en sus venas, la llevaban por senderos que orillaban el peligro, como ese día en que decidió visitar la Casa del Ciruelo para comprobar si el hombre de sino trágico habitaba en ella. Pensó que sería mejor no anotar a Dalila, que se hacía cruces por cualquier cosa, y recurrió a su guardián silencioso.

La efigie de Manu Iriarte imponía respeto: los mismos ojos oblicuos y oscuros de su padre vasco, idénticos pómulos afilados, y una complexión robusta que acompañaba su altura fuera de lo común. Manu había compartido juegos y aventuras en los esteros correntinos cuando Violeta era apenas una niña, y durante ese tiempo desarrolló hacia ella una fidelidad y un cariño a toda prueba. Esa idolatría inquietaba a Dalila, que no entendía de ese modo las relaciones entre los hombres y las mujeres, si bien conocía la estirpe de los Iriarte por haber convivido con ellos en El Aguapé. Hombres de cepa dura, capaces de las hazañas más inverosímiles. Manu, a diferencia de su padre, era tímido en exceso, incluso huraño, se decía que debido a unas fiebres que de pequeño lo habían afectado, debilitando su mente. Solo Violeta parecía no advertir esa tara en su amigo, lo trataba como a un igual, y a ese trato respondía Manu con devoción.

—Ten cuidado cuando salga esta tarde de visitas, no vayas a toparte otra vez con Celina Bunge, que se asusta al verte.

El muchacho asintió y fue a sentarse a unos metros del umbral, sobre un banco de piedra que adornaba el frente de una casa de grandes arcos al estilo italiano, tan en boga.

Violeta lo despidió con un revoloteo de mano y desapareció. Manu sacó su cuchillo y comenzó a dar forma a una rama que había recogido días atrás durante un

paseo por la alameda. Le gustaba esa manera de matar el tiempo, le permitía concentrarse en algo y sentir que su espíritu viajaba hacia otra parte. Olvidaba la existencia solitaria en los esteros, la indiferencia de su padre y los cuchicheos de los peones y las sirvientas, que murmuraban acerca de su madre, a la que nunca conoció. El universo femenino se reducía a Violeta Garmendia; por ella vivía, estaba a su servicio y le evitaría todo mal. Nadie le haría daño jamás, pues Manu Iriarte lo enviaría al infierno antes de que pudiese saber qué había sucedido.

—¡Eh, muchacho!

Un hombre de aspecto atildado se le acercó con familiaridad. Llevaba un saco de doble abotonadura y un pañuelo al cuello, al estilo gaucho. También botas que asomaban bajo los pantalones de paño. Manu jamás lo había visto, pues de otro modo recordaría su cabellera oscura peinada con aceite de Macasar, su bigote fino y su expresión astuta.

—Despuntando el vicio, ¿eh? —agregó, señalando el gran cuchillo en manos del joven.

Manu limpió el filo en la botamanga y guardó el arma en su cinto sin decir nada. Al desconocido pareció gustarle el gesto, pues siguió:

—Hombre prevenido vale por dos —y con estudiado disimulo, abrió el saco para mostrar su pistolón, sujeto a la cintura por un tirador de cuero.

El joven Iriarte se levantó despacio de su asiento. No sabía con quién tenía que vérselas y desconfiaba de todos.

—Tranquilo. Somos de la misma cepa. ¿Te interesaría un trabajo?

—Tengo trabajo.

—Uno de veras. Andamos necesitados de hombres de fiar como vos. Para la política, ¿sabés? En estos tiempos hay que cuidarse las espaldas, y con tanto sainete, no se sabe quién es quién.

Manu entendía poco lo que hablaba el sujeto, y la prudencia le aconsejó dejarlo decir todo lo que quisiera.

—Sos de pocas palabras, mejor así. Lo que cuenta son los actos, sobre todo si vienen justo a tiempo. En el partido hacen falta hombres que sepan manejar el facón o el trabuco, si cuadra. Se paga bien, se vive en buena compañía y no solo masculina —el sujeto le guiñó un ojo—. Mañana hay reunión de comité. Te espero en esta dirección.

Manu contempló el papel que le tendían y ante su mutismo, el hombre se echó a reír.

—¡Qué pavo! Olvidé decirte mi nombre. Soy Aníbal Barceló, alias «el Sapo» —y rio de nuevo, divertido de su propio apodo—. Buscame.

Le extendió una mano morena que Manu apretó con fuerza, midiendo la sinceridad del otro, que se tocó el ala del sombrero con ligereza, casi como en un desafío.

Aquel sujeto le proponía algo que el joven entendía solo a medias, si bien captaba la intención de acollararlo a alguna empresa. Su padre solía embarcarse en cruzadas así, él había escuchado en su casa muchas conversaciones complicadas en las que el hacendado jugaba un papel crucial. Visitantes de rostros adustos y aspecto opulento habían cenado y dormido en El Aguapé en tiempos de guerra, y Rete Iriarte desplegaba ante ellos un implacable juego de estrategia en el que siempre resultaba ganador. Manu admiraba esa cualidad de su padre. Entre permanecer tras el mostrador del tendero o intentar seguir los pasos de su progenitor, a Manu le resultó más atractiva la última alternativa, si bien su natural desconfianza le imponía averiguar primero de qué se trataba. Contempló la figura del Sapo, que marchaba rumbo a la esquina contoneándose, y tuvo la sensación de que ese trabajo, fuera el que fuese, le brindaría seguridad. Tal vez le permitiera proteger mejor a Violeta. Esa idea lo atrapó.

El encuentro no había sido casual. El Sapo venía siguiendo los pasos de aquella pareja singular, pues había reparado en el modo en que el mozo conservaba su mano cerca del cinto, en la agudeza que le permitió apercebirse de su presencia aun a la distancia, y sobre todo en la modestia de su actitud. Era el hombre que el partido precisaba, capaz de dar un golpe certero sin llamar la atención de nadie. En cuanto a la mujer, el Sapo pensó que se trataría de alguna modistilla fácil de comprar. Si bien se alojaba en una pensión decente, era cuestión de tiempo que cayese bajo la tentación del dinero fácil.



CAPÍTULO 9

La mañana en que se celebraría la asamblea de los hacendados, Julián se dirigió en primer lugar al Juzgado de Paz para solicitar una inspección, pues no olvidaba la promesa hecha a la beldad de los ojos violetas. Era un día fresco y soleado, y se dispuso a gozar de la soltura que su pierna mala poseía por las mañanas luego de un buen descanso. La calle Florida se veía ajetreada a esas horas en que los comerciantes abrían sus ventas y los tambos que jalonaban las esquinas despachaban su producto a los transeúntes, en medio del bochinche de los tarros y la vocinglería de los mocitos, en su mayoría italianos o vascos.

Lo recibió un escribiente, acodado tras un mostrador cubierto por una maraña de papeles en cuyos márgenes trazaba anotaciones con dificultad. El recinto olía a tinta y a cuero, y se colmaba con el ronroneo de las conversaciones y el ruido del tipógrafo.

El hombre se ajustó los lentes para ver mejor el rostro del que se acercaba.

—¿Señor?

—Busco al doctor Gómez Alcalá.

En sus tiempos de estudiante, Julián había hecho su aprendizaje en el estudio de aquella familia de juristas.

—Imposible. El doctor salió en pos de unas diligencias.

—¿Dijo cuándo volvería?

El secretario se frotó el puente de la nariz y se encogió de hombros. Aquella pila de escritos se estaba cobrando su precio en el hombre corto de vista.

—Dígale que vino a verlo Julián Zaldívar y Durand, y que apreciaría que se diese una vuelta por el taller de costura de Florida al setenta y siete. Modas Viviani es el sitio donde funciona. Es un pálpito, nada más, pero me sentiría más tranquilo si el doctor comprobase que todo está en orden.

—¿Dijo ser...?

—Julián Zaldívar y Durand. Mi padre y él son viejos amigos —y le dio su tarjeta, para confirmar el apellido que le aseguraría la eficiencia del empleado. De otro modo, podía esperar que su visita se diluyese en la parafernalia de trámites. Conocía mejor que nadie el flagelo de la burocracia y la indolencia de los dependientes del Juzgado.

—¿Una casa de modas, dice?

El tono del empleado cambió de repente, y su boca se torció en una mueca burlona.

—Ha de ser otra de las casas non sanctas que crecen como hierba mala en estos días.

Si esperaba que Julián compartiese su ironía, no lo logró. Zaldívar se mantuvo serio, lo que provocó un carraspeo y una aclaración del dependiente.

—Usted sabe, con tanta gringuita de buen ver, y tantos inescrupulosos... el puerto está lleno. Porque no vaya a creer que todos estos pasajeros que están llegando tienen

donde caerse muertos, muchos deambulan sin destino hasta que dan con alguien que los contrata. Y el caso de las mujeres es más delicado. Con decirle que algunas empleadas de tiendas acuden a esas casas de citas porque su sueldo es escaso... imagínese. Y siempre hay hombres que acechan la necesidad.

Julián tenía en su propia casa un ejemplo de desventura. Por eso endureció la mandíbula y respondió con frialdad:

—Limítese a transmitir mi pedido al doctor, que él sabrá cómo proceder.

Dejó al escribiente con cara de pocos amigos, y salió a la vereda con un humor de los mil demonios. La pierna comenzó a dolerle, tal vez por la tensión.

Dirigió sus pasos hacia los altos de la calle Perú donde se imprimían los anales que publicaba cada mes la asociación de hacendados y agricultores, un edificio alquilado y sostenido por los miembros de la Sociedad Rural, que por iniciativa de Eduardo Olivera y desde hacía diez años procuraba liderar y modernizar la explotación agropecuaria del país. Julián sabía, al igual que su padre, que era menester romper con la reticencia propia de la gente a asociarse. Los antecedentes, ya desde la época de Rivadavia, habían fracasado, por eso aquellas reuniones constituían un gran logro. El otro mérito, a juicio de Julián, residía en haber promovido una suscripción entre los socios de obras útiles en agricultura, a fin de fundar la biblioteca. Don Armando lo había informado de ese y otros sucesos a lo largo de sus cartas.

Algunos miembros de la sociedad habían hecho su fortuna en tiempos de Rosas, acumulando tierras, vacas y peones; otros eran extranjeros de cierto capital que, al comprender cuál era la fuente de riqueza en el Plata, optaron por la cría de ganado, contribuyendo a la mejora de la raza. Unos y otros bregaban por que se acabase con el mayor flagelo: el cuatreroismo en la campaña. De eso se hablaba, en un aparte, cuando Julián traspuso el umbral del salón de las asambleas.

—No son solo los indios —decía uno en acalorada discusión—, hay bandoleros prendidos en el contrabando de reses, a pesar de las marcas.

—Las del sudoeste son las tierras más castigadas, como se acercan a la frontera...

—Cortar por lo sano —apuntaba otro con rotundidad— y enviarlos a galeras de por vida.

—¡Doctor Zaldívar! Bienvenido a nuestra pequeña corporación.

Julián fue recibido entre apretones de manos y palmadas afectuosas. Varios de esos hombres apreciaban a su padre y lo conocían a él desde sus tiempos de muchacho despreocupado en El Duraznillo.

—Es bueno que una su voz a la nuestra, amigo Zaldívar —le dijo con tono aprobatorio un descendiente de los Terrero—. Somos pocos, pero nuestra actividad es la que mueve la economía del país, de modo que es imprescindible que nos escuchen. Y se necesita gente como usted, capaz de alternar con lo más granado.

Un hombre de Chascomús, que en su juventud había participado de la revolución de los Libres del Sud contra Rosas, manifestó también su apoyo:

—Hoy somos una sola voluntad en pos del mayor desarrollo del país, doctor, y nos urge esta cuestión del desierto, que por fin las tierras puedan labrarse en paz, para que los colonos las pueblen sin desconfianza. El ministro Alsina es toda una promesa en ese sentido.

—Una promesa que nos costará bastante cara, y sin certeza sobre los resultados —objetó un hacendado de Maipú, recordándole a Julián el encargo de su padre.

—Algo habrá que hacer para salir de este atolladero en que nos dejó la guerra, entre otros males.

Él no deseaba pronunciarse sin haber escuchado la propuesta del gobierno, y así lo hizo saber a aquellos hombres.

—La prudencia siempre ha sido buena consejera —aprobó Rosendo Madariaga, el de Chascomús— pero cuando las papas queman, es preciso arriesgar el pellejo a veces. Y el nuestro está bastante curtido —y lo sabía mejor que otros, ya que se había salvado del degüello que ordenó Rosas contra los levantiscos.

De algún modo, aquel debate comenzó a espolear el interés de Julián. Él, que había regresado con el propósito de recluírse en El Duraznillo para lamerse las heridas, de pronto se sintió movido por un impulso joven y enérgico, capaz de lograr ciertas cosas en el país que lo recibía con los brazos abiertos como a un hijo pródigo.

—Mi amigo —escuchó decir a su derecha, y se encontró frente a Marcelino Carrasco Martínez, sobrino de don José Martínez de Hoz, presidente de aquella sociedad en sus primeros tiempos. Había sido muy afín a Julián en las épocas del Colegio Nacional.

—Tanto tiempo —siguió diciendo Marcelino con verdadero afecto, al que Julián correspondió con cerrado apretón de manos.

Ambos jóvenes se aislaron de la contienda para disfrutar de sus mutuos recuerdos.

—¿Qué es de tu vida? Sé que estuviste viajando por el mundo.

—Casi cuatro años, pero el terruño tira más fuerte, así que volví.

—¿En dónde paras? No te he visto en casa de tus padres.

—Por ahora me alojo por mi cuenta, hasta que me amolde al ritmo de mi madre, que no ceja en su intento de buscarme prometida —bromeó Julián.

—Vamos quedando pocos, entonces, los que resistimos el embate de la familia. Yo me voy salvando, aunque no puedo asegurar que por mucho tiempo. Es que la tentación no falta, viejo, hay tantas buenas mozas rondando...

—Será cuestión de aunar fuerzas, entonces.

Rieron, y ocuparon un sillón junto al bar de roble en el que otros aguardaban el momento de la asamblea, degustando licores.

—Hay rumores —comentó con delicadeza no exenta de ironía Marcelino— de que te tienen reservada una rica heredera.

—¿Con que esas tenemos? Y yo sin saber nada...

—Una de las Lezica, ya que estamos de confianza.

Julián recordó la insistencia de su madre para que asistiese al té del jueves y una punzada de disgusto lo acometió.

—¿Y será, acaso, un esperpento? —dijo en son de chanza.

Marcelino abrió grandes sus ojos castaños.

—¡Qué va! Es de las solteras más codiciadas. Bonita y educada, discreta como debe serlo una dama, y dueña de una importante dote. No es que eso te interese, claro está, pero no daña lo que abunda.

—Depende. En estos días, estoy más interesado en buscar un sitio donde instalarme y ejercer —mintió.

—Eso es lo malo de las niñas bien, que hay que conformarse con cortejarlas y mientras, desahogarse con las otras.

La imagen de Pétalo, educada para el desahogo de los hombres, causó un asomo de contrariedad en Julián. Marcelino no tenía por qué conocer el derrotero de sus pensamientos, de modo que prosiguió:

—Por eso te recomiendo un sitio que acabamos de descubrir con los muchachos, uno donde nadie sospecharía que hubiese mujeres livianas.

Aquello despertó la sospecha de Julián.

—No hace mucho que se instaló en la ciudad, y está ubicado en un lugar tan céntrico, que nadie imagina que es una casa de citas camuflada.

Antes de que las palabras saliesen de boca de su amigo, creyó que se trataría de Modas Viviani. El recuerdo de la jovencita que con tanta convicción le había señalado al supuesto proxeneta lo mantenía alerta, así que, al escuchar otro nombre y otra dirección, no pudo evitar el alivio.

—¿Y todas las muchachas de ese sitio son prostitutas? —atinó a decir.

—Claro que no, solo las que acceden o las que necesitan, pobres...

En su varonil condescendencia, Marcelino disculpaba la caída de las mujeres como si fuese un tropezón en el que nada tenían que ver los hombres. Julián recibió los datos del lugar con aparente interés y luego conversaron de temas banales, en los que abundaba la referencia a la suerte corrida por los antiguos compañeros de estudio.

La asamblea se organizó en torno a una gran mesa de directorio, contigua al gabinete de lectura. En su cabecera, un hombre corpulento, de bigote y barba que en otros tiempos hubiérase llamado *unitaria*, presidía la reunión. A su izquierda se destacaba un joven de buena estampa y ceño decidido.

—Ahí está Emilio Frers —apuntó Marcelino al oído de Julián—. De seguro propondrá de nuevo sembrar pasturas de alfalfa para asegurarnos el invierno y los tiempos de seca. Nos tiene locos con eso.

Julián sopesó en su mente la idea y no le pareció mala, si bien ignoraba las ventajas de la alfalfa en particular. Se imaginó a su padre acordando en todo con aquel hombre.

Los socios procedieron a escuchar los temas del día, escritos en unas cedulillas que un secretario extrajo del buzón destinado a recoger propuestas. Marcelino continuaba asesorando a Julián sobre las prácticas en uso:

—El sistema del buzón es bueno porque es anónimo, y así cualquiera se anima a sugerir un tema de debate, sin importarle lo que digan.

—¿Y funciona?

—Vas a ver que algunos hacen caso omiso y quieren tratar asuntos que no se echaron en el buzón.

Tal como Marcelino auguró, hubo socios que cuestionaron algunas demoras y omisiones, a lo que el presidente adujo:

—Sugiero que este y otros importantes temas sean colocados en el buzón, como se dispuso en el reglamento, de manera que se traten ordenadamente.

Las voces discordantes se fueron acallando y la asamblea pudo desenvolverse con normalidad. Las cuestiones más acuciantes, y sobre las que el gobierno de la Provincia consultaba, eran el embargo de cueros sin señales en Tandil, la construcción de un corral para abasto en Buenos Aires o el reconocimiento de un camino vecinal en Pergamino, pero la Comisión Directiva proponía a su vez dirigir al gobierno de la Nación y de la Provincia un reclamo sobre el alza de los precios de carga en el Ferrocarril del Sud, y la dificultad de las autoridades de campaña para poner en práctica el Código Rural. Por otra parte, las levas forzosas privaban al productor de sus animales, así que se había conformado una comisión especial para recolectar caballos por suscripción, a fin de ayudar a la Nación sin esquilmar al hacendado. Los socios reclamaban también impulso a las futuras exposiciones, tomando en cuenta el éxito de la primera el año anterior. Hubo ciertos clamores en aras de la reducción de los aranceles de exportación.

—No puede ser que el gobierno compense su déficit solo a costa del productor —dijo uno.

—Habría que solicitar del Congreso la supresión del gravamen, por lo menos en estos tiempos.

—Y que no se nos aumente la cuota de entrada, que obrará en contra de los propósitos de nuestra sociedad, el aumento de socios.

—Señores, se acordó que la cuota es para cimentar un capital que nos permita invertir y crecer como sociedad.

Las palabras del presidente generaron un murmullo, tanto de aprobación como de crítica, según los casos. Julián observó que en el debate se diferenciaba claramente el espíritu de los criollos, acostumbrados a dejar que el pastoreo se desarrollase con libertad y poca intervención, y el de los extranjeros proclives a variar la producción, alternando con el cultivo del suelo y buscando nuevas formas de enriquecerlo. Tomó nota de la propuesta de un hombre de Baradero, que veía en la cría de ovejas, bastante limitada hasta el momento, la garantía de una tierra feraz.

—Los que tuvimos ovejas sabemos que no hay mejor tratamiento del suelo que el pastoreo previo al cultivo —aseguró—. Antes del surco, que vengan los animales a pacer.

Julián adivinó el interés que esa aserción podría despertar en don Armando. Su padre aunaba el modo tradicional de crianza con la curiosidad propia del gringo.

Recién al cabo de un buen rato se leyó un tema relacionado con la idea de Alsina.

—La frontera es un asunto pendiente y todos debemos colaborar, pues somos los más perjudicados.

La mayoría se mostró de acuerdo, y Julián estaba a punto de convencerse del error de su padre cuando se elevó la voz ya conocida de Silverio Salas.

—Hasta cuándo, señores. Es un tema del gobierno, demasiado para nosotros, simples criadores. Propongo que se posponga, como se ha hecho con otros asuntos.

Algunos apoyaron la moción, sin duda porque los proveedores los estarían persiguiendo con sus cobranzas y no tendrían acopio de bienes para salir adelante si seguían endeudándose. Sin embargo no era el caso de Salas, y Julián se extrañó de la insistencia del hombre sobre ese punto.

—No nos dejemos embaucar con falsas promesas —siguió diciendo, enfervorizado por la aprobación de los más cercanos a su sitial—. Al ministro le interesa apuntarse un tanto en su carrera política, aun a expensas de los ciudadanos.

Tal referencia al caudillo idolatrado por los porteños generó hondo descontento, y el malestar se extendió como una oleada.

—No le permito, señor Salas, ofender la honestidad de un hombre como Adolfo Alsina. Dígnese rectificar su opinión.

Hasta un mitrista reconocido, como Emilio Frers, encontró excesiva la acusación de Salas, y el hacendado debió retroceder en su ataque.

—Puede que lo haga por impulso juvenil —aceptó a regañadientes—, lo que no le quita lo alocado a la empresa.

—Señores —se escuchó decir al presidente por encima de las protestas—. Es también parte del estatuto de nuestra sociedad que nos limitemos a tratar asuntos agropecuarios sin inmiscuirnos en temas políticos. Y aunque resulte difícil en algunas circunstancias, debemos atenernos a ello.

Poco a poco la calma se impuso, sobre todo cuando sobre el tapete se echó la propuesta de comprar una mesa de billar y otra de ajedrez para la institución. Esas cuestiones, más frívolas aunque no menos importantes para los socios, aflojaron la tensión creada.

Julián se retiró del salón con una sensación incómoda y casi sin darse cuenta se despidió de Marcelino con el compromiso de encontrarse una noche de parranda. La corriente subterránea que había aflorado durante la sesión demostraba el encono entre mitristas y autonomistas y eso le preocupaba, dado que él debía introducirse en el círculo de los partidarios de Mitre, cuando en realidad lo estaba cautivando la personalidad de Alsina. El ministro era además hombre de Avellaneda, de manera

que apoyarlo equivalía a ponerle el hombro al país en esos momentos. El disgusto que su decisión provocaría en su padre lo afligía.

Sacó del bolsillo del chaleco su reloj de oro de leontina, y decidió que visitaría a su madre antes de dirigirse a su casa. Tomó la calle del Buen Orden y trató de recuperar el humor despreocupado con el que había salido aquella mañana. Aminoró el paso y aspiró con deleite el perfume de los yuyales. Era un aroma silvestre que le recordaba los días de la infancia, cuando nada se interponía entre él y sus sueños, cuando no había vivido la frustración de sus amores ni había sido torturado en las tolдерías.

Esa placidez desapareció en un instante al ver el rostro abotagado de su madre, que lo recibió con el peinado deshecho y el semblante descompuesto.

—Esa huérfana —le espetó sin preámbulos— estuvo a punto de matarme.

Sobresaltado, Julián miró hacia donde Evelyn aguardaba vigilante, las manos juntas sobre el regazo y la expresión contenida, no supo él si de disgusto o satisfacción.

—¿Qué ha sucedido?

—Esto —y doña Inés señaló hacia un rincón de la sala, donde se veía una caja detrás de la cortina.

Antes de que Julián llegase a atisbar en su interior, lo recibió un maullido lastimero.

—¿Cómo se atrevió? —exclamó su madre al borde de la histeria—. Tan luego a mí, que sufro de alergias... —y para afirmar lo dicho, estornudó sobre el eterno pañuelito.

Bien pronto reconoció Julián al gato desahuciado que él salvó de las patas de Céfiro, el malhadado Fígaro al que Brunilda recibió como un regalo del cielo y que con tanto esmero cuidaba desde entonces. ¿Qué hacía allí? Como un chispazo, se le reveló el misterio: en aquel bolso de lona que la joven aferraba y que no había querido dejar en el techo de la volanta, sin duda viajaba el gato. También él se asombró de la audacia de la muchacha, y se preguntó si no cometía un error al tomarla por una joven desvalida.

—No lo creí posible hasta que Evelyn me advirtió que sucedía algo extraño en el cuarto, que la comida de la bandeja desaparecía antes de que la chica pudiese tragarla. Así se me paga la dedicación, con la moneda de la ingratitud. Pude haber muerto. Por fortuna, tengo siempre mis sales a mano. Noche tras noche desvelada, sufriendo de ronchas, de estornudos y de picazón por todo el cuerpo. ¡Y todo por un miserable animal traído de quién sabe dónde, con qué enfermedades contagiosas!

—Madre, no creo que Fígaro esté enfermo, solo escuálido, porque ha pasado hambre.

Doña Inés lo contempló horrorizada.

—¿Lo sabías, acaso? ¿Dejaste que esa infeliz trajese a hurtadillas un animal asqueroso, sabiendo que sufro de espasmos nerviosos?

Lo primero era tranquilizar a su madre antes de que su alteración se convirtiese en un ataque de histeria.

—No, no lo sabía, y estoy tan sorprendido como usted, aunque es justo que le diga que la culpa es mía, porque fui yo el que salvó a Fígaro de una muerte segura.

La expresión de doña Inés era de incredulidad y furia a la vez.

—Estuve a punto de pisarlo con mi caballo allá en la sierra, y lo llevé a la estancia sin saber que era el gato de los padres adoptivos de Brunilda. Ella se alegró mucho al verlo.

—Por supuesto, son tal para cual.

—Madre...

—¡Es que no lo entiendes! ¡Nadie entiende! —exclamó fuera de sí—. A ninguno le importa lo que me suceda, sola en esta casa, víctima de mis achaques... Si no fuese por Evelyn, que me cuida más que a su sombra... A nadie importo, ni siquiera a mi hijo, por el que tanto he llorado cada día de mi vida...

Julián suspiró, resignado. De nada valdría insistir en ese momento. Mientras su madre estuviese presa de su ataque, solo el cuidado de su doncella podría aliviarla. Con una seña le indicó que se acercase, y después de verlas desaparecer rumbo a los cuartos principales apoyadas la una en la otra, se dirigió hacia el fondo, donde estaba seguro de encontrar a Brunilda agazapada en el suyo.

La joven se hallaba sentada en el borde de la cama, con el cabello trenzado en la coronilla en un ridículo peinado, aferrada a un retazo de tela verde y la expresión más desolada que Julián hubiera visto en su vida. Su intención de reconvenirla por su atrevimiento se derrumbó al comprobar que había llorado. Los ojos negros le dedicaron una súplica muda: ella quería saber si Fígaro estaba bien, si no lo habían echado a la calle.

—No temas por tu gato —le dijo, para tranquilizarla.

Dos mujeres en estado de crisis era más de lo que podía soportar ese día.

—¿Por qué no me dijiste que querías traerlo? Podría haberte ayudado a ubicarlo en alguna casa —y mientras lo decía se daba cuenta de lo inapropiado de su propuesta: Brunilda quería a ese gato con locura, era todo lo que le quedaba de su vida anterior.

La joven lo seguía con la mirada, incapaz de hablar. Julián se preguntó cómo habría sido el enfrentamiento con su madre, pues doña Inés podía ser temible a veces.

—Tienes que entender a mi madre, es una mujer enferma. Tal vez si hubieses confiado en ella...

—Quiso ahogarlo.

—¿Qué? —La sola idea paralizó el corazón de Julián.

—Trajo... trajo un cacharro para meterlo adentro del aljibe... y yo... le dije que la mataría a ella primero —y Brunilda se miró las manos, como si evaluase su capacidad de matar con ellas.

—¿Dices que mi madre quiso ahogar a Fígaro? ¡Si ella es incapaz de tocarlo siquiera!

—La doncella, Evelyn. Cuando vio a su señora madre tan alterada, entró a este cuarto con un cacharro —y la joven señaló un balde de estaño en el que Julián no había reparado.

—¿Y qué ocurrió? —dijo con suavidad, adivinando la respuesta en aquellos ojos.

—Le dije que la ahogaría también, con mis propias manos. No quise decirlo —agregó desesperada—. Sé que debo agradecer la hospitalidad —y se le frunció la boca al mencionar la palabra—, pero quiero a Fígaro y no soportaría que se le causase ningún mal, mucho menos por crueldad.

—Tampoco yo. Tranquilízate. ¡Tranquilicémonos todos! —El tono de voz de Julián fue subiendo, por la enormidad del compromiso adquirido. Llevar a Brunilda Marconi le había parecido un acto de caridad, si bien debía reconocer que la idea verla mientras estuviese en la ciudad había influido en la decisión. En su fuero íntimo, deseaba sacarla de El Duraznillo, de la mirada de su padre, de la de Dalmacio y de la de cualquier peón que pudiese interesarse en esa joven de delicada belleza. Razón tuvo Chela al prevenirlo. Él se disfrazaba de cordero, y era un lobo.

—Vamos a resolver esto —le dijo, tomándole las manos—. Déjame pensar un poco, que alguna solución encontraré para Fígaro. ¿Estabas cosiendo algo? —Quiso cambiar de tema.

Brunilda miró el género verde y asintió, compungida.

—Es mi nuevo vestido.

—¿Tienes elementos de costura a mano? Allá en la estancia me dijo Chela que te traían algunos del almacén de ramos generales.

—Evelyn me prestó estos —y la joven mostró un retazo donde se hallaban pinchadas unas agujas oxidadas, y un carrete de hilo verde. Julián reprimió un sentimiento de hostilidad hacia la antigua doncella, que tan mezquina se mostraba con su pupila. Él sabía, pues se había criado en medio de la silenciosa labor de ambas mujeres, que su madre poseía un cuarto de costura abarrotado de hilos de exquisita calidad, tijeras alemanas, dedales, bastidores de diversas formas, todo distribuido en costureros que él mismo le fue regalando, comprados en las tiendas de ultramarinos del padrastro de Francisco: de pie, con delicadas patas torneadas, de escritorio, con ocultos cajoncitos, forrados en géneros primorosos unos, en cajas incrustadas de nácar otros, y lo único que ofrecían a su protegida era el desecho de todo eso, un par de agujas torcidas y un hilo miserable...

Se puso de pie con gran esfuerzo de su pierna.

—Iremos a comprar algunos artículos. Me dirás lo que necesitas y lo compraré.

Brunilda adoptó una expresión obstinada.

—No. Yo no quiero deberle nada a nadie. Apenas pueda emplearme, me iré de aquí y alquilaré un cuarto.

—No seas necia. ¿Adónde irías, sola y sin protección? Caerías víctima de cualquier inescrupuloso. Si quieres trabajar lo harás desde la casa, controlada por mi madre. Ella no es una mujer mala, Brunilda, sino enferma. Te aseguro que esta tormenta pasará, cuando entienda las razones que tuviste para traer al gato.

Ella se mordió el labio para contener una réplica. Tenía tanto miedo de doña Inés como de su antipática doncella, aunque lo que más pavor le causaba era la presencia del señorito, el contacto de sus manos grandes y finas, la manera persuasiva con que le hablaba y el modo en que la desnudaba con esa mirada azul.

—Me las arreglo con esto, descuide.

—Si no quieres venir conmigo a comprar, haz una lista y lo haré por ti.

Ella no salía de su asombro. ¡Aquel hombre apuesto y varonil era capaz de pedir en su nombre útiles de costura! Julián interpretó su desconcierto.

—Suelo comprarle regalos a mi madre, sé adónde ir y qué comprar, no es tan difícil.

—Aun así...

—Haz la lista. Ahora —y el hombre retiró la silla del tocador para sentarse, a la espera del pedido.

Así despatarrado, de espaldas al gran espejo, parecía un amante aguardando los favores de su cortesana, y Brunilda se apresuró a buscar entre sus cosas un trozo de papel para indicarle lo que precisaba. Solo quería que saliese de su cuarto y la dejase en paz.

Julián disfrutó de la silueta de la joven, mientras tanto. Vestía con suma sencillez y pese a eso, las ropas lucían suntuosas en su cuerpo, dejando entrever las curvas y la suavidad de su piel. Al verla inclinada sobre su bolso, se permitió imaginar las nalgas firmes y cuando se incorporó, pudo vislumbrar la redondez de sus senos erguidos bajo la pechera de percal. Movi6 las piernas para disimular una inc6moda reacci6n y recibió el papel de manos de Brunilda. Había escrito apenas dos o tres cosas. Él compraría lo que le viniese en gana. Lo guardó en el bolsillo y antes de salir, le aseguró:

—Traeré a Fígaro aquí con una condición: que no lo dejes salir del cuarto hasta que yo busque otra salida a este problema —y ante la mirada confusa de ella, agregó —, que no será el aljibe, te lo prometo.

Había bromeado en un intento de arrancarle una sonrisa, pero Brunilda estaba demasiado asustada para eso, de modo que Julián le tomó la barbilla entre los dedos.

—A cambio, quiero pedirte un favor.

La piel de Brunilda se erizó y él captó el estremecimiento en todo su cuerpo.

—Quiero que intentes llevarte bien con mi madre. Es una mujer amable, capaz de ayudar a otros, que aún no te conoce y desconfía de tus intenciones.

—¿Mis intenciones?

—Cree que estuviste oculta en El Duraznillo. Y eso es cierto, aunque no fue por tu decisión.

—¿Su madre cree también que intenté seducir a don Armando? —contestó ella, en clara referencia a las dudas del propio Julián.

Él sonrió de manera indescifrable.

—Tal vez piense que estás intentando seducirme a mí.

Y deslizó su dedo por el labio inferior de Brunilda, paralizándola.

Salió del cuarto en busca de Fígaro, satisfecho de haber logrado impactarla. Le gustaba más eso que perder la cabeza pensando en ella.

En cuanto a Brunilda, se sostuvo de la silla donde él había estado sentado, temblando de pies a cabeza. Debía hacer algo pronto con esa manía del señorito de acercarse tanto. Ella no soportaba sus atenciones, y a la vez, la ternura con que se adelantaba a sus deseos le quitaba el aliento. Julián Zaldívar era el hombre más peligroso de todos, porque nunca sabría en qué momento se abalanzaría sobre ella.

—Que no me mire más, Señor, por favor, que no me mire más... —rogó, casi arrodillada sobre el suelo entarimado.

Adivinaba, en lo más íntimo de su ser, que aquella mirada transparente era el arma que podía causarle el dolor más profundo. Y no sabía de qué sería capaz ella entonces.

Se odiaba por eso, y no podía evitarlo: cada vez que su sangre se encendía al pensar en Brunilda, buscaba a Pétalo para desahogarse. En cierta forma era lo esperado, tratándose de una concubina, y sin embargo, las palabras condenatorias de Elizabeth habían hecho mella en su coraza de cinismo, y ahora ya no podía disfrutar del cuerpo de su amante con tanta liviandad.

La encontró recortando el seto del jardín, vestida de Yong, lo que lo tranquilizó un poco. Resultaba menos seductora así, era tan delgada que podía pasar por un muchachito. Ella le sonrió bajo el ala de su sombrero cónico.

—Mi señor —susurró con voz melosa.

—Entra —ordenó él.

Pétalo acudió con presteza, dejando caer las tijeras de podar sobre las zarzas.

El interior de la casa, entibiado por las brasas, lucía limpio y acogedor. Aquella mujercita era un prodigio de orden.

—¿Le preparo un té?

—Después. Necesito masajes.

La orden era ambigua. Los masajes de la pierna conducían siempre a un encuentro amoroso y tal parecía ser la consigna, de modo que Pétalo se dispuso a vestirse de manera adecuada. Su señor, sin embargo, tenía otros planes.

—Trae el unguento. Hoy me duele más que nunca.

Con desilusión, la joven china vio cómo Julián se echaba sobre el sillón y extendía la pierna mala con un gesto de dolor. Él solo pretendía que lo aliviase, nada más. Tragándose su desconsuelo, Pétalo volvió con un pote que contenía el aceite

acostumbrado. Al destaparlo, un fuerte olor impregnó el ambiente. Ella aguardó en silencio a que él comprendiese que debía quitarse los pantalones. Por fin Julián abrió los ojos y reparó en eso. Un poco turbado porque no era lo que convenía a sus intereses, se desvistió y volvió a tenderse, esperando que el masaje produjese el efecto de siempre. Pétalo observó la prueba de la excitación de su señor, lo que le produjo una oleada de rencor. Ignoraba quién había dejado a su amo en aquel estado, solo sabía que no había sido ella. Comenzó a masajearle la pierna con fuerza, hasta que Julián le tomó la mano.

—Despacio —le advirtió.

Estaba siendo descuidada. Volvió a concentrarse, deslizando sus manos con suavidad por la piel del hombre, en círculos pequeños que se iban agrandando hasta rozar las zonas íntimas. La herida producida por la lanza abarcaba gran parte del muslo, y eso le permitía a Pétalo jugar con la proximidad de la ingle. Hizo que Julián olvidara su decisión de mantenerse distante. Ella lo comprendía mejor que nadie: se había excitado con otra mujer y pretendía resistir la tentación de satisfacerse en ella, pero a Pétalo no le interesaba que Julián Zaldívar la respetase, solo quería que la amase, que dependiese de sus caricias, que perdiese el sentido bajo sus manos. Después de un rato de masajes, consiguió lo que anhelaba: la mirada de él se tornó difusa y su miembro se alzó con fuerza inusitada. La tomó por la cintura y la colocó sobre su regazo, penetrándola desde abajo, sosteniéndola y balanceándola según su capricho. Pétalo cabalgaba sobre su amo con frenesí, disfrutando de esa pequeña victoria. Así sería cada vez, cuando lo notase ajeno lograría que olvidase cualquier distracción.

Al llegar al punto culminante, Julián soltó un gemido ronco y profundo, en tanto que la joven se dejó caer sobre sus hombros, exhausta. Había sido intenso. Y de nuevo él pensaba en otra. «No importa», se dijo resuelta, «mientras acabe bajo mi cuerpo».

Se deslizó fuera, dispuesta a prepararle a su amo el té con el que siempre le obsequiaba.

Al salir de la habitación, le lanzó una mirada posesiva. Julián dormía, estaba a su merced.



CAPÍTULO 10

La calle indicada desembocaba en una esquina donde se alzaba una pulpería y se perdía entre los matorrales que rodeaban a un pequeño arroyo. Era una calle muerta.

Mientras preguntaba la dirección correcta, Manu advirtió la mirada de sospecha en su informante. Debía de ser un sitio peligroso. Como no usaba reloj, miró la posición del sol y dedujo que serían las seis, quizá seis y media. Las sombras del atardecer ya trepaban por los muros de las viejas casas. Las farolas se balanceaban al compás del viento y el aire del campo le llegaba en ráfagas que revolvían su espeso cabello. Aspiró con fruición ese aire y añoró el crepúsculo en los esteros, cuando el sol se deshacía en las aguas del Iberá y las luciérnagas llenaban de chispas los juncos de la orilla. A esa hora, él solía trepar a la casita del árbol, la que con sus propias manos había construido para Violeta, y atisbaba la lejanía imaginando un lugar donde él pudiera mantener a su amiga como a una princesa, tal como hacía su padre con Rosa, la madre de Violeta. Algún día cumpliría ese sueño, y la suerte correría de su lado.

Quizá ese encuentro con gente importante marcara el principio de su nueva vida.

Al final de la calle encontró la puerta que buscaba. Golpeó con el mango de su cuchillo y aguardó. Por la ventana contigua se filtraba la luz amarilla de un candil.

—Santo y seña —dijo el muchachito que le abrió.

—Manuel Iriarte.

El chico lo guio a través de un largo pasillo. La habitación en la que entraron se hallaba oscurecida por el humo de los cigarros. Hombres y mujeres formaban un abigarrado grupo en torno a una mesa de café, aunque los que participaban del juego de naipes eran solo los hombres. Las mujeres, vestidas con ropas chillonas, servían ginebra en vasos y reían de cualquier comentario subido de tono. La llegada de Manu podría haber pasado desapercibida, si de un grupo de tres que conversaban junto a la ventana de postigos entornados no se hubiese separado el hombre que lo había abordado el día anterior.

—Mi amigo —lo saludó con ademán ampuloso—. Adelante, únase a la timba.

Manu iba por algo más que una simple partida de cartas, y su expresión así se lo dijo a Barceló, que de inmediato lo presentó a sus compañeros.

—Este es el muchacho del que les hablé, pura fibra y valor.

Los otros dos lo saludaron calibrándolo, y abrieron el círculo. Manu observó que esos hombres se diferenciaban de los de la mesa por sus ropas más formales y por la limpieza de sus manos y sus uñas. Comprendió que los que jugaban eran simples peones, gauchos contratados. Y las mujeres, del tipo de las de La Loba Roja, quizá más pintarrajeadas y algo más viejas.

—Una caña para el amigo, acá —ordenó Barceló con autoridad.

Manu ocupó un banco y los otros se sentaron en un viejo sillón, con la luz a sus espaldas. Era una jugada en su contra: él no podría ver con claridad sus ojos, mientras que los demás analizarían hasta el mínimo movimiento de sus cejas.

—Estamos armando una milicia —explicaba Barceló—, un grupo de confianza para proteger al ministro. Creemos que tu brazo es de fiar, falta saber si comulgás con nuestra política.

—¿Sos extranjero vos? —interrumpió uno de los correligionarios.

—Del Iberá.

—¡Eso es Corrientes! —rio el otro con ganas—. Está bien que se dicen importantes ...

El ceño de Manu no alentó más bromas y Barceló volvió al ataque, persuasivo.

—Queremos saber si te jugarías por Alsina.

La política no era un tema que le interesase, salvo cuando la guerra dividió a la gente allá en la ribera, de modo que pensó bien la respuesta, no deseaba perder la oportunidad de ser alguien.

—Primero tengo que conocerlo.

A los otros les pareció una simpleza, tomando en cuenta que todo el mundo conocía al caudillo, sin embargo Aníbal Barceló hizo la parada de que estaba muy bien pensado, y palmeó los fornidos hombros de Manu al tiempo que le ofrecía el vaso que una de las descaradas mujeres le traía, un monigote enfundado en un vestido color coral que le marcaba las carnes flojas y dejaba al descubierto un escote apergaminado. Tendría más de cuarenta, y arrastraba más arrugas que Delia Guzmán, la madama de La Loba Roja, que con la misma edad se veía rozagante. Manu percibió el vaho de alcohol cuando la furcia se inclinó sobre él con aire seductor.

—Nuevo, ¿eh? —le susurró con voz cascada.

—Rajá, que no es tu hora —le espetó uno de los hombres.

La mujer se irguió, ofendida, masculló un impropio y se alejó contoneándose de modo patético. Manu sintió una especie de náusea al verla, como si el estar en contacto con gente como aquella ensuciase la relación que tenía con Violeta.

—Esa chica —comentó con aire casual Barceló—, la que estabas acompañando ayer. ¿Es tu amiga?

Algo en el rostro de Manu debió de alertar a los hombres, pues intercambiaron una mirada significativa y la conversación se relajó.

—Es muy bonita, hacés bien en cuidarla. La ciudad es peligrosa para las mujeres decentes, uno no sabe quién las acecha en cada esquina.

Era un comentario desafortunado, ya que él mismo los había acechado para ofrecer a Manu un trabajo, aunque el joven vasco no pareció percibir nada raro.

—Te lo preguntaba por si ella se pudiese enojar con vos al aceptar un trabajo político.

—No le diré nada.

—Muy bien dicho. Hay que preservar a las damas de todo malestar. Brindemos por eso.

Todos alzaron sus vasos, menos Manu.

—¿Cómo, no tomás?

El joven hizo fondo en un solo movimiento y golpeó el vaso vacío. Los demás, atónitos, bebieron sin decir nada. La conversación viró hacia tal o cual, a los que consideraban unos palurdos, y sobre las fiestas mayas. Todos opinaban que si llegaban a organizar un séquito como el que se merecía el ministro, tal vez podrían participar del desfile. Cuando Manu se despedía, Barceló le escribió otra dirección en un papel.

—Acá vas a poder conocer a Adolfo Alsina. Nunca te arrepentirás de servirle bien.

El joven se metió el papel en el bolsillo y salió, deseoso de respirar aire más puro. Atrás quedaron los comentarios de los hombres:

—¿No es medio tarado?

—Parece. Pero tiene un brazo fuerte.

—Y una fidelidad vacuna. Pude verlo en el modo en que seguía a la muchacha. Es capaz de matar por ella.

—¿Y qué te hace pensar que haría lo mismo por Alsina?

—Tipos como este solo ven en blanco y negro, sin matices. Cuando se convenza de la justicia del partido, se hará su más ferviente defensor. Y le pagaremos bien... bah, lo que él consideraría bien. De seguro no está acostumbrado al buen pasar, será fácil de conformar.

Los tres rieron y bebieron, satisfechos de haber sumado fuerzas y del papel que desempeñaban en los mitines políticos de Buenos Aires. Poco a poco, se irían abriendo paso en un camino de infinitas posibilidades.

Manu se alejó por la calleja de tierra, envuelto en el frío aire nocturno. Se dio cuenta de que en todo el día no había visitado a Violeta, y ese pensamiento lo asustó. ¿Qué pensaría ella?

Harta de aguardarlo, Violeta acabó por recurrir a Dalila esa mañana, aprovechando la hora en que la mulata acudía al bajo de las lavanderas. Había estado acompañando a doña Celina Bunge en su cuarto del piso alto, y llevaba retraso. La anciana dama disfrutaba de la presencia de aquella jovencita que Rete Iriarte había dejado a su cargo, y a menudo inventaba tareas que la retuviesen más tiempo junto a ella. A pesar de su edad, doña Celina poseía un espíritu inquieto y vivaz que agradaba a Violeta; el haber viajado mucho con su finado esposo le otorgaba una mirada más amplia, que la muchacha valoraba. Se sentía a sus anchas conversando con doña Celina y también solía sonsacarle algunos caprichos, como el de usar uno de sus atuendos de viuda.

—¿Y por qué, mi querida, querría una joven tan hermosa tapar su rostro con estos tules viejos, que ni yo deseo ponerme ahora? —le había dicho.

—Con su licencia, doña Celina, bien sé que una viuda es más libre de caminar por las calles que una señorita. Y yo me siento encerrada entre estas paredes, no estoy acostumbrada. Sola me basto, pero no quisiera que luego mi padrino le echase en cara esa libertad que me permite.

Violeta llamaba «padrino» al hacendado Rete Iriarte, ya que el hombre, al desposar a su madre, había adoptado a la niña para hacerse cargo de su educación y dotarla como era debido. De no haber llegado a sus vidas aquel hombre poderoso, Violeta solo habría contado con lo que su tío Bautista pudiera ofrecerle, que no era mucho, tomando en cuenta su oficio de carpintero.

—Dalila, necesito que me acompañes al estudio de fotografía.

—¿Qué pasó con su sombra, pues?

—Manu se retrasó, no sé por dónde andará, pero no puedo esperar tanto, o el señor Ansaldi creerá que no tengo palabra.

—Lo que el señor ese vaya a creer me lo guardo bien guardado —retrucó la mulata—. Como si fuera decente trabajar para un hombre, y pasando por lo que no se es.

—Vamos, Dalila, no hay tiempo para rezongos.

—Nunca hay tiempo para nada, mi amita, yo iba justito al bajo del Retiro, a lavar la ropa.

—Será un desvío, nada más.

Sucedió lo de siempre: Dalila hubo de ceder ante los reclamos de Violeta, que en esas lides nada tenía que envidiar a su antigua ama. Había una gran diferencia, sin embargo: Muriel Núñez Balboa obraba impulsada por una coquetería innata que la hacía irresistible a la mirada masculina, en tanto que Violeta era ignorante de su belleza sin par. Los corazones que pudiese llegar a romper aquella niña no podrían cobrarle nunca la deuda, pues ella sería por completo inocente del dolor causado.

Salieron, Violeta con su sombrero de velo y Dalila con un lío de ropa sujeto en la cadera. Algunos hombres dedicaban a la viuda un saludo respetuoso, y en sus ojos brillaba el interés al ver su rostro tapado. Se preguntarían si era joven y bella.

Ese atuendo era el camuflaje perfecto que le permitía trabajar por horas en la casa de fotografías y gozar de la libertad que a las señoritas bien les estaba vedada. La sociedad veía con indulgencia que una viuda se sostuviese con labores o confituras, y quienes la encontrasen en el gabinete de Ansaldi no pensarían mal de ella; hasta podrían creerla una pariente venida a menos, a la que el artista ayudaba.

Al llegar a la galería se despidió con rapidez de la criada y subió los escalones a la carrera. Casi sin saludar, se precipitó en el cuarto de revelado, quitándose los guantes y el sombrero, todo a un tiempo. El apuro le impidió percibir que Ansaldi se hallaba acompañado de un cliente. Violeta se colocó el guardapolvo que siempre colgaba en el perchero antes de irse, y desplegó ante ella los cartones sobre los que trabajaría ese día.

Su tarea consistía en dar color a las fotografías. Renovó el agua de los frascos y separó las terrinas que precisaba para teñir las mejillas de un niño. Era una imagen clásica, la de un bebé sentado sobre el regazo de su madre; la mujer sostenía la mano de una niña de cabello lacio, recogido por una cinta que Violeta pensaba pintar con bermellón.

A menudo el fotógrafo la reconvenía por usar colores demasiado intensos para el gusto de la gente, habituada a las pinceladas desvaídas, y Violeta protestaba, ya que ella había nacido en un sitio vibrante de matices, donde los verdes y los azules competían con los amarillos y los rojos durante el día, en tanto que por las noches el blanco de las flores se acunaba en el plateado de las aguas.

Deslizó una pincelada de rosa sobre la boquita fruncida del bebé y le dio un toque de blanco, para fingir la humedad habitual en los labios de los niños. Se quedó unos instantes mirando el resultado, nostálgica. Esa foto le recordó la imagen de Tití, el huerfanito que Dalila y su tía Muriel habían llevado desde el Paraguay. Lo extrañaba. Era un niño hermoso, que en su tierna edad contempló los horrores de la guerra, incluida la muerte de su madre, por eso hablaba con dificultad.

Violeta coloreó las mejillas regordetas y utilizó el mismo pincel para las de la niña. ¿Quiénes serían? Ella no había estado el día en que tomaron esa foto. Sin duda se trataría de una familia de alcurnia, llevaban ropas lujosas. La niña tenía una mirada triste. Violeta se preguntó si estaría enferma de algo, o si la madre habría dedicado toda su atención al bebé, dejándola de lado. Eso no le había ocurrido a ella cuando nació su hermanito Ignacio. Ni su madre ni Rete la descuidaron entonces, y ella adoró al niño desde el primer momento. Se imaginó que a esas alturas seguiría a Tití a todas partes.

Alzó la vista, nublada por la melancolía, y descubrió con horror que la estaban mirando.

—Qué curiosos los sitios donde nos encontramos, señorita Garmendia.

El caballero de la calle Florida. Se lo veía relajado en el marco de la puerta, y la contemplaba con una mezcla de diversión y enojo. Violeta se preguntó por qué Ansaldi lo dejaría hurgar en el cuarto de revelado, un rincón vedado al público.

—Veo que no solo dibuja aves.

Ella miró la foto donde acababa de dar la primera pincelada a la cinta de la niña.

—Guardaré su secreto —seguía diciendo él— a cambio de saber toda la historia.

—¿Cuál secreto?

—Vaya, qué alivio, pensé que le habrían cortado la lengua por meterse donde no debía. El secreto de su falsa viudez, por supuesto.

—¿Cómo sabe que no soy viuda?

—¿Qué edad dijo que tenía? ¿Dieciocho? Su finado esposo debió de morir en plena noche de bodas y no lo considero improbable, dada su belleza. Sabe, señorita Garmendia —y Julián avanzó hacia el tablero donde ella trabajaba, con paso ágil para un hombre que llevaba bastón—, estoy acostumbrado a los juegos de damas, casi le

diría que soy un buen jugador, pero el suyo me supera. ¿En qué consiste, si puede saberse? Usa pantalones, provoca escándalo en las calles, se disfraza para engañar al pobre de don Ansaldi...

Julián se había quedado pasmado al verla en el gabinete de revelado. Había acudido en busca de su retrato, y el fotógrafo le pidió que esperara a que lo retirase del depósito donde guardaba las entregas del día. Movido por el aburrimiento, recorría el estudio cuando recordó a la mujer de negro que había atisbado la primera vez. Ese recuerdo lo impulsó a descorrer la cortina. Descubrir a la beldad de ojos violetas inclinada sobre las fotografías, cubierta por un delantal que dejaba ver el atuendo negro que él ya conocía, lo había desconcertado por completo. Una relación ilícita con Ansaldi le pareció demasiado hasta para ella, de modo que se inclinó por una travesura. A menos que la niña estuviese en serios problemas. Frunció el ceño al considerar eso.

—Si cree que puede denunciarme ante mi patrón, hágalo. Soy buena en esto, y el señor Ansaldi no me despedirá.

—¿Aunque le diga que ha empleado a una menor que se finge viuda? ¿Cuántos años tiene en verdad, señorita?

Violeta percibió el aroma de verbena que envolvía al hombre. Debía de haberse afeitado recién.

—Dieciocho, ya se lo dije. Necesito aprender este trabajo, por eso lo hago. Quiero dedicarme a ilustrar libros de ciencia y debo saber manejar las pastas y la fotografía. La única manera de que me admitan es fingir lo que no soy. Además no vengo siempre, solo cuando hay entregas y el señor Ansaldi no puede ocuparse de la coloración. Y ya que me interroga... ¿Cumplió con su promesa de enviar un inspector al taller de costura?

—Lo hice —y Julián se alegró de haberse acordado, para poder retrucarle—. A estas horas, ya deben de haberlo visitado.

Violeta se mostró sorprendida y contenta.

—Es un caballero en el que se puede confiar, se lo agradezco.

—No debe confiar así como así en los caballeros, señorita Garmendia. Ignoro qué educación ha recibido, pero su conducta no es la habitual en una dama.

Cualquier otra mujer se habría ofendido; Violeta, en cambio, se echó a reír. Una risa clara, espontánea, que cautivó a Julián. Estuvo hasta tentado de reír con ella.

La presencia del señor Ansaldi cortó ese momento mágico, y Julián reaccionó de inmediato.

—¿Cómo piensa volver? —la apuró.

—Mi... eh... lacayo me buscará.

—¿A qué hora?

—En realidad, no me lo dijo.

—Debí suponerlo, otra charada. Usted se viene conmigo, la escoltaré hasta su casa.

—No, no es necesario...

Julián ya había regresado al estudio y le estaba diciendo al fotógrafo que él se ocuparía de acompañar a la casa a la «señora» Garmendia. En su fuero interno, Violeta le agradeció que mantuviese su coartada.

La siguiente sorpresa fue descubrir que la vivienda donde se alojaba la intrigante criatura no era la que le indicó aquella vez y que vivía en una pensión de buen tono, según pudo comprobar Julián. Pese a las protestas de Violeta, aguardó hasta que Lucerito abrió la puerta, y ante el gesto de desagrado de la buena mujer al verlo, le dijo con galantería:

—Mi esposa y yo nos encontramos con la señorita Garmendia justo cuando salía de una tienda, y al ver que no llevaba acompañante nos ofrecimos a escoltarla, pues soy viejo amigo de su familia. Le agradeceré que conserve mi tarjeta, por si alguna vez la señorita necesita algo. Estamos a sus órdenes.

Que un caballero tan fino se dirigiese a ella con esos modales turbó a la pobre Lucero, que solo atinó a recibir la tarjeta y franquear la puerta a Violeta.

La jovencita aprovechó el momento para huir a toda prisa a su cuarto, donde Dalila la aguardaba con la oreja pegada a la cerradura.

Julián memorizó la dirección de la casa y se marchó, contento de haber podido deslizar antes en los oídos de aquella descarada una frase que le quitaría el sueño:

—La vigilaré de cerca, señorita Garmendia.

Despertó empapada en una sustancia viscosa. Las sábanas pegadas a la piel, los párpados pesados de sueño, y una fea sensación de desamparo. Violeta se incorporó en su cama y respiró con ansias. Ese ahogo era el resultado de un mal sueño, de la índole que ella ya conocía: sueños reveladores. Los padecía desde siempre, no podía precisar cuál había sido el primero, y si bien al principio los aceptó con la inconsciencia de la infancia, a medida que crecía se iba convenciendo de que era un don con el que había nacido y algún propósito guardaba. Abrió los ojos para despertar del todo y vio que los postigos de su ventana se habían abierto con el viento nocturno. Se levantó y caminó descalza para cerrarlos. Sintió entonces la pegajosidad en sus pies, como si estuviese pisando la sustancia del sueño. Violeta comprendió que seguía soñando. Se dejó llevar y vio que la farola de la calle se mecía, creando sombras fugaces en el muro de enfrente, el que lindaba con la Casa del Ciruelo. Las figuras iban y venían, en cada balanceo. Violeta descubrió la silueta difusa de un hombre, luego más nítida, y las voces que siempre la acompañaban en los sueños le susurraron: «cuidado». Supo de inmediato que se trataba del hombre del conventillo. Se asomó, sin cuidarse del frío que se colaba bajo su camisón. La puerta de la Casa del Ciruelo estaba sumida en la penumbra, de seguro cerrada por lo avanzado de la hora.

De pronto, Violeta escuchó un golpe sordo y vio que una figura corría en dirección a la esquina. Todo volvió a quedar en silencio, estático como en una fotografía. Blanco y negro, sin nada del color que a ella le gustaba. Trató de pintar con su mente aquella imagen desolada de la calle Chacabuco y no lo logró. Era una estampa lúgubre.

El hombre había dejado abierta la puerta, y por ella se filtraba la luz de la farola en su movimiento errático. En un instante, el aro de luz penetró en el umbral y pudo ver la figura delgada de otro hombre. Tenía un cuchillo en una mano y con la otra aferraba la hoja del portón. Violeta deseó que la mirase, que se salvara, pero él contemplaba la esquina por donde había desaparecido el fugitivo.

Entre las sábanas revueltas, empapada en sudor, tuvo la convicción de que algo terrible acababa de suceder.

Desde el momento en que Renzo Capri entró al cuarto, Adolfo Alexander percibió que algo lo atormentaba. Renzo era un tipo locuaz que hacía amigos con facilidad, y especial para cortejar muchachas. Todas le gustaban, a todas dedicaba un piropo. Alguna favorita tendría, pues entre sus cosas solía traer prendas de amor: relicarios con miniaturas, pañuelitos bordados, flores en el interior de un libro... Renzo poseía el arte de enamorar, forjado en su rústico aspecto varonil que impactaba la sensibilidad femenina. Adolfo ignoraba si los recuerdos pertenecían a una o a varias damiselas, y como a pesar de su fanfarrona manera de ser el italiano no hablaba de sus conquistas, tampoco intentó sonsacárselo. Que otros sufriesen por amor, él ya tenía bastante con lo suyo.

Esa noche Renzo se acostó vestido, sin quitarse siquiera las botas, y ese detalle disgustó a Adolfo, pues sabía que trabajaba en el Mercado del Centro acarreando bolsas y pisando inmundicias, cuando no lo enviaban al puerto a recibir pescados. En esos días regresaba hediendo a podrido, y no bastaba la lejía para sacarle el tufo a sus ropas.

Adolfo se encontraba despabilado, como tantas otras noches, escribiendo con frenesí a la luz de una vela. Renzo apenas lo saludó, casi ocultando la mirada, y se puso a roncar en segundos. Los ronquidos llenaron el cuarto y la cabeza del poeta hasta enloquecerlo. Adolfo se acercó al durmiente con la intención de moverlo, y descubrió que su saco estaba roto y manchado de oscuro. Dormía con los brazos cruzados, como si quisiese protegerse o bien esconder algo a la vista de los otros. Intrigado, levantó uno de los faldones del saco y vio horrorizado que el italiano tenía una herida en un costado, una herida que sangraba pese a los intentos de mantenerla apretada.

—Renzo... Eh, despierta, debes atenderte. Despierta, te digo...

Adolfo suponía que lo habrían atracado en algún piringundín, o bien que se habría enzarzado en una trifulca con los de su partido, que eran todos levantiscos y andaban

armados. Enfrascado en el intento de mover la mole de su cuerpo, no vio que el italiano lo miraba fijo, con esos ojos sagaces que de continuo brillaban por la risa de sus humoradas. Ya no reían, el pliegue de los párpados se hallaba tenso y la pupila agrandada. Un sudor leve le perlaba la frente.

—Estás herido —siguió Adolfo, creyendo que debía tratarlo con paciencia como a un niño, pues tal vez tuviese fiebre.

—*Maledetta...* —murmuró el hombre.

—¿Qué?

—Ha sido mi desgracia, *sempre*.

—¿De quién hablas, Renzo? Debes levantarte para que te atienda un matasanos. Iré a buscarlo, aunque a estas horas...

—¡No! —aulló el hombre, con inusitada energía.

Adolfo dirigió la vista hacia el otro rincón del cuarto, donde solía dormir un ruso de aspecto intimidante que no hablaba y comía con un apetito de mil demonios. Grigori aún no había llegado. Su camastro vacío lucía prolijo, con las cobijas tendidas. Adolfo supuso que estaría en brazos de alguna prostituta, pues el ruso era muy dado a merodear por el puerto en busca de amores. Estaba solo con un hombre herido al que debía convencer de salir en busca de ayuda.

—*Io retornerei* —dijo de pronto Renzo—. Dame para comprar un pasaje.

Lo insólito del pedido hizo pensar a Adolfo que estaría bebido, o bien habría perdido el juicio a raíz de alguna fiebre maligna.

—Aunque quisiera, no podría darte nada, estoy seco —confesó, más para sí que para el otro.

Renzo se incorporó, apoyándose sobre un codo, sin separar los brazos.

—*Prego, un po di denaro*, necesito irme. A mi hogar.

—¿Así, de golpe? Mejor esperas a mañana.

—¡Mañana vendrán a buscarme! —bramó Renzo, y se levantó, dejando una mancha roja en la manta.

Adolfo vio que entre los dedos apretaba un cuchillo. Quizá él mismo se había herido al dormir así, con el arma en las manos, pero... ¿Por qué?

—Dame lo que tengas, te lo devolveré apenas pueda.

Inútil explicarle a un hombre desesperado. Adolfo decidió seguirle la corriente. Hurgó en el bolsillo de su saco y sacó las monedas con las que pensaba desayunar al otro día. Renzo las tomó con avidez y se puso de pie.

—*Me ne vado* —anunció—. *Grazie*.

A continuación, arrancó las láminas de las paredes húmedas y metió en un bolso de lona los objetos que adornaban su mesita de luz: el retrato de una mujer venerable, la estatuilla de la Consolata, un rosario de cuentas nacaradas y un librito con máximas. El resto, las prendas bienamadas que había acumulado a lo largo de esos meses, las dejó tiradas casi con rabia. Adolfo pensó que habría sufrido un desengaño. ¿Por qué la herida? ¿Habría intentado quitarse la vida? Esa idea rondaba su mente a

menudo, aunque él solo jugueteaba con ella y luego desgranaba su sentimiento en malos versos. Aquel hombre había intentado llevarla a cabo, era muy distinta la realidad, la sangre manchando la colcha, el cuchillo pegajoso, la expresión enloquecida de la víctima. Aun sabiendo lo que era vivir la angustia, Adolfo intentó convencerlo de tomar las cosas con calma.

—Espera a que amanezca, al menos. Ni siquiera te venderán pasajes a estas horas.

Renzo se volvió amenazante, con el cuchillo en una mano y el bolso de lona en la otra. El saco raído colgaba desparejo, dejando ver la camiseta ya roja.

—*¡Fuora!*

El poeta retrocedió, y al verlo pasar cerca de él quiso arrebatarse el cuchillo, por temor a que lo utilizase de todos modos. Renzo forcejeó, blasfemó, y al final, debilitado, se dejó caer al piso con la cabeza entre las manos. Sus balbuceos eran incomprensibles, aunque Adolfo entendió que se culpaba de algo y al mismo tiempo trataba de justificarse. Estaba a punto de decirle lo que había ocurrido cuando la puerta dio paso a Grigori. El ruso ocultó la miserable luz del patio con su corpachón y entró tambaleándose. Lo que Adolfo suponía: noche de juerga, bebida y mujeres. Al menos, no intentaba matarse. Renzo vio servida la ocasión para escapar y lo hizo, usando el cuerpo de Grigori como escudo. Adolfo lo persiguió por todo el patio hasta el umbral y una vez allí, se limitó a verlo desaparecer tras la esquina.

Una pesadumbre inesperada lo invadió. Tal vez Renzo había representado para él un espíritu animoso, la muestra de que incluso un hombre pobre que huía de su país para refugiarse en otro, podía ser dichoso de alguna forma. Lo ocurrido, fuese lo que fuese, daba por tierra con esa mínima esperanza. Volvió con lentitud al cuarto. No se percató de que todavía sujetaba en su mano el cuchillo oxidado.



CAPÍTULO 11

Julián decidió pasar por la casa de su madre para asegurarse de que las cosas marchasen bien. Después del episodio del gato la había notado distante, y temía que Brunilda estuviese padeciendo algún desplante de parte de doña Inés y su doncella. Mientras aguardaba a que le abriesen, pensaba en que se había echado encima varios problemas femeninos: Pétalo, Brunilda, su madre, la misma Elizabeth, que lo juzgaba mal, y ahora también Violeta. Parecía condenado a sufrir por culpa de las mujeres. Y todo había empezado con aquella gitanita de ojos negros...

—Adelante, señorito Julián. Bienvenido.

Doña Inés no apareció para recibirlo, mala señal. Julián revisó la correspondencia de la mesa de cortesía y encontró una invitación dirigida a él, de parte de los Riglos. Era esa misma tarde, pudo habérsela perdido. Qué extraño que su madre no le avisase. Claro que no sabría dónde hacerlo, pues él no le había dicho dónde vivía. Rasgó el sobre y extrajo una tarjeta con la fotografía de la mansión Riglos, en la que se leía la frase: *El señor Miguel de Riglos y su señora esposa, Dolores Villanueva, ofrecen su casa para la reunión que celebrarán en honor del compromiso de su hija.* Había una fecha y la firma del anfitrión. Azares del destino, la fotografía era del estudio Ansaldi. Julián imaginó que de haber podido, Violeta Garmendia habría coloreado ese sencillo balcón de uno de los más conspicuos *rendez-vous* porteños, con pinceladas multicolores.

—Ah, llegaste.

—¿Cómo se encuentra hoy, madre?

—Bien, pese a las circunstancias.

Julián no la veía tan bien: estaba pálida y ojerosa, señales de una noche agitada.

—¿Tuvo ataques de nuevo?

—A Dios gracias, ese monstruoso animal desapareció, espero que para siempre.

Doña Inés sacó de la manga de su vestido un pañuelito empapado en un tónico que mitigaba su malestar.

—Veo que encontraste tu correspondencia —comentó.

—Es una invitación a lo de Riglos.

—Ya era hora. Mientras no se pisa esa casa, no se es aceptado del todo. Se tomaron su tiempo para invitarte, no sé por qué.

—Tal vez porque no estuve en el país.

—Pudieron haberlo hecho apenas llegaste.

—Es que la ocasión se presenta ahora, con el compromiso de su hija.

—Otro buen partido que se esfuma —fue el agrio comentario de Inés.

Julián suspiró para contener una réplica. Si su madre estaba de malas, nada podría hacer. Él quería, no obstante, averiguar sobre Brunilda.

—¿Y cómo se ha portado la muchacha? —intentó bromear.

—Evelyn se ocupa de ella. Mientras permanezca en su cuarto, todo irá bien.

—Madre —y el esfuerzo de Julián fue mayor al escuchar eso—, Brunilda vino para aprender algo aquí, pensé que usted sería la persona adecuada para brindarle esa oportunidad.

—No veo por qué debería ocuparme de una campesina. Yo no pedí ayuda ni compañía, y esa muchacha es tan tosca, que ni siquiera sé si usa cubiertos para comer. Como todo en este suelo es siempre tan rústico... De seguro se alimenta con mandioca y carne salada, y no conoce otra cosa.

—Si así fuera, aunque lo dudo —dijo él pensando en los manjares que cocinaba Chela— tendría usted la ocasión de ilustrarla sobre algo nuevo.

—Ocasión que no he pedido.

—Se lo pido yo.

Esa respuesta pareció ablandar a doña Inés.

—Está bien, haré un esfuerzo en tu nombre. No sé qué tanto te interesa esa chica.

—Es una obra de bien.

La mirada de Inés Durand decía a las claras que no creía en obras benéficas habiendo mujeres jóvenes de por medio, aunque no replicó.

—Pasaré a verla —anunció Julián.

—En ese caso deja abierta la puerta, no querrás comprometerla ni comprometerte. Tal vez sea lo que esa campesina busca —agregó por lo bajo, cuando el hijo ya le mostraba la espalda.

Brunilda se hallaba sentada frente al tocador, vestida con la sencillez de siempre. El peinado elaborado se había convertido de nuevo en la trenza larga que caía sobre su hombro. Había desplegado la misma tela verde que él vio la vez anterior, y se inclinaba sobre ella para dar prolijas puntadas. A Julián lo conmovió la incomodidad que padecía. Todo era inadecuado: la silla, el tocador, mientras que en la casa había un cuarto destinado a labores con sillones especiales y una larga mesa para cortar géneros. La claridad que provenía del patio la envolvía en una luz que resaltaba el rubio de su cabello y la palidez de su cutis.

—Buenos días.

Se sobresaltó y se pinchó un dedo.

—Perdón —dijo Julián, y se acercó para ver de cerca la herida.

Ella se apresuró a retirar la mano.

—No es nada, estoy acostumbrada.

—Eso va a cambiar a partir de hoy.

La expresión enigmática del hombre produjo el efecto deseado, despertar su curiosidad femenina. Julián sacó del bolsillo una cajita y se la entregó con solemnidad.

Brunilda la tomó con cierto temor para darle vueltas entre los dedos.

—Si no la abres, no se producirá el cambio que te auguro.

Ninguno advirtió la furtiva presencia de Evelyn, que atisbaba desde el rincón del aljibe, oculta a medias por el ramaje de un limonero.

La cajita contenía un precioso dedal de porcelana, una exquisitez digna de la modista más destacada. Era blanco, con diminutos ruseñores pintados a mano y bordeados en oro. Brunilda quedó perpleja y muda. Julián estaba a punto de preguntar si sabía usarlo, cuando ella lo colocó con precisión en el dedo que correspondía, extendiendo la mano para lucirlo como si se tratase de un anillo de diamantes. Jamás imaginó poseer una pieza tan bella para coser. Miró al hombre que aguardaba satisfecho, y la emoción le formó un nudo en la garganta.

—No me digas que no lo aceptas, porque entonces te lo ataré al dedo para que no puedas quitártelo.

Ese comentario rompió el hielo y Brunilda sonrió, una sonrisa luminosa que tocó el corazón de Julián Zaldívar como nunca desde la última vez que lo cautivó una mujer.

—Te queda bien, acerté con la medida —dijo, para desviar su propia emoción.

—Es perfecto —musitó ella, embelesada—. Gracias.

—Ahora no tendrás excusa para no pincharte. ¿Y Fígaro? —preguntó, bajando el tono de voz.

La joven se levantó de prisa, luego de colocar el dedal en la caja con sumo cuidado, y le hizo señas para que se acercase. Adentro del ropero, bajo un estante disimulado con trapos, se encontraba el pícaro gato, arrellanado en un nido de mantas. Apenas le dirigió a su salvador una mirada lánguida, y se volvió a dormir. Ese rinconcito tibio era todo lo que precisaba para sentirse el rey de la habitación. Julián se inclinó, sosteniéndose con el bastón, y lo acarició. El ronroneo lo satisfizo.

—Está totalmente curado —proclamó—. Nada como los cuidados de una bella dama para renovarse.

Brunilda se ruborizó y él decidió no forzarla más. Captaba el embarazo de ella cada vez que era el centro de algún comentario intencionado. Se despidió, recomendándole que mantuviese al gato fuera de la vista de su madre como hasta ese día, y cuando llegó a la sala encontró el rostro furibundo de doña Inés. Detrás, Evelyn se mantenía erguida, con las manos apretadas como era habitual en ella, y el semblante contraído.

—¿De manera que solo querías verla? —rugió doña Inés.

Julián se sorprendió del tono rabioso de la pregunta.

—¿Cómo te atreviste? ¡Mi hijo, el mejor partido de Buenos Aires, desperdiciándose con una... gaucha! —La palabra le costaba, tanto por el sonido como por lo que representaba.

—¿De qué habla, madre?

—Fuiste capaz, cómo no... Del mismo modo que la otra vez quisiste hacerlo con esa gitana que se lanzó a los caminos —doña Inés boqueaba, pero esa vez Julián no

reparó en su dolencia sino en la propia, en el sentimiento de ahogo que a él mismo le producía la arenga de su madre.

—Yo no merezco esta ingratitud. Ya me aguanté bastante que Francisco te robara el amor de Elizabeth, pues era a ti a quien ella hubiese elegido, de no haberse interpuesto él, de no haberla...

—¡Madre!

—¡No me callaré! No puedo hacerlo si mi hijo se pierde detrás de mujeres que no lo merecen.

—Evelyn, ¿qué está pasando? —exigió saber Julián, pues su madre estaba fuera de sí.

La doncella se mostró confusa, sin duda era culpable de lo que doña Inés creía.

—¿Qué has dicho a mi madre, Evelyn? ¡Contesta! Ella estaba tranquila cuando fui a visitar a Brunilda. ¿Cómo es que de pronto se encuentra alterada?

—Mister Julián, yo solo...

—Ella solo vela por mí, ya que nadie más lo hace. Y no la reprendas por haberme dicho que tuviste la osadía de entregar un anillo de compromiso a esa... zaparrastrosa. Con razón me la endilgaste con tantas recomendaciones.

—¿Un anillo?

—¡Sí, Evelyn lo vio con sus propios ojos!

Julián comprendió todo. Lo habían espiado y malinterpretado el regalo que ofreció a la joven. Tanta maldad de parte de la doncella endureció su carácter, y se irguió ante las mujeres con frialdad.

—Me avergüenzo de ti, madre, por prestar oídos a los infundios y por negar tu ayuda a una inocente que no reclama nada, ni siquiera hace saber su necesidad. Está cosiendo como puede, torcida y sin elementos apropiados, porque tienes la mezquindad de no ofrecerle lo que a ti te sobra. Y me avergüenzo de Evelyn también, por oficiar de espía, un papel tan bajo que no merece mi consideración. Adiós. Volveré otro día, y para entonces espero que se hayan ocupado de Brunilda Marconi como es debido. Ya no lo pido, es una orden.

Renqueó hacia la puerta hecho una furia, cuando recordó que llevaba algo para su madre.

—Ah, olvidaba esto. Que lo disfrute, madre, el hijo que usted quiere es este, que parece un emperador en su trono, indiferente a las penurias del mundo. Ese no soy yo, váyalo sabiendo. Y si no le gusta, confórmese con el retrato.

Arrojó el paquete que contenía la fotografía de Ansaldi sobre la mesa de cortesía y salió, ennegrecido de pena y de rabia. Casi no veía dónde pisaba y estuvo a punto de caer sobre los adoquines al cruzar la calle.

El encuentro lo había herido en lo más hondo. Por ver a su madre convertida en una mujer ambiciosa, y por haberle recordado sus amores frustrados, el de la muchacha gitana que conoció aquel verano en que llegaron los carromatos a la estancia, y el que sintió por la maestra de la laguna, más difícil de superar por tener

que verla casada con su mejor amigo. Su primer amor lo había encontrado joven y muy crédulo: pensaba que el sentimiento bastaba y que sus padres aprobarían a esa muchacha de su misma edad, tan tierna como él entonces, sin importar el apellido ni la sangre. Fue duro el aprendizaje. Y después de haberse curtido en amores efímeros, vino Elizabeth O'Connor desde Boston, encarnando todas las virtudes que un hombre podía esperar de una esposa. En ese caso no fueron sus padres sino el destino que se interpuso, pero el dolor fue el mismo.

Julián trepó a su coche con dificultad y le indicó al conductor que lo llevase al suburbio. Exigiría de Pétalo una sesión especial de masajes para poder asistir en la tarde a la mansión Riglos. Si su padre pretendía que se codease con la clase política, no podía eludir ese compromiso. Allí se daba cita el *tout* Buenos Aires.

Francisco Balcarce completaba su atuendo de gala con un par de gemelos de oro. El frac destacaba, en lugar de disimular, su contextura fornida más propia de un guerrero que de un caballero. La herencia india, visible sobre todo en el pliegue de los párpados, era inocultable. Frente al espejo, contempló la manera en que se engalanaba su esposa. Elizabeth siempre había sido muy discreta en su modo de vestir, una costumbre adquirida en la austera sociedad bostoniana. Fran nunca olvidaría su imagen en la cima de los médanos de Mar Chiquita, ataviada con una falda marrón que rozaba la arena y una blusa blanca cerrada hasta el cuello. Y las infaltables capotitas, con sus absurdos racimos de frutas y de flores, que ella mantenía como parte de su atuendo. Los años, y su condición de mujer casada con un hombre de negocios, la habían obligado a lucir vestidos más suntuosos, como el que en ese momento acababa de presentarle Cachila.

—Con su permiso, señor —dijo la criada al descubrirlo en la recámara de su patrona.

—Gracias, Cachila, yo misma me arreglaré con esto —la despidió con dulzura Elizabeth.

—Permíteme ayudarte.

Fran se acercó y tomó el vestido de manos de la doncella, que se retiró presurosa. Elizabeth estaba cubierta solo por las medias, la camisa de seda y la crinolina. Sobre el canapé se hallaban dispuestas con prolijidad las prendas interiores que faltaban: las enaguas y el corsé, que debido a su estado había sido ensanchado en sus cordones. Fran la ayudó a ponérselas, procurando detenerse en cada sitio que rozaba con las ballenas o las cintas. Su esposa callaba. Él sabía que le costaba conservar el enojo de la otra vez, pues la mujer con la que se había casado poseía una vocación solidaria sin límites. En su fuero interno, Elizabeth añoraba sus caricias y su consuelo, y él no iba a defraudarla.

—Ahora, el vestido con el que serás la reina de la fiesta —y él expuso ante ella la exquisita pieza de terciopelo borgoña.

Hubo un momento de tensión cuando Fran deslizó sus manos bajo el corpiño, para calzarlo en la cintura agrandada por el bebé. Al encontrarse sus ojos a través del escote festoneado por volados, el último muro entre ambos se derrumbó y Elizabeth levantó su rostro para recibir el ansiado beso de amor, tan postergado. Francisco absorbió en su boca la lengua de ella, exigiendo, imponiendo su voluntad como solía hacer siempre, aunque mantuvo una presión delicada para no ofenderla. Sabía que debía andar con pies de plomo.

—Podemos quedarnos, si estás cansada —propuso, seductor.

—Hemos comprometido nuestra presencia.

—Aun así, en tu estado lo entenderán.

—Prefiero ir y regresar temprano, en todo caso. Los Riglos son excelentes anfitriones, y han respondido a nuestras invitaciones con puntualidad. Además...

—¿Sí?

—Quiero disculparme con Julián —Elizabeth se mostró turbada.

—Él entiende tus estados de ánimo.

—No es eso, no se trató de un arranque de carácter, sino de una convicción. Sigo pensando igual, pero no deseo que esto empañe nuestra amistad. Creo que Julián sufre, Fran, y no fue justo zaherirlo con sermones de decencia en estos momentos.

—¿Por qué crees que sufre? —protestó él, sentándola en su regazo e ignorando los movimientos de ella para zafarse—. Después de todo, es un soltero rico que goza de los favores de una mujer a su servicio, sin contar los de otras que se los ofrecerán gustosas para atraparlo en sus redes.

—Eres cínico. Julián no piensa así.

—El bueno de Julián, casi un santo de peregrinación.

—Te burlas. Sé bien que es un hombre con necesidades como todos, y sin embargo, al verlo con su pierna tullida y tan aislado en esa casa miserable, comprendí que quiere mantenerse fuera del mundo, que no ha perdonado lo que le ocurrió.

Francisco frunció el ceño, pensando que se refería a su casa miento.

—Allá en las tolderías debió de pasarle algo tremendo, Fran, que él jamás dijo. Recuerdo que en la estancia se mostró muy turbado por la presencia de indios en tierras de su padre. Puedo ver cuando alguien guarda un dolor en su corazón.

—De eso no me cabe duda, esposa mía, tienes un don para encontrarte siempre con el que sufre o necesita algo.

—Ese don te ayudó también, ¿verdad? —repuso ella, pícaro.

—Por supuesto, lo aproveché todo lo que pude.

—¡Fran, eres imposible!

—Es que me vuelves loco, querida, tengo que mantener tu atención de algún modo. Quizá me caiga del caballo o me contagie alguna fiebre.

—No digas pavadas, ni en broma.

Fran deslizó su mano bajo el vestido, buscando el sitio tibio de la entrepierna, y allí la dejó, gozando de la debilidad de ella, que se derretía en sus brazos.

—Debemos ir —protestó Elizabeth—. El traje se te arruinará.

—El que arruina los trajes soy yo, parezco un mono disfrazado.

Elizabeth se echó a reír y plantó un beso ligero en los labios de su esposo. Se incorporó y buscó en el canapé los guantes y el ridículo. Fran tomó de una caja el aderezo de ágatas y se lo colocó, no sin antes acariciar su cuello perfumado de lilas.

—Estamos listos —anunció ella.

Al salir, Cachila aguardaba con una capa para cubrir los hombros de su patrona.

—Está más linda que nunca, Miselizabét.

Francisco se volvió antes de cerrar la puerta, y le dijo:

—Es el amor, Cachila.

La joven criada se tapó la boca, muerta de risa y colorada hasta las orejas.

La mansión Riglos se destacaba por su ubicación privilegiada, en el frente oeste de la plaza Victoria. Desde allí, su balcón era un mirador espléndido, un palco *avant-scène* de todo acontecimiento ciudadano. La reja sencilla, sin oropeles, se vestía de gala en cada desfile patriótico, cuando las muchachas coronaban los barrotes y las ménsulas con flores y cintas celestes y blancas. Más de un idilio se había gestado en aquella balconada, y esa fama acentuaba el prestigio de una de las casas de pro de la ciudad.

En ese atardecer, las farolas iluminaban los carruajes que desfilaban con los invitados al convite. Todos sabían de la esplendidez de los anfitriones y gozaban por anticipado de los lujos y placeres que encontrarían.

El coche de Julián se detuvo sobre la calle Bolívar. Bajo la luz amarilla del portalón de la entrada vio a los esposos Balcarce. Elizabeth lucía hermosa y sonriente mientras se aferraba al brazo de Francisco, que velaba por ella cuidando que no tropezase en los peldaños con su vestido. Aunque pudo haberlos alcanzado pese al bastón, prefirió esperar. Temía que alguien se hubiese enterado del desplante sufrido años atrás, y pensara mal al verlos entrar juntos. Además, él debía aceptar la idea de que jamás contraería matrimonio.

—¡Julián!

Marcelino Carrasco, exultante en su traje de gala, con un alfiler de oro en la corbata.

—Imaginé que estarías invitado, no que vendrías.

—Los Riglos son gente a la que aprecio —contestó evasivo Julián.

—Es que me diste a entender que no querías comprometerte con ninguna fémina, y en esta recepción habrá varias, en especial la de los Lezica que te nombré.

Julián reprimió un gesto de fastidio. Él acudía para introducirse en el ambiente político, casi en misión secreta, y no deseaba distraerse con nada, mucho menos en estúpidas conversaciones con doncellas casaderas.

—Harás de buen samaritano y me rescatarás, entonces —bromeó.

Marcelino festejó la chanza y entraron juntos.

El comedor de la mansión era suntuoso e imponente, aunque dentro del buen gusto que requería recato y refinamiento. La gran mesa reluciente con cubiertos de oro y plata, los tapices, las sedas, los tisús, los muebles dorados con relojes y piezas de porcelana, decoraban un banquete de por sí extraordinario por las figuras que lo engalanaban. Además de las beldades vestidas de colores diáfanos y con cabellos ensortijados, numerosos hombres de etiqueta formaban corrillos entre los cuales los mozos de librea pasaban con dificultad, ofreciendo licores en bandejas de plata. Julián reconoció a muchos de los socios de la reunión de hacendados, así como a viejos amigos de su padre y antiguos camaradas del Club del Progreso. Era evidente que allí, en lo de Riglos, se daba cita la élite más granada de la sociedad porteña.

—No mires a tu derecha —escuchó decir a Marcelino—, a menos que desees ser capturado por un revoleo de abanico.

El grupito de mujeres que conversaba junto al cortinado no le quitaba la vista de encima. Semejaban un ramillete de flores que el viento balanceaba, con sus faldas como corolas girando y entrechocándose, y los abanicos sacudiéndose al compás de los murmullos. Julián distinguió a algunas que frecuentaban su casa cuando él era apenas un muchacho. Estarían ya casadas, lo que no impedía que le dedicaran miradas seductoras. Incluyó la cabeza hacia ellas y fue correspondido con abrumadoras sonrisas. Del otro lado de la mesa, ocultas tras los candelabros, las más jóvenes cuchicheaban bajo la supervisión de madres y tutoras. En sus cabellos, profusión de cintas de tonos pastel, y las cinturas adornadas con fajas de seda y ramitos de flores. Él era algo mayor para que esas niñas lo abordasen, de modo que siguió mirando en aquella dirección segura, cuando vio a Elizabeth que caminaba resuelta hacia donde ellos estaban.

—Julián, querido... Esperaba verte.

Se hicieron las presentaciones, y Marcelino se asombró al saber que Elizabeth O'Connor era una de las educadoras que Sarmiento había hecho venir desde Norteamérica. Con su gracia habitual, ella restó importancia a su tarea y se refirió a la formación de nuevas maestras en los cursos normales. Habló de Livia y de sus virtudes, a tal punto que Julián creyó que estaba intentando encontrar en Marcelino un esposo para la joven. Por fin, cuando Fran se acercó, ella pudo susurrarle:

—No veía la hora de disculparme contigo por mi conducta de la otra noche.

—Lizzie, no debes.

—No, no, escúchame bien. Insisto en que hay que hacer algo por esa pobre chica, pero entiendo que fui muy grosera al echarte en cara una situación de la que no eres responsable por entero.

—¿Y cómo sabes que no soy responsable de la suerte de Pétalo?

—Porque vi en sus ojos que ella siente algo por ti. Y no sería así si fueses un explotador.

Julián se quedó de una pieza. Él sabía que Pétalo sentía gratitud por haberla sacado de aquel sitio, sin sospechar nunca que la joven china albergase otro

sentimiento. En cierto modo la había subestimado, no imaginó que ella pudiese mirarlo como a un igual y sentir amor por él. Sin advertirlo, veía a Pétalo como lo que era: una mujer al servicio de los hombres, por más que él la tratase bien. Esa revelación lo angustió. ¿Qué haría con una concubina enamorada? De pronto, las actitudes de la joven adquirieron otro sentido, se tiñeron de un propósito, y Julián temió que Pétalo sufriese al no poder cumplir su sueño. Porque él jamás la desposaría, como no desposaría a ninguna otra mujer. Aquella que lo amase debería conformarse con lo que pudiera darle: migajas del hombre que había sido.

—¿Seré perdonada, entonces?

—Mi querida Lizzie, jamás podría enemistarme contigo, ni aunque me corrieses.

—Eres un hombre bueno, Julián. Ven, quiero presentarte a alguien.

—Que no sean candidatas, por favor, no me castigues con eso.

Elizabeth lo golpeó con suavidad con su abanico de varillas perfumadas.

—Eres un diablo. Pero no, no se trata de doncellas casaderas, sino de alguien más interesante, una muy buena amiga mía.

Julián se dejó llevar hacia un ángulo del comedor donde un reducido grupo de mujeres conversaba con serenidad, lejos de intentar llamar la atención masculina. Una entre todas las damas resultaba singular, con su rostro aristocrático realzado por el rubio ceniciento de su cabello, y su traje de corte francés en cuyo escote se destacaba un *pendentif* de oro con una gema del mismo azul de sus ojos. Era una bella mujer de años bien llevados. A Julián le gustó el talante cordial con que se dirigía a las demás, ajena a las distancias protocolares.

—La condesa de Chavegnac, Alice Le Saige de la Villesbrumme —la presentó con orgullo Elizabeth.

—Un placer, *Madame* Le Saige.

—El doctor Julián Zaldívar y Durand, un querido amigo de nuestra familia.

Julián sintió un pinchazo de dolor al ser presentado de modo impersonal como «amigo de la familia», aunque comprendía que no hubiese sido oportuno que Elizabeth lo llamase «amigo íntimo» o algo así. La condesa, que no podía sino ser francesa, extendió su mano enguantada con evidente placer. Se notaba que le fascinaba el mundillo elegante, por eso la acotación de Elizabeth fue desconcertante:

—*Madame* Le Saige está a punto de irse al Chaco salvaje, para instalarse allá.

Ante la sorpresa pintada en el rostro del hombre, la propia condesa exclamó:

—Loca no estoy, si es lo que está pensando, *Monsieur*. Tengo mis razones para buscar un nuevo lugar para vivir, y no está ausente de ellas mi pasión por la aventura, *bien sûr*. Mi propósito, sin embargo, es montar mi propio establecimiento ganadero. Soy ante todo mujer de negocios, pese a mi título, que ya no vale nada en *la France*. Hay que seguir el ritmo de los tiempos, algo que mi esposo no supo hacer, me temo.

La condesa era una mujer cautivante, aunque lo que atraía en ella era su espíritu, que se adivinaba indómito. Julián entendió por qué Elizabeth cultivaba su amistad: ambas poseían un temperamento apasionado que crecía ante los desafíos.

—Mi paso por Buenos Aires es fugaz, he venido invitada por el cónsul francés y, más que nada, para efectuar las compras necesarias.

—¿Alguien la aguarda allá donde usted va? —quiso saber Julián, cada vez más intrigado.

—Oh, sí, hay un hombre, es decir... un administrador que se me adelantó y ya está gestionando los terrenos. Pero no viajo sola, me acompañan mis hijos, que ya se comportan como hombrecitos.

La situación era insólita, como de seguro pensarían aquellas damas que escuchaban con atención, y sin embargo ninguna puso cara de disgusto ni de condena ante la actitud liberal de la condesa. Estaba claro que la aristócrata hechizaba con su modo de ser, que abatía todas las convenciones.

—Si puedo serle útil en algo, condesa, estaré a su servicio —ofreció galante Julián, mientras se preguntaba si estaría agregando a la dama aventurera a la lista de mujeres que complicaban su vida.

—Zarparemos en dos días en un vapor que remontará el río hasta Resistencia. Agradezco su amable oferta, *Monsieur*, la tomaré en cuenta. Por cierto, *chérie* —dijo de pronto, volviéndose hacia Elizabeth—, traje para usted este dije. Deseo que lo conserve, esta invocación siempre me ha acompañado en la vida.

Extrajo de su ridículo una medalla con la imagen labrada de Santa Ana, y se la entregó. Elizabeth la contempló en la palma de su mano, conmovida. A su mente vino el recuerdo de otra medalla, obsequiada también en honor a la amistad tiempo atrás, cuando se encontraba en una Buenos Aires asolada por la peste. En aquella ocasión, el regalo vino de un ser celestial, una hermana de la Caridad que asistía a los enfermos y a la que jamás volvió a ver. Siempre lamentó la pérdida de aquel dije entre los roquedales del desierto, cuando un chamán extranjero la hizo cautiva. Se prometió que no ocurriría lo mismo con la imagen de Santa Ana.

—Que ella la proteja, condesa —susurró.

—Siempre lo ha hecho. Llevo conmigo una estatua de tamaño natural que extraje del oratorio de mi castillo en la *Cheronne*. Pienso hacerle un santuario y poner bajo su protección la finca que construya.

—Si me disculpa, condesa, permítame sugerirle que indague un poco acerca de la tierra adonde se dirige. Acá estamos familiarizados con los indios del desierto, pero tengo entendido que allá en el monte y la selva hay tribus muy salvajes, amén de las dificultades del desborde de los ríos, el aislamiento...

—Ya me ha dicho el cónsul todo eso, *Monsieur* Durand —y la dama eligió pronunciar el apellido inglés de Julián—. Yo agradezco tanta consideración hacia mi persona, pero cuando tomo una decisión, es difícil disuadirme.

Lo dijo con una sonrisa tan encantadora, que Julián estuvo a punto de convencerse.

En ese momento se les acercaron los anfitriones de la velada, que recorrían el salón saludando a cada uno de los invitados. La amabilidad y el *savoir-faire* de los

Riglos encontró eco en la condesa, que se explayó con ellos acerca de la colonización francesa de los territorios adonde se dirigiría.

Elizabeth miraba a Julián con picardía. Se imaginaba el curso de sus pensamientos, acerca de la cabezonería de las mujeres. Recordaba cuántas veces había intentado disuadirla para que se instalase en Buenos Aires, en lugar de enseñar a los pobres niños de la laguna. Ella jamás se había arrepentido. En aquel sitio desolado había encontrado el amor.

Fue en ese instante que un murmullo subido de tono provocó que todos girasen sus cabezas en dirección a la puerta. Del otro lado del salón, su amigo Marcelino le hacía señas disimuladas. Julián vio entrar a un hombre en la plenitud de sus días, imponente con su barba profusa y sus patillas, que avanzaba con paso firme a medida que estrechaba las manos de los que se apretujaban para acercársele. Sin necesidad de preguntar, supo que se trataba del doctor Alsina. Ningún otro tendría aquel empaque campechano, que no hablaba de soberbia sino de seguridad, ni aquella firmeza en la mirada que se clavaba en la del interlocutor. Se había formado un claro a su alrededor como si se tratase de un príncipe, y los Riglos se dirigieron hacia allí para darle la bienvenida y evitarle la incomodidad de tener que saludar a todo el mundo. La llegada de Alsina dio la oportunidad de anunciar el comienzo del ágape, y los invitados ocuparon sus asientos en torno a la mesa. Era el hombre que aguardaban, entendió Julián, y si el ministro asistía a una reunión que don Miguel Riglos ofrecía por asuntos personales, era evidente que aquella familia estaba más relacionada de lo que él había supuesto. La reunión elegida para comenzar a tejer su participación en asuntos políticos no podía haber sido más acertada.

Como era de esperar, aun aquellos que se habían manifestado en contra de los planes del ministro se mostraron encantados de apoyarlo en todo cuanto dijese. Julián, ubicado dos lugares a la izquierda del hacendado Silverio Salas, escuchó cómo este alababa la decisión de encarar el tema de la frontera, que ya no podía tolerarse más. Siempre le había repugnado la hipocresía, soportaba solo la mínima que la sociedad requería. Él era un hombre franco y cordial, o al menos lo había sido en sus buenos tiempos. Silverio Salas ya le disgustaba desde aquel viaje que tuvo que hacer en su compañía, y escucharlo mentir alabanzas fue demasiado hasta para su natural indulgencia.

—Perdone usted, don Silverio —le dijo, interrumpiendo su catarata de elogios— que tenga mis dudas acerca de la conveniencia de emprender tamaño esfuerzo en estos momentos de crisis.

Julián no hacía sino expresar la misma opinión que tanto el hacendado como su padre sostenían, para así ponerlo a prueba.

El rostro de Salas adquirió un tono carmesí, pues entendió la ironía.

—Esas dudas, mi querido doctor, se las aclarará el señor ministro, de seguro —objetó.

Alsina observaba el intercambio desde su sitio del otro lado de la mesa, y con su frontalidad característica, espetó a Julián:

—¿Y cuáles son sus dudas, señor?

En cierto modo, Julián ansiaba el intercambio con el ministro, ya que Salas no le resultaba un interlocutor confiable.

—Tengo por cierto, señor ministro, que el erario está algo falto de recursos, y que una empresa de tal magnitud como la que propone Su Excelencia podría mermarlo aun más, en detrimento de las gentes de bien que sostienen la República con su esfuerzo.

Julián se maravillaba de haber encontrado argumentos en pro de la idea de su padre con la que él mismo no comulgaba. Bien merecido tenía el título de abogado.

—Es en beneficio de esas mismas gentes que se hace, mi estimado...

—Julián Zaldívar y Durand.

—Pues bien, señor Zaldívar, el foso que se planea efectuar sería la paz en la frontera, cosa que interesa a muchos pobladores del interior de la provincia. Su padre, por ejemplo —agregó Alsina, sorprendiendo a Julián con su conocimiento de las personas.

—Debo confesar que discrepo con mi padre sobre este punto. Tal vez, las circunstancias poco favorables que nos precedieron obren sobre su parecer. El mío está más cerca de la zanja de lo que usted podría pensar.

Alsina miró con interés a ese joven que él hubiese considerado «pituco», al igual que lo haría Sarmiento dado su porte aristocrático, y que sin embargo manifestaba claridad de pensamiento y otra cosa que el ministro valoraba por sobre todo: sinceridad.

—Celebro contar con, al menos, una parte de su aquiescencia. Opiniones sobran, pero son valiosas solo aquellas que preceden a la acción. Estos son tiempos de hechos, señor Zaldívar. Sé que su padre es un hombre cabal, y si su opinión hoy no coincide con la mía la respeto, porque sus razones tendrá.

Ya fuese por la referencia a su padre, o por el modo llano de expresar sus ideas, la figura de Alsina cobró una nueva dimensión para Julián. Él sabía ya de su influencia como jefe del partido autonomista, del respeto reverencial que engendraban sus palabras, de las caricaturas que circulaban con malicia en libelos y periódicos, donde lo único que podían encontrar para zaherir a la colosal figura era el tamaño desmesurado de su sombrero de copa. Todo eso ya lo había impresionado antes de conocer en persona al caudillo. Verlo enfrente, sentado con comodidad a la mesa de un banquete, escuchando con paciencia y luego contestando con mesura y firmeza, le resultó revelador.

—Siempre pensé —seguía diciendo Alsina— que entre argentinos las cosas no se discuten, se hacen. Puedo equivocarme fiero, pero así lo siento y no sería honesto si no hiciese lo que siento.

Hubo un instante de silencio al que siguieron calurosos aplausos, como si el caudillo estuviese en un mitin político. El hombre rechazó aquello con un gesto.

—Nada de eso. Estamos departiendo entre amigos, como gente civilizada. Y siguiendo las formas republicanas, elevaré una memoria de mi ministerio al Congreso.

—Coincido, señor ministro —dijo de pronto Julián, sabedor de la mirada siniestra que le lanzaba Silverio Salas.

—Bienvenido al ruedo, entonces. Brindemos por un venturoso final para las correrías de los salvajes en la frontera.

El tintineo de las copas y las felicitaciones llamaron la atención de Francisco, que se encontraba en otro sector de la inmensa mesa. Calibró que Julián habría impresionado a varios con su verba, y al notar que Adolfo Alsina estaba entre los comensales cercanos, deseó que fuese el caudillo uno de ellos. Notaba un cambio en Julián desde su llegada, lo veía menos preocupado por su pierna mala y más atento a lo que lo rodeaba. Los aires del país le habían sentado bien.

El resto de la velada transcurrió en amable distensión. A la hora de los cigarros y los licores los hombres se apartaron, y las damas encontraron solaz en el encantador salón de doña Dolores, con sus paneles color crema con apliques dorados, y sus mesitas para el *whist* y el *bacarat*. La condesa de Chavegnac resultó una excelente jugadora, y sus agudas observaciones concitaron el interés y las risas de las otras, encantadas de departir con una representante de la nobleza europea, aunque estuviese a punto de internarse en la selva. Elizabeth se alejó en busca de un refresco, y descubrió a una figura solitaria en el invernadero. La joven miraba con añoranza a través de los cristales, y advirtió la presencia de la señora de Balcarce cuando la tuvo al lado.

—¡Miss O'Connor! —exclamó sorprendida.

—Hacía mucho que nadie me llamaba así. Es un gusto verla, señorita Lezica. ¿Por qué tan lejos de la compañía de las otras jóvenes?

La muchacha se encogió de hombros.

—Me encuentro algo nostálgica.

—Delicias de la juventud. Verá usted que, cuando se tienen niños, ya no hay tiempo ni para sufrir.

—Me gustaría poder comprobarlo —repuso con tristeza la joven.

Era bonita dentro de los cánones de la época, sin ningún rasgo sobresaliente. Nariz recta y fina, boca delgada, mejillas redondeadas y ojos castaños con tonalidades verdosas formaban un conjunto armonioso, realzado por el cabello ensortijado en torno a una frente alta y estrecha. Leticia Lezica era una joven que poseía excelente dote, estaba comprometida con un héroe de la guerra del Paraguay, y hasta donde Elizabeth sabía, pronta a casarse. Le extrañaba la melancolía de la muchacha.

—Me han dicho que la ocasión se halla muy cercana. ¿O no tienen fecha de casorio el teniente Leandro Paz y usted?

Las lágrimas titilaron en las pupilas de Leticia al mencionarse el nombre amado.

—Llevamos tiempo comprometidos y aún no hemos fijado la fecha.

—¿Es eso lo que la tiene atribulada, muchacha? No es extraño, tratándose de un militar. De seguro estará en alguna misión, nunca faltan motivos para enviar tropas.

—Las misiones se las busca él, *Miss O'Connor*, pues hace rato ya que mi padre le insinúa la conveniencia de sentar cabeza —y la joven se ruborizó, sin duda por la infidencia que cometía al contarle a una extraña su situación—. Mi hermana segunda ansía que me case pronto, para seguir mis pasos. Somos tres mujeres en la familia, *Miss O'Connor*, imagínese.

Elizabeth se sintió de pronto vieja, al verse en el trance de aconsejar sobre amores a una mujer más joven. Su natural pudo más y le dijo en tono cariñoso:

—Queda entre usted y yo, señorita Lezica, pero debo decirle que la conquista del amor nunca es fácil. Así como me ve, casada y feliz, con dos hijos y otro en camino, he tenido que padecer la indiferencia del que es hoy mi esposo —y se congratuló del interés que despertaba en Leticia, que la miraba con ojos agrandados—. Sabe Dios que cuando llegué a estas tierras no esperaba más que dedicarme a la enseñanza, pues para eso me había preparado. Apenas acudí al lugar que creía mi destino, conocí al señor Balcarce, que a la sazón estaba atravesando una etapa difícil en su vida. Puedo asegurarle que él me hizo más difícil aún la mía, con sus desplantes y sus misterios. Si a eso le agrega el drama de la epidemia de fiebre amarilla que se desató en la ciudad en aquel tiempo, se imaginará mi desolación. A punto estuve de regresar a mi país, donde al menos tendría el consuelo de mi madre. Algo hay en nuestros pasos, mi querida, que nos guían hacia donde debemos ir, ya que decidí quedarme, y con el tiempo, el amor que nos teníamos comenzó a abrirse paso entre las nubes de la sospecha y el dolor. No fue fácil, eso sí, pero al final del camino, es mil veces más dichoso. Tampoco el matrimonio es el término de todas las peleas y desencuentros, porque así es la vida. Sea paciente, Leticia, que el amor triunfará. Si es auténtico llegará a buen puerto como llegué yo, después de un viaje azaroso, adonde debía llegar.

Cientos de desventuras había omitido Elizabeth en su breve relato, detalles que no era preciso que aquella joven supiese, porque atentarían contra su tranquilidad. Ella conocía de vista al teniente Paz, mozo apuesto y florido de gran suceso entre las damas. Sería tal vez ese el motivo de tanto sufrimiento, quién sabía... Un héroe de guerra, máxime si era de una familia bien, constituía un imán para las cazadoras de Cupido.

Deseó a la joven de los Lezica un pronto encuentro con su novio, y la animó a volver a la fiesta, que estaba en su esplendor.

—¿Te diviertes?

Fran le salió al cruce cuando la vio salir del salón femenino.

—Sí, aunque me siento cansada. Creo que haríamos bien en retornar.

—Lo que mande mi dueña, solo soy su esclavo.

Elizabeth pensó en lo que le había dicho segundos antes a la niña de los Lezica y se alegró de no haber exagerado.

—Vamos, esposo mío, que este niño me pesa más que los anteriores, sin duda debo de estar más vieja.

Ella se aferró al brazo de su marido y juntos emprendieron el largo camino de los saludos y ceremoniales. Un asomo de preocupación turbó la frente de Francisco al escuchar a Elizabeth. También él la veía agotada, pese a que mantenía en alto su espíritu y jamás se quejaba. Ojalá el parto de ese bebé fuese rápido y sin complicaciones, pues no toleraría otros desvelos como los que había tenido con sus hijos ya nacidos.

Hicieron señas a Julián, y luego de recuperar sus abrigos treparon al faetón de cuatro ruedas y partieron rumbo a su hogar, envueltos en una confortable intimidad.

La noche aún tenía varias horas para ofrecerles, y Francisco no desaprovecharía la ocasión de hacerle el amor a su esposa. Adoraba la languidez con que se dormía en sus brazos al final. Él, que en sus tiempos mozos había sido un picaflor consumado, ahora no tenía otra ambición que acunar a su mujercita y disfrutar de las alegrías hogareñas.

—¿Me estaré volviendo viejo? —se preguntó con ironía.



CAPÍTULO 12

Brunilda cosía a la luz de la vela, y cada tanto estiraba la mano derecha para contemplar la preciosa alhaja que adornaba su dedo medio. Le parecía que aquella pieza poseía un poder mágico, pues desde que la usaba no era capaz de suspender la costura, ni siquiera para consentir a Fígaro, que a menudo ronroneaba su disgusto por ese descuido. Tarareaba por lo bajo, temerosa de llamar la atención si la veían desvelada, y soñaba con ponerse ese vestido algún día en que los visitase el señorito. Tan pronto como le vino a la mente, desechó la idea. Ella no debía concebir ninguna esperanza en Julián Zaldívar, como de seguro él no le dedicaba ni un pensamiento una vez que salía de la casa. Una cosa era apelar a su caballerosidad, y otra muy distinta a su atención masculina. Ella no necesitaba que un hombre la mirase, mucho menos uno como el señorito Julián, acostumbrado a darse los gustos como si estuviesen creados solo para él. Bien que sabía ella de los apetitos de los hombres...

Nadie le había llevado la bandeja con la cena, y recordó que Evelyn había dicho que cuando eso sucediese debía procurársela ella misma. Ya el reloj de arena se había vaciado una y otra vez, así que Brunilda suspiró resignada y dejó a un lado su labor. Guardó el dedal en una gaveta del tocador, pues la horrorizaba pensar que podía caer en las garras de Fígaro, tomó la palmatoria, y cubierta por su chal de lana recorrió los patios de la casa hasta llegar al fondo, donde se levantaba la cocina junto a la despensa y el gallinero. Era también el lugar de las cuadras, que despedían un cálido aroma de grano y paja. A la temblorosa luz de la vela, Brunilda buscó entre los estantes de la despensa algo para llevarse a la boca. Encontró una cesta de panes y una horma de queso envuelta en un lienzo. Bastaría. Para no despertar sospechas y evitar que alguien se apareciese en su cuarto, decidió comer allí mismo. El silencio en la casa decía a las claras que todos dormían, incluso el cuidador de los caballos. Sintiendo miserable por tener que hurgar en procura de un mendrugo y por la soledad que enfriaba su corazón, recordó con nostalgia las noches y los días en El Duraznillo. Allí nunca la trataron con desaire ni le enrostraron su condición de huérfana, al contrario, tanto don Armando como Chela se preocuparon por evitarle el desamparo y le buscaron tareas que la hicieran sentirse digna del cobijo que recibía. Qué gentes tan distintas, pese a estar emparentadas con el patrón Zaldívar... ¿Cómo pudo el señor haberse casado con una mujer tan fría como doña Inés? Brunilda no hallaba explicación, a menos que la madre del señorito se hubiese convertido en una persona amargada a raíz de esa enfermedad a la que su hijo aludía. Al principio ella creyó que le exigirían trabajos forzados en la casa, y a esas alturas, casi prefería eso a permanecer aislada como una paria en un cuarto olvidado. Si no fuese por Fígaro... El animalito era tan intuitivo que ni maullaba, sin duda atemorizado por los gritos de doña Inés y los aspavientos de Evelyn.

Avivó las brasas y acercó al rescoldo una pavita, para prepararse una infusión. Confiaba en encontrar hierbas en algún sitio, así como había dado con el pan y el queso. En la casita del Tandil solía preparar tisanas para Filipa y Pasquale antes de dormir. Aquel era un momento especial, cuando los tres se sentaban frente a la puerta en verano, o en torno a la mesa en invierno, y degustaban el té en silencio o escuchando las remembranzas de alguno de los Marconi. Qué feliz había sido, y de qué manera abrupta perdió esa felicidad... Una lágrima cayó sobre su mano. Se la sacudió con vigor y decidió que no podía regodearse en la desdicha, debía ser fuerte para sobrevivir a esa y a otras tragedias que el destino pudiera enviarle. Su gato dependía de ella, no iba a permitir que volviese a deambular desahuciado. Tomó un puñado de hojas de tilo y las machacó en un mortero. Luego quemó una pizca de azúcar y preparó un delicioso brebaje sedante. Se sentó sobre un banco para disfrutarlo, cuando le llamó la atención un ruido que provenía de las cuadras.

Julián había partido temprano de la fiesta también, pues en gran medida su cometido se cumplió cuando el doctor Alsina lo invitó a participar de las reuniones de su partido. Además, la presencia de Silverio Salas le resultó tan desagradable que prefirió alejarse. El hacendado lo miraba con envidia desde lejos, amoscado por la intención que captó en sus palabras. Julián supo que se había granjeado un enemigo. Y no sería el último, ya que las lides políticas producían esas consecuencias. Decidió pasar por su casa, por ese pálpito que lo acometía a veces y gracias al cual había podido intervenir en el conflicto entre Brunilda y su madre. Dado lo avanzado de la hora, era imposible golpear en el frente, de manera que rodeó la casa para penetrar por las cuadras, el único sitio de acceso que le quedaba. Encontró al cochero dormido sobre un recado, como los gauchos, sin otro techo que el alero, y sorteó los obstáculos con cuidado, para no importunarlo. Severo era un hombre mayor, no deseaba turbar su sueño.

Se paró en seco al presentir que no estaba solo. Había alguien en la cocina. ¿Evelyn? Quizá estuviese preparando algún brebaje a su madre... Tal vez la cocinera estuviese enferma... Julián irrumpió en la estancia, ansioso por saber si algo marchaba mal.

Al débil resplandor de una vela y del fuego escaso de la chimenea, vio la silueta familiar de Brunilda Marconi. Se encontraba arrebujada en su chal, con un jarro entre las manos. Miraba hacia donde él estaba con aprensión, debía de haberlo escuchado, como él a ella.

—Soy yo, no te asustes.

Julián avanzó hasta que el resplandor dio de lleno en su cara. Pretendía tranquilizarla, pero ella se angustió al ver de quién se trataba.

—¿Te sientes mal?

—No.

—Vine para saber cómo iba todo, asegurarme de que hubiesen hecho las paces. Brunilda permaneció callada.

—Entonces no hablaste con mi madre, como te dije.

La joven lucía contrita.

—Está bien, entiendo que no es fácil de abordar, sobre todo si está en uno de sus días malos.

—No he vuelto a ver a doña Inés.

—¿Ni siquiera durante las comidas?

Brunilda no sabía cómo decirle que ella comía a solas en el cuarto y que esa vez ni siquiera se habían acordado de alcanzarle la bandeja.

—Tampoco.

Julián suspiró con aire cansado. Se sentía culpable de haber provocado una situación enojosa y a la vez, furioso por el carácter empeinado de su madre.

—¿Qué bebes?

—Té de tilo.

—Huele bien. ¿Queda un poco?

La joven se levantó de prisa y sirvió en la taza más linda que encontró el resto del brebaje. Buscó con la mirada algún mantelito, pero ya Julián le había quitado la taza y se acomodaba junto a ella en el banco. Brunilda se puso tiesa al sentirlo tan próximo. Él no se daba cuenta de nada y saboreaba el té como si fuese una delicia exótica.

—Está riquísimo. ¿Qué le pusiste?

—Azúcar quemada.

—Veo que tienes tus trucos —con fugacidad, recordó el té de Pétalo—. ¿Qué más sabes hacer, Brunilda?

Él percibió la calidez que emanaba del cuerpo de la muchacha y ese aroma silvestre que lo había impresionado la primera vez.

—¿Tiene vainilla, acaso? —volvió a referirse al té.

Ella denegó, y él encontró propicio el momento para indagar en su intimidad.

—Entonces, la que huele a vainilla eres tú. ¿Sabes preparar perfumes caseros?

Ignorando el sobresalto de Brunilda, Julián acercó su cara al cuello femenino y aspiró con fruición. Sonrió como si hubiese descubierto un secreto divertido.

—Exacto, te aplicas un filtro de vainilla. Tienes muchas habilidades, Brunilda, y me gustaría conocerlas todas.

La joven se deslizó hacia el extremo del banco, procurando poner distancia sin que él lo notase, pero el señorito era un hombre ducho en las lides del cortejo, pues con rapidez extendió la pierna sana y la atravesó en su camino.

—Este té me resulta relajante. Creo que voy a pedirte la receta, o mejor aún, vendré a que me lo prepares con tus manos. Esas manos mágicas saben coser, curar gatos malheridos, fabricar fragancias y quizá, apaciguar los deseos de un hombre.

Julián no había bebido demasiado, aunque esa noche sentía cierta embriaguez por su exitosa velada, lo avanzado de la hora y la cercanía de la hermosa mujer que lo intrigaba más allá de su entendimiento.

—Me gustaría saber qué hay bajo esa apariencia sumisa —prosiguió—. Tizones en tus ojos, y un temperamento fuerte, o habrías caído en manos de cualquiera al quedarte sola. Dime, Brunilda... ¿Cuál es tu verdadero ser?

Aquel interrogatorio intencionado la descolocó, un cosquilleo de temor y de excitación la recorrió entera. Brunilda deseó haber estado cerca de la puerta para huir a toda carrera, pero en el banco él había ocupado la posición ventajosa y ella no podía llamar a nadie. Todos en aquella casa estarían de parte del señorito. Hasta la acusarían de pretender seducirlo. Ese recuerdo ingrato le enfrió la sangre y encontró las palabras:

—Aléjese, o verá de lo que soy capaz.

—Eso es justo lo que quiero averiguar. Te creí capaz de seducir a mi padre, y Chela me sacudió las orejas. En cambio, no sabía que fuiste capaz de cruzar la sierra para encontrar refugio en El Duraznillo, eludiendo todos los peligros. Tampoco sabía que eras capaz de trabajar con tanta delicadeza las labores. ¿Quién te enseñó?

—Filipa —y una sombra cruzó los ojos de Brunilda al mencionarla.

—Hizo un buen trabajo. Y no pudo haber tenido mejor hija si la hubiese sacado de sus entrañas. Consuélate, Brunilda, tus padres adoptivos te dieron una buena educación. Ellos no querían que te derrumbaras. Eres muy joven, con una vida por delante. Y un oficio que puede ayudarte, aunque debes tener tiento con eso, las mujeres que salen a trabajar a veces se topan con gente mal nacida que aprovecha su debilidad. Por eso quiero que trabajes aquí, bajo la supervisión de mi madre. Y la mía.

Brunilda se estremeció.

—Me temes, puedo sentirlo. ¿Por qué? Jamás le he hecho daño a una mujer.

Daño, en el sentido que se le daba a la palabra, ella estaba segura de que no, sin embargo él era muy capaz de dañarla aun creyendo que no lo hacía. Los hombres siempre causaban daño, fuera o no con intención. Se había jurado mantenerse alejada, aunque su situación la volvía dependiente de Julián Zaldívar, como no lo había estado con su padre. Allá en la estancia era Chela la que trataba con ella, la que conocía sus estados de ánimo y acudía a sermonearla cuando se volvía huraña. Pensar en Chela le arrancó una nueva lágrima.

—Vamos, vamos, no llores. Sabes que no resisto las lágrimas femeninas. Mucho menos si me creo la razón de ellas. ¿Es así, Brunilda? ¿Lloras por mí, porque me temes?

La voz se había vuelto un susurro que acariciaba su mejilla. Julián estaba muy cerca, a punto de enjugar la lágrima con sus labios. Brunilda volvió el rostro para impedirlo y encontró esa mirada a la que tanto temía: azul de hielo con una chispa de ternura. Se quedó paralizada por los ojos del hombre y no advirtió la mano que la tomaba de la cintura ni la pierna que se enlazaba con la suya hasta que fue muy tarde, y la boca del señorito Zaldívar se estampaba con pasión sobre la de ella, oprimiéndola con fuerza y obligándola a ceder. A ceder... a entregar lo que alguna vez había

soñado con reservar a un galante esposo, lo que toda mujer atesoraba. La boca masculina se movía con precisión, logrando su propósito en cada acometida. Brunilda no era dueña de su voluntad, su cuerpo estaba pegado al del hombre ya ni sabía de qué forma, y sus labios se abrían sin poder resistir el embate fiero de la lengua. El beso fue tan voraz, que un gemido ronco brotó del pecho de la joven, incontrolable. Julián lo recibió con júbilo, saboreando la rendición por anticipado. La mano que aferraba la cintura se deslizó más abajo, buscando la redondez de la cadera. El aroma de vainilla lo embriagaba y el sabor del azúcar quemada en la boca femenina se le subía a la cabeza como un champán burbujeante. Sentía la urgencia de devorarla por entero, una pasión quemante latía en sus venas y no pensaba con claridad cuando la acariciaba con tal descaro. De pronto, un dolor punzante se le clavó en las costillas. Aturdido, se echó hacia atrás y contempló con asombro el cuchillo de cortar el pan, que Brunilda blandía como si fuese un facón. Los ojos negros eran tizones, sí, pero encendidos con brasas de furia y de miedo. Julián retrocedió más ante esa mirada que ante el filo de la hoja.

—Lo mataré si vuelve a atacarme.

Las palabras sonaron bajas y amenazadoras, como salidas de otra persona, de una mujer salvaje y herida.

—No hace falta. Ya me voy. No te he atacado, Brunilda, hemos compartido un beso.

Ella no cambiaba la expresión ni bajaba el cuchillo.

—Vete a dormir, no vayan a encontrarte aquí con un arma en la mano. Sabes que debes hacer buena letra.

Mientras lo decía, se arrepentía de sus propias palabras. Hacer buena letra no incluía soportar los avances del dueño de casa. Era indigno que pusiese a la muchacha entre la espada y la pared, aunque Brunilda no se veía para nada indefensa en esa postura. Si él quería vislumbrar algo del temperamento escondido, acababa de tener una buena muestra.

Al salir al fresco nocturno, la maraña de su mente se aclaró y pudo avergonzarse de su comportamiento insólito. Él no acostumbraba a tomar lo que no le ofrecían y, debía ser honesto, la muchacha no hacía nada por cautivarlo, su sola presencia bastaba para encender su sangre. Se desconocía en ese papel de Tenorio. Él había tenido grandes amores, y fugaces encuentros que no dejaron huella, y en ningún caso había sentido ese olvido de sí mismo, esa pasión arrebatadora que lo despojaba de su compostura. Una muchacha desvalida, pálida y silenciosa, había logrado despertar en él un monstruo de lujuria. Nada se parecía esa sensación a la que lograba arrancarle Pétalo con sus caricias expertas. Brunilda ni siquiera lo tocaba; solo con mirarlo y quedarse quieta mientras emanaba de ella ese aroma casero le provocaba una reacción tan intensa que, a pesar de caminar bajo las estrellas un buen trecho, no conseguía aplacar.

Era una mujer extraordinaria. Y otra vez, prohibida para él.

Pétalo se adormecía, sumida en una nube de opio. Confiada en la ausencia de su señor, había dedicado la tarde a sus abluciones y a embellecerse. Aprovechaba las horas solitarias para esos placeres, pues Julián no deseaba verla con polvos de arroz ni toleraba los vendajes en los pies. Así, pues, ninguna de las cualidades tan tenidas en cuenta en su país resultaban del agrado del hombre al que debía servir. Por eso Pétalo las cultivaba en secreto. Era en esas horas de soledad cuando la joven china se devanaba los sesos buscando nuevas formas de atraer a su protector hacia ella, para evitar que se sintiese tentado por otras mujeres. Una y otra vez, Pétalo recordaba las comidas que en lo de Madame Li se preparaban para el solaz de los caballeros y hasta las que recordaba de la casa de su madre, y siempre, al regresar Julián de la calle, de modo invariable le contestaba que ya había cenado y que no se preocupara por él, cuando lo que ella quería era atenderlo, homenajearlo. Había fallado también en la decoración de la casita. Habituada a las viviendas orientales, Pétalo tuvo que encontrar la manera de embellecer habitaciones que no comprendía, y lo consiguió merced a las flores que pudo cultivar, a su habilidad natural para dar forma a las telas, y a una ocurrencia insólita: despejar el espacio de la sala donde se amontonaban objetos y muebles sin ton ni son. Julián notó el cambio, y solo atinó a preguntar dónde estaba aquella mesa que él solía utilizar para leer y redactar cartas. Pétalo hasta estuvo tentada de recurrir a la amable señorita que la visitó la otra vez, pensando en sonsacarle el conocimiento de los gustos de su amado señor. Frustrada por sus intentos fallidos, cifró toda su esperanza en la atracción de la piel, de ahí que se empecinase en aceites, perfumes y flores. Si su señor no apreciaba los polvos, al menos ella luciría fresca y deliciosa.

La pipa de ébano y nácar estaba apoyada sobre un taburete al alcance de su mano. Cada tanto Pétalo fumaba, acunada por los sueños brumosos de la droga. De pronto, en una lucidez fugaz, se le representó el plan perfecto para atrapar a su amo: un bebé. Él era muy tajante en esa cuestión y le exigía preparar tisanas de hierbas para asegurarse. Librada a su último recurso, Pétalo podía omitir esas precauciones y concebir un hijo que con la ayuda de los dioses hasta podría ser varón. Un niño que continuase la estirpe de los Zaldívar, ya que Julián era el único descendiente del apellido. Esa solución pintó una sonrisa de beatitud en el rostro de la joven, y fue la antesala del sueño profundo que siguió.

Llegó el jueves del afamado té de doña Inés Durand, y Julián se resignó a pasar una hora de plantón, solo por dar gusto a su madre. Al notar el talante huraño de Pétalo, trató de conformarla con la promesa de un paseo por el río, suponiendo que alegraría el corazón de la muchacha, siempre encerrada en la casa. La joven asintió sin demostrar sus sentimientos, como si se tratase de una obligación más. Cada día que pasaba, Julián sentía más pesada su responsabilidad. Elizabeth lo había despertado de su inconsciencia: él no podía mantener oculta a una mujer, fuese quien

fuese, en forma indefinida. Y entre la cultura de la joven china y la de sus coterráneos, se abría un abismo que su buena voluntad no alcanzaba a cubrir.

Tomó su sombrero de felpa y su abrigo, y se dirigió a Pétalo con indulgencia:

—Puedes hacer lo que te plazca hoy. Volveré pasadas las seis, pero no me esperes con ningún refrigerio, pues los téns en casa de mi madre suelen ser copiosos. Y ya sabes —agregó de súbito— que puedes recurrir a la señora de Balcarce. Mi cochero volverá aquí luego de dejarme en el centro, a él puedes pedirle que le lleve recado.

Pétalo permaneció un rato asomada a la ventana después de que el coche hubo partido. El otoño había teñido de rojo algunas hojas y arrancado de cuajo otras, que el viento arremolinaba en el camino de tierra. Bajo el azul de un cielo sin nubes, las chacras lejanas parecían pinceladas de una acuarela. Pétalo se preguntaba quiénes vivirían en esas casas de techos quinchados, cercadas por palos y rodeadas de gallinas que correteaban. Por las noches, las bujías ponían una nota mágica en la oscuridad, y ella imaginaba que eran farolitos chinos en un inmenso jardín de lotos. Qué lejos estaba su país... Pese a haber sido ella la que rogó a Julián que la llevase, le estaba costando mucho adaptarse y comprender la sociedad en la que vivían.

Escuchó un trueno que no provenía del cielo y vio a unos hombres que corrían tras un grupo de caballos, lanzando alaridos y chasqueando en el aire un látigo. La caballada pasó muy cerca de su ventana, y Pétalo se asombró de los ojos desorbitados de los animales, de sus crines enredadas, del sudor que perlaba sus cuerpos musculosos, y más aún de la ferocidad con que los hombres reían y se empinaban sobre sus propias cabalgaduras. Eran hombres sucios, con las crines largas y el pecho expuesto, tan sudorosos como los caballos. Pétalo corrió las cortinas, temiendo que la viesan.

Recordó una vez en que vio unos perros flacos disputarse un ternero. Gruñendo, mostrando sus dientes largos y con expresiones fieras, aquellos animales despedazaron a su presa, todavía moribunda. La sangre manchó el camino de tierra, hasta que una lluvia torrencial la borró.

Eran sucesos bestiales, y cuando no sucedía nada de aquello, la tristeza infinita del llano la invadía. En aquel sitio no había montañas azules, ni senderos bordeando lagos, ni puentes colgantes sobre los estanques con peces; solo existía la chatura cubierta de pastos y zarzas, salpicada de árboles que no alcanzaban a turbar la monotonía.

Por eso Pétalo contemplaba las chacras, para fijar su vista en algo vivo. La melancolía del campo aumentaba el pesar de hallarse sola en la casa cuando su señor partía. Era en esos momentos que se aferraba a la idea salvadora de concebir un hijo. Con un bebé Zaldívar, nunca más estaría sola. Y tendría derecho a que la protegiesen.

Por tratarse de un té de campanillas, doña Inés había desplegado el servicio en el gran comedor. Evelyn dirigía a las criadas con mano de hierro, disponiendo los lugares y

fiscalizando el brillo de los cubiertos. Nada quedaba librado al azar. Las invitadas eran de alcurnia y doña Inés tenía su propio prestigio que mantener. Ya bastante malo era que nunca pudiese ofrecer veladas con su esposo de anfitrión como para que, además, se recluyese de la vida social por completo. Siempre daba las mismas excusas, que resultaban ciertas a medias: los problemas de la hacienda, el peligro de los indios, la necesidad de vigilar a los peones... era un recitado que elegía según la ocasión.

Desde su cuarto, Brunilda percibía el azucarado aroma del hojaldre y el inconfundible de la canela. También Fígaro fruncía el hocico al extenderse por los patios el chisporroteo de la grasa de las rosquillas de anís. No la habían llamado para que ayudase, y no creía que la convidasen al té, puesto que la evitaban hasta en los refrigerios cotidianos. Se le hacía agua la boca al imaginar los dulces y la ambrosía que de seguro habría preparado la cocinera. Se consolaba pensando que la bandeja de ese día contendría algo de esas delicias.

Julián llegó con cierto retraso, como le recordó la mirada admonitoria de su madre, que disimuló su impaciencia con una sonrisa de acogida. Estaba muy repuesta con relación a los días anteriores. La expectativa de la reunión había devuelto algo de color a su pálida tez, y le brillaban los ojos claros en el marco del fino cabello que Evelyn había peinado con maestría alrededor de su frente. Doña Inés sabía cómo lucir distinguida, y para la ocasión había elegido un sobrio vestido de *chiffon* gris, con delicados vivos plateados en los puños y el escote. Las almohadillas, bien colocadas en los hombros y las caderas, hacían su silueta más voluminosa. Julián reconoció que su madre seguía siendo bella pese a sus años y a los achaques que sufría.

—Aquí está —exclamó ella con tono triunfal, a modo de presentación de su hijo ante las invitadas.

Todas dirigieron al único heredero miradas cálidas y sonrisas de aprobación, empezando por la matrona Lezica, que se llevó a los ojos sus impertinentes, más por costumbre que por necesidad de examinar al recién llegado. Demasiado bien lo conocía como para necesitar analizarlo en ese momento.

—Qué gallardo joven —comentó, compartiendo el orgullo de la madre—. Da gusto un hijo así, tan buen mozo.

—Pasa, querido, te aguardábamos.

El leve acento puesto en la última palabra confirmó a Julián que su madre tendría algo para reprocharle más tarde.

—Buenas tardes tengan todas. Querida señora, señoritas... el placer es todo mío. Mis disculpas por la demora, estoy viviendo lejos del centro en estos días.

—Lo sabemos —se apresuró a decir la señora de Lezica— y no comprendemos por qué se aleja usted tanto de las diversiones y bellezas que ofrece nuestra ciudad. ¿Algún amor oculto, tal vez?

Fue dicho en tono bromista, dada la confianza que imperaba en las relaciones de ambas familias, y sin embargo, tanto doña Inés como Julián se envararon un poco. La madre, porque esa debía de ser una duda que tenía; Julián, por temor de que se conociese la existencia de Pétalo.

—Mamá, por favor, qué cosas dices.

La hija del medio, Consuelo, extendió su mano con afectada coquetería.

—Qué va a pensar el señor Zaldívar de nosotras, que lo tratamos mal cuando nos invita a su casa con tanta amabilidad.

Mientras se inclinaba sobre aquella mano, Julián supo que aquella era la joven que pretendían endilgarle, ya que la mayor estaba comprometida, según él sabía, y la más pequeña no tenía edad para anticiparse a sus hermanas. Había otras dos jóvenes entre las invitadas: una de aspecto remilgado que abusaba de su abanico y lo escrutaba con ojos ávidos, y... Violeta Garmendia.

—Señora... —dijo Julián al saludarla, como esperando las presentaciones.

—¡Por Dios, hijo, qué ojos tienes! La señorita Garmendia es apenas una niña de dieciséis años.

Violeta leyó en la mirada burlona de Julián que se divertía al descubrirla en otra falsedad.

—Es que voy a cumplir diecisiete —protestó, a modo de explicación.

Hubo un coro de risitas.

—Vaya con la edad... —dijo la señora de Lezica.

La otra dama joven resultó ser una prima, y la pequeña compinche de Violeta, Finita Lezica. Las dos menores se sentaron juntas para compartir chismes. Julián ocupó el sitio a la derecha de su madre. De inmediato comenzó el servicio. Desfilaron por la mesa bocadillos dispuestos en platos de porcelana inglesa que provocaron la admiración y el comentario de la señora de Lezica, siempre deseosa de renovar su platería y su vajilla.

—Es que cuando una viaja a Europa descubre piezas tan exquisitas... Dan ganas de embarcarlo todo. Mi esposo me consiente bastante, pero no quiero abusar de su magnanimidad.

—Estos son herencia de mi familia, tienen la antigüedad de las guerras napoleónicas.

—Ah, pero qué maravilla. Ha de ser un incordio evitar que la servidumbre los estropee.

—Mi doncella, Evelyn, se encarga de adiestrar a todos. No sé qué haría sin ella.

—Siempre digo que una buena doncella es más eficaz que un buen marido —y la señora de Lezica rio de su propia ocurrencia, que provocó otro enfado de Consuelo.

Violeta y Finita compartían confidencias tras una de las teteras, y Julián no pudo evitar zaherirlas un poco.

—Supongo que las pequeñas señoritas tendrán pretendientes.

Le tocó el turno a la matrona de abanicarse con violencia.

—De ningún modo. Son muy jóvenes para lanzarlas a la gran sociedad. Soy de la opinión —y el comentario llevaba implícita la idea de que esa era la mejor manera de pensar— de que las niñas deben esperar hasta los dieciocho para mostrarse. Pasar más de dos temporadas en exhibición crea la impresión de que han sido rechazadas alguna vez, o de que están desesperadas por casarse.

—¿Y alguna de estas hermosas jóvenes desea casarse ya? —insistió Julián—. Habrá muchos interesados en saberlo.

Las palabras produjeron malestar en Consuelo, la única con derecho a pretender al mocito de los Zaldívar.

—Mi hermana todavía juega con muñecas —dijo en tono despectivo.

—¡Consuelo! Eso no es verdad —resopló Finita indignada.

Resultaba gracioso ver a las menores balanceándose entre la infancia y la madurez, pretendiendo seducir con sus oropeles y riéndose de pavadas cuando los mayores no las veían, o así lo creían ellas.

En Violeta Garmendia, sin embargo, había una madurez que se leía en su mirada serena y en la postura erguida de su espalda. Era una joven que no temía enfrentarse a nada, Julián había tenido ocasión de comprobarlo.

—Estábamos diciendo —intervino doña Inés para desviar la atención de su hijo— que Consuelito viajará a Europa este invierno para acompañar a su tía, que es madrina de bautizo. Necesitará ropa adecuada a la estación, que allá es tan fría, y se me ocurrió que la huerfanita que amparamos podría, tal vez, ayudar a coser algunas prendas, quizá las más sencillas.

Julián se molestó ante la sugerencia. Si él mismo había propuesto eso al llevarla allí, para que la joven aprendiese a valerse por sí misma. ¿Por qué le molestaba, entonces? Su madre estaba colaborando con la idea, aunque lo hiciese motivada por el deseo de que se marchase pronto de la casa. Lo que le molestaba, se dio cuenta al fin, era la forma en que su madre aludía a ella como «la huerfanita», con tono de conmiseración, cuando en verdad se había mostrado hostil con la muchacha.

—¿Una huérfana? ¿Cómo es eso? —se interesó Consuelo.

—Es una *chinita* que mi hijo ha traído a casa al saber que sus padres habían muerto. Él siempre es tan gentil con todo el mundo...

—Un joven encantador —aseveró la señora de Lezica—. Y no se ruborice, que todos lo sabemos.

—Pero esa muchacha —siguió Consuelo—. ¿Sabe coser bien?

—Así asegura mi hijo, aunque debo confesar que aún no he visto nada que lo confirme. Ah, aquí viene.

Julián quedó atónito al ver entrar a Brunilda, ataviada con un delantal de mucama, portando una bandeja de galletas de jengibre. Mantenía los ojos bajos, quizá intimidada por las miradas curiosas, aunque él sospechaba que por haber oído las palabras de su madre. Una ira desconocida se le agolpó en la garganta.

—Ponlas acá —ordenó doña Inés— y llévate la tetera para traer más té.

Brunilda apoyó con cuidado la bandeja y cumplió con su cometido. Al regresar, había en su rostro un leve rubor que podía significar tanto bochorno como disgusto. Él ya sabía de su temperamento arisco. La joven tomó con delicadeza la tetera y comenzó a servir el té en las tazas, aguardando con prudencia las indicaciones de las invitadas. Al llegar a Julián, ya el pulso le temblaba un poco. Él evitó mirarla, a fin de no perturbarla más, pero el mal estaba hecho y Brunilda no pudo evitar que unas gotas del líquido cayesen sobre el fino mantel de hilo.

—Qué torpeza, muchacha. Ve por un paño a la cocina. O mejor aún, llama a Evelyn, que ella sabrá qué hacer con el estropicio.

Consuelo soltó una risita tonta ante el pequeño incidente, en tanto que Violeta miraba a Julián como si esperase de él algún gesto heroico.

—No es nada, madre. Deja, Brunilda, nadie verá la mancha cuando derrame mi propio té.

La expresión de doña Inés fue indescifrable, y Julián se vio recompensado por la amplia sonrisa de la jovencita Garmendia. Brunilda no volvió a aparecer.

Al cabo de una hora de conversaciones superfluas, amenizadas con mohínes y risas, acabó por hartarse. Su madre no podía pretender que sostuviese esa reunión ni un minuto más. Estaba a punto de disculparse, cuando la prima remilgada se dirigió a él con malicia:

—¿Y dónde encontró usted a la muchacha huérfana, señor Zaldívar? ¿En Europa? Porque no parece de estas tierras.

Casi pudo sentir la rigidez de su madre al escuchar la pregunta. Ella no deseaba que se ahondase sobre la historia de Brunilda Marconi, del mismo modo que no quería comentar el alejamiento del esposo del hogar familiar.

—Creo que deambulaba por ahí —se apresuró a decir doña Inés.

La prima de las Lezica no se conformó con esa escueta respuesta. Sin duda presentía algo raro en la presencia de la muchacha del servicio, de modo que insistió, por puro placer de crear una atmósfera enrarecida.

—¿Por la ciudad? Pobre chiquilla, debe de haber sufrido toda clase de vejámenes, pues las criaturas vagabundas quedan a merced de las gentes sin escrúpulos —y se estremeció, como si sintiese en su piel el peligro de las calles.

Julián la miró con dureza.

—¿Qué sabe usted sobre eso, mi estimada Leonor, cuando ha vivido siempre al abrigo de un hogar cómodo y sin penurias de ningún tipo?

—Por eso mismo, me horroriza pensar lo que pudo haber vivido esa chica.

—Trate de no dejar volar la imaginación tan alto —retrucó Julián—, que no es bueno para la mente de una dama.

—¡Julián!

El llamado de atención de su madre lo exasperó, y aprovechó para retirarse con una excusa.

—Si me disculpan, señoras, debo ir a la biblioteca a recoger unos libros que llevaré conmigo.

Consuelo dirigió una mirada de reproche a su prima, pues entendió que el interrogatorio insidioso había molestado al joven Zaldívar.

Julián atravesó el pasillo que comunicaba con la biblioteca arrastrando su pierna sin bastón, tan furioso se encontraba. Al llegar a ese ámbito donde se refugiaba su padre cuando él era un niño, cerró la puerta con fuerza y se apoyó en el marco, respirando con dificultad. Su madre se había comportado de la peor manera al someter a Brunilda al servicio del té, cuando la joven era solo una huésped; y luego, como si fuera poco, la había humillado en público por una miserable mancha. Era imperdonable. Estaba a punto de ir a ver a la joven para consolarla, decirle que también debía soportar ese abrupto arranque del carácter de su madre en aras de la armonía, cuando la puerta labrada se abrió, y la figura de Violeta se asomó con curiosidad.

—¿Viene a pisotear al leño caído, señorita Garmendia?

—Vengo a ver su biblioteca, ya que dijo que tenía una.

Y se dirigió con solemnidad hacia la pared central, ocupada por una inmensa estantería de pluma de caoba trabajada por el más fino ebanista. Aquella biblioteca era el orgullo de Armando Zaldívar, y lo que él más extrañaba de su vida urbana. Llegaba hasta el techo con sus molduras y se extendía desde el ventanal estilo Tudor hasta la puerta que comunicaba con el dormitorio principal. Era un prodigio de formas sinuosas, logrado por un verdadero artista. Los estantes donde se alineaban volúmenes de cuero repujados en oro terminaban en rosetas de delicados pétalos, y en el centro, una arcada amparaba un sillón con aspecto de trono, que aguardaba al lector. Julián había visto allí muchas noches a su padre, ensimismado en la lectura a la luz del candil.

Violeta contemplaba con respeto semejante templo del saber.

—¿Usted ha leído todo esto? —comentó con sincera sorpresa.

—Yo no, pero es probable que mi padre sí. Esta biblioteca era su sitio favorito.

—¿No lo es más?

—Supongo que sí, cuando viene a la ciudad.

—¿Su padre vive en el campo?

—Ya que lo pregunta, vive en El Duraznillo, nuestra estancia.

—Y Brunilda es la muchacha que deambulaba por El Duraznillo.

Julián se quedó mirándola, evaluando si se burlaba de él o si en realidad podía adivinar datos tan precisos. Por fin admitió con cansancio:

—Mi padre le dio asilo, cuando llegó en busca de ayuda.

Violeta asintió, como si esa historia confirmase algo que ella pensaba.

—La señorita Leonor tuvo razón, a Brunilda le ocurrió algo. Julián sintió que el corazón se le detenía en el pecho.

—¿Qué sabe usted?

—Nada. Es lo que escucho aquí —y la joven se tocó la sien.

Él permaneció estudiándola con aprensión. Era una chicuela fantasiosa que por algún motivo quería llamar la atención, y sin embargo, una duda cruel trepó por su cuerpo.

—Escucha voces. Eso tiene un nombre que no me atrevo a pronunciar —se mofó.

—Las voces nunca se equivocan, mal que me pese. A veces —y Violeta lo enfrentó con una mirada despojada de todo artificio— desearía que lo hiciesen.

—Voy a tutearte, pues solo tienes dieciséis años.

—Cumpliré diecisiete.

—Aun así voy a tutearte. Debes decir la verdad, Violeta. La verdad en labios de una dama es el bien máspreciado.

—La verdad en los labios de todos, señor Zaldívar. Los hombres mentirosos son viles.

—Te concedo eso. Dime ahora por qué inventas tantas historias: mientes tu edad, tu condición civil, ahora lo de Brunilda...

—No invento nada. Sé las cosas que pasan, solo que no entiendo cómo.

Aquella conversación rozaba lo fantástico, y Julián oscilaba entre llegar al fondo de la cuestión o desestimarla por completo. Por fortuna, otros decidieron por él.

—Señor Zaldívar, su madre quiere que vaya a despedirse de las invitadas.

Imposible saber si Brunilda había escuchado lo que Violeta acababa de afirmar. Su rostro era una máscara de seriedad impersonal, aunque también podía deberse a lo ocurrido momentos antes.

—Iré en un momento, Brunilda, gracias.

Al desaparecer la joven, él se volvió hacia la niña Garmendia.

—Volveremos sobre este tema —anunció.

—Siempre y cuando me permita visitar su biblioteca.

La desfachatez no tenía límites. Sin embargo, y pensándolo bien, la presencia de Violeta podía ayudar a Brunilda y distraer a su madre de su encono. Quizá debería considerarlo.

—Hablaemos luego. Ahora vamos al salón, que te esperan tus amigas.

—Solo Finita lo es —agregó Violeta, antes de que Julián la empujase sin remilgos, revoleando los ojos en señal de exasperación.

Brunilda permaneció oculta tras el cortinado, viendo cómo los dos se alejaban rumbo al comedor. Formaban una espléndida pareja el señorito, tan distinguido, y la joven de cabello negro y ojos violetas. Era un hada como las de los cuentos, parecía imposible tanta belleza. Pudo percibir las chispas que el encuentro entre ambos producía, la tensión que precede a la atracción, y se maldijo por tener pensamientos descabellados. Ella nunca podría atraer a un hombre de la clase de Julián Zaldívar. En realidad, ella no quería atraer a ningún hombre, debería recordarlo en esa cabeza de alcornoque que tenía, y sobre todo debería entender que ningún caballero decente la aceptaría.

Las mieles del amor no estaban hechas para mujeres como ella.



CAPÍTULO 13

Manu solía frecuentar el Frontón Nacional, donde hacía alarde de habilidad y fortaleza para pegarle a la pelota solo con una mano. Lo habían bautizado con el mote de «el Manco», aunque también murmuraban otro entre risas: «Pollo de Agua», en referencia a su carácter desabrido y al sitio de donde provenía, los esteros del Iberá.

El atractivo de los pelotaris era comparable al que ejercían los parejeros midiéndose en las carreras cuadreras de la Calle Larga. La improvisada cancha de pelota se levantaba frente a la de Rivadavia, esquina de Marcos Paz, y sus gradas se abarrotaban de público ansioso de apostar a los ganadores. Manu iba solo por despuntar el vicio y porque allí se medía con los mejores, la mayoría de origen vasco como él. Acudía si le daban franco en la tienda y cuando Violeta permanecía en la pensión o salía en compañía de doña Bunge y sus amigas de la Sociedad de Beneficencia. De lo contrario, se mantenía fiel a su servicio, incondicional como un perro guardián.

Los jueves era día de visita entre las familias de categoría, por eso Manu se encontraba allí, destacándose con su lanzada poderosa. Vascos españoles y vascos franceses eran los campeones indiscutidos, aunque cada vez había más jóvenes porteños que se animaban a ese deporte audaz. Aníbal Barceló entre ellos. Ya fuese por soberbia, o por su voluntad de ganarse la amistad de Manu, el hombre lo acompañaba a la cancha.

Y Manu lo dejaba hacer, impermeable a las acciones de los demás, encerrado en su mutismo, que se había acentuado en aquella ciudad ajena a su manera de ser y de sentir. Buenos Aires era solo Violeta Garmendia para él.

En la gradería bulliciosa se alababa la destreza de Istaquio Bengoechea, rival de Manu, hasta que este hizo un tiro rasante imposible de parar. Manu era zurdo, lo que solía darle ventaja ante sus rivales diestros. Dueño de un arte violento, el joven ofrecía una imagen cautivante bajo el sol de la tarde que doraba las baldosas de la cancha. Nada de cesta o palo para Manu Iriarte, bastaba la palma callosa de su mano.

—¡Bien! —gritó entusiasta Barceló, y se empinó sobre la barra, invitando al público a aclamar al vencedor. La algarabía no se hizo esperar, y dos o tres bromistas alzaron al joven como si fuese un saco de papas, para llevarlo en andas entre vítores. Esos eran los pocos momentos de goce de Manu en la ciudad: los juegos de pelota y las salidas con Violeta. Cada vez más los primeros, ya que la jovencita se veía de continuo solicitada por sus amigas, y los tés y reuniones se multiplicaban. En el corazón de Manu, una congoja extraña había empezado a hacer mella. Violeta le pertenecía, aunque ni siquiera ella lo supiese. Desde que su padre le encomendó cuidarla cuando partió al Paraguay en busca de Rosa Garmendia, sus destinos se habían unido para siempre. El sentimiento que lo embargaba cuando se refugiaban en

la casita del árbol que él le construyó le había mostrado la verdadera felicidad, y ya Manu no sabía ni quería renunciar a ella.

—¡Te pasaste! —exclamó Barceló cuando se alejaban en procura de sombra fresca, a media cuadra de la cancha.

Y mientras embolsaba un buen dinero obtenido a expensas de la superioridad de Manu, agregó:

—Le hablé al doctor de vos, me dijo que quiere conocerte, que está encantado de aceptar tus servicios. Y Alsina es de los que agradecen la lealtad.

Al joven Iriarte le costó un poco recordar el tema. Habían pasado algunos días desde aquella propuesta, y la compañía de Barceló no parecía tener otro fin que disfrutar de las andanzas juntos. Por otro lado, cuando jugaba pelota se olvidaba de todo, al igual que cuando tallaba troncos. Eran actividades que aquietaban su mente. Todavía repicaba en su memoria aquella frase enigmática de Justina, la encargada de la casa de su padre: «Pobre chico, quedó baldado de la cabeza». Manu sabía que algo en él lo hacía diferente, lo sentía hasta en el trato con su padre. Solo Violeta no reparaba jamás en esa diferencia.

Su Violeta.

—Vamos a vistear un poco —propuso Barceló, como al descuido.

En realidad, nada de lo que hacía o decía aquel hombre era inocente, en todo se escondía un propósito. Quería comprobar, antes de presentarlo ante el doctor Alsina, que el joven fuese diestro con el cuchillo. Una cosa era darle a la pelota y otra contener los guadañazos de un facón enemigo. Hasta el momento, él solo había visto el cuchillo de Manu tallando maderas.

Se encaminaron hacia una cortada que salía de Rivadavia para perderse en un campito de yuyos. El sol ya iba cayendo cuando Barceló acomodó unos troncos sobre una tapia derruida, a modo de blanco. Manu, aún bajo el efecto vigorizante del juego, se dispuso a probar puntería sin cuestionar nada. El otro, recostado sobre un sector del muro bien alejado, mordisqueaba una brizna de paja con aire despreocupado.

La efigie del joven vasco, erguido de espaldas al sol, con las piernas separadas y los brazos en tensión, el cuerpo echado hacia adelante y la frente contraída, era imponente. Barceló casi no vio el puñal cuando salió del cinto, tan rápido resultó ser, y dio en el centro mismo de la diana, como era de esperar.

—¡Fiú! —Silbó admirado, y en eso no fingía—. Sos un campeón.

Manu se colgó al hombro su saco y sin darle importancia se echó a andar. Ni siquiera se preguntó por qué su compañero no había hecho puntería también, si es que iban a vistear juntos.

—Mañana te busco y te llevo con el doctor. De seguro te dará algún encargo.

Mientras lo veía alejarse, el Sapo sintió un rescoldo de temor. Era tan poco lo que sabía de ese hombre taciturno... Esperaba no arrepentirse de haberlo reclutado para el partido. Al igual que sus compinches, notaba algo extraño en Manu Iriarte, una especie de tara indefinible, ya que el vasco se las apañaba bien en una tienda, y al

parecer era requerido como custodio de una señorita. Un tipo así no podía ser peligroso para quienes lo empleaban. De todas formas, él vería de no dejarlo nunca a solas con Alsina.

A pesar de haber terminado las elecciones, los odios que ellas engendraron no se acababan, y los rencores y las venganzas estaban a la orden del día. Tiempo atrás hubo un intento de asesinar al caudillo. ¡Cuarenta mil pesos le habían pagado al mercenario! Su garganta regó la tierra de una zanja, al ser descubierto.

Por eso Barceló quería contar con hombres como Manu Iriarte, capaces de matar con solo mover un dedo. De paso, quedaría bien parado en el comité, y sin ensuciarse las manos.

—Manu, ¿dónde estabas? Te esperé durante horas —exageró Violeta.

Lo aguardaba en la escalera de la entrada de la pensión, después de asegurarse de que Lucero ya hubiese limpiado los bronce. A la encargada no le agradaba la presencia del joven, si bien conocía su papel de protector.

—Quería que me acompañaras al río a dibujar, pero ya se hizo muy tarde.

Manu se acomodó el sombrero sobre la frente.

—Estaba en los juegos —explicó.

—¿Otra vez? Prometiste llevarme algún día.

—Como ibas a tomar el té...

—Claro, claro, hoy no, pero la próxima vez me visto de viuda y vamos. ¿Y quién ganó?

El vasco esbozó una sonrisa amplia, la misma que Violeta le conocía del tiempo en que jugaban felices y confiados en los pajonales, imitando los trinos de las aves.

—¡De nuevo! Ya debe de ser aburrido para los otros no ganar nunca.

Y como advirtió la extrañeza en los ojos de Manu, agregó:

—Que se embromen, yo estoy orgullosa de ti —y estampó un beso en la mejilla curtida.

Ah, la inocencia de una niña que no sabía ser mujer... ¿Quién podía imaginar lo que ese beso significaba para Manu?

Dalila.

—¡Amita, véngase para adentro, que no son horas de conversar en los umbrales!

La mulata los observaba desde el primer escalón, cuadrados los brazos en la cintura y temblando de miedo por lo que acababa de presenciar. Ya lo decía ella, que no era natural confiar en un hombre para cuidar de una jovencita. Debería dar parte a don Rete Iriarte. O tal vez no, puesto que se trataba de su hijo... Entonces, enviaría un mensaje a su antigua ama, Muriel Núñez. Ella sí sabría qué hacer, siempre había sido ducha en manejar a los hombres. Sería mejor que lo supiese solo ella, pues el tío de Violeta, Bautista Garmendia, se volvería loco si creía en peligro a su sobrina.

—Ya vamos, Dalila, no veo la hora de quitarme este vestido.

Ante lo inapropiado del comentario, Dalila empujó a Manu hacia afuera y a Violeta hacia adentro. Cuando subían rumbo al cuarto, la joven protestó:

—¿Qué te pasa? ¡Estás actuando peor que Lucerito!

Manu quedó sentado en el umbral, pensativo. La ciudad era sofocante, y le robaba la compañía de su amiga. Allá en el Iberá, todo el tiempo era de ellos, disfrutaban de conversaciones privadas junto a la laguna, y cuando visitaban a los Garmendia en la ribera, podían navegar en piragua o pescar en el recodo. Solían esconderse para espiar a las garzas moras, y se zambullían en el Paraná mientras despuntaban las primeras estrellas. Aquella era una vida deliciosa. Manu se preguntaba por qué Violeta no deseaba volver, si ya había terminado los estudios. Una vez, ella le dijo que esperaba aprender más de la ciudad, porque allí las cosas cambiaban todo el tiempo, mientras que en el recodo donde ella había nacido los días se sucedían sin variantes. Y eso era justo lo que Manu apreciaba, la seguridad de saber qué ocurriría, la rutina de ver a su padre levantarse temprano para subir a su despacho circular, y luego bajar al muelle para embarcarse y trabajar codo a codo con su gente; la cháchara de Justina mientras atendía al pequeño Ignacio y llevaba la bandeja del desayuno a Rosa por encargo del esposo, que la mimaba como el primer día; la certeza de encontrar a Violeta sentada entre los juncos de la orilla, dibujando con la gruesa cabellera sujeta por una cinta y las piernas recogidas bajo las faldas que su madre le obligaba a usar... ¡Esa era una vida!

Este continuo desfilar de personas que decían con su boca cosas que desmentían con sus ojos, no le gustaba. Allí, en la ciudad, nadie sabía quién era quién. Aníbal Barceló le ofrecía un trabajo, y Manu se daba cuenta de que no lo hacía por beneficiarlo sino por beneficiarse, aunque no entendía bien en qué. Él también mentiría, haría lo que le pedían para lograr que Violeta se sintiese orgullosa, y porque en su fuero interno soñaba con un hogar como el que su padre había formado con Rosa, y Bautista con Muriel.

Y volver a los esteros.

Un tumulto llamó su atención. Un piquete de la policía de Buenos Aires golpeaba las puertas de La Casa del Ciruelo, y sus habitantes se atrincheraban tras las ventanas, temerosos de ser culpados de algo. Manu se encaminó hacia el conventillo, donde el Indio Galván parlamentaba con el jefe del piquete.

—Le digo que es hombre de bien —decía el Indio, con aplomo esmerado.

—Hágase a un lado y no estorbe la labor de la autoridad —porfiaba el jefe.

En el zaguán, con la desolación pintada en el rostro, un hombre delgado y ojeroso permanecía entre dos agentes, como si no supiese por qué se encontraba allí.

—¡Atrás! —gritó uno de los policías cuando Manu se acercó para fisgonear.

El grito llevó la mirada de Adolfo hacia el recién llegado, y en un atisbo de lucidez, alcanzó a decirle:

—Busca al doctor Julián Zaldívar, vive en la calle Potosí...

—¡Silencio! Y usted, váyase si no quiere terminar preso también, como este asesino.

—¡Te recompensaré!

Los policías empujaron al detenido a través del umbral pese a las protestas del Indio Galván y a los gritos de los chiquillos que, entre asustados y divertidos, poco y nada entendían de la gravedad del asunto.

«Asesino», habían dicho. Palabra terrible. Julián Zaldívar, un «doctor», un abogado. Su padre conocía a varios, que visitaban El Aguapé y conversaban largas horas en el despacho de abajo, el que se usaba para recibir. Eran hombres de ropa oscura y palabras empalagosas a los que su padre trataba con mano de seda y luego vituperaba con gruesos epítetos, cuando se habían ido.

Manu sintió compasión por el hombre delgado, tan débil y tan triste. Volvió sobre sus pasos sumergido en un mar de dudas. En pocos días, su vida se había visto sacudida por novedades: el encuentro con Barceló y un trabajo prometedor, y ahora la detención de un criminal que le pedía ayuda. Tenía razón Violeta, en la ciudad pasaban cosas.

Faltaba saber si eso sería bueno para ellos.

Pulquitún llegó al final de su camino agotada, polvorienta y muerta de hambre. Se detuvo en los roquedales para atisbar la lejanía. Había cometido una locura y no quedaba sino seguir adelante, no podía volver a los toldos. Su esposo la repudiaría y hasta podría llamar la atención del mismísimo Namuncurá con su fuga. Era demasiado tarde para arrepentirse, debía continuar con el llamado de su corazón aunque fuese fatal para ella, como lo hizo cuando decidió darle la espalda a su padre. Aquel aciago día, el destino se había torcido por la muerte del cacique, que la sumió en el dolor, y porque esa muerte la atrajo hacia el hombre blanco. Un designio que se estaba cumpliendo en ese momento.

A lo lejos, vio levantarse una polvareda. La mestiza olvidó sus pesares por un instante al contemplar el espectáculo de la bagualada. Amaba los caballos, conocía sus estados de ánimo, sus mañas, sabía susurrarles para que obrasen como ella deseaba. En los toldos de su padre se practicaba un tipo de amansamiento que los huincas no conocían o no tenían la paciencia de aprender: sin zurras ni gritos, sin quebrar al animal, solo acostumbándolo a la presencia del hombre, midiendo el tiempo que necesitaba para aceptarlo. Pulquitún era una experta en doma india.

Una vez asentado el polvo, pudo apreciar la estampa de un manchado que llamó su atención. Era el tipo de pelaje que gustaba al indio, moteado de negro en la cruz y desparramado el color hasta la barriga, cada vez más blanca. Un ejemplar de hermosas crines negras que retozaba con alegría y que Pulquitún bautizó en su mente: *Cona*, pues representaba para ella la gallardía de un guerrero. Observó que era joven y que pronto desafiaría al padre de la manada; sus corcovos y mordisqueos con otros

padrillitos en ciernes lo demostraban. Orgullosa como si se tratase de algo propio, Pulquitún desmontó y palmeó el anca de su yegua para que se alejase y no interfiriese con la escena. Luego, se sentó sobre la tierra pedregosa para contemplarlo a gusto.

A la belleza del trasegar de las caballadas se añadía el hecho de que pertenecían a la tierra del hombre que amaba. ¡Qué libertad envidiable la del bagual que no conoce cerco ni pienso! Así deseaba sentirse ella, en lugar de obligada a cumplir con su gente y con su esposo en los toldos, desempeñando tareas que la aburrían. Aquella había sido siempre la causa del mal entendimiento con su padre. Al abandonar el aduar de Quiñihual, Pulquitún manifestó su rechazo por la manera en que todos la consideraban, solo una mujer destinada a casarse con algún guerrero, cuando la guerrera era ella. Y si bien el cacique pactó su partida con un indio peregrino para salvarla de la guerra que sobrevendría, ella lo había sentido como una expulsión, y por eso jamás volvió la cabeza para despedir la figura altiva de su padre. Pasados los años, esa imagen nunca vista se repetía en su mente, creada por su imaginación arrepentida. ¡Ojalá pudiese besarle la frente y decirle que lo amaba desde sus entrañas! Sangre de su sangre, aunque fuese mezclada con la de una blanca, Pulquitún ansiaba honrar la memoria de Quiñihual. Y el respeto que aquel huinca mostraba hacia su padre había sido el principio de ese amor prohibido para ambos.

—Quieta.

La voz salió de las rocas que se alzaban a su espalda.

—Levántese despacio y vuélvase.

Pulquitún se encontró frente a un paisano que la encañonaba desde lo alto de su montura. Por sus prendas, dedujo que era de la estancia. Ella no lo conocía, pero habían pasado algunos años...

—¿Dónde está tu caballo? —la apuró, pasando al tuteo.

Pulquitún ofrecía una estampa altiva, aun con las ropas andrajosas y las crenchas enredadas por los vientos del camino. Los ojos seguían siendo almendrados y hermosos, y su tez más clara de lo habitual en una india del desierto.

—Monta, que te seguiré de cerca. Estabas bombeando, ¿no?

Sin aguardar respuesta, el hombre la obligó a marchar al paso delante de él, indicándole el camino con la punta de su carabina.

Los baguales emprendieron una nueva embestida, ajenos al pequeño drama de los humanos. Pulquitún pudo sentir en sus venas el retumbar de los cascos mientras se alejaban. Allá iba la libertad soñada. Esta vez, ella había elegido la prisión del amor, sin saber si sería bienvenida. Al menos en eso, seguía siendo una guerrera. Rompería su lanza y soportaría la herida mortal, si las cosas no resultaban como esperaba. Estaba dispuesta a todo.

«Padre, dame tu aliento», pensó al retomar el camino de la estancia.

Al volver a su cuarto, Brunilda vio a Fígaro ovillado sobre la colcha y se tendió junto a él, deseosa de capturar el calor que desprendía el cuerpo del animal. Se sentía desolada. A pesar de sus esfuerzos, no podía dejar de pensar en el señorito sin un atisbo de esperanza. Después de todo, él tampoco se mostraba indiferente, la había besado, acariciado, y quién sabía qué otras cosas le hubiese hecho de no haberlo detenido. Eso le refrescó la mente. Así eran los hombres, buscaban lo que se les negaba para luego repudiarlo, una vez obtenido. Su posición en aquella casa le quedó clara desde el primer día, tanto Evelyn como la señora se la señalaban a cada momento: era una mantenida de la caridad de la familia Zaldívar. En El Duraznillo no se notaba, debido a que Brunilda se mezclaba con el personal que trabajaba en la hacienda; allí, en la casa de la ciudad, era una agregada sin oficio, y eso era lo que debía cambiar. Conseguiría un trabajo. Al fin y al cabo, todos bajaban a la ciudad en procura de un futuro. Rebuscó entre sus cosas y encontró la tarjetita del gerente de Modas Viviani. Preguntando un poco aquí, otro poco allá, llegaría a destino. Debía además ofrecer alguna muestra de lo que era capaz, si quería que la aceptasen. El hombre había sido claro al decir que el taller era muy exigente con sus costureras. De un salto, se ubicó frente a la cómoda donde solía coser y desplegó la tela verde en la que estaba trabajando. Un torbellino de ideas la acometió. Extrajo un papel que había hurtado de la mesa de recibo en una distracción de Evelyn, y con un trozo de carbón comenzó a dibujar líneas sinuosas. Necesitaría más papeles para recortar las formas que se convertirían en un elegante vestido. Esa noche, cuando todos durmiesen, se deslizaría hacia la parte de adelante en procura de dos o tres pliegos para cartas. Los repondría apenas pudiese. Ella no era una ladrona, tenía necesidades que satisfacer para poder demostrarlo.

Julián se encontraba preso de una rara inquietud. Lo asaltaba el temor de que su madre hiciese pagar a Brunilda el precio de su desaire a las invitadas, y deseaba transmitir a la muchacha la seguridad de que en esa casa estaría a salvo. Después de haber debatido con su conciencia un buen rato, despachó a Severo con una nota dirigida a Pétalo en inglés, con la indicación de pasarla bajo el umbral de la casita del suburbio. El buen hombre pensaría que se trataba de una amante escondida, y en cierto modo tendría razón.

No me esperes, hubo cambio de planes y debo quedarme con mi madre. Mañana te veré temprano...

Podría haber sido más tierno o más claro, pero prefirió la austeridad en nombre de la discreción. La joven sabría entender, y además, contaba con el cochero a su servicio si necesitaba algo. Se arrellanó en el sillón de la biblioteca de su padre, tomó un volumen al azar y leyó sin entender lo que leía. Toda su mente estaba ocupada con la imagen de Brunilda vestida de sirvienta, avergonzada por su madre y con las mejillas arboladas. Esas mejillas suaves y blancas que sus labios habían

degustado... Cerró el libro, que soltó una nube de polvo, y se incorporó con ayuda del bastón. Caminó de un rincón a otro, meditabundo. ¿Qué sucedía con él? ¿Por qué se empeñaba en imponer a su madre la presencia de Brunilda? Era cierto que Chela se lo había sugerido, pero la mujer no tenía idea de la vida de doña Inés en la ciudad, de la maraña de convenciones y rumores que se tejían de una puerta a otra. Ya mismo la señora de Lezica estaría divulgando la presencia de una desamparada en casa de los Zaldívar, y quién sabía bajo qué circunstancias. Brunilda saldría perdiendo, la menor acusación diría que él ocultaba una amante bajo el techo familiar. Casi soltó una carcajada: ocultaba una amante, sí, aunque bajo el techo menos pensado. En cuanto a Brunilda, podrían aducir que doña Inés vaciló al presentarla, o que él salió en su defensa, todas excelentes razones para las habladurías. A la prima de Consuelo le había parecido extraña para ser una criada, y era porque Brunilda poseía un aire que la distinguía de las hijas del país: muy alta, muy delgada, muy rubia... «Y muy hermosa», se encontró pensando.

Esa noche, cuando dijo que se quedaría a dormir en su antigua recámara, percibió el reproche en los ojos maternos. En lugar de alegrarse, como hubiese hecho en cualquier otro momento, doña Inés sospechaba de sus intenciones. Y si era sincero, también él dudaba de ellas, de los motivos que lo impulsaban a permanecer en la casa y descuidar a Pétalo. Suspiró derrotado y se encaminó a su cuarto. Al cruzar el pasillo, captó un movimiento en la oscuridad y se detuvo. Alguien se hallaba en el vestíbulo y no deseaba ser visto, o llevaría una lámpara para guiarse. Julián avanzó al tranco, todo lo que su pierna le permitió, y tropezó con la figura de Brunilda inclinada sobre la mesita. La hubiese reconocido sin verla, solo por su aroma de vainilla.

—¿Qué haces? —le espetó en voz baja.

Ella ahogó una exclamación y trató de ocultar el manojito de papeles que había retirado.

—Dame eso.

Julián atrapó su brazo y la obligó a abrir la mano. Las hojas cayeron con suavidad y se amontonaron en la alfombra.

—¿Estabas robando? —La voz subió un tono y acusó cierta decepción.

—No. Quiero dibujar algo, luego iba a devolverlas.

—Pudiste pedir las.

El silencio de Brunilda le dio la respuesta: su madre no estaría dispuesta a consentirle nada.

—Recógelas y vamos a tu cuarto.

Hubo resistencia en la joven, pero Julián podía ser inflexible si se lo proponía.

—Vamos, o se sabrá de esto.

Caminó tras ella, vigilando sus pasos. Al atravesar los patios, apreció el fulgor de su cabello bajo la luna, y un detalle que se le había pasado por alto: iba descalza. Para no hacer ruido, de seguro, aunque imaginó que sería una costumbre en ella, por la forma natural en que pisaba sobre el enladrillado, sin importarle el frío ni la aspereza.

Un quinqué alumbraba el cuarto, denunciando la presencia del gato sobre la cobija. Fígaro lo contempló y luego decidió que no era tan importante como para preocuparse. Julián cerró la puerta y Brunilda se alarmó.

—Hay que dejar abierto, por la ventilación —objetó.

—Aguantaremos la respiración por un tiempo —le contestó con sarcasmo—. A ver, muéstrame tus dibujos —y mientras lo decía, se sentó en la silla como la primera vez.

Ella no sabía que aquella conducta obedecía más a la incomodidad que le causaba la pierna que a la intención de amedrentarla. Cada día que pasaba lejos de Pétalo, le recordaba cuánto necesitaba de sus manos sanadoras. Se preguntó si las manos de Brunilda, delicadas y callosas, tendrían la misma virtud.

—¿No dijiste que estabas dibujando algo?

—Un vestido, nada más.

—A ver...

Brunilda desplegó el diseño que había hecho con carbón y que en ese momento le pareció burdo, incapaz de gustar a un hombre acostumbrado a las ropas de calidad. Julián estudió los trazos como si conociese del tema, luego tomó el carbón e hizo algunos cambios. La joven observaba estupefacta el resultado. En dos líneas, había logrado resolver un detalle de la pechera que a ella no le convencía.

—Es bueno —dijo él con seriedad—. ¿Es para ti? ¿Con este género? —Y levantó la punta de la tela verde.

—Sí. Necesito papel para recortar los moldes, por eso busqué en la mesa de la entrada, no quería molestar a nadie y no sé dónde más conseguirlo. ¿Cómo...? —Y se detuvo, indecisa ante las preguntas que se agolpaban en su mente.

—¿Cómo pude dibujar esto? Es fácil, dibujar es mi pasatiempo, siempre lo he hecho. Aunque no me dedico a los vestidos, claro está. ¿Quieres ver? —Y antes de que Brunilda aceptara el desafío, Julián tomó uno de los papeles y en rápidas maniobras de su mano creó la imagen de un gato gordo arrellanado sobre unos cojines.

—Será Fígaro cuando haya comido todo lo que le darás a escondidas.

Fue recompensado con una dulce sonrisa que estuvo a punto de hacerle soltar el carbón.

—Falta algo —agregó de inmediato, y completó el dibujo con la figura de una mujer recostada junto al gato con aire de reina, el cabello sostenido por una diadema y un hombro descubierto.

—Esa no soy yo —protestó Brunilda.

—Por supuesto que sí, cuando hayas terminado este vestido. ¿O no habías pensado en un traje así, suntuoso y refinado? Este es un dibujo del futuro, Brunilda, de cómo se verán Fígaro y tú cuando se hayan asentado en Buenos Aires.

El comentario provocó tristeza en la joven, pues ella dudaba mucho de llegar a lucir un día como la hermosa dama del dibujo, ataviada con sedas y brillantes, y sobre

todo, con esa languidez que demostraba seguridad en sí misma.

—La belleza se pule, Brunilda, y la distinción se adquiere. Tienes todas las armas para verte como la mujer que dibujé, es más, así te veo yo.

Julián se incorporó y colocó a la joven delante del resquebrajado espejo de la cómoda. Él se situó detrás, y con mano experta comenzó a señalarle sus virtudes. Recorrió la línea del cuello hasta el hombro.

—Una curva fina pero no caída, ¿ves? Aquí —y dibujó con un dedo el perfil del rostro serio de Brunilda— tenemos un corte de cara perfecto, ni redondo ni afilado. Ahora, lo mejor —y Julián le rodeó la cintura—. El talle ideal, que cabe en las manos de un hombre.

La llama del candil acentuaba los colores que subían al rostro de la joven. Julián mantuvo la presión y acercó su propio rostro al de ella.

—Eres bella, delicada y fuerte a la vez. Sin embargo, no lo he visto todo. ¿Me dejarás?

Una mano ya había recogido el vuelo de la falda para descubrir las pantorrillas, en tanto que la otra ascendía por el torso con la intención de bajar el escote de la blusa hasta el nacimiento de los pechos. Los ojos de Julián mantenían prisioneros los de Brunilda a través del espejo, y su grave voz masculina la arrullaba sin piedad.

La joven se contemplaba reflejada en un encantamiento, su piel blanca revelándose bajo las manos que con ternura iban descubriendo sus rincones: el hombro cubierto por breteles que Julián desató con pericia, el borde superior del seno derecho, al que acarició con gesto protector mientras respiraba su aliento sobre la nuca de ella, el otro seno, desnudado sin aviso y sometido a la misma adoración respetuosa. Luego la sensación de no poder estar de pie, cuando las manos se unieron para bajar por su vientre y detenerse en el vértice de sus piernas. Brunilda las abrió, y Julián oprimió ese hueco cálido, al tiempo que su pie sano se introducía entre ellas, forzándolas a ceder más aún. La joven sintió tal flojera, que la cabeza cayó hacia atrás y él aprovechó para besar ese cuello que tanto lo fascinaba. Lamió con avidez la clavícula, y al ver que ella cerraba los ojos, se colocó delante para degustar también los pezones, ya expuestos al reflejo del mueble. Brunilda se derretía en sus manos y saberlo lo ponía en llamas. Poseía unos senos pequeños y erguidos que sus palmas podían cubrir por completo. Sorbió de ellos con tal placer, que estuvo a punto de caer de rodillas. La sostuvo mientras descendía, abriéndole la blusa con su boca, aspirando el cálido aroma del cuerpo femenino. Al llegar al ombligo, detuvo en él su lengua, jugando, y luego giró hacia el espejo de nuevo.

—Mírate —susurró—. Eres la dama del dibujo.

No lo hubiese hecho. Brunilda abrió los ojos y al contemplar su pálida desnudez bajo las manos de ese hombre, se paralizó un momento y lanzó después un agudo grito que a Julián le recordó el de las aves cuando un chimango se dirige a su nido. En el silencio de la casa, el chillido sonó como un látigo. Julián alcanzó a taponarle la boca con fuerza, tumbándola en el suelo a su lado.

—¡Tonta! —la recriminó.

Brunilda se debatía entre sus brazos, gimiendo y tratando de golpearlo. Aunque hubiese querido, Julián no podía soltarla, estaba atrapado por el dolor y la imposibilidad de incorporarse por sí solo. Optó por aprisionarla con la pierna sana y se encaramó sobre ella con todo el peso de su cuerpo.

—Calla. No querrás que mi madre te vea así, medio desnuda.

Esas palabras obraron la magia de aquietarla, y Julián pudo deslizarse a un costado, siempre sujetándola por la cintura.

—Creí que estábamos disfrutando los dos —le dijo con prudencia, para no alarmarla de nuevo.

Notó de pronto que Brunilda no lo miraba. Sus ojos estaban fijos en el techo, en un punto que no existía para él, y temblaba toda entera con movimientos incontrolables. Los dientes le castañeteaban y su piel se había erizado. Preocupado, Julián le acomodó las ropas y le friccionó los brazos.

—Tranquila, no ha pasado nada. Ya está. Perdóname si te ofendí, o si te causé daño. ¿Me oyes, Brunilda? Ya todo pasó.

Ella no lo escuchaba. Parecía tener fiebre y hasta convulsiones. Julián no deseaba llamar a nadie, ni estaba en condiciones de llevarla a su cama para arroparla. Se hallaba en un dilema. En medio de la desesperación por calmarla, el retazo de una conversación vino en su ayuda: «A Brunilda le ocurrió algo». La miró con otros ojos al recordar esa frase críptica de Violeta. Y ató varios cabos: la timidez excesiva que la alejaba de los peones en la estancia, el rechazo brutal de sus caricias en la cocina, su manera de cubrirse siempre, como si temiese quedar al descubierto... Una fría convicción invadió su mente: Brunilda había sufrido a manos de un hombre. Ignoraba quién ni cuándo, aunque no era difícil imaginar que el ataque perpetrado a su familia en la sierra podía tener alguna relación. Recordó que ella se mostraba esquiva con el tema. Buscó con rapidez las palabras que pudiesen confortarla.

—Shhh... no pasa nada, Brunilda, todo está bien. Estamos acá, con Fígaro, y vamos a comprar papel suficiente para tus moldes. También carbonilla. Yo tengo mucha, guardada en un lugar secreto. Verás, a mi padre no le causa gracia que haga dibujos, él es un hombre a la antigua, que considera todo eso como una payasada, cosa de artistas, o sea, de inútiles, por eso nunca le cuento a nadie que dibujo. Eres de las pocas personas que lo saben. Las otras son mi amigo Fran y su esposa Elizabeth. A ella le regalé un álbum que hice cuando era maestra en la laguna. Algún día te lo mostraré, porque sé que serán buenas amigas. Ese es mi secreto. Todos tenemos alguno, como de seguro tendrás los tuyos. Y cuando desees compartirlos conmigo, serán nuestros secretos. Nadie tiene por qué saberlos.

El tono calmado y afectuoso con que Julián hablaba, más que el sentido de lo que decía, tranquilizó a Brunilda, hasta que en su mente penetraron las últimas frases y entonces sus ojos recobraron la mirada normal y sus temblores comenzaron a remitir.

El cansancio por la conmoción sufrida pudo más que el temor, y dejó de luchar contra Julián, que de todas formas no podía hacerle daño, pues también parecía afectado. Brunilda se incorporó y se cubrió con rapidez. El hombre que estuvo a punto de someterla se encontraba tirado a sus pies, con una pierna encogida y la tristeza pintada en el rostro. De nuevo percibió en Julián Zaldívar esa ambigüedad que la torturaba. Como de todas maneras era indispensable que saliese de su cuarto, lo ayudó a levantarse con esfuerzo, y permitió que se derrumbase sobre la silla, con un ánimo muy distinto al de la primera vez.

—Esto de pedirte perdón se está volviendo costumbre. No quiero que me malinterpretes, Brunilda, no soy un hombre abusivo, solo que me siento atraído por ti y hay veces en que creo que te pasa lo mismo. Sin duda, me equivoco. Seguiré ayudándote, eso no ha cambiado, y no quiero que renuncies a tus planes por mi culpa. Seremos amigos, si eso es lo que deseas, y si me lo permites.

El discurso razonado y sereno podría haber sido un bálsamo para Brunilda, de no haber llevado aparejada la desilusión de mantener distancia con aquel hombre que la atraía y al que a la vez temía. Se limitó a asentir, sin comprometer su voluntad.

Julián logró componer su pierna al cabo de unos momentos, y salió del cuarto cojeando, sin más despedida que una mirada en dirección a Fígaro.

Cuando estuvo segura de que él no la escucharía, Brunilda se arrojó sobre la cama y sollozó convulsivamente.



CAPÍTULO 14

Modas Viviani se abría sobre la calle Florida, con su marquesina de vidrio coloreado y sus guirnaldas. El umbral de mármol daba paso a un coqueto zaguán cuya puerta cancel permanecía abierta, a fin de que los paseantes admirasen el interior, con sus maniqués vestidos con telas voluptuosas.

Desde allí contemplaba Brunilda el trajinar de los dependientes que acomodaban un ramillete aquí, o un broche allá, simulando un drapeado o cerrando un escote. El sitio lucía próspero y distinguido. Una oleada de temor la invadió antes de trasponer el primer peldaño. ¿Y si la rechazaban? Ella había acudido con decisión luego de lo sucedido la noche anterior, pensando en emplearse como remedio a su situación de mantenida. Ya no podrían mirarla de arriba abajo ni tratarla con desprecio cuando ganara su propio dinero y pagase el alojamiento en la casa Zaldívar, hasta que ahorrara lo suficiente para alquilar un cuarto en otro sitio. Brunilda había calado bien a doña Inés. Era una mujer que respetaba a las que tuviesen el valor de arremeter contra los infortunios. Al escuchar de sus labios la intención de visitar el taller de costura para ofrecer sus servicios, no le negó su apoyo, al contrario: llamó a la doncella para que la acompañase, por miedo a que perdiese el rumbo en las calles. Pensaría, además, que cuanto más rápido hallase un oficio, más pronto saldría de su casa y de la vista del señorito. También eso quedaba claro para Brunilda, la suspicacia de la señora acerca de sus propósitos.

Le demostraría que el único afán en su vida era mantenerse sola de manera digna.

—¿Se le ofrece algo, señorita?

El vendedor se aproximaba a ella con voz meliflua, frotándose las manos, hasta que pudo apreciar la traza humilde de Brunilda y cambió el tono.

—Los saldos están en la trastienda, aún no los hemos colocado, estamos en plena temporada —comentó con acidez.

Brunilda sacó de su bolsa la tarjetita que guardaba como un tesoro y se la mostró.

—Deseo ver al señor.

El dependiente se caló los lentes y miró las letras como si fuese un entomólogo estudiando un insecto. Parecía buscar algún defecto en ellas.

—¿La esperan?

—Así es —mintió, asombrada de su arrojo.

—Sírvase aguardar aquí.

El hombre desapareció por un rato y ella pudo observar las maravillas que la rodeaban.

Cuerpos de madera o de yeso se alineaban en el fondo de la tienda, aguardando ser cubiertos por las telas seleccionadas para atraer a la distinguida clientela. Los maniqués ya vestidos se lucían en muda exposición, centro de las anhelantes miradas femeninas. Brunilda se admiraba de que los trajes se cosieran sobre un molde de

tamaño natural. ¡Cuánto más fácil sería acertar con las medidas de esa forma! Al igual que en las otras tiendas, había estanterías de gran alzada que mostraban la variedad de géneros disponible, solo que en el caso de Modas Viviani no parecían artículos de venta sino piezas de una colección privada. El buen gusto para combinar los colores y la suntuosidad del mobiliario eran prueba de que, si quería progresar en su meta, ese era el sitio correcto.

En lugar del caballero que ella había conocido, vino a recibirla una mujer robusta, de guardapolvo gris y mirada desconfiada.

—¿El señor le ofreció trabajo?

Brunilda asintió, tragando saliva. Trataba de infundirse ánimos con una postura resuelta.

—Tendrá que someterse a las pruebas como las otras. Acá no hay privilegios.

—Estoy de acuerdo.

—Por empezar, le tomaré las medidas para su guardapolvo. Pase por aquí, no podemos permanecer en el sector de los clientes.

Una vez que dejaron atrás el salón, el panorama cambió por completo. La fachada de Modas Viviani no se correspondía con su trastienda. Un pasillo oscuro de paredes descascaradas las condujo hacia un cuartucho donde se guardaban trastos inservibles en apariencia. El fuerte olor a humedad golpeó a Brunilda cuando la mujer abrió la puerta desvencijada. De un perchero de hierro descolgó una cinta métrica y con ella midió con rapidez la cintura y el talle de la joven, sin decir agua va. Recién entonces reparó Brunilda en que ese lugar deprimente debía de ser la parte donde se elaboraban las prendas y no entre las sedas y vitrinas de la entrada. Del mismo perchero salió una especie de bata de color desvaído que la mujer desplegó ante ella, satisfecha.

—Este le irá, pruébeselo.

Brunilda ensayó ponerse el guardapolvo, que le quedaba corto, y la regenta masculló algo como «ya me parecía». Lo dobló en dos y se lo entregó:

—Lléveselo, lávelo y plánelo. La ropa de trabajo debe estar impecable, y corresponde a las operarias mantenerla en ese estado. Acá no hay privilegios — volvió a recalcar.

—¿Eso es todo? ¿No quiere ver algo de lo que hago?

La mujer la miró con sorpresa.

—¿Piensa que la voy a poner a dirigir la batuta? Tendrá que someterse al aprendizaje de las más expertas, y solo si aprueba podrá considerarse parte de Modas Viviani. No cualquiera entra a trabajar aquí, señorita, pero puesto que fue recomendada por nuestro patrón...

Salieron por donde habían entrado, y al regresar al salón la regenta le espetó:

—Venga mañana a las diez. Con la ropa planchada y las manos limpias. Acá se trabajan telas muy finas, para la alta sociedad.

Luego desapareció, y como ninguno de los dependientes se dignó saludarla, Brunilda salió a la calle, desasosegada por el trato dispensado. Supuso que, una vez adentro, todo se reduciría a coser lo que le indicaran y a aprender lo que no supiera. Evelyn la aguardaba con el semblante austero.

—¿Y?

—Me aceptaron, empezaré mañana temprano.

—En ese caso hablaré con la señora, pues no puedo hacer de niñera cada día, deberá memorizar las calles.

—No habrá problema, Evelyn.

—Para usted, soy *Miss Evelyn*.

La doncella echó a andar por delante, como acostumbraba, y Brunilda siguió sus pasos, mirando a uno y otro lado para recordar las esquinas por las que debía pasar para llegar a su nuevo trabajo. A pesar del mal carácter de todos, estaba contenta.

A pocas calles de allí, Julián Zaldívar salía del Juzgado donde había dejado su inquietud. La respuesta del doctor Gómez Alcalá fue tajante: Modas Viviani era un taller de costura respetable al que acudía lo más granado de la sociedad, y nunca nadie había formulado una denuncia de índole moral acerca de él o de sus ocupantes. Cierto era que en los últimos tiempos trabajaban muchachas de humilde condición, llegadas al país urgidas por la necesidad, pero eso no significaba que hubiese que pensar mal de ellas. Que le dejaba afectuosos saludos para su padre y su señora madre, y le auguraba un feliz regreso y una fértil carrera en la abogacía, una vez instalado en algún estudio.

Julián estaba de malhumor. Lo sucedido con Brunilda la noche anterior, unido a la preocupación por el pasado de la joven, se añadía a la sensación de que Violeta Garmendia era una intrigante capaz de enredarlo en sus muchas mentiras.

Estaba a punto de cruzar la calle cuando lo abordó una viuda seguida de un joven de aspecto hosco. El hecho de haber estado pensando en ella segundos antes, le confirió al encuentro fortuito un carácter fatídico.

—Qué coincidencia, adorable Violeta, estaba pensando en ti.

—Shhh... hable bajo o me delatará, señor Zaldívar. Cuando visto así, no debe tutearme.

—Vamos, que no soy un niño ni un mozalbete jugando a los enamorados. ¿Qué ocurre, qué nuevo enredo me traerás ahora? Debo decirte que, llevado por tus infundios, obligué a un buen amigo de la familia a investigar la trayectoria de una casa decente. Tiempo perdido y tal vez, alguna molestia por la que deberé disculparme.

Los ojos violetas refulgían tras el velo oscuro.

—Mire, no sé de qué me habla, pero lo que tengo para decirle es muy grave y urgente, y solo usted puede ayudar.

—Qué casualidad.

—Debe creerme, hasta salí de la casa de Ansaldi para encontrarlo, porque Manu me contó lo que ocurría, y como coincide con un sueño que tuve...

—Ah, sí, los sueños son pruebas fehacientes. Imaginemos que presento un escrito con la redacción de los sueños de un cliente, solo eso bastaría para echar por tierra mi prestigio. ¿Y qué soñaste ahora, bella durmiente?

—Que un amigo suyo está preso por un crimen que no cometió.

Julián entrecerró los ojos, calibrando la verdad de lo que aquella jovencita increíble le contaba. El mozo que la custodiaba se había acercado tanto como para escuchar lo que ellos decían, y presintió que no le gustaba que desconfiaran de la palabra de la falsa viuda. A todo esto, ¿quién era?

—No hemos tenido ocasión de presentarnos —dijo, volviéndose hacia Manu.

Violeta se apuró a remediar eso.

—Manu Iriarte es mi amigo, nos criamos juntos en los esteros.

—Ajá. ¿Y comparte tu pasión por los disfraces y los fingimientos?

—Manu vino a cuidarme cuando bajé a Buenos Aires para completar mis estudios. Fingimos estos roles para poder salir solos, porque acá la gente es muy mal pensada.

Julián no podía rebatir eso.

—Es un gusto conocerte, Manu.

El joven vasco apretó la mano que le ofrecían con tal fuerza, que por un momento Julián pensó que estaba a punto de arrojarlo al otro lado de la acera.

—Cuéntale —lo alentó Violeta, y Manu dijo con sencillez:

—Un hombre flaco, en un inquilinato de la calle Chacabuco, me dijo que lo buscara porque se lo llevaba la policía. Estaba ensangrentado.

—Yo lo soñé primero —agregó Violeta con ansiedad.

Para ella, era la principal prueba de la verdad de los hechos.

—No conozco a nadie que viva en un inquilinato.

—Muy pálido, con bigote fino y ojos tristes —siguió diciendo Violeta.

De repente, la efigie de Adolfo Alexander se le presentó con nitidez. Era insólito y no tenía por qué relacionarlo con lo que le contaban, sin embargo, una intuición le aconsejó no descartar ese dato. Nada sabía de Adolfo desde que lo vio en la confitería.

—¿Adónde dices que se lo llevaron?

Manu se encogió de hombros.

—¿Cómo supiste dónde hallarme?

Violeta le lanzó una mirada significativa, y Julián decidió que era más saludable no averiguar demasiado. Miró su reloj, que marcaba las once, y por fin dijo:

—Vamos, veremos si es cierto lo que soñaste.

—Y lo que vio Manu —acotó la joven.

El peculiar trío atravesó la calle y se encaminó hacia la Plaza de la Victoria, donde funcionaba el Departamento de Policía, en el antiguo Seminario construido junto al Cabildo. El apellido de Julián les abrió paso con rapidez hasta el mismísimo despacho del comisario de órdenes.

Sentado sobre los maderos del muelle, de cara al río embravecido, Renzo Capri soportaba los vientos con las solapas del saco levantadas y las manos en los bolsillos. Miraba el balanceo de los botes que acudían a buscar los pasajeros que llegaban hasta donde las lanchas podían arrimarse sin peligro, dejando atrás los buques anclados a distancia. Era una tarea que él había desempeñado antes de conseguir trabajo en el Mercado del Centro. Conocía bien los riesgos que corrían las chalupas a merced del oleaje del Plata, y sin embargo ese oficio, en el que genoveses y napolitanos eran sus propios patrones, ponían su precio y vivían libres como las aves, le parecía maravilloso. Él quiso afincarse, tener salario, cimentar su vida y formar una familia, y ese sueño fue su perdición. Marieta fue su perdición, pues ella misma era una mujer perdida. Pensarla le formó un nudo en la garganta. Ingrata. Mentirosa. Mala mujer. Renzo apretó los puños adentro del saco como si todavía los tuviese sobre el cuello tierno de su novia. Caro le había costado el amor esa vez. Marieta supo cautivarlo con su sencilla aceptación del infortunio; le contó una historia de abandono, de miseria a manos de un rufián que la obligaba a prostituirse, del amor por su hijito, que la había salvado de matarse... ¡Patrañas! Debió desconfiar de sus horarios atravesados, de aquellos melindres para evitar sus visitas cuando decía sentirse indispuesta o preocupada por unas fiebres del niño. Cada negativa había sido una cita oculta, un engaño vil a la credulidad de él, que creía elevarla de condición al hacerla su esposa. Y lo que más lo enfureció fue descubrir que el oprobio de Marieta estaba al alcance de su mano, como una burla del destino: el Indio Galván.

Los pasajeros ya subían por la escalinata resbaladiza, empapados y sin duda protestando contra los siete pesos que les habría cobrado el botero. Renzo miró con nostalgia ese despliegue tan cercano a sus orígenes. Él había sido hombre de mar en Italia, llevaba la piel curtida por el viento salino y un secreto amor por los barcos. Cuántas veces se había quedado absorto como en esa mañana, mirando el horizonte e imaginando travesías...

El chirriar de las carretas de bueyes que venían a cargar mercaderías lo obligó a moverse y dejar pasar el tendal de recién llegados. Muchos vendrían en busca de oportunidades. Otros, alentados por la promesa de riqueza fácil. Algunos, huyendo de un pasado oscuro o de la miseria. Renzo se vio envuelto en las voces familiares de los dialectos y sintió pena por los que sufrirían desengaños. ¡Al diablo! Pena debería sentir por su propio pellejo, que pendía de un suspiro. Había logrado camuflarse entre los paisanos de su país que bebían *grappa* y jugaban a los naipes en las tabernas del puerto, pues vestía y hablaba como ellos, no llamaba la atención, por manchadas que

estuviesen sus ropas. La sangre seca pasaba por ser aceite, y llegado el caso, podría aducir que trabajaba en un matadero. Lo que le preocupaba era conseguir pasaje para embarcarse de nuevo. La aduana era otro cantar.

Mientras deliberaba sobre eso, con el rabillo del ojo vio a un par de policías que lo contemplaban desde cierta distancia. Todos sus sentidos enviaron señales de alerta. Se subió la solapa más aún, se caló hondo la gorra y fingió toser para poder doblarse en dos y evitar que viesan su rostro.

¿Cómo pudo engañarse tanto?, volvió a la carga su pensamiento. Marieta parecía tan pura, tan inocente, joven además... Cierto era que en Buenos Aires abundaban muchachas como ella, víctimas o no, que colmaban los cuartos de las casas de citas, de todos los colores y nacionalidades. Por ese río acaramelado venían, a bordo de paquebotes que las dejaban con mansa aquiescencia sobre el muelle que él pisaba en ese instante. Húngaras, por docenas..., polacas, francesas, paraguayas y hasta argelinas. ¿Por qué tenía que ser su Marieta una de ellas, por qué? Su sangre comenzó a bullir de rabia otra vez, y tuvo miedo de denunciarse con una actitud hostil. Encendió un cigarrillo y caminó hacia el borde del muelle, simulando esperar algo o a alguien. Las aguas chasqueaban por debajo de los tablones, un sonido delicioso para sus oídos de marino. Arrojarle al río y nadar las leguas que lo separaban de algún vapor para viajar como polizón era una posibilidad, aunque riesgosa. La idea de acabar con todo no se le había ocurrido. En Renzo Capri batían tambores aún, el dolor no se había comido sus ansias de vivir. Estaba la fe, refugio de su venerada *mamma*. La Virgen lo sostendría, lo llevaría a buen puerto si él prometía ser bueno en el futuro, pues había matado por justa razón. El chisporroteo del sol lo encegueció, se frotó los ojos y una imagen lánguida apareció ante ellos. ¡No, el niño no! No quería verlo ahora, no quería pensar en eso...

Renzo echó a correr entre la gente que se amontonaba en el muelle, sin saber adónde dirigirse en esa ciudad desconocida. Tropezó con varias personas que lo sujetaron de las mangas del saco. Vieron en él la traza del italiano, quisieron preguntarle, escuchar otra vez su idioma, creer que allí se sentirían como en casa. Renzo se los sacó de encima con un empujón y corrió, corrió hasta que el aliento se le clavó en el estómago como un punzón, hasta que ya no se encontró en el puerto. Había llegado a una calle que se hundía entre paredones, la de 25 de Mayo.

Era su destino, sin duda, caer en brazos de las sacerdotisas del amor.

El comisario de órdenes estaba al tanto de lo ocurrido merced a la red telegráfica recién inaugurada, que comunicaba al Departamento con cada una de las veinte comisarías. Orgulloso de ese avance sobre el sistema de correos a caballo que existía antes, el funcionario hizo gala del aparato Breguet de factura inglesa utilizado para la transmisión de las noticias:

—No hay hecho delictuoso en la ciudad o sus alrededores del que no estemos informados gracias a esto —se jactó—. Siéntense, por favor, en breve sabremos del asunto que nos ocupa.

Consultó los expedientes del día mientras los acompañantes de Julián paseaban la vista por las instalaciones. Un par de escribientes se aplicaban sobre sus escritorios y levantaban la vista de modo furtivo para ver la cara de los recién llegados. Esos dos, y un ujier que repasaba los picaportes, era todo el personal a la vista.

—Estamos algo necesitados —aclaró el inspector, ante la muda interrogación en las miradas— porque el oficio está mal remunerado, y los subalternos se reclutan entre gente que no tiene instrucción ni buenas costumbres. Si es usted abogado, sabrá que lo que le digo es cierto —dijo, refiriéndose a Julián. El Cuerpo de Vigilantes no abastece la cantidad de manzanas que cuenta la ciudad. El coronel Rocha pide que se conforme una Compañía de Reserva para las veinticuatro horas del día. Ojalá se la concedan.

La alusión al jefe de la Policía recordó a Julián que el hombre había sido buen amigo de su padre también, y eso lo alentó.

—Es un caso complicado —les decía el sargento Villagrán mientras miraba la foja de servicio de los policías que habían detenido a Adolfo—. Fue encontrado con el puñal incriminatorio y manchado con la sangre de la víctima.

—Se trata de un error —porfió Julián—. Mi amigo es incapaz de un acto semejante. Antes pensaría en quitarse la vida que en arrebatarla a otro, mucho menos a una mujer y a su hijo.

—Un acto atroz, tomando en cuenta que el pequeño solo tenía cinco años.

—Eso es lo que me impele a pensar que él nada tuvo que ver con el horrendo homicidio.

—Doble homicidio, y con saña. La mujer tenía siete puñaladas en el cuerpo, y el niño...

—Por favor, sargento, ahórrenos los detalles.

Julián miraba de reojo a Violeta, que se mantenía callada, algo raro en ella, y temió que su sensibilidad femenina se viese afectada por la dureza de las evidencias.

—Siete son las Cabritas en el cielo —se le escuchó decir en un murmullo.

El sargento, un hombre corpulento de rostro aindiado y ojos sagaces, escrutó a la joven con curiosidad. Le había llamado la atención su juvenil presencia en compañía de un aristócrata y un mozo de cordel, aunque atribuyó el ropaje negro a la memoria de alguna víctima de la fiebre amarilla. Era frecuente ver mujeres de luto en esos tiempos. En cuanto a Julián, se estaba arrepintiendo de haber permitido que Violeta lo acompañase. Ni la alcaldía, ni las conversaciones sobre asesinatos y prisioneros, eran apropiadas para una niña. Intentó abreviar la visita.

—Si me dice adónde lo han llevado, no distraeré más su tiempo.

—Está aquí mismo. ¿Pretende verlo como su abogado?

Imposible negarse a brindar apoyo al amigo, de modo que Julián aceptó el papel que le endilgaban.

—Deberá pasar solo. Comprenda que la celda no es lugar para una señora.

—Manu —ordenó Julián de inmediato—, lleva a tu patrona a la casa, que yo me encargo.

—¡No!

La exclamación de Violeta tomó a todos por sorpresa salvo a Manu, acostumbrado a los arranques de su venerada amiga.

—Violeta, no puedes quedarte, el sitio es peligroso.

—Y muy desagradable —añadió el sargento con cierta malicia.

Violeta parecía poseída por una extraña fiebre.

—Por favor —suplicó—. Tengo que verlo, lo siento aquí —y se palpó el pecho bajo la capa negra.

—¿El reo es algo suyo, señora?

Julián se estremeció al escuchar que llamaban a Adolfo de esa manera, aunque sabía que era lo habitual en esos casos. Esa premonición lo hizo comprender mejor el estado de ánimo de Violeta, que a esas alturas ya revelaba su carácter singular.

—Manu —insistió con firmeza—. Llévatela.

El joven tomó a Violeta del brazo y tiró de ella hacia afuera, donde un celador observaba curioso la escena. Violeta se dejó arrastrar, debilitada de repente. Manu la obligó a sentarse en un banco de piedra adosado al muro de la Jefatura, quizá destinado a los infelices que aguardaban el momento de visitar a un pariente.

—Señora, ordenaré que le traigan un cocido —dijo el celador, compadecido de la palidez súbita de Violeta, y salió de prisa en busca de la bebida caliente.

Julián siguió al alguacil a lo largo de un pasillo mal iluminado y se topó con una hilera de celdas. Las paredes rezumaban una humedad apolillada que se mezclaba con el olor nauseabundo de los orines y las heces aún no evacuadas. Cojeó tras su guía hasta detenerse ante la tercera puerta de rejas. El hombre levantó el farol para identificar el rostro del que buscaban, y en muda señal iluminó el fondo de la celda.

Allí estaba. Pegada la espalda al muro como ante un pelotón de fusilamiento, los ojos desencajados de las órbitas, el gesto ausente, las manos exánimes a los lados del cuerpo.

Adolfo Alexander, el poeta. Muerto en vida. Julián tuvo que reprimir un gemido de angustia al verlo en ese estado.

—Dígale que se acerque —ordenó al guardia que seguía con el farol en alto.

El hombre lo miró, como diciendo: «Si no viene es porque no quiere», pero una moneda deslizada en su palma lo convenció de intentar el movimiento.

—¡Eh! El del saco negro, ven acá.

A eso se reducía un hombre cuando se veía en compañía de truhanes, salteadores y criminales de la peor laya. Se evaporaban los títulos y honores que por nacimiento y mérito le correspondían, un empleado cualquiera podía tutearlo y despreciarlo,

pasaba a rellenar la masa amorfa de los que cruzaban la línea y se ganaban el odio de la sociedad. Julián entendía la expresión de Adolfo, que revelaba encontrarse muy lejos de aquel mundo infernal. Su espíritu había huido, como no lo haría jamás su cuerpo. Era un hombre entregado al destino. Tal vez él también lo había sido, hasta que recobró la fuerza y recordó quién era y por qué vivía. Si no hubiese contado con la ayuda de alguien caritativo que curó sus heridas y sanó en parte su alma, él podría haber conservado esa expresión impávida para siempre.

—Amigo, te sacaré de aquí —afirmó, al ver de cerca aquel rostro cadavérico.

Adolfo lo miró con un chispazo de comprensión. Lo reconocía.

—No sé qué pasó —alcanzó a susurrar.

Julián tuvo serios temores sobre la salud mental de su amigo. Aunque no creía que fuese un asesino, estaba al tanto de sus arranques de histeria y de su desánimo rayano en el suicidio. Su familia lo había desahuciado, si él comprendía bien a la gente, ya que el padre de Adolfo, un militar que había servido con Rauch en la frontera y conservaba huellas de lanzas y mosquetes, lo erradicó del entorno familiar al catalogarlo como inútil y enfermizo, ingrato y afeminado. Aquella sentencia pesó mucho en el corazón del amigo, Julián lo sabía, y su miedo era que la desgracia se abatiese sobre él como fatalidad inevitable. Él, que contaba con padres que lo amaban y sufrían por sus infortunios, que se sabía valorado y hasta protegido en demasía, podía entender la desolación de verse excluido del amor paterno por no ser lo que los otros esperaban que fuese.

—Tranquilo, amigo, que esto no es el fin sino el comienzo. Me ocuparé de tu caso y saldremos adelante con la verdad. Tienes que contarme todo desde el principio: cómo te viste con el cuchillo en la mano, por qué tienes la ropa ensangrentada, quiénes son las víctimas de este crimen que no cometiste.

Adolfo lo miraba absorto, sus ojos fijos en los labios de Julián, como si intentase comprender por qué se movían tanto.

—No sé qué pasó —repitió.

El alguacil contemplaba la escena con morbosa satisfacción. Julián estaba a punto de mandarlo al diablo, cuando vio que el hombre se abalanzaba sobre un recién llegado. Manu. El joven resistió el empuje del guardia con sus espaldas anchas y sus brazos ciclópeos, y soltó con voz pausada:

—Dice Violeta que no lo haga hablar, que lo haga escribir.

Luego se sacudió de encima al alguacil como lo haría con un abejorro, y salió por donde había venido.

¡Dichosa chiquilla! ¿Cómo no se le había ocurrido? Adolfo era un poeta, un lírico, y el medio de expresar sus sentimientos, la pluma. La razón por la que Violeta había dado en el clavo, era que la niña no era abogado sino mujer. Hubiese sido capaz de besarla, de haberla tenido enfrente.

—Adolfo, escúchame bien. Debes resistir lo malo que sucede ahora, hasta que el engranaje de la defensa se ponga en marcha. Te traeré lápiz y papel para que escribas

lo sucedido. ¿Entendiste? ¡Tengo que leer lo sucedido! Debes contármelo a través de un poema o una carta. ¿Serás capaz?

Adolfo volvió a mirarlo, esta vez a los ojos, y Julián creyó captar un atisbo de entendimiento. Confió en eso y se despidió con un apretón de manos, aunque la de Adolfo permanecía fría y blanda tras la reja.

Salió a toda marcha, obligando al alguacil a correr detrás de él. Iba poseído de un ímpetu endiablado, quería llevarse el mundo por delante, reformar la idea misma de justicia, obtener una absolución ejemplar para su querido amigo.

Y darle un beso a Violeta.

Al salir, la encontró sentada como una niña obediente, sosteniendo en sus manitas enguantadas un jarro de estaño, y con ojos asustados. Manu le dirigió una mirada suplicante, no toleraba ver triste a su amiga. Exigía algo de él, una palabra de consuelo, un indicio que le renovara el ánimo.

—Vamos a sacarlo de aquí, Violeta, te lo prometo.

Ella le sonrió con una madurez fuera de edad.

—Tengo miedo —le confió— de que mis sueños no sean una adivinanza del futuro, sino un vaticinio.

—¿Qué quieres decir con eso?

—Tengo miedo de ser la causa de lo que ocurre. Yo soñé a ese hombre.

Y se echó a llorar. Julián se sintió de pronto responsable de todo y de todos: de su madre, de las ideas de su padre, de la suerte de Pétalo, de la misteriosa Brunilda, del pobre de Adolfo y de la increíble Violeta. ¡Hasta Manu parecía esperar de él que actuara como un adalid de la justicia! Suspiró resignado. Si era el precio que debía pagar por estar vivo y de regreso, con gusto lo haría.

Les salieron al encuentro los primeros matorrales de piquillín y molle, que formaban un cerco natural a la estancia. Más allá se toparon con las colinas arenosas que ocultaban el monte. Estaban penetrando por la parte de atrás, el mismo camino que ella había desandado al huir. Pulquitún sabía que cuando tomaran el sendero que se abría paso entre los espinos aparecería la casita, y ese recuerdo le provocó una punzada en el pecho. Allí habían tenido su primer encuentro. Era un antiguo puesto al que su huinca solía ir para matear y donde dormía a veces, cuando la noche lo pillaba lejos de la casa grande. Quizá fuese ese espíritu nómada que él mostraba lo que la sedujo, o su naturaleza amable y callada, rasgos que ella creía propios del indio.

Observó que había leña apilada en un costado de la pared y se preguntó si él se encontraría allí, o lo habitaría un nuevo puestero. El hombre que la conducía no le permitió cerciorarse, la picaneaba con la fusta cada vez que la notaba remisa.

Les faltaba recorrer un largo trecho antes de ver la traza de los primeros potreros. Pulquitún se mantenía erguida como una lanza pese a la inquietud de su corazón.

Aquel guardián que la azuzaba no vería jamás un gesto de temor o de sumisión en ella.

El letargo de la hora les aseguraba absoluta soledad: los peones estarían sesteando, de modo que su paso por la huella sería ignorado, al menos hasta que se corriese la voz. Su osadía podía costarle cara al hombre que amaba. Se había jugado entera, sin embargo, y exigiría lo mismo de él, o moriría intentándolo.

El captor de Pulquitún admiraba desde atrás su talle esbelto y esa mata de pelo salvaje y espeso que la cubría hasta la cintura. Se asombraba de su serenidad, como si no la estuviesen llevando prisionera sino de visita. Sin duda, esa india tendría trucos en la manga, o no estaría tan campante. Decidió aguzar la vigilancia cuando llegasen a las casas. A campo abierto podía perseguirla, pero si se escondía entre los galpones... Lamentaba no haber ejercido su derecho de conquista apenas vio a la infiel, pues una vez que la entregase, estaba seguro de no poder hacerlo. Era muy recto el patrón. Y la hembra que cabalgaba ante él, condenadamente hermosa.

Por fin, las señas de la civilización rural: corrales de palos a pique, techumbres de paja, un rodeo que pacía con mansedumbre el pasto dulce de la pampa y algo más lejos, las aspas de un molino girando con pereza. De a poco, como derramándose en la llanura, fueron apareciendo los palenques a las puertas de las casas, las gallinas picoteando en el patio de tierra, perros dormitando, todo era un preámbulo del encuentro tan temido por Pulquitún. Y tan deseado.

—Detente —ordenó el hombre que la llevaba, y le arrebató las riendas por miedo a que condujese a su yegua por donde ella quisiera.

Los jinetes se desplazaron hacia un edificio contiguo a la casa principal, un anexo que oficiaba de despacho y que Pulquitún conocía bien. Si aquel peón la llevaba allí, era porque *él* se encontraba adentro. Se preparó en su mente para aquel enfrentamiento.

—Baja.

Obedeció, y permitió que el hombre la tomara del brazo y la zamarrease un poco. Quería intimidarla.

—Acá vine y acá estoy —le dijo ella en tono combativo.

Si se había dejado atrapar, era porque llegaría adonde quería ir, de todos modos. Que aquel cancerbero no creyese que podía vanagloriarse de su captura.

Atravesaron el umbral, y Pulquitún vio un escritorio donde los papeles se apilaban entre un cencerro de bronce y una palmatoria. Atrás, sobre la pared, lucían pintadas las marcas que la estancia usaba para identificar a sus animales. Ella las sabía de memoria. Hasta le había contado una vez que entre los arcos de los malones había visto sus vacas. En aquella ocasión, él había reído con ganas, mostrando sus dientes blancos y parejos. El sol dibujaba siluetas en el suelo embaldosado. Flotaba en el aire un polvillo que difuminaba los contornos de los muebles, y Pulquitún reconoció el aroma fresco de la madera, que tanto la cautivaba, entremezclado con otro que le quitó el aliento: el humo de su cigarro. Él estaba allí.

—Patrón —dijo el que la sostenía—, acá le traje a una espía. Parece que los crinudos ahora usan a sus mujeres para bombearnos. Quién sabe, a lo mejor es una distracción, para que no veamos cómo nos van cercando día a día.

Ante semejante discurso, el hombre que estaba de espaldas se volvió y quedó iluminado por el rayo de sol. Ella pudo ver su gesto de asombro, sus ojos oscuros de mirar bondadoso, su boca rodeada de pliegues, la nariz recta y el cuello poderoso. Llevaba bombacha de campo y botas, ajustada la faja sobre una camisa y un chaleco que se le abría en la cintura. Fornido, como ella lo recordaba; un poco más platinado el cabello y curtido el rostro por el trabajo al aire libre, aunque con esa hidalguía que lo diferenciaba de los demás. Armando Zaldívar, patrón de El Duraznillo.

El huinca que consiguió domar su corazón.



CAPÍTULO 15

Brunilda lo ignoraba todo acerca del mundillo de la costura. Sus primeras puntadas las había aprendido guiada por la paciente Filipa, que cosía sin otra pretensión que satisfacer las necesidades hogareñas. En su inocencia, Brunilda creía que la confección de prendas estaba ligada a la condición femenina, ya que las niñas aprendían ese arte para fabricar su propio ajuar de bodas más adelante. Una cosa era coser, sin embargo, y otra bien distinta ganarse la vida cosiendo. Ella no sabía que el negocio de la vestimenta quedaba en manos masculinas, ni que las costureras cobraban la décima parte del costo de un vestido de calidad. El taller de la calle Florida estaba destinado a servirle de formidable aprendizaje, y no solo en punto a la aguja.

Llegó a la hora convenida, provista de su guardapolvo planchado y con el ánimo pendiente de un hilo. La recibió la cara avinagrada de la regenta, que la condujo a través del pasillo conocido hacia un sector de donde emergía un suave zumbido, como el de las abejas a la hora de la siesta, arrullador y a la vez inquietante.

—Acá tendrás que trabajar hasta las cinco —le advirtió, alzando las cejas.

Parecía desear una respuesta de confrontación para descargar su enojo.

Brunilda tuvo que caminar sola entre dos mesas de tablón flanqueadas por bancos larguísimos, ocupados por mujeres de todas las edades, uniformadas como ella aunque bien distintas por su tez o el color de los cabellos, que la mayoría mantenía sujetos en la nuca con pinzas. El zumbido aminoró hasta crearse un silencio agobiante mientras ella pasaba, sus tacones resonando entre las maderas del taller. Los ojos la contemplaban con asombro o desconfianza, según el puesto de aquellas trabajadoras. Brunilda lanzó miradas ansiosas buscando un sitio donde ubicarse, ya que la regenta no le había asignado ninguno y no quería causar incomodidades el primer día. Percibió animosidad a su izquierda, y miró a la derecha: le pareció que una muchacha de rostro suave se inclinaba hacia el costado, invitándola a sentarse. Deseosa de dejar de ser el centro de toda la atención, caminó hasta el banco.

—Permiso.

Carmina se apretujó contra su compañera, dejando libre el espacio para que la nueva se acomodase.

—Bienvenida —le susurró, para no ser escuchada por la regenta, que ya comenzaba a pasearse entre las costureras.

Brunilda sonrió y colocó sus pertrechos sobre la mesa: un alfiletero, un retazo de género verde con dos agujas clavadas, y una tijera oxidada. Carmina debió de notar la pobreza de los elementos, pues con disimulo puso entre ambas su propio alfiletero y la tijera.

Las abejas volvieron a zumbar, en una monotonía tranquilizadora para el ánimo de Brunilda. Pronto comprendió que no se debía solo al murmullo de las

conversaciones que la regenta no podía impedir, sino también al ruido que hacían unas máquinas que las operarias maniobraban sobre algunas mesas.

El taller era un inmenso galpón de techos altos de los que pendían gruesas cadenas con faroles de gas, sin duda para los días nublados o durante el invierno, cuando oscurecía temprano. Brunilda observó que los ventanales daban al patio de los trastos donde ella había estado, de modo que el taller no poseía más luz natural que la que provenía de ese reducido rectángulo. Algunas de las costureras acercaban las telas a sus ojos, debía de costarles mucho ver las puntadas que daban. Observó también que al mantener las cabezas gachas, podían hablar sin que se les viesan los labios, una ventaja para eludir la vigilancia de la regenta. Aquellas mujeres no tenían en común nada, salvo que todas detestaban a la sargentona que las martirizaba.

—¿Eres contratada?

La pregunta de Carmina sorprendió a Brunilda. ¿Acaso ella no lo era? Aunque no había firmado ningún papel, entendía que de palabra la habían aceptado.

—¡Claro!

—Qué afortunada.

—¿Por qué, es que no eres de aquí?

—Por supuesto —dijo la joven—, pero debo pagar un canon para quedarme. Se supone que estoy aprendiendo, no soy más que una aspirante.

Brunilda enmudeció y un frío corrió por su espalda. De pronto, las palabras resonaron en su mente: «¿Crees que voy a ponerte a dirigir la batuta?». ¿No sería ella misma una practicante? Asustada por lo que eso significaba, insistió:

—A mí no me dijeron nada de pagar, solo me citaron y me dieron el uniforme.

—Ah, sí, eso sí. El patrón no quiere que trabajemos con ropa propia, para así poder distinguirnos, ignoro la razón. Las contratadas también deben cumplir ese requisito, pero ellas sí cobran salario. ¿Las ves? —Y Carmina señaló con un gesto la mesa en la que Brunilda había notado un ambiente hostil a su llegada. Eran mujeres algo mayores, algunas muy bonitas, que solían levantarse en busca de algún paño o un jaboncillo para marcar el género, y si bien la regenta las miraba con inquina, ellas aparentaban no darle importancia.

—Te asignan a una para que aprendas, aunque yo prefiero volver a mi mesa, son muy pagadas de sí mismas, se creen mejor que otras porque ya saben de costura y tienen que enseñar.

—Yo también sé de costura —dijo Brunilda, deseando no estar en la categoría de aspirante. ¡Ella no podía pagar su aprendizaje!

—Entonces puedes quedarte tranquila y de paso enseñarme, así no tengo que depender de ellas. Hay una —y Carmina bajó la cabeza para cortar el hilo con los dientes y poder indicarle con los ojos de quién le hablaba— llamada Lucrecia, que es insufrible. Hasta se permite llegar a deshora y la regenta no puede regañarla, quién sabe por qué.

Lucrecia se encontraba en diagonal a ellas, mesa de por medio. Era una mujer activa y hermosa, de cabellos castaños sujetos por una cinta, y cejas finas y arqueadas. Cosía con displicencia, como si estuviese en el sillón de su casa de campo y no en un taller de operarias. Brunilda notó que no hablaba con las demás.

—Lucrecia es contratada, entonces.

—Más que eso, es la favorita del taller —y la mueca de Carmina le dijo a Brunilda que también Lucrecia era odiada por todas.

La sargentona depositó con estrépito una caja de madera de la que sobresalían lazos y carretes de hilo.

—Debe estar listo en una hora —anunció con íntima satisfacción, suponiendo que la recién llegada no sabría qué hacer con eso.

—Acá nos proveen los materiales —comentó Carmina después de que la antipática mujer se alejó— pero tenemos que cuidarnos de causar el menor daño, o nos lo cobran aparte. Por eso traigo mi tijera y mis alfileres. Si quieres, podemos compartirlos.

—¿Qué otras cosas se necesitan?

—Tienes que tener dos tijeras, por lo menos. Una es para cortar los patrones y la otra, para los ojales. Como esta —y Carmina extrajo de la caja una tijera de manicura con las puntasafiladísimas.

—¿Y con estas cintas, qué se supone que debemos hacer?

—Pegarlas en estas borduras.

—Hilvanarlas.

—¡Eso mismo! Se ve que no necesitas muchas indicaciones.

La alegría de Carmina era auténtica, revelaba un espíritu cándido que Brunilda apreció. Comenzó a trabajar con cuidado, procurando que la muchacha la observase, ya que había advertido una malformación en su mano derecha, algo que sin duda confabularía contra su pericia en la costura. En su interior, Brunilda decidió ayudar a Carmina en lo que pudiese. Al cabo de un rato, le pareció conocerla de toda la vida. La joven le contó que provenía de una familia humilde, con una madre que quedó a cargo de la panadería de su esposo y cinco hijos para mantener, que el mayor había sido carne de cañón en la frontera y que ella, como la hija segunda, debía aprender algún oficio que le permitiese trabajar desde el hogar, ya que los hermanos ayudaban a su madre con el horno y el reparto. El sueño de Carmina era conseguir una de esas máquinas que cosían con solo mover la manivela.

—Lo que te lleva una hora de puntadas, la máquina lo hace en unos minutos —aseveró con entusiasmo.

Así fue como supo Brunilda del prodigio introducido en el país por Singer & Co., una firma norteamericana que llevó a la cima de la industria el oficio de coser.

—Y ahora van a traer otra más avanzada, que no se mueve con la mano sino con los pies.

Brunilda no podía creer que existiera tal cosa. ¡Si Filipa lo hubiese sabido! Carmina le contaba que una de las máquinas que usaba Modas Viviani había llegado desde Italia.

—Si voy a usar una de esas, sí debo aprender —comentó Brunilda cuando pudieron tomar un descanso de cinco minutos—. Nunca antes había visto una máquina de coser.

—Yo tampoco sé usarla, aunque tengo entendido que la máquina lo hace todo. Dicen que la fábrica provee a distintos países, y que cada vez son más las mujeres que las compran para sus casas. Si pudiera ahorrar lo suficiente, la compraría ya mismo, pero debo saber más sobre costura.

Brunilda pensaba en eso mientras volvían a la tarea, que consistía en respuntar un paño grueso de lana. Se imaginó dueña de una máquina de coser y de una habitación donde pudiese disponer de sus creaciones a gusto, lejos de las críticas y las miradas, y se preguntó cuánto dinero debería juntar para cumplir ese sueño. Estar tranquila y sola era lo que deseaba para su vida.

En el taller se trabajaba a destajo, con la meta de terminar tal o cual prenda que las costureras solo veían en pedazos, ya que a ninguna se le encomendaba un vestido entero. Brunilda nunca pensó que el oficio fuese así. Ella cosía los bolsillos de una chaqueta, o bien encintaba una falda, a veces le tocaba cerrar los ojales de un saco, o reforzar los botones de una bata. Mientras lo hacía, trataba de imaginar el traje completo, con sus alforzas, sus drapeados, sus blusas de lencería con pechera y moño, y entonces sus dedos volaban, como si el pensamiento les diese alas. Carmina la contemplaba con admiración.

—Eres muy buena. Pronto estarás contratada.

Ese tema escocía el ánimo de Brunilda, pues barruntaba que allí radicaba la fácil aceptación de su trabajo. Al cabo de varias horas, almuerzo de por medio en el que Carmina compartió con generosidad parte de sus vituallas, la regenta anunció con una campanilla el fin de la jornada. Las mujeres saltaron de sus bancos sin cuidarse del desorden, y se arrojaron al cuarto de los trastos. Brunilda comprendió el porqué de tantos percheros. Ellas no iban a trabajar vestidas con guardapolvo, se cambiaban sus trajes al entrar y al salir. Y miró asombrada cómo luchaban para ponerse el corsé, con esa coquetería innata que no depende de la clase social.

Antes de que llegaran al final del pasillo que conducía a la entrada, la mujerona la interceptó.

—Ven conmigo —le dijo sin preámbulos, y la separó de Carmina, que se quedó viéndola con ojos marrones muy abiertos, en franca preocupación por su nueva amiga.

La regenta la condujo hacia un despacho que despedía un olor acre de tabaco concentrado. Al segundo golpe, apareció un hombre alto y delgado, vestido de manera impecable, que las miró interrogante.

—Es la nueva —explicó la mujer.

La puerta les franqueó la entrada y Brunilda se halló sola, pues la regenta desapareció de modo misterioso, en una oficina alfombrada y sin ventanas, iluminada por un candil y borroneada por el humo. El hombre delgado se sentó tras un escritorio vacío de papeles.

—Así que eres nueva en la casa.

Ella asintió, un poco inquieta por no saber qué se esperaba que dijese.

—Y quieres aprender el oficio. Pues bien, eso se paga.

Lo que Brunilda tanto temía estaba a punto de producirse. Al saber que no contaba con dinero propio, la pondrían de patitas en la calle.

—Claro que puede arreglarse, si llegamos a un convenio.

El hombre se levantó y comenzó a caminar como buscando la fuente de inspiración en la alfombra.

—Lo usual en estos casos es que abones tu aprendizaje hasta que Modas Viviani considere que estás preparada para coser en forma profesional. En ese caso, se te ofrece un contrato para hacerlo en la misma casa, o bien se te expide un certificado para que lo hagas en otro sitio, si es tu gusto. Aquí nos jactamos de contratar a las mejores modistas, porque recibimos los modelos desde París, y tenemos encargos de las mejores familias porteñas para confeccionarlos, tantas copias como deseen. Es un trabajo refinado que requiere no solo buena mano, sino buena cabeza —y el hombre se tocó la sien— ya que coser un vestido de lujo implica cuidar hasta el mínimo detalle. A nuestras clientas no les agrada que se vea una sola costura fuera de lugar, ni tampoco que se diga que llevan el mismo moño que la criada que trabaja en sus casas. ¿Me explico? Acá hay que ser original en la confección, no copiar sin más. Eso es algo que muy pocas saben hacer, y por eso somos exigentes con las empleadas. Solo aquellas que poseen el don llegan a ser las mejores modistas de Viviani. Mi socio creyó ver en ti algo de eso y te recomendó, así que vamos a darte una oportunidad. Entiendo que pides trabajo por necesidad, ¿no es así? —y Brunilda asintió de nuevo, muda de terror—. Entonces, deberás pagar tu parte de otro modo. A veces —y el hombre volvió a caminar, renovando los bríos— Modas Viviani organiza reuniones con magnates del mundo de la moda, comerciantes textiles que venden sus piezas en el país luego de traerlas de Inglaterra o Francia. Es gente interesada en cotizar a buen precio los géneros, pero también en ver que no se desperdicien en hechuras toscas o vestidos baratos que pueda usar la gente de medio pelo. Tenemos con ellos una suerte de... acuerdo. Ellos nos proveen de los mejores géneros y nosotros fabricamos las mejores prendas, de modo que podamos trabajar en comunión, logrando elevar la calidad y atrayendo a los clientes más ricos de Buenos Aires. Es una ardua tarea. Por eso, en estas reuniones de las que te hablo, debemos endulzarlos para que sigan confiando en nuestras costureras. Los agasajamos con exquisiteces de la confitería El Molino, el mejor champán que pueda conseguirse en el puerto, y ofrecemos también regalos de ocasión: accesorios, tabaco fino, en fin, lo que pueda agradarles. Eso incluye la atención femenina para que se sientan a gusto. Nada impropio, solo

conversación sobre los temas que les interesen, y quién mejor para hacerlo que las propias costureras de Modas Viviani. Los comerciantes quieren asegurarse de que el negocio esté en buenas manos, es decir, en *tus* manos —y aquí el hombre le dirigió una sonrisa que hizo retroceder a Brunilda—. Necesito saber si estás dispuesta a cumplir ese trabajo, que en realidad es placentero, ya que beberás y comerás en compañía de gente importante para tu futuro. Supongo que querrás hacer carrera en la costura y la moda.

Brunilda se sentía asqueada por el olor tan fuerte del tabaco y por la sensación de encierro que le producía aquella habitación abarrotada de muebles, y deseó salir de allí lo antes posible.

—Creo... que no entiendo bien qué se espera que haga —farfulló.

—Como te dije, nada impropio, solo atender a estos caballeros, que llegan de tanto en tanto para ver los modelos que hemos creado, y quieren saber cuáles son nuestras ideas sobre la nueva temporada o nuestros proyectos de ampliar los mercados a Italia y Holanda, por ejemplo. Hay infinidad de detalles que podemos agregar: puntillas, encajes, botones de nácar, y esas finezas provienen del extranjero. Ya tenemos los paños escoceses y las sedas parisinas, pero no queremos conformarnos si podemos aspirar a más.

—Pero yo no conozco tanto sobre telas o accesorios, apenas dibujo algunos modelos.

—¡Ah! ¿Dibujas? —De pronto, el hombre le dedicó toda su atención—. Entonces, mi socio tuvo razón, hemos hallado un diamante en bruto. Me gustaría ver alguno de tus bocetos.

—No los traje conmigo.

—Eso no importa, puedes traerlos mañana o pasado. Siempre que te interese seguir en la casa, claro está.

La mirada inquisidora le dijo a Brunilda que el hombre aguardaba una respuesta en ese instante.

—Un gran futuro se abre ante ti... eh... ¿Cuál era tu nombre?

—Brunilda Marconi.

—Brunilda, no tienes idea de lo que puedes llegar a ser en este ambiente con tu capacidad y tu habilidad. Impulsada por el nombre reconocido de Modas Viviani, te auguro un espléndido porvenir.

A esa altura de la conversación, a Brunilda le daba vueltas la cabeza, en parte por la sensación oprimente del lugar, pero también por las veleidades que le sugería la charla del socio. Convertirse en modista creadora de diseños era más que un sueño, era un paraíso de felicidad. Todo lo que ansiaba hacer en la vida. Sola y tranquila.

Procuró serenarse para no dar la impresión de estar anhelante, y balbuceó una afirmación:

—En estos momentos no dispongo de dinero para pagar mi aprendizaje, aunque podría conseguirlo... —Y pensó en un préstamo de Julián Zaldívar, idea que le

estrujó el pecho.

—Un préstamo tarda en otorgarse —la contrarió el hombre— y mientras, la casa está obligada a cobrar el canon correspondiente. Podríamos llegar a un acuerdo: en tanto consigues lo que necesitas, acudes a las reuniones que se presenten, que pueden ser una o dos, a lo sumo, pues por lo general coinciden con la llegada de las telas al puerto, o los comienzos de la nueva temporada. ¿Qué dices, Brunilda? Algunas de tus compañeras de trabajo darían una mano por conseguir esta oferta. Por otra parte, estos caballeros suelen decidir a qué modista encargan sus géneros, por eso que te dije de sacar el mayor beneficio vendiendo a las mejores familias.

Brunilda pensó con rapidez. Si hablaba con doña Inés, la señora podría otorgarle un crédito para que ella hiciese carrera en ese trabajo, y así sacársela de encima más pronto que tarde. Quizá ni siquiera tuviese que asistir a esas reuniones de trabajo tampoco. El inicio de la temporada de otoño ya se había producido, y por lo que ella había visto, estaban cosiendo los paños y las lanas merino para el invierno. Se arriesgaría. Lo último que ella quería era alternar con hombres de la sociedad, ni siquiera para conversar sobre la moda, pero entendía que ese oficio no estaba desligado de los tratos comerciales, de modo que aceptó.

—Buena decisión, la mejor —la alentó el socio de Modas Viviani—. Le diré a Margo que te tome en cuenta para cuando surja alguna *soirée*.

Así que la sargentona se llamaba Margo. Un nombre demasiado suave para una mujer tan áspera.

—Recuerda traerme tus bocetos la próxima vez —escuchó antes de cerrar la puerta.

Brunilda salió a la calle cuando ya la luz se tornaba cenicienta. Apuró el paso, no deseaba llegar de noche a la casa de los Zaldívar ni transitar sola por esas calles.

Casi corriendo, arribó en el momento preciso en que Evelyn salía en su busca.

—¿Adónde estabas? —le gritó furiosa—. El primer día que sales sola, y ya te perdiste.

—No me perdí, me distrajeron en el trabajo.

—Dile eso a la señora, a ver si te cree. Ya lo decíamos, qué puede esperarse de una *chirusa*.

El recibimiento aguó un poco el entusiasmo de Brunilda por las perspectivas de futuro que acababan de presentarle, de modo que juzgó inoportuno comentar a doña Inés lo del préstamo esa noche. Esperaría a que estuviese de mejor humor.

Julián llegó a su casa de las afueras cuando ya el anochecer humedecía los pastos y despuntaban las primeras estrellas. Su mente era un torbellino, y en su corazón libraban batalla las pasiones. Ignoraba de qué modo podría cumplir con todas sus responsabilidades, aunque una cosa le quedaba bien clara: para hacerlo, debía

organizar su vida. Y eso implicaba resolver la cuestión de su concubina. Había olvidado avisarle que llegaría, aunque fuese tarde.

Se sorprendió al ver que no lo aguardaba con el brasero encendido como siempre, y que no se filtraba luz a través de los postigos.

—¿Pétalo?

El silencio inquietante lo llevó a irrumpir en el pequeño comedor con brusquedad. El espectáculo lo dejó con la boca abierta: sobre la raída alfombra descansaba la joven china, desnuda por completo. Su postura relajada le demostró que no estaba dormida ni inconsciente, sino bajo el efecto de alguna hierba. Tenía la mirada posada sobre él como si recién lo conociese y además, le agradase, los labios curvados en una pequeña sonrisa lasciva, apenas visible a través del humo perfumado que la envolvía. Lo que más horrorizó a Julián, sin embargo, no fue saberla drogada ni verla desnuda, sino comprobar que se había ulcerado los pies a fuerza de vendarlos y someterlos a la crueldad de los aceites astringentes. Eran dos muñones ensangrentados que debían de dolerle, pese a que ella no lo advirtiera en razón de su estado.

—¡Desgraciada! —exclamó.

Pétalo encontró graciosa la postura combativa de su señor, y soltó una risita tonta que enfureció aún más a Julián. Él se deshizo del brasero que entibiaba los filtros para comprimir los pies de una patada, y levantó a Pétalo de un brazo, zamarreándola para que entrase en sus cabales.

—¡Despierta! —le gritó, mientras la sacudía sin miramientos—. Despierta y quítate esa monstruosidad de los pies. ¡Te prohibí que intentaras hacerlo!

Ella pareció reparar en lo que le decían, e intentó justificarse:

—Mi madre admiraba los pies de loto.

—Tu madre debería haberse condenado por arruinar a una niña.

—No... Ella prefirió dotar a mis hermanas —se le escapó una especie de sollozo—. Yo tuve que conformarme con lo que se me presentó. Sin lotos dorados, no hay matrimonio feliz.

—Qué costumbre salvaje... ¡Quítate esas vendas, o te las arrancaré yo mismo!

—Es tarde para mí... para mis pies... Nadie querrá a una mujer que no posea los pies de loto... Hasta las prostitutas los tienen. Yo soy una... y no tengo pies bonitos.

—Tienes los pies que corresponden a tu cuerpo, no un adefesio deforme como los que tu madre hizo a tus hermanas.

—Ellas... tienen buenos matrimonios, muchos hijos. Yo no tengo nada.

Estalló en un llanto desgarrador, en parte provocado por la neblina en que su mente se fundía, embriagada de opio. Julián conocía ese olor característico de las callejuelas de los pueblos por donde deambuló durante su viaje, y había visto también los semblantes extraviados de aquellos fumadores. Detestaba esa manera de reblandecer el cerebro, que convertía a sus adeptos en piltrafas sin deseos ni sufrimientos. Jamás pensó que Pétalo hubiese caído en el vicio, nunca fumó en su

presencia ni le había ofrecido hacerlo, como acostumbraban las prostitutas con sus clientes. Creyó que ella era pura en ese sentido, y hasta pensó en la posibilidad de redimirla transformándola en una mujer de vida decente. ¡Iluso! Se daba cuenta de la dimensión de su responsabilidad. Pétalo era prostituta desde muy tierna edad, y su enseñanza, basada en la sumisión, obraba en contra de sus propias necesidades. Necesitaría de mucha ayuda para sacarla de ese error con el que había vivido siempre.

Le quitó las vendas, le echó sobre los hombros la bata negra y la envolvió en ella.

—Vamos, te darás un baño.

Pétalo era una muñeca de trapo en sus manos, se dejó arrastrar hacia el cuarto donde Julián utilizó el agua que ella solía mantener caliente en su ausencia, esperándolo. Comprobó la temperatura y luego la levantó como si fuese una pluma y la sumergió en el líquido perfumado. El contacto despabiló a la joven, que lo miró espantada.

—No, mi señor, no... el baño es para mi amo...

—¡Basta de estupideces! —Y Julián le remetió con rabia la cabeza bajo el agua, para que recobrara la razón—. Aquí no hay amos ni señores que pidan pies diminutos, así que anda sabiendo lo que te conviene.

Cuando ella emergió con el cabello chorreando y la boca abierta, a punto de soltar un grito, él la lavó con rapidez con un jabón de olor que solían usar en sus encuentros íntimos. Sus grandes manos restregaron cada rincón del cuerpo femenino, no ya con el dulce tacto del amor profano, sino con la minuciosidad que exigía la higiene. Pétalo permaneció callada y contrita como una niña. Acabada la tarea, Julián la levantó de nuevo y la mantuvo entre sus piernas para secarla con una toalla suave. Luego, la cubrió con la bata negra y le ordenó peinarse.

—Prepararé el té. Quiero que estés lista para tomarlo en la sala. Ahora —exigió.

Pétalo apenas entendía lo ocurrido. De pronto flotaba en una nube de felicidad, y al segundo siguiente, un vendaval la arrancaba de allí para sumergirla en agua y quitarle la sensación de paz que la inundaba. El amo Julián estaba enojado, tanto, que había olvidado hablarle en inglés, y ella no entendió ni la mitad de lo que le dijo, aunque sí captó la palabra «té». Debía apresurarse para servírselo, entonces. Decidió que no convenía en ese momento darle el té especial, despertaría sospechas. Acomodó sus cabellos mojados en la coronilla, los sujetó con alfileres de marfil y se vistió. Advirtió que no tenía las vendas enceradas en los pies y pensó que tal vez las había dejado olvidadas en la alfombra. Se asomó con cautela, dispuesta a recuperarlas, y se encontró con el amo Julián sentado en el sillón imperio, aguardándola junto a una bandeja con una taza humeante.

—¿Estás lista? Ven.

Insólito. Pétalo avanzó a pasos cortos, como si aún tuviese los pies vendados y doloridos, hasta llegar junto a la mesa. Julián no se había quitado el saco, parecía recién llegado y muy severo.

—Siéntate.

Ella obedeció, y él colocó en sus manos la taza llena.

—Bébelo todo.

Pétalo no entendía nada. Era ella la que debía servirle el té, la que debía bañarlo y hacerlo sentir confortable a su llegada. Y eso debía ocurrir al día siguiente, puesto que él se quedaba en la casa familiar; así al menos lo había creído ella.

Después de los primeros sorbos, comenzó la filípica de su señor:

—Ahora, escúchame: no quiero más opio ni vendas en esta casa. Harás un hoyo en el jardín, meterás en él todos los bártulos y plantarás un geranio, o cualquier otra flor, para que yo vea que el vicio y la ignorancia siguen enterrados. Si te descubro en una desobediencia, Pétalo, juro que te enviaré de regreso a tu país y a la *maison* de Madame Li. Y no hablo por hablar, puedo hacerlo. A partir de este momento, empezará a aprender las cosas útiles para una mujer virtuosa. Le diré a la señora de Balcarce que se encargue de tu instrucción, nadie mejor que ella para enseñar, de modo que te convertirás en una aprendiz. ¿Entiendes lo que digo?

Pétalo lo escuchaba aterrorizada. ¡Quería separarse de ella! Justo cuando tenía planeada la forma de atarlo para siempre. Abrió mucho los ojos y cayó de rodillas.

—No, mi señor, por favor, no me alejes de tu lado... por favor...

—Basta. Acabarás con esa cantinela de «mi señor» o «mi amo», así como no volverás a usar las vendas. Sé que has vivido bajo otras creencias, Pétalo, pero son costumbres atrasadas que te perjudican, y si has tenido la suerte de salir de ellas, debes aprovecharla. Yo no te desampararé, nos veremos seguido y me darán cuenta de tus avances.

La enormidad de lo que estaba por venir le dio una inusitada energía.

—¡No quiero! —bramó, con una voz que a Julián le resultó desconocida—. Me quedaré en esta casa, soy tu sierva y vine bajo tu responsabilidad.

—Es cierto eso, sin embargo, no significa que debas servirme toda tu vida. Y en última instancia, si es que tengo algún ascendiente sobre ti, te ordeno que hagas lo que considero mejor para tu futuro. Y para el mío, ya que estamos.

Los ojos de ágata de Pétalo relucieron con un brillo extraño. Tocó el suelo con su frente en señal de sumisión, y ocultó a la mirada de Julián una expresión sagaz que lo hubiese espantado, de haberla visto.

—Como deseas, mi señor —murmuró.

Exasperado por no poder lograr que ella abandonara esa forma de adularlo, Julián se levantó con esfuerzo y se encaminó a su cuarto.

—Estoy cansado. Mañana organizaremos tu instrucción, luego de hablar con Elizabeth.

Pétalo se quedó mirando el sitio por donde desapareció el hombre que se había convertido en la razón de su existencia. Él no podría deshacerse de ella. La había sorprendido con la guardia baja, porque no lo esperaba y no pudo recibirlo como acostumbraba, pero eso no volvería a suceder. Si debía abandonar el opio y las

vendas, lo haría, mas no a él, eso nunca. Lo que acababa de ocurrir la decidió a poner en práctica su plan: engendrar un hijo de Julián Zaldívar.



CAPÍTULO 16

El reñidero hervía de excitación. Se trataba de un simple círculo de tierra adosado a un boliche que vendía licores y otras especies en la calle Venezuela, aunque, dada la importancia que se concedía al entretenimiento, su dueño había levantado un cartel en la entrada con dos gallos pintados de manera chusca, las plumas erizadas y los picos abiertos en formas imposibles. Una bandera roja, del color de la sangre, flameaba en lo alto para atraer la atención desde lejos. El dueño del local cifraba en las apuestas y en los criadores su ganancia, ya que pagaba una patente de diez mil pesos moneda corriente por el derecho de espectáculo.

Manu entró por un zaguán que lo condujo al patio de los refrescos. Nada de bebidas alcohólicas durante la reunión, era la regla para evitar entreveros. Al fondo, vio el redondel de madera lustrosa, revestido para la ocasión con lonas de colores, y hacia allí se dirigió. Aníbal Barceló lo había citado, como tantas veces en otros sitios donde pasaban juntos buena parte del tiempo libre. En esta le había prometido diversión y ganancias, y Manu fue, confiando en ese amigo circunstancial que nunca acababa de decirle qué se esperaba de él. «Llevá algo de plata», le había aconsejado, y Manu llevaba el sueldo de la tienda en el bolsillo.

Se encaminó hacia las gradas, que a la sazón se encontraban repletas, y tomó asiento sobre el número quince, pintado en blanco sobre negro. Desde allí dominaba la pista cubierta por un esparto. Los concurrentes eran hombres de variada condición: había gauchos mal entrazados que hacían tintinear sus monedas en un saquito de cuero, fanfarroneando acerca de tal o cual favorito en la pelea, señores de porte que aguardaban pacientes el ingreso de su candidato, gringos de boina y alpargatas que farfullaban en sus dialectos entusiasmados con un espectáculo gratis, y mozos provocativos que miraban a todos desde su soberbia, buscando camorra.

Manu divisó a Barceló cuando se hizo ver en la entrada, con su chambergo requintado y su pañuelo blanco al cuello. Le hizo señas y el hombre se aproximó.

—Llegaste temprano, ya está todo lleno. Menos mal. ¡Ahí va el juez!

Manu miró en esa dirección y vio a un hombrecito esmirriado que ostentaba una placa en la pechera de su saco, sin duda había sido elevado a la condición de juez en ausencia del comisario, a quien se solía convocar en esas reuniones.

—Tiene cara de ladino, ¿no? Y bué... —comentó con infantil entusiasmo Barceló.

A él todo le parecía motivo de alharaca. Manu permaneció callado, como era habitual.

La algarabía era contagiosa, sin embargo, y sintió que le hormigueaban los dedos. El juez, que ocupaba una silla en la entrada lateral del ruedo, se levantó para constatar el peso de los gallos que acababan de presentar los aficionados y que un ayudante moreno cantaba a viva voz para informar a la concurrencia: ¡tantas o cuantas libras!

Cada anuncio provocaba un rumor de comentarios elogiosos o preocupados, se hacían comparaciones y se evaluaban posibilidades.

—¿Ya apostaste? ¿A cuál?

Ante el silencio, Barceló miró a Manu como si fuese un escuerzo.

—¡Qué! No me digas que no apostaste... Estás loco.

Las apuestas se hacían a los gritos y la palabra era sagrada, de manera que Manu todavía estaba a tiempo. En el momento en que un gallo de color fuego saltó al ruedo, empujado por su criador, Barceló exclamó exaltado:

—¡Ese es el Naranja! El de Pastor Galíndez. A ese no le apuestes, es un perdedor, vas a ver. En la primera ronda se cae.

El oponente era un gallo buchón de plumaje blanco vetado de azul. Su color causó sensación entre los de la platea, que se apuraron a soltar sus apuestas. Barceló aconsejó prudencia:

—Nunca largan los mejores en la primera vuelta.

Manu observó primero a los dueños de las aves. Pastor Galíndez era un gaucho viejo, de pelo erizado igual que su gallo, y carácter taciturno. El dueño del blanco era un hombre joven que se pavoneaba como su protegido. Era notable la coincidencia entre los criadores y sus gallos. Luego, Manu miró a las aves, ya enfrentadas en el ruedo.

El Naranja ahuecaba las alas, procurando intimidar al adversario, debía de ser un truco enseñado por el gaucho, un fingimiento, ya que el Naranja tampoco era joven. El otro, orgulloso de su estampa, lanzaba picotazos hacia la cabeza descarnada del rival. A veces acertaba, siempre luciéndose, creando la impresión de estar danzando. Su espolón se alzaba con aparatosidad. Al ver que el gallo viejo había comenzado a sangrar, las apuestas se torcieron de inmediato hacia el blanco. Barceló parecía dudoso.

—A ver si la pifiamos al no apostar a este.

Los espectadores contemplaban los lances con ojos relucientes y especuladores. Se palpaba la inquietud de los que habían apostado al gladiador que llevaba las de perder.

De pronto, el Naranja acometió enloquecido y la lucha se equilibró. La sangre salpicaba la blancura del plumaje del gallo joven, lo que causó honda impresión en los apostadores.

—Pucha, no se sabe para qué lado correr... —comentó Barceló.

Manu se había vuelto de piedra. Contemplaba los avances y retrocesos de las aves como si fuese una danza macabra. Su simpatía hacia el Naranja hacía que, muy a su pesar, se alegrase cuando el ave lograba algún éxito con su espolón o su pico, pero si aparecía la sangre en el ojo del blanco, de igual modo se conmovía, no se decidía por ningún contendiente en esa lucha que se llevaba a cabo sobre el sangriento tapete.

El silencio respetuoso era roto solo por el clamor de las apuestas o por alguna sorpresa que provocaba furia o risa en los que observaban. Los criadores se

mostraban impasibles, hombres avezados en esas lides. Pastor Galíndez ni siquiera se movió cuando su gallo sufrió un tajo poderoso en el pecho anaranjado.

Manu empezó a sentir un peso y un nudo en la garganta. Pensó en Violeta, en lo que diría si supiese que él estaba allí, mirando cómo se destrozaban dos aves para que los hombres como él se divirtiesen, o ganasen dinero. Se despreció por haber accedido al triste espectáculo. Y aunque estaba permitido por las leyes bajo ciertas condiciones, no dejaba de ser repulsivo para los que amaban la vida silvestre. Cuántas veces había entrado en el Palacio de las Aves de El Aguapé, para observar junto a Violeta a los federales que solían colarse por las ventanas... Cuántos días dichosos había compartido con su amiga cuando burlaban a las catas parlanchinas... o había admirado los dibujos que ella hacía de los guacamayos en su percha...

—¡Vamos! —gritó Barceló.

El buchón blanco parecía a punto de dar la estocada final. El Naranjo pretendía ocultar la cabeza bajo el ala de su rival para evitar su pico, y se echaba sobre él como los boxeadores que buscan un minuto de descanso. El gallo no huiría por la puerta lateral, abierta para los que se rendían. Manu intuyó que moriría sobre la arena, como los viejos guerreros, y su corazón sufrió por él. Ya subían las apuestas en favor del blanco y azul y su dueño sonreía satisfecho, en tanto que el gaucho viejo se mantenía impávido.

Manu se puso de pie.

Los gladiadores giraban con la pata del espolón en alto, esperando un descuido del otro, erizados como brujas, los ojos cegados por la sangre, encarnizados en esa lucha para la que habían sido entrenados. El gallo blanco, más fibroso y pequeño, se coló bajo el ala del Naranjo y le asestó un picotazo mortal. El gallo más viejo siguió girando como si nada hubiese sucedido, hasta que su pico cayó sobre la arena, y dejó oír un cacareo final, una especie de canto de sirena que lo dejó tirado en el ruedo, convertido en un manojo de plumas sanguinolentas.

Gritos y risas saludaron la victoria de uno y la derrota del otro. Los hombres sacudían sus ponchos en franca algarabía. Aquel canto postrero merecía un aplauso, ya que el gallo había combatido hasta la muerte. Pastor Galíndez pagó las apuestas y se retiró sin siquiera recoger a su protegido, que quedó con sus plumas de fuego bajo el sol.

El juez ordenó anotar algo en la pizarra, y ya se escuchaban las nuevas apuestas sobre los próximos gladiadores que en minutos serían pesados y anunciados.

Manu comenzó a bajar las gradas y rodeó la pista en dirección al fondo.

—¡Eh! ¿Adónde vas? —gritó Barceló, preocupado por las posibilidades del gallo bataraz de su preferencia frente al que lo retaba, un overo negro de patas blancas.

Al ver que no le respondía, se encogió de hombros y supuso que el joven iría a satisfacer sus necesidades. Otra cosa no podía pensarse.

Manu llegó a la parte trasera de ese circo, donde guardaban las jaulas de caña en las que los gallos esperaban su turno para matar o dejarse matar. Había ocho, es decir,

cuatro riñas. Las aves se encresparon al verlo, acostumbradas a la agresividad, y ahuecaron sus alas con largos cacareos. Más de una arañó con su espolón curvo las cañas que la aprisionaban. Manu sacó su cuchillo de monte y cortó, uno por uno, los tientos que mantenían las puertas cerradas. Al principio, nada pasó. Los gallos, ante esa insólita liberación, permanecieron quietos, extrañados, pero apenas salió uno picoteando el suelo los otros lo imitaron, y con el brío propio de las aves de riña, pronto ganaron el campo entre cacareos y aleteos.

Manu desapareció tal y como había llegado al reñidero, sin que nadie notase su presencia. Sentía el corazón más liviano cuando tomó el rumbo de la calle Chacabuco. El recuerdo del Naranja lo hizo elevar una plegaria en su mente.

Las tardes en que Manu no aparecía, Violeta las dedicaba a la señora de Bunge. La matrona la esperaba con ansias, pues esa jovencita la hacía reír con su desparpajo. La viuda se sostenía con la renta de la casa que había compartido con su esposo, y que alquilaba a un político del partido mitrista. Una vez pagada la pensión del cuarto de los Altamirano, con la diferencia podía llevar una vida holgada y darse los gustos que una mujer sola tenía a su alcance: el té en una confitería del centro, en landó por el Paseo de Julio, y alguna que otra función de teatro. Violeta era su acompañante predilecta.

Ese día, había decidido recorrer tiendas de moda y merendar en El Águila.

—Esta vez la viuda seré yo, y tú, una niña elegante —afirmó la buena señora.

Dalila respiraba tranquila cuando su amita salía en tan buena compañía, pues podía dedicarse a sus tareas sin temer nada de lo que pudiese ocurrir. Ya bastante aflicción tenía ella con sus recuerdos. Allá en el Paraguay, durante los últimos entreveros de la guerra, había quedado un pretendiente, un morenito de la Legión Paraguaya que combatía junto a los aliados y del que ella no había vuelto a saber. Después de tantos años, aún se despertaba sudorosa y angustiada, pensando que si no la buscaba era porque estaba muerto. Pese a que Violeta insistía en que nada le había sucedido, no podía confiar en un mero presentimiento. San Baltasar, el santo de los negros al que ella se aficionó cuando pasó a Corrientes siguiendo a su ama Muriel, hasta el momento no le había dado respuesta. Le tenía prometida una capa de tafetán roja para cuando volviese a la provincia. En la barriada de Cambá Cuá de la capital correntina había una talla del santo, y Dalila fantaseaba con la idea de llevarle la promesa; mientras tanto, se entretenía bordándole lentejuelas para hermosearla.

—Dalila, ¿está listo mi vestido rosa? Tengo que contentar a doña Celina y ponerme lo que a ella le gusta.

La negra le echó una mirada entre puntada y puntada.

—Está listo, pues. Y usted está muy pálida, mi amita. ¿Le ha sentado mal el chocolate?

—Ay, Dalila, no sé qué me está pasando. Tengo una pena muy honda aquí —y Violeta se golpeó el centro del pecho—, por cosas que no entiendo bien.

Alarmada, la mulata dejó de lado su labor.

—A ver, qué es eso que le anda pasando. Cuénteme.

—Estoy teniendo miedo de mis sueños, Dalila, antes nunca me había sucedido. Me parece que cuando sueño algo, yo misma lo estoy provocando, y eso me aterroriza.

La criada suspiró, aliviada. Cada vez que veía trastornada a la niña Violeta, temía lo peor, y todo relacionado siempre con ese hombretón que le habían asignado de escolta. Si por lo menos viviese en otro sitio, más alejado...

—Yo creo que usted debe volver a El Aguapé, mi niña. Esta ciudad le está quitando la alegría de vivir. Vea si no, cómo regresa de esos paseos que todos se empeñan en darle, cansada y ojerosa. Porque acá no se siente el sol como allá. Digo yo: ¿qué estamos haciendo en Buenos Aires, mi ama?

—No me hagas caso, negrita. La melancolía se me pasa pronto. Hoy iré con doña Celina a mirar tiendas, y aunque no es mi paseo favorito, al menos veré caras nuevas. ¿Sabías que vendrá un equilibrista francés? Dicen que tenderán una cuerda en la Plaza de la Victoria para que camine sobre ella, entre el Fuerte y la Recova, o entre la Recova y el Cabildo, no estoy segura... ¿Te imaginas caminar así, en el aire?

—No me lo quiero ni imaginar —protestó Dalila—. Así anda todo por acá, de cabeza, si la gente se muere por ver a un loco. Digo yo, ¿lo habrán echado de su país? ¡Y vino a dar justo aquí! Virgen Santa, más vale que pongan cadenas en ese puerto...

Violeta se echó a reír ante la indignación de la mulata.

—Ojalá nos inviten para entonces a lo de Riglos. Tienen la mejor vista hacia la Plaza.

Hacía falta la habilidad de un equilibrista para lograr que congeniaran las dos facciones liberales que venían disputándose el poder desde los tiempos de la revolución «montonera», como la habían bautizado sus detractores. Aquella intentona de Mitre y sus partidarios de socavar el gobierno, electo en medio del fraude, causó un quiebre profundo en la armonía siempre delicada de Buenos Aires. Y las consecuencias se palpaban en el aire todavía, sobre todo en algunas localidades que habían sido escenario de las correrías de ambos ejércitos: el que se llamaba a sí mismo «constitucional», por intentar restablecer la limpieza del voto, y el oficialista, sostenido por el gobierno.

Tandil fue uno de esos escenarios, y la sociedad provinciana también se vio dividida por los partidismos. Don Armando Zaldívar, que simpatizaba con las ideas y proyectos de Mitre, había dado sin embargo su apoyo al juez de paz cuando el bando mitrista del caudillo Machado quiso destituirlo, pues al estanciero no le causaba

gracia que una de las familias más antiguas e influyentes tomase la justicia en sus manos.

Además, quedaban sin aclarar los hechos sangrientos anteriores a la revolución: las hordas del Tata Dios. Aquella masacre había infligido honda herida a la sociedad cosmopolita de un pueblo próspero que por fin empezaba a crecer. Don Armando, partidario siempre de los avances del progreso, creyó ver en ese acto un retroceso hacia la barbarie que el propio Mitre deploraba, y por eso apoyó el lado contrario al de la revuelta en aquella ocasión. Era lo que lo enfrentaba con algunos vecinos, como Silverio Salas. El hombre se dejaba llevar por sus ímpetus conservadores. Desconfiaba de los gringos y de las artimañas del gobierno de Avellaneda. Sobre todo desconfiaba de Alsina, el más porteño entre los porteños. Volvió de la ciudad despotricando contra todos ellos y contra la postura de Julián Zaldívar.

Y eligió el peor momento para visitar a don Armando.

La tarde en que Pulquitún apareció en su despacho, el estanciero sintió derrumbarse la coraza de serenidad que había ido construyendo a lo largo de los últimos años.

Qué hermosa estaba, y cuánto le había afectado su partida... Aquel amor secreto fue la llama que entibió su corazón durante la ausencia del hijo y la indiferencia de la esposa. ¿Cuánto podía resistir un hombre? Toda su entereza se vio sacudida por aquella mujer del desierto que escondía un espíritu compasivo bajo su corteza de duro algarrobo. Pulquitún, la hija mestiza de Quiñihual, el cacique al que él brindó cobijo. ¿Cómo adivinar el futuro? Si él hubiese conocido a Pulquitún aquel día en que estaban a punto de celebrar el matrimonio de la señorita O'Connor con Francisco Balcarce, tal vez nada habría ocurrido. Toda la tribu de Quiñihual estaba presente ese día, pero no ella. Armando jamás la hubiera mirado, él disfrutaba en aquel momento de una familia completa, restablecida luego del regreso del hijo perdido. Y doña Inés Durand cumplía, al menos de forma, el papel de la esposa solícita en la frontera. Quiso el destino que no la conociese entonces sino después, cuando ya Quiñihual estaba muerto y la hija era una mujer doliente necesitada de consuelo. Verla arrodillada en el sitio exacto donde su padre había caído de un lanzazo, regando las piedras con sus lágrimas en solitario como si llorar fuese una debilidad, lo había flechado con la ponzoña del amor prohibido. Algo se interponía entre ellos en ese segundo encuentro, sin embargo; algo que no había existido antes, una insólita timidez. Y era que Pulquitún ya sabía que él tenía esposa. Duro fue para ella enterarse aquella vez, y la razón de su huida intempestiva.

Armando se encontraba en un laberinto sin salida.

—Patrón.

—Adelante, Rufino. ¿Qué se te ofrece?

—Usted me perdona, patrón, pero es mi obligación decirle lo que anda pasando.

Armando hizo señas para que se acercase y se sentó tras su escritorio, dispuesto a escuchar a su capataz, que le había sido fiel desde el principio.

—Habla nomás.

—No me lo tome a mal, patrón, que soy solo un emisario, pero lo que tengo que decirle es lo que se escucha entre su gente.

Ya se maliciaba don Armando la razón de las habladurías, y se preparó para enfrentarlas.

—Tranquilo, que no mataré al mensajero... esta vez —bromeó.

Rufino avanzó dos pasos, procurando poner distancia con la puerta por si alguien escuchaba, y comenzó:

—Por ahí andan diciendo que usted tiene tratos con los indios... y como estamos en pleno avance de la frontera...

—Hay indios amigos, Rufino, todos lo saben.

—Así lo pienso yo, patrón, como que Catriel fue aliado hasta el último día de su vida, y así le pagaron los cristianos, lanzándolo a la furia de sus hermanos. Que no vaya a creer, eso fue motivo de mucha envidia por acá también.

—Pero no se refieren a los catrieleros cuando mencionan a los indios, ¿no es eso?

—No, patrón. Se refieren a la india que vino a verlo el otro día. Dicen que llegó desde los toldos de Namuncurá, y ahí sí que no podemos decir que sean amigos del cristiano.

—No, no podemos —reflexionó Armando—. Aunque podemos mirar con benevolencia a una mujer mestiza, hija de una blanca cautiva y un cacique amigo, que abandonó el aduar de Namuncurá para refugiarse entre los cristianos, ¿no te parece?

—Visto así... podría decirse, sí.

—¿Qué pretenden que haga con ella? ¿Entregarla a la furia de los vecinos? ¿O a los comandantes de frontera, para que hagan un castigo ejemplar? ¿Qué harías tú, Rufino?

—Con su permiso, yo la mandaré de vuelta a su toldería, patrón, que se arregle como lo hizo mientras estuvo viviendo allá. Usted dice que es mestiza, pero la criaron los indios, y yo la veo más india que blanca.

Armando suspiró. Estaban transitando los coletazos de una guerra que pronto tendría fin y él sabía que, ya fuese gracias a la bendita zanja de Alsina o a los embates futuros del gobierno, los días del indio del desierto estaban contados. Pulquitún era una sobreviviente de una situación más común de lo que podía pensarse.

—Es una mujer, Rufino, y como hombre debo protegerla. Así fuera la india más combativa de todas las tribus conocidas, no la lastimaría.

El rostro del capataz se había puesto colorado, en parte por el atrevimiento del reproche formulado, en parte porque a él no se le escapaba que Pulquitún no era una simple india refugiada, como había dicho, sino algo importante para el patrón. Claro que en esos breves no iba a meterse.

—Así será, pues. Yo respeto su decisión, cumpla en informarle lo que se dice, nomás.

—Y te lo agradezco, Rufino. ¿Hay otra cosa?

—Pues sí, patrón. Don Silverio Salas, de Sauce Viejo, anda corriendo la voz de que el señor Julián traiciona el pensamiento y la tradición familiar.

—Ajá. Parecen corrillos de vieja estos campos. ¿Y a qué viene ese cuento?

—Yo ni sé, pero al decir de algunos, es por lo que el señorito dijo allá en la ciudad, entre la gente de la política, algo que no le gustó al don.

—Está bien, Rufino, no te inquietes. Yo me hago cargo de mi vecino. En cuanto a lo otro, te pido discreción, para que no se inventen cosas y se arme una leyenda. La mujer que llegó a la estancia está bajo mi protección porque es la hija de un indio amigo, al que di tierras y compré caballos, y que ya está muerto. No me perdonaría si le sucediese algo malo a su descendencia.

Rufino se quedó callado, mirando a don Armando con una expresión significativa.

—¿Es que pasa algo más? —Lo intimó.

—En tren de decir cosas... se lo digo todo, patrón. También se rumorea que esa india es media hermana de un amigo de su hijo.

—¿Cómo es eso? —Y Armando dejó caer el cigarro al escuchar la nueva.

—Ansina mesmo, es de la sangre de Francisco Peña y Balcarce, el mocito que estuvo viviendo en la estancia hace algunos años.

—¿Y cómo lo saben todos, si ni siquiera él mismo sabe quién fue su verdadero padre?

Rufino se encogió de hombros.

—El principal es el último en enterarse —dijo en tono apagado, y don Armando captó un doble sentido en la reflexión.

—Tampoco des alas a ese rumor, Rufino, es demasiado seria la cuestión para que quede en boca de todos. Hasta que sepamos de quién es hijo Francisco, te pido discreción también en este asunto.

—La tiene, patrón. A sus órdenes.

El capataz salió del despacho presuroso, contento de haber cumplido con tan incómoda misión. Armando quedó a solas con su conciencia y sus preocupaciones.

—Pulquitún es un problema —escuchó decir a sus espaldas.

Ella lo miraba desde la puerta que comunicaba el despacho con los cuartos. Vestía una túnica sujeta en la cintura por una faja de lana, largos pendientes de plata similares a los que se habían puesto de moda entre las niñas bien rozaban sus hombros cubiertos por un chal, llevaba el cabello suelto y toda su salvaje hermosura saltaba a la vista.

Armando se puso de pie y la enfrentó.

—Acá estás a salvo, tanto de tu gente como de la mía. Nadie se atreverá a ofenderte en mi casa.

La mirada serena y triste parecía cuestionar ese punto, aunque Pulquitún nada dijo. Desde que llegó, había buscado la ocasión de estar a solas con él, momento

esquivo dadas las tareas de la estancia que lo reclamaban a cada instante, aunque sospechaba que él la eludía, inseguro sobre lo que podrían decirse. Quizá ahora que la realidad les salía al cruce pudieran ser sinceros el uno con el otro. Ella no perdía nada con intentarlo, pues ya había jugado casi todas sus cartas.

—Pulquitún desea hablar.

Armando pensó que todos querían conferenciar ese día.

—Vamos adentro —propuso, por temor a que los hombres, enterados del parte de Rufino, anduviesen merodeando.

—No. Acá mismo, donde me viste llegar.

—Eres porfiada. ¿Por qué insistes en mantenerte lejos de todos? Ordené a Chela que te preparase un cuarto en la casa.

—Pulquitún no sabe qué lugar ocupa en esta casa, prefiere el monte.

—Solo conseguirás provocar un accidente. Es mi deseo que duermas bajo mi techo.

Los ojos almendrados de la india se humedecieron. También ese era su deseo, el acariciado durante las noches en el toldo, cuando su esposo yacía a su lado después de haberla gozado, sin saber que ella pensaba en otro cada vez que la tomaba.

—Ya que quieres hablar, digámoslo todo, Pulquitún. Te fuiste de aquí sin ninguna explicación, y nunca supe si estabas viva o muerta. Creí que había en tu corazón algún sentimiento. Luego, cuando me resigné a no verte, apareciste de la nada, sin dejar entrever tu verdadera intención. ¿Cómo sé que no vienes con la misión de espiar los movimientos del Fuerte más próximo?

Ella se irguió, indignada.

—Los cristianos desconfían de todos porque no confían en ellos mismos tampoco.

—No me vengas con discursos de capitanejo, Pulquitún. Sé que te consideras una guerrera, y muy capaz de empuñar una lanza. También sé que no viniste a matarme, porque yo fui amigo de tu padre. Sin embargo, eso no me alcanza. ¿Puedo pensar que además valgo algo para ti?

Pulquitún bajó la cabeza. ¡Qué pregunta! ¿Acaso él no sospechaba que lo había abandonado todo por él? Cuando se entreveraron en amores ella fue sincera, le confió que era una mujer casada. Él, en cambio, no tuvo coraje para decirlo. Aquel día en que Pulquitún vio descender del carruaje a la mujer de cutis de cera, con su cabello de lino sujeto por peinetas y su traje de color azul, no necesitó preguntar a Chela por su identidad, la adivinó en la manera segura con que impartía órdenes, y hasta en el gesto con que se sacó los guantes para dárselos a su doncella, tan altiva como ella. «La patrona», escuchó luego el rumor, «ha llegado». Eso solo podía significar que ella debía irse. Y lo hizo, con el corazón desgarrado. ¿Hacía falta que explicara ese sentimiento a Armando Zaldívar, cuando era él quien lo había provocado? La expresión conmovida del hombre le dio la respuesta: sí, era necesario. Pulquitún se decidió a abrir su corazón. Más de lo que sangraba no podría hacerlo.

—No elegí buscar al hombre blanco, fue designio del gualicho, que siempre acecha. Tampoco decidí tener esposo en la tienda de Calfucurá. Es obra de los dioses, el castigo por ser mala hija.

—Pulquitún...

Ella alzó una mano imperiosa. Hablaría de corrido hasta el fin.

—Pero cuando vine aquí, a la casa del enemigo —y de nuevo impidió las protestas de Armando—, descubrí que no todos los cristianos son felones y traidores, que allá entre mi gente hay quienes hablan por odio o envidia, mientras que otros ignoran muchas cuestiones. Era muy joven para entender todo esto cuando hui al desierto, mi padre tenía más años y más sabiduría que yo no escuché entonces.

—Es natural eso.

—Ahora el gran Quiñihual puede reír de su inservible hija.

—Él jamás haría eso. Quiñihual era un hombre justo, y quiso que conocieras la verdad de las cosas, que hay hombres crueles en todas partes, así como hay corazones bondadosos en cualquier raza. Esta guerra, que tu padre quiso evitar y no pudo, acabará un día y quedaremos todos juntos en esta tierra, compartiendo los frutos que dé. Es mejor que nos contentemos ahora, como decía Calfucurá cuando celebraba tratados de paz.

—Calfucurá mató a mi padre. Solo por eso lo odio más que a cualquier cristiano.

—Basta de odios, Pulquitún. Ven —y Armando abrió los brazos para recibirla, pero ella aún no había terminado.

—Mi verdad se supo desde el principio: tengo esposo. En cambio, nunca supe que el hombre blanco tenía esposa. Fue al verla que entendí mi lugar.

Armando no podía refutar eso. Él había aceptado ese amor como si no tuviese principio ni fin, casi como una revancha frente al sufrimiento y la soledad, mientras que ella buscaba en él un consuelo. Ambos se habían unido por razones equivocadas. Y como siempre, el amor se burlaba de los que trataban de encontrar motivos en él.

Armando le devolvió la sinceridad:

—Hay veces en que los matrimonios se mantienen unidos por la costumbre o por el cariño que se forja a lo largo del tiempo, en el que además engendran hijos, no por el amor que pudo existir al principio. Ella vino de visita de manera inesperada y no tuve ocasión de explicártelo. Confieso que fue cobarde de mi parte, pero los hombres buscamos siempre el camino más sencillo. Al saber que tenías esposo y verte aquí, en mis brazos, supuse que eras tan infeliz en tu vida como yo en la mía, y creí que podríamos acompañarnos. De haber conocido la intención de mi esposa de venir a la estancia, hubiera procurado alejarme... contigo. Dios sabe cuánto me costó mantener la compostura luego de descubrir que te habías ido por mi culpa. Te rastree en secreto durante días, pero como buena baqueana, no dejaste ni una huella. Yo también he sufrido, Pulquitún. Y no tengo nada que ofrecerte tampoco ahora. Sigo casado, y supongo que tú también.

Ella asintió con infinita tristeza en sus ojos.

—¿Lo has dejado?

—Para siempre.

Armando respiró hondo y tomó una decisión.

—Aquí te quedas. Es mi voluntad. No te voy a mentir, Pulquitún, divorciarme de mi esposa le causaría la muerte, pues es una mujer débil de salud. Y yo soy un hombre viejo también, que no puede esperar mucho para ser feliz. Poca cosa para una mujer joven que tiene la vida por delante.

Ella se quedó mirándolo. Armando era un hombre íntegro, al que sabía respetado por todos. Su presencia en El Duraznillo podía comprometerlo, pues aunque la gente hiciera oídos sordos a los rumores, siempre estaba el peligro de que algún fanático le enrostrara esos amores perversos.

—Pulquitún puede causarte problemas —insistió.

—Problemas ya tengo —ironizó él—, y si me acompañas, se harán más fáciles de sobrellevar.

—¿Y tu hijo?

—Está en Buenos Aires, tratando de introducirse en la política. Es su camino, debe labrar su futuro ahí.

La india dudó un momento. Quedaba otra cosa que podía decir para torcer la balanza en su favor, una que pesaría mucho en el corazón de aquel hombre maduro, pero prefirió no usar esa carta. La reservaría para otra ocasión, o bien moriría con ese secreto.

Sin decir nada comenzó a quitarse el *pilquen*, la túnica exterior con que las indias cubrían la falda, desató la faja y dejó que las prendas cayesen a sus pies. Pulquitún llevaba lencería cristiana, sin duda tomada a alguna cautiva de su aduar. Armando sintió que su corazón palpitaba y su ingle se estremecía al ver las piernas largas, adornadas con tobilleras de plata. La india era esbelta y firme, sus músculos trabajados por las cabalgatas en el desierto y sus caderas redondas, en justo equilibrio con sus senos. El cabello negro caía sobre ellos, cubriéndolos a medias.

Armando cerró la puerta con un pie, sin quitar la vista de encima a la mujer, y con su mano apagó la mecha del candil que echaba luz sobre los papeles del escritorio. Las sombras largas cubrieron el cuarto, albergándolos en un nido de intimidad.

—Ven —repitió él con voz grave.

Era todo lo que ella necesitaba. Se deshizo de las ropas con agilidad y caminó hacia los brazos de su antiguo amante que la estrecharon con fuerza. Armando aspiró el aroma terroso que exudaba su piel, ese perfume que durante tantas noches lo había embelesado en la casita del monte, cuando el secreto de sus encuentros aumentaba la pasión. Desnuda en medio del escritorio, abrazada por un hombre vestido con botas de cuero y chaqueta, cualquier mujer se habría sentido intimidada, pero no Pulquitún, ella no. Poseía la salvaje vena de la aventura y no necesitaba de la seda o el cortejo para liberar su seducción. Lo rodeó con sus piernas y se afirmó en él para trepar hasta que sus senos quedaron a la altura de la boca de Armando, que sin prisa los degustó,

uno por uno, con la íntima satisfacción de recuperar aquel sabor salado que lo embriagaba. La lengua siguió su recorrido por la esbeltez del cuello, en el que los pendientes contrastaban con el tono mate de la piel, hasta capturar la boca. Allí Armando se detuvo. Era un juego entre ambos, lidiar con las lenguas hasta que alguno de los dos se entregaba y permitía al otro la entrada victoriosa. Pulquitún estaba tan ansiosa por sentirlo, que se declaró vencida sin luchar demasiado.

—Tramposa —sonrió él, satisfecho.

Avanzó con ella encaramada a su cuerpo hasta la pared de las marcas pintadas, y allí la afirmó, para poder desabrocharse el cinto. Su masculinidad pugnaba por salir. Ya tendrían tiempo de disfrutarlo de a poco, esa vez el tiempo y la ausencia eran un afrodisíaco demasiado fuerte. Pulquitún gemía cuando él la penetró. Clavada entre el hombre y la pared, la respiración se le cortó al sentir la profundidad del embate. Podía escuchar el ronco espasmo de los jadeos de él en cada entrada, cada vez más hondo, más fuerte, para llegar hasta donde ningún hombre, ni siquiera el esposo, hubiese llegado.

—*Mogüeñ*... —pronunció él en un suspiro, cuando pudo recuperar el habla.

Pulquitún no se encontraba más repuesta, pero al oír que el huinca amado la llamaba «vida», una alegría desmesurada le ensanchó el pecho. Todo sufrimiento pasado estaba bien pagado por ese solo instante de felicidad. Apenas aflojó el abrazo, ella se aferró un poco más, procurando disfrutar del contacto cálido del pecho masculino, donde la respiración aún se agitaba.

Dos golpes suaves en la puerta de comunicación congelaron el gesto.

—Don Armando —se escuchó decir a Chela por lo bajo—. Lo buscan en la galería.

—¿Quién? —Armando se esforzaba por que su voz no sonase fastidiada.

—Don Silverio Salas. Dice que recién llega de la ciudad y quiere hablarle. Es urgente.

Los amantes trataron de separarse sin hacer ningún ruido que pudiese delatarlos. Si Chela sospechaba que estaban juntos, al menos que no tuviese la confirmación.

—Qué inoportuno —farfulló Zaldívar, mientras sostenía a Pulquitún para que no se tambalease al poner el pie en el suelo—. Ya vuelvo, apenas me lo saque de encima. Creo que sé lo que viene a decirme, y no pretenderá que lo escuche. Te prometo —añadió en tono seductor— que esta noche compartiremos un rato en el jagüel.

Esa promesa acabó por cautivar a la india. El jagüel era un pozo de agua que distaba unas cuantas leguas, y si Armando le proponía bañarse juntos allí, era porque de seguro pasarían la noche en soledad, tal vez en la casita del monte.

Zaldívar se acomodó las ropas y pasó su mano por el cabello, para asegurarse de que estuviese prolijo. Lo último que quería era dar pábulo a más habladurías.

La fuga de Pulquitún no produjo el revuelo que ella temía, ya que las tribus que habían quedado bajo el mando de Namuncurá tenían motivos más graves de que ocuparse. La presión de la frontera, corporizada en la zanja que el gobierno construiría, determinó una gran movilización entre las huestes pampas.

Paillan disimulaba su vergüenza participando de los preparativos de la resistencia. El lancero mordía su dolor y su humillación, poniendo al servicio del inminente malón toda su energía. Clamaba por la revancha, porque en el fondo de su ser siempre supo que la primera huida de su mujer había tenido consecuencias. Esta segunda vez se lo confirmaba. Y presentía que era definitiva. Para Paillan, aquel ataque se reducía a una sola cosa: vengar la afrenta de Pulquitún. Él captó la resistencia de la india a pertenecerle, y ese mismo carácter la volvió más preciada ante sus ojos. La hija del cacique no era una mujer como las otras, era superior a todas, y él se enorgullecía de haberla desposado. Ahora el encono le nublabla el entendimiento. Los mataría a ambos, pues no dudaba de la existencia de otro hombre, si bien no tenía idea de quién podría ser.

Namuncurá había aprendido mucho de su finado padre. Entre otras cosas, a mantener activa correspondencia con los jefes de línea, funcionarios y gobernadores, un modo de convalidar los tratados de paz, aunque hubiese partidas sueltas de indios que hiciesen de las suyas. Del mismo modo que Calfucurá, se disculpaba diciendo que él no podía saber que los pícaros realizaban esos asaltos sino cuando regresaban, y a veces no le obedecían. La delgada línea que los mantenía a raya oscilaba de continuo.

En aquella ocasión, los espías le informaron que el proyecto de la zanja iba muy en serio, y que el gobierno estaba decidido a poner la frontera más allá del río Negro.

Namuncurá atendía a sus muchas responsabilidades, sin tiempo para otros asuntos que no fuesen los de la guerra que se venía. Aquella zanja era motivo más que suficiente para que se aliasen dos naciones indias azotadas en carne propia por la cercanía de la frontera: los pampas necesitaban de los ranqueles, que habían recuperado el esplendor que les dio Yanquetruz en su momento. La nación pampa, unida a la ranquel, no daría tregua al blanco traidor.

—Escribe —ordenó el cacique a su secretario, y comenzó a redactarse la carta en la que advertía al gobierno de las consecuencias de pretender correr a los indios.

Esa fue la carta que tenía en sus manos el ingeniero Alfred Ébélot, encargado de dirigir la construcción de la mentada zanja. Aquel hombre de aspecto tranquilo fumaba un *caporal* mientras un emisario del gobierno leía en voz alta los términos de la misiva.

Se hallaban en el despacho de Francisco Balcarce, a quien Ébélot había conocido a raíz de los proyectos de construcción de un ingenio azucarero en el Tucumán. Entre el francés, que saboreaba con placer el cigarro y las particularidades del país al que dedicaba parte de su vida y sus esfuerzos, y Francisco, se había entablado una sólida amistad que Fran deseaba compartir con Julián.

—Deberíamos dispensar a los frailes del sambenito de considerarlos pedigüeños —bromeó Ébélot—. Miren la desfachatez de Namuncurá.

Entre las cosas que el cacique argumentaba necesitar de manera imperiosa, figuraba un par de botas con tacos Luis XV para «Madame Namuncurá», porque en la tierra se le achuecaban seguido, amén de una larga lista: aceite perfumado para el cabello, navajas de afeitar, cajones de ginebra, sombreros de paja, recados completos, botas finas, arrobos de yerba, azúcar, tabaco, y algunas delicadezas para sus capitanejos, que siempre estaban pobres.

—Casi me da ternura la minuciosidad con que detalla todo.

—Las raciones fueron la forma de conservar la paz durante cierto tiempo —argumentó Fran pensativo—, solo que a veces se olvidan y atacan de todas maneras. Si hoy el gobierno quiere ser terminante, habrá que exigir algo más que mantenerse en paz. Una idea de Avellaneda es que sus hijos se eduquen junto con los de los blancos.

—Esa idea la aprobaría con gusto su señora esposa —aventuró el francés.

—Lean esa carta con el doble sentido que lleva, señores —terció Julián muy serio—. Ahí no dice solo que reclama las raciones convenidas, sino que es la condición para que no caigan sobre las poblaciones mañana mismo. Cualquier diferencia en la respuesta que juzguen de mala forma, borraré de un soplo lo que hasta ahora se haya hecho. Mal que le pese a mi padre, la zanja es la mejor opción, porque es el avance previo a la consolidación de la frontera.

Fran miró de soslayo a su amigo. Más de una vez había notado ese resentimiento tan impropio de él cuando se mencionaba el tema del indio. Se debería sin duda al cautiverio que padeció y del cual nadie jamás supo nada. Fran pensaba que sería mejor para Julián deshacerse del fardo del pasado, pero no veía cómo acercarlo a esa confesión.

—Es curiosa esta diplomacia india —prosiguió Ébélot sin advertir nada—. Cuando estuve reconociendo el terreno, encontrábamos a veces cartas clavadas en la punta de un palo, dejadas en un albardón para que las viésemos por la mañana, y redactadas en un castellano bastante pasable. Trataban asuntos de política exterior, amenazaban con Chile, Brasil... hasta creo que nos querían asustar con el general Rivas, como si fuese a ser partidario de ellos.

—Son listos, están más adelantados que nosotros en las estrategias. El secretario de Namuncurá es un cacique medio pariente de él que fue educado en Buenos Aires.

—A costa del gobierno argentino, sin duda —comentó ácido Julián.

El francés asimiló ese dato con evidente satisfacción. Engrosaba su lista de peculiaridades americanas. Nunca se saciaba de las novedades de aquella tierra.

—¿Cuántas leguas piensa que ganará la zanja? —inquirió Fran.

—Si usted quiere verlo con sus propios ojos, puede acompañarnos.

Fran no estaba dispuesto a dejar a Elizabeth sola con su embarazo para enterrarse en la frontera. Bastante había vivido allá cuando era una miseria humana. Lo miró a

Julián, interrogante. Tal vez fuese lo que necesitaba para redimir su alma atormentada.

—Ni lo sueñes. Al menos, hasta que resuelva algunas cosas —se atajó él.

—Déjenme dibujarles la idea, caballeros —y Ébélot se puso de pie para desplegar un plano sobre el escritorio.

Su faz serena y amable inspiraba confianza en sus cualidades.

—He aquí el mapa elaborado por el mayor de ingenieros Federico Melchert. Es la nueva frontera, proyectada con todos sus accidentes geográficos, ahora bien conocidos. Se hizo un relevamiento completo del terreno. Fíjense, señores —y el dedo del francés señaló un recorrido que iba desde Italó hasta Puán y Bahía Blanca, abarcando numerosas aguadas y pastos utilizados como abrevadero por los malones —. Hasta aquí se piensa llegar, puesto que al sur del río Negro se le hará difícil a las tribus subsistir, por la falta de recursos y las distancias.

Carhué se ubicaba en esa línea, como punto estratégico de la rastrillada, ruta del pillaje.

—No tendrán más remedio que someterse a la soberanía de la Nación —completó Julián.

—Exacto. El río Negro es una avanzada, se espera que en forma sucesiva la línea se vaya extendiendo por todo el territorio hasta la cordillera. Para responder a su pregunta, serían dos mil leguas, para ir después ganando terreno de a poco.

—El general Roca no estuvo de acuerdo —objetó Fran, mientras miraba la sencillez con que unas pocas líneas resumían la inmensidad de una tierra que él sabía estremecedora.

—Es que para algunos debería avanzarse de una sola vez, sin pasos intermedios, pero el ministro Alsina solo cuenta con los fondos que el gobierno pudo recabar. Hay que ver el tremendo esfuerzo que esto significa.

Julián recordó el tema abordado por su padre aquel día en El Duraznillo.

—De todos modos, el concepto es el mismo: guerra ofensiva.

Los cuatro hombres, incluido el emisario gubernamental, se quedaron mirando el mapa en silencio, conmovidos por la magnitud de la empresa.

—Cuatrocientos mil pesos, señores —comentó Ébélot—, es la remesa que el Congreso votó para el pedido del señor ministro, destinados al trazado del telégrafo y las construcciones de frontera.

Julián observaba con detenimiento las pequeñas marcas en el mapa. Los puntos señalaban los fuertes que el gobierno mantenía en la antigua frontera, trazada por rayas punteadas, y más allá, en medio de un confuso sombreado del lápiz, el lugar de su calvario: las Salinas Grandes. Rememoró el delirio, las fantasmales figuras que la fiebre desdibujaba en torno, el dolor lacerante del cuchillo que rasgaba, cortaba, punzaba..., el lenguaje cruel de las patadas y escupitajos..., la inmundicia que lo rodeaba, y la humillación de saberse expuesto a las miradas de la gente bestial que se divertía a su costa, sin ser capaz siquiera de enfrentarlos con una mirada. Recordó un

momento en que su fuerza flaqueó al punto de desear morir, y luego el recuerdo de sus padres contuvo ese pedido descabellado. Viviría, decidió, para no provocarles tanto dolor. Fue cuando apareció aquella mujer que detuvo la ordalía y lo tomó a su cargo. Su semblante se borraría a medida que pasaba el tiempo, tomaba los rasgos de otras mujeres que había conocido. Lo que nunca olvidaría era el tono de su voz, grave, hueca, como si no estuviese acostumbrada a hablar.

—¿Te sientes bien? —murmuró Fran a su lado.

Julián se irguió y se llevó la mano a la frente, perlada de sudor.

—Sí, creo que iré a la cocina por un refresco.

—Le diré a Cachila.

—No, prefiero ir yo mismo, así ejercito la pierna. A veces se resiente de estar inmóvil.

Francisco miró apenado al amigo cuando cojeó en dirección al vestíbulo. Pudo percibir que no miraba el mapa sino su propia conciencia. Los demás, que ignoraban la suerte corrida por Julián Zaldívar en aquellos años, no lo advirtieron.

La mañana había despuntado serena y fresca, anticipando una hermosa jornada. Cachila llevaba bandejas con mate y bizcochos, así como chocolate y café para todos los gustos. La cocina se situaba en el subsuelo, siguiendo la moda arquitectónica de los palacetes europeos. Allí Elizabeth, secundada por Livia, dirigía el servicio con la seguridad del que sabe hacer por sí mismo todo lo que sus criados hacen.

—¿Ya habrá que renovar la yerba, Cachila?

—No, Misely, parece que el señor quiere sacarle el jugo a la bombilla, no ha dejado de cebar ni un minuto.

La ocurrencia de la muchacha divirtió a Elizabeth, que se sintió incapaz de reprenderla. Cachila no diferenciaba las jerarquías en sus comentarios, y en realidad ella no deseaba coartar ese espíritu silvestre. Livia repasaba los cubiertos que se usarían en el almuerzo. Las tres mujeres compartían un espacio acogedor que albergaba conversaciones sencillas. De pronto, la cabeza de Julián Zaldívar causó conmoción.

—¿Hay aquí alguna dama capaz de echarme una mano? —pidió con expresión lastimosa.

Elizabeth se despojó del delantal que llevaba y salió, luego de indicar a Cachila lo que debía hacer. La criada seguía siendo tan tarambana como en la casita del monte.

—A ver... ¿Qué es eso que no puede esperar?

Julián adoptó un gesto contrito y la llevó a un apartado en la sala.

—Que piensen lo que quieran, yo tengo que pedirte un favor.

—Me estás asustando.

—Al contrario, cuando lo sepas me devolverás la jerarquía de amigo fiel que me quitaste.

—¡Julián, no bromees! Nunca dejé de considerarte así.

—Lizzie, escúchame, necesito con urgencia tus buenas artes para educar a una fierecilla.

—Bueno, esto no me lo esperaba...

—Aguarda y verás de qué se trata —y en breves palabras le contó de los vicios de Pétalo, de su manía de someterse a él y de su propia necesidad de ocuparse de otros asuntos que lo requerían en la ciudad más seguido.

—Creí que sería sencillo —siguió— mantenerla a resguardo de las miradas, no contaba con que al llegar aquí me involucraría con otras personas. Hay una joven huérfana a la que estoy protegiendo... —Y al ver que Elizabeth se sentaba, con las manos juntas sobre el regazo, dispuesta a darse un banquete con sus confesiones, la atajó—. No es nada de lo que estás pensando, solo que no puedo con ambas, mi madre, el gato...

—¿El gato?

—Dejemos eso. Un buen amigo tiene problemas con la ley.

—Lamento oír eso, pero volviendo a la huérfana...

—Lizzie, no me martirices. Es una muchacha traída de la estancia a la que mi madre le ha tomado ojeriza.

—¿Vive con tu madre?

—Por ahora, hasta que le consiga otro sitio. En realidad, ella sabe coser muy bien.

—Tu madre.

—No. La muchacha, Brunilda.

—Qué hermoso nombre... —murmuró con aire soñador Elizabeth.

—En suma: necesito que eduques a Pétalo.

—Xiang-Bo.

—Sí. Necesito que hagas de ella una dama decente —suspiró, agotado.

Ya lo había dicho, faltaba ver si su querida Elizabeth juzgaba apropiada la tarea. La maestra permaneció con las manos juntas, la mirada concentrada en Julián durante tanto tiempo, que él estuvo a punto de decirle que olvidase todo y que enviaría a Pétalo de nuevo a su país. Justo cuando abría la boca, Elizabeth se puso de pie, estiró la falda en un gesto que sin duda realizaría ante los alumnos cientos de veces, y soltó, enérgica:

—¿Cuándo empezamos?

Julián la hubiese abrazado allí mismo. Se contuvo de nuevo y exclamó, excitado:

—Apenas puedas. Dime todo lo que necesites. Haré lo que digas, Lizzie, soy tu esclavo.

—Creí que te disgustaba la esclavitud.

—Vamos, ya sabes lo que quiero decir.

Ambos rieron, divertidos al compartir una misión secreta.

—Por supuesto, Fran debe saberlo —comentó preocupada ella.

—Ni se me ocurriría ocultárselo. Además, él pensaba colaborar con este plan desde el principio.

Por suerte para él, el mismísimo Fran los interrumpió, antes de que Elizabeth le pidiese explicaciones sobre el último comentario.

—¿Te tomaste todos los refrescos? —indagó con malicia.

—Tu esposa ha vuelto a ser mi amiga —exclamó exultante Julián.

Fran la miró con tanto amor, que Elizabeth se ruborizó.

—Ella es la mejor amiga que un hombre puede tener —completó.

—Querido, no vas a sonsacarme ni un pastelito de los que están en la cocina, no te esmeres —y salió presurosa para que nadie viese la emoción que la embargaba.

Otra vez la sensibilidad de los embarazos...



CAPÍTULO 17

Las jornadas de trabajo en el taller de modas se volvieron rutina en la mansión Zaldívar. Doña Inés puso a una criada de la cocina al servicio de Brunilda, a fin de cumplir con las órdenes de su hijo, que había dejado en claro lo que pretendía de ella. Dulcinea, una morenita de ojos espantados, era la encargada de acompañar a la joven cada mañana y de aguardarla a la salida para volver juntas a la casa. Poco a poco, doña Inés se fue acostumbrando a las idas y venidas de Brunilda, que con su carácter tranquilo casi no se hacía sentir, y las asperezas entre la huérfana y la patrona se fueron suavizando.

Un día, Brunilda se sorprendió al recibir de manos de la doncella una canastita repleta de útiles de costura: hilos de colores, un alfilerero de cotín, seis agujas finas con cabezal de oro, una caja de tizas amarillas, un par de tijeras alemanas y un dedal de plata. Esto último la turbó un poco, ya que doña Inés ignoraba que ella usaba a escondidas el magnífico dedal de porcelana.

—Para que no pases vergüenza entre las obreras —le dijo con tono despreciativo Evelyn.

Brunilda estaba tan encantada, que se apresuró a guardar las cosas en el bolso que llevaba a diario al trabajo, sin responderle.

A partir de ese momento, hubo una tregua entre ella y la señora. Al verse librada de la presencia de la joven durante gran parte del día, a doña Inés le resultó fácil soportarla el resto del tiempo. Y Brunilda supo granjearse su simpatía cuando manifestó el deseo de aprender a bordar tapices como lo hacía ella.

—Hay que tener sobre todo paciencia —sentenció Inés Durand, inclinada sobre el bastidor y mirándola de reojo.

—Son tan hermosos... Yo no lograría esas puntadas tan parejas.

—Todo es cuestión de intentarlo, se aprende haciéndolo. Ven, mira —y se hizo a un lado para que Brunilda captase el modo en que insertaba la aguja y formaba la cadeneta.

Reinaba en la mansión una incipiente armonía, interrumpida solo por las visitas del señorito, que crispaban un poco a su madre, todavía desconfiada de las intenciones de la huérfana hacia su hijo. Para Brunilda, aquella paz superficial era un remanso que le permitía construir castillos de sueños sobre su futuro como modista de rango. Continuaba dibujando en papeles de seda que Julián le traía cada semana, y cortaba sus primeros moldes según lo que iba aprendiendo en el taller. Mientras, ensayaba la manera de pedirle a la señora Durand un préstamo para saldar sus estudios. Era un asunto delicado que le costaba abordar, en especial porque sospechaba que doña Inés no tenía buena opinión de ella, la veía como una advenediza. Y era por eso mismo que tanto ansiaba la independencia.

Una vez superada la novedad, las costureras aceptaron a Brunilda Marconi, que no buscaba llamar la atención ni solicitaba privilegios. Su talento para coser pasaba desapercibido para las que no trabajaban codo a codo con ella, de manera que no surgían envidias ni recelos. Solo Carmina notaba en Brunilda una capacidad superior. Ella y «la polaquita», otra obrera que había hecho buenas migas con la joven. Las tres cosían y murmuraban, con el sistema que pronto aprendió Brunilda: la cabeza inclinada y los labios casi sellados. Imposible no advertir que todas, sin excepción, estaban sosteniendo largas conversaciones, pues el zumbido era a veces ensordecedor y se acompasaba con el de las máquinas Singer. Brunilda seguía un balanceo impuesto por el movimiento de la mano: adelante, atrás, arriba, abajo. Solo interrumpía esa cadencia cuando Margo anunciaba la llegada de un corte que había que terminar deprisa. Las costureras dejaban entonces sus lienzos sobre los tablones, aguardando que las nuevas piezas llegaran a sus manos. Unas se ocupaban del hilván flojo, otras de los pespuntos, aquellas de las presillas o los ojales, y las más avanzadas, de los dobladillos y las terminaciones finas. Podía tratarse de paños, georgettes, encajes Chantilly, muselinas o sedas de la China. Eran trabajos urgentes, para satisfacer el capricho de una dama ansiosa por estrenar en la ópera, o impactar en un cóctel de clase. Brunilda admiraba aquellas telas y se moría por ver el diseño terminado. Esa instancia estaba reservada a las modistas más experimentadas, que asistían a las clientas en los probadores del taller, situados al otro lado del salón de ventas.

—¿Quién vestirá este traje? —preguntó la polaquita al tocar el suave satén verde.

Brunilda ya se había imaginado el tipo de dama que ostentaría aquella tela suntuosa. El tono subido descartaba a las jovencitas, así como a las matronas viudas o muy ancianas, que elegían colores apagados. Debía de tratarse de una joven señora, madre tal vez de un hijo pequeño, deseosa de demostrar que aún era bella y poseía una silueta envidiable. Y la ocasión podía ser un sarao en un palacete, o un baile de salón. Se estilaban esos bailes a la *parisienne*, sobre todo entre los nuevos ricos.

—Llevará un broche de brillantes —aventuró Carmina.

—No creo —objetó Brunilda—. La tela es demasiado como para eso. Yo le pondría un lazo negro en la cintura, nada más.

—¿Negro? —Se horrorizó la polaquita—. ¿No es muy lúgubre?

—El toque justo —sentenció Brunilda, convencida.

Las otras dos estaban acostumbradas a los devaneos de la amiga, de modo que aceptaron la idea y siguieron pespunteando ese género tan difícil de coser.

—A ti te quedaría —agregó la polaquita, mirando el cabello rubio de Brunilda, sujeto en la nuca.

De nuevo ella se mostró en desacuerdo.

—A la que mejor le va es a Carmina. El pelo castaño armoniza con todos los colores y este, en especial, lo destaca mucho.

La polaquita dejó a un lado la costura y miró muy seria a la joven.

—¿Cómo es que sabes tanto, Bruni? ¿Acaso Filipa te lo enseñó todo?

Su curiosidad era sincera. Se habían contado sus historias de a ratos, día tras día, y siempre quedaba algún tema que despertaba nuevas preguntas.

La polaquita era menuda y linda, ojos de azul cristalino y boca pequeña, de muñeca de trapo. Llevaba el cabello platinado muy corto, y lo compensaba con grandes moños en la nuca. Había padecido tiña, y su madre, temiendo que quedara pelada, cortó sus largas guedejas en la creencia de que así se fortalecería. Rini, como llamaban a Renata, huía del hambre en su país. Recaló un año atrás en el puerto de Buenos Aires, después de que su barco fue rechazado en Montevideo debido a una peste desatada a bordo. En el corto trayecto hasta la Argentina, las autoridades del vapor se deshicieron de los cadáveres y pudieron sortear la inspección sanitaria. Así, los Bojzuck habían descendido en un lugar distinto del planeado, con las mismas dificultades e idénticas miserias. Brunilda sospechaba que Rini mentía cuando se refería a su familia, presentándola mejor de lo que era para disimular el infortunio, y ese esfuerzo le despertaba ternura. Al igual que todas, necesitaba pasar de aprendiz a contratada. Por el momento, solo Carmina conseguía pagar lo que le pedían por aprender el oficio.

—Filipa me enseñó todo lo que sé —respondió Brunilda con sencillez.

La regenta irrumpió entre ellas.

—A ver si terminan, que la clienta pasará en un rato para su primera prueba.

Husmeó por sobre las cabezas inclinadas para supervisar el trabajo, y luego masculló algo sobre «las que se creen mejor que las demás». Ninguna supo a quién se refería, aunque Carmina miró de reojo a Brunilda, que cosía concentrada en su parte del traje.

Margo le había tomado ojeriza y no entendía por qué, si Brunilda jamás levantaba la voz ni porfiaba cuando le señalaban algún error. Carmina sospechaba que eso mismo molestaba a la regenta, pues era imposible no advertir el excelente trabajo de la joven, y si Brunilda callaba ante la injusticia, era porque podía rehacer el pedido con extraordinaria facilidad. Sin duda, Margo tomaría esa actitud como fanfarronería.

Esa tarde, mientras se despojaban de sus guardapolvos en el estrecho cuarto de trastos, Rini les confesó que tenía un pretendiente.

—Es guapo y encantador —dijo entre cuchicheos— y no le molesta que lleve el cabello así.

La polaquita estaba acomplejada por no poder peinarse como las otras, y cifraba en su pelo sus esperanzas, «para cuando crezca», sin reparar en la delicada hermosura de su rostro de corazón.

—¿Dónde lo conociste? —quiso saber Carmina.

—Al salir de aquí el otro día, cuando me quedé mirando la vidriera de la chocolatería.

—Eso es peligroso, Rini —la amonestó Brunilda.

Aunque a ella la habían abordado en la calle también, fue con una oferta de trabajo honesto, de parte de un caballero que cumplió su palabra.

Rini se mostró compungida.

—Es lo que me dijo mamá, pero le contesté que cambiaría de opinión cuando lo conociese, es tan amable que me acompañó a casa, pues estaba oscureciendo.

—No debiste —insistió Brunilda, sintiendo un pellizco de temor en el pecho—. No conocemos a los caballeros que pasan por la calle, ni sabemos si son lo que aparentan.

Pensaba en Julián Zaldívar, que en dos oportunidades había intentado manosearla.

Salieron en bullicioso tropel junto con las otras y pronto se dispersaron, como avispas echadas de un panal.

—Hasta mañana.

—Hasta mañana, y ten cuidado.

Carmina apretó el paso y Brunilda aguardó a Dulcinea, que no había sido puntual esa vez. Mientras esperaba, se aproximó a la marquesina de Modas Viviani para ver de cerca el nuevo maniquí. Lucía un traje estilo «princesa», en el que se marcaba la tendencia a disminuir el tamaño del polisón; el drapeado de la falda se ajustaba al cuerpo, dibujando la silueta, aunque persistían los volantes plisados y las bandas de encaje. Brunilda frunció la nariz ante esa reminiscencia de gusto recargado. Tenía ideas precisas sobre lo que resultaba elegante, y en ellas no encajaba la superposición de telas, a menos que se tratase de una combinación de rayas sobre liso, que se dispuso a dibujar en ese mismo instante. Sacó de su bolsa un rollo de papeles, y con el carboncillo hizo los trazos necesarios para transformar aquel atuendo en un sobrio vestido de tarde. Luego alzó el dibujo para compararlo con el maniquí, y sonrió satisfecha.

—Vaya, vaya...

Al volverse, sobresaltada, se encontró cara a cara con un hombre de rostro enjuto, llamativo en su redingote de color azafrán, y las manos cargadas de anillos que a Brunilda le parecieron de pésimo gusto.

—Veo que las modistillas de este sitio son verdaderas artistas.

Tanto el comentario como el tono desagradaron a la joven, que se mantuvo rígida y apartada del hombre zalamero. La intuición le dijo que era el pretendiente de Rini. Y no le gustó en absoluto.

El Indio Galván medía con sus ojos achinados el talle de la muchacha que tenía delante. Era hermosa, como Marieta. Las rubias ejercían especial atracción sobre él, lástima que aquella otra se había malogrado. La regla para sus mujeres era no caer bajo el embrujo de ningún cliente, y Marieta había confundido las cosas. Por otra parte, Renzo Capri era un palurdo que se sentía llamado a salvar a las desdichadas, aún a costa de ellas mismas. Debía reconocer que le había costado superar el mal trago, que además le causó problemas con su gente, pues Marieta era una adquisición importante. Habían debido pagar los gastos del funeral, doble por añadidura, y se los

habían descontado de su ganancias. Maldito Capri, ojalá se pudriese en el infierno. Si de él dependía, iba a hacer todo lo posible. Aquí estaba esta otra muchacha, sin embargo, que podía redimirlo ante los ojos de sus superiores. Como la pequeña rubia del cabello corto, eran mujeres jóvenes y frescas, inocentes en su necesidad de ganar dinero para subsistir, el caldo de cultivo de todo su negocio. Debía ser cuidadoso, pues operaba por fuera del circuito y eso se pagaba con sangre.

—¿Me equivoco, o es usted una de las señoritas que hacen estas maravillas con sus propias manos?

Brunilda no respondió, la mirada fija en el escaparate y deseando huir de allí. Solo el temor de llamar la atención la mantenía tiesa en el sitio.

—Entiendo que no desee hablar con extraños, es muy natural. Le ruego me dispense si le digo que pocas veces he visto una dama tan bella. Su hermosura me recuerda las estatuas griegas de los templos, tan perfecta y distante.

Brunilda sentía arder las mejillas, y una picazón nerviosa subía por su cuerpo. De pronto, la imagen de Dulcinea reflejada en el escaparate le brindó la oportunidad de salir del marco del hombre sin demostrar que huía.

—¿Por qué tardabas? —le espetó a la criada, más espantada de lo habitual—. ¡Vámonos! —Y la arrastró lejos de allí.

El Indio Galván se echó a reír mientras las miraba correr. Qué importaba, tarde o temprano caerían en su red, lo quisieran o no, era la ley de la vida. Del mismo modo que un gavilán devoraba a una paloma, los hambrientos se procuraban el sustento como mejor podían.

La cita era en la Calle Larga. Manu llegó a ese arenal ancho y desierto que se hundía en el sur, con la incertidumbre de lo que lo esperaba. El Sapo nunca se mostraba hasta que él aparecía, como si lo estuviese espionando para saber si venía solo, o de mal talante.

El camino real dividía las aguas de los contendientes: a uno y otro lado se alineaban los espectadores que elevaban sus apuestas para la carrera de caballos. La mayoría eran gauchos, o estancieros de porte que iban montados en sus propios animales; había también curiosos, y pulperos que no vacilaban en ofrecer bebidas para hacer su negocio.

El cielo se abría, infinito, sobre la extensión del camino de Barracas, que sugería ya la amplitud de la pampa hasta por el olor de los pastos. Cada tanto, una bandada de gaviotas recordaba la presencia de la laguna cubierta de juncos. Había desolación en ese paisaje desnudo, en el que se recortaban las quintas de alfalfa y los montes de olivos. El humo de los lejanos edificios de ladrillos era la única manifestación de vida urbana.

En el espectáculo que Manu iba a presenciar, de los más concurridos en Buenos Aires, no se veían carruajes ni garitas, ni siquiera gradas para sentarse. Las damas no

lo frecuentaban, solo hombres silenciosos y concentrados en la carrera a la que habían apostado sus pequeñas fortunas. El espacio abierto y el viento impedían las voces de la algarabía que hubiese resultado natural. Las apuestas eran fuertes y se mencionaban con serenidad, como si no se estuviesen jugando el sueldo entero, o tal vez hasta un campo, en esa lid. Manu mismo se sintió tentado.

Barceló se acercó con aire satisfecho.

—Hoy corre el gateado que me gusta —anunció.

Manu contempló a los dos parejeros que ya se colocaban en posición, al extremo del camino. Los jinetes montaban en pelo, y los animales llevaban solo una brida sin bocado, libres para correr sin freno a su fogosidad. Manu observó que estaban bien cuidados, sin duda porque los destinaban a las cuadreras, ya que el gaucho solía dejarlos librados a su suerte y a la intemperie. De eso hablaba con cierto enojo un inglés que había acudido a ver el espectáculo y, por supuesto, a apostar también.

—Parece que al gringo no le gusta la *grappa* —dijo en sorna Barceló, al ver que el caballero rechazaba la oferta de caña y sacaba de su bolsillo interior una pipa.

Manu registraba con avidez todo cuanto veía, de algo le serviría cuando por fin le pidiesen algún trabajo, ya que hasta el momento la acción se reducía a ir de aquí para allá, sin ton ni son. Se levantó un coro de expectativa cuando los competidores se alinearon y la carrera se largó sin mediar aviso. Corrieron una cuadra apenas y regresaron, los potros excitados, cabeceando. La gente, inmutable. Manu creyó que la segunda vez iría en serio, pero los parejeros volvieron a simular una carrera, esa vez más larga, aunque con igual propósito: calentar los cascos. A la tercera, una ovación saludó lo que parecía la decisión final, y de nuevo los jinetes se volvieron, sin que hubieran cruzado ni una mirada, como en un acto estudiado desde antes. La cuarta vez fue la última. Levantando polvareda, bramando, inclinados los cuerpos sobre el cuello de su monta, los gauchos hicieron gala de destreza cabalgando con un brazo en alto, las piernas apretadas en los ijares, la frente contraída y la ropa pegada al cuerpo sudoroso. Los potros parecían emerger de una borrasca, con las crines al viento, los ojos desorbitados, los ollares abiertos, las patas caracoleando en una danza que los dejaba suspendidos en el aire, hasta se rozaron durante la carrera sin que eso acabase en una rodada, gracias a la habilidad de los gauchos. El tramo a recorrer era corto, apenas dos o tres cuadradas de campo, unas trescientas yardas a lo sumo. Tantos aprontes para tan poco lucimiento parecía risible, y con todo, aquella gente observaba tan ensimismada los preparativos como la carrera en sí, sin perder la flema por la tardanza. El gateado que prefería el Sapo llegó primero por un pelo y entonces se desató una oleada de exclamaciones, bien pronto ahogada por nuevas apuestas.

—¡Se corre otra! —exclamó el Sapo entusiasmado.

Era raro que hubiese más de una carrera, dado el tiempo que se empleaba en ella; esa parecía ser una tarde especial. Lo excepcional del acontecimiento causó revuelo y las apuestas se mezclaron con nuevas rondas de bebidas de estaño, siempre servidas

por los pulperos, que hacían su agosto. Manu levantó una mano que sostenía varios billetes enrollados en los dedos. Barceló no salía de su asombro.

—¡Bueno! —gritó—. Hoy es día de fiesta.

Por fin aquel extraño joven encontraba algo de su agrado, pues hasta ese momento nada de lo que él se empeñaba en mostrarle, buscando su confianza, le había interesado.

Y era que Manu captaba la esencia de aquella prueba: no importaba quién ganase, sino lucir la monta y la pericia. Aquellos gauchos avezados que intentaban una y otra vez la carrera, sin medir cuánto tiempo les llevara considerar la justicia de la largada, solo buscaban diversión. Manu podía entender aquello, comulgaba con su espíritu correntino, su orgullo y su valor, que necesitaba a veces desbocarse igual que los potros. Por eso apostó su salario de tendero esa tarde, ante la sorprendida mirada de Barceló.

En la carrera participaba el mismo gateado victorioso, desafiado por un nuevo contendiente. El rival era un gaucho porteño, que gastaba carona bordada a punta de cuchillo, negro sobre blanco, pellón teñido de azul y un sobrepuesto de badana tan suave, que parecía terciopelo. El capricho del jinete lo había querido de color grana y bordado en seda blanca. Un lujo de recado. El hombre montaba como pegado en el animal, luciendo su atuendo de compadrito: sombrero de alas cortas, blusa de alforcitas y chaqueta negra con botones; al cuello un pañuelo de seda, y otro que le llegaba hasta la nuca, bajo el sombrero. Calzaba botas blandas, que con habilidad conseguía mantener calzadas en el pequeño triángulo de los estribos. Toda su figura emanaba un aire sobrador, de jinete seguro de su destreza y dispuesto a dar una lección en la carrera. A Manu le impactó aquella prestancia, pero su mano se detuvo ante la orden de Barceló:

—A ese no.

—¿Por qué? El gateado está cansado, no va a ganar.

—A ese no —repitió, con extraño énfasis—. De cualquier forma, ya pasó el momento.

Manu observó que los corredores enfilaban hacia la salida, marcada en la tierra.

—Todavía se puede apostar —objetó.

—Haceme caso —porfió el Sapo—. Luego te explico.

Al igual que en la carrera anterior, los jinetes amagaron no tres sino siete veces la partida, lo que permitió el lucimiento del nuevo: llevaba un tirador de carpincho, notó Manu, acostumbrado a convivir con aquellos animalitos, y un chiripá pampa de color negro. El brillo de sus espuelas y los botones de la rastra destacaban en medio de la polvareda. El otro, un gaucho sencillo en su apero y en sus ropas, se desdibujaba en ese entorno. Manu se felicitó de no haber apostado por el de negro, ya le resultaba antipática su soberbia. Por fin largaron. La carrera se hizo más larga, sin duda porque los animales habían acumulado brío en las intentonas, y hubo un momento en que se convirtieron en dos puntos perdidos en el descampado. La ausencia de los cascos y

los bufidos dio lugar a un silencio ominoso, que nadie quiso perturbar con comentarios. Hasta los pulperos permanecían quietos, aguardando el regreso de los jinetes.

El retumbar en la tierra lo anunció, y la multitud se movió hacia el centro del camino, expectante. Venían parejos los animales, pero solo uno estaba montado. El jinete de negro cabalgaba como un demonio, echado hacia adelante y mirando fijo la llegada, castigando con el rebenque sin necesidad, y obligando a los mirones a correrse hacia atrás. Su presencia metía miedo. Hubo murmullos de disgusto y de sorpresa al advertir que el gateado venía solo, y algunos corrieron para ver la suerte del gaucho caído.

—Te lo dije —comentó Barceló en tono feroz—. Es mala semilla. Viene bien, para que lo vayas conociendo. Es «Sietemuertes», el compadre de nuestro enemigo político, el hombre que quiso asesinar a Alsina.

Manu avanzó entre la gente para ver al susodicho. El hombre desmontó con galanura y saludó con aire de perdonavidas a los que se aproximaban. Visto de cerca, ya no era tan apuesto: sobre su cutis tostado había picaduras de viruela, y una fea cicatriz bajo la ceja que sin duda había afectado el ojo, ya que el jinete usaba el sombrero caído de ese lado. Aun antes de saber que era un asesino a sueldo, Manu sintió rabia hacia ese hombre de aspecto prepotente. Barceló estuvo en un tris a su lado.

—Es hombre de cuidado. Dicen que los matones le temen porque nunca pelea limpio, tiene siempre un amague que descoloca. Anda acompañado por los mitristas, aunque también suele ir solo. Creo que ni los que le pagan le confían.

—¿Y qué tengo que hacer yo?

—Nada —respondió enseguida el Sapo, recobrando su aire despreocupado—. Solo te aviso, para que sepas y te pongas en guardia. Es nuestro enemigo político, pero mientras no se meta con vos...

Trajeron al gaucho en andas, medio muerto, y Manu escuchó las voces que corrían entre la multitud:

—Lo tajeó al voleo porque le iba ganando. El gateado daba para más.

—Es un mal perdedor.

—Así cualquiera...

Estaba claro que el jinete de negro había usado malas artes para ganar la cuadrera y se llevaba la gloria injustamente. Nadie se atrevía a cuestionarlo, y eso le dio la pauta a Manu de que Barceló le había dicho la verdad, aquel era hombre de temer. El gaucho se volvió, quizá esperando un elogio por su éxito, y se topó con la mirada franca y acusatoria del joven vasco, los ojos oscuros fijos en él. Fue un instante nomás, suficiente para que el ganador reparara en el temple de aquel desconocido que no le temía ni le endulzaba el oído. Se juró que algún día lo haría morder el polvo.

Terminadas las carreras, la multitud se dispersó tan rápido como se había reunido, cada cual a su quehacer, como si nunca lo hubiesen interrumpido. Habría otras, quizá

en la ribera sobre la playa o donde la ocasión lo permitiera, bastaba un terreno amplio y sin obstáculos, y de esos sobraban en el Plata.

El Sapo condujo a Manu por una calle de tierra que se metía entre las pobres casas salpicadas en medio del campo. Avanzaron acompañados por los ladridos de los perros hasta un rancho que más bien era tapera, apenas visible entre los altos yuyos.

—Esperame acá —le ordenó.

Manu se acomodó bajo un árbol que daba sombra al pozo de agua. Al rato, cansado de esperar, se puso boca abajo y bebió de ese líquido fresco y salobre. Estaba aburrido de aquella vida que nada le proporcionaba. Trabajar en la tienda por unas monedas, discurrir de aquí para allá con gente que no le importaba, eran razones suficientes para pensar en volver a los esteros. Con Violeta, por supuesto, ni por asomo se le ocurría separarse de ella. Tendría que convencerla. A veces le parecía que también ella estaba aburrida de la vida en la ciudad, aunque podía disimularlo con tantos compromisos sociales. Él, en cambio, vivía solo como un erizo, deambulando sin sentido y esperando algo que nunca llegaba. El consabido trabajo que le habían prometido brillaba por su ausencia. El Sapo era constante en buscarlo y acompañarlo, pero ¿adónde y para qué?

Manu se sentía como lazarillo de un hombre que nunca acababa de decirle lo que precisaba. Apoyó la espalda sobre el tronco y miró en derredor: un océano verde lo circundaba. El viento de la tarde peinaba las cortaderas y mecía los pastos como si fuesen olas. Había belleza en aquel paisaje, lo mismo que en el de la ribera, cuando acompañaba a Violeta para que dibujase sus aves; la vista del Plata, ondulante bajo la quilla de los barcos, era una hermosa imagen. Aquel río tan ancho impresionaba a Manu, le hacía pensar en lugares desconocidos.

—Acá estás —dijo Barceló al verlo tendido en el pasto, como si hubiese temido que se marchara.

El hombre llevaba la mano apretada sobre un lado de la chaqueta y caminaba resuelto hacia Manu. Este se incorporó de a poco, atento a esa mano oculta. De modo instintivo, palpó el cuchillo de monte bajo su propia chaqueta.

—Mirá lo que te manda Alsina, como premio a tu fidelidad —dijo el Sapo, y ante la atónita mirada del joven, sacó de la chaqueta un perrito overo, marrón y blanco, de cabeza pequeña y graciosa, trompa chata y ojos verdes.

—Es tuyo —anunció, como si hiciese entrega de una espada que lo consagrara caballero.

Manu atinó a tomarlo en sus grandes manos y sintió la tibieza del cuerpecito, el latido del corazón, apresurado por el temor de verse con un desconocido, tal vez. Con dulzura, acarició la cabecita roma, lo que provocó tal expresión de éxtasis en el cachorro, que se echó a reír.

—¿Te gusta? Yo le dije al doctor que había que pagarte algo por tu constancia, pero cuando supo que venías de Corrientes y eras un hombre de ley, dijo «dinero no,

no se ofende a un gaucho con monedas», y buscó algo que pudiera conservar como recuerdo.

—¿Cómo se llama? —quiso saber Manu, encantado con el regalo.

—Acá le dicen *Huentru*, que quiere decir «hombre» en la lengua de los indios, pero se le puede cambiar.

—Huentru —paladeó Manu, y decidió dejarle ese nombre tan pretencioso al perrito.

Mientras lo miraba alejarse, el Sapo se felicitó por la buena fortuna. Le habían dicho que Sietemuertes merodeaba la zona de las cuadreras, pero no estaba seguro de que participase en ellas. Su intención había sido mostrarle al joven vasco la jeta del enemigo para que, cuando llegase el momento, supiese a quién había que despachar. Hasta ese día, lo había llevado a recorrer cuanta reunión hubo, con la finalidad de encontrárselo. La ocasión se pintó sola cuando el compadre se lanzó a competir, para mejor con un finado a cuestas. O medio finado, no se sabía. Las cosas marchaban sobre rieles.

Pronto vendría el encuentro definitivo. Solo esperaba que se diese en favor de Manu, y no del otro.

Manu Iriarte volvió a la calle Chacabuco inundado de dicha. Ya no estaba solo. Aun cuando Violeta estuviese ocupada, él tendría a Huentru para compartir sus horas. El perrito se adaptó de inmediato al rincón que le armó bajo una escalera de madera. Usó su propia manta para que no padeciese frío, y buscó un cacharro para el agua. Podía alimentarlo sin problemas, cazaría para Huentru como lo hacía en los esteros, con su cuchillo y una fija que fabricaría al día siguiente. Ya tenía en qué ocuparse, estaba feliz. Esa noche, mientras la lámpara de querosén se balanceaba sobre el umbral de la tienda, Manu durmió abrazado a su perrito como un niño confiado.

En la misma calle, los moradores de la Casa del Ciruelo conversaban en voz baja, reunidos en el patio bajo la frondosa copa. La mala suerte de Adolfo Alexander era el tema. Algunos lamentaban también la desgracia de Renzo Capri, ya que el italiano conquistaba corazones y voluntades con su risa fácil y su temperamento alegre. A Grigori, su compañero de cuarto, se lo notaba afligido, pese a su carácter hosco. La que más se condolía de lo sucedido era la joven madre. Con su sensibilidad femenina, había captado el sufrimiento del poeta y sabía que era incapaz de asesinar a sangre fría. Un secreto instinto le decía que Adolfo era un hombre compasivo con todos, menos con él mismo. Lamentaba ver que su camastro ya estaba ocupado por otro, un mercachifle que había desembarcado provisto de bagatelas que pensaba ofrecer puerta por puerta. En cuanto al de Renzo, por superstición nadie había querido alquilarlo. Una vez que se enteraban por boca de los propios habitantes del inquilinato de lo sucedido aquella noche, huían despavoridos. Muchos de los aspirantes tenían cuentas con la justicia, o bien carecían de los papeles exigidos por

las autoridades. Mejor probar fortuna en otro sitio que no estuviese vigilado por la policía.

—Quién sabe por dónde andará ahora el pendenciero ese... —murmuró una mujer mayor que cosía a la escasa luz del atardecer.

—Renzo no es un pendenciero, tiene ideas anarquistas —la corrigió un colchonero que parecía siempre impregnado de pelusa.

—Da igual, son todos escombros —respondió la mujer con fastidio—. Ni sé para qué vienen, si no les gusta cómo se vive acá y quieren cambiarlo todo.

—Cosa de gringos —agregó un criollo que vivía tomando mate a toda hora.

—Eso no —insistió la mujer costurera—, porque los hay bien acomodados y cumplidos con la ley. Sin ir más lejos, acá mismo tenemos al señor Hernández, que vende casimires en el centro. Él también llegó en un barco, y enseguida se dispuso a encontrar empleo.

—Renzo tenía empleo —dijo con voz grave Grigori, y todos callaron, pues era raro que el ruso hablara.

—Ser español es como ser argentino —dijo entonces el criollo mateador—. No le veo la diferencia. Otra cosa es adaptarse cuando no se tiene ni noticia del país al que se viaja.

La joven madre, que respunteaba camisas sentada en una silla baja y rodeada de su prole, comentó con voz suave:

—Lo que ha ocurrido es una gran desgracia, nada tiene que ver con la política. Y lo peor es que pueden pagar justos por pecadores.

—Eso viene sucediendo desde que el mundo existe —dijo con énfasis la costurera—, no nos vamos a sorprender ahora. Para mí que eran cómplices y uno pudo huir, eso es todo.

—Yo no lo creo así. El señor Alexander parecía buena persona.

—Parecer es una cosa —retrucó la mujer, con ganas de criticar—. ¿Qué piensa usted, Rigoberto?

El criollo acercó su taburete de tres patas y sorbió con ruido su mate.

—Sí que parecía buen tipo, pero... ¿Cómo dijo el policía aquel? Que era un crimen...

—Pasional —apuntó la mujer.

—Eso. Bueno, en ese caso, habría que ver. Cualquiera de nosotros podría tener un arranque así.

—¡Qué cosa dice, Rigoberto!

El Indio Galván entró con paso silencioso y cruzó el patio a la vista de todos. Hubo un silencio incómodo. A nadie le gustaba el hombre, aunque tampoco se atrevían a demostrarlo. Todos recordaban además que le tenía ojeriza a Renzo Capri, de modo que su presencia resultaba significativa en esa conversación.

—Buenas tardes a todos.

Menos la joven madre, que continuó pespunteando con la cabeza baja, los demás inquilinos saludaron a medias. Galván se dirigió a ella con galantería:

—¿Y cómo sigue su salud, doña Laura?

Sobresaltada, la mujer se echó hacia atrás y dejó ver las mejillas enrojecidas de vergüenza. Ella no quería que ese hombre ladino le dirigiese la palabra. Era el único que sabía que no tenía marido en realidad, y que el argumento del viajante de comercio era un ardid para conseguir habitación para ella y sus hijos sin levantar sospechas sobre sus posibilidades de cumplir el pago. Desde que lo supo, notó en el Indio Galván un interés especial que le resultaba aterrador.

—Ella está bien —terció la mujer mayor—, si es que puede decirse eso luego de coser, lavar y planchar desde el amanecer.

—Si necesita algo, cualquier cosa, no dude en pedírmelo, que veré cómo puedo satisfacerla, señora... Rossini.

—¡Ah, su marido también es italiano! —exclamó la costurera—. Espero que no del mismo partido que nuestro fugitivo. A ver qué dice su esposo cuando vuelva de su viaje de negocios.

El Indio Galván se retiró a su cuarto con la íntima satisfacción de haber tendido todas las redes posibles ese día. Él no era un rufián de primera categoría, apenas un «guardador de rameritas», un peldaño por encima del simple criado o aprendiz, pero muy por debajo de los recaudadores de ganancias y los principales dueños del negocio. Podía ascender en esa carrera y para eso debía procurar buena mercancía; las costureritas estaban bien, y por si acaso, tenía que ganarse la confianza de la madre soltera. Con ella sería fácil, no habría quien abogase en su favor si él se decidía a forzarla. Podía amenazarla con hacer daño a los niños. Entró en su cuarto del primer piso, que ocupaba él solo como privilegio de buen pagador, y encendió una vela a la Virgen del Carmelo en su sitial sobre el estante de la pared. En forma automática llevó una mano al escapulario protector que le aseguraba librarse del Purgatorio. Cosa curiosa, aquella imagen virginal era similar a la que Renzo Capri custodiaba en su propia mesa: Stella Maris, la estrella de los mares que protegía a los marinos. El Indio Galván sonrió con malicia. Habría que ver si la Señora brindaría protección al italiano maldito.



CAPÍTULO 18

Julián Zaldívar intentaba concentrarse en el debate que presenciaba desde la barra del Congreso de la Nación. En aquel edificio que miraba en forma oblicua a la Casa de Gobierno, y que el presidente Mitre había inaugurado en su momento con memorable discurso, el ministro Alsina ofrecería la Memoria General para el tendido de la nueva frontera, prolegómeno de su viaje al Azul, desde donde impartiría las directivas para construir la famosa zanja.

Reinaba en la sala una expectación fuera de lo común, en parte por lo controvertido del asunto, en parte por ser el orador favorito de Buenos Aires quien lo presentaba. Además, se percibían las corrientes contrarias a la política de Avellaneda, que debía enfrentar una crisis de grandes proporciones. Por doquier se escuchaban frases como «el déficit es alarmante», o «los títulos argentinos ya no valen nada», o bien «tendríamos que suspender los pagos de las deudas». Por encima de la cabeza de Julián, un grupo de revoltosos gritaba: «No queremos vales, queremos billetes». Desde abajo, los partidarios les respondían con más gritos: «Tomen ejemplo, el propio Presidente rebajó su sueldo». Todas eran verdades, y la situación se tornaba conflictiva. Por primera vez comprendió Julián la gravedad de la preocupación de su padre. ¿Cuánto se habría cuidado de decirle? Quizá estuvieran peor de lo que él creía.

—El ambiente se puede cortar con un cuchillo —le dijo Marcelino al oído, también a los gritos, ya que la algarabía de los que aguardaban el discurso no cesaba.

A pesar de la intensidad de la reunión, Julián no podía dejar de pensar en sus otros problemas, de índole personal. Le venía a la mente Brunilda con su gran secreto, el que le impedía acercarse a un hombre. Había empezado a creer en los sueños de Violeta, sobre todo cuando se amoldaban a lo que él ya veía desde un principio: que Brunilda huía del pasado. Qué paradoja, él hacía lo mismo, aunque por diferentes razones.

—¿Me escuchas?

Miró a su amigo con aire distraído.

—Me parece que estabas en la luna —bromeó Marcelino—. ¿O será que por fin te cautivó alguna dama?

—Pensaba en mi padre y en sus prevenciones contra la zanja que el ministro ha venido a defender —mintió—. Me gustaría que alguien me convenciese de lo contrario, pero hasta ahora, solo veo buenas razones para tender esa línea de frontera.

—Dile a tu padre lo que viste aquí, y listo. Cuando el ministro hable, ya no habrá oposición que cuente. Su palabra es magia pura.

Los hechos dieron la razón a Marcelino. Desde el momento en que Alsina subió al estrado, a la ovación inicial de sus partidarios siguió un respetuoso silencio que fue convirtiéndose en admiración. Era un orador nato. Sus ademanes, el modo airoso en que levantaba su faz para observar a los congresistas, su mirar profundo y agudo, su

porte, todo ayudaba a crear un halo de sugestión en torno a sus palabras que, por otra parte, eran bien concretas: un plan para extender la frontera basado en nuevos estudios topográficos y modernos aparatos que facilitarían tanto el transporte, como la vida de los pueblos que se fundasen. Una promesa de civilización que nadie podía desdeñar.

—Señores senadores y diputados —comenzó a decir aquella voz estentórea—. Tengo el honor de dirigir al Congreso esta Memoria en la que daré cuenta de los preliminares de la expedición que será definitiva para el país que crece. En las páginas que siguen —y la mano del ministro se apoyaba con firmeza sobre un tremendo fajo de papeles— podrán los señores senadores y diputados apreciar los trabajos realizados y leer los documentos que garantizan el éxito de la empresa.

—Se refiere a los mapas de la actual frontera, a los planos de la traza del foso y de seguro, a los informes de los ingenieros y topógrafos —comentó por lo bajo Marcelino.

Julián sentía cada palabra de Alsina como una lápida que caía sobre su pasado de cautivo. Todo lo que el ministro decía tenía como finalidad acabar con los malones, los robos de ganado, las aberraciones y las burlas que los salvajes perpetraban, no solo en los fortines, sino en las poblaciones indefensas. Como hierro candente, se grababan en su corazón los detalles de la expedición que sellaría para siempre la suerte del indio.

—Todas las cartas que teníamos sobre la pampa —decía Alsina, confirmando lo que sostenía Marcelino— surgían del saber de los baqueanos. Ahora ha intervenido la ciencia, y tenemos el teodolito y el sextante, verdad matemática comprobada por instrumentos infalibles.

Una oleada de reconocimiento saludó estas aseveraciones. Razón de peso para confiar en la empresa era el uso de tecnología avanzada, como el telégrafo, para mantener comunicados los puntos de la nueva frontera. Una cosa era medir el tiempo al galope de chasque, y otra muy distinta recurrir a la ciencia moderna.

—Después de sofocada la revolución que nos fustigó años atrás —y esta mención provocó abucheos de los mitristas, sofocados por silbidos de los alsinistas—, he podido dedicarme al tema que más me preocupaba: la seguridad en la frontera, no solo para reforzar la segunda línea que tenemos ahora, sino para extenderla y recuperar terreno que el indio ha tomado. A esto me dediqué cuando los acontecimientos políticos me lo permitieron —nuevo revuelo al mencionar el levantamiento militar de Mitre—, pero no ha sido en vano, ya que en ese tiempo pude reunir a la gente idónea para esta empresa, el ingeniero Alfredo Ébélot, y el sargento mayor de ingenieros Federico Melchert. A ellos se les encargaron comisiones que actuaron en el lugar mismo de la construcción de la zanja. Muchas cosas se dijeron en contra de esta expedición, señores, referidas a la imposibilidad de nuestros soldados de soportar las inclemencias del desierto. Decíase que en invierno llovería nieve y que en verano no se vería un surco de agua que calmara el fuego de la sed. Decíase

que el cambio de pastos postraría a las caballadas, si no lo hacían antes las nubes de tábanos, y también que los bárbaros no darían resuello hasta acabar con nuestra tropa y reducirla a la inacción. Pues bien, todo esto se decía, señores, en función de la ignorancia que teníamos sobre la tierra que pretendíamos ocupar. Ya no ignoramos nada acerca de ella. Los estudios realizados han sido tan exhaustivos, que conocemos aquel terreno como la palma de nuestra mano, como si hubiésemos vivido allí igual que los indios.

Aplausos fervorosos coronaron esta parrafada, y Julián sintió latir la sangre en sus venas ante la inminencia de un cambio tan importante en la vida del interior. Por fin se librarían del acoso de los malones, se olvidarían los dolores pasados... aunque nada podría borrar las consecuencias de aquellas penurias.

La verborragia de Alsina continuaba, encendida y cautivadora, ensalzando los avances realizados y prometiendo los futuros:

—Carhué es nuestra meta. Allí reina ahora Namuncurá, el hijo del temido León del Desierto, pero no nos detendremos en eso, señores. Nuestra empresa es para asegurar el bienestar de los que viven en la frontera actual y también el de los que irán más allá, usando de los beneficios de la nueva ley de colonización que el presidente Avellaneda ha presentado al honorable Congreso. Por fin se concretará el sueño de Rivadavia y el de Alberdi, que anhelaban el poblamiento de esta tierra por brazos trabajadores.

Las opiniones estaban divididas en cuanto a la conveniencia de traer extranjeros al país, de modo que los abucheos y los taconeos en las tribunas se hicieron oír. Nada perturbaba al ministro, que continuaba arengando a las voluntades civilizadoras en pos del proyecto que se había convertido en la razón de su vida.

La mención de brazos extranjeros trajo a la memoria de Julián el desdichado final del matrimonio Marconi. Aquel sangriento episodio del Tandil era sin duda conocido por todos los presentes, y tal vez observado con beneplácito por algunos. Julián supo, al averiguar sobre el estado de las causas, que no se había tratado de un ataque espontáneo sino de un movimiento organizado que contaba con emisarios en otras localidades de la provincia: Luján, Cañuelas, Chascomús, Tapalqué, Azul... Los jueces de paz no habían capturado sino a meros instrumentos de la masacre, los principales seguían en la oscuridad. Numerosos testigos y acusados declararon en forma confusa durante días y días, y al igual que el Tata Dios, que se había arrogado el derecho de ajusticiar a inocentes en nombre de la patria, se decía que otros, en distintos puntos de la República, recibían el mismo título e idéntica misión. Era una conjura silenciosa que se movía en las tinieblas, por debajo de la aparente armonía que reinaba entre las oleadas de inmigrantes que recibía Buenos Aires.

—Seguimos en los campos del cielo —observó risueño Marcelino.

Otra vez se había perdido en sus pensamientos. Julián masculló una disculpa que fue de inmediato desestimada.

—Al salir de aquí nos vendría bien pasar por el club para distendernos. Estas jornadas suelen ser agotadoras a veces.

Julián accedió, pese a que deseaba ir a su casa para echar un vistazo a la situación con Brunilda. En fin, lo haría más tarde, cuando ella volviese de su trabajo. Si bien entendía el deseo de la joven de valerse por sí misma y de aprender el oficio que le gustaba, le dolía verla trabajar como una jornalera, cumpliendo un horario bajo vigilancia. En El Duraznillo las tareas serían más llevaderas, con la supervisión cariñosa de Chela y la tolerancia proverbial de su padre. Brunilda despertaba en él su instinto protector, de por sí bastante desarrollado. Era algo que lo perseguía desde su más tierna edad. Su madre solía decir que era un pequeño samaritano, cuando se condolía de algún maltratado, y su padre aprobaba su conducta con un asentimiento imperceptible para todos menos para él, atento siempre al deseo paterno. Julián no había sacado vicios de esa crianza amorosa, al contrario, estaba dispuesto a renunciar a cualquier ventaja en favor del que sufría o necesitaba algo. Quizá fuese lo que lo llevó a estudiar leyes, pensando que podría ejercer de manera constante su vocación de interceder por todos. De poco le había servido cuando el necesitado era él.

—Fundar pueblos, establecer sementeras, plantaciones de árboles...

El orador no escatimaba esfuerzos en demostrar que habían sido bien utilizados los fondos solicitados al Congreso en el ejercicio anterior.

—Por último, señores senadores y diputados, nunca se reforzará lo suficiente la necesidad de enfrentar al indio con las herramientas que nos brinda la civilización y que hasta ahora no hemos aprovechado: el ferrocarril que acorta las distancias, el telégrafo que comunica, las armas y pertrechos adecuados para los soldados, y sobre todo, algo que es de la naturaleza misma: mantener en buen estado los caballos. No puede pedirse al animal que come solo el pasto que encuentra y vive expuesto a la helada del desierto, que luego cubra una distancia de seis leguas sin sentirlo, y en esto, señores, los indios nos llevan ventaja. El gobierno está convencido de que las instalaciones en los fortines deben ser de materiales y no de paja y adobe, y que los caballos deben ser mantenidos en pesebre, alimentados con las sementeras de alfalfa. Todo eso en nombre de un beneficio que será costoso, pero dará sus frutos. Y nunca olvidemos lo principal —y aquí el ministro Alsina se detuvo en un golpe de efecto que congeló el aliento de la audiencia—. Que el plan del Poder Ejecutivo es contra el desierto para poblarlo, y no contra los indios para destruirlos.

Una ovación seguida de un aplauso cerrado coronó la frase final.

Julián se había perdido en el medio del discurso, pero entendía que Alsina traía a colación los argumentos que sirvieron de base al proyecto de ley sancionado el año anterior, para demostrar que seguían en pie y que a ellos se había aplicado el presupuesto votado.

Salieron llevados por la multitud que recorría los pasillos, y en el desorden Julián creyó ver a Silverio Salas. Fue solo un instante, que bastó para renovar el malestar

que ese hombre le producía. ¿Habría ido a abuchear a Alsina, camuflado entre los suyos, o a fingir pleitesía?

Al bordear la plaza Victoria, concurrida y bulliciosa a la hora de las tiendas y mercados, Julián empezó a sentir los consabidos dolores en su pierna. Permanecer sentado mucho tiempo lo entumecía, así como caminar demasiado lo postraba. Y como no podía recurrir a Pétalo, pues su conciencia no se lo permitía, se encontraba en estado desesperante. Más de una vez estuvo tentado de comentárselo a Elizabeth, por si ella sabía de alguna cura. Las mujeres solían tener secretos medicinales para compartir.

Un dejo de vergüenza se lo impedía.

Caminaron por la calle Bolívar, que en sus tiempos de esplendor fue «la Florida de la zona sur» y aún conservaba los vestigios de las casas de más alcurnia de la ciudad, algunas deshabitadas o convertidas en almacenes e inquilinatos. Seguía siendo animada, con sus patios de consignatarios y rematadores, sus oficinas de imprenta, el friso de la Librería del Colegio, y numerosos cafés y loterías que a esas horas del mediodía estaban a pleno. Julián se detuvo frente al escaparate de una mercería.

—¡Eh! —bromeó Marcelino—. Te equivocaste.

Él continuó mirando lo que llamó su atención: un maniquí, con su silueta de yeso torneada en delicadas curvas y una base de hierro. Era solo un cuerpo sin cabeza, una pieza ideal para que una costurera probase en ella sus telas.

—Ya vuelvo —indicó a su compañero, y desapareció tras el marco de la tienda.

Intrigado, Marcelino hizo visera sobre el vidrio, para ver mejor. A través del empañado, alcanzó a distinguir a su amigo inclinado sobre una vitrina, señalando algo. El dependiente se afanaba en servirle y expuso el maniquí ante él.

Unos cuantos comentarios, la mano en el bolsillo, sonrisas del mercero, y Julián salió con una expresión satisfecha que dejó pasmado a Marcelino.

—¿Y bien? —exigió saber.

—Un regalo para una dama —respondió enigmático Julián.

—Ah... Tu madre.

Lo dejó con esa idea y arremetió con su pierna a cuestras rumbo al club. El regalo sería entregado a su dirección después de que él llegara, así podría ver el efecto que causaba en Brunilda.

—¿Me extrañaste, pícaro?

Brunilda acariciaba a Fígaro entre las orejas, divertida ante la expresión de beatitud que provocaba en el gato. Había regresado entusiasmada del taller esa tarde. Cosieron a destajo un traje de *soirée* con el escote bordado en pedrería, y ese arte, nuevo para ella, la animaba a consultar a doña Inés. Quería aprender cosas, y también congraciarse con la patrona. Brunilda poseía un carácter apacible, poco dado a las

intrigas y disimulos, se sentía incómoda cuando pasaba por delante del salón y debía fingir que no veía cómo doña Inés tomaba el té en compañía de invitadas, o bien controlaba el lustre de la platería junto a Evelyn. A ella le hubiera gustado colaborar en esos menesteres también, sentirse útil, pero temía que todo cuanto dijese fuera tomado como irreverencia. Brunilda estaba tan desamparada de afecto como Fígaro, o quizá más, pues el gato la tenía a ella pendiente de su cuidado.

—¿Te parece que hoy será el día indicado para ofrecer mis servicios, pequeño bandido?

Fígaro ronroneaba quedo, y sus ojos eran ranuras que fulguraban bajo la pelambre gris. Brunilda se recostó junto a él, sin dejar de sobarle el lomo.

—Yo creo que sí —comentó como si el animal la entendiese—, porque hace rato que Evelyn no me mandonea, y la señora se muestra más cordial cuando salgo y cuando entro. Al principio, me miraba de soslayo y solía interrogar a Dulcinea sobre mí. Ahora sabe que puede confiar, que no haré nada indebido, solo me interesa mi trabajo.

Fígaro se apelotonó contra el regazo de la muchacha.

—Si por ti fuese, no harías más que comer y dormir. ¡Gato gordo! Bien te vendría otra temporada en las sierras, rascando entre las rocas.

Esa imagen que ella nunca había visto, la de Fígaro oculto y asustado en las ruinas de la casita, le produjo escalofríos. Fígaro debía su vida al señorito. Y ella le debía su seguridad, aunque fuese relativa, ya que debía cuidarse también de él.

—Yo nunca me casaré, Fígaro. Ese será nuestro secreto. No diremos que fuiste un gato famélico, ni que yo soy una mujer arruinada. Seremos el uno para el otro, viviremos juntos en un cuarto donde habrá maniqués para probar mis diseños. Seré *Madame Bruni* —y se rio de su propia ocurrencia—. ¿Te gusta ese nombre? Queda más elegante que Marconi... A ti te llamaremos... mmm... Príncipe. Un nombre distinguido para un gato distinguido.

Se habría quedado dormida en su ensueño, acunada por el ronronear de Fígaro, de no haber escuchado el grito destemplado de Evelyn llamándola. Salió y cerró bien la puerta. Atravesó los patios a la carrera, y se detuvo en seco al ver a Julián Zaldívar de pie junto al recibidor, con aire impaciente. De reojo contempló a la señora Durand, que se mantenía sentada en una butaca, con un pañuelito entre las manos y la vista fija delante de ella.

—¿Pasa algo? —murmuró asustada.

—Vas a mudarte de cuarto —le anunció Julián con dureza.

Brunilda miró sin querer a doña Inés, que permanecía rígida en la misma posición, y de inmediato supo que no compartía esa idea.

—No es necesario, estoy bien donde est... —iba a decir «estamos», y se corrigió a tiempo.

—Eso lo decido yo, que sé cómo es el cuartucho donde duermes, el frío que hace y lo difícil que es conciliar el sueño con el ruido de la cocina y los pesebres de los

caballos.

—Pero...

—Sin peros, Brunilda, toma tus cosas y vente aquí, que Evelyn te guiará hacia el piso superior.

—Me gusta mi cuarto —se empecinó ella, levantando un poco el mentón para darse ánimos—. Veo la parra desde mi tocador, y escucho los trinos de las aves.

Julián se debatía entre la impaciencia y el enojo. Había dado la orden días antes de cambiar a Brunilda de habitación, pues entendía que se le haría duro pasar el invierno allí, y su madre no había cumplido aún. Eso lo exasperó, así como la resistencia de la joven.

—¿Qué pasa con las mujeres en esta casa, que se rebelan ante cualquier directiva por mínima que sea? —gritó.

—Baja la voz, hijo, me mata la jaqueca.

Julián respiró hondo. Había tenido la ilusión de que Brunilda recibiese el regalo en el cuarto apropiado, donde luciría bonito, y ahora eso se frustraría, ya que faltaba poco para la entrega. La expresión de Brunilda se tornó desdichada, y de pronto Julián comprendió que se había olvidado del gato. Ella no podía trasladarse a la vista de todos sin quedar en evidencia. Y lo último que necesitaba ese día era una batalla doméstica agregada a sus problemas.

—Está bien —concedió—. Dejemos la mudanza para más adelante, pero no quiero que lleguen los meses de frío y te encuentren allí. Te daremos el cuarto que usaba yo cuando vivía en esta casa.

Doña Inés dio un respingo.

—¿Tu cuarto? —gimió—. Está tal y como lo dejaste...

—Por eso mismo, es tiempo de que viva otros aires. Y Brunilda es especial para fabricar adornos y detalles, ¿no es así?

Ella asintió, colorada hasta las orejas. Detrás de ella, Evelyn era una estatua, un cancerbero.

La aldaba sonó, y la criada, que de seguro estaría espiando la escena, acudió de prisa.

Las mujeres se sorprendieron ante el cajón de madera que depositó el hombre en el vestíbulo, y más aún cuando Julián deslizó en su mano una propina, después de firmar una papeleta. Con ayuda del bastón, él rompió los ganchos y dejó al descubierto el contenido del baúl. Hubo una exclamación simultánea. El maniquí, revestido de papel de seda, era impactante. El vendedor había tenido el gusto de colocarle un lazo de color blanco que se fruncía en la cintura, pues entendió que aquel era un regalo especial de ese cliente distinguido. Brunilda imaginó que podría utilizarse la seda del moño para algún diseño.

—Es para ti, Brunilda.

El anuncio provocó distintas reacciones: pasmo de sorpresa en doña Inés, ira en Evelyn y emoción en Brunilda. La muchacha juntó las manos como si orase, y no

atinó a decir más que:

—¿Para mí? ¿Para mí?

—Un regalo de cumpleaños anticipado. A propósito, ¿cuándo es tu aniversario?

Ella casi no lo recordaba, nunca lo había festejado y creía que era porque los Marconi no estaban seguros de la fecha de su nacimiento. Le habían dicho que el otoño de Italia la había llevado hasta ellos.

—El veintiuno de septiembre.

—Bonito día, el comienzo de la primavera entre nosotros.

Julián tomó la iniciativa y desenvolvió el maniquí.

—¿Crees que te servirá?

Brunilda todavía tenía la boca abierta.

—Es... es... hermoso.

—Pues bien, lo llevaré a tu habitación para que empieces a usarlo.

Doña Inés miró con expresión demudada a su hijo que, con el bastón en una mano y arrastrando la pierna mala, cargaba el cuerpo de yeso rumbo a los fondos.

—Dios bendito —murmuró, desolada.

Evelyn se le acercó enseguida.

—¿Le traigo sus sales?

Inés Durand rechazó la oferta con su mano.

—No, no, debo ver esto hasta el final, es demasiado sorprendente. Lo ha vuelto a hacer.

—¿Qué, *Mrs.* Durand, qué ha vuelto a hacer?

—Enamorarse de la persona equivocada.

La doncella nada pudo decir ante la desazón pintada en el rostro de la patrona, y la desesperanza que trasuntaba su voz.

Pusieron el maniquí a un lado del tocador y lo contemplaron a la distancia. Brunilda no daba crédito a sus ojos. Fígaro miraba también, molesto por la irrupción.

—Conque aquí estás —dijo Julián, acercándosele—. Buena la hiciste, complicando la vida de tu ama. ¿Qué haremos contigo?

—Prefiero quedarme aquí, por él.

—Ya lo sé, me había olvidado del gato. Escucha, Brunilda, solo deseo tu bienestar, y si el trabajo en el taller de modas es cansador...

—No, no, es magnífico —se apresuró a decir ella—. Nunca pensé que disfrutaría tanto en mi vida. Cada día aprendo cosas nuevas, y además me han dicho que tengo posibilidades de futuro.

—Ah, ¿sí?

—Uno de los socios me dijo que los comerciantes de géneros hacen pedidos especiales, y si las costureras nos destacamos, nos encargan esos pedidos. Poco a poco, nos hacemos de un nombre.

—¿Quién es ese hombre que te habló? —quiso saber él, desconfiado.

—Un caballero muy correcto, está allí mismo, en la casa de modas. Tiene sus oficinas al fondo.

—Brunilda —y Julián la aferró por los hombros para impedir que se distrajesen mientras le hablaba—. Nunca, por ninguna razón, vuelvas a ir a los fondos del taller. Si alguien quiere decirte algo, puede hacerlo en el salón de costura o donde sea, a la vista de todos. Es impropio de una dama quedarse a solas con un caballero en donde no puede ser asistida. ¿Entiendes lo que digo?

Ella asintió, confusa y avergonzada. ¡Vaya si lo entendía! Solo que aquel hombre se veía pulcro y distinguido, y siempre se mantuvo del otro lado del escritorio, como debía ser. Y al final de cuentas, estaba a solas con un caballero en ese mismo momento, sin chance de ser asistida. Julián pareció advertirlo, pues la soltó y comenzó a recorrer el cuarto, pensativo. Miró con disimulo el ajado vestido de la joven, y comentó:

—¿Cómo es que, sabiendo tanto sobre costura, nunca coses para ti, Brunilda? Te veo siempre con las mismas ropas.

La muchacha se quedó desconcertada y cruzó las manos sobre la falda floreada del traje de campo, el más apropiado para estar en la casa. El señorito había dado en el clavo con su inquietud. Ella no deseaba lucir del modo en que pensaba vestir a las damas, no quería muselinas de seda, ni flores, ni volados en el escote, mucho menos ajustados jubones que resaltarán sus formas. Prefería desaparecer ante la mirada de los hombres, que siempre eran ávidos y lascivos. Hasta el propio Julián Zaldívar, con todo su encanto, podía mirarla con impudicia si se lo proponía.

—Apenas tengo tiempo para coser mi trabajo —balbuceó.

Julián la miró con agudeza.

—Yo he visto uno de tus dibujos, y tienes verdadero talento. Es extraño que no lo apliques en tu persona, como si no merecieras embellecerte.

Estaba tan cerca de la verdad, que Brunilda trastabilló.

—Muéstrame tus diseños.

—Ahora no...

—Muéstramelos.

La joven abrió el cajón del tocador donde guardaba con primor el dedal, y extrajo una carpeta formada con los papeles que Julián traía cada tanto. Él se sentó con descaro en la silla y comenzó a hojearla. Fijaba su mirada en los detalles de un modo que causaba terror a Brunilda, como si quisiese memorizar los trajes para encargárselos uno.

—Este —dijo de pronto, señalando un diseño juvenil, con faja plisada y *corsage* de organza—. Este quiero que hagas.

—No es para mí, está pensado para...

—Quiero encargarte un vestido, Brunilda. ¿Así tratarás a un cliente? Debes aprender la máxima regla, el cliente siempre tiene razón, más cuando no la tiene.

La muchacha lo miró con rabia, sospechando que se burlaba. Sin embargo él la miraba muy serio, con la carpeta abierta sobre las piernas, aguardando.

—¿Y para quién será el traje? —dijo ella desafiante.

—Para una mujer con tus mismas medidas.

Julián dejó la carpeta sobre el tapete del tocador y se levantó, fingiendo que no le quemaba la ingle cuando lo hacía. Tomó a Brunilda por la cintura y la acercó a su cuerpo.

—Mide esto de cintura —y le mostró la distancia entre sus manos—, y el talle es así de largo —y la acarició a lo largo del costado—, pero estoy dudando acerca del busto —y las manos subieron audaces hasta el corpiño del viejo vestido.

—Se está burlando —lo rechazó ella.

—En absoluto. No conozco las medidas de la mujer, aunque se parecen mucho a las tuyas. Quiero hacerle un regalo muy fino, tal vez en seda violeta...

La mención de ese color provocó un pinchazo en el pecho de la joven. ¡Qué tonta! El señorito quería obsequiar un vestido a la joven Violeta, y deseaba que la tela reflejase el tono añil de sus ojos.

—Lo haré apenas pueda —respondió con frialdad.

Ya no le importaba. Julián Zaldívar jugaba con ella, le regalaba objetos bellos para luego procurar tocarla, y la humillaba hablándole de otra mujer.

—¿Compraremos juntos la tela? —insistió él.

—Lo habitual en el taller es que los clientes nos lleven la tela elegida por ellos mismos. Nosotras nos limitamos a coserla.

—En ese caso, iré mañana a la tienda.

—Puede ir acompañado de la persona que lo va a lucir, sería lo más adecuado.

—No me parece. Es una sorpresa.

Brunilda sintió que los ojos le ardían.

—Como quiera.

Julián se inclinó sobre Fígaro para prodigarle una última caricia, y luego caminó cojeando hacia la puerta.

—Este vestido es muy especial, Brunilda, pues pienso pedirle a la dama que me acompañe a una tertulia, y mi deseo es que luzca espléndida.

—Haré lo que pueda.

—Tendrás que esmerarte. Y por supuesto, te pagaré lo que pidas.

Ese último comentario despertó interés en Brunilda, porque era muy distinto aceptar dinero de manos del señorito si correspondía a un trabajo. Quizá le permitiese empezar a pagar su cuota de aprendiz en el taller, y no tuviese que pedir un préstamo a doña Inés.

Julián salió al patio, donde ya campeaban las sombras, y llegó al vestíbulo sin que nadie lo detuviera, ni siquiera para despedirlo. Aunque le extrañó, consideró que era mejor así, presumía que su madre no estaría de buen talante esa noche.

Una luna redonda se elevaba por encima de los paraísos, arrastrando los últimos jirones del atardecer. Soplaba un viento del río que helaba hasta los tuétanos, y pensó que muy pronto ordenaría el traslado de Brunilda a su cuarto del piso alto. Era un sitio menos concurrido, en el que podría visitarla sin llamar la atención de la servidumbre. Esa idea lo hizo sonreír, pese al dolor de la pierna. Llamó al cochero y emprendió el regreso al suburbio.

Pétalo se encontraba al borde de la exasperación. Esa tarde había debido soportar la visita de la amable señorita, acompañada de la esclava muda. Fue durante la siesta.

Un coche se detuvo ante la puerta de palos y de él descendieron las mujeres, provistas de bártulos. Dieron una orden y el coche se alejó traqueteando.

Elizabeth O'Connor entró a la casita como si fuese la dueña, sonriente y dispuesta. Llevaba una capota anticuada que sujetaba su cabello ensortijado y un vestido con sobrepuesto que disimulaba su estado. La muchacha india miraba a Pétalo despojada de remilgos, como si fuese invisible. Ella acababa de enterrar sus vicios en el jardín, como le había exigido el amo Julián, y se encontraba de pésimo humor a raíz de ello. Tuvo que fingir cortesía, en principio por conveniencia, ya que cualquier desatino sería comunicado a su protector de inmediato, y también porque, de alguna manera, aquella mujercita extravagante le resultaba simpática.

—Xiang-Bo —le decía, mientras se limpiaba la tierra de las botas en el umbral—. Hemos venido a importunarte. El querido Julián nos dijo que podríamos pasar un rato en tu compañía, y como estábamos algo aburridas en la casa... ¿No es cierto, Livia? Ah, pero traemos algunas golosinas para que nos perdones la intromisión —y Elizabeth sacó del bolso de cuero un paquete encerado que desprendía un aroma exquisito—. ¿Podrás enseñarnos a preparar un té oriental?

Pétalo se inclinó con mansedumbre y comenzó la ceremonia del té. Las mujeres se mostraban atentas a sus movimientos, como si quisiesen aprender de ella. Se admiraron de las carpetas de juncos trenzados que colocó sobre la mesa de ébano, de los cuencos de arcilla coloreada y del incienso que flotaba en el ambiente, mezclado con el aroma de los jazmines de invierno recién cortados.

—Es muy bonita la casa, Xiang-Bo. Tienes buen gusto para los detalles. Julián espera que te mostremos algunas de nuestras costumbres, aunque no estoy segura de que sean más apropiadas que las de tu país. ¿Deseas aprender algo en particular? Livia ha traído unos libros con láminas que quizá te agraden.

La amable señorita era sutil, pero Pétalo lo era más, y captaba a la perfección las intenciones por debajo de la cortesía. Querían transformarla en una mujer occidental para poder entregarla a la sociedad, una vez amaestrada. Disimuló el rencor que se agolpó en su pecho y puso a calentar agua en el brasero, mientras distribuía las hojas de té sobre un lienzo. Antes de que el líquido hirviese, lo volcó sobre una tetera

pequeña, también de arcilla, y luego echó las hojas de a una, mirando con atención cómo se teñía el agua a medida que las añadía.

—Antes, oler —advirtió, cuando las mujeres se disponían a dar el primer sorbo.

Ellas cumplieron con el rito y degustaron esa bebida aromática que adquiriría otro sabor sin leche ni azúcar que la distorsionasen.

—Delicioso —concluyó Elizabeth al cabo de tres tazas. Su estómago no soportaba estar demasiado lleno.

Pétalo había sentido la tentación de ofrecerles el otro té, el que daba a su amo cuando lo necesitaba, pero la condición de la amable señorita la disuadió. Era muy riesgoso y podía costarle cara la jugarreta.

—Ahora dínos cuál es el secreto, si es que está permitido.

Pétalo esbozó una sonrisa. Lo último que ella haría sería desenmascarar sus secretos, así que les inventó una fábula.

—Primero, toco estos —y puso sobre la mesa un par de muñecos de porcelana vestidos a la usanza china.

Livia los contempló con interés. Elizabeth, en cambio, se mostró maravillada. Las muñecas ejercían una fascinación sobre ella, y el primer regalo de su esposo había sido una hermosa muñeca de pelo natural, vestida de verde, que todavía descansaba sobre su tocador. Pronto sería reclamada por la pequeña Juliana.

—¿Hay que tocarlos?

—Sí, así —y Pétalo pasó su dedo sobre las vestiduras rojas y doradas de los muñecos.

—¿Y después?

—Poner la lengua así —y Pétalo hundió su lengua rosada en el líquido que aún quedaba en su taza.

—¿Ese es el secreto de un buen té?

—Secreto es el sabor que se siente —explicó, muy seria.

Las mujeres no parecían convencidas, aunque no insistieron sobre el punto. Pétalo contuvo su deseo de darles más falsos indicios, solo por divertirse a su costa.

Tuvo que reconocer que pasó un rato agradable en compañía de Elizabeth y Livia, pues una vez que aceptó que nada podía hacer para evitarlas, se relajó y hasta rio con ellas de los usos que las damas porteñas hacían de sus abanicos. La amable señorita era muy expresiva en su manera de explicarse y, pese a su resentimiento, Pétalo se dejó cautivar por ella.

—Otro día vendremos con más galletas y más libros —anunció Elizabeth, satisfecha.

El cochero las aguardaba a la hora convenida, y Pétalo las despidió en el umbral, saludando con la mano hasta que dejó de verlas. Permaneció unos momentos así, como una vestal de templo sagrado, fijos sus ojos de perla negra en el camino, hasta que su corazón recuperó la serenidad que necesitaba para proseguir sus planes. Al

cerrar la puerta tras de ella, no vio al hombre delgado que la observaba desde un cerco de tunas, a cierta distancia.

Julián, en cambio, se topó con él apenas descendió de su carruaje.

El Indio Galván había averiguado el paradero del caballero que Adolfo Alexander mencionó cuando lo apresaron. Sus pesquisas lo llevaron a la casa de la calle Potosí, donde tuvo que aguardar hasta que el doctor Zaldívar se presentó; luego siguió sus pasos, que lo condujeron al suburbio. Una vez conocido el camino, decidió abordarlo allí mismo, para que su entrevista no tuviese testigos. Le intrigó saber que vivía acompañado por una mujercita tan exótica, y su mirada de cazador se posó en ella con codicia. Se daba cuenta de que no era la esposa, pues un hombre de la categoría de Zaldívar no viviría aislado si estuviese casado de manera apropiada. Esa mujercita extraña era su amante, y pretendía ocultarla a los ojos del mundo. Era bueno saber cosas de los demás, le proporcionaba un poder insospechado.

—Al servicio de usted —le dijo, inclinándose con ceremonia.

Julián experimentó una instintiva repulsión por el sujeto y su actitud servil.

—¿Qué se le ofrece?

—Unas palabras, nada más. Algo que va a interesarle.

Las posibilidades eran diversas: un salteador de caminos que lo había seguido, un buhonero, a juzgar por el aspecto algo ridículo, un jugador empedernido que había quedado en la calle y solicitaba un préstamo... Lo que extrañaba a Julián era que supiese dónde encontrarlo, eso solo podía significar que sabía a quién se dirigía y tenía un propósito. Se puso en guardia y dejó que su bastón quedase con el puño hacia adentro.

—Diga.

El hombre debió de pensar que lo invitaría a pasar, y a Julián no se le escapó la mueca de disgusto que esbozaron sus labios, distorsionando la sonrisa.

—Sé que es usted amigo de don Adolfo Alexander.

Julián ocultó la sorpresa que le produjo ese nombre en boca del desconocido.

—Así es.

—Y también que el pobre se halla en difícil situación por culpa de otro.

La afirmación motivó interés en Julián, que con un gesto lo animó a seguir.

—Conozco al hombre que cometió el crimen por el que se acusa a su amigo.

—Ah, ¿sí? ¿Y quién es?

El Indio Galván volvió a sonreír con exasperante amabilidad.

—¿Fuma usted? —lo convidó con una pitillera de plata.

—No.

—Lo bien que hace. En fin, digamos que éramos vecinos, tanto su amigo como el asesino. Claro que nadie sabía de qué calaña era. Nunca me gustó el tipo. En cambio, su amigo es un buen hombre. Algo excéntrico, pero de buena pasta.

—Diga sin ambages lo que sabe —lo apuró Julián.

El Indio Galván reveló entonces la maldad de su ser en un repentino brillo en sus ojos, que no alcanzó a ocultar a tiempo. Julián se estremeció y tensó su pierna para que no le fallase si era necesario pelear.

—Lo que sé puede salvar a Adolfo y también a mí, estimado señor, por eso no puedo arriesgarme a decirlo sin antes haber pactado con usted un trato.

—No esperará que trabe contrato con un desconocido así como así.

—Así como así, no. Puedo, sin embargo, ofrecerle un cambio: la libertad de Adolfo por protección.

—¿A quién debo proteger?

—A este humilde servidor.

—Es usted demasiado laberíntico, señor...

—Antonio Galván, para servirle...

—No estoy necesitado de servicios. Sea breve y concluya, que está haciendo frío aquí afuera.

La mirada sardónica del Indio Galván parecía decir que padecían frío por su culpa, ya que la casita se veía iluminada de modo muy acogedor. Viendo hacia donde dirigía el sujeto su atención, Julián decidió terminar con el conciliábulo.

—Disculpe, no suelo recibir en mi casa a los clientes. Si no le es molesto, prefiero que nos veamos en otro sitio.

El proxeneta se interpuso en el camino hacia la entrada, y Julián lo esquivó con presteza, enarbolando el bastón. Al ver que no lo sorprendía, Galván levantó ambas manos, y masculló, con el cigarro colgando de los labios:

—Sea. Usted gana. Le diré de una vez para qué he venido. Sucede que Renzo Capri —y Julián frunció el ceño ante ese nombre desconocido— se ha metido con una mujer que me pertenecía, y al descubrir que no era libre, la ha matado en un arrebato de celos. Algo funesto para mí y para ella, pero no contento con eso, quitó la vida también al hijito, apenas un niño.

El horror del crimen ya conocido por todos no era novedad, solo lo era saber el nombre del que lo había perpetrado, y sus razones. El sujeto continuó con su voz sibilante.

—Ignoro el paradero del asesino, pero conozco su rostro y puedo identificarlo. Además, mi declaración favorecerá a su amigo, que podrá demostrar su inocencia.

—Usted obra por venganza.

—Sí, como podrá imaginarse, que otro me robe la mujer no es cosa menor, pero además, obro por interés. Hay ciertas personas que me tienen en su mira. Hemos hecho negocios juntos, y cuando quise independizarme pusieron el grito en el cielo, pretenden que mis ganancias les pertenezcan.

—¿Qué clase de negocios?

Julián Zaldívar no era hueso fácil de roer, comprendió el Indio Galván, y decidió jugarse por completo:

—Se trata de negocios turbios, lo confieso, relacionados con el juego y las apuestas.

—¿El niño era suyo?

Antes de que le respondiese, Julián supo que no lo era. Ningún hombre cuerdo hablaría del asesinato de su hijito con tanto aplomo; un hijo, carne de su carne, una parte de uno mismo a quien cuidar y querer...

—No. Mi mujer había tenido un desafortunado encuentro antes de conocernos, y por supuesto perdoné todo por amor, como debe ser.

—Dígame el nombre de la víctima.

—Marieta Pontevedra.

Julián pensó con rapidez. No creía casi nada de lo que el hombre le había dicho, solo tomaría el dato del supuesto asesino como salvaguarda de Adolfo, pero debía fingir que aceptaba el trato, para no desbaratar la única posibilidad que tenía su amigo de probar su inocencia.

—Preséntese en la Jefatura de Policía, el Departamento Central. Allí se le tomará declaración —dijo, tajante.

El Indio Galván no parecía convencido. Era el sitio menos apropiado para presentarse, y si no tenía garantías...

—Debe darme algún crédito, señor. Mi situación es delicada. Dígame al menos si cuento con su protección.

—Es difícil proteger a un hombre de sus propios secuaces —dijo Julián con saña —, pero si lo que busca es huir con plata en el bolsillo, cuente con eso.

El Indio Galván se mostró complacido. Huir era lo más indicado. Pese a la oferta tentadora de las costureritas y hasta de la joven madre del inquilinato, los superiores no le perdonaron el desliz de intentar ganancias por su cuenta, sobre todo usando de las pupilas que a ellos pertenecían. Su vida pendía del correr de las siguientes horas, y él iba a aprovechar todas las ocasiones que se le brindaran. Se inclinó de nuevo hacia Zaldívar con afectada pose, y luego sugirió la ventaja de quedarse cerca de allí, por si lo necesitaban. Julián sabía de sobra que lo único que buscaba el sujeto era permanecer lejos de sus enemigos, así que le indicó con el bastón un sitio donde guarecerse y cerró la puerta con fuerza en sus narices. Galván se dirigió al cerco de tunas donde había pasado la tarde, maldiciendo en lengua calé.

Una vez adentro, Julián se dejó caer sobre el sillón, transido de dolor. La pierna estaba en llamas, un síntoma de cansancio y de nervios que ya conocía. Arrojó lejos el bastón y comenzó a friccionarse de arriba a abajo con vigor. Pétalo apareció en la sala, vestida de rojo y con los cabellos sueltos sobre la espalda.

—Mi señor, puedo preparar un té especial.

—Hazlo, Pétalo, esta vez no creo que se me pase con facilidad, exigí mucho a esta maldita pierna.

La joven se desplazó en silencio a la cocina, donde puso a calentar el agua mientras hurgaba en una pequeña lata con dragones pintados. Sacó el cofrecito y de él

la bolsita llena de semillas. Desmenuzó algunas entre las yemas y aspiró con deleite el aroma amargo antes de espolvorearlo sobre el agua. Apenas notó que comenzaba a hervir, quitó el calderito de las brasas y echó en él las hojas de té. Luego vertió el brebaje en una tetera y eligió la taza de porcelana para su amo. Llevó todo a la sala en una bandeja que depositó a los pies de Julián. Él mantenía los ojos cerrados, y una mueca de dolor deformaba sus hermosas facciones.

—Déjeme ayudar.

Pétalo unió sus masajes a los del propio Julián, hasta que el contacto lo obligó a ceder y se abandonó a las caricias sanadoras. Poco a poco, el dolor intenso fue aminorando, y los efluvios del té apaciguaron la tensión que lo provocaba. Julián cayó en una suerte de sopor liviano, en el que sus pensamientos vagaban sin rumbo, con una extraña molicie. Los problemas acuciantes del día perdieron importancia y su cuerpo dejó de pesarle.

—Me siento mejor —murmuró.

—Así será.

Al percibir que su protector ya no podía ejercer resistencia, Pétalo se despojó de su ropa y trepó a su lado en el sillón. Pegó su cuerpo desnudo al de Julián, gozando del tibio roce, y se frotó contra él. Su cabellera lacia y espesa cubría el pecho del hombre como un velo de seda. Julián murmuraba a veces incoherencias, y los dedos de Pétalo seguían el movimiento de los labios con adoración.

—Mi señor, duerme, que yo velaré tu sueño. Sueño de opio en el que serás feliz para siempre, en manos de tu esclava.



CAPÍTULO 19

Las levas militares, el principal azote de los pobladores en la campaña, constituían un modo de asegurarse electores dóciles. Por más que el gobierno argentino había querido erradicar ese vicio, una y otra vez las contingencias, siempre acuciantes, lo volvían a poner en práctica. Y siempre se pensaba que esa sería la última.

La construcción del foso vino a renovar aquella necesidad, justo cuando ya se había licenciado a la Guardia Nacional. Había que excavar una línea de cuatrocientos kilómetros, con una abertura de dos metros y medio de ancho y una profundidad de ciento setenta y cinco centímetros. La idea era levantar además un parapeto de adobe del lado de adentro, reforzado con la misma tierra excavada, formando una especie de falda cubierta de arbustos espinosos. Y donde el terreno no permitiese cavar, debido a las rocas, se levantarían terraplenes. Semejante obra bastaría para impedir la salida de los rebaños en los malones, así como el paso de las caballadas de repuesto.

Como bien había dicho Alsina, el objeto era convencer al indio de la inutilidad de las invasiones. Al comprender que ya no podrían vivir del pillaje, las tribus aceptarían con resignación la vida civilizada que el gobierno proponía.

Renzo Capri formaba parte de la empresa. Había huido del puerto de Buenos Aires aquella mañana desdichada, y se había internado en la pampa con rumbo incierto. Era muy fácil perderse de vista en las inmensidades de la llanura, cientos de gauchos desertores lo hacían a diario, incluso acababan en las tolderías como agregados. La suerte de Renzo fue la de caer ante un comandante militar que, al verlo deambular, lo increpó acerca de su papeleta y su casa. Al no recibir respuesta que lo conformase, el comandante lo intimó a alistarse, sin otra consideración. Sin saberlo, le había hecho un gran favor. Por otra parte, la paga era buena y puntual, una rareza en esos tiempos. La Comisión de Frontera se había esmerado para que la obra llegara al final en tiempo récord, y consiguió hacer mucho con poco dinero. Disponían de cuatro regimientos, unos ochocientos hombres que, con las consabidas bajas y deserciones, llegaron a ser seiscientos. Por primera vez, la Guardia Nacional era empleada en sementeras en lugar de patriadas. Renzo no veía nada de extraordinario en ello, mientras que sus compañeros se enfurecían al verse reducidos a la indignidad de cavar la tierra como si fuesen topes. ¡Ellos, que solían lanzarse ristra en alto, montando de un salto y en pelo un redomón! El trabajo «de a pie» los rebajaba en su concepción de la valía de un hombre.

—Esto es para gringos —escuchó decir Renzo con desprecio, mientras le lanzaban una ojeada.

Ese abismo entre los jornaleros de Europa, hechos a la vida sedentaria, y los soldados gauchos del país, era más hondo que el propio foso que habían venido a excavar.

Avanzaban a razón de un kilómetro por día. Se distribuyeron las tareas de manera que algunos atendían las necesidades de los superiores, otros se dedicaban a la acción militar y a los servicios del campamento, en tanto que la mayoría se ocupaba de la zanja.

El carácter jovial de Renzo repuntó un poco al cabo de unas cuantas jornadas. La vida militar lo vigorizaba, y como era un hombre que necesitaba del esfuerzo físico, al tiempo comenzó a ser el mismo de siempre. Compartió el fuego del vivac alimentado con bosta seca por las noches, degustó unos mates ante las risotadas de los camaradas, que señalaban sus gestos de repugnancia, y durmió en tiendas de campaña decentes, un lujo tomando en cuenta cómo solía vivir el soldado de la frontera.

El recuerdo de Marieta y su hijo se alejaba, enturbiado por las polvaredas del desierto, y llegó a pensar que nunca había ocurrido aquello, que jamás estuvo enamorado de una ingrata mentirosa hasta perder la razón y convertirse en asesino.

El día en que vio a un indio por primera vez, dejó de ser el Renzo Capri que era y se volvió un criollo más, olvidando sus penurias pasadas.

Sucedió a lo largo de una jornada seca y fría. Soplaba el viento pampero, que curtía las orejas y arrastraba nubes blancas a toda velocidad. A Renzo le tocó integrar una partida de reconocimiento. La noche anterior, en medio de una guitarreada, había hecho buenas migas con un oficial que elogió su destreza, y de ahí la distinción de suspender por un día el trabajo indigno y salir de avanzada.

Los indios, lejos de cejar en sus intentos de traspasar la nueva línea, al contrario, habían redoblado su astucia y su coraje, en una desgarradora muestra de que intuían llegado el fin de sus correrías. Hasta ese momento, Renzo se enteraba de las escaramuzas de oídas; siempre sucedían en puntos alejados de donde él estaba y fuera del estampido de los fusiles o alguna gritería que se desvanecía en el aire, no tenía vivencia alguna de aquella guerra singular.

Eran cinco las columnas que se enviaron desde el gobierno, cada una dirigida a un punto crucial de la nueva frontera. Renzo había caído en la División Oeste a cargo del teniente coronel Freyre, rumbo a Guaminí. Estaba encantado con aquel paraje de colinas arenosas cubiertas de verdor que encerraban pequeñas lagunas en las que abundaban las aves acuáticas. Era una suerte de oasis en el desierto. A los dos días de llegar, ya integraba el ejército de zapadores que comandaba el ingeniero Ébélot. Al saber que era italiano, habían descontado que sabría manejar a la perfección el pico y la pala, dado que casi todos los zapadores que llevaba el francés eran de esa nacionalidad. Hombres rudos y mansos, que cargaban un revólver al cinto por precaución y entonaban canciones lombardas junto al fuego, riendo de las privaciones de esa vida nómada. Renzo se sintió bien pronto a gusto entre ellos, así como entre los soldados de la Guardia Nacional, gauchos avezados en cien batallas.

Marchaba ese día en medio de una partida de cincuenta hombres al trote largo, siguiendo la línea de la nueva frontera hacia el norte, desde donde sabía que otro

cuerpo de ejército avanzaba en dirección contraria.

—Desde el año pasado que se les cortaron los víveres —le comentaba un soldado mientras se emponchaban para conjurar el frío— y ahora quieren volver con los pactos. Si no pueden hacer pillaje, no tienen subsistencia.

—¿Quién es el jefe? —preguntó Renzo, intrigado por ese mundo tan distinto al de la ciudad donde había vivido.

—Ahora es Namuncurá, pero se dice que hay un triunvirato indio, con Alvarito Reumay y Bernardo Namuncurá.

—¡Cómo! ¿Y el otro?

—El principal se llama Manuel Namuncurá. No hay que fiarse de ninguno, son felones y traidores.

—¿Y por qué pactan con ellos, entonces?

—Para darse tiempo. Y porque no queda otra, gringo, cuando se quiere mantener a raya los malones. Vieras lo que es venirse de frente toda la indiada... Malhaya... Dicen que el coronel Levalle es el encargado de los tratados en esta ocasión.

Impresionado, Renzo guardó silencio. Rumiaba esa información que le mostraba un mundo descarnado en el que la frontera separaba a dos culturas enfrentadas durante siglos. Solo una de ellas sobreviviría.

Avanzaron entre médanos que la zanja debía esquivar, pues allí la línea se desvanecería con el viento y el tiempo, y rodearon lagunas en las que los cisnes de cuello negro se deslizaban, ignorantes del drama que se desarrollaba en torno. El foso debía circunvalar esas lagunas, dejarlas adentro de la línea, para escatimar a los indios las aguadas. Sin ese soporte, la caballada no soportaría la dura travesía del desierto.

Renzo contempló el vuelo de una bandada de flamencos rosados como flores sobre el azul del horizonte. Qué estampa bella... Un entrevero, disparos de mosquetes, y las lagunas quedarían vacías en un santiamén. Así de frágil era la vida silvestre.

—¡Allá! —le señaló su compañero.

Un venado los observaba a la distancia, inmóvil. Su ojo seguía atento la marcha, presto para huir. Los hombres no se mosqueaban por esa presa volátil, ni por las liebres que saltaban entre las altas hierbas. Lo que los motivó fue la aparición de un avestruz macho con una ristra de polluelos. Como respondiendo a una orden, varios se separaron del grupo sin que el oficial que los guiaba tomase eso como insubordinación y, revoleando las boleadoras, salieron al galope. El macho huyó de prisa, abandonando a su prole, que fue capturada entre gritos de júbilo. Renzo nunca había probado aquella carne que tanta algarabía provocaba.

—Para chuparse los dedos —le vaticinó su camarada, que había sido de la partida.

Con lasavecillas cargadas en la montura, siguieron su misión de reconocimiento y demostración de fuerza, ya que los indios siempre espiaban, y era bueno que

supieran que los cristianos no les temían. Pisaban un terreno aún no trabajado por la zapa, por donde pasaría la línea a medida que los distintos cuerpos de ejército se encontrasen. Había que ser minucioso en la construcción para no dejar blancos. El indio era hábil para introducirse allí donde la barrera ofrecía debilidades, y si bien no podría entrar con una gran horda debido a la presencia de las divisiones militares, tal vez se las ingeniaría para robar algo de ganado en las estancias más próximas.

El sol ya estaba bien alto cuando arribaron a un promontorio llamativo por la disposición de los médanos. Los había de diferentes alturas, y uno muy pequeño que permanecía bajo la sombra de los otros, como si estuviese protegido por ellos. El oficial a cargo dio la orden de desmontar, previa indicación a la escolta para que hiciese la guardia. Se aproximaron al conjunto de médanos en medio de fuertes vientos huracanados, y atisbaron en el interior del círculo. Las nubes corrían sobre sus cabezas y la arena se les metía en los ojos, pero la curiosidad del hallazgo los mantenía expectantes. Aquellos médanos ejercían una atracción irresistible. Renzo escuchó decir a los principales que tal vez fuese un cementerio indio, pero que también podía ser un indicio del lugar donde se encontrarían las tribus para atacar el fuerte. Los médanos eran un mojón en la inmensa llanura. Un baqueano de la tribu de Rondeau, que los acompañaba, sorprendió a todos con grandes gestos de conmoción. Renzo pudo ver que el hombre que él había tomado por paisano era en realidad un indio, piel de cobre y pelambre hirsuta que mantenía bajo el chambergo. Era ya mayor, y sus huesos se veían deformados, pero conservaba la vista y la intuición que servían al ejército. El oficial se apresuró a parlamentar con Pedrito, que así lo llamaban, y luego comenzó a gesticular también, presa del entusiasmo. Todos quedaron atónitos ante lo que el indio y el oficial señalaban: del médano pequeño sobresalía, obra sin duda del viento constante, un trozo de madera oscura. Renzo y otros zapadores fueron llamados para excavar en la arena, y al cabo de mínimos esfuerzos, dado lo superficial del tesoro, sacaron a la luz un tablón de madera trabajada con tosquedad y tras varias paladas más, otro tablón de similar talla. Sin duda preveían encontrar el cofre de algún viajero, de ahí el ímpetu con que cavaban. El hallazgo fue más extraordinario aún: bajo las sucesivas capas de madera y arena, aparecieron restos mortales. Pedrito cayó de rodillas y dio tremendos gritos, que sobrevolaron los médanos y se perdieron en el torbellino ventoso del desierto.

Renzo se detuvo, anonadado.

En la primera capa había huesos secos de caballo, como se comprobaba por el cráneo y los cabezales de plata; luego, huesos humanos vestidos con uniforme de general polvoriento y raído, acompañados por dos espadas rotas y los restos de una dragona de oro. El difunto debía de ser alguien de importancia, a juzgar por la veintena de botellas de anís, caña, pulque y licor de manzana bien selladas, que completaban la escena junto a unas botas de potro de calidad, aunque ya deterioradas. Los soldados se apoderaron con irreverencia de las botellas y las descorcharon con los facones, a fin de dar cuenta del precioso líquido, cuando Pedrito comenzó a aullar

como un loco. A más de uno debió de atragantársele el licor en el gizonte ante tamaña muestra de consternación.

—¡Calfucurá! —fue el grito que congeló a todos los presentes.

El oficial tomó algunas de las prendas desenterradas y comenzó a mirarlas con detenimiento. En efecto, en la cabezada de plata se leía, pese a la corrosión de la arena, las palabras: *cacique Calfucurá, 1873*.

Renzo no tenía idea de la dimensión del hallazgo. Para él era una tumba, y de muy mal gusto; sin embargo, toda la soldadesca comenzó a persignarse y a comentar entre sí.

—Amigo, hay que joderse... —le dijo por lo bajo el soldado de antes—. Quién iba a decir que hallaríamos nosotros, que no somos nadie, la tumba del más grande jefe de las tribus del desierto. Dios nos guarde de su alma, que debe de andar penando.

Renzo se persignó también, impactado por las palabras del compañero.

El oficial se apropió del cráneo del difunto, lo envolvió en una manta de caballo y lo colgó de la montura como si fuese una pieza de caza. Luego, ordenó que limpiaran el sitio y no dejasen nada que pudiese revelar a los indios que habían profanado la tumba del León del Desierto.

Volvieron cabizbajos. Pese a la importancia del tesoro, todos llevaban en el pecho el peso de haber visto reducido a polvo al que tuvo en jaque por años a las poblaciones de la frontera. Cientos de cartas había cursado Calfucurá a las autoridades, nacionales y provinciales, incluso al obispo de Buenos Aires, y más de un cristiano se había sentado a su lado en la mesa de negociaciones. Su muerte estuvo rodeada de misterio. Y ahora, ese misterio quedaba en un montón de huesos, como los de cualquier mortal. Renzo no podía comprender el significado del hallazgo, él no había vivido con el Jesús en la boca ante el estruendo de los malones que hacían retremblar la tierra y bañaban de sangre la luz de la mañana, ni había enfrentado nunca la lanza emplumada de un salvaje dirigida al pecho con certera puntería; tampoco había sentido la mirada fiera del bárbaro que, aun en la muerte, seguía destilando odio hacia el que le quitaba su mundo y su vida libre. Renzo nunca había visto a un indio hasta ese día y sin saberlo él, se cumplió la sentencia que escuchó después tantas veces:

—El mejor indio es el indio muerto.

Violeta se sentó en la cama, consternada. El sueño había sido tan vívido como incomprendible. Soñó con un lugar inhóspito, barrido por los vientos, y cielos surcados por cientos de aves de bello plumaje. La serenidad del paisaje se vio conmovida por unos hombres de a caballo que dejaron marcas profundas en la arena calcinada por el sol. Sol arriba y sol abajo, y un lúgubre lamento que se extendía por encima de todo. Ella se sentía prisionera del sueño, no podía dejar de ver algo que no

deseaba contemplar. Se removió en la cama, angustiada, y fue en vano: aquello que se le ocultaba emergió detrás de un enorme médano: un jinete fantasmal, armado con lanza y montando un parejero formidable. No tenía rasgos definidos, solo los ojos como llamas que parecían horadar cuanto miraban. Violeta no quería que esos ojos la vieran y se tapó la cara con las manos, gimiendo. En ese momento despertó, pero el sueño le mostró el instante en que la cabeza del jinete rodaba en la arena y una voz de ultratumba murmuraba en el viento: «malditos».

Saltó del lecho y llamó a Dalila, que roncaba junto al umbral de su cuarto. La mulata se dio la vuelta y renovó el ronquido. Desesperada por la horrible sensación que había acompañado al sueño, Violeta se arrebujó en un chal y bajó las escaleras del edificio. Manu había tomado la costumbre de dormir en el zaguán de la pensión, así que sabía que lo encontraría allí.

—Manu... ¡Manu! —susurró a través de la rendija del portón.

El joven estuvo en un santiamén a su lado.

—¿Qué hay, qué pasa?

—Manu, tuve un sueño terrible, tengo miedo.

Él conocía ese extraño don de su amiga, que no lo turbaba en absoluto. Criado en una tierra sembrada de leyendas, convivía con la magia y las supersticiones con total naturalidad. Abrió los brazos y Violeta se refugió en ellos, temblando. Su cuerpo tibio por las cobijas le calentó el pecho. Apoyó su barbilla rasposa sobre la coronilla de la joven y la meció con ternura. Poco a poco, la respiración agitada de Violeta se fue calmando, y ella estuvo en condiciones de contarle todo, como hacía siempre.

Se sentaron uno junto al otro en el umbral del zaguán.

—Vi un desierto de arena —le dijo en voz muy queda— y hombres de a caballo que lo recorrían. De pronto, escuché una especie de grito y vi un fantasma.

—Un *póra* —aclaró Manu, en lengua guaraní.

—Sí, era muy raro, era un indio, Manu.

Dado que en el litoral abundaban los indios, a Manu no le extrañó, hasta que Violeta le dijo:

—Era Calfucurá.

—¿Cómo lo sabes?

—Porque lo dijo el viento. Y él estaba muerto, Manu, aunque no del todo, su espíritu anida en el desierto.

Manu permaneció callado, aceptando esa realidad inverosímil con tranquilidad. Los espíritus moraban entre los vivos, era sabido, y si un gran cacique como Calfucurá aún permanecía entre los suyos, era porque algo estaba a punto de suceder.

Fuese lo que fuese, Violeta estaría a salvo con él. Se lo había jurado a su padre cuando solo era un muchachito de quince años, y se lo juró a sí mismo al volverse hombre. Daría la vida por ella si se presentase la necesidad, aunque en su fuero interno deseaba vivirla junto a ella hasta que Dios y la Virgen lo dispusiesen.

Había algo, sin embargo, que Violeta no dijo: en el sueño aparecía el rostro de Manu bajo el tinte rojizo de la sangre, rodeado de hombres y tironeado por todos, como si fuese un títere. El sol castigaba sin piedad su cuerpo, y el jinete fantasma ordenaba que se lo llevasen muy lejos, adonde nadie jamás pudiese encontrarlo. En ese sueño tremebundo, la sensación de soledad había sido muy honda.

—Te mostraré algo —dijo Manu, para distraerla de los pensamientos perturbadores.

—¿Un secreto?

—Sí.

—Ya me parecía que me guardabas secretos, Manu. Estás misterioso en los últimos tiempos.

Recuperada su vitalidad, Violeta lo encaraba con una sonrisa traviesa que marcaba hoyuelos en sus mejillas. Manu la instó a guardar silencio y la condujo de la mano hacia la calle.

—¿Adónde vamos? Es de noche.

Él la arrastraba cada vez más rápido, deseoso de sorprenderla con ese secreto que le había costado tanto mantener. La hizo entrar en la tienda a hurtadillas, pues el tendero dormía en los fondos del edificio, y le indicó que mirara bajo la escalera. Levantó con reverencia la punta de una frazada y ofreció a su amiga la vista de un ovillo de pelo que subía y bajaba, acompasado al ritmo de la respiración.

Violeta soltó un gritito y juntó las manos, extasiada.

—¡Un perrito!

—Shhh... Tómalo, para que conozca tu olor. Es Huentru, mi nuevo amigo.

—Huentru... —murmuró ella con amor, y sostuvo al cachorrito junto a su pecho, bajo el abrigo del chal.

—Manu, es hermoso. ¿Cómo no me lo habías dicho?

—Te lo estoy diciendo.

—¿Lo encontraste tirado?

Manu ocultó parte de la verdad.

—Me lo dio una persona que no podía conservarlo, dice que es buen perro para el gaucho.

Ella rio con ganas.

—Tendrás que ser gaucho, entonces. Yo te ayudaré.

—Dejémoslo dormir, que hace frío. Ven, vamos de vuelta a la casa o Dalila me arrancará el pellejo.

—Y lo freirá para hacer chicharrones, ya me lo dijo.

Salieron de manera tan furtiva como habían entrado, y corrieron de la mano hasta el umbral del pensionado. Violeta se colgó del cuello de su amigo.

—Mañana quiero volver a verlo —reclamó.

—Está bien, cuando yo me desocupe.

—¿Y por qué no lo dejas conmigo mientras estás ocupado? Lo cuidaremos bien, y allá arriba estará más calentito.

Manu sopesó la oferta. Le costaba desprenderse de Huentru aunque fuese por un rato, pero no podía negarle nada a Violeta.

—Está bien, mañana te lo traigo. ¡Y cuidado con que Dalila o la vieja lo saquen a la calle!

—¡Manu!

—Ya sabes —le dijo, enfurruñado.

Se refería a Lucero, la asturiana, que lo miraba torcido.

—Promesa de amigos —dijo Violeta con solemnidad, poniendo la mano de él sobre la abertura del camisón, que dejaba ver una porción de piel sedosa.

Manu suspiró.

—Hasta mañana.

—Hasta mañana, Manu —y echó a correr, mientras él permanecía atento a que los pasos se perdieran en lo alto de la escalera.

Brunilda volvió aquella tarde del taller y se dirigió a la cocina en procura de unos cirios para el altarcito que había hecho a la Virgen en el nicho de la pared. Muy pronto sería la peregrinación de la Semana Santa, y quería venerarla como acostumbraba junto a Filipa y Pasquale. Encontró a la servidumbre revolucionada.

—¿Qué sucede? —interrogó a Dulcinea, que no bien llegó se puso un delantal y metió sus morenas manos en un bollo de harina.

—Qué va a ser... La visita, que se aparece sin aviso —replicó la muchachita sin siquiera mirarla.

Brunilda tomó las velas y salió, embargada por la curiosidad. En puntillas atravesó el gran patio que separaba las dependencias de servicio de las partes nobles, y atisbó tras el cortinado. La casa estaba en silencio, sin rastro de visitantes. Avanzó pegada al grueso paño que la amparaba, y se encontró en la biblioteca del señor. Aquella habitación era poco frecuentada, con don Armando establecido en la estancia. A menudo escuchaba a las sirvientas quejarse de tener que sacudir el polvo de un sitio que no se usaba. Envalentonada por la seguridad de que estaría vacía, Brunilda dio dos pasos fuera de la cortina y se encontró frente a una espalda erguida y a una cabellera gloriosa sujeta por un broche de perlas.

—Perdón —musitó, sin atinar a huir por donde había venido.

Violeta se volvió con presteza y le obsequió una sonrisa deslumbrante.

—Hola. Disculpa si te asusté. Estaba eligiendo un libro de grabados —y con llaneza le señaló un grueso tomo que sobresalía de uno de los estantes más altos.

—No alcanzo hasta ahí, y no quise molestar a nadie. ¿Podrías bajármelo, por favor?

Brunilda levantó la vista y luego contempló el semblante agraciado de la joven. Era la candidata del señorito. Contuvo su antipatía y se alzó de puntillas para tomar el libro. Su altura le permitía hacerlo sin dificultad.

—¡Gracias! Llegaste cuando más lo necesitaba. Algún día yo seré alta también, espero.

El comentario infantil sorprendió a Brunilda y no supo qué hacer, si desaparecer de la vista de aquella damita o permanecer a su servicio, como quizá esperaba ella.

—Ven, siéntate —la sorprendió Violeta, al hacerle lugar en el trono de pana—. Te mostraré.

La joven abrió el libraco sobre las rodillas de ambas con familiaridad, y comenzó a hojear con interés las páginas. Parecía estar segura de lo que buscaba. Casi sin respirar, Brunilda la miraba de reojo y se extrañaba de su comportamiento tan poco formal. A pesar de haber vivido toda su vida en el campo, conocía las maneras de la gente de alcurnia, y en su breve estadía en la ciudad, las distancias entre la buena sociedad de los patrones y el resto se habían vuelto más marcadas para ella. La joven de los ojos violetas, sin embargo, parecía no estar enterada de eso.

—Acá está —exclamó, y le mostró una lámina donde unas cigüeñas sobrevolaban las chimeneas de un castillo—. Quería dibujarlas, y hasta ahora no vi ninguna. Allá en mi casa hay muchas, de diferentes tamaños, pero aquí...

Parecía ensimismada, ajena a la situación en que colocaba a Brunilda. Si doña Inés las viese...

—¿Qué dice? —soltó de pronto Violeta con un gritito—. ¡Si es el nombre de Julián!

A Brunilda se le saltó un latido cuando escuchó que la hermosa joven nombraba con tanta confianza al señorito.

—¡No lo sabía! —continuó exclamando—. A él también le gusta dibujar, y lo hace muy bien, mucho mejor que yo.

Brunilda contempló el grabado donde las aves adelantaban el cuello en pos de la lejanía; casi podía verlas volando en ese cielo ceniciento. Estaban muy bien dibujadas, era cierto. Y de golpe, recordó que el señorito había tomado el carboncillo para completar su diseño del vestido. En dos trazos había logrado una transformación absoluta.

—Sí —se escuchó decir—. Dibuja como un maestro.

—¿Lo sabías, entonces?

Brunilda creyó entrever un reproche en esa pregunta, encontraría sospechoso que una huérfana recogida supiese más que ella de su prometido.

—Tal vez al señor le incomoda relatar sus virtudes.

Las palabras mantuvieron a Violeta en silencio. Los ojos de matiz violáceo horadaron los negros de Brunilda como si desenterraran de ellos un secreto.

—Pero no le incomodó contártelas a ti —repuso, y agregó—. Son espíritus afines.

Brunilda no se esperaba ese comentario. Estaba dispuesta a replicar con dureza a cualquier afirmación de la joven que resultase injuriosa y aquella, dicha con plácida complacencia, no entraba en ninguna categoría que ella pudiese asimilar. Lo que siguió la desconcertó aún más:

—Brunilda. Porque así te llamas, ¿no es cierto? Voy a decirte un secreto: yo veo cosas que otros no ven, no sé por qué me sucede, ni para qué me sirve. Es algo que nace acá al principio —y la joven se tocó la sien— y luego se instala acá —y puso su mano blanca sobre el pecho—, tan fuerte como una certeza. Julián lo sabe, aunque no estoy segura de que lo haya entendido. Como él se preocupa por ti —y esta nueva afirmación provocó un sobresalto en Brunilda— quiero advertirte lo que estoy viendo. Él tiene una tristeza muy honda que nadie conoce y le impide ser feliz, lo mismo que te sucede a ti.

Brunilda se echó hacia atrás.

—¿Cómo sabe lo que me sucede?

—Por esto que te digo, de los pensamientos que no me dejan. Si yo supiese dibujar tan bien como el doctor Zaldívar, los dibujaría a ambos con un hueco en el corazón, un hueco que ansía ser llenado.

Era una conversación inverosímil que Brunilda no se sentía autorizada a mantener. Después de todo, ¿no era esa niña atrevida la que coqueteaba con el señorito? Y por la manera en que doña Inés se comportaba cuando ella los visitaba, debía de contar con la aquiescencia de la futura suegra. Brunilda descontaba que el vestido que le había encargado Julián era para la pequeña dama que tenía enfrente.

—No creo que a su novio le complazca que me dibuje junto a él —le dijo, despechada.

—¿Mi novio? ¡No tengo novio! —Y Violeta se echó a reír, divertida.

Luego, abrió mucho la boca y se la cubrió con una mano, como si temiese soltar otra carcajada.

—¡Creíste que Julián y yo... éramos novios!

El rubor tiñó las mejillas sedosas de Brunilda, que se sintió torpe otra vez, descubierta en su falta de roce, burlada por el capricho de una dama de la sociedad.

—Disculpe —dijo, y se levantó con cuidado, para no tirar el libro.

—¡No! Ven, hablemos, Brunilda, me gustas. Eres buena, no como otras mujeres que disimulan sus sentimientos. Yo no soy la novia de nadie, ni quiero serlo. Me falta recorrer mucho mundo todavía. Mi mamá me envió a la ciudad para formarme el criterio, quizá esperando que vuelva hecha una señorita casadera, pero mi intención al venir aquí fue otra, yo quiero aprender las cosas que no se les enseña a las mujeres. Me entiendes, ¿verdad?

Brunilda se sentó de nuevo, hechizada por el modo sencillo y dulce de la joven. Saber que no poseía la intención de conquistar al señorito le había quitado un peso de encima, ignoraba por qué, y no tenía tiempo de analizarlo en ese instante. Dejó que Violeta posara su mano sobre la de ella, más áspera.

—También tú tienes un propósito, lo leo en tus ojos. No sé cuál es, pero tu mirada es decidida. El mío es conocer lugares lejanos donde se hablen otras lenguas y se practiquen costumbres raras. Dicen que en algunos países del Oriente hay aves de plumaje y canto misterioso. Lo vi en los libros de esta biblioteca —y su brazo abarcó los estantes que las rodeaban— gracias a la generosidad de Julián Zaldívar, que me la presta. ¿Sabías que he venido todas las semanas? Nunca te vi hasta hoy.

—Bueno... Es que yo asisto a un taller de costura durante el día.

—¿En verdad? ¡Es maravilloso, Brunilda! —Y sin permiso le tomó ambas manos para mirarlas con detenimiento—. Manos de hada, dedos largos y delicados. He ahí tu propósito, ahora lo sé.

Brunilda escondió sus manos, avergonzada de la aspereza de sus callos. Había ordeñado vacas con esas manos, además de empuñar la aguja.

—Eres muy bella —le dijo Violeta con abierta admiración— pero no quieres que eso se sepa. ¿Por qué?

Conversar con aquella criatura que parecía descubrirlo todo antes de que ella misma lo advirtiese, la estaba poniendo nerviosa. Brunilda se había acostumbrado tanto a guardar en su interior lo que sentía, que ya ni encontraba las palabras adecuadas para expresarlo.

Poco a poco, lo que su voz no decía comenzó a brotarle por los ojos, y gruesas lágrimas los empañaron, ante su horrorizada comprensión. ¡Iba a llorar delante de una desconocida y jamás podría explicarle la razón! Aquello no fue obstáculo para la joven que, al parecer, no necesitaba de las palabras. Violeta la atrajo hacia ella y la abrazó, conteniendo el llanto de Brunilda en sus hombros.

—Pobre niña —murmuró, como lo haría con una pequeña—. Lloro, que las lágrimas no derramadas te están quemando por dentro. Lloro, Brunilda, y un día ya no llorarás más.

Permanecieron así, en esa posición, hasta que el llanto cesó y Brunilda, aliviada de un modo extraño, comenzó a desgranar su vida entera ante esa joven de la que apenas conocía el nombre de pila.

Le habló de su infancia en la isla de Hvar, de cómo acompañaba a veces a su padre en la barca que navegaba las aguas del Adriático, y del recuerdo borroso que le había legado su joven y rubia madre, que la llevaba a recoger ramitos de lavanda para perfumar los cajones. Brunilda era entonces una niñita sorprendida y asustada ante la ausencia repentina de la madre y el llanto de su padre. Unos paisanos la llevaron a visitar un montículo bajo la lavanda, en el que había dos cruces, una más pequeña que la otra. Allí la obligaron a rezar y a besar las cruces, diciéndole que debía ser buena y acompañar a su padre, que se había quedado solo en esta vida. Tiempo después, supo que aquella colina violácea ocultaba los cuerpos de su madre y del bebé que le causó la muerte. Fue a partir de entonces que Brunilda se tornó silenciosa. Y su padre, cada día más desdichado. El cabello de lino de la niña le recordaba a la esposa muerta, y no podía verla sin ahogarse en la bebida. Ya no pescaba como antes, volvía con las

redes vacías y pronto hubo que asistirlo con la caridad de los vecinos, hasta que una noche borrascosa Brunilda lo aguardó en vano, sentada en el umbral de la pequeña casa a oscuras. El amanecer la encontró dormida y hecha un ovillo, y la noticia que los piadosos vecinos le llevaron no le provocó más tristeza que la que ya tenía. Su padre nunca había sido un hombre demostrativo, y desde la desgracia se había tornado más distante y hasta colérico. Brunilda vivió un tiempo de casa en casa, sintiéndose como un bulto molesto, hasta que Pasquale, un italiano que visitaba a sus parientes en la isla, supo de ella y quiso verla. No bien se encontró con aquellos ojos azules bondadosos, la niña se sintió tocada en el corazón, en especial mientras la vecina que la albergaba le armaba un lío de ropa y le decía: «Has tenido suerte, serás la hija adorada de una gente buena y trabajadora a la que Dios no dio hijos para querer». Volvió a navegar el Adriático, un largo viaje en el que conoció la lengua que luego fue la suya y en el que aquel hombre bondadoso le mostró retratos de la que sería su madre adoptiva. Filipa la recibió con los brazos abiertos en la casa de los olivares. Jamás olvidaría Brunilda el abrazo que ahogó sus penas entonces. Fueron los mejores años de su vida. El rincón de los Marconi era un vergel, con su casa de tejas destacándose en la huerta como una cáscara de huevo. Brunilda aprendió a cavar sementeras, a espolvorear semillas cantando para que la cosecha saliese buena, a vigilar los vástagos que sostenían los primeros brotes, a espantar a las aves codiciosas y, sobre todo, a prodigar besos y abrazos. Filipa no se cansaba de decirle cuánto la quería y qué generosa había sido la Virgen al traerla desde la otra orilla. Le enseñó a coser y a bordar con primor, previendo la necesidad que podría tener cuando se hiciese una mujer de provecho. Llegó un día en que esa dicha comenzó a empañarse con los problemas que arrojaba Pasquale sobre la mesa. A sus pocos años, Brunilda entendió que la plata no alcanzaba, el trabajo mermaba, la quinta de verduras no bastaba y ya no cantaban ni reían como antes en el hogar de los Marconi. Acostumbrada a percibir los cambios, la niña supo que los días de bonanza tocaban a su fin y no se alarmó cuando armaron petates y abordaron otro barco, más grande que los que ella conocía, para emprender una travesía más turbulenta que las otras.

Aun en medio de la tristeza, Filipa la abrazaba y le decía: *Non avere paura, figlia mia. Noi rimarremo tutti insieme e Dio provvedrà.*

Al cabo del relato, Violeta abrió mucho los ojos cuando supo del ataque que sufrieron los Marconi en el Tandil. Ella solo conocía la guerra como cosa de soldados, nunca había visto una horda de asesinos abalanzándose sobre gente indefensa, y ese hecho le caldeó la sangre.

—¿Cómo pudieron permitir semejante crimen? —exclamó—. ¿Qué hizo el gobierno?

Brunilda la miró con tristeza.

—Los jueces buscaron a los culpables, pero solo hallaron a los brazos armados, nunca a los instigadores.

—¿Y quién pudo haber instigado esa atrocidad?

—Hablaban de un Tata Dios, un hombre que profetizaba el fin del mundo. Al parecer, nos creyeron culpables de ese final.

—¿Dónde está ese hombre ahora?

—Hay rumores de que murió asesinado en la cárcel mientras esperaba la condena, no sé si son ciertos. Hace mucho ya, nadie lo recordará.

—Voy a preguntarle a mi padrino —aseveró Violeta, refiriéndose al hacendado Rete Iriarte que la había criado como a una hija—. Él sabe todo lo que ocurre. ¿Y luego, qué pasó?

Lo que seguía era difícil de contar. Brunilda bajó la cabeza y se miró las manos, turbada.

—Esos hombres te persiguieron —dijo entonces Violeta con aire convencido— y te alcanzaron.

Los ojos de Brunilda se clavaron en los de ella con infinita tristeza. En cierto modo, era mejor que la joven supiese traducir con sus propias palabras lo que ella jamás habría revelado.

—¿Y quién te salvó, Brunilda? ¿Quién te curó las heridas? ¿Julián?

—Su padre. En su campo viví hasta que el señorito me trajo aquí. Pero hay algo que usted no sabe, algo que ni la Virgen me podrá perdonar.

—¿Qué cosa? ¿Qué puede ser tan terrible, Brunilda?

—Yo maté a ese hombre.



CAPÍTULO 20

El día de Jueves Santo se presentó nublado y frío, acentuando la tristeza presagiada por la Cuaresma. Las mujeres de la casa Zaldívar salieron a visitar las iglesias al atardecer, según el rito acostumbrado. Cuando las campanadas de rigor atravesaron la bruma otoñal y convocaron a los pobladores a mostrar su piedad en la peregrinación, comenzaron a desfilar los apellidos más rimbombantes de la ciudad: los Anchorena, los Ocampo, los Lima y Atucha, Casares, Alvear y Mansilla, Elortondo, Unzué... todos ellos enfundados en trajes suntuosos, tocadas las cabezas de las matronas con mantillas, conspicuos los rostros masculinos. Las damas más conservadoras llevaban una peineta envuelta en gasa negra, en tanto que otras seguían la influencia extranjera y lucían galas coloridas que habían preparado con anticipación, en vistas a ese día. Junto con la servidumbre se entremezclaba la parte más baja de la población, y las calles se pusieron en movimiento.

Los altares levantados entre velas que los transeúntes encendían al paso, y las tallas rústicas ante las que se postraban los humildes antes de llegar al templo, componían un retablo sencillo y emotivo. Los mendicantes aprovechaban la caridad de los pudientes en esos días santos, y más de una vez la pequeña procesión de doña Inés y sus criadas fue interrumpida por las ofrendas de indulgencias.

Brunilda iba de prestado. Llevaba una mantilla gris que dejaba traslucir las mechas doradas de su cabello, y un chal negro que Evelyn le consiguió entre la ropa que solían donar a las Hermanas de Caridad. Otras damas jóvenes lucían sus encantos como si fuese una fiesta: vestidos de terciopelo, peinetas de brillantes, alhajas y abanicos que con delicioso chasquido atraían hacia ellas las miradas varoniles. Los hombres las devoraban con los ojos en lugar de entonar himnos sagrados o murmurar rezos. Las muy coquetas lo sabían, y sus miradas decían lo que el gesto devoto ocultaba.

Al llegar a la Catedral, de donde partiría el recorrido de las siete iglesias, Brunilda miró hacia arriba, impresionada por las columnas que la asemejaban a un templo griego. Doce, como los apóstoles de Jesús. El frontispicio lucía un bajorrelieve con la escena del encuentro entre Jacob y su hijo José. La Señora de la Paz le dirigía una mirada compasiva a su derecha, y Brunilda depositó a sus pies una flor oculta en los pliegues de su chal. La nave central conducía hacia un altar refulgente bajo las arañas de cristal donadas por Pierre Benoît. A través de los vitrales la luz se difundía en el humo del incienso, creando una atmósfera mágica y turbia. Brunilda tosió con disimulo. Se arrodilló ante la efigie policromada del Cristo doliente, que cruzaba sus manos huesudas sobre los cordones de seda de su túnica. Aquellas imágenes cobraban vida ante sus ojos, tocaban la fibra íntima que Filipa había sabido despertar en ella, la piedad infinita de las plegarias dirigidas al Altísimo con el corazón puro y bien dispuesto. Nunca como esa vez había sentido Brunilda la necesidad de limpiar

su corazón. La confesión dicha a Violeta había desencadenado en ella un torbellino de culpa, arrepentimiento y desesperación, como si al verter en palabras aquellos hechos de su pasado necesitase el perdón divino con urgencia. Ya no podía esperar, se debatía entre el miedo al castigo y la necesidad de expiarlo con rapidez, fuese cual fuese la penitencia.

—Levántate —murmuró Evelyn junto a ella.

La señora Durand avanzaba por la nave rumbo al sitio acostumbrado. Educada en la severidad del culto protestante, doña Inés no era proclive a rezar a los Santos ni a la Virgen, aunque por respeto a su esposo había enseñado al hijo la liturgia católica.

Las autoridades, engalanadas con sus atavíos de poder, habían ocupado el sitial que su rango exigía y rezaban o aparentaban hacerlo. Brunilda y las muchachas del servicio permanecieron confundidas entre la muchedumbre que formaba un coro de murmullos. Evelyn pretendía marcar diferencia con ellas dando cortos pasos hacia adelante cada vez que el sacerdote retomaba su monserga.

El sermón comenzó con una advertencia a los varones:

—Dejad que vuestras esposas concurren a misa.

La voz del obispo sonaba dura, y sus ecos admonitorios reverberaban en los rincones pulidos de la iglesia. Brunilda dedujo que allí, en la ciudad, los hombres serían reticentes a cumplir con el ritual debido, ya que ella había visto a Pasquale rezar de rodillas como un niño, y jamás se le habría ocurrido prohibirle a Filipa que hiciera otro tanto. Antes de viajar a las Américas, los tres arrojaron flores sobre la Señora de los Milagros, que pasaba en procesión bajo el viejo puente del Tíber, en una endeble barcaza zarandeada por las aguas.

Los latines se acoplaron a los himnos y Brunilda se dejó acunar mientras su mirada se deslizaba sobre los arcos abovedados y los capiteles de las columnas, de las que pendían como trofeos de guerra estandartes desgarrados. Un rayo dorado atravesó de pronto la nave y ella elevó su cabeza. La mantilla resbaló, y así como era imposible no reparar en el color del maíz bajo el sol de enero, fue imposible para Julián no sentirse atraído por el contraste de ese cabello con el ropaje oscuro. Desde el lado opuesto, confundido entre las numerosas levitas, pudo observarla con descaro. Le recordó a una de las vestales del templo, doncellas que disimulaban sus encantos prohibidos bajo los pliegues de sus túnicas. Brunilda Marconi ocultaba su belleza afeándola con ropas burdas. ¡Y amaba la costura y el diseño! Era una incongruencia que lo irritaba. ¿Sería ella capaz de encender el fuego que ya no ardía en su corazón? Una imagen inoportuna de Brunilda en la cocina de El Duraznillo, envuelta en el calor de las llamas del hogar, le produjo una reacción que lo obligó a mirar en derredor, incómodo. Al volver sus ojos hacia ella, observó que se había cubierto de nuevo, avergonzada por el desliz. Tanta timidez despertó en él una oleada de fastidio. Después de todo, era una huérfana que había sobrevivido a un ataque en las sierras y supo amoldarse a la vida de trabajo en la estancia. Ignoraba su edad, aunque la suponía mayor que Violeta, que mentía con descarada facilidad sus años. La joven

Garmendia estaba en la iglesia junto a Celina Bunge, que con su dignidad mantenía a raya a los atrevidos que osaban acercarse a su protegida. Julián contempló divertido el ruedo de admiradores en torno a Violeta. Esa niña había conquistado su naturaleza protectora, la veía como a una hermana y sentía la necesidad de ocuparse de su bienestar, aunque nadie se lo había pedido. Miró de nuevo hacia Brunilda y la descubrió rezando con los ojos cerrados y apretando en las manos un rosario. Esa actitud lo desconcertó. La mayoría de las muchachas porteñas acudían a misa para ver y ser vistas, más allá de sus creencias. La iglesia se convertía así en un teatro de románticos cortejos, que podían realizarse a la vista de todos sin pecar de atrevimiento. Brunilda mostraba auténtica devoción, ajena a la coquetería que se desplegaba a su lado. Su corazón no tenía cabida para nada que no fuese el objeto de su plegaria. Intrigado por saber más de aquella mujer fascinante cuya naturaleza se le ofrecía y se le negaba a la vez, Julián se desplazó hacia el centro de la nave, alfombrada de rojo y dividida por sendas hileras de sillas. A nadie sorprendería que buscara un sitio más aireado para seguir el réquiem.

Vio a su madre erguida bajo la mantilla, su perfil distinguido recortado por la luz azulada del vitral, mirando fijo hacia el altar consagrado donde una cortina negra representaba el luto de la cristiandad. Su madre, lo sabía bien, detestaba esas muestras de aflicción que juzgaba superchería. De ahí la rigidez de sus facciones aristocráticas. Lo que ignoraba Julián era que por la mente de la señora Durand pasaban raudas las imágenes de otras Pascuas, en las que el esposo había acudido a Buenos Aires para pernoctar en la Casa de Ejercicios, como acostumbraba su familia española. Se preguntaba a qué se debería que esa vez se mantuviese tan alejado de la liturgia.

—¿Aburrido? —susurró con insidioso tono Francisco Balcarce sobre su hombro.

Sin volverse, Julián respondió entre dientes.

—Para nada, estoy viendo algo interesante.

El amigo observó en torno, tratando de que su esposa no advirtiese la herejía de comentar durante el responso.

—No la veo. ¿Dónde está?

Ambos contuvieron la risa con habilidad desarrollada a lo largo de los años. Eran compinches de larga data, se conocían hasta en los gestos más íntimos y les resultaba imposible disimular entre ellos.

—A tu derecha, justo detrás de Evelyn, la doncella de mi madre.

Francisco aguzó la mirada bajo sus párpados gruesos y alcanzó la figura sombría de Brunilda. Su varonil experiencia supo distinguir, pese a lo adusto del ropaje y la austeridad de la expresión, una belleza escondida.

—Es hermosa.

Julián asintió, satisfecho.

—Sabía que te gustaría.

—¿Es la mujer que tomaste bajo tu protección?

Elizabeth había hablado. Era lógico, ella anhelaba para él una vida familiar feliz, y su mención de Brunilda la habría entusiasmado con la perspectiva. Además, y conocía bien el paño, Elizabeth intuiría que con otra mujer en vista Pétalo quedaría libre para iniciar una vida decente. Él estaba de acuerdo. Le pesaba mantener a la joven bajo un techo de dudosa reputación, cuando su intención al sacarla de China había sido liberarla.

—Es ella.

—Bien. Tráela a casa para la Pascua.

Francisco se deslizó hacia el fondo, y Julián quedó en libertad de observar a Brunilda.

Al terminar, la multitud se desplazó en procesión rumbo al atrio. Algunos tomaban los cirios que los monaguillos ofrecían para dejarlos al pie de los santos cubiertos con velos. Era una imagen de piadosa contrición, la penitencia en movimiento. Julián se preguntó si Brunilda acudiría a un confesionario, pero la joven ya desandaba el camino junto a las criadas hacia la calle. Los acólitos habían sacado la estatua del Cristo del Perdón, y la llevaban en andas rumbo a la siguiente parada.

La luz de la tarde puso en evidencia los rubores alcanzados por las niñas durante el servicio. Julián se mantuvo a distancia de los abanicos y las faldas, y siguió los pasos de la familia hacia el templo de San Ignacio. El frío aumentaba, y aunque las mujeres se arrebujaron en sus chales, dejaban ver escotes discretos y cuellos adornados con camafeos. A Julián le resultaba más bella la garganta desnuda de Brunilda que el diamante más genuino. Una llovizna cruel obligó a la multitud a apretar el paso para buscar refugio bajo las bóvedas de la Compañía de Jesús. Allí mismo se depositó la estatua del Cristo, ante la que se arrodillaron las mujeres en montón, murmurando más rezos. Brunilda buscó un sitio discreto y se inclinó. De nuevo captó Julián la actitud de absoluta entrega. ¿Querría consagrarse? De solo imaginarla en un convento se le agrió la expresión. Violeta le hizo señas desde lejos, a espaldas de doña Celina y bajo la mirada ceñuda de la mulata que siempre la acompañaba y que portaba una alfombra con flecos. Aquella chiquilla se había convertido en una especie de hermana menor a la que no podía dejar de consentir, aunque con la severidad que imponía el protocolo. Otra dama, más coqueta, le dedicó un saludo con su abanico al que él respondió con cortesía. Consuelo Lezica, su virtual candidata. Recordó las palabras de Marcelino y se apresuró a cambiar de sitio, dejando el paso libre a las señoras. La única que no cesaba de rezar era Brunilda. Hasta su madre intercambiaba opiniones con algunas matronas y, de tanto en tanto, vigilaba la conducta de los jóvenes petimetres, cada vez más audaces a medida que las sombras avanzaban.

De San Ignacio pasaron a San Francisco, de esta a la del Rosario, luego a San Juan Bautista, y cuando arribaron a San Miguel, en la calle de La Piedad, la muchedumbre ahondó sus rezos y genuflexiones. El Arcángel los observaba con su espada de fuego desde el capitolio y Julián, que no había hecho sino contemplar a

Brunilda, se sintió conmovido por el resplandor de los altares. La noche preparaba el duelo del Viernes y la llovizna se tornó pertinaz. Quizá los cánticos fueran una manera de entrar en calor, lo mismo que las fogatas que los pobres habían prendido a lo largo de la caminata.

Brunilda temblaba, de sus labios brotaban murmullos. Bien sabía ella que su debilidad provenía de las sensaciones que le provocaba aquella procesión. Después de lo ocurrido, no había podido pisar una iglesia. Sus oraciones se dirigían a las cruces de sus padres o bien a los altares que se alzaban en la estancia. Estaba maldita. Por mucho que orase, tenía la convicción de que su pecado jamás sería expiado, era demasiado terrible. Hablar con Violeta la había aliviado en parte, sobre todo por la naturalidad con que la jovencita tomó su confesión. Era un pobre consuelo, sin embargo; la redención que ella necesitaba solo podría brindársela Dios.

Fue en ese momento que desde el sombrío callejón contiguo al templo, una voz aguardentosa le murmuró:

—No se me vuelva santita, que la quiero pa' otras cosas.

Espantada, Brunilda se puso de pie y retrocedió, tropezando con algunas mujeres que proseguían en cuclillas.

—Perdón.

En las tinieblas que acechaban a los altares encendidos no vio a nadie, y sin embargo, aquella voz había sido real. Trató de identificar su acento, pero el susto le impidió recordarlo.

—¿Adónde vas?

Dio de lleno en el pecho de Julián Zaldívar. Él la miraba con seriedad, evaluándola. ¿Desde cuándo estaba allí, tan cerca? No lo había visto en la procesión. Julián lanzó un vistazo, presintiendo que algo la había escandalizado. Los muchachos insolentes abundaban en esas reuniones callejeras, y sus andanzas pasaban desapercibidas.

—Vamos —le dijo sin ambages, y la tomó del brazo.

—Estoy con su madre y con la...

—Ya lo sé, pero en este tumulto es fácil perderse. Te acompañaré a la última estación.

El periplo acababa en Nuestra Señora de La Merced. Allí se producirían las confesiones más numerosas, con el Cristo sentado en el atrio, y Julián temía que Brunilda no llegase entera. Ya venía observando su paso vacilante.

—¿Ayunaste? —le preguntó.

—Comimos por la mañana.

—Qué disparate. Estarás famélica. Ya es bastante con que comas de Viernes —protestó él, aludiendo a la abstinencia del día siguiente.

La arrastró sin pedir permiso y sin importarle que los vieran. Al ponerse en movimiento la multitud hacia el último tramo, les brindó la excusa para mezclarse en ella. Arribaron al templo y entraron a la fuerza; era tal el gentío, que muchos

quedaron afuera, siguiendo la misa bajo la lluvia. Brunilda se encontró apretada entre el cuerpo de Julián y la fila de devotos que se balanceaban al compás del coro que entonaba un himno. Casi no podía respirar, y de solo pensar que tocaría al hombre en sus partes íntimas si se movía, prefirió sofocarse.

Desde el atrio donde en su hora Santiago de Liniers defendió a Buenos Aires de los ingleses, avanzaba una columna de sacerdotes vestidos de blanco, seguidos por acólitos que sostenían una cruz de plata maciza. Hachones encendidos capturaban las miradas de todos con sus reflejos hipnóticos. Iban hacia el altar barroco, en el que las antorchas producían destellos de oro. Brunilda inclinó la frente al verlos pasar, y Julián pudo aspirar el aroma de vainilla que desprendía su cuello. Un cosquilleo de excitación subió por su cuerpo. En el sitio y el momento más inapropiados, su ingle comenzó a palpitar, ajena al sagrado rito de los fieles. Rodeó con su mano derecha la cintura de la joven y la atrajo hacia él, con la intención de protegerla. Brunilda dio un respingo al sentir la tibieza del hombre sobre su trasero, sus mejillas se tiñeron de rojo y su corazón galopó desbocado. Eran un solo cuerpo entre la multitud, respirando al compás y vibrando con los sonos de los cánticos y el humo de los incensarios. Brunilda temió desmayarse, pues al miedo que nubló su mente se agregó un calor sofocante que debilitó sus piernas. Allí, en el hueco que ellas formaban y en el que nunca había querido pensar, una extraña miel tibia comenzó a derramarse. Julián la sostenía con firmeza, y cuando todos se hincaron ante la imagen del Cristo de la Humildad y de la Paciencia, que había sido descolgado y colocado sobre un sepulcro frente al altar, el hombre lo hizo con ella, pese a la dificultad que le ocasionaba el bastón.

—Ayúdame —le susurró después, y Brunilda entendió que la pierna mala ya no le respondía.

Lo tomó del brazo con disimulo y tiró hacia arriba.

—Pensarás que soy un anciano —comentó él, intentando bromear.

—Me doy cuenta de que es un hombre herido.

Julián la miró con extraña fijeza en sus ojos claros.

—No sabes cuánto —respondió.

Esas escasas palabras encerraban un misterio entre ellos. Julián presentía corrientes oscuras bajo la piel de la muchacha, y ella adivinaba sufrimiento detrás de la varonil apostura. Más allá de lo que Violeta le había confiado, Brunilda intuyó el día en que conoció a Julián Zaldívar que la ambigua conducta del hombre se debía a un vestigio del pasado.

—Salgamos —la instó él.

La misma corriente humana los llevó hacia el atrio que comunicaba con la calle. Allí se había producido un tumulto, y tanto los señores como las señoras ataviadas con lujo se apartaban disgustados. Julián alcanzó a ver al sargento Villagrán que se acercaba de a pie, sin duda para respetar la ordenanza de no circular con carruajes ni

a caballo delante de las iglesias en la Semana Santa. El oficial increpaba a varios jóvenes que hacían gestos de inocencia fingida.

—¿Qué está pasando? —Se preocupó Brunilda.

—Nada, lo de siempre, arman bronca. Camina.

Él la condujo hacia la calle Defensa para tomar un atajo que los sacase del ojo de la tormenta, y en la huida se toparon con un grupo mal entrazado que vociferaba consignas anarquistas. Brunilda se aferró al brazo de Julián, que posó su mano sobre la de ella.

—No tengas miedo, vamos a pasar sin problemas. Mira hacia adelante, no hacia ellos.

Brunilda adoptó la pose más señorial que pudo fingir y caminó a paso forzado, imaginando que era una esposa o una hermana que regresaba del calvario con su escolta. Los sujetos los contemplaron con algo de admiración, aunque no faltó el comentario dictado por el resentimiento:

—Ahí van los chupacirios, que lamen el culo de los obispos y patean el de los peones.

Brunilda estaba horrorizada. Julián no se inmutaba. Al cabo de diez pasos, él se volvió y encaró al grupo que se carcajeaba.

—¿Me hablaba, señor?

Hubo un repentino silencio. Luego, el que había hecho el comentario largó:

—Usted disculpe, don... no tengo el gusto de conocerlo ni usted el de conocerme a mí, que ya es mucho pedir. Eso sí, me gustaría que me presentara a su palomita.

Nuevas risas, y Julián soltó a Brunilda para acercarse al atrevido.

—Cómo no, hemos de presentarnos. Julián Zaldívar y Durand, señor... —y al decirlo extendió la mano con gesto cortesano.

El otro, dispuesto a seguir la burla hasta el final, le mostró la suya de uñas descuidadas, y cuando creyó que podría fastidiar al caballero rozándolo, se encontró de pronto arrojado al piso y empujado contra la pared, con un bastón atravesado sobre su garganta. Comenzó a gorgotear palabras al sentir los pies en el aire. Los demás habían retrocedido y vigilaban el tumulto de la iglesia, listos para huir por donde fuese.

—La próxima vez que profieras insultos delante de una dama, te cortaré la lengua.

Brunilda no supo si fue lo que dijo o la manera en que lo dijo, las palabras de Julián la paralizaron. Comprendió que aquel hombre educado y gentil con todo el mundo era capaz de una acción salvaje si se lo empujaba.

El facineroso huyó no bien tocó el suelo y los demás se dispersaron, sin duda llevarían las de perder si debían enfrentarse a la policía y a un tipo audaz al mismo tiempo.

—¿Estás bien?

Brunilda asintió, preocupada por la pierna del señorito.

—¿Y usted?

Él sonrió, una sonrisa juvenil que ella no le conocía.

—Tiene su ventaja parecer un anciano —y balanceó su bastón ante los ojos de ella.

Se había roto una barrera. Al enfrentar juntos esa dificultad, habían atravesado una línea imaginaria. Julián no le había ocultado que precisaba ayuda en el templo, y Brunilda acababa de permitir que él la defendiese de las groserías. Quizá por eso dejó que la arrimase a la pared descascarada de un antiguo camposanto del tiempo de la colonia, y que oprimiese su pecho contra el de ella, buscando cercanía. El aliento tibio le acarició el rostro y ella percibió el empuje del sexo masculino con la misma intensidad con que aquel sujeto habría sentido el bastón clavado en su garganta.

—Por favor... —musitó.

—Brunilda, no ruegues, a menos que lo hagas para pedirme un beso.

—Esto está mal.

—Sabes que no. Mira —y amparado por la oscuridad, metió su mano bajo la falda para tocar la humedad que se deslizaba a pesar de ella misma—. ¿Ves? Me estás esperando. ¿Por qué lo niegas? ¿Qué sucede contigo, Brunilda?

La muchacha mantenía su rostro apartado, eludiendo esa mirada clara que le producía escalofrío.

—Usted se equivoca conmigo, señor Zaldívar, no soy una cualquiera.

Julián se detuvo, estupefacto.

—No dije eso, nunca creí que lo fueras.

Ella lo miró con reproche.

—Bueno, es cierto que pensé que querías seducir a mi padre, pero la situación era confusa, debes admitirlo. Brunilda —y Julián le sostuvo la barbilla para mantenerla quieta—, te deseo y eso es normal. El caso es que creo que también me deseas, y te resistes. ¿Por qué? ¿Temes que mi madre te eche de la casa? Eso jamás ocurrirá, yo soy el que da las órdenes.

Brunilda lo contemplaba azorada. ¿Qué le estaba proponiendo? ¿Una relación ilícita consentida por la patrona? Ella no entendía por qué su cuerpo anhelaba un contacto que a la vez le resultaba repulsivo.

—Déjeme.

—O me matarás. Sí, ya lo sé. Como estoy muerto en vida, no me hará daño el rasguño de una gatita —y dicho eso, la boca de Julián capturó con pericia la de Brunilda, obligándola al beso abierto, sin barreras.

Disfrutó del estupor que le impedía rehusarse, degustó la suavidad, la tibieza, e imaginó que así sería su interior de mujer. Pensarlo lo llevó a apretarla con frenesí, frotándose contra ella. Estaba dispuesta, lo sentía, podía olerla. Julián estaba obsesionado con aquella resistencia que parecía más propia de una vestal que de una mujer normal. Ese pensamiento lo hizo separarse para contemplar el rostro de la que lo cautivaba a su pesar.

—¿Quieres ser monja?

La pregunta, tan fuera de lugar en ese instante, desconcertó a Brunilda y le produjo un raptó de risa que no pudo contener. Rio con la cabeza echada hacia atrás, los ojos anegados en lágrimas, mezclando la impotencia del primer momento con la liberación. Ignoraba qué creía el señorito, pero escucharle decir eso justo cuando la estaba devorando con el beso más descarado que ella hubiese imaginado, la tentó más allá de su miedo o su vergüenza.

Julián rio también.

—Veó que no, eso me alivia.

Brunilda se enjugó las lágrimas.

—De todos mis posibles destinos, ese nunca se me había ocurrido —contestó, más relajada.

—Entonces, todavía tengo esperanza contigo, dulce niña —y le estampó un beso cándido en la frente.

Siguieron caminando como si aquel arrebató nunca hubiese sucedido, Brunilda aferrada al brazo protector que segundos antes había intentado ultrajarla, con una extraña confianza que no sabía de dónde sacaba.

Las calles se llenaron con la gente que se dispersaba después del recorrido de las iglesias. Era la medianoche, y comenzaría el duelo del Viernes.

Julián despidió a Brunilda en la puerta de su casa, y respondió a la muda pregunta de sus ojos inquisidores.

—Me retiro a mi casa de alquiler esta noche. Temo que eres una tentación demasiado pecaminosa para días tan sagrados. Además, sospecho que mi madre no estará de buen humor. Te aconsejo que por hoy te encierres en compañía de Fígaro, no quiero que seas una víctima propiciatoria.

—Su madre es una señora solitaria —se animó a decir ella.

—Podría dejar de serlo si aprendiese a compartir sus horas contigo. Evelyn es una doncella, tú eres mi invitada.

—Ella desconfía de mis intenciones.

—Yo también, pero sigues siendo mi invitada. De honor —agregó mientras marchaba hacia las cuabras en busca del carruaje—. No olvides el vestido que te encargué —fue lo último que le escuchó decir Brunilda antes de entrar.

Esa última recomendación la embargó de tristeza. Si el encargo no era para Violeta, el señorito tenía una novia oficial, o al menos una candidata. ¿Qué buscaba en ella, entonces? La respuesta era clara: una amante. Lo que los hombres de su condición poseían bajo la mirada indulgente de la sociedad, lo que de seguro Armando Zaldívar habría tenido alguna vez, ya que no recurría a su esposa como era de esperarse.

Abrió la puerta de su cuarto y vio a Fígaro arrebujado sobre la colcha.

—Tú y yo solos, para siempre —le dijo, mientras se echaba a dormir a su lado, entibiada por el peludo cuerpo del animal.

Brunilda desplegó sobre el tocador el exquisito corte de seda color aguamarina.

Era un día ideal para trabajar en soledad, con la penitencia impuesta por el Viernes Santo. Las tres campanadas que anunciaban la muerte del Redentor habían sonado por la mañana, santo y seña para que las calles quedasen desiertas y los negocios cerrados, salvo algún recalcitrante que dejaba entornada su puerta por si vendía algo a escondidas. El lúgubre ruido de las matracas retumbaba en los callejones y las casas permanecían sumidas en el silencio. La noche anterior, la señora había llegado quejándose de jaqueca y Brunilda escuchó los andares de Evelyn hasta la cocina en procura de ungüentos y brebajes. Sospechaba que pasaría la jornada en cama. Ver a doña Inés en las iglesias, cumpliendo las ceremonias, le hizo pensar que a aquella mujer le costaba postrarse, y no solo debido al reuma en sus rodillas. Pese a todo, Brunilda no le guardaba rencor, podía decirse que la comprendía. Padecía la soledad como le sucedía a ella, aunque en el caso de la patrona, era una soledad impuesta por los miembros de su familia, que la rehuían: don Armando al recluirse en la estancia, y el señorito al alquilar una casa quién sabía dónde, en lugar de vivir en la propia. Algo debía de tener Inés Durand para espantar así a los seres más queridos. Aunque no era de su incumbencia, y a pesar de que ella planeaba irse lo antes posible para mantenerse sola, su bondad natural la llevaba a desear un acercamiento, si bien no sabía de qué modo lograrlo.

Era un día de recogimiento y oración. Algunos llegaban al extremo de flagelarse para sufrir las heridas del Señor. Nada de eso ocurría en la casa de los Zaldívar, donde los acontecimientos se cubrían de un manto de racionalidad. Brunilda lo agradecía, ya que de otro modo hubiera debido cumplir preceptos en lugar de coser tranquila en su cuarto.

Echó un vistazo al maniquí y decidió probar el corte en él. Era la primera vez y se sintió nerviosa. Aquel vestido debía quedar perfecto. Con un pretal tomó las medidas del lienzo y lo colocó con gracia sobre la silueta, formando pliegues. Ya veía en su mente la forma que le daría. Sacó del cajón el diseño intervenido por Julián y analizó los detalles. Tenía buen gusto el señorito.

—Vamos a lucirnos con esto, Fígaro —le dijo al gato, que ronroneaba arrullado por el canto de una calandria en el patio. Los ojos rasgados miraban fijo hacia la puerta.

—Ah, no, eso sí que no —dijo Brunilda, y se apresuró a entornarla.

Lo último que deseaba era quitar de las fauces del felino un pájaro muerto.

Hilvanó la tela canturreando, como solía hacer con Filipa en los buenos tiempos, mientras la calandria acompañaba con su trino el movimiento de su mano provista del dedal de porcelana. Cada tanto, extendía la costura para verificar la prolijidad de la puntada. Era exigente consigo como lo había sido Filipa. Solo podía permitirse la perfección, dado que no poseía ninguna otra dote.

—Pensándolo bien —comentó dirigiéndose al gato—, este color no es muy sentador. Habría que tener una cintura muy fina y el cabello muy claro, para que resulte elegante. Hasta Violeta Garmendia necesitaría un tono más subido. Supongo que la agasajada será una recién salida de la cuna, demasiado joven para lucir colores atrevidos. Si por mí fuera, teñiría esta tela de un violeta intenso, que le diera al vestido un toque teatral. Claro que en ese caso la dama en cuestión debería ser una viuda, o al menos una mujer atrevida. Este modelo, Fígaro, está pensado para un muchacha joven e inocente, como sin duda es la que el señorito tiene entre ojos. Para casarse, desde luego, ya que para sus salvajes impulsos busca a otras —y al decirlo, apretó sin querer el dobladillo, causando un frunce en el hilván.

—Maldición —murmuró, acongojada—. Esto me pasa por ser mala y envidiosa. Qué puede importarme quién usará este traje... Pronto nos iremos de aquí, Fígaro, alquilaremos un cuarto en alguna pensión del centro para que las señoras de las mansiones puedan encargarme sus prendas.

Dejó la labor sobre el regazo y levantó los ojos, ensimismada. Se veía instalada en un pequeño atelier repleto de telas y maniqués a medio vestir, un elegante sofá donde esperarían las damas la prueba de rigor, y se imaginaba cosiendo hasta la madrugada a la luz de un candil, para terminar a tiempo los trajes que se estrenarían en las ceremonias y tertulias de la ciudad. Su mayor ambición era trabajar sin descanso, no pensar en nada más que en cosas bellas y coser hasta el agotamiento, para así dormir sin pesadillas. Una vida austera y dedicada a los lujos ajenos, esa era su meta.

Y que ningún hombre deslizara sobre ella su mirada.

Los pasos de Evelyn resonaron en la concavidad del patio. Brunilda se levantó de prisa, encerró al gato en el ropero sin atender a sus protestas y se arrojó sobre la cama, para fingir que el desarreglo de la colcha se debía a ella. La puerta se abrió y la doncella se dibujó en el cuadro de luz del umbral.

—La señora te llama —le anunció sin preámbulos.

A Brunilda le sorprendió que doña Inés se hubiese repuesto de su jaqueca. Por lo general le duraba el día entero, y los postigos de la casa se entornaban para que ni un rayo de claridad la perturbase.

—Iré enseguida.

La doncella se detuvo un momento más olisqueando el cuarto ante el temor de Brunilda, que esperaba que el ropero amortiguase cualquier sonido que el gato profiriese.

—¿Estás cosiendo?

De mala gana, Brunilda mostró a Evelyn la tela. La mujer la tocó, desconcertada.

—¿Cómo compraste esto? Es un género muy fino.

Brunilda se sorprendió de su propia inventiva:

—Es un encargo del taller de modas. La regenta me ordenó terminarlo.

Evelyn ignoraba cómo se trabajaba en Modas Viviani, si bien sabía que muchas mujeres oficiaban de costureras en sus propias casas, así que aceptó la explicación.

—En ese caso, tendrá que esperar. La patrona quiere que la acompañes a la iglesia.

Brunilda percibió el desdén y el reproche en el tono de la mujer. Desde el principio intuyó que Evelyn temía ser desplazada en la compañía de la señora, y aunque ella no hacía nada que pudiese alimentar ese miedo, la desconfianza persistía.

—Iré en cuanto guarde esto.

Apenas se retiró la mujer, Brunilda quitó todo vestigio de costura, no le gustaba que revolviesen entre sus cosas, y puso un platito con agua adentro del ropero.

—Vendré enseguida —le dijo a Fígaro mientras lo acariciaba entre las orejas— y te traeré algo de la cocina.

El gato mantuvo sus ojos cerrados, indiferente a los movimientos apurados de su dueña. Una vez que el cuarto quedó en condiciones, Brunilda salió envuelta en su chal y atrancó la puerta doble.

Doña Inés la aguardaba en el recibidor, ya con la mantilla en la cabeza. El color negro no le sentaba bien pese a ser rubia, porque acentuaba la palidez malsana que evidenciaba en los últimos tiempos. Brunilda estuvo tentada de ofrecer su consejo y luego decidió que no convenía indisponer a la señora contra ella.

—Hoy no caminaremos, lo de ayer fue suficiente —le dijo la patrona.

Brunilda quedó de una pieza al ver que de la berlina familiar descendía el señorito Julián muy sonriente. El gesto adusto de doña Inés terminó de confirmarle que aquella salida era obra de él.

—Espero que estés repuesta —le dijo en un susurro, mientras la ayudaba a poner su pie en el estribo.

Brunilda no supo si se refería al episodio violento de la noche anterior, o al arrebato amoroso. Con los ojos bajos ocupó su lugar junto a la señora, justo enfrente de él. Se le acalabró el cuello de tanto mirar por la ventanilla y así evitar encontrarse con la mirada azul, que no se despegaba de ella.

Llegaron a las proximidades del púlpito levantado en la Plaza Victoria, donde la multitud aguardaba el sermón de la agonía. Se corría la voz de que el mismísimo padre Jordán, famoso por sus encendidos discursos, tendría a su cargo narrar la tragedia del Gólgota esa vez. Los cánticos, guiados por los coros parroquiales, se elevaban en el aire húmedo y descendían sobre las cabezas gachas, más afligidas que el día anterior, puesto que aquella era la jornada más triste de todas. Brunilda observó que casi todas las damas iban cubiertas de negro y se alegró de haberse puesto en la mañana el viejo vestido de lana marrón. Los atuendos de luto eran lujosos, sin embargo: terciopelos, sedas labradas, sin duda los sastres se habrían puesto al día con los encargos en esa fecha. De reojo admiró a unas muchachas que rezaban apretadas en racimo; las faldas violetas o azules se cubrían con un vestido de encaje negro, en una combinación exquisita. Tomó nota mental del efecto para dibujarlo luego.

La señora de Lezica saludó con breve gesto a doña Inés, y Brunilda vio que iba acompañada de sus tres hijas. Junto a Finita, la menor, rezaba Violeta Garmendia. Leticia iba del brazo de un apuesto militar que lucía su uniforme de parada, y Consuelo departía entre murmullos con Leonor, la prima antipática. Por fortuna, los lugares cercanos al grupo estaban abarrotados de gente y ellos se mantuvieron a distancia. El padre Jordán subió al púlpito y elevó sus brazos hacia lo alto, dejando que el viento del río inflase las mangas de su sotana. Era una imagen elocuente que imponía respeto y temor de Dios. Sus primeras palabras, un arrullo que convocaba a la reflexión sobre las penurias de la Madre de Jesús, se transformaron de a poco en un torrente magnífico que blandía denuestos contra los que habían condenado a Cristo. Los fieles lo escuchaban absortos, incluida Brunilda, que jamás había visto tal despliegue de oratoria. Los tonos de voz iban y venían, acariciando o tronando según lo que dijera, y asimismo el corazón los seguía, palpitando las emociones. La escena dantesca de la crucifixión se desarrolló ante los ojos de los presentes como si la estuviesen viendo en un retablo. Las turbas que subieron al monte para blasfemar de Cristo, los piadosos que acompañaron su calvario, la tormenta que se desató como furia divina, todas las etapas de aquel día representadas por la extraordinaria verborragia del sacerdote, que no escatimaba gestos ni silencios para dar mayor énfasis a su sermón. Al terminar, el público estaba exhausto, como si hubiese recorrido las doce estaciones llevando el peso de la Cruz. Entonces, una nueva faceta del padre se derramó sobre sus fieles. Con voz profunda y armoniosa, entonó un salmo que los más audaces siguieron hasta que toda la plaza se colmó de música. Brunilda estaba maravillada. Los matices de aquel sermón habían penetrado muy profundo en su alma. El padre Jordán hablaba de pecado y de redención, de culpa y de perdón, insistía en la misericordia que todo podía, y la hizo derramar lágrimas cuando dijo que hasta la pena del más miserable conmovía al Señor, y que más grave era creerse condenado que intentar la salvación.

—A los ojos de Dios —bramó— el que duda de ser perdonado, duda del poder divino.

Esa frase caló hondo en la conciencia de Brunilda. Parecía que el padre Jordán hablaba solo para ella, que conocía los sucesos de años antes y que había subido al púlpito para hacerle entender cuál era la verdadera esencia de Dios.

Comenzó a temblar, al principio de frío, pues no tenía en el estómago más que dos o tres mates bien cebados; luego el temblor vino desde adentro, de un lugar recóndito al que ella nunca había llegado. Con los ojos fijos en el sacerdote, y sin escuchar ya las últimas palabras, se cubrió la cabeza con el chal para que nadie viese sus lágrimas. Julián observó la manera en que sus hombros se sacudían y se le acercó. La expresión del rostro de la joven casi lo hizo retroceder. Una mezcla de temor y felicidad, como si la razón la hubiese abandonado, desfiguraba sus rasgos delicados, los ojos titilaban, abiertos al asombro, contemplando la epifanía. Y las manos, esas manos fuertes que tanto admiraba Julián, se habían tornado transparentes en los

nudillos de tanto apretar el chal. Nadie advertía la situación debido al trance en que todos habían caído bajo las evocaciones del sacerdote, de manera que Julián pudo rodearla con su brazo y separarla de la gente. Doña Inés lo miró con sorpresa. Él le indicó por señas que Brunilda se sentía descompuesta. Era de imaginar, con los ayunos repetidos y el día tan frío. Asintió al entender que su hijo la llevaría a la casa y volvería por ella luego.

Subieron a la berlina que aguardaba unas calles más lejos, y durante el primer traqueteo del coche Julián tomó entre las suyas las manos frías de la joven.

—Estás helada —le dijo compungido—. Perdóname, fue una mala idea hacerte salir de casa de nuevo. Es que me había quedado con ganas de verte, Brunilda. Ahora tomarás un té de miel con canela y te acostarás, para entrar en calor. Luego diré a la cocinera que te lleve una bandeja de pan tostado y dulces.

—No...

—¡Nada de excusas! Está bien el ayuno, pero cuando se está enfermo o débil, Dios sabrá perdonar, ya lo dijo el padre hoy.

La mención del sacerdote y del perdón devolvió el extravío a los negros ojos de Brunilda, que miró a Julián como si no lo conociese.

—¿Qué ocurre, Brunilda, qué tienes? Me asustas, parece que vieras a un muerto.

Mala elección de palabra. La joven comenzó a temblar y a sollozar de manera incontenible, y Julián acabó sentado junto a ella, abrazándola para sostener las convulsiones.

—Ya, ya, vamos... nada puede ser tan grave. Extrañas a tus padres, ¿no es eso? Toda esta ceremonia te recordó los viejos tiempos. Pobre niña, debes aceptar lo inevitable.

Las palabras consoladoras brotaron de sus labios por sí solas, incluyéndolo en su sabiduría. «Aceptar lo inevitable» era lo que él debía hacer, ya que no podía cambiar el pasado. Estrechó a Brunilda, infundiéndole ánimo y tratando de animarse también, pues jamás lo abandonaba el recordatorio de sus propios padecimientos ni su amarga conclusión. Ah, si Brunilda supiera... bien podría llorar por él, ya que poseía pena suficiente para ambos.

—No llores, Brunilda, o tendré que dar varias vueltas antes de dejarte en la casa. ¿Qué dirán las criadas al verte así? Mírame —y la apartó de su cuerpo—. Déjame secar las lágrimas. Tus ojos brillan como gemas cuando lloras, pero prefiero verlos sonreír —al decirlo, pensó que eran raras las ocasiones en que la joven sonreía—. Confía en mí, Brunilda, si algo te aflige debo saberlo, no olvides que soy tu protector. En el mejor sentido de la palabra —agregó, al percibir cierto reproche.

Brunilda escudriñó el rostro del hombre más hermoso que había visto. Él poseía una combinación de fuerza y delicadeza en sus huesos marcados, en los pómulos altos, los ojos de mirar agudo y por momentos dulce. Ella había querido olvidarlo, y sin embargo su imagen la perseguía hasta en sueños. Julián era un caballero andante, una suerte de mago que irrumpía en su vida para trastornarla y luego recoger los

pedazos. Pensó que ya no podría deshacerse de él, aunque se empecinara en mantenerlo a raya. «Nunca habrá otro hombre en mi pensamiento», se dijo, y se conformaba con esas migajas de un amor que jamás se concretaría. Claro que no contaba con el poder de la magia de Julián Zaldívar.

—Recuéstate sobre mi hombro y no pienses en nada —le sugirió mientras la ayudaba a cumplir esa orden.

El bastón golpeó en el techo de la berlina para indicar al cochero que siguiese de largo, y atravesaron las calles desiertas y heladas sin rumbo fijo. Tomaron la de la Defensa, límite este de las residencias opulentas, y cruzaron hacia el Buenos Aires más modesto, de pequeñas viviendas rodeadas de tenderos y confiteros. Siguieron la pronunciada pendiente hacia el río y recorrieron callejones bordeados de maleza, avenidas barridas por los vientos en las que perros famélicos buscaban comida, esquinas donde los palenques indicaban la existencia de una pulpería cerrada por el duelo del Viernes. Entre Defensa y el río se levantaban las iglesias más antiguas de la ciudad, edificios ya superados por las nuevas casas de familias adineradas. Pasaron ante la torre del molino harinero de San Francisco, el convento de San Ignacio, la fábrica de licores Inchauspe y la dulcería Noel. Al vislumbrar la entrada de la Casa de Niños Expósitos, una congoja le oprimió el pecho al pensar que Brunilda era como esos desdichados, huérfana de amor y de bienes. Se sintió de pronto responsable absoluto de su suerte. A él le habían arrebatado el futuro, pero poseía al menos un baluarte de seguridad en su familia y su posición. Ella no tenía a nadie. Se haría cargo de Brunilda, lo quisiera la muchacha o no.

Envuelta en el abrazo protector, Brunilda cerró los ojos un instante para gozar de la sensación de felicidad que sabía efímera. Podía imaginar que el señorito se interesaba de verdad en ella, que no era solo lujuria masculina, podía sentirse deseada y querida a la vez, aunque fuese un momento fugaz adentro de un coche.

Dicha prestada, al igual que la mantilla gris.

La ensoñación le impidió advertir la mano que desataba la pechera de su vestido hasta que ya fue tarde y los dedos de artista de Julián acariciaban el contorno superior de sus senos. Levantó la mirada hacia él, sin atreverse a rechazarlo cuando se encontraba a su merced, y lo que vio en los ojos claros la paralizó de asombro.

Pasión. Tristeza. Necesidad.

Brunilda levantó su mano y rozó el contorno áspero de la barbilla del hombre.

—Tócame —le suplicó él.

¿Podía ser que aquel caballero distinguido y culto tuviese necesidad de ella, más allá de la que todo varón puede experimentar hacia una hembra? Por toda respuesta, Julián le tomó la mano y la obligó a descender hacia su regazo. Brunilda no osó separarla, pese a que la dureza que tocaba le trajo un torrente de sensaciones espantosas. La mirada azul la mantenía unida a ese hombre que le dictaba su voluntad sin usar la fuerza.

—No me temas, Brunilda. Estás asustada. No quiero que sientas miedo, sino que disfrutemos juntos. Así —y tomó con suavidad los labios, que no se le resistieron.

El beso, que duró segundos, bastó para que Brunilda se debilitara y Julián aprovechara su vulnerabilidad. Sin que los barquinazos del coche se lo impidiesen, la sujetó por la cintura y la sentó sobre él.

—Tu pierna...

—Shhh... está mejor que nunca. Esto es el remedio que necesita.

Sonreía con sonrisa de ángel y mirada de diablo. Brunilda quiso explicarle su circunstancia, como lo había hecho con Violeta, pero el magnetismo de Julián la enmudecía, solo podía obrar con sus manos como él le había pedido. Con timidez acarició la barba crecida, tan rubia que solo se advertía al tacto, y luego se atrevió a devolverle el beso con un roce tan liviano, que él se echó a reír.

—Eres como un pajarito, etérea.

Aquello parecía agradarle, así que repitió los besos cortos y rápidos, picoteando como un pajarito, tal como él la llamaba. Al cabo de un rato, Julián le capturó la nuca y apretó con fuerza sus labios, forzándola a abrir la boca y dejarlo entrar. Ya la había besado antes, besos robados a los que ella había reaccionado con violencia; en esta ocasión, las caricias suaves y la extraña sensación de que él también estaba arruinado de algún modo, la indujeron a permitirle la entrada. La lengua del hombre la recorrió entera, buscando la esencia de la mujer misteriosa que aparecía en su vida como una chispa de esperanza. Algo que él se resistía a tener y que una y otra vez se le presentaba de la mano de Brunilda.

—Mmm... hueles delicioso, como un bizcocho dulce.

—Es... un filtro que uso.

—Lo sé, lo descubrí antes y me encanta. Quiero devorarte toda, Brunilda. ¿Me dejarás?

¿Qué responder a eso? Brunilda sintió la mano masculina debajo de la falda marrón y cuando quiso cerrar las piernas para impedir el contacto, el otro brazo la sujetó con firmeza.

—Déjame. Te gustará y no te haré daño. Yo jamás te haría daño, Brunilda.

Le creyó, de manera insensata. ¡Si ya con esos avances le hacía daño!

Él la volvió a besar, sabiendo que con los besos la aflojaba, y sus dedos se introdujeron bajo el frunce de la ropa interior. De algodón ordinario, nada de lencería fina pese a que ella soñaba con vestidos y enaguas lujosos. La ternura invadió el corazón de Julián. Le daría todo eso y más: la haría feliz, ya que la felicidad estaba tan mal repartida en la tierra. Si podía lograr que aquella joven sencilla y buena sonriese y se sintiese libre de remordimientos y pesares, él también podría olvidar sus propios dolores.

Cuando Julián la tocó en su intimidad, Brunilda se estremeció. Abrió más las piernas sin darse cuenta, y el goce se incrementó. Él movía los dedos como si tocase un instrumento delicado o dibujase un croquis a conciencia, sabedor de las

sensaciones que cada roce le provocaba, vigilando las expresiones de la joven como si fuese un experimento científico. Ocultaba sus propias sensaciones que eran intensas, porque les temía. Debía gozar de las mujeres sin comprometerse con ellas, o sería injusto y él no era un hombre egoísta. Brunilda había sido maltratada y él le devolvería la confianza y el placer del amor carnal, nada más; no podía condenarla, ya que eso sería condenarse también. La dejaría en libertad cuando las heridas de ella cicatrizaran. Percibió el instante del goce final y la miró con intensidad para capturar la emoción que entreabría los labios amoratados por sus besos. Volvió a acariciarla con su lengua, cerrando el círculo que habían iniciado. Brunilda temblaba, la cabeza inclinada hacia adelante, sin duda avergonzada. Él debía reparar rápido eso.

—Eres hermosa, tan cálida y vibrante. ¿Alguna vez te sentiste así, o fui el primero en lograrlo?

Hombre al fin, tuvo que preguntar lo inadecuado. Brunilda se enderezó con un respingo y luchó por zafarse del abrazo.

—Espera, no sigas... ¡Espera! ¿Qué te pasa? Vas a lastimarte... ¡Brunilda!

Consiguió apresar sus manos y mantenerla sujeta. Ella lo había arañado en el rostro y el cuello, pero lo que más lo afectó fue el pánico que notó en su mirada.

—Escúchame bien —le espetó con tono severo—. Muchas mujeres temen el contacto con un hombre porque nadie les ha explicado cómo es. Y ese temor es la fuente de todas las desgracias que acompañan al matrimonio. A mí no me interesa ser el primero, sino el más importante. Reconozco que tengo ese orgullo. ¿Podrás perdonarme? Solo quise saber si te había hecho feliz, Brunilda, no me niegues esa respuesta. Mírame a los ojos. ¿Habías sentido esto antes?

Brunilda negó con los labios apretados.

—Solo eso quería saber. Y ahora prométeme que no me sacarás los ojos. ¿Puedo soltarte?

Consiguió ablandar el enojo de la joven con sus preguntas tontas y su mirada inocente. Claro que Julián Zaldívar podía lograr lo que quisiera con ella, tenía edad y experiencia suficientes para lidiar con todo tipo de mujeres.

—Voy a dejarte en la casa ahora y volver por mi madre. Debe de estar aterida de frío y rabiosa. Quiero que te metas en la cama y digas que estás enferma, así nadie te importunará. Es una orden —agregó, al ver el ceño de ella— y en casa las órdenes las doy yo, en ausencia de mi padre.

El descarado del señorito no tenía límite. Primero la forzaba a recibirlo en una intimidad que ella no quería conocer y luego la retaba por haberse resistido.

—No me mires con cara de lechuza, es de mal agüero. Te acompañaré hasta el patio para que Evelyn no vaya con chismes y ordenaré que te sirvan un ponche de miel. Dormirás como una bendita. Mañana es Sábado de Gloria y habrá festejos en toda la ciudad. Es tradición quemar el muñeco de Judas y soltar petardos, pero te quedarás en cama para reponerte. El Domingo de Pascua estamos invitados a la casa de mi amigo Francisco Balcarce.

Ante la sorpresa de Brunilda, Julián le acarició el cabello enredado y lo mantuvo entre sus dedos.

—Quiero que conozcan a la mujer más hermosa que trajeron los barcos desde Europa.



CAPÍTULO 21

Dejar a Brunilda, aun sabiendo que las criadas cumplirían su pedido, fue difícil para Julián. Cada vez se le hacía más penoso retornar a la casa del suburbio, no solo porque sus asuntos lo retenían en Buenos Aires, sino porque el ambiente ya no le resultaba placentero. Había una extraña frialdad en Pétalo. Ella seguía atenta a sus mínimas necesidades, pero como él ya no recurría a sus servicios de enfermera, la joven desempeñaba el papel de ama de llaves bajo una máscara de disgusto imperceptible para cualquiera que no fuese Julián, acostumbrado a desentrañar el significado de los gestos femeninos.

Antes de tomar el camino de San José de Flores, obligó al cochero a detenerse frente al Departamento de Policía. Aquel sitio no descansaba ni durante la Semana Santa.

Y él no olvidaba su responsabilidad hacia el pobre Adolfo.

El cabo centinela lo condujo hacia la misma sala de la vez anterior, a la sazón desierta salvo por un par de guardias que jugaban a los dados sobre una mesa de pino. En el escritorio del sargento Villagrán se apilaban los expedientes junto a un vasito con flores, que rendía culto a la Virgen de Luján pintada en un cuadro de madera. Mientras aguardaba el permiso para pasar a la zona de las celdas, Julián advirtió que la sala estaba presidida por el retrato oval del anterior jefe del Departamento, don Enrique O’Gorman, el hombre al que se consideraba organizador de la Policía, además de haber lidiado con las dos grandes epidemias que azotaron la ciudad, el cólera y la fiebre amarilla. Julián recordaba su figura transitando las calles al frente de las patrullas para evitar el saqueo de las casas abandonadas por sus moradores. La gente lo quería, su sola presencia bastaba para tranquilizar al vecindario.

—Qué sorpresa, doctor.

Villagrán lo miraba con recelo, atusándose el enorme bigote reglamentario.

—He venido a visitar a mi amigo.

—Un pedido al que no puedo negarme.

Julián creyó que se refería a la indulgencia del Viernes Santo y se quedó perplejo cuando el sargento dijo a continuación:

—Aunque lamento tener que enviarlo al Hospital General de Hombres.

—¡Al hospital!

—La salud del reo fue empeorando con los días. Como sabrá, el médico que nos visita lo hace de pasada, y si hay algún diagnóstico severo ordena el traslado. Esto fue lo que ocurrió con su amigo, doctor. Estaba tan mal, que hubo que llevarlo al hospital. Bajo custodia, claro está.

—¿Qué tuvo? ¿Cuándo fue eso? —Julián pensó en innumerables dolencias y la que más temía era el desequilibrio de la calenturienta mente de Adolfo.

—Justo ayer, mientras pasaban las procesiones. Pregunte allá por el doctor Beazley, es uno de nuestros facultativos —se ufanó Villagrán.

—Antes quiero aclarar algo. Hay un testigo presencial del hecho que se le imputa a mi amigo. Me gustaría que se le tomase declaración lo antes posible, para que esta tortura injusta no se prolongue sin necesidad.

—Así se hará, doctor. Entiendo que usted tomará la defensa del reo.

—Exacto. Vendré con mi testigo apenas verifique el estado de Adolfo Alexander.

El sargento se quitó la gorra redonda con el escudo bordado en hilos de oro, reveladora de su rango, y contempló al caballero que cojeaba con ímpetu hacia la calle.

—Capaz que está por verse la punta del ovillo —murmuró entre dientes.

El asesinato de aquella ignota mujer y su hijo puso a la autoridad sobre la pista de un sujeto de los que hacían la carrera de rufianes. Todo apuntaba al conventillo apodado «la Casa del Ciruelo», donde vivía el reo la noche en que lo capturaron.

Se volvió y ordenó a los guardias que llamasen a los vigilantes nocturnos. Habría delitos, como en todos los días de fiesta, en que ladrones y facinerosos cometían sus tropelías y luego se refugiaban en alguno de los abundantes baldíos que rodeaban la ciudad. Villagrán patrullaría el Hueco de las Cabecitas, uno de los más peligrosos.

Laura salió al patio envuelta en su capa tejida, para calentar en el brasero la leche que daría a sus hijos pequeños. Marcos, el mayor, había partido más temprano con la pila de camisas cosidas, lavadas y planchadas. A sus once años, cumplía el horario de trabajo de los hombres: a las cuatro en verano, a las seis en invierno. A pesar de ser feriado, tenía comprometida una entrega. Ella no había alcanzado a darle el desayuno. Era tan solo un niño... A veces, las damas caritativas lo invitaban a pasar a la cocina, donde lo premiaban con algún dulce. Con tristeza, Laura contempló la pila de ropa que la aguardaba. Tendría que coser a destajo para terminarla. Por fortuna no tenía marido que regresara para el almuerzo, y podía continuar su tarea sin interrupción. Los niños eran considerados: si la veían triste o cansada jugaban entre ellos, o bien salían en busca de los demás en bulliciosa banda. Leona, la niña, sabía comportarse como una mujercita, cuidaba del más pequeño y disimulaba la escasez inventando juegos que distraían a los otros. Laura daría la vida por sus hijos.

Los sabañones le ardían con el roce de la lana. Con una punta de la capa levantó el jarro de lata y se encaminó al interior de la pieza.

Un hombre la interceptó.

—Buenos días.

Laura sentía el calor del jarro a través del tejido y la urgencia de huir del Indio Galván. Era mala semilla, no lo quería cerca de los niños, en especial de Leona.

—Buenas. Permiso.

Él se plantó ante la cortina que resguardaba la intimidad del cuarto y sonrió con falsa cortesía.

—Sigue empeñada en estropear su belleza en este lugar, cuando le dije que podía ayudarla a conseguir algo mejor. Estas manos no están hechas para trasegar a la intemperie, doña Laura. Los dos sabemos que de aquí no saldrá nunca, a menos que opte por otro camino. Sabe coser, por ende puede hacerlo en condiciones más agradables que estas. Y yo me encargaría de que a sus niños no les faltase nada.

La mención de sus hijos paralizó a Laura.

—Yo me ocupo de mis hijos.

—Sola. Porque ambos sabemos que el señor Rossini no vendrá, ¿no es cierto? Insisto, Laura, en que se lo piense mejor. Después de todo, aún es joven y buena moza. Mis patronos son espléndidos para recompensar un buen trabajo. Ah, aquí viene la hermosa Leona. ¿Cuántos años tienes, chiquilla? Prometes ser una belleza.

Laura perdió toda compostura al ver a su hija expuesta ante la mirada de un canalla. Aunque no tenía cabal conocimiento de los negocios del Indio Galván, su instinto de mujer le decía que debían de ser perversos.

—¡Quítese! ¡O llamaré a la policía! —gritó con voz destemplada, sin importarle que aún reinase el silencio en el inquilinato.

Leona retrocedió a la oscuridad del cuarto, asustada al ver a su madre en ese estado, y Antonio Galván cambió la sonrisa por una mueca sórdida.

—Te pierdes, Laura. Tarde o temprano vendrás por lo que ofrezco, y entonces deberás aceptar mis condiciones, de lo contrario verás a tu propia hija disfrutar de las mieles que la vestirán de lujo, todo lo que no quisiste tener.

El abrupto cambio se debía a la necesidad del Indio Galván de encontrar pronto a una sustituta de Marieta, hacer buena letra ante los capos del negocio. Se le acababan la paciencia y las oportunidades, solo le quedaban las costureritas y la lavandera.

Leona era aún pequeña para ofrecerla.

Laura no midió las consecuencias. Impulsada por la furia y el terror, sintiéndose desamparada y a merced de un rufián, le arrojó en la cara la leche hervida. El aullido desgarrador atrajo a todos los vecinos, muchos todavía en camisa de noche y con cara de sueño. El patio se fue colmando de mujeres que miraban sin atinar a interponerse entre el hombre herido y la incauta. Solo la anciana costurera la socorrió.

—Ven, entra —traspuso la cortina llevando a Laura del brazo y ordenó a Leona que cerrara, y así la familia quedó oculta a los ojos de todos.

Antonio Galván sumergió la cabeza en una de las palanganas del patio que se usaban para lavar los cacharros de la comida, y maldijo en todos los dialectos que conocía a la perra que le había desfigurado el rostro. Él, que se jactaba de cautivar a las damas con solo mirarlas... Se lo pagaría. Juró entre dientes que aquella mujer pagaría con sangre lo que le había hecho. Ya no habría melindres con ella. Si antes era una posible candidata, ahora era la única que le interesaba. Y no la entregaría a los jefes, eso no, pues allí podría ser tratada con suavidad: la condenaría a trabajar

para él, como había hecho con Marieta. Que la caridad pública se ocupase de sus hijos.

El Hospital General de Hombres, el más antiguo de la ciudad, abarcaba una manzana al sur sobre la ribera. Contiguo a la Iglesia de San Pedro Telmo y enfrente de la Facultad de Medicina, se hallaba casi en los arrabales. Cerca de allí, en baldíos que pertenecían al propio hospital, se levantaban edificios destinados a combatientes de la guerra contra el Paraguay y a manicomios. Era un sitio deprimente, aumentada la sensación por el barro acumulado por la lluvia en esos días.

El coche de Julián dejó profunda huella cuando se arrimó a la entrada.

—Espérame. El tiempo que sea —ordenó mientras intentaba que su pierna le respondiese luego de tanto traqueteo.

Se maldijo por haber descuidado la situación de Adolfo. Eran muchas las responsabilidades que había asumido, y todas parecían reclamarlo con urgencia. Sin embargo, debería haberlo visitado el día anterior, en Jueves Santo, para que no se sintiese tan solo en esas fiestas religiosas que reunían a la familia.

La anchura de los pabellones deteriorados lo acongojó. Caminó sin rumbo a través de los patios hasta dar con un fraile betlemita. El barbado le indicó la sala donde acababa de ver al doctor Beazley. Vinculado a la Facultad, el hospital recibía a los profesores y estudiantes de medicina, que hacían las guardias y hasta residían en él. A pesar de que contaba con pabellones destinados a diferentes dolencias, dentro de lo que permitían las limitaciones del edificio, el Hospital de Hombres no había perdido su primitivo carácter de asilo, por eso Julián respiró aliviado al ver que Adolfo no se encontraba en una de las barracas donde se confinaba a los desquiciados. Ese había sido su miedo desde el principio.

Se estaba llevando a cabo la ronda vespertina, destinada a verificar el estado de los enfermos graves, y el olor penetrante de las pócimas lo golpeó al entrar en la sala.

Adolfo no estaba alienado, aunque el hombre que yacía en la cama de hierro ofrecía un aspecto deplorable: macilento, los ojos agrandados, las manos yertas sobre la manta raída, los labios temblorosos, no parecía reconocer nada de lo que veía, ni siquiera daba la impresión de ver realmente. A su alrededor, un médico y dos practicantes intercambiaban opiniones.

—¿El doctor Beazley?

Un hombre bajo de expresión bondadosa se volvió hacia él. El doctor Beazley leyó en el rostro de Julián y adivinó:

—¿Es usted pariente o amigo del enfermo?

—Amigo, y muy preocupado por su estado, doctor. Sabrá que lo trajeron desde el Departamento de Policía.

—Sí, sí, acá está su celador —y el doctor señaló hacia el hombre que dormitaba sobre una silla, a dos pasos.

—Mi amigo es inocente de lo que se le imputa, y ahora con esto se agrava todo. ¿Qué es lo que tiene?

El doctor hizo señas a los practicantes para que continuasen la ronda, e invitó a Julián a conversar junto a uno de los ventanales que daban al patio interno, tan pelado como el de una cárcel. Era la única fuente de luz en esa sala lóbrega.

—Mire, seré franco con usted...

—Julián Zaldívar y Durand.

—Señor Zaldívar, el paciente está grave, si bien no tiene ningún síntoma específico.

—¿Cómo es eso?

—Si me lo preguntaran, diría que ha enfermado de tristeza. Eso es posible —agregó, al ver la expresión de Julián—, a pesar de que los médicos estamos entrenados para leer en los órganos como si fuesen libros. Hace dos o tres días que visito a su amigo, primero en la celda, ahora aquí, y no he hallado nada que pueda provocarle este estado.

—¿Cuál estado? ¿Qué es lo que muestra? —Julián miraba hacia la cama con aprensión.

—No está loco, si eso es lo que le preocupa.

—Temía que lo considerasen así, lo confieso, y estaba dispuesto a discutirlo con quien fuese.

—Las alucinaciones y las manías no son por sí mismas locura si no van acompañadas de otras anomalías. Es común ver vagando por la ciudad a los llamados «locos», la mayoría mendigos, y la gente se acostumbra a ellos, hasta les hacen gracia y los defienden de quienes pretenden alojarlos en el asilo. Como si eso los privara de una diversión. Llamaban a ese estado «tener gente en la azotea» y lo toman con naturalidad. Reconozco que hay que avanzar mucho en el tratamiento de los dementes, ya que una mala experiencia puede agravar un caso leve. Vea —le dijo el doctor, mostrando a través del patio un rincón donde se amontonaban trastos—, allí hay restos de las antiguas camas del hospital, con cepos para sujetar a los pobres locos mientras dormían. Era un modo de asegurar la tranquilidad de los asistentes que los custodiaban una vez que el plantel de médicos se retiraba. Ese tipo de cosas ya no puede permitirse. Tenemos mucho que aprender de los modernos métodos.

—Pero no es el caso de mi amigo.

—En absoluto. Su amigo padece una dolencia pulmonar, una especie de deficiencia. De esto quería hablarle, señor Zaldívar. He notado que los pacientes que sufren de los pulmones en este hospital viven situaciones de angustia y se tornan melancólicos. La condición de su amigo es delicada porque él se ha dejado vencer por alguna tristeza.

—Le diría que Adolfo es por definición un hombre triste —admitió Julián.

—Lo que pensé. Por lo tanto, nada que yo pueda recetarle dará resultado si su espíritu no acompaña al órgano.

—¿Qué me aconseja?

—Lo primero, sacarlo de aquí lo antes posible. La compañía de otros enfermos, la vista de los alienados del asilo que están autorizados a deambular en forma pacífica, no son buen tratamiento para un hombre que está en sus cabales y no desea vivir.

—Me está diciendo...

—Que ha intentado quitarse la vida en la celda.

Julián aspiró ese aire impregnado de desinfectante hasta experimentar un leve mareo. Adolfo, queriendo suicidarse. Pobre amigo, siempre marchando en el sentido contrario al de los demás, siempre mal comprendido, ignorado, tratado con displicencia, como se hace con los locos o los niños. Y él, que no fue capaz de brindarle la atención que su caso requería...

—Tenga, me dio esto. Bueno, en realidad se lo arranqué de los dedos, no quería soltarlo. Pero sospecho que si pudiera hablar ahora, diría que se lo mostrara.

Julián contempló el papel arrugado que el médico le ofrecía. Estaba sucio y algo humedecido. Lo estiró para leer esa letra despareja de líneas agudas, la letra de Adolfo.

*Sucedió en la noche, no lo esperaba.
Buscando el olvido la muerte acechaba.
No la mía, ya lo hubiese querido,
aunque muerte al fin, me llegó su estocada.
Otro alzó la mano, otra sufrió la espada.
Mía fue la culpa de no haberme ido,
por querer insistir en una vida errada.*

Julián apretó el papel entre sus dedos, herido por el sufrimiento del amigo. El pobre intentaba decir que era inocente, aunque aceptaba resignado la jugarreta del destino, como un mártir griego. Adolfo había vivido su propia existencia alejada de todos, nadie conocía sus penas más hondas, y si hubiese muerto en la cárcel algunos ni siquiera habrían sabido por qué estaba allí. ¿Podía ser más triste la vida de un hombre? Pensó en su propia angustia, tantas veces recordada entre sueños, en los motivos que lo llevaron a viajar lejos del país, y se dio cuenta de que aunque él tuviese razones que lamentar, nunca alcanzarían la profundidad de la tristeza de Adolfo, que no hallaba consuelo ni en su familia. Enderezó los hombros y tomó una decisión. Mientras se dirigía hacia la cama en la que yacía el amigo, fue maquinando el modo de llevarla a cabo. Mataría dos pájaros de un tiro, si es que podía permitirse la expresión. Cuando se inclinó sobre el rostro cerúleo de Adolfo, ya el suyo esbozaba una sonrisa luminosa, la sonrisa cautivante de un ángel malvado, que no hace nada sin un propósito.

Regresó agotado a la casita del suburbio y se sorprendió al encontrar tan solo el brasero encendido. Ninguna lámpara en el exterior para iluminar su camino, ni

tampoco adentro. El solar parecía abandonado, salvo por un té que lo aguardaba humeante sobre la garrafa en la cocina. Pétalo debía de estar dormida, sin duda cansada de esperarlo. Un atisbo de compasión lo alcanzó. Pobre niña, solo contaba con él en un país extranjero y ahora debía arreglárselas en su ausencia. Procuraría acelerar su educación a manos de Elizabeth. La había notado muy entusiasmada con las ideas feministas y eso era bueno para Pétalo, pues Lizzie intentaría ponerlas en práctica con ella. Se consoló con ese pensamiento y se sirvió una taza de té. La apoyó junto a la ventana que daba al camino y encendió un candil para ver mejor lo que tomaba y garabatear algunas líneas con que encarar la defensa de Adolfo. Cuando por fin se arrellanó en el viejo sofá, el cansancio se apoderó de él y echó la cabeza hacia atrás.

Se le arremolinaban los recuerdos de las estacas y el cuero tirante, el sol asesino, las voces destempladas, el dolor intenso hasta los huesos, aquel dolor que no menguaba nunca, y se le entremezclaban con otros más recientes: la melancolía de ver a Elizabeth, aspirar su colonia de lilas y luego otro aroma que lo retrotraía a su infancia, el de los pasteles de Chela, el calor de la cocina y el cuerpo tibio de una mujer... Brunilda, que olía a vainilla y a tizne de fogón. Ella necesitaba de él tanto como Pétalo. La joven china olía a incienso y a otra cosa que no alcanzaba a identificar. Despertó del letargo al escuchar un ruido. Se incorporó y se vio envuelto en sombras. Espabiló la mecha del candil y se dispuso a escribir. Recordó el té cuando ya estaba frío, de modo que lo hizo a un lado. Tenía toda la noche por delante, se haría café para despejarse.

Pétalo espiaba detrás del biombo que marcaba el límite de su cuarto. El amo no había tomado el té que ella le dejó preparado. Mala cosa, esa noche no podría hacerlo suyo como otras veces. La rabia se le anudó en la garganta. Cada día que pasaba la alejaba más de él, lo sentía en su fuero más íntimo, lo estaba perdiendo. Mientras con sus ojos de ágata seguía los movimientos del hombre que resumía toda su existencia, sus uñas se clavaban impiadosas en la blanda piel de sus muñecas, causando pequeñas heridas.

—Mío —se dijo al ver a Julián inclinado sobre el papel, ensimismado en sus trazos enérgicos.

—Mío —se repitió al contemplar su rubio cabello a la luz del candil parpadeante.

—Solo mío —se prometió al observar el gesto conocido de quitarse los lentes y oprimirse los ojos con dos dedos, pensando.

Si Julián Zaldívar no era suyo, tampoco sería de otra. Ella había aprendido muchas tretas en su corta vida de meretriz, y las pondría en práctica para recuperar lo único que le importaba.

Brunilda se contemplaba en el espejo del tocador con ojo crítico. Se pellizcó los pómulos para darse rubor, pues estaba muy pálida. Su cabello caía como lluvia fina

sobre los hombros, sin gracia. Solo los ojos, negros y profundos, podían resultar atrayentes. Era lo que ella procuraba, no atraer la mirada de nadie, y sin embargo ese domingo en que Julián pasaría por ella para presentarla a sus amigos, lamentaba no tener la mitad del atractivo de la joven Violeta. Tomó uno de los cepillos de mango labrado y comenzó a pasarlo por las mechas largas, una y otra vez. Mientras lo hacía, su innato sentido creativo le sugirió una audacia. Tomó las tijeras de su canastita y con firmeza cortó el cabello a la altura de la frente. Un flequillo que rozaba sus ojos, tornándolos misteriosos. Quedó satisfecha. Ya no estaba tan blanca su cara, ni tan lacio su cabello. Para completar el efecto, recortó también algunos mechones alrededor de las mejillas. El resultado fue impactante: suaves ondas enmarcaron su contorno delicado, animándolo. Brunilda las peinó con pericia y armó un moño suave, sujeto por una cinta que habían desechado en el taller.

—¿Te gusta? —preguntó a Fígaro, que por la falta de ejercicio se veía más gordo.

Lástima que no tenía ropa adecuada para acompañar el cambio de cabello. Miró con resignación el vestido floreado, un poco descolorido a fuerza de lavarlo. Quizá si pidiese a la señora otro chal... Su pensamiento volvió a las sensaciones que la inundaron en el carruaje. Ella jamás creyó posible ese abandono, esa placidez que la dejaba inerme en brazos de un hombre. ¡En brazos de un hombre! Era inaudito que hubiese permitido a Julián apropiarse de sus sentidos del modo en que lo hizo. Tampoco podía reprocharle que le hubiese hecho conocer esa felicidad. Brunilda estaba asustada. De sí misma, antes que de las intenciones del señorito. El tacto de un hombre había significado para ella repulsión hasta ese momento. Se había juramentado no permitirlo nunca, y Julián Zaldívar lograba en poco tiempo hacerle olvidar ese propósito.

Los discretos golpes en la puerta la obligaron a esconder de prisa al gato y serenarse antes de abrir.

—Dulcinea. ¿Qué ocurre?

—Me mandan traerle esto, señorita. Parece que lo dejaron hoy temprano. Dice la Evelina que la próxima vez deberá recibirlo usted, que no somos criadas suyas.

Sin replicar, Brunilda puso la caja sobre la colcha y despidió a la mulata. Una vez sola, desató con rapidez las cintas y levantó la tapa. Una tarjeta escrita de puño y letra precedía a la seda que envolvía el vestido.

Póntelo hoy, si es de tu gusto. Y si no, consultaré tu carpeta de diseños para la próxima.

Julián Zaldívar, que aparecía como un Rey Mago a la hora de salvarla de un apuro. Con avidez desplegó la prenda y quedó extasiada. Era un traje sencillo que no desentonaba con su condición, de una finura exquisita: verde, con el faldón que se abría en dos para mostrar el plisado delantero y el escote cuadrado. Brunilda descubrió otro paquete oculto entre los papeles. Era una camelia de color crema, sin

duda para realzar el corpiño. Se maravillaba de que él supiese qué podía gustarle, como si adivinara lo que había en su mente. Eso la detuvo. No, nunca debía saber el señorito qué pasaba por su mente, eso sería la perdición. Guardó el vestido con cuidado y soltó a Fígaro, que maulló su descontento antes de trepar de nuevo a la cama. Ella permaneció ensimismada, temerosa de sentir algo cuando ya todo le estaba negado. Iría a la tertulia porque debía complacer a su benefactor, pero no pondría empeño en eso, se mostraría distante para evitar que el mundo al que no pertenecía la rozase. Con esa determinación, se dispuso a preparar su mejor ropa interior para estar a la altura del vestido nuevo. Después de usarlo lo devolvería planchado, para no deberle nada al señorito. Y para que no hubiese malentendidos entre ellos.

Con tantas cosas en la cabeza como tenía y elucubrando la manera de llevar a cabo su designio, Julián arribó a la casa paterna sobre el filo de la hora. Su madre aguardaba con paciencia recalcitrante, sentada en el saloncito de recibo, leyendo. A su lado, de pie y con aire discreto, la mujer más hermosa y desconcertante que él había conocido.

Brunilda, vestida con el traje que él le compró, luciéndolo como si lo tuviese pintado sobre el cuerpo. La camelia rozaba su piel en un punto del escote que él jamás hubiese elegido, un detalle original de su autoría. Algo había en su rostro, un aire distinto que desentonaba con la armonía del conjunto, aunque en lugar de arruinarla la realzaba.

—Acá estamos —le dijo doña Inés—, esperándote.

—Llegaremos a tiempo, Fran no tiene la puntualidad inglesa.

—Ni otras cosas tampoco —comentó su madre con acritud.

Cuando supo que doña Inés iría también, invitada por la esposa del mejor amigo del señorito, Brunilda se alegró, no solo porque su presencia garantizaría la conducta del hijo, sino porque a la señora le vendría bien airearse, mejoraría su carácter de los últimos días. Parecía que la Semana Santa se le había quedado en Viernes.

Subieron al coche y Brunilda disfrutó de la sensación de libertad que acarrea el viento del río. La ciudad se engalanaba con el sol y lucía sus malvones, sus canteros de césped, hasta sus charcos se doraban y centelleaban como joyas. El cielo asomaba por sobre los muros blanqueados, y las copas de los árboles los pintaban con sus ocres y amarillos.

La Pascua estaba en su esplendor. El coche tomó el camino del Bajo para que las damas viesan el río, aún encrespado por la lluvia pasada. El Paseo de Julio era una ancha franja de tierra que orillaba la ribera. Sobre el pasto y la gramilla solía verse la ropa de ricos y pobres oreándose al sol, mientras negras y mulatas lavanderas parloteaban y golpeaban las sábanas, camisas y lienzos en las aguas encharcadas.

Brunilda se sentía feliz. El día soleado, el placer de sentir la seda sobre su piel; aunque le preocupaba la recepción que tendría en casa de los Balcarce, sus temores

no alcanzaban a opacar la sensación de plenitud que ese día la embargaba. Había sido buena idea cortarse el flequillo, se sentía bonita y algo atrevida.

Tomaron por la calle San Martín hacia el norte, adonde se estaba trasladando la gente bien en esos tiempos, y pronto apareció la fachada del palacete de los Balcarce. Era una verdadera mansión, alta y estrecha, rodeada de jardines, con una entrada lateral para los coches y un precioso *cottage* en el fondo, entre setos y flores.

—Es increíble cómo la gente copia toda esta moda francesa de *L'École des Beaux-Arts* —comentó Inés Durand al descender del vehículo.

Su crítica se diluyó no bien salió a recibirla Elizabeth O'Connor con los brazos abiertos.

—Mi querida, ¿cómo has estado? —dijo doña Inés en un tono de voz que Brunilda no le conocía.

Julián aprovechó la confusión de las presentaciones para susurrarle:

—Estás distinta. ¿Qué te has hecho?

Y antes de que pudiera responder, la misma Elizabeth la tomó de las manos y le dirigió una sonrisa cómplice.

—Y aquí está la famosa Brunilda. No mentiste en nada, Julián, y aún te quedaste corto. Es bellísima. Mi casa es tuya, Brunilda, entra y conocerás a mis pequeños diablos.

El hombre que contemplaba divertido la escena era Francisco Balcarce, y Brunilda pudo percibir que la miraba con intención, como si él y Julián ya hubiesen hablado de ella.

Los niños completaron la algarabía que reinaba en aquella casa. Santos y Juliana eran dignos hijos de sus padres, cada uno reproducía un aspecto de su progenitor y sin embargo revelaban personalidades únicas. Francisco y Elizabeth estaban orgullosos de su prole, se notaba, y también notó Brunilda que estaba en camino otro hermanito, pues la señora de la casa solía apoyar su mano sobre el vientre con aire protector, sin darse cuenta. Hasta la servidumbre parecía formar parte de la familia, y una empleada muy risueña le dijo que se alegraba de su presencia, pues la señora Durand, en sus acostumbradas visitas, no comía los pastelitos que ella hacía.

—Cachila, llévate a los niños al jardín y dales las viandas que preparamos hoy para que se entretengan. Es bueno que tomen sol, después de tanto encierro.

—Ya va, Misely, pero antes quiero decirle que hay un gato en el tejado del cotí.

—¿Dónde?

—En el techo del cotí —insistió la muchacha.

—Debe de ser tu *cottage* —aclaró Fran.

—Ah... —Y Elizabeth ahogó una risita—. Bueno, solo vigila que no lo toquen, por si está enfermo.

—A Brunilda le gustan los gatos —intervino Julián.

—¿De veras? A mi madre también, y justamente hice construir ese *cottage* para ella, que nos visitará muy pronto. ¿Tienes gato, Brunilda?

Julián se apresuró a intervenir ante el tema ríspido:

—Tenía uno al que ella quería mucho, sobre todo por ser el sobreviviente de una tragedia familiar. Fígaro es todo lo que le quedó de su antigua vida.

Doña Inés miraba fijo a Julián. Presa entre el sentimiento de rabia por haber sido burlada con el asunto del gato, y ahora el de compasión al saber que la joven se aferraba al animal por razones sentimentales, no supo qué decir. Miró luego a Brunilda, que asistía callada a las explicaciones que le concernían, y la vio como nunca antes: serena, sufrida, valiente. Todas cualidades que ella admiraba.

—¿Y dónde está Fígaro ahora?

—Bueno, me he encargado de él hasta que Brunilda pueda tenerlo de nuevo con ella.

Era una mentira suave, parecida a la verdad. Después de todo, Julián se encargaba de mantener oculto a Fígaro en los fondos de la casa de su madre.

Pasaron al comedor, una sala descomunal en la planta baja, ya que los dormitorios se hallaban en el primer piso. Pese al lujo del ambiente, podía percibirse la calidez en los detalles. Brunilda descubrió carpetas bordadas sobre los *petit meubles*, vasitos con flores frescas de invernadero junto a miniaturas de los niños con sus trajes de gala y un pequeño abrevadero para aves en la ventana. Algunas tallas indígenas desentonaban con la magnificencia de los marcos de pan de oro de las pinturas.

—¿Te agradan? Las he traído del Tucumán, donde vivimos por un tiempo mientras mi esposo asesoraba en los ingenios azucareros. Fue muy lindo aquello.

—¿Las hicieron los indios?

—Pues sí, algunas para la iglesia, que luego quedaron abandonadas. Otras me las regalaron los padres de los niños a quienes enseñaba.

—Son muestras de cariño, entonces.

—Por eso les reservo el lugar principal, para que se vean bien.

A Brunilda le sorprendió el modo de ser de Elizabeth. Llana y a la vez distinguida, una dama sin remilgos. Le pareció conocerla desde siempre y se extrañó de la fluidez con que pudo comentar cosas a esa desconocida que además era amiga de Julián y conocía sus secretos, según pudo comprobar.

La tarde transcurrió entre risas, anécdotas de los viejos tiempos y discusiones sobre las ideas que se proyectaban en la ciudad. Francisco Balcarce estaba muy enterado y Julián ansioso por saber.

—Estuvo en casa el arquitecto Clodomiro Hileret. ¿Recuerdas que lo conocí en el Tucumán, cuando fundó algunos ingenios allá? —Y ante el asentimiento de Julián, Fran prosiguió—; él diagramó el tramo del Ferrocarril Central de Córdoba al Tucumán. Ahora queda el de Rosario, para completar la red hacia los puntos principales del interior. Muy pronto el país entero estará surcado por las vías.

—Como quería Sarmiento —acotó Elizabeth, que seguía en amistoso contacto con el hombre que la había prohijado en su ambicioso plan de dotar de maestras a toda la República.

—Se salió con la suya en eso y en otras cosas que debo agradecerle —sonrió Fran con picardía.

—Pero cuéntame de los proyectos del puerto, que me interesan —insistió Julián.

Las dificultades de los buques de gran calado para arrimarse a la costa eran un tema pendiente de solución desde hacía mucho, pues por fuerza debían fondear a varias leguas, en pleno estuario, y desde allí había que abordar las barcazas, las lanchas y por fin las carretas de altas ruedas para tocar la orilla barrosa. Elizabeth recordaba bien esa travesía, la había padecido en medio de la incertidumbre y el miedo a lo desconocido. Brunilda, que algo recordaba de eso también, dijo con timidez:

—Filipa me sentaba sobre su regazo para que no me cayese entre los huecos de las maderas. Se veía el agua tan cerca... Era pequeña, pero no se borró de mi mente.

—¡Como para olvidarlo! Íbamos a los tumbos y empapados —dijo Elizabeth—. Un caballero extranjero me daba ánimos —y se arrepintió de inmediato de mencionar a Jim Morris, un extraño que se había interpuesto entre ella y Francisco.

Julián la sacó del apuro.

—Decías que el capitán del buque, irlandés también, había sido como un padre para ti.

—Ah, sí, el capitán Flannery... Qué será de él ahora...

—Andará fondeado en el estuario, sin duda, mientras se discuten los proyectos del nuevo puerto —comentó con acidez Fran, que no deseaba remover aquellos recuerdos tormentosos.

—¿Entonces? ¿Cuál de los proyectos prefieres?

—El de Luis Huergo suena más sencillo y menos costoso, pues sale del Riachuelo, nuestro puerto de cabotaje, y se va abriendo por medio de dársenas hacia el norte. Puede incluso completarse de acuerdo con las necesidades futuras y eso es bueno. Es un proyecto abierto, que no estanca al país, llegado el caso.

—¿Pero...? —preguntó Julián, sospechando que habría intereses opuestos detrás de ambos proyectos.

—Eduardo Madero tiene de su parte que centra el puerto en la Plaza, donde hay comerciantes de peso. Y esta novedad de las esclusas, puentes giratorios y parafernalia mecánica resulta atractiva, debo admitir.

—Entonces, lo decidirá el costo de la empresa.

—En eso son bastante distintos también, pues el de Huergo se haría con técnicos nacionales, mientras que el de Madero necesita contratar profesionales extranjeros.

Julián quedó pensativo.

—Me pregunto a qué se deberá un enfoque tan diferente en dos ingenieros.

—Bueno —comenzó Fran con cierto sarcasmo—, quizá ahí esté el meollo del asunto, ya que el único ingeniero es Huergo, el primero en recibirse en el país. Madero es un comerciante muy bien relacionado.

Elizabeth se inclinó sobre Brunilda y dijo con intención:

—Será mejor que encontremos pronto otro tema, o tendremos que enterarnos de las medidas de las esclusas y la separación de las dársenas. A mi esposo le fascinan los cálculos.

Justo en ese instante entró Livia, y Elizabeth se levantó presurosa para unirla a ellos.

—¿Qué te han dicho? —inquirió con ansia, después de que la joven saludó a los recién llegados.

Mientras Livia relataba su reunión con un grupo de maestras que preparaba una disertación, Brunilda pudo observar a sus anchas a la extraña muchacha que compartía con confianza los asuntos de la familia. La habían presentado como maestra y amiga de Elizabeth, aunque parecía haber diferencia de edad entre ellas. La joven tenía una madurez notable y una austeridad de gestos que sorprendió a Brunilda, acostumbrada a las veleidades de las señoras y señoritas que frecuentaban la casa o que veía en el taller de modas. Su apellido, Cañumil, también le sonó raro, si bien había en esos tiempos apellidos de la más diversa índole.

—Estamos embarcadas en un plan de promoción de mujeres que quieran especializarse en oficios o trabajos bien remunerados, porque aparte del de maestra, cuesta mucho aceptar que la mujer trabaje fuera de su casa si no tiene real necesidad —le explicó Elizabeth.

—¿Y por qué querría una mujercita que lo tiene todo salir a lidiar con la dura calle, amor mío?

—Para poner a prueba sus cualidades —respondió Elizabeth con dulzura— y no sentirse sola y abandonada cuando los pichones vuelen de su nido. Además, el trabajo y el estudio enriquecen, esposo mío, bien lo sabes cuando te dedicas con alma y vida a algún proyecto —y como supuso que Fran atacaría de nuevo, posó su mano con suavidad sobre la de él y dijo—, luego lo discutimos.

Julián escondió una sonrisa. Si algo sabía sobre esos dos era que, a la larga, la terquedad y paciencia de Elizabeth siempre triunfaban.

Al retirarse para degustar licores, las damas se reunieron en un *boudoir* decorado al gusto barroco y empapelado en color crema con hojas doradas. Allí, la dueña de casa ofreció los famosos pastelitos de membrillo de Cachila, que a Brunilda le recordaron los sabores de Chela en la estancia. Doña Inés se veía distendida y pendiente de los niños que jugaban afuera.

—Hoy han estado terribles —dijo Elizabeth—, así que cuando agoten sus energías los llamaré para que le cuenten sus andanzas.

—Cómo han crecido... Los veo tan grandes...

Brunilda captó un dejo de añoranza en el comentario y comprendió que parte del malhumor constante de la señora se debía a su soledad. Con el hijo dando vueltas por el mundo y el esposo anclado en la estancia, ella vivía como una ostra, replegada en el interior de su casa. Lástima que no se dejara acompañar, pues ella también estaba sola.

—Brunilda, me ha dicho Julián que trabajas en un taller de modas, que coses muy bien y tienes grandes planes.

Abrumada al verse expuesta, la joven atinó a explicar que recién empezaba como costurera y que estaba aprendiendo mucho. Livia la miraba con interés.

—Es muy loable que tengas una vocación definida —continuó Elizabeth—. Ya ves que resulta difícil para una mujer abrirse camino. Solo algunos hombres de mente avanzada nos ven como algo más que madres de sus hijos. Que son también nuestros —agregó sonriendo.

—Supongo que al criar hijos la vida se complica para la mujer que quiera tener oficio.

—Eso es muy cierto —aceptó Elizabeth— y por eso es importante que el esposo apoye estas ideas, que no son extravagantes, ya que pensadores de todo el mundo las sostienen, si bien con gran esfuerzo. Es más fácil pensar que ejecutar.

Livia parecía beber de sus palabras, que concitaron la atención de Brunilda:

—Estamos formando un grupo para debatir estos temas —aclaró Elizabeth—, basándonos en las ideas de Mary Wollstonecraft. Fue una mente brillante que supo ver las injusticias de una educación desigual antes que otros, y bregó por que el Estado aboliese la subordinación legal de las mujeres. ¡Incluso el Estado francés revolucionario mantenía esas diferencias! De donde yo vengo —siguió la joven madre— estas ideas ya se divulgan, pero aún hay parte de la sociedad que las resiste, porque los idearios prosperan entre los intelectuales y tardan en asimilarse. Es por eso que admiro a los hombres de aquí que se anticiparon al valorar a la mujer por su capacidad, y no cayeron en la frivolidad de llamarla «sexo débil».

—Pero ¿existen esos hombres? —se interesó Brunilda.

—Siempre hay excepciones a todo. Rivadavia, Belgrano, Sarmiento... El problema de ver las cosas antes que los demás es que nadie las comprende. Lo menos que dicen es que están locos —y Elizabeth sabía que a Sarmiento le endilgaban ese mote, agravado por los estallidos de carácter que lo distinguían.

Brunilda estaba fascinada con la conversación. Ella nunca había oído mencionar a la tal Mary, ni sabía que hubiese hombres que siguieran el pensamiento de una mujer, pero la vehemencia de Elizabeth O'Connor la convencía, y se sentía respaldada en su afán por llegar a ser una modista de alto vuelo. Deseó con fervor volver a visitar a los Balcarce, tener más oportunidades de aprender de esas ideas que le parecieron reveladoras.

—Estás invitada, Brunilda, te avisaremos cuando celebremos nuestra próxima tertulia. Por supuesto que también usted, doña Inés, no se haga rogar, que me hará un gran honor contar con su presencia, ya se lo he dicho.

La señora Durand disimuló la turbación con un sorbo del té que Cachila había traído en una bandeja. Aunque se mantenía reservada, sus ojos mostraban interés en la charla.

—Si mi salud lo permite, vendré —aceptó.

—¿Has hecho tú misma el vestido, Brunilda? —quiso saber Elizabeth.

El sobresalto que sufrió al verse obligada a responder sobre algo que podía dar pie a un malentendido no pasó desapercibido. Elizabeth lamentó haber sido indiscreta, pero para sorpresa de todas, fue doña Inés quien salió a salvarla del apuro.

—Se lo he regalado yo. Ella trabaja mucho y no ha tenido tiempo de coser nada propio. Ya solucionaremos eso.

Brunilda le dirigió una mirada de agradecimiento a la que la señora Durand respondió con una sonrisa. Había sido un instante, nada más, y sin embargo la joven sintió que allí empezaba a cambiar todo.

Los hombres aparecieron de la mano de los niños, que reclamaban atención, y el resto de la velada pasó entretenida con los relatos de sus travesuras, alternadas con episodios del viaje de Julián. Al despedirse, pasadas las cinco, Brunilda se sentía liviana como una pluma, olvidada de sus preocupaciones y confiada en su destino. Antes de salir a la calle donde ya esperaba el coche, Livia le dijo con simpatía:

—La esperamos.



CAPÍTULO 22

—**M**anu, préstame tu ropa de nuevo.

—Ya no, Violeta.

—¿Cómo que ya no? Necesito ir a la ribera a pintar mis gaviotas. Hoy voy a usar carboncillo azul.

—Es peligroso.

—Pero voy acompañada por el mejor cazador del Iberá —repuso ella zalamera.

—No puedo ir contigo, Violeta. Por eso es mejor que no vayas ni uses mis ropas.

La joven entrecerró los ojos y puso los brazos en jarras.

—¿Y por qué no, si puedo saberlo? Guardas secretos conmigo, Manu, eso no está bien.

El joven cerró los puños adentro de los bolsillos y se mordió la piel de las mejillas. Era cierto lo que decía Violeta, le guardaba secretos. Que no podía revelar sin ponerla en peligro también, ya que por muy ignorante que fuese, Manu entendía que Barceló y sus amigos se movían en aguas turbulentas. Él había querido procurarse un buen dinero y luego volver a los esteros, sin enredarse en los litigios de aquella ciudad. Esa meta se le hacía más lejana y él se hallaba cada vez más inmerso en un ambiente del que desconfiaba.

—¿Llevarás a Huentru?

La pregunta de Violeta lo desconcertó. ¿Llevar al perrito en sus andanzas? Ya quisiera verlo trotando tras sus pasos o a bordo de su barca mientras él pescaba. Desde que compartía la trastienda con el cachorro, no soñaba otra cosa que llevarlo a los esteros para enseñarle a cobrar piezas y a mantener a raya los zorros que acechaban a las gallinas. La estadía en Buenos Aires se prolongaba, y Manu no veía la hora de regresar con Violeta y Huentru a cuestras.

Esa tarde tenía cita con la camarilla de Barceló, irían a un antro de politiquería donde por fin le indicarían cómo ganarse unos buenos pesos. Además del cachorro, Manu había recibido algunas remesas a título de adelanto, que él aceptó como compensación por tanto tiempo perdido.

—No. Quédatelo por hoy. Mañana lo busco y lo llevo a la tienda.

—¿Mañana? ¡Si recién estamos de mañana, Manu! ¿Es que no piensas volver hoy?

—Voy a estar ocupado con algunos encargos. Pórtate bien y no salgas.

—¿Que no salga? ¡Acabo de decirte que iré a pintar gaviotas...!

—No salgas, a menos que te acompañe Dalila, o bien la señora de arriba.

—Quizá vaya a lo de Ansaldi vestida de viuda, entonces. Hace tiempo que no voy, pensará que desistí del trabajo.

Manu suspiró, impaciente.

—No salgas, Violeta, es peligroso.

—Otras veces he ido.

—¿Quién va a cuidar de Huentru si te vas?

Esa estratagema dio resultado. A Manu le costaba dominar el ímpetu aventurero de Violeta, ella podía convencerlo con un mohín o una sonrisa, pero esa vez quiso asegurarse. Por alguna razón, saber que estaría ausente durante toda la jornada le provocaba un temor religioso. Contaba con la mulata y la viuda del piso superior como única coartada, y ahora podía abusar de la sensibilidad de la jovencita invocando al cachorro.

Violeta se quedó viéndolo partir con el ceño fruncido. Estaba acostumbrada a lograr de Manu lo que quería, pocas veces él se imponía a menos que hubiese una razón de peso, y en esos casos ella misma se daba cuenta de la gravedad, jamás discutían al respecto. El empecinamiento de su amigo la inquietaba. Ya no era el gentil compañero de aventuras al que podía sonsacar cuanto quisiera, en los últimos tiempos se mostraba más reservado e incluso distraído, como si tuviese alguna preocupación que no fuese cuidar de ella. De pronto, una idea insólita atravesó su mente. ¿Estaría enamorado? Perpleja ante esa posibilidad, no escuchó el llamado de Dalila.

—Señorita, el desayuno —repitió la mulata desde lo alto.

—Dalila, tenemos un problema.

—Ah, ¿sí? ¿Y cuál es, aparte de todos los demás?

—Creo que Manu se ha prendado de alguna dama.

La sorpresa aflojó las piernas de Dalila, que se dejó caer sobre el peldaño.

—¡Virgen Santa, qué buena noticia!

Violeta la miró con reproche.

—¿Por qué dices eso? ¿Qué sabemos de quién se trata? ¿Y si es alguna engreída que quiere burlarse de él?

—¡Pues que se defienda solito, como cualquier hombre! ¿A qué preocuparse?

—Yo me ocupo de mis amigos, Dalila, y no quisiera que Manu sufriese por culpa de una pérfida.

La criada contempló la figura de la joven cruzada de brazos en actitud combativa como si ya estuviese frente a la malvada mujer que iba a arrebatarse al mozo. En buena hora aquel grandulón conocía a una hembra a su altura, así alejaba su mirada de la joven ama, que ya se pasaba de ingenua. Dalila no tenía un solo rizo de tonta, y eso que su pelambre parecía de estopa. Todavía le daba vueltas en la mente la carta que pensaba enviarle a la señora Muriel y que, si ella supiese escribir, ya lo habría hecho, pero debía recurrir a otra persona y sentía temor de decírselo a la dama de arriba, tan seria, no fuera a pensar mal de ella y denunciarla. Tal vez las cosas se arreglasen solas, si Manu Iriarte se iba tras una chinita. Disimuló para no herir los sentimientos de Violeta y la animó con dulzura a subir.

—Vamos, mi amita, que se le enfría el chocolate. Y la señora me dijo que después le gustaría que le leyese alguna cosa, no entendí qué, usté perdone, pero esos nombres

tan raros no me quedan en la cabeza.

Violeta se dejó llevar, presa de una gran tristeza.

Más tarde, cuando Manu la llamó para despedirse y dejar en sus manos a Huentru, bajó de prisa, más animada.

—Bueno, me voy —dijo él, muy serio. Llevaba una gorra de campo y un lío de ropa colgado del hombro—. Cuídalo mucho, que a lo mejor me extraña.

—Yo también te extrañaré.

—Está bien, pero prométeme ser buena, Violeta, no hagas nada mientras no estoy.

Violeta se alzó de hombros.

—¿Acaso te importa lo que yo haga?

Manu la miró embobado.

—Siempre me importó.

—Sí, pero ya no, ahora pareces más interesado en otras cosas.

—Porque estamos acá, en la ciudad, donde uno está siempre tan ocupado. Cuando volvamos a casa todo será como antes.

—¿En serio, Manu? ¿Me lo prometes?

El joven ensanchó su rostro en una sonrisa infantil y la miró desbordante de amor.

—Prometido.

—¡Gracias, Manu! —Y Violeta le echó los brazos al cuello, colgándose de su corpachón formidable.

Luego, en el mismo raptó de emoción, aplastó sus labios rosados contra la dura boca de Manu, manteniéndolo pegado a ella, aprovechándose de la conmoción que paralizó al joven, sintiéndose audaz y victoriosa sobre el corazón de su amigo.

Al soltarlo, ni lo miró; tomó a Huentru, que había quedado entre ambos, y subió al galope la escalera, gritando:

—¡Lo cuidaré mucho, Manu, te lo prometo!

Iriarte quedó petrificado en el umbral, como si le hubiese caído un rayo en la mollera.

La pulpería del gaita Morales quedaba en las afueras, antes de cruzar el Maldonado, límite incierto entre la ciudad y la pampa misma. El díscolo arroyo corría entre cañadones, aunque al llegar a las tierras bajas solía desmadrarse en los pajonales, inundando los caminos. Ya le habían avisado a Manu que debía seguir las vías del Ferrocarril del Oeste, pasando por el Mercado Central. Más allá de los puestos de frutas y hortalizas, después de traspasar las pilas de repollos, zanahorias, los cajones de naranjas, y esquivar los carros cargados de gallinas y las tiras de chinchulines y reses colgando en las carnicerías, se abría la antigua senda de las carretas, que orillaba las quintas y huertas que proveían a la ciudad.

Manu sabía que debía continuar por un terreno anegadizo al que Barceló llamaba «el bañadito», y luego guiarse por las pobres casas de chapa y madera que jalonaban

la huella. «Siempre a tu derecha y hacia el norte, no podés perderte», le había dicho.

Para un hombre como Manu, acostumbrado a orientarse con el soplo de los vientos y el vuelo de las aves, no era tarea difícil. En poco tiempo estuvo en la pulpería del gaita, que se anunciaba con un mástil y un pañuelo rojo flameando en el extremo. Varios palenques se abrían en círculo alrededor de la casa, marcando un límite que infundía respeto. Los caballos pestañeaban con una pata trasera doblada y la testuz caída, aunque Manu sabía que si se aproximaba olfatearían el aire y sacudirían el pescuezo, nerviosos. Llevaban recados cubiertos con pieles de carnero. Algunos de los parroquianos bebían montados, como si no pudiesen perder tiempo y la llanura los demandase. Echaron miradas torvas a Manu cuando entró a la pulpería.

El gaita era un hombre tosco, poco amigo de las chanzas, el personaje más inapropiado para mantener un lugar de jolgorio como ese. La viudez lo había vuelto huraño, aunque se decía que él había matado a su esposa al descubrirla bebiendo en compañía de un viajante de comercio. Se mantenía detrás del mostrador enrejado, limpiando con un trapo sucio y fiscalizando el consumo de las bebidas. Si algún parroquiano emplumado se acercaba, acariciaba la culata de su pistola de modo ostensible, invitándolo a recular. Otras veces introducía un palo entre los barrotes con furia, para mantener las distancias. Las palabras sobraban.

Manu encontró animado el ambiente a su llegada. Desde una mesa arrimada a la pared Barceló le hacía señas, invitándolo. Estaba rodeado de los amigos de siempre y otro que Manu no conocía y parecía más pituco que los demás. Acababan de finalizar una partida de naipes y pedían otra ronda de caña. El resto de los parroquianos estaba compuesto por carreteros, algún gringo de paso, y dos mujeres; una atendía las mesas bajo la vigilancia del gaita y la otra intentaba engatusar a un paisano que bebía debajo de los arneses colgados. Ambas mal entrazadas y de aspecto hombruno, mujeres de temer, a juicio de Manu, que conocía el paño.

Se sentó entre grandes aspavientos de los camaradas de Barceló, y pidió un vasito de licor para no desentonar, aunque decidió no beber hasta tener en claro qué se esperaba que hiciera.

—¿Te viniste caminando? —preguntó el Sapo, al tiempo que le propinaba un espaldarazo amistoso.

Todos rieron del comentario como si fuese un chiste. Manu no hacía sino caminar, puesto que esa era su manera de moverse desde que había nacido, y no veía la razón de cambiarla en la ciudad, pese a la existencia de transportes. Los boletos eran caros, además, y él prefería ahorrar para volver lo antes posible.

Entre partida y partida, la camarera les llevaba sardinas en aceite, queso, galletas y jarras de caña que bajaban con rapidez vertiginosa. Así atendidos, estuvieron un par de horas sin hacer nada de provecho. Más tarde, el ambiente comenzó a variar: llegaron viajeros de poncho y chiripá que se acodaron en las mesas de la puerta para vigilar sus cargas, y algunos gauchos que miraban de reojo a los que entraban y salían. El gaita se conservaba hierático como siempre. Manu se había visto obligado a

beber para no desairar las invitaciones constantes, y se sentía algo pesado. El rastrilleo de las espuelas en el piso barrido formaba un fondo, como el canto de los grillos, y muy pronto el aire se llenó del humo de los cigarros, enturbiando la visión. La pulpería iba adquiriendo, con el paso de las horas, la fisonomía de un tugurio de mala muerte, sobre todo por la índole de los parroquianos. Los compañeros de Manu se removieron en sus sillas al ver entrar a un grupo de gauchos compadritos, vestidos con una mezcla de prendas.

—Fíjate en esos —lo codeó el Sapo, y Manu observó que el grupo se adueñaba con facilidad de las mesas centrales, desalojando a los que bebían desde hacía rato. En la mansedumbre con que cedieron sus lugares se adivinaba el caletre de los recién llegados. Les temían.

—El de adelante es el jinete —le siguió informando.

Reconoció en el tipo de negro al ganador de las cuadreras, el que Barceló había llamado «Sietemuertes». Como la vez pasada, llevaba un sombrero requintado sobre el ojo izquierdo, y por debajo un pañuelo colorado. La camisa blanca que sobresalía de las mangas de la chaqueta, el calzoncillo cribado y el tirador de cuero con relucientes monedas completaban el atuendo. Calzaba botas altas a la europea, en tanto que sus compañeros, más modestos, llevaban las de potro con los dedos al aire.

Se sentaron en medio de innecesario bullicio, dando a entender que no deseaban pasar desapercibidos, y antes de pedir su caña miraron en derredor, calibrando a los clientes. El ojo visible de Sietemuertes se detuvo en Manu. Un instante capturado en el tiempo, y luego la escena recobró su dinamismo. Barceló y el nuevo camarada parecían nerviosos, o excitados.

—Más le vale quedarse quieto —alardeó el Sapo, barajando sus naipes— o se las verá con nosotros.

Los demás se hicieron eco de ese comentario con risas y groserías. Al cabo de un rato, enjuagadas las gargantas con más ginebra, el nuevo integrante, que respondía al nombre de Ruyerito, echó la silla hacia atrás y dijo en tono altisonante:

—Va siendo hora de despejar el ambiente, que huele a podrido.

Por arte de magia, el bullicio de la pulpería se apagó. Solo el zumbido de las moscas atravesaba el humo y el vaho de los licores. Luego, como figurones de teatro, los parroquianos que rodeaban la mesa de Manu se fueron corriendo hacia las paredes, anticipándose a la escena que sobrevendría. Un payador que templaba la guitarra soltó un rasguído desafinado antes de apoyarla sobre el muro y retirarse. El gaita frotaba con energía el mostrador.

—Escuchame bien —susurró el Sapo en el oído de Manu—. Este tipo es el que quiso matar a Alsina y lo va a intentar de nuevo. El doctor quiere que le paremos el carro de una vez. Son unos mitristas hijos de puta que nos van a reventar. Habrá buena plata para que él le ponga freno a Sietemuertes. Es un canalla, se cargó a siete, como te darás cuenta por el nombre. ¡Y de una! No se pierde nada si lo borramos del mapa.

Manu escuchaba entre la bruma de la ginebra y entendía que se esperaba de él una hazaña. Él nunca se había puesto a pensar qué tipo de trabajo le encargarían, y si bien desconfiaba de las intenciones de Barceló, jamás creyó que se trataría de un asesinato. Allá en su tierra, los hombres se batían en buena ley por algo que los enfrentaba, no por encargo, aunque siempre había mercenarios. Él no era mercenario.

—No lo conozco y no tengo por qué matarlo —objetó.

El Sapo se impacientó.

—El doctor confía en vos, ya lo has visto. Te regaló el cachorro porque te aprecia, sabe que no actuás por dinero, pero es un hombre justo y si hacés algo grande, habrá recompensa. Mucha, te puedo asegurar. Alsina es generoso con los que le sirven bien.

Manu había conocido al caudillo en un mitin al que asistió tiempo atrás, y le había impresionado la locuacidad del hombre, su prestancia y su llaneza. De ahí a matar por él, había un trecho que no pensaba recorrer.

—A mí la política no me interesa.

—¡Si no es por política, te digo, es por salvarle la vida! ¿Te parece que un tipo como Sietemuertes fallaría dos veces? La próxima lo hacen finado al doctor, de juro.

Manu se sentía acorralado. No quería que la muerte de Alsina pesara sobre él, y tampoco deseaba matar en su nombre. Otra cosa sería si el propio ministro lo llamase y le explicase. ¿Por qué no le explicaban bien? ¿Acaso creían que no podía entender? Violeta confiaba en su juicio, le confiaba su vida misma. Pensar en ella le arrancó un rictus de emoción. Lo había besado. Impulsada por la gratitud de algo que él no alcanzaba a comprender, no obstante lo había besado. Sus labios frescos se habían posado sobre los suyos, su dulzura lo había embriagado. Ella era todo lo que le importaba. ¿Qué hacía ahí, en medio de gente que no le interesaba, embarcado en cuestiones ajenas, expuesto al hazmerreír de todos? Volvería a la casa, la buscaría y la convencería de regresar en compañía de Dalila y de Huentru. Serían felices de nuevo en El Aguapé, y su padre estaría orgulloso al saber que su hijo se había desandado solo en la ciudad. Quizá podría ocupar un pedazo de tierra para construir su casa, y en el futuro...

—Acá viene.

El alerta de Barceló lo sacó de su ensueño con tal rapidez que se mareó. Sietemuertes avanzaba hacia la mesa. Se tocó el ala del sombrero con gesto presumido.

—Buenas tengan los señores. Me dicen que hay un hombre que anda mentando no sé qué cosas de mi persona. Yo no las voy de guapo por ahí y no me gusta que otros lo hagan a mi costa.

La camarilla se Barceló se abrió con gran chirriar de sillas, y los hombres se pusieron de pie con intención de defenderse del agresor, aunque a la hora de aclarar el punto, Sietemuertes se refería solo a Manu.

—Yo a usted no tengo el gusto de conocerlo, señor.

Ruyerito salió de atrás del gaucho, como si hubiese estado en compañía de los mitristas, y se plantó junto a Barceló con aire sobrador.

—Él es un correntino que está con nosotros —informó.

—Ajá. ¿Y qué con eso? —Sietemuertes no le sacaba el único ojo de encima.

Manu comenzó a sentir un calor que le subía desde las verijas, un ardor de rabia y de furor, no a causa del asesino que tenía delante, sino de los otros, de los que hasta ese día se habían fingido sus amigos, lo habían endulzado y enseñado las diversiones ciudadanas como si él fuese un palurdo ignorante. Y ahora lo empujaban a una pelea que no era la suya. Se arrepintió mil veces de haber caído en esa trampa, de haber sido ambicioso y pretender regresar con los bolsillos llenos, cuando esa plata malhabida le quemaría en las manos. Qué tonto fue...

—Si el hombre es de aquella zona, entonces ha de andar encajetado, porque de zonzo tiene la mirada. No lo critico, es linda la gringuita esa, la Violeta.

La mención del nombre heló la sangre de Manu. Sin entender cómo ni por qué aquel sujeto despreciable conocía a Violeta. La furia de verla mancillada en sus labios lo desbordó. Detrás de él, la camarilla de Barceló arrastró los pies y se plegó hacia las paredes, como los demás.

—¿Qué dijo? —farfulló Manu con voz cascada por la rabia.

—Ah, parece que tiene lengua nomás —se burló Sietemuertes, y de una patada sacó volando las sillas que se interponían entre él y el joven.

—¿Qué dijo usted?

Una carcajada estentórea fue toda la respuesta que Manu pudo soportar. El gaucho compadrito se abrió de piernas y sacó su facón al tiempo que enrollaba el poncho en su brazo izquierdo. Manu, que era zurdo, hizo lo propio. La pelea se planteó de forma desigual. Los avances del malevo eran amagues de bravura, en tanto que Manu se abalanzaba con todo el cuerpo sobre el otro, queriendo borrarle el desprecio con que osaba hablar de Violeta. Percibiendo que era ese el talón de Aquiles de su contrincante, Sietemuertes la mencionaba a cada momento, para azuzarlo.

—Linda moza, la de los ojos violetas.

Un tiro fallido de Manu, directo a la boca.

—Lástima que va a quedarse solita...

Un puntazo por debajo, buscando el vientre.

—No por mucho tiempo, si de mí depende.

Otro, que le rasgó el pañuelo del cuello.

Sietemuertes solo se defendía, atajaba los lanzazos del formidable oponente. Cualquiera de ellos podría partirlo en dos. Tenía fuerza el hombre, y furia suficiente. Su objetivo era cansarlo, aguardar el momento en que perdiese coordinación y pescarlo con la guardia baja cuando creyese que él no sabía actuar a la ofensiva.

Manu sentía agolparse la sangre entre el pecho y la garganta, un latido que lo ahogaba. Su mente, enturbiada por el humo y el licor, no captaba la razón de lo que

sucedía, solo la necesidad de borrar la sonrisa lasciva de ese hombre que se atrevía a nombrar a Violeta Garmendia. Ese pensamiento lo aislaba de todo lo que lo rodeaba, como una enfermedad. Matar. Acabar con las palabras. Matar.

Doña Celina Bunge no era de las matronas que pretendían disimular su fe de bautismo entre encajes, polvos y lazos artificiales. Ella llevaba con elegancia sus años, sin cuidarse de mentirlos. Alta y delgada, su presencia imponía respeto por el aplomo y la convicción de la propia valía. La señora recordaba bien sus tiempos de juventud y comprendía las ansias de aventura de Violeta. La jovencita poseía un espíritu que ella admiraba, resuelto sin ser alocado, abierto pero no ofensivo. Su natural curiosidad la asemejaba al científico que se bebe la vida en su afán de saber más y más. Celina Bunge sentía verdadero cariño por Violeta Garmendia, y se había propuesto colaborar dentro de sus posibles en la educación de la joven.

Esa tarde, mientras bordaba y la escuchaba leer con voz seductora un pasaje de *Vidas paralelas* donde Plutarco comparaba a Demóstenes con Cicerón, doña Celina la interrumpió para decir con suavidad:

—¿No has pensado nunca en escribir, querida Violeta?

—Me gusta dibujar —adujo la joven cerrando el libro, que a la verdad la aburría.

—Pues es muy buen ejercicio para la mujer. Hay una señora gallega que acaba de ganar un premio literario por un estudio crítico sobre un sacerdote, el padre Feijoo. Me hizo pensar que tienes alguna similitud con Emilia Pardo Bazán. Ella proviene de una familia encumbrada y ha rechazado los aprendizajes clásicos. Nada de piano ni de clases de danza, insiste en la lectura y en escribir como a ella le place. Y lo hace muy bien.

Violeta se encogió de hombros.

—Podría escribir sobre las aves, quizá. Conozco sus cantos, sus costumbres, qué nidos construyen, cuándo se van y cuándo vuelven, y hasta puedo describir sus plumajes. Lo sé todo de memoria.

—Una memoria prodigiosa.

—Es que me gustan tanto... —Y Violeta abrazó el libro contra el pecho en actitud soñadora—. No pienso más que en dibujarlas. En la casa de Julián Zaldívar encontré un libro de grabados hechos por él mismo. ¿Le parece que podré alguna vez dibujar así?

—Con los maestros adecuados y tu amor por las aves, creo que es posible —repuso con simpatía doña Celina.

—¿Qué maestros? Hasta ahora, ninguna de las que tuve me enseñó nada sobre dibujo.

—Es que primero estaba tu formación como señorita, la que debías tener para llevar una vida social y atender tu hogar.

Violeta frunció la nariz en cómico disgusto.

—Mucho no me interesa ese saber, doña Celina, lo cumplí para complacer a mi mamá. Ella temía que me volviese salvaje en El Aguapé.

—Buena razón tuvo tu madre al preocuparse. Ahora es cuando puedes empezar a buscar los temas de tu interés. Sospecho que no has leído los autores adecuados, así que me permito inmiscuirme en eso —y doña Celina dejó la labor sobre la mesita de apoyo para revolver en un cajón de su pequeña cómoda. Extrajo un fajo de papeles atados con una cinta negra y los desparramó ante la mirada de Violeta.

—Ten, esto de seguro no lo has leído.

La joven sostuvo el pliego que rezaba *La Camelia* en el que la viuda había subrayado una frase que sorprendió a Violeta: *sin ser niñas ni bonitas, no somos viejas ni feas*.

—¿Quién escribió esto?

—Rosa Guerra, una mujer emancipada, una rareza.

—¡Yo la conozco! Las damas de la Beneficencia nos leían algunos párrafos de un librito llamado «Julia», o algo así.

—En efecto, aunque deben de haberles leído solo lo que interesaba a sus fines. Esto que te doy refleja mejor el pensamiento de una mujer valiente, que hasta escribió una obra de teatro.

Violeta soltó un silbido poco femenino que doña Celina supo disimular volviendo al bordado.

—¿Como la que usted me llevó a ver?

—Sí, pero en verso.

—Yo no sería capaz de algo así —suspiró Violeta.

La joven se entretuvo hojeando el pliego del periódico y sus dedos finos seguían las líneas remarcadas, para así entender mejor el pensamiento de su mentora.

Era una tarde apacible, con el sol espiando tras los postigos entornados, el péndulo del reloj arrastrando las horas y el aroma de la lavanda seca del ropero de doña Celina esparciéndose por todo el cuarto. Dalila, que solo descansaba tranquila cuando su protegida estaba en manos de la viuda, roncaba en el umbral del piso de abajo. Ese ruido se unía al del viento que atravesaba los paraísos de la cuadra.

De súbito, el periódico resbaló del regazo de Violeta y se desarmó en el suelo.

—Querida, ¿qué te pasa?

La joven tenía las manos frías y la mirada perdida en el retazo de calle que se veía por la ventana. Había empalidecido, y sus labios querían articular palabras que no conseguían salir.

—Dios mío. ¡Dalila! ¡Lucero!

Celina Bunge comprendía que algo muy malo sucedía, que nada tenía que ver con las lecturas que acababa de proporcionar a Violeta, y rebuscó entre sus ropas un frasco con sales para reanimarla. Dalila apareció como un duende, la cabeza aplastada por un turbante y los ojos agrandados por el susto.

—¿Qué tiene, qué pasa?

—Se ha quedado tiesa, y le bajó la temperatura del cuerpo.

—Esto le sucede, misia. Déjeme, que yo sé cómo sacarla —y la mulatita se paró enfrente de Violeta con decisión.

—A ver, mi amita, míreme. Así, muy bien. Ahora, deme sus manos. Así, ya está.

Con dulzura, Dalila acarició las manos de su ama y depositó en ellas besos suaves como pétalos. A su lado, doña Celina echaba miradas al pasillo, a la espera de que Lucero apareciese. La asturiana conocía de remedios caseros.

—Ya va saliendo, ¿ve? Esto le pasa cuando le vienen esas voces a la cabeza.

—¿Qué voces? ¿De qué hablas, insensata?

Dalila se mostró ofendida.

—Mi patroncita tiene un don, misia. Ella ve y oye cosas. Todos allá lo sabemos, aunque no entendemos por qué.

La aludida tornó los ojos dilatados hacia las mujeres y dijo en un hilo de voz:

—Manu.

—¿Llama a su lacayo? Dígale que venga, a lo mejor él puede resolver esto.

—Mejor que no, misia. Mientras más lejos esté ese mozo, más pronto se enderezará todo.

Doña Celina no podía lidiar con la testarudez de la mulata, pues entendía que se jactaba de conocer mejor que ella los asuntos de Violeta, de modo que salió en busca de la casera.

—Ahora que estamos solas, mi ama, dígame qué ve, qué pasa.

Los ojos de Violeta se llenaron de lágrimas.

—Dalila, el tiempo urge. Llama a Julián Zaldívar.

Julián se encontraba en la casa familiar cuando llegó el mensajero a pedir ayuda en nombre de Violeta Garmendia. Había acudido a visitar a Brunilda con la excusa de ver cómo marchaba su encargo y allí se encontró con la grata sorpresa de que ella y su madre compartían la sala de bordados. Doña Inés se inclinaba sobre el bastidor que había prestado a su discípula y le indicaba cómo terminar la parte del revés tan prolija como la del derecho.

—Es preciso que al verlas nadie sepa cuál es cuál, a menos que entienda de bordado.

Ambas mujeres levantaron la cabeza al captar su presencia y por vez primera Julián experimentó el alivio de comprobar que algo de lo que se proponía estaba funcionando.

Henchido de alegría, besó la coronilla de su madre, se abstuvo de hacer lo mismo con Brunilda y le dedicó una sonrisa radiante para salvar las apariencias.

—Veo que están ocupadas hoy. Y yo, que pensaba interrumpirlas para tomar el té.

—La hora del té está pasada —lo reconvino doña Inés, complacida de verlo—, puedo ordenar que preparen café.

—Prefiero contemplarlas trabajar. ¿Has ido al taller, Brunilda?

—Hoy salimos temprano porque mañana habrá mucha tarea y nos han pedido que lleguemos antes de lo habitual.

—Siendo así, me alegra que puedas ayudar a mi madre. Ella es una artesana con los hilados. ¿No es así, mamá?

Doña Inés sabía que su hijo le endulzaba el oído y que lo hacía para favorecer el entendimiento entre ellas. Pese a todo no le molestaba, al contrario. Desde el día anterior, en lo de los Balcarce, sintió que su corazón se libraba de un gran peso y miró a Brunilda con otros ojos. Quizá debido al cariño con que Elizabeth la había recibido, o tal vez porque advirtió en la joven cualidades que no eran frecuentes, el caso fue que esa misma noche Inés Durand se propuso brindar a Brunilda Marconi la oportunidad de mostrarse tal como era.

Evelyn, muy callada, trajo café en una bandeja de plata y lo ofreció a Julián.

—Olvidé la leche —comentó, cohibida por la falta.

Brunilda, que miraba de reojo el movimiento, dijo con suavidad:

—El señor lo toma solo.

Doña Inés detuvo la puntada en el aire, en tanto que la doncella se irguió como una grulla y desapareció, ofendida. A Brunilda le subieron los rubores, arrepentida de haber cometido una infidencia que pudiese turbar la reciente armonía.

—Cierto, recuerdo cuando en la estancia me escuchaste reprender a Chela por eso —dijo Julián, y le dedicó un guiño cómplice.

Ninguno de los dos advirtió la mirada fugaz de doña Inés, dirigida a uno y a otro, y luego a su bordado. Qué inocencia la de la juventud, creerse dueña de la verdad. Ella sabía con qué bueyes araba, y había previsto las consecuencias antes que los mismos afectados. Suspiró, cansada de luchar. Que se hiciera la voluntad de Dios. Y si era que su amado hijo se uniera a una mujer pobre, con tal de que lo hiciese feliz y fuese buena hija para ella... Al menos, no habría una familia política que pudiese tirar hacia otro lado. Brunilda estaba sola en el mundo.

Esa escena hogareña fue interrumpida por el pilluelo de la calle Chacabuco. El billete, doblado en cuatro, contenía un mensaje de la señora de Bunge. Temiendo una desgracia, se levantó de prisa y contestó en forma escueta a los requerimientos:

—Se trata de Violeta Garmendia, madre. Algo ha sucedido y me reclaman.

—Esa muchacha —dijo doña Inés sacudiendo la cabeza— es demasiado audaz para su bien.

Brunilda se levantó a un tiempo.

—Déjeme que lo acompañe, señor Julián.

—De ningún modo, no sé con qué me encontraré. Es mejor que te quedes con mi madre. Mandaré aviso cuando llegue.

—Quiero ir —insistió ella con un empecinamiento que doña Inés no le conocía—. La señorita Violeta fue muy amable conmigo y quiero ayudar en lo que pueda. No soy impresionable, no tenga miedo, que no me desmayaré.

Julián sopesó la conveniencia de contar con otra mujer y decidió que no era mala idea después de todo, si las dos jóvenes se entendían. Había notado en Brunilda un cambio cuando se encontraba con Violeta, como si entre las dos se hubiese tendido un hilo invisible. Treparon al coche sin otro equipaje que el chal que Dulcinea alcanzó a Brunilda en el estribo. A último momento, doña Inés la instó a subir también, «por si acaso», y así partieron los tres, sin saber qué los aguardaba en la casa de la calle Chacabuco.

Inés Durand cerró el portón con el consuelo de haber hecho algo en favor de Brunilda: enviarle de chaperona a la criadita. Serviría para guardar las formas, si la joven llegaba alguna vez a ser su nuera.

Nadie advirtió que Dulcinea, en su apuro por cumplir órdenes, había dejado abierta la puerta del cuarto del fondo, donde Fígaro dormía su eterna siesta.

—¡Ya basta, ahijuna, a ver quién canta la última estrofa!

El grito destemplado de Sietemuertes acompañó el salto que lo llevó afuera, donde la tarde caía con rapidez. Después de haber desparramado todo el mobiliario de la pulpería sin lograr dar el golpe de gracia, el gaucho decidió que era hora de terminar con ese baile que no conducía a nada y que ya lo estaba cansando, mientras que el correntino parecía tener cuerda para rato. No había contado con semejante fortaleza. Los clientes salieron también y formaron rueda en torno. Nadie osó intervenir, ni siquiera los partidarios de los contrincantes. Era una cuestión de honor salir de esa por los propios medios.

El atardecer sereno contrastaba con la sangrienta escena que se desarrollaba bajo su luz. La pulpería estaba amparada por el ramaje de un ceibo y respaldada por un montecito de arbustos. Un caserío se vislumbraba a la distancia, y más allá todo era un mar de tréboles y cardos bajo el peso de un cielo añil. Hacia el arroyo, un horizonte perfecto. El lamento de una lechuza y la primera estrella anunciaron la noche.

Bajo la luz de la lámpara que pendía del alero, los contendientes danzaban una macabra coreografía. La furia de Manu se había convertido en fría decisión de acabar con Sietemuertes. Ya no le importaba si era por encargo de los falsos amigos o se debía a la antipatía que el hombre le inspiraba. Tenía que matarlo. Se movía con la misma precisión que en el Iberá, cuando cazaba yacarés en equilibrio sobre la barca y armado con una fija. Jamás despegaba la vista del rostro del enemigo, su brazo era una continuación de los deseos de su mente.

El gaucho se hallaba desenfrenado. Había querido propinar una lección a ese joven presuntuoso y rebelde que no bajaba la cabeza ante él, y que había junado desde las carreras. Se prometió que algún día lo retaría. La ocasión se le pintó cuando le dijeron que Barceló y los otros irían a lo del gaita. Él sabía que el mozo iba siempre con ellos. Ruyero le pasó el dato para picanearlo, aunque lo había

picaneado demasiado fuerte. Ese hombre era un tronco de ñandubay. La pelea llevaba más de media hora y hasta los parroquianos se cansaban de solo mirar.

Barceló medía las posibilidades que tenía Manu de ultimar al gaucho mitrista.

—¿Qué le dijiste? —quiso saber cuando Ruyerto se le acercó.

—Usé el nombre que me diste, el de la chinita. Le conté que tenía una prenda para él, más linda que ninguna, pero que este le había echado el ojo, que la quería. Eso fue como encender la paja, no hizo falta más.

—Sietemuertes es así —comentó el Sapo entusiasmado—. Quiere lo que otros tienen.

—Solo espero que tu protegido lo liquide, que si no...

—No hay problema con eso, Iriarte es fuerte.

El círculo se había achicado y las cuchilladas eran más certeras, requerían menos avances del cuerpo. Sietemuertes tenía tajeada la chaqueta y una humedad pegajosa manchaba su parte izquierda. Manu, que atajaba los golpes con el brazo, llevaba la manga colgando, hecha jirones, y ostentaba un rasguño en la mejilla. Gotas de sangre se mezclaban en la tierra, pisoteadas por los mismos duelistas. Había que apurarse. Las patrullas que vigilaban las pulperías y sus alrededores por las noches podían caer de un momento a otro. Las mujeres del gaita salieron a fumar, impertérritas, como si solo aguardasen la hora de volver al trabajo. Nadie reparó en el coche que se aproximaba a galope tendido, rebotando como una nuez entre las rocas.

Desde el interior de la galera, Julián captó la figura de Manu girando en torno a un gaucho de aspecto feroz que avanzaba y retrocedía como si torease. A su lado, Violeta era una estatua: fría, muda, cualquiera diría que había muerto mientras viajaban. Dalila, que iba con ellos también, les aseguraba que todo eso era normal, que le sucedía a veces, aunque debía reconocer que nunca había visto a su ama como en ese día. Brunilda solo tenía ojos y cuidados para su amiga. Le había rodeado los hombros con su chal y murmuraba palabras de aliento que ninguno de ellos escuchaba. Julián aprontó su pistola, ante el espanto de Dulcinea.

—¡Señó! —gritó la criada, tapándose la boca.

—Calla, que el señor sabe lo que hace —la amonestó Brunilda con firmeza.

Esa confianza en su proceder agradó a Julián. También le gustó comprobar que Brunilda no era una damisela lánguida que se horrorizaba de lo que veía. Era muy capaz de hacer frente a los embates de la vida, como de seguro tuvo que hacerlo cuando fue atacada su familia. Su única debilidad, lo que aún no había podido soportar, era la cercanía de un hombre; él se encargaría de ayudarla con eso.

—Manu...

Violeta lo había visto, y hubo que sujetarla para impedir que se arrojase del coche en movimiento.

En el ruedo sonaban los compases finales de aquella trágica payada. Manu había conseguido rozar el cuello de Sietemuertes, pero no pudo esquivar un puñado de tierra que el artero gaucho le arrojó a los ojos. Aun así, su instinto le permitió

cuerpear el cintazo dirigido al vientre, lo que hubiese terminado con la lucha y también con su vida. El jadeo de los hombres era todo lo que se escuchaba en medio de un silencio tan pesado como las sombras que envolvían el patio. Nadie quería irse sin saber en qué acabaría la pelea, próximo comentario de las veladas en pulperías y fondas. Siempre se sacaban esos temas entre los clientes, mezclados con asuntos de política y de aparecidos.

Sietemuertes hizo su jugada final. Arremetió con un grito que paralizó el corazón de los pasajeros del coche, y bajó la cabeza para tumbar a Manu y matarlo de una vez.

El joven vasco era un muro difícil de derruir. Soportó con estoicismo el embate y a cambio, clavó su enorme cuchillo hasta la empuñadura en la espalda del gaucho mitrista, a la altura de los pulmones. El hombre se enderezó sorprendido, la cara aún roja y mirando más allá de Manu. Cayó de espaldas con la punta del facón sobresaliendo del pecho.

—Jué pucha —comentó alguien—, lo pasó de lado a lado.

Silbidos de admiración y algún resquemor por lo que podría ocurrir a continuación.

—Rajemos —se escuchó decir a Barceló—, que viene la policía.

Ante las palabras mágicas, todos corrieron a los palenques y montaron con tal agilidad, que galopaban campo afuera antes de que su trasero se afirmase en el lomo del animal. En el ruedo yacían los duelistas, uno destripado a la luz del farol, el otro arrodillado y sujetándose la cintura por donde manaba sangre en abundancia. Manu miró al hombre que odiaba, sus ojos fijos en el cielo y su cuchillo todavía en el cuerpo. Con esfuerzo, dio vuelta el cadáver para retirar el facón. Luego, con fría determinación, le quitó el que todavía apretaba en sus dedos y se lo clavó en el agujero que dejaba el suyo. Ese gesto conmocionó a los pocos espectadores que quedaban. El mozo era de temer, podía volverse contra ellos, en especial contra los amigos de Sietemuertes. Pronto no quedó nadie más que las cantineras y el gaita, que había salido justo para ver el final.

Julián llegó a la carrera, seguido de las cuatro mujeres. Por más que Severo tenía orden de impedirles bajar, no lo había conseguido. Y Julián no podía detenerse cuando las cosas estaban sucediendo tan rápido.

—¡Manu!

La voz amada lo devolvió a la realidad. ¡Violeta allí! No le sorprendió. Manu veía natural ese don de su amiga para adivinar lo que ocurría. Lo que le preocupaba era que había matado. ¿Qué pensaría ella? Temía que no lo comprendiese, que renegase de él por haber cometido un crimen. Le dirigió una mirada angustiada a la que la joven respondió echándose sobre él.

—Sabía que algo te pasaba, lo supe desde la mañana. ¿Por qué no me dijiste, Manu, por qué?

Brunilda intentaba en vano desprender a Violeta del cuerpo de Manu, que sangraba. Por fin Dalila lo logró, y pidieron a la camarera que les trajese un trapo limpio mojado en aguardiente. Brunilda hizo las veces de enfermera mientras Manu permanecía como enajenado, incapaz de pronunciar una palabra. Julián evaluó la situación en un instante y supo que había que ser rápido para ocultar al joven de las pesquisas. Por el momento, no se le ocurría otra cosa que ayudarlo a huir. Sacó una bolsa de monedas y un rollo de billetes y se lo puso en la mano. Le habló con firmeza y lentitud, para que el mozo no tuviese dudas de lo que debía hacerse:

—Toma esto y vete. No te detengas por nada. Yo cuidaré de ella —añadió, al captar la raíz de la angustia en sus ojos.

—Por su vida, patrón.

—Por mi vida.

Manu guardó el dinero en su tirador y soportó que las mujeres le restañaran la herida. Julián limpió el facón de Sietemuertes en el pasto e iba a dárselo, cuando reparó en que ese cuchillo lo podría comprometer si llegaban a detenerlo, de modo que lo ocultó con rapidez en su propio cinto junto a su pistola, en un movimiento que nadie advirtió.

—Escucha —se le ocurrió de pronto—. Si te diriges al sudeste por el camino de la costa, hay un sitio donde podrás guarecerte, es la estancia de mi padre. Pregunta por Armando Zaldívar y dile que vas en mi nombre.

Colocó una tarjeta personal en el bolsillo de la chaqueta de Manu. Ya se ocuparía él de avisar a su padre por medio de un chasque, matando caballo. Animó a las mujeres a volver a la galera, no quería que viesan la cara del muerto. Violeta estalló en llanto.

—¿Adónde va Manu? ¡No quiero que se vaya!

Era una niña desolada. Julián lo lamentaba por ambos, pues sospechaba que aun cuando el mozo lograra huir, pasaría mucho tiempo antes de que pudiese reencontrarse con su amiga. Era algo que él sabía de primera mano.

—¡Manu!

Brunilda la aconsejaba, Dalila tironeaba de ella, Dulcinea lloraba, y ninguna conseguía separar a Violeta de su amigo. Julián intentó razonar apelando al peligro que corría, pero ella parecía incapaz de entender nada. Al fin, fue el propio Manu el que logró la hazaña. La sostuvo por los hombros frente a su rostro y dijo con sencillez:

—Sé buena, Violeta, que ahora no puedo quedarme. Te pido una sola cosa, tienes que prometérmela.

Arrasados por las lágrimas, los bellos ojos contemplaron la cara de Manu, interrogantes.

—Cuida de Huentru mientras yo no esté. Enséñale a ser fiel contigo, para que te proteja hasta que yo regrese.

—¿Y cuándo será eso, Manu?

El joven miró a Julián, que contemplaba la escena de pie, conmovido.

—Hasta que se olviden de lo que pasó —le dijo respondiendo al pedido de ayuda de Manu.

Violeta tomó la mano de su amigo y la puso sobre su pecho.

—Ahora prométeme también algo —exigió con voz solemne.

—¿Qué cosa?

—Que nunca me olvidarás.

¡Como si pudiera! Manu estuvo a punto de desgraciarse soltando el llanto también. Julián se dirigió al pulpero para comprarle un caballo, y ya venía el hombre hacia ellos llevando de la brida a uno de los que pastaban en la parte de atrás del local. Eran animales de remonta que solían llevarse los viajeros, dejando el propio. El gaita habría sentido en los huesos la pena de Manu, pues él había sido prófugo alguna vez, y se compadecía del joven que acababa de marcar su vida para siempre.

Manu montó el caballo ensillado y tras echar una última mirada al triste grupo que dejaba atrás, salió al galope tendido y las sombras se lo tragaron.

—Deje al finado, don —le dijo el gaita—, yo me hago cargo. Nadie lo lamentará mucho.

Julián puso en manos del pulpero otra buena suma por su amabilidad, y empujó a las mujeres hacia el coche que los aguardaba bajo los árboles.

La vuelta hasta la calle Chacabuco tuvo visos de cortejo fúnebre. Violeta ya no lloraba, pero su tristeza era tan profunda que casi hubiesen preferido que soltase gritos desgarradores. Brunilda le tomó una mano y la envolvió entre las suyas. Con delicadeza, comenzó a disuadirla en voz baja para que no se afligiese por la suerte de Manu, un hombre hecho y derecho que sabría defenderse. Le dijo que la separación nunca sería muy larga, pues ellos sostenían una amistad de las que se forjan para toda la vida, y ese lazo jamás se rompería.

—Violeta, ¿cuánto quieres a Manu?

—Mucho —susurró la niña.

—Entonces, debes tenerle fe. Él no haría nada que te causara daño. Y si sabe que sufres, le provocarás más dolor del que le toca soportar. Debes ser fuerte por él, Violeta, para que Manu sea fuerte también.

La joven miró a Brunilda con los ojos agrandados por la pena.

—Voy a ser fuerte —repuso con voz ronca— y a encomendarlo a la Virgen de Itatí. Gracias, Brunilda, eres buena amiga.

Las dos mantuvieron sus manos juntas y apretadas durante todo el viaje. Julián se mantenía en silencio, la cabeza llena de presagios y de responsabilidades. De un modo inexplicable, todas las situaciones que se producían en su entorno quedaban a su cargo. Era algo que lo intrigaba, además de enloquecerlo. Acababa de prometer que se ocuparía de Violeta, y todo por haber conocido a la joven y a su escolta de manera casual. Las palabras consoladoras de Brunilda tuvieron efecto en él también, ya que la joven se refería a los lazos tejidos en la infancia, esos que marcan el

corazón de manera indeleble, y a él le había tocado comprender la fuerza de esos vínculos cuando sucedió lo de Elizabeth y el malón. Cosa extraña, Brunilda parecía decir siempre lo justo aunque nada supiese de su pasado.

Dejaron a Violeta en la pensión, donde Lucero y doña Celina la recibieron con los brazos abiertos. La galera siguió trotando por las calles adoquinadas hasta la casa de los Zaldívar. Brunilda dirigió a Julián una mirada compasiva.

—No se preocupe, señor, ella no hará locuras. Es una joven buena y hay muchos que velan por ella.

—Gracias, Brunilda. Fuiste de gran ayuda esta noche. Me temo que sin ti, Violeta se habría sentido desamparada.

—Ella es fuerte.

—Como tú. Eres fuerte también, lo he notado.

Brunilda miró a Dulcinea, que cabeceaba con el bamboleo del coche, media dormida.

—La vida nos pone a prueba. Si resistimos, somos fuertes después.

—Sabias palabras en labios tan jóvenes. ¿Cómo es que recibo lecciones de unas niñas?

Brunilda no pudo evitar sonreír ante la seriedad fingida de Julián. Él poseía una ternura que afloraba en contados momentos y que a ella le resultaba conmovedora. Julián Zaldívar debió de haber sido un hombre dichoso en otros tiempos.

—Llegamos.

Severo despertó a Dulcinea con su anuncio, y la criadita se apresuró a descender. Julián detuvo a Brunilda atravesando el bastón en su camino.

—Espera un momento. Quiero agradecerte la buena disposición hacia mi madre. Nada me hace más feliz que verlas juntas y de buen ánimo. ¿Ha sido difícil?

La joven alzó hacia el hombre sus hermosos ojos, más profundos aún bajo el rubio flequillo, y él vio tal bondad reflejada en ellos, que su corazón latió desenfrenado. Brunilda era un diamante en bruto, una rara pieza de colección. Él la había descubierto, solo a él pertenecía, debía hacer alarde de eso para que nadie la codiciara.

—Creo que para un ángel nada es imposible. En cambio, para un demonio como yo existen muchos obstáculos —agregó.

—Sin embargo, yo veo que usted tiene una vida bastante resuelta.

—Porfiada, ¿eh? Verás, a mí me está dado el reclamar y poner condiciones, y no dejaré que bajes de este coche sin antes darme un beso.

—Por favor... —imploró ella, molesta.

—Solo uno.

—Pueden vernos.

—Está oscuro.

—¿Por qué quiere besarme?

—Qué preguntas haces, Brunilda...

—Los besos tienen un significado.

—Sí, y este significa mucho para mí.

—Pero por qué...

Julián acalló la protesta acercándola con brusquedad y besándola con toda la fuerza de sus ansias acumuladas a lo largo del día. Bebió de ella con lujuria y al soltarla, Brunilda parecía a punto de propinarle un sopapo.

—Ya te lo dije, soy un demonio. Ahora baja, y recuerda que quiero ese vestido listo para el jueves que viene.

—¡El jueves!

Por toda respuesta, el hombre cerró la portezuela e indicó al cochero que avanzara. Julián se recostó sobre el respaldo tapizado y sonrió. Estaba agotado, pero el recuerdo de la expresión de Brunilda cuando la dejó junto a Dulcinea, lo reconfortó durante todo el trayecto hacia San José de Flores.



CAPÍTULO 23

A la mañana siguiente, y mientras se demoraba leyendo un artículo bajo el rayo de sol que bañaba el sillón, Julián reflexionaba en que no debía de resultar fácil ser el sucesor de Sarmiento en la presidencia.

Sarmiento había sido un huracán reformista, un espíritu vehemente que salía al ruedo en busca de su adversario, como el toro en la lidia, en tanto que Avellaneda se mostraba más bien como un remanso. Y en los tiempos difíciles que corrían, ese afán conciliatorio era criticado hasta por sus correligionarios. Así y todo, el Presidente se había sobrepuesto a una revolución, luchaba contra los reclamos por la deuda externa, promovía la exportación de cereales, el alambrado de los campos, y sostenía con gran esfuerzo la instrucción pública, pese a la crisis. Julián se sentía compenetrado de esa voluntad férrea, y tomaba ejemplo de la generosidad con que Avellaneda olvidaba los agravios. Había una cualidad que él admiraba en el Presidente más que cualquier otra: la de conservar a los amigos. Por muchos entuertos que ocurriesen, Nicolás Avellaneda jamás cerraba la puerta de la amistad sincera. ¡Hasta había convocado al propio Mitre, que encabezó la revolución en su contra! Julián se encontraba ausente del país cuando ocurrió el alzamiento, e influido por la opinión de su padre, regresó convencido de la existencia de un fraude en la elección. A medida que iba imponiéndose de la situación política, esa convicción se diluyó en las aguas quietas que acunaban el corazón de Avellaneda. Como decía Francisco Balcarce: «El tucumano es astuto, supo rodearse de ministros de gran talla». Quizá fuese el secreto de su fortaleza. Julián estaba dispuesto a colaborar con el proyecto de colonización de tierras. Hablaría con su padre, para convencerlo de que el progreso tomaba otra forma en esos años.

—Mi señor.

Alzó la vista distraído, y por sobre la montura de sus lentes vio a Pétalo vestida de modo extraño. Llevaba una blusa blanca y una falda oscura, casi el uniforme de un convento. Sorprendido, la miró de arriba abajo.

—¿Abro la puerta?

Recién entonces escuchó los golpes discretos, y supuso que debían de haber llamado más de una vez. Atisbó por la ventana y vio el carruaje de los Balcarce estacionado frente al porche. Eran Elizabeth y Livia, para su clase semanal de modales occidentales. Lo había olvidado, con tantos sobresaltos.

—Hazlas pasar —dijo, mientras se quitaba los lentes y alisaba su chaqueta.

Las recibió de pie, galante y cordial. Las mujeres iban cargadas con sendas canastas y envueltas en capas de lana. Afuera brillaba la escarcha, los campos estaban helados.

—Pétalo, prepara un café para nuestras amigas.

—De ningún modo —objetó Elizabeth—. Tomaremos té, y a la inglesa. Hemos venido para eso, ya que la última vez Xiang-Bo —y remarcó el nombre en beneficio de Julián— nos mostró la ceremonia oriental del té. Después de todo, han sido los chinos los primeros en apreciar esta infusión.

La aludida se inclinó con cortesía, las manos juntas y una sonrisa en los labios. Julián se admiró del cambio producido en ella.

—Te has vestido con las ropas que te traje —comentó Elizabeth.

¡Con razón, debería haberlo adivinado! ¿Quién sino la maestra de Boston iba a sugerir faldas largas y blusas cerradas como vestimenta? Así la conocieron en la escuelita de la laguna, y esa era su esencia, no cabía duda, aunque Fran le regalase vestidos de encaje y abrigos de piel. Lo lamentaba por Pétalo, acostumbrada a las exóticas prendas traídas de Oriente.

—Entonces las dejo solas, para que desordenen a gusto.

—Encontrarás todo impecable. ¿No es así, Livia?

La joven mestiza sonrió, con esa boca grande que resultaba atrayente en su rostro moreno. Pétalo las miraba en silencio, y Julián supuso que estaría encandilada con los aspavientos de las mujeres. Tomó su sombrero de fieltro y su bastón, y salió al frío de la mañana. El primer destino sería el Hospital General de Hombres. Quería darle a Adolfo la noticia de que tenía resuelta su defensa.

Una vez a solas, Elizabeth y Livia acomodaron los bártulos para mostrar a Pétalo cómo se servía un té a la inglesa, ya que en su nueva vida en América tendría oportunidad de ser recibida en casas donde se esperaba que supiese las reglas de etiqueta.

—Es mejor disponer de dos mesas, para mantener la tetera siempre a mano —comentó Elizabeth.

Livia se anticipó a la orden acarreando la mesita baja en la que Pétalo les había ofrecido el té de jazmín. Cubrieron las mesas con un mantel salpicado de ramilletes de primulas, en honor al origen chino de esas flores, con servilletas a juego. De las canastas salieron platillos y tazas de porcelana Limoges que, con delicado tintineo, encontraron su sitio entre la fuente de plata para los bollos y los cuencos de cristal de Waterford para los dulces.

—Ahora, lo principal —y Elizabeth condujo a Pétalo hacia la pequeña cocina, donde ya Livia había encendido la garrafa y llenado la jarra con el agua de una botella.

—Mientras esperamos a que el rompa el hervor, debemos medir las porciones de té que necesitamos, a razón de una medida por persona y un poco más.

Pétalo seguía en completa mudez los movimientos de la maestra. Un cosquilleo de rencor comenzó a latir en su estómago. ¿Quiénes se creían esas mujeres para enseñarle a ella los secretos de un buen té? ¿No acababa de decir la amable señorita que el té venía de la China? En silencio, observó cómo echaban en la tetera las hojas

que guardaban en una caja y cómo vertían luego el líquido, apenas burbujeante, y lo cubrían para que no se enfriase.

—Dejar reposar unos minutos, nada más. Lo ideal es amenizar la reunión con una conversación liviana mientras tanto. A decir verdad —le confesó— cada invitado es libre de hacer lo que le plazca, siempre que no ofenda al anfitrión ni a los otros comensales. Nada muy ortodoxo hay en todo esto, Xiang-Bo, es lo que tu sentido común te indique. Al no haber sirvientes que ofrezcan los bocadillos, se torna más agradable la visita, porque es sabido que la abundancia de reglas y de utensilios acobarda.

Livia asintió, convencida de esto último. La muchacha también observaba a Pétalo. Con un sentido heredado de sus antepasados, captaba en la joven china corrientes secretas que no mostraba a nadie, quizá ni siquiera al hombre que la había salvado del oprobio.

Llevaron la tetera a la segunda mesa y Elizabeth dejó que Livia hiciese los honores, para fomentar la camaradería entre ambas jóvenes. Notaba que Xiang-Bo se mantenía muy callada y temía que considerase esa lección como una ofensa.

—Esta es solo una manera posible de tomar el té, como sabes. Y la buena voluntad suple cualquier error que se cometa.

Como si fuese a propósito, Livia dejó caer la tapa de la tetera sobre el mantel, dejando una pequeña mancha parda.

—Perdón, Misely —balbuceó.

Pétalo ocultó una sonrisa perversa.

—Al contrario, Livia, viene bien para que conozcan una vieja tradición. Dicen que cuando se cae la tapa de la tetera vendrán visitas inesperadas. ¿Sabían eso? En cuanto a la mancha, como sucede con el vino, augura buena suerte. Yo digo que es para consolar a la que deberá lavar los manteles después.

Las risas borraron la pena de la pobre Livia y escudaron la verdadera satisfacción de Pétalo: haber presenciado la turbación de la esclava.

Julián encontró a Adolfo más repuesto. El médico le advirtió que podía haber una recaída, aunque confiaba en que las buenas nuevas operaran el milagro.

—Mi buen amigo, tengo planes para tu futuro cuando salgas de aquí —le dijo con aire cómplice.

—¿Una celda de lujo? —ironizó el poeta.

—Bien podría decirse, hasta cierto punto. Aunque yo no la considero así, hay quien podría sentirse prisionero. Te vienes conmigo.

La expresión de Adolfo fue conmovedora: incredulidad, emoción, rechazo...

—Y no te niegues, o me veré obligado a denunciarte. Por ingratitud. Porque además, te necesito. Hay una persona de la que me siento responsable y creo que eres el mejor aliado para ayudarme a liberarla.

—¿De qué?

Julián notó cierta animación en sus ojos, al pensar otra cosa que no fuese su desgracia.

—De mí.

La idea se le había ocurrido en la visita anterior, mientras el doctor Beazley le hablaba de la dolencia de Adolfo. Fue tomando forma confusa, hasta que se le reveló en toda su magnitud. Esos dos estaban solos, marginados de la vida social y convencidos de su poca valía. ¿Qué mejor que reunirlos, para que se consolasen y apoyasen el uno al otro? Descontaba que Adolfo se acomodaría a gusto en la casita del suburbio, ya que venía de compartir pieza en un conventillo. En cuanto a Pétalo, no desobedecería una orden que proviniese de él. Ya estaba aceptando de buena gana las lecciones para convertirse en una dama, y la compañía de un hombre culto y respetuoso era ideal para completarlas. La reputación de Pétalo era un problema, pues Julián no deseaba obligarla a convivir con otro hombre, era justo eso lo que pretendía cambiar en ella, aunque también era cierto que nadie más que él lo sabría. Iría viendo cómo resolver esos asuntos de a poco. Lo que menos le gustaba era recurrir al testimonio de un hombre despreciable como Galván. Aunque no lo había vuelto a ver, sabía que vivía en la Casa del Ciruelo, de modo que iría a buscarlo para que prestara declaración. Informó a Adolfo de sus planes de manera vaga e hizo hincapié en que el favorecido sería él mismo; sabía por propia experiencia que sentirse necesitado era el mejor bálsamo para las heridas personales.

Siempre pensando en cómo organizar las cosas para que se solucionasen lo antes posible, decidió visitar a Brunilda y acosarla un poco, hacerle sentir que él estaba presente en su vida, lo quisiera ella o no. Se sorprendió al no encontrarla en la casa, y luego recordó el comentario del día anterior, cuando Brunilda le dijo que debía presentarse más temprano por la cantidad de trabajo acumulado.

—Espere un momento, señor Julián —le pidió la muchacha que le abrió la puerta—. La señora querrá verlo.

Aguardó a su madre en el salón, repantigado en un silloncito donde apenas cabía, y respiró aliviado ante el giro que tomaban los acontecimientos. Tal vez hubiese comenzado a ponerse en marcha la nueva vida que tanto anhelaba. Aunque no le deparase beneficios, ya que él nada esperaba, al menos vería prosperar a sus seres queridos. Él sabía que lo que lo aquejaba no tenía remedio, por lo tanto, ocuparse de remediar las vidas de los otros le proporcionaba cierto consuelo.

La intempestiva llegada de su madre lo sobresaltó.

—Sin duda se están divirtiendo a mi costa. Ambos.

Doña Inés iba envuelta en una bata de seda y cubiertos los hombros por un echarpe gris que le llegaba a la barbilla, el pelo revuelto y los ojos enrojecidos.

—Madre...

—Esa huérfana puede ser todo lo ingrata que quiera, pero tú, mi hijo... es algo que no concibo.

—Madre, serénete, cuénteme que ha pasado esta vez.

—Nada que no sepas, Julián. El gato siempre estuvo en esta casa, a mis espaldas. La huérfana lo ocultó, con tu aprobación, claro está, y durante todos estos días fingió abatimiento por la pérdida del cochambroso animal. Por suerte, Evelyn es más lista que todos juntos, y esta mañana encontró una calandria muerta en el aljibe, la segunda en menos de dos horas. Descubrirlo agazapado en el cantero fue sencillo.

—Brunilda no tiene culpa de nada, madre, fui yo el que la obligó a conservarlo, ella pensaba marcharse de aquí con Fígaro.

—¡Ojalá lo hubiese hecho! —clamó enfurecida Inés Durand—. Y así evitaríamos el disgusto de oírte decir, una vez más, que estás enamorado.

—No diga cosas de las que vaya a arrepentirse —la cortó Julián.

—¿Por qué debo callar lo que pienso? ¿Acaso soy la única mujer a la que no puedes complacer? Estás pendiente de todas, incluso de las menos apropiadas, a todas parece que les debieras algo, o que quisieras verlas felices, cuando tu pobre madre vive sola en una casa vacía, con las cortinas corridas y enferma de tristeza. ¿Eso es ser comprensivo? ¿Tu padre es comprensivo, cuando se olvida de sus votos y permanece en el campo meses enteros? ¡Ni siquiera vino para las Pascuas este año!

Doña Inés estornudó y se llevó el pañuelito al rostro enrojecido. Julián jamás la había visto tan explosiva. Por lo general, ella mantenía las formas y mostraba su enojo con sarcasmos, no gritaba ni sacudía los brazos del modo que lo hacía en ese momento.

—Por favor, madre, discúlpeme, no creí que le causara tanto mal la presencia del gato. Si no sale del cuarto del fondo...

—¡Eso es lo que te han hecho creer, pobre ingenuo! Dios sabrá qué mujeres viles habrás conocido en Europa, que te retenían con la esperanza de esquilmarlo, tal vez.

—Modérese, madre, está ofendiendo.

—¡Yo! ¡Yo soy la ofendida! —bramó doña Inés fuera de sí, y Evelyn corrió a socorrerla, al ver que respiraba con dificultad.

Antes de que las cosas fuesen demasiado lejos, Julián envió a Dulcinea, que acababa de entrar y miraba pasmada la escena, a la botica en busca de un remedio para los achaques.

—¡A la de Demarchi! —le gritó Evelyn—. ¡Frente a Santo Domingo!

La criadita salió de prisa y Julián obligó a su madre a recostarse sobre un canapé en el vestíbulo.

—Evelyn, trae las sales que acostumbra a oler —ordenó.

—Esta es la colonia que siempre llevo, señor —y la doncella le tendió un frasco pequeño con un líquido verdoso.

—¿Qué es esto?

—Malva y manzanilla, para frotarle las sienes y el cuello. Le hace efecto enseguida, aunque hoy... —La mujer se retorció las manos, pues veía a su patrona hinchada como nunca.

—¿Puede un gato producir semejante reacción? —se desesperó Julián.

—Su madre es delicada.

La respuesta de Evelyn era un claro reproche a su descuido al meter en la casa a una desconocida y a su prolongada ausencia, que había minado la salud de doña Inés.

Dulcinea llegó a la carrera provista de un saquito que contenía varios remedios.

—Sellos de miel y ajo para tomar, *señó* —decía mientras iba sacando cada cosa con miedo a dejarla caer y estropearlo todo—. Y acá, un emplasto de cactus y cardo no sé cuánto...

—¿Esto se toma también?

—¡No, *señó!* Se pone así —y la criada apoyaba el paño sobre el cuello de misia Inés.

—Trae agua, anda.

Estuvieron tratando a Inés Durand durante varios minutos hasta que la hinchazón de los ojos se redujo y pudo respirar con normalidad. Julián la cargó en brazos hacia el dormitorio de abajo, para que Evelyn pudiese dormir cerca de su patrona, y se quedó con ella un buen rato. Le llevaron infusión con belladona, a lo que Evelyn se opuso.

—Hay un preparado que da mejores resultados. Tengo la receta.

Al cabo de un rato, apareció con una taza en la que humeaba un líquido espeso. A Julián le resultó conocido el aroma y sintió curiosidad.

—Lleva semillas de opio, hojas de mandrágora, y una pizca de cicuta. No se asuste, que ya lo ha probado. Es infalible para el sueño, duerme tan profundo que no se acuerda de nada después.

Julián fiscalizó la toma de ese brebaje, no muy convencido, aunque sabía que la doncella cuidaba de su madre más que de ella misma.

—¿Cuánto dormiré?

—Quizá ocho o nueve horas.

Le disgustaba la idea de dejar a doña Inés sin saber cómo reaccionaría a semejante cóctel de drogas, pero al fin decidió que haría lo necesario y luego volvería. Con suerte, al tiempo que Brunilda, para suavizar el tema del gato. Pensar en Fígaro lo conmocionó.

—Evelyn, ¿qué pasó con el gato?

La doncella frunció los labios, disgustada. ¡Tan luego importaba eso!

—Dímelo o revolveré la casa buscándolo.

—Está en el patio.

Julián fue en busca de Fígaro y lo halló acurrucado bajo la hoja de un rododendro, como si supiese que era la causa de tanto barullo. Los pelos erizados le dijeron que sin duda había sido sacado a escobazos del aljibe.

—Ven, gatito. ¿Me recuerdas? Me temo que tendremos que buscarte otro hogar, aunque tu dueña me odie por esto.

Lo alzó, y mientras acariciaba sus orejas, salió en busca de la solución a un problema nuevo. En la puerta lo abordó una mujer desconocida, joven, bonita, y de condición humilde, a juzgar por el olor a lejía que despedían sus ropas.

—¿Es usted el doctor Zaldívar?

—Lo soy —y Julián se preguntaba qué aspecto ofrecería él con el gato a cuestas, tal vez lo tomase por un excéntrico.

—Quiero hablarle de un asunto muy serio.

—¿Quién es usted, señora?

—Vivo en el inquilinato donde estaba el señor Adolfo cuando lo detuvieron.

Julián prestó toda su atención a la mujer. Reparó en un chiquillo rubio que se escondía tras su falda y en las manos de la madre, rojas y ajadas de tanto lavar.

—El señor Alexander se encuentra enfermo ahora.

La mujer se mostró afligida.

—Por favor, sé que esto le parecerá raro... Puedo decirle quién es el culpable de lo que sucedió. El señor Adolfo es inocente. No tengo pruebas, pero sí una sospecha.

—Me gustaría poder contar con pruebas, señora, pues al juez le interesarán más que sus sospechas. ¿Quién piensa que cometió el homicidio?

—No conozco a la difunta ni a su hijo —y la mujer se persignó al nombrarlos—, pero sí sé que un hombre del inquilinato la frecuentaba, porque a veces le componía estrofas que cantaba en el patio. Se llamaba Marieta. Y ahora ese hombre desapareció sin pagar la renta.

Julián se paralizó al escuchar el nombre de la occisa. El asunto tomaba un cariz serio y a pesar de que el momento era inapropiado, invitó a la mujer a entrar a su casa para atenderla como era debido.

—Oh, no, señor, por favor, no, no deseo importunar. Además, el niño puede molestar. Yo solo quiero informarle de lo que ayude al señor Adolfo. Él es un caballero, aunque no pueda pagarse una casa más decente. Y siempre ha sido bueno con mis niños. Tengo otros —se justificó. Y de forma apresurada, siguió diciendo—: Yo no vi nada, pero hay un hombre de mala ralea, le dicen el Indio Galván. Él tiene mucho que ver en lo sucedido, porque... —Y la pobre madre enrojeció al completar la frase— trata siempre de levantar mujeres jóvenes para su negocio.

—¿Es un rufián, acaso? —Julián veía todo claro en ese instante: la repugnancia que le inspiró Galván aquella noche y su extraño conflicto con sus «patrones», como él los llamaba.

La mujer asintió.

—Tengo miedo, doctor, pues el otro día me asusté al verlo cerca de mi hija, y lo lastimé. Ahora sé que no parará hasta cercarme. Soy pobre y no tengo marido —y al decir esto, la mujer levantó la barbilla en un intento de mostrarse orgullosa, por si el caballero que tenía delante pensaba condenarla por ser madre sin esposo.

—¿La ha amenazado?

Ante el nuevo asentimiento, Julián sintió crecer la ira en su estómago hasta alcanzar el tamaño de una bola de fuego. De todas las iniquidades que repudiaba, la explotación de las mujeres era la peor; de solo pensarlo una furia salvaje se apoderaba de él. Las mujeres siempre habían hecho presa de sus sentimientos, por ellas había gozado y sufrido, y sin importar que fueran dignas o livianas, eran delicadas y sensibles. Despreciaba a los hombres que las trataban como mercancía. Por eso había accedido a traer a Pétalo, para sacarla de ese negocio de carne humana, si bien todavía no había conseguido hacer de ella una dama en el sentido tradicional. Una cosa era mantener a una amante, otra bien distinta lucrar con el cuerpo de una amante.

Tenía bien claras las dos formas de proceder.

—Dígame su nombre, por favor.

—Laura Rossini.

—¿Y tu hijo, Laura, cómo se llama?

—Bruno... Rossini.

Julián se hincó sobre su pierna sana y acarició la cabeza despeinada del pequeño.

—¿Te gustan los gatos, Bruno?

El niño miraba de reojo a Fígaro y asentía.

—Hagamos un trato: te dejaré a Fígaro para que me lo cuides, pero tienes que prometer que no le sacarás el ojo de encima, porque este gato es muy valioso, hay una persona que lo quiere mucho y se enfermará si lo pierde.

—No sé si podremos tener animales en la casa, señor.

—Shhh... yo me encargo. ¿Cuántos hijos tienes, Laura?

—Marcos, que ya tiene once, y Leona, que cumplirá diez el próximo mes.

¡Diez años! Y ya un facineroso había puesto sus ojos en ella. Julián sintió deseos de romper la quijada del Indio Galván antes de entregarlo a la policía, que era adonde lo llevaría en breve.

—Escúchame, Laura, vas a quedarte aquí junto a Bruno, en esta casa donde vive mi madre. Dime dónde están tus otros hijos, que pienso traerlos también. Ya veremos —añadió al ver que la mujer abría la boca para objetar— de qué forma nos arreglamos, lo importante es que se encuentren a salvo de esa escoria. Si tus hijos me ayudan, traeré vuestras cosas del inquilinato.

Al tiempo que daba las órdenes, Julián tocaba el llamador y daba la vuelta para avisar a Severo que preparase el coche. Tendrían que recorrer un largo periplo.

Brunilda llegó al trabajo con espíritu alegre y confiada en su futuro. La visita a los Balcarce, y sobre todo la buena disposición de la señora Durand hacia ella, la colmaban de esperanzas. Aunque siguiese en su propósito de lograr independencia, saber que la madre del señorito ya no la odiaba era un paso importante en su vida. Ella no guardaba rencor, era impropio de su carácter, y anhelaba sentirse querida.

Quizá con el tiempo doña Inés ocupase el lugar de Filipa, si bien Brunilda advertía que la señora carecía de la inclinación maternal que demostraba la italiana. Al menos, podrían ser amigas. En cuanto a Elizabeth O'Connor y su discípula, estaba segura de que llegarían a entenderse muy bien, y de que la maestra apoyaría sus ideas de progreso. Lo único que la afligía era no haberse despedido de Fígaro al salir tan temprano. El muy vago se quedaba durmiendo adentro del ropero cuando hacía frío, así que le dejó su platito en el rincón acostumbrado.

—Parece que tendremos trabajo de sobra —comentó Carmina en el vestuario—. La vi a Margo muy agitada hoy.

En el salón de costura las mesas estaban abarrotadas de géneros, y las obreras iban y venían ocupando sus lugares después de retirar los útiles de un armario de uso común. Rini les hizo señas desde su rincón. Brunilda sintió la culpa de no haberle dicho lo que pensaba de su pretendiente, y confió en que durante la jornada pudiesen hablar tranquilas y la joven no tomase a mal su comentario.

Un rayo de sol se filtraba por los ventilucos del techo y se derramaba sobre las telas, arrancándoles destellos coloridos. Brunilda se sentó entre Carmina y la polaquita, y comenzó a desenvolver un paño finísimo, de los que las damas solían llevar en sus capas al teatro. Como de costumbre, imaginó la silueta de la afortunada, su peinado, y esa vez hasta el caballero que la acompañaría. Debía de ser la mala influencia del señorito, pues ella nunca pensaba en hombres. Se concentró, ajena al bullicio de las conversaciones. Hacía poco que le confiaban la tarea de cortar y no quería fallar en nada. De una carpeta sacó los patrones marcados con su nombre, y extendió el paño sobre su lado de la mesa, para analizar la manera más conveniente de colocarlos. Sabía por instinto que debía aprovechar al máximo la tela, ya que siempre podía necesitarse un retazo para solucionar algún defecto. Cortar era la parte más delicada de la costura. Tan entretenida estaba, que no notó la presencia de Margo a sus espaldas. En cambio, sintió el codazo de Rini sobre sus costillas.

—Ustedes —dijo la voz antipática de la mujer—. Síganme.

Las tres se levantaron a un tiempo, pero la regenta ordenó, de modo aún más desagradable:

—Solo las dos —y señaló a Rini y a Brunilda.

Carmina, confundida, se sentó de nuevo y miró con ojos preocupados a sus amigas. Siempre pendía sobre ellas el miedo al despido por cualquier mínima falla. Intuía, sin embargo, que era su mano mala la que marcaba la diferencia con las otras.

Caminaron tras los pasos de Margo, que las condujo hacia la trastienda y al pasillo que Brunilda ya conocía, el que desembocaba en la oficina del socio del gerente.

—Esperen. Ya vendrán a decirles qué hacer.

Rini parecía entusiasmada.

—Quizá nos pidan un trabajo especial, de los que le reservan siempre a Lucrecia. Esa se lleva la mejor parte, y hasta trata con las clientas como si fuese la preferida.

—Ojalá —dijo Brunilda, con un atisbo de temor.

Eran tan pocas sus satisfacciones, que cualquier alteración de la rutina la asustaba. Temía que se esfumara el momento de tranquilidad que empezaba a vivir.

—Pasen —oyó decir a Margo, y se abrió la puerta de la oficina.

Las muchachas se adelantaron codo a codo, y se hallaron frente a un hombre que las saludó con ceremoniosa inclinación de cabeza. Brunilda reconoció de inmediato al caballero distinguido que la había abordado en la calle la primera vez, y le alegró poder demostrarle que cumplía con las condiciones requeridas.

El caballero las invitó a sentarse en dos sillas que habían colocado para ellas.

—Bienvenidas, señoritas. Me han dicho que sus nombres son Renata y Brunilda.

Ante el mudo asentimiento, el caballero prosiguió, satisfecho.

—Reconozco la calidad del personal con solo verlo. Antes de que Margo me hablase de sus bondades como costureras, había visto algunos trabajos, y ahora que las tengo enfrente, me congratulo de haber elegido bien a mis candidatas. Por favor —y el hombre les ofreció caramelos de una copa de cristal tallado.

Rini escogió uno y continuaron escuchando en silencio reverente.

—Esta casa de modas se jacta de la originalidad de sus prendas y de la eficiencia de sus empleadas. Somos reconocidos, entre otras tiendas de esta ciudad, por los mejores comerciantes de ultramarinos. Ellos nos eligen para vender lo más granado de su carga, ya que saben que haremos maravillas que irán a parar a las familias más pudientes de Buenos Aires. Por supuesto, reciben una comisión por la exclusividad, además del precio de las telas. Así se forma una cadena de beneficios que acaba en ustedes, mis queridas, que mejorarán sus salarios y tendrán oportunidades únicas. De esto quería hablarles, y creo que Margo ha escogido bien. Hoy vendrán algunos comerciantes a mostrarnos su mercancía y necesitamos que nuestras costureras los atiendan, para que puedan conversar de lo que más entienden: los géneros, sus calidades, los posibles trajes... Se trata de gente acostumbrada a alternar con lo mejor de Europa, de manera que además de su conocimiento, ustedes deberán ser una muestra de la calidad que ofrece Modas Viviani.

Al ver que las jóvenes no manifestaban nada, aclaró:

—Les prestaremos vestidos de la casa, para que no se presenten ante los clientes con ropas de trabajo.

Rini lanzó una exclamación de entusiasmo y casi se ahogó con el caramelo. Brunilda empezó a decir que ella no deseaba mostrarse con ropa ajena, pero el hombre le dedicó una sonrisa tranquilizadora.

—Brunilda, sé que tienes las mejores recomendaciones. No solo no me has fallado, sino que has acrecentado mi confianza en tus posibilidades. Eres la más destacada, y quiero que tengas la oportunidad de subir aún más en la consideración de Viviani. Así como en aquel momento supe ver en ti a una diseñadora, ahora veo a una mujer independiente que podrá, con el tiempo, convertirse en socia del taller.

Rini la miraba como diciendo: «¿Eres tonta, que no reaccionas?». Y lo cierto era que a Brunilda le costaba decir algo apropiado ante la magnitud de lo ofrecido. Era más de lo que se había permitido soñar, y a la vez eso mismo le causaba resquemor. ¿Estaría picando demasiado alto?

—Haz esto como un favor personal, Brunilda. Después de todo, otorgué un voto de confianza cuando te vi en la puerta del local aquella vez.

El hombre le sonreía y la estudiaba con atención. Era un caballero de los que llevaban del brazo a las señoras elegantes. Vestía chaqueta negra, cuello almidonado, corbata con broche y finos pantalones que caían con suavidad sobre zapatos lustrosos. El bigote entrecano y la calvicie, sumados a los lentes de armazón de oro, le conferían un aspecto de cierto poder adquirido con los años y la profesión. Brunilda ni siquiera sabía su nombre, ya que en la tarjeta solo había un garabato de puño y letra, a modo de recomendación.

—¿Tiene que ser hoy, señor? —Atinó a decir.

Pensaba que si le daban tiempo podría consultar con doña Inés.

—Ya mismo, los caballeros están esperando. ¡Margo!

La regenta apareció de inmediato, de seguro habría escuchado la conversación.

—Lleva a las muchachas a elegir las ropas que más les gusten, te confío la decisión, no vayan a quedarse cortas por prudencia. Adelante, señoritas. De ahora en más, serán las depositarias de la suerte de las mercaderías que van a ver. Espero que hagan honor al prestigio de Modas Viviani.

Margo las sacó de la oficina antes de que Brunilda pudiese replicar y las llevó a los apurones hacia otro vestuario más amplio que el que usaban a diario. Allí les mostró las prendas que colgaban de los percheros. Se admiraron de la belleza de los vestidos, sobre todo de los accesorios que los completaban: estolas, plumas, collares, diademas... Colocados como si fuesen trajes de una obra teatral, esperando a su actriz.

—Este y este —dijo Margo al entregarles uno a cada una, ignorando la posibilidad de elección que les había dado el caballero.

—Señora, yo...

—No hay tiempo que perder, ya los hemos hecho esperar demasiado y están cansados. Recién llegados del puerto, aún tienen que recorrer otras tiendas. Somos privilegiados al recibirlos en primer lugar.

Rini bailaba con el vestido azul que le habían dado, con plumas teñidas en el escote y un ruedo ajustado que se abría por delante.

—¿Está roto? —preguntó Brunilda.

—Es así. Viene de París. Ponte el tuyo, anda.

Le ceñía el busto y no le gustaba el color, aunque por lo menos era discreto, no dejaba ver la piel. Margo retocó las mangas para darles forma y estudió el resultado con ojo sagaz.

—Listas. Recuerden la recomendación del doctor, sean amables y hagan quedar bien a la casa.

¿El doctor? El caballero respetable sería médico, entonces. Caminaron a lo largo de un pasillo iluminado por lámparas de gas y traspusieron una puerta cancel con cortinas opacas.

—Adelante —Margo las empujó y cerró la puerta tras ellas.

Apenas puso un pie en ese vestíbulo, Brunilda sintió en sus entrañas que acababan de ser engañadas. Aquello no era una reunión comercial, ni los señores que deambulaban por el salón estaban ansiosos por vender sus productos a buen precio. Tampoco eran modistas las señoras que los escoltaban, vestidas con trajes de colores y chalinas de seda. En aquel recinto decorado a la francesa con taburetes de terciopelo, mesitas doradas y tapices de gobelino, se practicaba un comercio muy distinto. Los globos de vidrio esparcían una luz espesa, enturbiada por el humo de los cigarrillos. El tintineo de las copas, el murmullo de las conversaciones susurradas, alguna carcajada... Brunilda sintió náuseas.

—Vámonos, Rini —dijo, volviéndose con rapidez.

La polaquita retrocedió, asustada, y chocó con una mujer que parecía aguardar ese momento de arrepentimiento, pues las encaró con dureza.

—No pueden irse, están comprometidas con el dueño.

Era Lucrecia, vestida de *soirée*. ¡A esas horas del día! Una diadema brillante se entremezclaba en sus bucles castaños y dejaba caer un *pendentif* sobre su frente despejada. Una estola de piel cubría sus hombros de alabastro.

—Están en deuda con la casa. Deben las cuotas de aprendizaje, y todo lo que les han dado para trabajar.

—Son deudas de dinero, no tenemos por qué estar aquí —replicó Brunilda poniéndose delante de Rini, que había enmudecido.

Lucrecia soltó una risa desagradable.

—Hasta que cumplan el horario deberán quedarse. O ir a la cárcel. Elijan.

—¿Algún problema, querida?

El hombre atildado las contemplaba con una sonrisa que no le llegaba a los ojos.

—Nada que no pueda manejar, Gastón.

—Ah, qué bueno, ya que hay dos caballeros ansiosos por saludar a nuestras invitadas. Vengan conmigo, las presentaré.

No era una sugerencia, el hombre tomó a Rini del brazo con fuerza y la condujo hacia el salón. Brunilda tuvo que seguirlos para no dejar sola a su amiga. La voz de Lucrecia a sus espaldas la despidió:

—Ya se van a amoldar.

Los caballeros que las aguardaban se pusieron de pie al verlas. Eran hombres jóvenes de aspecto adinerado. Uno hasta parecía un debutante. Gastón las presentó con sus nombres de pila, lo que confirmó las sospechas de Brunilda, y luego ofreció enviarles champán para que pasasen una velada agradable. Al principio Brunilda

creyó que podría dominar la situación si todo se reducía a compartir la mesa con dos desconocidos, pero al sentarse junto al que le hizo lugar y sentir la pierna masculina rozando la suya con intención, supo que ese intervalo no duraría y que debería defenderse con uñas y dientes. Entonces, su mente le jugó una mala pasada.

Las sensaciones revivieron con el recuerdo del ultraje, el aliento del caballero se convirtió en el pastoso jadeo de aquel bárbaro, el calor de la pierna le recordó el manoseo y las risas que las rodeaban se transformaron en la carcajada lasciva del asesino victorioso. La habitación comenzó a dar vueltas, las luces temblaron ante sus ojos, una náusea profunda le subió a la garganta... y ya no supo más.

Despertó tendida en un sofá en un cuarto en penumbras, con un paño con olor a vinagre en la frente. Estaba sola. De a poco, retazos de lo ocurrido volvieron a ella y decidió salir en busca de ayuda. Tenía que salvarse y salvar a Rini de aquella prisión de placeres perversos. Se incorporó con lentitud por miedo a recaer, y cuando se vio de pie comprobó que estaba descalza, un ardid para evitar que huyese. Corrió hacia la puerta y la encontró cerrada con llave. En su desesperación, abrió el postigo de la ventana y vio que la habían tapiado. Estaba en una celda. Solo un hueco comunicaba con el exterior. Apoyó allí la barbilla y atisbó hacia afuera: una habitación normal con sus alfombras, sus cuadros, sus porcelanas sobre la chimenea, estuvo por pensar que un alma caritativa la había salvado, hasta que vio a las mujeres pasearse con descaro en ropas íntimas. Ni siquiera usaban batas, solo los calzones de puntilla y enaguas que apenas las cubrían. Brunilda jamás había visto lencería de colores, una indecencia. Eran mujeres jóvenes y bellas que no parecían a disgusto. Pudo escuchar algunas palabras extranjeras y comprendió que provenían de otros países. ¿Cómo habían acabado allí? ¿Y qué tenían que ver con el taller de modas? Salvo Lucrecia, ninguna le era conocida. Luego recordó las palabras de Rini acerca de «la preferida del taller», y confirmó que aquel lugar que ella había tomado como la oportunidad de su vida para convertirse en una modista de prestigio, era un gran burdel disfrazado.

El alma le cayó al piso. Habían sido engañadas con el peor de los engaños. Y ellas, crédulas al pensar que querían favorecerlas de algún modo. ¡Si ni siquiera las conocían! Todo cobró sentido en su mente, sus captores apuntarían a muchachas pobres que anhelaran ganar dinero y carecieran de respaldo. Las habrían vigilado para asegurarse de que no hubiera nadie que pudiese reclamarlas. Se equivocaban: doña Inés no permitiría que la mantuviesen esclava de tan vil negocio. Debía enviarle un pedido de ayuda. Buscó papel y lápiz para escribir unas líneas y no lo encontró, la habitación estaba desnuda fuera del sofá que olía a alcanfor y una mesilla con un cuenco donde habían mojado el paño para reanimarla. Volverían pronto para ver si había despertado, y ella aprovecharía ese momento para huir.

Al descender del coche frente a la Catedral, Julián pisó un papel que llamó su atención. Era un pasquín de mala muerte, con un título sugerente: *El Puente de los*

Suspiros.

En ese momento en que se hallaba en pleno rescate de una mujer que podía caer en manos de rufianes, aquel periódico le pareció providencial. Lo hojeó mientras se encaminaba al Departamento de Policía. Se trataba de una alerta sobre la existencia de casas de citas y redes de traficantes de esclavas blancas. El diario no ocultaba ninguna información, daba señales de los sitios y nombres de sus administradores, la mayoría extranjeros. El título mismo era a propósito de un lugar conocido por la abundancia de lupanares: la calle del Temple a la altura de Suipacha. Una rápida lectura confirmó a Julián los temores de Laura Rossini, el llamado Indio Galván debía de estar vinculado a esos viles comerciantes de mujeres que obraban con total impunidad. Le sorprendió descubrir la ubicación céntrica de los burdeles: Corrientes, Cerrito, Artes, Buen Orden... ¡Habría pasado cientos de veces por delante sin advertirlos!

La calle Defensa siempre había sido el límite de la respetabilidad, puesto que todos sabían que más allá, la de 25 de Mayo era el antro de los marineros y los tugurios donde trabajaban mujeres de todos los colores y nacionalidades. Los lugares que el pasquín mencionaba, en cambio, eran prostíbulos de lujo, sin duda disimulados a los ojos de los distraídos. «No hay distraído que no sepa adónde mirar cuando le conviene», murmuró Julián para sí. Hablaría con el comisario de órdenes, a ver qué decía sobre eso.

El sargento Villagrán lo recibió con su habitual parsimonia. Era un hombre avezado en el delito, nada le sorprendía. Leyó el periódico que Zaldívar deslizó hacia él, se atusó el bigote como siempre que se tomaba un tiempo para responder, y luego dijo muy tranquilo:

—Este es un diario muy combatido por la gente bien.

—Pero lo que dice ahí es cierto. ¿O no?

—Claro, claro. Sucede que mientras cumplan la ordenanza, doctor, las autoridades estamos impedidas de intervenir.

—Dígame que es legal explotar a mujeres incautas.

—Algunas no tan incautas, doctor —y el sargento le indicó un párrafo del pasquín donde se leía *Carta de esclavas que quieren cambiar de casa*.

Era un pedido de tres mujeres, con nombre y apellido, para dejar el sitio donde trabajaban y conseguir otro. Prometían estar libres de enfermedades y contar con vestuario apropiado.

—Aun así —porfió Julián—, eso no significa que no se hayan visto empujadas al vicio obligadas al principio, y luego acostumbradas a la mala vida.

—Vea, doctor, hay leyes que suavizan los efectos de este oficio. Controles médicos, higiene de los garitos, trato a las empleadas...

—Conozco esas leyes. Son tan inhumanas como racionales. Todo está medido, calculado, previsto, y el resultado es el mismo: mujeres enfermas, hombres viles que trafican con lo deshonesto, sometimiento, vejámenes que ninguna ley puede

controlan, pues cuando los inspectores hacen su recorrida les presentan solo lo que deben ver y eso, siempre que no medie algún cohecho.

—Si ya lo sabe, pues...

—No significa que lo apruebe o me conforme —lo cortó tajante Julián—. Conozco también las argucias para adulterar documentos y hacer pasar a una menor por adulta, ya que me pregunta cuán informado estoy. Allá en Europa es lo mismo, no crea que me rasgo las vestiduras ante un suceso insólito. La maldad y la corrupción no tienen fronteras. Lo que me pregunto es si tendrán límites en su monstruosidad.

Villagrán contempló al hombre que le lanzaba al rostro todo lo que él ya sabía con una contundencia que hablaba de su educación y de su dominio de las ideas, pero también de una sensibilidad que rozaba la culpa. Con su instinto afinado en toda clase de investigaciones y patrullajes, Villagrán podía escarbar hondo en las emociones ajenas.

—No se lo tome tan a pecho —dijo, conciliador.

Julián respiró hondo. Era injusto volcar en el sargento su rabia, puesto que el hombre no daba la impresión de formar parte de aquellas redes inmundas, aunque estaba muy al tanto, como correspondía a su cargo.

—Usted no habrá venido aquí por esto —agregó Villagrán.

—No crea. Al fin y al cabo, vengo por algo muy relacionado. Se trata de un sujeto al que conocí después de que apresaron a mi amigo. Tengo la certeza de que está ligado a este delito.

Villagrán cruzó las manos sobre el escritorio con paciencia, dispuesto a escuchar los esfuerzos del abogado para salvar a su amigo. Él sabía que Adolfo Alexander era un chivo expiatorio y no la mano criminal, faltaba saber si había conectado a la víctima con su homicida, si era un «ubicador» en la cadena de proxenetas. Al escuchar el nombre de Antonio Galván, el semblante del sargento cambió. Julián lo percibió y supo que iba encaminado en sus sospechas. Así como habían detenido a Adolfo en averiguación de los hechos, lo mismo harían con el crápula y allí surgiría su papel en el delito.

Al salir, el sargento lo detuvo.

—Doctor, es usted un hombre recto y me veo obligado a decirle algo.

Julián se asentó mejor sobre su pierna sana, ya que la otra casi no le respondía en ese día ajetreado.

—Sea prudente con sus actos. En estas redes hay nombres que resuenan mucho y puede verse perjudicado, siendo usted hombre de leyes y versado.

—¿Acaso me amenaza, sargento? ¿Debo cuidar mis espaldas?

—No de mí, doctor Zaldívar, no de mí.

Julián salió con la sensación de necesitar aire puro, el aire de El Duraznillo.

Esa mañana en Buenos Aires, límpida y fría, ajena a las tortuosidades que los humanos podían inventar, le brindó algún consuelo. A medida que recorría las calles se fue calmando. Estaba satisfecho. Muy pronto Adolfo estaría viviendo en su casa y

con el correr del tiempo, quién podría asegurarlo, tal vez entre él y Pétalo se crease una simpatía que los salvase a ambos de sus respectivos demonios. Era su mayor anhelo.

Por fortuna para él, su madre aún dormía bajo el efecto de la droga cuando, bajo la mirada atónita de Evelyn y las criadas, instaló a la familia Rossini en el último patio, donde vivía Brunilda. De seguro la joven se mostraría solidaria con ese grupo de desamparados. Contaba con ella para eso, como sabía que contaba con Elizabeth para mejorar la vida de Pétalo. Al final, las mujeres eran su perdición y a la vez, sus aliadas.

—Ah, ya estás buena.

La muchacha que entró a la celda era incluso menor que Brunilda. Estaba pintarrajeada y vestía un corsé que le levantaba los pechos de manera ridícula. A juzgar por la naturalidad con que retomó la aplicación de los paños fríos, debía de ser la que la atendía desde su desmayo.

—Margo tenía miedo de que no volvieras en ti. Yo le dije que era cuestión de estómago vacío, nada más. El champán no cae bien.

—Escúchame —exclamó Brunilda deteniendo la mano de la joven y mirándola con desesperación—. ¿Dónde está mi amiga, lo sabes? Se llama Renata. ¿La has visto?

Un poco nerviosa, la chica se soltó y mojó el trapo para no mirarla de frente.

—No sé nada, me llamaron cuando te caíste. No había nadie contigo.

—¡Estábamos juntas! Y no debíamos venir aquí. Necesito que envíes un mensaje a... mi tía, la señora Inés Durand.

El nombre sonó importante a Chantal, y temió que hubiesen cometido un error con aquella joven tan delicada. Sin embargo, Margo había sido rotunda: se trataba de una obrera del taller que aceptaba ganarse unos pesos extra algunas tardes.

—¿No trabajas en Modas Viviani? —le dijo con suavidad.

—Sí, para ayudar a mi tía en sus labores —improvisó Brunilda— pero solo serían unas cuantas clases.

—Yo no sé nada de eso, me dijeron que te reanimara —y deseando librarse del compromiso, la jovencita arrojó el paño y salió de prisa.

El cerrojo sonó en sus oídos como si fuese el martillo de un revólver.

Las horas pasaron sin que pudiese saber si se acordaban de ella, hasta que de nuevo el cerrojo dio paso a otro visitante. Un hombre.

—Buenas noches.

En el cuarto reinaban las sombras desde hacía rato, y Brunilda había perdido la noción del tiempo. El recién llegado era solo una silueta. Recién cuando él encendió el candil que sobresalía de la pared, vio que se trataba de un peón de campo, con su poncho echado hacia atrás y sus bombachas, la boina entre los dedos y aire cauteloso.

—Me dijeron que se encontraba repuesta —dijo el desconocido.

Brunilda estaba decidida a sacarle los ojos con sus uñas si se le acercaba. El peón, no obstante, se mostraba educado y hasta preocupado por su salud.

—Diez pesos.

—¿Qué?

—Diez pesos me dijeron que debía darle. Tres para usted, siete para la casa.

Y al ver que el hombre se desataba el tirador, Brunilda se parapetó tras la mesa.

—No se me acerque. Si lo hace, lo mataré. Ellos no saben que llevo un puñal bajo la ropa.

Dalmacio miró el vestido que le ceñía el cuerpo y pensó que si llevaba cualquier cosa debajo de eso, se le notaría enseguida. De todas formas, tenía la extraña sensación de que lo habían engañado en algo. Desde que llegó a la ciudad como domador, se encontraba incómodo. La paga era buena y lo apreciaban en el hipódromo, pues tenía un talento natural y los porteños confiaban en su pericia para tratar a los caballos. Sin embargo, muchos de los negocios que pasaban frente a sus narices se le escapaban, le costaba comprender del todo el ambiente donde se movía. La situación de aquella mujer, reciente y ponderada adquisición de la casa, tampoco parecía clara.

—Tengo el mismo derecho que los otros.

—¿Qué otros?

—Los que están afuera, esperando.

Brunilda sintió la náusea y contuvo el mareo. No podía aflojar en ese momento, cuando su vida misma estaba en juego. Podía haberse rendido, dejar que su destino se cumpliera hasta el final, pero el recuerdo de las sensaciones de esa mañana cuando creyó que la vida le sonreía, la posibilidad de ser alguien alguna vez y hasta la manera en que la trataba Julián Zaldívar cuando no intentaba propasarse con ella, le dieron ánimos. Pasquale y Filipa le habían demostrado que la felicidad existía, aunque fuese efímera. Y solo por ellos, por ese amor y las enseñanzas que le habían brindado para que ella fuese una mujer de provecho, haría el intento.

—Nadie tendrá mi cuerpo jamás. No soy prostituta. Dalmacio se acercó dos pasos.

—¡No se acerque, le digo!

—Está bien —concedió el hombre—. Entonces acérquese usted, para verla a la luz. Quiero ver su cara.

—No.

—Prometo no tocarla. Mire —y tomando un lazo que pendía de su cinto, se ató con rapidez las muñecas, sabiendo que aunque pudiese soltarlas le llevaría unos segundos que la mujer emplearía en alejarse de nuevo.

—Por favor —suplicó.

—¿Por qué quiere verme?

—Dice que no es una puta. Entonces quiero ver si puedo ayudarla. Pero también puede que me mienta. A lo mejor no le gusto y quiere darme el raje. Acá son todos vivos.

Brunilda también se extrañaba del proceder del hombre, no parecía el típico abusador que iba en busca de placeres y luego se fingía puntilloso en cuestiones morales.

Además, había algo en ese desconocido... Se acercó con sigilo hasta que el arco de la lámpara le dio en la cara. Dalmacio se quedó de una pieza. Bajo esa mortecina luz, la muchacha de la que tanto se había hablado en la estancia se le revelaba, confirmando los chismes de fogón. Estaba hermosa, aun entre sombras y descalza, con un vestido dorado que azuzaba la imaginación, el cabello suelto y los ojos, que a él siempre le habían quitado el sueño, más grandes y negros que nunca. Brunilda.

¿Era una mala mujer, o debía creer en sus protestas?

En cuanto a ella, al ver el rostro del hombre y detectar la expresión de pudor que ya le conocía, cayó de rodillas en llanto de gratitud. Dalmacio se soltó las manos y se arrodilló junto a ella. Aquellas lágrimas parecían sinceras, y él nunca había creído en las habladurías.

—Entonces, ¿es cierto? ¿Está prisionera acá?

Entre hipos y sollozos, Brunilda contó la forma artera en que las habían engañado y le dio señas de la polaquita. Dalmacio, conmovido y más confundido que nunca, prometió buscarla, aunque antes que nada debían evitar que los demás clientes entrasen. Le habían dado una hora nada más. Confirmaron que no hubiese nadie mirando por el hueco y tramaron una estrategia. Cuando llamase para que le abrieran, ya que no le habían confiado la llave, él fingiría haber olvidado el cinto sobre la cama y ella aprovecharía el momento para escapar. Dalmacio se le uniría después de haber derribado al guardián, si era necesario con su facón. Ya se sabía el camino para salir por detrás, no era la primera vez que acudía a la casa de citas.

Claro que no contaban con la astucia de los servidores del burdel regenteado por Margo. Dos hombres, uno fornido y de aspecto bestial y otro delgado vestido con presunción, fueron los encargados de abrir la puerta. El truco de Dalmacio no funcionó porque el hombre delgado mantuvo a Brunilda bajo su vista mientras el otro acompañaba al peón hasta el borde de la cama. Allí Dalmacio lo atacó, sin causarle más que un rasguño, mientras que Galván atrapaba a Brunilda, sosteniéndola contra su pecho y susurrándole promesas de venganza. Sacaron al peón a patadas y se llevaron a la joven a la rastra, delante de los sorprendidos clientes, a los que el Indio Galván tranquilizó diciendo:

—Todavía no se halla repuesta de lo de hoy, tendrá que guardar cama.

Entre la población masculina campeaba el temor al contagio de las enfermedades venéreas y por tanto, la mayoría desistió de pagar los servicios de aquella joven de la que tanto se hablaba desde hacía horas. Fueron en busca de otras que contasen con el

certificado médico. Pero Brunilda había alcanzado a gritar a Dalmacio, en medio del brutal ataque:

—¡Dile a la señora del patrón Zaldívar que estoy acá!

Dulcinea farfullaba otra vez la respuesta que le sonsacaban desde hacía una hora.

—No estaba, patroncito, me dijeron que hoy no había ido, pero yo sé bien que sí, pos la acompañé como siempre. No vaya a pensar la patrona que le falté, Diosito es mi testigo...

—Tranquila. ¿Puede ser que al no verte puntual en la puerta Brunilda haya decidido volverse sola? —le decía Julián, que trataba de contener las ganas de zamarrear a la mulata.

—No, no y no, que fui a la hora, y eso que antes tuve que tender las camas para la nueva gente, que la patrona me dijo que lo hiciera yo, que Evelina no quiere ni verles las caras, patroncito.

Julián suspiró, derrotado. Brunilda no aparecía y a él no se le ocurría ningún sitio adonde la joven pudiese ir. Su temor era que al no encontrar a Fígaro se hubiese marchado en su busca. ¡Maldito gato y malditos todos, que se enfrentaban por idioteces, cuando había cosas tan graves por las que preocuparse!

—Trata de recordar —volvió a decir— si viste salir a sus compañeras de trabajo, las más conocidas. Las habrás visto.

—Ahora que lo pienso, patrón, no las vi tampoco.

Eso tranquilizó a Julián. Podría haber ido a la casa de alguna de ellas.

—¿Quiénes son? ¿Las nombró Brunilda alguna vez?

Dulcinea denegaba con cómica desesperación. Aunque la joven le hubiese dicho el nombre de las compañeras, su cabeza no los retendría, así de cerrada era su sesera.

Julián tenía solo dos caminos antes de recurrir a la policía: salir él mismo en coche a recorrer las calles oscuras, o aguardar en la casa de su madre a que Brunilda, agotada de caminar en busca de Fígaro, decidiese volver. En su fuero interno, casi deseaba esto último para poder sacudirla y endilgarle en su cara la preocupación de todos.

Porque también doña Inés estaba afligida. Al principio, cuando despertó de su prolongada siesta y se topó con los bártulos de los nuevos habitantes de la mansión, estuvo a punto de sufrir otro ataque, sobre todo al escuchar de labios de la alborotada Evelyn que se trataba de otro grupo de refugiados traído por su hijo. Doña Inés creía que el mundo se derrumbaría sobre su cabeza. Luego, cuando la noticia de la desaparición de Brunilda llegó a ella, sintió un escalofrío de premonición. La joven era considerada, nunca había salido sin su permiso y siempre trataba de complacerla cumpliendo con los horarios de las comidas. Brunilda no la desafiaba, si bien doña Inés percibía un carácter detrás del temperamento apacible. En el fondo, se sentía culpable por haber montado semejante escena a causa del gato.

Bebía té en la salita mientras aguardaba noticias del exterior. Al golpe de la aldaba, todos acudieron en tropel.

Dalmacio se encontraba al pie de su caballo, algo cohibido por el aspecto de la residencia que le indicaron cuando preguntó. Doña Inés no lo conocía, pero Julián se abalanzó sobre él, aun cuando no esperaba encontrar al domador de la estancia en la puerta de su casa.

—¿La viste? ¿Vienes a darme señas?

—Patrón —dijo en confidencia el joven—, la moza está en problemas.

Comprendió que Julián se hallaba en conocimiento de los sucesos y que no haría falta explicarse.

—¿Qué problemas? ¿Dónde está? —Y Julián ordenaba con un ademán que separasen un caballo de la cuadra—. ¿Y cómo es que estaban juntos? —dijo de pronto, y al notar que Dalmacio tenía la cara lastimada—. ¿Los atacaron? O... ¿ella te pegó?

Bien sabía él que Brunilda se defendía.

—Se lo digo solo a usted, por si su madre se ofende, señor. La Brunilda está en una casa de esas... —Y ante la dureza de la expresión del patrón, agregó de golpe—. Una casa de putas.

Si Julián no hubiese estado sobre la pista de un rufián, si no hubiese conocido la desgracia de Laura Rossini en la Casa del Ciruelo, tal vez su reacción habría sido la de propinarle una trompada a Dalmacio por su atrevimiento, pero no le sorprendía saber que Brunilda estaba acosada por hombres que con tanta impunidad recogían muchachas para prometerles un futuro y luego revolcarlas en el fango.

—Vamos —le dijo, montando con ayuda del bastón—. Guíame hasta ahí.

Rodeada de su doncella y de sus criadas, doña Inés vio alejarse a los jinetes sobre el empedrado hasta que solo fueron líneas que se perdieron entre las hileras de árboles que enhebraban la calle. Pobre hijo. A su edad, no había logrado conquistar ese amor que aquietaba las pasiones del hombre y se multiplicaba en una descendencia. Ella deseaba ese tipo de vida para él, no como la de su padre, que anhelaba cabalgar en la soledad de las pampas y padecer los sinsabores de la frontera cercana. Quería que Julián permaneciese a su lado, que triunfara en las leyes y envejeciese respetado por sus semejantes como correspondía a su prestigio familiar. Desde aquel día en que el malón se lo arrebató, su hijo no era el mismo hombre. Bueno y considerado seguía siendo, era cierto, pero había un rescoldo de resentimiento que ella nunca le había conocido. Era capaz de buenas acciones y al mismo tiempo, percibía que con ellas trataba de comprar una conciencia. Deseó con fervor que hallase a Brunilda sana y salva y, contra todo pronóstico, deseó también que ella lo consolase y le brindase el refugio que el corazón de su hijo necesitaba para latir de nuevo.

Las puertas de la mansión Zaldívar se cerraron, y las mujeres de la casa se arracimaron para darse aliento. Al fondo del pasillo que llevaba al patio, Laura

Rossini contemplaba todo mientras se retorció las manos con aprensión.



CAPÍTULO 24

Una ordalía se desató desde entonces para Julián.

La búsqueda empezó por la trastienda oculta de Modas Viviani, el lugar que le habían asegurado respetable. Se entraba por una puertecita sobre la calle Maipú, disimulada bajo un dintel de yeso con querubines. El entorno de la calle a esa altura era oscuro y sórdido, debido a la presencia solapada de los señores que entraban y salían, intentando pasar desapercibidos. Julián estudió sus posibilidades. Lo más prudente era fingirse cliente y preguntar por Brunilda. Dalmacio le aseguraba que a él se la habían presentado con ese nombre. Lo ocurrido lo inquietaba, sin embargo. Si se la habían llevado a la rastra quizá esa noche no la ofreciesen, algo que él prefería, por cierto, aunque le impediría verla. Y si reclamaba por ella aduciendo que la habían secuestrado, montarían una escena ficticia. Llegar con la policía tampoco era buena opción. Existían espías que avisaban cuándo se aproximaba una patrulla. Fue memorable la vez en que los burdeles de la calle 25 de Mayo se alertaron a través de las orquestas respectivas, un encadenamiento de piezas musicales que se extendió por todo el Bajo. El santo y seña permitió que las madamas escondiesen a las muchachas enfermas o menores de edad.

Había que ser más astuto que los propios delincuentes. Julián decidió alternar con la clientela a la espera de algún indicio. Dejó a Dalmacio afuera como soporte, ya que de todos modos lo conocerían y le impedirían la entrada.

—Estate alerta. Apenas me veas salir, apronta los caballos.

—Sí, patrón.

El peón permaneció montado junto al muro, entre las sombras, sujetando de las riendas al caballo de Julián, pensando en la hermosa Brunilda y en su mala suerte, y en si él pudo haber cambiado algo de todo eso, si en lugar de ser tan corto le hubiese propuesto acollararse, allá en la estancia.

Julián caminó entre los muebles, deseando no encontrar a ningún conocido y apreciando el buen gusto que tenían aquellos depravados. Le recordaba los lujos del palacio de los placeres donde había conocido a Pétalo. ¡Cuánto parecido en los mecanismos para abusar de los más débiles! Podían variar las modas o las lenguas, el fondo de la cuestión era siempre el mismo.

Una mujer de porte espléndido se le acercó para ofrecerle un rato de conversación. Julián aceptó y se sentó junto a ella en un sillón tapizado de seda rosa. La mujer era linda, aunque la malicia de sus comentarios acabaron por hartarlo. Y como ella vio que aquel hombre tenía más preocupaciones que deseos de acostarse con ella, lo abandonó con la excusa de ir por otra copa. La mayoría de los caballeros que Julián veía conversaban de modo amigable con las candidatas. Cualquiera hubiese dicho que aquella era una inocente reunión social. Sentados junto a ellas tomando café, jugando a los naipes, bebiendo o fumando, las llamaban por sus

nombres con tanta confianza que parecían de su propia familia. Un mozo iba de mesa en mesa complaciendo sus pedidos. Cada tanto, alguna pareja se levantaba y se dirigía hacia la parte de atrás, donde estaban las habitaciones. No se veía a ninguna madama, cosa que le extrañó. De pronto, una jovencita de aspecto triste le llamó la atención. La miró en primer lugar por su cabello corto a la altura de la nuca, algo poco frecuente en las mujeres, y luego porque parecía estar ausente de lo que la rodeaba, aunque el hombre que la tomaba por la cintura le halagaba el oído quién sabía con qué sandeces. Julián se levantó y caminó hacia un gabinete cerrado por cortinas de pesadas borlas. Fingiendo curiosidad por el lugar, escuchó la voz de la joven diciendo que se sentía mal, que lo único que deseaba era ver a su amiga, que no sabía de ella y temía que no se encontrase bien.

—No te preocupes, mi cielo, tu amiga estará viendo las estrellas a estas horas. Lo mismo que te propongo, cariño. Vamos adentro.

Julián se inclinó hacia la muchacha.

—Señorita, ¿me haría el favor de decirme si es correcto este nombre? ¿Hay aquí una muchacha llamada así? —Y le mostró una tarjeta donde acababa de garabatear «Brunilda», más una frase que decía: «¿Desea que la libere?».

La polaquita miró al hombre rubio con grandes ojos cuajados de lágrimas. Se le presentaba como un ángel caído del cielo, un salvador. Sin disimular su alegría, asintió y entonces Julián tomó su decisión:

—Esta mujer está enferma. Todos aquí corren riesgo de contagio. Señores, por favor, permítanme, que debo llevar a esta joven al hospital. ¿Dónde está la dueña?

Margo se abrió paso con precipitación entre los que se agolparon alrededor de Julián, y al ver quién tomaba del brazo a la polaquita, palideció: era el hombre que había discutido en la puerta del taller tiempo atrás, y que le había prometido una inspección.

—Señor, le aseguro que no es así. Esta muchacha acaba de llegar y viene precedida por la revisión adecuada.

—¿Dónde está su certificado? Yo digo que esta mujer está enferma, me doy cuenta de los síntomas aun antes de revisarla.

Ya que Margo ignoraba quién era en realidad ese caballero, se apresuró a contentarlo para no crear pánico entre los clientes. Su establecimiento se jactaba de cumplir las reglas al respecto, y era la razón de que fuese solicitado por la clientela más distinguida de la ciudad.

—Cerciórese usted mismo, doctor —y lo invitó a pasar hacia el interior de la casa.

Julián no soltaba a la polaquita, estaba seguro de que era conocida de Brunilda, su instinto se lo decía, y además, ya Dalmacio le había contado que eran dos las engañadas.

—Puede revisar a mi pupila acá mismo, doctor.

—Lo haré cuando me traiga a su compañera, la que entró con ella esta mañana.

Margo puso la cara de piedra. Ni un gesto reveló su sorpresa.

—No sé de quién me habla, doctor. Esta muchacha es la nueva, no hay otras.

—¡Mentira! —gritó Rini—. Brunilda y yo fuimos traídas por la fuerza, nos mintieron, y ahora mi amiga se siente mal, se desmayó y se la llevaron...

Julián trataba de mantener la calma en medio de su conmoción interna. Era imperioso conservar la sangre fría, ya que ese era un antro de gente peligrosa y Margo no estaría sola. Como respondiendo a ese pensamiento, un hombre muy bien vestido surgió de la nada, con una sonrisa despreciable bajo su fino bigote.

—Por favor, les ruego algo de discreción. Los clientes pueden espantarse si se corre la voz de una enfermedad. Y como dice Margo, las chicas están sanas. Nosotros nos encargamos de la revisión mensual, como corresponde. Nunca esta casa dará que hablar en ese sentido. Tampoco verá usted escándalos ni entradas en las actas de la policía. Estamos limpios.

—Insisto en ver a las recién llegadas. No tengo constancia de que hayan cumplido con esa revisión antes de ingresar. Ni de que ustedes hayan anunciado la entrada de nuevas empleadas.

—Margo, trae los libros. Siéntese, doctor, hágame el favor. ¿Desea tomar algo mientras? La lectura de los libros es bastante tediosa. Si no lo toma a mal, ¿podría darme su identidad? Es que estábamos acostumbrados a la visita del doctor Balestra y no sabíamos que lo hubiesen sustituido.

Julián se jugó el todo por el todo.

—Eso es porque no lo sustituyo, soy inspector de salud.

El hombre del bigote fino lo analizó con frialdad. Estaba a punto de decir algo y se contuvo. La apariencia de Julián, su seguridad al hablar, la calidad de su ropa, decían que se trataba de alguien de importancia y ante la duda, era preferible andarse con tiento. Margo llegó entonces cargando un libraco de tapas negras. Julián lanzó un vistazo rápido. Estaba acostumbrado a revisar asientos de contabilidad porque su padre dejaba en sus manos la administración de El Duraznillo, así que comprobó que en efecto, aquellos datos estaban bien.

—¿Cómo te llamas, muchacha? —dijo a la polaquita, que no se separaba de él.

—Renata Bojzuck.

—No veo aquí su nombre.

Margo lanzó una mirada de preocupación a Gastón.

—Es porque la hemos anotado con otro, doctor, a fin de mantener en reserva su actividad. Usted sabe, a veces estas muchachas tienen una triste historia detrás y aunque acá se les proporciona asistencia médica, buena comida y buen trato...

—¿Y cuál es aquí su nombre?

Margo recorrió la lista de pupilas con una uña roja hasta dar con «Chantal». Era joven como la nueva, y podía asimilarlas.

—Chantal es otra chica —arguyó la polaquita, envalentonada por la cercanía del ángel rubio—. Es la que atendió a mi amiga cuando se desmayó.

—Tampoco figura aquí el nombre de tu amiga.

—Doctor —intervino impaciente Gastón, olvidado ya de sus buenos modales—. ¿Va usted a creer a una perdida antes que a un hombre de negocios?

—Por supuesto —dijo Julián con una sonrisa siniestra—. Por eso estoy aquí. No creo nada de lo que me están diciendo, y aun así les doy la oportunidad de salvarse entregándome a Brunilda Marconi. Verá, señor, soy un enviado del juzgado del doctor Gómez Alcalá.

—Ah, pero si es así será un gusto colaborar, lo hubiese dicho antes —y el hombre llamado Gastón se inclinó en una servil reverencia, como si se burlase de él—. Pase, por favor, faltaba más. A sus órdenes.

Los llevó a un despacho que más parecía un *boudoir*, y les pidió que lo aguardasen.

La polaquita miraba a Julián con grandes ojos, como si no pudiese creer su suerte. Julián no estaba seguro de que la suerte corriese de su lado. No le había gustado el cambio de talante de Gastón, ni se le escapó la rapidez con que decidieron darle gusto. Algo tramaban esos dos, y él no pensaba dejar que se saliesen con la suya. Decidió salvar a la jovencita de cabello platinado, ya que era lo que primero se le ofrecía.

—Escúchame, Renata, voy a dejarte salir y correrás hacia la calle Maipú. Allí hay un peón de campo que nos aguarda con dos caballos. Su nombre es Dalmacio. Te acercas y le dices quién eres y que yo te envío. ¿Entendiste?

—¿Y usted, señor?

—Yo me las arreglo —y Julián abrió la ventana del despacho, que daba a un baldío—. Recuerda: un peón en la calle Maipú.

—¿Un gaucho? —La polaquita no había visto ninguno, solo oía hablar de ellos.

—Sí, lleva boina y poncho. Lo identificarás enseguida.

—¡Gracias, señor! ¿Usted salvará ahora a Brunilda?

—Eso haré. ¡Vete! —Y alzó a Rini con facilidad, dejándola caer del otro lado. En el esfuerzo, escuchó que el vestido azul se desgarraba, de tan apretado. La muchacha se incorporó y salió a toda velocidad rumbo a la esquina. Maipú estaba a metros de allí. Julián se quedó viéndola perderse en la noche y rezó para que llegase. Sabía que a él le esperaba un enfrentamiento. Antes de que pudiera darse vuelta, un feroz golpe en la cabeza lo dejó tendido. No supo que unos brazos poderosos lo levantaron con la misma facilidad con que él había alzado a la joven y lo dejaron caer sobre el mismo baldío.

—No lo maten —dijo una voz cultivada—. Soy amigo de la familia.

La ventana se cerró, ocultando el rostro distinguido del juez Gómez Alcalá.

El hombre se quitó sus lentes de armazón de oro, los pulió con su pañuelo perfumado y se acomodó el broche de la corbata. Había perdido a una pupila, pero conservaba a la otra. Brunilda Marconi, a la que había echado el ojo aquella tarde a las puertas de su taller de Modas Viviani. Lástima que tendría que trasladarla.

Julián despertó entre fuertes dolores de cabeza y una sensación de flotar en el aire. A su alrededor, la habitación olía a tisanas de alcohol e infusiones de sauce y raíz de jengibre.

No bien su vista se concentró en un punto, distinguió el rostro preocupado de su madre inclinado sobre el lecho.

—Evelyn, pásame el té, debe beber la taza completa para que haga efecto.

—Señora, si me permite, a mis niños les hago oler este aceite y les pongo algunas gotas en las sienes —se escuchó decir a Laura Rossini.

Doña Inés aceptó el frasquito y puso ella misma las gotas requeridas, acariciando las sienes rubias de su hijo como cuando era un niño. Julián se dejó atender unos instantes antes de exigir que le dijese dónde estaban Dalmacio y la joven que había salvado.

—Ellos están bien —lo tranquilizó su madre—. La muchacha está acá mismo, detrás de tu cabecera.

—¡Señor Julián, qué suerte que haya podido sobrevivir! Volvimos a buscarlo, porque el gaucho no quiso dejarlo en manos de esos malvados y entonces vimos su cuerpo tirado en el terreno. ¡Menos mal! Lo trajimos cruzado sobre el caballo, como dice Dalmacio.

—Está bien, niña, basta ya, o aumentarás su jaqueca.

—Madre.

—Shhh... Hijo, calla, debes descansar.

—Madre, necesito saber de Brunilda.

—Aún no tenemos noticias, hijo, pero esta muchacha dice que no van a hacerle nada malo, porque les interesa que trabaje para ellos.

Julián se incorporó y la cobija cayó, dejando ver su pecho musculoso. La polaquita se hizo hacia atrás, pudorosa. Nada hubiese confirmado mejor la honestidad de aquella joven.

—Señor, quiero que sepa algo —insistió cuando Julián se cubrió de nuevo—. Mientras estuve ahí, vi a alguien que creía bueno y resultó ser un maldito también. Se llama Antonio Galván, y yo creí... creí que estaba interesado en mí. Fui una tonta. Temo que mi relación con ese hombre haya atraído la mala suerte sobre nosotras, pues es evidente que se me acercó para conseguir nuestra confianza.

—Nadie es culpable de los espíritus malvados, Renata —dijo Julián, agotado—. Llama a Dalmacio, madre, necesito hacerle unas preguntas y también encomendarle que llame a un doctor.

—¿Por qué, te sientes mal? —se alarmó doña Inés.

—Es mi salvoconducto para entrar en esos antros, madre. Solo los doctores pueden hacerlo, porque si no los dejan, las autoridades cierran las casas de tolerancia. Quiero que Dalmacio se comunique con el doctor Beazley.

Brunilda también despertó con dolor de cabeza, provocado por una droga opiácea que le habían dado para que no supiese adónde la llevaban. El sitio en el cual se hallaba era muy distinto al de la trastienda del taller de modas. Había un patio embaldosado cubierto por una parra gigantesca, varias habitaciones que daban a una galería en derredor, y una cocina de donde provenían risas y el ruido de los cacharros. El modesto cuarto donde yacía era limpio y con algunos detalles, como la luna del ropero. Brunilda quiso incorporarse y le dio un vahído que la tumbó de nuevo.

—Cuidado —dijo una voz a su lado—. Todavía estás mala.

La mujer que la atendía era gruesa y de voluminosos pechos que sobresalían de un vestido color malva. La contemplaba con cierta desconfianza, aunque no poseía la mirada calculadora de Margo. De todas formas, era sin duda de la misma calaña.

Brunilda acababa de salir de un antro para encontrarse en otro.

—Por hoy te quedarás en cama. Mañana, ya veremos. Las chicas pueden prestarte ropa, porque la tuya está a la miseria.

El ceñido vestido color oro se veía rasgado y con manchas, quizá debido a los líquidos con que la habían drogado. Brunilda comenzó a temblar. Tenía frío, y sobre todo, miedo. Miedo a haber sufrido de nuevo aquella vejación que cada día se le hacía más y más presente, cuando ya creía poder superar ese recuerdo.

—Tápate con esto —le dijo la mujer, y ella misma la cubrió con un poncho de pura lana hasta la barbilla—. Hicimos caldo de pollo, te levantará el ánimo.

Luego salió y como la vez anterior, la encerró con llave.

Brunilda notó que era pleno día y supuso que por eso las muchachas de la casa estarían compartiendo el almuerzo o una charla, en lugar de atender clientes. También notó que en esa casa había menos gente que en la del taller, y de seguro la clientela sería más reducida y quizá de menor categoría.

Al rato entró otra mujer, más joven aunque de aspecto avejentado. Llevaba una bandeja con el tazón de caldo y un chal de flecos que colgó de una silla.

—Acá te dejo esto, para después. Y el caldo.

Se sentó donde había estado la mujer de los pechos y miró cómo Brunilda tomaba el líquido con aprensión.

—Está bueno. Lo hace Charo, ella es la que nos cocina cuando no está el Turco, nuestro cocinero favorito —y soltó una risotada—. ¿Y de dónde vienes, con ese pelo tan rubio? Ella poseía un cabello oscuro de gruesos bucles y pícaros ojos marrones. En las comisuras de sus labios se notaban las primeras arrugas, más de la vida licenciosa que de la edad.

—Bueno, ya hablarás —descartó con simpleza ante el empecinado silencio de la joven—. Tarde o temprano todas lo hacen, se acostumbran. Eso sí, te recomiendo no malquistarte con Ana. Ella es buena, pero si se enoja... —Y dejó en el aire la intención.

La muchacha se marchó con el tazón vacío y Brunilda quedó a solas de nuevo con sus tristes pensamientos. Por su mente desfilaban las escenas de la vida en la estancia,

cuando todavía no conocía al señorito. Era feliz entonces y no lo sabía. Pensaba que le faltaba algo cuando lo tenía todo. Y al llegar a la ciudad, creyó que podía lograr más todavía. Qué error tan grande... Mejor habría sido no saber jamás de Julián Zaldívar ni albergar fútiles esperanzas en un futuro, ni creer que algún hombre podía posar en ella sus ojos con otra intención que no fuese disfrutar de su cuerpo. Maldijo esa belleza que todos decían ver, quiso ser fea, deforme, que nadie se fijara en ella y poder así llevar una vida tranquila y solitaria. Con Fígaro. Pobre su gatito, otra vez solo... Temía que alguien se diese cuenta de su existencia al no estar ella para esconderlo. Se durmió en un sopor, resabio de la droga, y por varias horas no supo lo que ocurría en torno a ella.

El doctor Beazley conducía su propio coche, con Julián a su lado. Hacía rato que recorrían los prostíbulos de la calle Corrientes, casi tantos como numeraciones tenían las casas. Por un momento, Julián se maravilló de que existiese en la ciudad algo más que burdeles, tantas eran las puertas donde el doctor entraba para su visita periódica.

En el número 509 se encontraba el más famoso por la calidad y la juventud de sus mujeres y el lujo con que atendían. Aunque el de enfrente, en el 506, no le iba en zaga.

—Aquí tenemos para rato —le advirtió el médico—. Y luego iremos por Cerrito. Allí hay uno que es la crema de los caballeros.

—Bien ubicado —comentó con ironía Julián.

—¿Nunca escuchó a los muchachos decir «Un, dos, tres... Cerrito»?

Julián recordó la conversación con Marcelino Carrasco y supuso que se trataría de ese sitio.

—Calle Cerrito, número 123, esa es la broma —le contó el doctor.

El doctor Beazley era recibido con deferencia por las madamas, que se mostraban dicharacheras en la esperanza de que hiciese la vista gorda frente a algunas irregularidades, y luego desagradables cuando se les inscribía la falta correspondiente en el libro. La presencia de ánimo del doctor era admirable cuando salía diciendo que tal o cual pupila sufría de chancros blandos, o bubas en los labios, o gonorrea uterina. Solo una vez, al dejar una casa donde había revisado a una mujer que creía haber superado la sífilis, Julián lo vio flaquear.

—Está en la tercera etapa —dijo, afligido—. No durará mucho, está condenada.

Siguieron en silencio hasta llegar a la calle Tucumán, donde parecía que se concentraba toda la población masculina de la ciudad. Solo entre Corrientes y Lavalle, había diez lupanares. Entraron a uno donde la madama los recibió de mal grado. Argumentaba que ya habían visitado el sitio y dejado malas referencias, cuando ella no hacía nada distinto a las demás regentas.

—Al final, mi libro es el más asqueroso de todos y no es así. Yo cuido de mis chicas, las hago revisar y les doy elementos de higiene.

—Entonces no hay que temer, doña —le dijo el doctor, y entró a inspeccionar a las pupilas. Un vocerío destemplado se levantó desde el cuarto y Julián, fingiéndose practicante, se metió dentro en auxilio del doctor. Una mujer estaba indignada porque el facultativo había intentado meter en el cuerpo de otra una vara que la iba a estropear.

—Este es el *speculum* —les decía el doctor Beazley—, un instrumento usado por todos los profesionales de la medicina, y nada malo le pasará a la señorita, le puedo asegurar.

—¡Pues aquí en mi casa no lo usará!

—Si no lo admite, lo dejaré asentado y volveré mañana, y así hasta que me deje cumplir con la ordenanza.

—Hágalo y verá con qué se encuentra —porfió la mujer.

—Por lo pronto, me encontraré con más enfermedades, ya que no se me permite revisar a las empleadas. Y vendré con un agente de policía.

—¡Claro, así la policía luego sabrá quiénes son mis chicas y estarán en boca de todos!

—Usted elija, señora.

Al fin la mujer aceptó a regañadientes y todos salieron de la habitación para que el médico revisase a la paciente con su instrumento.

Cuando rodaban rumbo a otro lupanar, Julián comentó:

—Dígame, doctor, y no lo tome a mal. Entiendo que este es el menor de los daños a juicio de los legisladores, pero ¿no cree usted que reglamentar la prostitución no es sino legalizar el delito? Como abogado, le confieso que mis medidas serían más drásticas al respecto.

—Lo que sucede, mi amigo, es que lo que no se puede remediar se regula. Antes de la ley del año pasado, ni siquiera sabían las autoridades cuántas mujeres trabajaban en el oficio. No tenían nombres ni nacionalidades, y a veces se formulaban denuncias sobre desapariciones que no conducían a nada. Tampoco se sabía a ciencia cierta quiénes regenteaban estos sitios. Usted sabe que la afluencia de extranjeros le cambió la cara a la ciudad.

—Lo he notado, aunque los prostíbulos no son de ayer, doctor.

—Pero sí en esta proporción. Y fíjese que la mayoría de las mujeres que hemos visto son extranjeras, más allá de sus nombres de fantasía. Y los dueños de los burdeles más famosos, también.

Julián se acongojó al pensar que Brunilda pasaría por una de esas extranjeras codiciadas por su cabello rubio y sus rasgos europeos. Los prostíbulos de la calle 25 de Mayo, en cambio, abundaban en criollas y mulatas, sus clientes no eran pretenciosos, y por eso resultaban más baratos. De pronto, tuvo una inspiración.

—Doctor, le ruego que continúe su visita por la calle de 25 de Mayo.

—¿Por qué? Está fuera de mi circuito...

—Por lo que más quiera, doctor, se lo pagaré bien. Tengo la sospecha de que han llevado a Brunilda lejos de nuestra búsqueda. Quieren que pensemos que sigue en estos lupanares caros.

—En ese caso... —Y el doctor fustigó a los caballos para tomar el rumbo del Bajo.

El patio se iluminaba con farolitos cubiertos de papeles de colores y adquiriría tintes rojizos, azules y amarillentos. Las muchachas que durante el día tomaban mate sentadas en los umbrales de los cuartos, se habían emperifollado y fumaban cigarros mientras se ajustaban las ligas a la espera de los clientes. Pronto llegaron, precedidos por sus vozarrones. Las abrazaron como si fuesen maridos que venían de un largo viaje, las levantaron por el aire y les dieron vueltas entre risas. Ellas carcajeaban, y luego los invitaban a beber caña y a cantar. Había un par de guitarras que circulaban de mano en mano. Las mujeres eran algo mayores, pero con los afeites y las luces tenues no se les notaba. Brunilda entendía además que a aquellos hombres tampoco les importaba demasiado la edad de la compañera, solo aguardaban el deleite que podría proporcionarles. A ella le habían designado el papel de camarera por esa noche, estaba pálida y ojerosa y doña Ana no quería que sufriese ninguna enfermedad por su culpa. El juez se la había recomendado muy bien. Sin embargo, dejó en claro que a partir del día siguiente debía empezar a familiarizarse con el trabajo, que eso no era un hotel. Brunilda iba y venía entre las parejas, llevando los vasos que llenaba a menudo. Los sones de un acordeón, mezclados con el rasguído de la guitarra, casi le arrancaron lágrimas. Lo único que la sostenía era el recuerdo de los últimos días: la visita a los Balcarce y la buena disposición de doña Inés. También tuvo que reconocer que añoraba la presencia del señorito. Él la había cuidado, a su manera.

—¡Cuidado! —le gritó una de las pupilas, al ver que Brunilda derramaba parte de la bebida.

Su acompañante rio con grosería y le propinó un pellizco en el trasero.

—¡Eh, que eres mío por hoy! —le gritó la fulana enojada.

Más risas, y Brunilda se refugió en la cocina. Esa noche estaba de guardia el Turco. Era un hombrecillo pequeño que se movía con ansiedad y no paraba de hablar un minuto.

—Allá afuera están tomando mucho —le decía, señalando lo obvio— y no me va a alcanzar la sopa para todos. Porque esos se tienen que ir. Van a los barcos y no pueden quedarse. Y si están del otro lado, ¿quién los lleva? ¿Eh? ¿Eh? ¿Eh? Yo no —aseguró levantando las manos para demostrar inocencia—. Bastante con aguantarlos. Eh, fíjate si están como para llevarles mis bollos. Al que veas medio encamado no lo cuentas, ese ya no come.

Brunilda volvió a salir, asqueada. Casi no miró a los clientes, que ya rodaban por el suelo en medio de estrepitosas risas y gruesos epítetos. Deseaba con todas sus

ansias un poco de aire puro y corrió hacia el pasillo de la entrada, esperando que estuviese abierta la cancel. Sabía que los guardias de afuera no le permitirían escapar. Lo que nunca hubiese podido imaginar era que por ese pasillo largo y oscuro avanzaría Julián Zaldívar, renqueando como nunca, acompañado por un hombre desconocido.

Julián sintió que el corazón se le detenía al verla. Había confiado en su instinto, pero aun así, tan pronto... El doctor Beazley le hablaba a su lado:

—¿Es ella? Dígame si es, así ponemos en práctica la estrategia.

Julián tragó saliva y asintió. Hizo señas a Brunilda para que no se moviese y los dejase actuar. Si por él hubiese sido, se la habría llevado en andas a la calle. Brunilda entendió y también se contuvo. Estaba consumida, y a pesar de eso se la veía bella. Julián deseaba despojarla de ese disfraz que le habían puesto. Le dolía verla así, cuando era tan fino su gusto por el vestir y bullían tantas ideas en su cabecita. Llevaba un burdo vestido rojo con una faja de tul verde, y unas plumas en la frente sujetas por una tiara de perlas falsas. Era un traje carnavalesco. Julián se sobrepuso a su angustia y avanzó con decisión. El doctor Beazley apuró el paso para seguirlo.

—¿Qué hacen acá? —clamó asustada la regenta, que supo ver en el hombre más bajo la estampa del médico.

Pocos se apercibieron de su presencia, ya estaban demasiado bebidos y ansiosos por pasar a los cuartos. Las mujeres en cambio trataron de escabullirse, pues más de una estaba en infracción de las reglas sancionadas.

—Tengo una denuncia de un cliente diciendo que ha contraído la enfermedad de una chica de aquí.

—Imposible, usted sabe...

—¿Quién es Brunilda Marconi?

—Yo —dijo ella, con un hilo de voz.

Julián la alentó con la mirada.

—Lamento interrumpir, pero estas denuncias deben ser atendidas en el acto, señora.

—¡Pero cómo, si esta chica vino recién hoy!

—Es que el cliente es de otro sitio, el que lleva una señora llamada Margo. ¿Usted la conoce?

Ana calló, furiosa. Si Margo le había enviado una pupila enferma para que la peste se propagase en su casa, se las iba a tener que ver con ella. El juez no iba a querer perjudicarla de ese modo, si él también era dueño de ese sitio... Confundida, la mujer no impidió que Julián tomase a Brunilda por el brazo y la llevase con ellos rumbo al pasillo.

—Diga a sus hombres que me permitan el paso, doña, este es un asunto de gravedad.

Ana hizo señas a los zánganos que fumaban en la calle, y los tres pudieron salir hasta el coche que partió rumbo a la calle Potosí. Al verse fuera del tugurio, se

sorprendieron de la facilidad con que habían logrado su cometido. La madama y las pupilas se alegraron también, pero de librarse de la enferma, ya que ninguna quería contraer alguno de esos males que a veces terminaban con la vida de media población, después de causar terribles dolores y agonía.

—Ya me oirá Margo —masculló Ana, antes de cerrar la cancel con furia.

Una vez adentro del reducido landó, Julián pasó a ocupar la caja junto a Brunilda, para reconfortarla. Ella era una muñeca de estopa entre sus brazos, sin voluntad siquiera para resistir a sus caricias. Sus bellos ojos habían perdido el brillo y se encontraban fijos en un punto distante, ajenos a la nueva realidad que vivía. A Julián se le estrujó el corazón al verla así, hubiese preferido luchar con ella como otras veces. Brunilda parecía sumergida en un pozo profundo de su mente, un rincón cuyo acceso le estaba vedado.

El doctor se volvía cada tanto para preguntar por su salud. Deseaba revisar a la joven y temía sugerirlo, dadas las circunstancias. Por fin, cuando arribaron a la mansión Zaldívar, y al descender Julián con Brunilda en brazos, el doctor Beazley le sugirió la conveniencia de una visita de rutina. Julián aceptó, aunque en el fondo de su ser temía lo que pudiese resultar de aquello. Luego se encaminó a la casa con el deseo de no encontrar a nadie despierto a esas horas.

Vana pretensión. En cada alcoba brillaba una bujía, como un faro aguardando al navegante en la tempestad, y tanto la señora como las criadas y los nuevos ocupantes se encontraban rezando en la sala de recibo, la más cercana a la puerta, mientras Dulcinea cebaba el mate y repartía bizcochos dulces. La entrada de Julián con su dama rescatada causó tal revuelo, que él temió perder pie y caer con su preciada carga.

—¡Hijo, la encontraste!

—¡Loado sea Dios!

—¿Brunilda está bien?

—Permítanme pasar y les contaré todo. Dulcinea, prepara algo caliente y trae también comida, lo que haya en la cocina.

Doña Inés intervino para poner orden y organizar a la servidumbre. Una vez calmada la ansiedad por saber de la joven desaparecida, las cosas comenzaron a tomar el cariz habitual, salvo por los nuevos rostros que Brunilda veía: Laura Rossini y sus hijos. Lo que devolvió la luz a su semblante, sin embargo, fue ver entre ellos a Rini. La joven se había quedado a orar por la salvación de su amiga, luego de que Dalmacio acudiera a la casa donde vivía para dar cuenta de lo ocurrido. Las dos se abrazaron entre lágrimas.

—¡Pero qué ropas son esas! —dijo entre llorosa y divertida la polaquita—. ¿Vienen de París?

Ese recordatorio de lo sufrido las hizo conscientes de lo afortunadas que habían sido al escapar de las garras de la red de proxenetas.

—Tomarás un baño y luego el alimento —ordenó Julián—. Nada de remilgos, Brunilda, te repondrás como Dios manda.

Se movía con rapidez pese a su pierna, y dictaminaba los pasos a seguir como un maestro de ceremonias. Recién cuando el reloj de la sala marcó las dos de la madrugada con su vibrante péndulo, Brunilda se encontró instalada en un sillón y envuelta en una frazada, con el cabello mojado que Laura peinaba con mucho cuidado, en una caricia.

—Verá, señorita, que pronto se sentirá mejor, como si nada hubiese pasado. El señor —le susurró en un aparte— es un ángel caído del Cielo. Nos salvó a mí y a mis hijos de la misma calaña que la capturó a usted.

Brunilda se dejaba atender, sumida en un ensueño hecho de cansancio y emociones. El rescate de Julián le sonaba a cuento de hadas, pero lo que más la aturdí era la expectativa que su ausencia había creado en los demás, hasta entonces indiferentes a ella. Por primera vez en mucho tiempo se sentía querida, y ese sentimiento la embargaba al punto de tener que reprimir las lágrimas que pugnaban por brotar a cada instante. Fígaro apareció de improviso y saltó sobre el regazo de su ama, ante la mirada asustada de Laura y la mueca de doña Inés.

—Perdón, señor, creí que Bruno lo mantendría custodiado.

—No hay problema, Laura, es bueno que Brunilda se encuentre también con él —y Julián omitió contarle lo sucedido con el gato horas antes, ya que por esa noche habían tenido bastantes emociones. Observó de reojo a su madre y vio que, más allá del disgusto, no había experimentado otra reacción frente al animal. Eso le hizo pensar que los achaques de Inés Durand estaban más ligados a sus nervios que a otra cuestión.

—Sugiero que te vayas a dormir, Laura. Mañana será otro día ajetreado. Quiero que me acompañes a la Jefatura, allí te tomarán declaración. Es preciso atacar desde la raíz, para que estos tipos no vuelvan a merodear en la ciudad.

—Sí, señor —acató la mujer, ansiosa por devolver parte de lo recibido.

Poco a poco todos se fueron retirando, y quedaron solo Julián y su madre acompañando a Brunilda. Doña Inés había ordenado una tisana de tilo y manzanilla, y ella misma la traía, tapada la taza con una servilleta para evitar que se enfriase. Julián se sorprendió de la atención dispensada a la joven. Al parecer, aquel suceso había calado hondo en los moradores de la mansión Zaldívar.

—Ve a dormir también, hijo —le dijo Inés—. Mereces el mismo descanso. Yo me quedo con ella. Ve tranquilo —añadió al ver la sombra de duda en el rostro de Julián.

Él hubiera deseado seguir junto a Brunilda, calmar sus miedos y evaporar su pena, pero no podía menos que complacer a su madre, que estaba esforzándose por ser amable y se preocupaba por su salud. Además, la pierna le latía y le quemaba en un ardor insoportable.

—Como quiera, madre —la besó en la frente y luego se inclinó sobre Brunilda—. Duerme, querida, olvídate de lo ocurrido, fue un mal sueño del que acabas de despertar. Yo me encargaré de que no se repita, ni contigo ni con ninguna otra persona.

Ambas mujeres fingieron no escuchar la manera en que Julián se dirigió a la joven.

Cuando quedaron a solas, doña Inés lanzó una mirada aviesa al gato, que al verla se ocultó tras el cortinado.

—Brunilda —y carraspeó un poco, para darse ánimos—, debo disculparme por mi mal carácter —y antes de que la joven replicase, añadió— y por algo más. Sé cuánto significa para ti este animal, y sin embargo me empeiné en sacarlo de la casa y montar una tragedia que amargó a Julián. Mi hijo tiene un espíritu compasivo y altruista que yo creía perdido, después de tanto tiempo lejos del hogar. Lo ha recuperado contigo, y debo agradecértelo. En lugar de verte como a una intrusa, debí darme cuenta de que eras una enviada de la Providencia para rescatar a Julián. Hoy él te ha rescatado, pero tú ya lo habías rescatado mucho antes. Fui una tonta al no advertirlo desde el principio.

—Señora, yo no hice nada.

—Has hecho más de lo que te imaginas —insistió doña Inés sonándose con el pañuelito de puntillas—, ya que le diste una razón para luchar y volver a ser el que era. Por supuesto, él no lo sabe, así de necios son los hombres. Pero yo lo veo, y por eso quiero que sepas que eres bien recibida en esta casa, no solo como huésped sino como amiga. Evelyn ordenará mañana que te alisten el cuarto de arriba, el que mi hijo quería ofrecerte, porque así quiero que vivas, con todas las comodidades.

Y como la mirada de Brunilda se dirigió con timidez al gato, la mujer agregó:

—Fígaro te acompañará, por supuesto. Mientras se mantenga allá, no causará problemas.

—Gracias, señora.

—No me lo agradezcas, así debió ser siempre.

Los párpados le pesaban por el agotamiento y por el sueño inducido por la tisana, de modo que doña Inés la ayudó a recostarse sobre el sillón, la tapó con la cobija y atizó el fuego de la chimenea antes de retirarse a sus aposentos. Sentía el corazón liviano y, cosa rara, respiraba con normalidad, por primera vez en muchos días.

La casa estaba llena de gente. No se sentía sola.

El doctor Beazley cumplió con su visita médica al día siguiente. Encontró a Brunilda instalada en un austero cuarto del piso alto, antiguo dormitorio de Julián. Doña Inés había colocado helechos y miniaturas en la repisa de la chimenea para darle un toque femenino, y planeaba cambiar las cortinas por otras más claras. A Fígaro lo habían

acomodado en un canasto relleno de lana, y el animal ronroneaba, adormecido por el aroma de lavanda y alcanfor que se esparcía por los rincones.

Brunilda lo aguardaba recostada en la cama, con las piernas cubiertas por una manta.

—¿Cómo se siente hoy?

La joven sonrió, y el doctor pensó que el color de las mejillas y el brillo de los ojos de su paciente confirmaban que el mejor tratamiento era una atención cariñosa. Pidió a Dulcinea que fuese en busca de agua caliente para poder hablar a solas con Brunilda.

—Dime, y esto quedará entre los dos, si te ha ocurrido algo que deba saber mientras estuviste en manos de esos rufianes.

La joven denegó con fuerza, y el doctor supuso que las cosas no habrían llegado a más debido a la celeridad con que se realizó el rescate. Explicó a Brunilda que la revisaría y que si lo deseaba podía llamar a alguna doncella para que los acompañase. Al ver que ella no se escandalizaba, procedió con la rutina. El uso del *speculum uteris* le brindó una información contradictoria. Guardó los instrumentos en su maletín y se sentó sobre una butaca cercana a la cama donde había palpado a la joven.

—Dice que nada malo ocurrió y sin embargo no es virgen, Brunilda.

Un rubor violento tiñó el rostro de la muchacha, y las lágrimas se agolparon en sus párpados.

—Puede confiarme lo que sea. No hay desgarros ni heridas, esto es algo que sucedió antes. ¿Quiere contármelo? No hay complicaciones derivadas, y queda descartado un embarazo también. Quizá —y el doctor tomó con dulzura la mano de la joven— le alivie confiar en alguien que está sujeto por el secreto médico. Nada se sabrá de lo que me diga.

El llanto, suave al principio, sumió a Brunilda en una encrucijada. Hablar era algo que jamás había logrado, ni siquiera cuando apareció en El Duraznillo hecha un desastre, y aun cuando Chela la trató como a una hija. Nadie supo jamás lo sucedido en la sierra, hasta ella misma podía negarlo a veces, como si hubiera sido una pesadilla incorpórea. Con Violeta no había necesitado casi hablar, la jovencita entendía por debajo de las palabras y acertaba con increíble lucidez. En cuanto a doña Inés, Brunilda no deseaba empañar el atisbo de armonía que empezaba a vivir en su casa. Confiar en Julián estaba descartado, sería el último a quien le diría que era una mujer mancillada. Él ya no la valoraba lo suficiente, la consideraba por debajo de su posición.

—Brunilda. Permite que te trate como a una hija, pues tienes la edad como para serlo. El señor Zaldívar se preocupa por ti, por eso acudió en tu rescate y me pidió que te atendiese, para asegurarse de que estás sana. Fuiste afortunada al no permanecer más tiempo en poder de esa gente capaz de todo, pero quizá, en el fondo de tu ser, creas que lo te pasó fue merecido —y ante la expresión de ella, aclaró—. Y no te des cuenta. Si has tenido un tropiezo con un hombre, aun si te diste a él

voluntariamente y ahora te arrepientes, eso no te hace mala mujer, Brunilda. Tal vez te estés castigando por un pecado de tu juventud. Vamos, que eres muy joven. ¿Cuántos años tienes?

—Creo que cumpliré veinte.

—¿Lo crees, no estás segura? —sonrió el médico.

—Los padres que me criaron no fueron mis verdaderos padres, y nadie supo decirles la fecha exacta de mi nacimiento.

—En fin, eso no importa. Te has entregado a un hombre a muy temprana edad. ¿Digo bien?

Brunilda retiró su mano de la del doctor y estalló:

—¡No! ¡No me entregué! ¡Él tomó lo que yo no le ofrecía! ¡Él arruinó nuestras vidas! Destruyó la felicidad que teníamos allá, en la casa rosa... ¡Es un monstruo! —Y se cubrió el rostro con la cobija, angustiada.

El doctor Beazley la dejó desahogarse y pensó bien en lo que le diría.

—Un hombre así no merece que entierres tu vida, Brunilda. Aunque sea duro, debes sobreponerte y agradecer que de esto no haya habido un niño inocente que pague por los pecados de un padre inescrupuloso.

—Usted no entiende, doctor —le escupió ella—. Yo jamás había visto a ese hombre, él mató a mis padres y luego me persiguió por toda la sierra, hasta que me encontré. Es un asesino.

—Con mayor razón celebro que no te haya dejado en estado, criatura. ¿Qué harías cargando un niño nacido de la violación de un asesino? Dime, ¿cuándo sucedió eso?

—El día que mataron a los extranjeros del Tandil.

El doctor ocultó su asombro ante esa información. ¡Brunilda era la única sobreviviente, entonces! Volvió a sujetarle las manos y la miró a los ojos con infinita bondad.

—Ahora debes vivir y enterrar ese pasado en tu corazón. Eres la misma joven dulce que fuiste siempre, y lo que los demás vean en ti, será lo que tú dejes que vean. A nadie le importará lo ocurrido antes si sigues siendo buena. Porque eres buena, Brunilda, el señor Zaldívar me lo ha asegurado. Y aunque no me lo hubiese dicho, yo mismo me habría dado cuenta. Por supuesto, nada de esto le has contado, ¿no es así?

—No quiero que nadie lo sepa.

—Y él menos que nadie.

Brunilda afirmó en silencio. El doctor se levantó y recogió su maletín.

—Te prometí no hablar y no lo haré. Pero puedo aconsejarte, Brunilda. No ocultes demasiado lo que te causa dolor, o lacerará tu corazón de modo permanente. Confía en las personas, ellas pueden quererte más allá de lo que hayas hecho o te hayan hecho. Si no confías, nunca lo sabrás. Y cuando lo sepas, nada del pasado podrá herirte. Estás sana, muchacha, y tienes una vida por delante.

El doctor abrió la puerta y se encontró con la criada que portaba una palangana con agua y una pila de paños secos.

—Humedécelos y ayuda a tu patrona a asearse. Luego déjala dormir, aún tiene que reponerse.

El doctor Beazley no vio a Julián, que había salido temprano en compañía de Laura rumbo al Departamento de Policía. En cierto modo eso lo alivió, ya que estaba conmocionado por el relato de la muchacha y prefería no tener que explicar ni mentir. Evelyn le salió al paso en el vestíbulo.

—Doctor, si puede atender a mi señora, nos haría un gran favor.

—¿Qué tiene ella?

—Demasiadas emociones, y un temperamento sensible.

—Allá vamos, entonces.



CAPÍTULO 25

Lo primero que pensó Pétalo al ver al hombre que apareció en el umbral fue que el vaticinio de la tapa de la tetera se había cumplido. Una visita inesperada.

Y para nada bienvenida.

Se trataba de un hombre débil y enfermo, no de la enfermedad del amo, que no atentaba contra su vigor viril, sino de un mal del espíritu que minaba sus fuerzas. Pétalo lo despreció desde el instante en que lo vio.

Adolfo saludó a la joven china con ceremonia. Lo habían puesto al tanto de la situación y se sentía envarado frente a una mujer de costumbres tan dispares. Julián, en cambio, se veía satisfecho. La madeja de conflictos empezaba a desenredarse. Por fin Pétalo se encaminaba ayudada por Elizabeth, su amigo recuperaba la libertad, había solicitado un allanamiento de Modas Viviani y suponía que detendrían a parte de los traficantes, sin mencionar que la patrulla iba tras los pasos de Renzo Capri y Antonio Galván. Laura y sus hijos estaban a salvo y había ayudado a Manu Iriarte, lo que significaba cuidar de Violeta también. En cuanto a Brunilda... tenía planes para ella: apoyarla en su sueño y ofrecerle un hombro masculino para cimentar su confianza. Ahora que ya no trabajaba en el taller, Julián se preguntaba si su madre accedería a tenerla en la casa como costurera. Muchas señoras lo hacían con las muchachas necesitadas. Ante la magnitud de los acontecimientos, no había podido cumplir aún el pedido de su padre de vincularse para intervenir en las futuras decisiones políticas.

El tiempo se le escurría entre los dedos.

Hizo las presentaciones del modo que le pareció más inofensivo.

—Pétalo, mi amigo Adolfo Alexander se quedará aquí por unos días. Espero que hagan buenas migas. Adolfo compone versos, y sin duda los relatos de tu país le servirán de inspiración. Adolfo, verás que Pétalo es una excelente anfitriona, prepara un té maravilloso que te hace olvidar de todo.

—Tiene usted un nombre precioso, señorita, si me permite el atrevimiento.

Pétalo se inclinó con la cortesía acostumbrada y más, para no delatar la mueca que subió a sus labios. La presencia de un extraño estorbaba todos sus planes de reconquistar al amo por las buenas o por las malas. Ella era constante, sin embargo, y no cejaría en su empeño. Si el destino le oponía obstáculos, aprendería a sortearlos o a usarlos en su beneficio. Ya lo estaba logrando con la amable señorita y su esclava, ambas creían que Pétalo usaba ropas extranjeras y tomaba té a la inglesa porque había aprendido nuevas costumbres, cuando lo que ella hacía era conocer los hábitos de sus enemigos para vencerlos en su propio terreno.

—Encantada de recibirlo, señor. La casa de mi amo es su casa también.

Julián se contuvo de reprenderla por el uso del apelativo, ya moderaría ese lenguaje con el tiempo. Mostró a Adolfo el cuarto donde dormiría.

—Este biombo separa los ambientes. La sala por aquí, el comedor por allá. No precisamos más. Por otro lado, yo no suelo estar en la casa durante el día, no nos estorbaremos.

—Parece mentira que vivas así, pudiendo disfrutar de las comodidades de la mansión.

A la objeción de Adolfo, Julián respondió diciendo que prefería no tener a su madre mirando sobre su hombro.

—Hasta que decida dónde alquilar casa en la ciudad —agregó.

Se quedó a almorzar para mediar entre esos dos extraños al principio, y advirtió con regocijo que Adolfo parecía encandilado con los modales y la prudencia de Pétalo. Con un poco de ayuda, lograría el propósito de que se beneficiaran el uno al otro.

—¿Cómo puedo agradecer lo que has hecho por mí?

—Es que no debes, Adolfo. Era cuestión de justicia. Estabas acusado sin razón.

—Sabes que conozco al culpable —murmuró en el instante en que la joven se alejó para preparar un café al gusto de los señores.

—Lo sé, y puedes colaborar con el sargento Villagrán cuando quieras.

—No sé si quiero hacerlo, me compadezco de ese pobre hombre.

Julián se echó hacia atrás y miró a su amigo con interés.

—¿Te aficionaste a alguien, después de todo? No eres tan cínico, entonces.

Adolfo se turbó.

—Soy un hombre fracasado, Julián, eso es todo.

—Más que eso, amigo, eres un hombre que rozó la desesperación. Pero ya basta de regodearse en el sufrimiento. Los malos tiempos han pasado, ahora tienes una nueva vida por delante.

—¿Y cuál es? —se burló el otro, de nuevo con el sarcasmo a flor de labios.

—La que empieza aquí y ahora. Ante todo, tienes gente que te aprecia: Laura Rossini.

—Ah, sí —y el semblante cadavérico de Adolfo se iluminó un tanto—. Es una buena mujer. Cría a sus hijos sola, trabaja todo el día...

—Y gracias a su declaración saliste de la prisión.

—¿Ella se presentó? —se admiró Adolfo con incredulidad.

—Ella me vino a buscar a mi casa. Conocía las andanzas de Antonio Galván y sospechaba un enredo con el hombre que mató a la pobre muchacha y a su niño. Ahora vive con sus hijos en mi casa paterna.

—¿Los has recogido? —siguió asombrándose el amigo—. ¿Y tu madre?

—No se lo he preguntado. La pobre debe de estar bastante conmocionada, aunque es algo temporal, hasta que los ubique. Me pregunto si habrá sitio para ellos en El Duraznillo, quizá les haga bien a esos niños —y mientras imaginaba esa posibilidad, otra fue cobrando forma en su mente: la idea de llevar a Brunilda a la estancia. Allí se encontraría a gusto, puesto que ella no había querido irse en primer lugar, y Chela la

recibiría con cariño. Además, él mismo necesitaba descansar luego de tanta agitación. Con Adolfo cuidando de Pétalo y Elizabeth visitándola a diario, podía irse tranquilo. Sería solo por unos días, y podría informar a su padre de cómo iban las cosas.

—Te me has perdido. Decías que Laura Rossini fue a declarar, entonces ella sí acusó al hombre de la Casa del Ciruelo.

—Tuvo que hacerlo, aunque de nada sirvió, ya que no lo encontraron.

—Él huyo esa noche, quién sabe adónde —comentó el poeta con melancolía.

Julián sintió de pronto un gran cansancio y muchos deseos de alejarse de los embrollos que lo acosaban.

—Perdona, Adolfo, estoy algo fatigado y esta pierna no me ayuda.

—Nunca dijiste qué te había causado esa herida.

Julián suspiró.

—Tampoco pienso hacerlo ahora, y perdóname, amigo mío, son cosas que deseo olvidar.

Adolfo aceptó con su silencio la reserva del hombre que le había devuelto la serenidad. Pétalo sirvió el café y permaneció de pie junto a la mesa, a la espera de alguna señal.

—¿La señorita no nos acompaña? —dijo Adolfo.

«Di que no, di que no», rogó ella en su mente.

—Pétalo, siéntate y escucha. Voy a decirte cómo nos organizaremos en estos días.

La joven ocupó su sitio bajo una máscara de sumisión admirable. Adolfo no conocía a nadie que tuviese un rostro tan perfecto, una piel tan tersa ni unos ojos tan brillantes. El cabello de ébano de la muchacha era pesado y lustroso, y ella sabía enredar en él flores de seda de modo encantador. Vestía con sencillez, sin duda sería diferente de esas otras muñecas que lucían su cutis blanco a fuerza de polvos, y sus cinturas delgadas a costa de oprimirlas con las ballenas del corsé. Pétalo era una auténtica miniatura de porcelana, como esas estatuillas de pastoras que su madre colocaba en las repisas de su casa. «Princesa de jade», pensó Adolfo, y una catarata de versos inundó su mente. Estaba impaciente por escribirlos en su cuartilla. Julián no le había contado mucho, salvo que la había rescatado de una mala vida en su país y que necesitaba encontrar el modo de incorporarla a la sociedad porteña, para que no viviese aislada. Adolfo no era ingenuo, supuso que entre esos dos habría habido algo, tomando en cuenta que viajaron juntos desde tan lejos, pero en su mente torturada el pasado tenebroso de Pétalo constituía un atractivo, en lugar de una mancha. Y era evidente que Julián no albergaba interés en ella, lo había puesto en claro al dejarla en su compañía.

Pétalo recogió las tazas y la cafetera, y se refugió en la pequeña cocina. Esperaba que el amo se quedase el tiempo suficiente, pues hacía mucho que no acudía a sus masajes. Las palabras que llegaron a sus oídos la desilusionaron:

—Adolfo, te dejo en buenas manos, tengo asuntos que atender en la ciudad. Volveré tarde, espero que no tanto como para que no podamos cenar juntos, y

entonces hablaremos de nuestros planes.

—¿Tenemos planes?

—Ni te imaginas —bromeó Julián, y cerró la puerta tras de sí.

Antes jamás se iba sin despedirse. Pétalo cerró los puños con furia y mordió sus nudillos hasta hacerlos sangrar. Maldito. Ya no se trataba solo de compromisos, tenía a alguien, una mujer que satisfacía todas sus necesidades, por eso dormía afuera tantas noches y no le pedía que lo socorriese con su pierna herida. La abandonaba a la compañía de un indigno para tranquilizar su conciencia. Ella había venido a ese mundo hostil bajo su responsabilidad, y él debía cumplir su promesa.

Julián avanzó por el camino de tierra hasta la calesa que había rentado para independizarse del cochero de su madre, que a partir de ese momento sin duda estaría más ocupado. Verificó la barriguera del único caballo y subió con toda la agilidad que su estado le permitió. El sol estaba alto cuando se aposentó la polvareda que levantaron las ruedas del coche al partir.

Y quedó en pie la figura delgada del Indio Galván.

Había huido como una rata de albañal la noche en que la patrulla allanó el burdel del juez. Gracias a su cuerpo enjuto y a un instinto de supervivencia que nunca lo traicionaba, pudo desaparecer en la negrura sin ser visto. Él era un hombre que tomaba muy en serio sus deudas, y Julián Zaldívar había contraído una muy costosa al negarse a ayudarlo y, en cambio, echarle los galgos encima. Si no podía tener a la rubita costurera ni tampoco a la madre del inquilinato, al menos no se marcharía de allí con las manos vacías. Quedaba la joven exótica que el caballero Zaldívar albergaba en esa casucha de las afueras. Ya le había echado el ojo antes, cuando todavía confiaba en poder presionarlo. El hombre se le había adelantado. Galván siempre guardaba cartas marcadas en su manga. Y como se veía obligado a huir lejos de allí, dejaría un recuerdo y de paso, invertiría en futuras ganancias. Muchos pagarían bien por una ramera del lejano Oriente, sería un atractivo inesperado.

Se desplazó a lo largo del cerco de palos y saltó al huerto, donde la maleza lo ocultó hasta que se acercó a la entrada trasera. Ese rancho no tenía secretos para él. Abrió la desvencijada puerta y se introdujo en la cocina, que olía a hierbas y a linimento. De seguro el rengo se habría untado algún remedio. Una cafetera y dos tazas. El señor habría bebido su café en compañía de su puta. Sería el revolcón de despedida, entonces, pues ya no la vería más. Antonio sacó de su bolsillo un trapo que enrolló en una mano, mientras que con la otra acariciaba el mango de su puñal. La vio inclinada sobre el sofá, quizá preparando su lecho para una siesta. Galván avanzó con tanta suavidad, que ni un ave se habría espantado. Con rapidez le rodeó el cuello y tiró hacia atrás, para sofocarla e impedirle reaccionar. Luego la arrastró hacia los fondos, donde un caballo lo aguardaba entre cardos y pastizales.

Pétalo abrió la boca y el grito se atascó en su garganta. Intentó aflojar esa cincha con sus manos, pero el que la sujetaba tenía más fuerza que ella. ¿Adolfo? Tal vez el hombre estaba loco, después de todo, y a eso se debía la debilidad que ella intuía. El

olor que despedía no era el mismo, sin embargo, y Pétalo poseía un olfato privilegiado, jamás se equivocaba. Se encontró llevada por ese ímpetu arrollador y sin poder zafarse, mientras el aliento humedecía su oído diciéndole:

—Ahora conocerás a un hombre entero, no a un lisiado medio hombre. Y a muchos más, te lo aseguro. Serás una mujer famosa.

Se aferró a los postes que sostenían el alero del patio de atrás y pateó las canillas del secuestrador. Sentía que el aire le faltaba, los ojos se le cerraban, estaba perdiendo el sentido...

Adolfo había contemplado a Pétalo mientras ella trajinaba en la cocina, y estuvo en un tris de hablarle, aunque al ver su espalda rígida y su empecinado mutismo, prefirió esperar otra ocasión para entablar la charla de manera más espontánea. Él era un intruso en la vida tranquila de esa joven extraña, no podía pretender simpatizarle así como así. Se sentó sobre el catre que le habían dispuesto y tras quitarse el saco, desenrolló los papeles donde acostumbraba escribir en la prisión. Las palabras brotaron con fluidez, signo de que estaba inspirado y que la fuente de inspiración era la correcta. Un acceso de tos lo obligó a levantarse y a caminar para serenarse, y fue cuando vio lo que acontecía a unos pasos de su nuevo cuarto.

La razón de que el Indio Galván atacara a Pétalo era algo que no tenía tiempo de entender. Adolfo estaba desarmado. Si alguna vez había usado revólver, ya no lo recordaba. Era uno de los motivos del desprecio de su padre, que lo consideraba pusilánime. Con febril decisión tomó la pluma entintada y salió al corredor, enarbolándola como si fuese un cuchillo. Galván no lo veía, atento a dónde ponía los pies mientras se llevaba a la joven. Fue por eso que Adolfo pudo clavarle la pluma en la vena que le sobresalía del cuello. Hubo un gorgoteo, una exclamación, y los ojos achinados del Indio más abiertos que nunca por la sorpresa. ¡Había alguien más en la casa, eso no se lo había advertido su instinto! Al final, moriría traicionado por todos.

Pétalo se libró del trapo y del abrazo y cayó hacia adelante, jadeando y tosiendo. Detrás de ella, un hombre al que jamás había visto agonizaba entre estertores a los pies de su salvador, el indigno amigo del amo.

Adolfo soltó la pluma y corrió a socorrerla.

—¿Pétalo? Dígame que no le ha hecho daño... ¿Está usted bien?

Abotagada aún por la presión en su garganta, la joven miró al hombre pálido y leyó en sus ojos un interés que iba más allá de la natural preocupación por una mujer indefensa. Leyó el principio de un enamoramiento. Adolfo, el poeta. El débil de carácter, el necesitado de amor. El candidato perfecto para sus planes. Sonrió con calculada gratitud.

—Le debo mi vida, señor. Seré su eterna esclava.

—No diga eso, por Dios, cualquier otro hubiese actuado en su auxilio. Y vea ahora en qué lío he metido a mi amigo, hay un hombre muerto en su cocina.

—No se aflija por eso, yo me encargo de todo. Usted se siente enfermo todavía. Sé cómo atender a los que sufren, es mi especialidad.

Se pusieron de pie al mismo tiempo y miraron el cadáver de Antonio Galván, retorcido como el de una serpiente, la lengua colgando y los ojos fuera de las órbitas. En su mano delgada, cuajada de anillos, había una daga de mango enjovado. Pétalo se arrodilló junto al cuerpo y con delicadeza le quitó el arma. La guardó bajo su falda y se volvió hacia el hombre que la miraba desconcertado.

—Le prepararé un té —dijo con dulzura.

Julián se dirigía al puerto, donde ya se había congregado una pequeña multitud. Era el día anunciado para la llegada del buque frigorífico que cambiaría el comercio de las carnes en el Plata. Marcelino Carrasco lo saludó desde la dársena, entusiasta.

—¡Tenemos la mejor vista, ven aquí!

Otros hacendados lo rodeaban, ya que el asunto era de gran interés público.

Le Frigorifique era un vapor equipado con cámaras que mantenían una temperatura constante a casi cero grados, gracias al éter metílico que al volatilizarse robaba calor de los cuerpos. Había sido inaugurado en Rouen, y su inventor, *Mr. Tellier*, aseguraba con bombos y platillos que la carne no perdería sus cualidades y se la sacaría de las cámaras de frío en perfecto estado al terminar el viaje. Si resultaba cierto, el invento sería revolucionario: el frío seco permitiría la venta de carnes argentinas a Europa y quién sabía qué otras derivaciones. Era lo que entusiasmaba a Marcelino.

—¡Qué dirá tu padre, Julián! Debes avisarle de inmediato, esto cambiará la crianza, porque habrá mayor interés en mejorar la producción.

Julián recordaba la conversación en el comedor de El Duraznillo, cuando Elizabeth porfiaba con su padre acerca de las bondades y desventajas de utilizar la tierra solo en vacas. Ese recuerdo ya no era doloroso sino agrí dulce, un sesgo de añoranza que no llegaba a lastimarlo. El amor que sintió por la maestra de Boston, y que había sido una de las causas de su largo viaje, se le alojó en el pecho con el peso de las vivencias pasadas. En su corazón latían otras que reclamaban ser vividas con intensidad.

Brunilda Marconi aparecía en ellas.

—Mucha de la carne que hoy no tiene valor porque no se la puede conservar en los mataderos adquirirá importancia con este invento —seguía diciendo Marcelino.

El buque de hélice con propulsión a vapor fue saludado con vítores y algunos sombreros volaron por los aires. Entusiasmaba a los hombres que una iniciativa con el concurso de capitales privados, sin participación del Estado, lograra un avance prometedor para la ciencia y el comercio al mismo tiempo. Se vaticinaba un futuro venturoso. Era un paso más, como el de introducir toros de pedigrí para forjar una estirpe mejor en las pampas. Así había entrado el primer ejemplar *Durham*: el Tarquino, muchos años antes, y sus descendientes los *Talquinos*, como se los llamaba, habían producido más carne y leche que todos los vacunos criollos. Julián sabía que a

su padre le habría encantado estar allí, entre esos hombres que alardeaban y fantaseaban con futuras ganancias.

Al despedirse de Marcelino, se dirigió hacia Rivadavia y cruzó la calle con rumbo norte, donde Perú cambiaba su nombre por el de Florida y las residencias imponentes alternaban con las tiendas más suntuosas. La moda francesa residía en el extremo sur de Florida, y allí detuvo la calesa. Justo enfrente de la palaciega casa de los Guerrero había una tienda que ostentaba el nombre de «Les fleurs». Julián traspuso el umbral y caminó a lo largo del mostrador corrido hasta dar con lo que buscaba: un catálogo ilustrado con todo lo que la tienda ofrecía o prometía conseguir. Se trataba de un negocio nuevo, a tono con la tendencia y el gusto de los porteños, que cada vez se orientaban más hacia los dictados de la moda de Londres y París. Miró con rapidez las páginas y se detuvo ante una imagen. No reparó en el precio ni se molestó en seguir hojeando el catálogo.

—Quiero este —dijo al dependiente, que aguardaba con discreción mientras acomodaba guantes en los cajones.

—Se le enviará a la dirección que indique, señor.

Julián garabateó algo en su tarjeta y preguntó por la demora.

—A fines de esta misma semana, a menos que el señor tenga prisa, en ese caso...

—Lo necesito para el jueves próximo.

—Así será entonces, caballero, con todo gusto. La casa observa la regla de devolver el dinero si la dama no está conforme.

—Me quedo más tranquilo —dijo Julián con una sonrisa, y salió, satisfecho de su compra.

De haber contado con el cochero, lo habría despedido para seguir caminando. Era una mañana soleada, y pese a que el dolor de la pierna no lo abandonaba, caminar lo ayudaba a despejarse y a ordenar sus pensamientos. Tenía mucho que resolver aún. Azuzó al caballo y emprendió el rumbo de la calle Potosí.

Al salir de los suburbios dejando a Pétalo en compañía de Adolfo, se sintió eufórico por poder matar dos pájaros de un tiro, aunque sabía que Elizabeth le saldría con algún sermón y que contaría, en cambio, con el apoyo de Fran. También debía solucionar el problema de vivienda de Laura Rossini y sus hijos, ya que no podía obligar a su madre a que aceptara la invasión de la casa. Por otro lado, tarde o temprano tendría que enfrentar a Silverio Salas en las asambleas de la Sociedad Rural. El hombre se había empeinado en salirle al cruce de cuanta opinión sostuviese, y Julián lamentaba que fuese vecino de El Duraznillo, ya que eso complicaba las cosas. Lo que más ocupaba su mente, no obstante, era el asunto de Brunilda. Haberla rescatado de las garras de los rufianes la ponía en peligro. Él sabía que la selección de las costureras no había sido casual, y que las cualidades tomadas en cuenta para aceptarlas en el taller no eran las que las muchachas suponían. Eso hablaba de una red organizada para prostituir a las inocentes. Aun cuando se lograra dismantelar a Modas Viviani, no se acabaría con la raíz del mal, y dejar cabos sueltos

era un grave riesgo. La idea de llevar a Brunilda a la estancia por un tiempo se le hacía más tentadora a cada momento, y no podía evitar que esa tentación incluyese la de estar a solas con la muchacha. Si bien la compañía de Chela y de su padre podía complicar el cortejo, presentía que Brunilda confiaba en él más que antes. Poco a poco lograría que se abandonase a sus deseos y le permitiera convertirse en su protector. Otra cosa no podía ofrecerle, y entendía que ella tampoco aspiraba a más. Su instinto le decía que Brunilda estaba marcada por su pasado.

Llegó a tiempo de ver marcharse al repartidor del tambo de la calle Suipacha, con su carro y la vaca atada detrás. La criada de la casa saludaba al mocito de boina con una sonrisa y él le correspondía. Al ver llegar al patrón, la muchacha se esfumó con el jarro de leche. Julián dejó el caballo al cuidado de Severo y entró a la mansión por la puerta trasera. Encontró a la servidumbre organizando el desayuno en la cocina. Dulcinea revolvía en una olla de hierro mientras parloteaba, en tanto que la cocinera daba indicaciones a diestra y siniestra, encontrando defectos en todo. Julián sabía que la negra Laureana, buena como el pan, hacía gala de mal carácter para que anduviesen derechos con ella. La criadita del servicio volcaba la leche en el hervidor, salpicándolo todo, y la única explicación que pudo encontrar Julián a tanto barullo, fue que «las visitas siempre resultaban inoportunas». Dedujo, pues, que su madre estaría en compañía de alguna amiga.

Doña Inés se hallaba en la sala de labores, acompañada por Evelyn. Nadie más turbaba la calma de esa mañana, al parecer. Julián la encontró de muy buen talante, más animada que la última vez.

—Buenos días.

—¡Hijo, has venido temprano! Espero que no hayas desayunado, pues están preparando unos bizcochos con jengibre de los que tanto te gustan.

—Acepto con ganas, madre —dijo para no desairarla, pues sí había desayunado—. ¿Y cómo va todo por acá? Las veo ocupadas.

—Y así es. Evelyn y Laura se han puesto al día. Con tantos disgustos, habíamos olvidado las labores. La señora Rossini cose a una velocidad extraordinaria.

Julián supuso que la pobre mujer habría sobrevivido gracias a eso. Le sorprendió la familiaridad con que su madre la incluía en las tareas íntimas de la casa. En ese instante entró Laura, con una pila de ropa blanca que acababa de planchar.

—Son los manteles de *Granny* —aclaró su madre con un dejo de cariño que él hacía tiempo no escuchaba en su voz—. Los ha zurcido con una costura invisible que es una maravilla.

Ante los ojos de Julián, las tres mujeres desplegaron una actividad inusitada. Laura, que llevaba el cabello recogido con peinetas y larga cola de caballo, le sonrió con gratitud. Era la primera vez que pasaba los días sin temor de verse despedida o de que sus hijos mendigasen en la calle, como tantos que se veían a diario.

Julián carraspeó para disimular su emoción. Ver a su madre de buen humor y a la mujer que había rescatado de un triste final tan feliz, había sido una sorpresa.

—¿Brunilda está mejor? —aventuró.

—Ah, olvidaba decirte que han venido sus amigas del taller. Hice que les subiesen el desayuno también, para que conversaran a gusto. Sin duda tendrán mucho para contarse, luego de lo vivido.

—Sí... claro...

—Sube, hijo, y golpea antes, por supuesto. Es un dormitorio femenino ahora.

—¿Ahora?

—Está instalada en tu antiguo cuarto, me pareció el más adecuado por su tamaño y las comodidades.

Julián subió los peldaños con lentitud, y no solo por las molestias físicas, necesitaba tiempo para asimilar los cambios en el humor de su madre. Era demasiado profundo el abismo entre la Inés Durand de los últimos tiempos, y esta que sonreía mientras sorbía el té y supervisaba la costura.

El murmullo de las voces lo detuvo a la puerta de su antiguo dormitorio.

—¡Una chimenea! —sonaba la voz de Rini extasiada.

Se justificaba el asombro, pues los porteños no solían poseer elementos de calefacción suficientes, eran un lujo en la mayoría de los hogares.

—Y de mármol —acotaba Carmina.

La risa de Brunilda sonó como un cántaro de agua clara en los oídos de Julián. Dio tres golpes breves y Carmina apareció en la abertura de la puerta.

—¡Señor Zaldívar!

Brunilda se arrebujo en la cobija y se acomodó el cabello. Debía de estar hecha un esperpento. Julián saludó a las jóvenes con su mejor sonrisa y se sentó sin que lo invitasen en una butaca bajo la ventana, la que solía usar para leer en sus noches de desvelo.

—Veo que en esta casa ninguna dama me necesita, están ocupadas en sus asuntos y tan felices.

—Fui una ingrata, señor —comenzó Rini—, al no agradecerle su intervención. De no ser por usted y por Dalmacio...

Julián notó la confianza con que la muchacha pronunciaba el nombre del peón, pero no dijo nada.

—Mi mayor premio es verlas así, reunidas y contentas. ¿Cómo te has sentido, Brunilda?

La muchacha se ruborizó.

—Un poco avergonzada de guardar cama todavía. El doctor dijo que me levantara cuando me sintiera fuerte, y la verdad es que podría hacerlo, pero su madre quiso que esperara un día más.

—Ajá. Y yo estoy de acuerdo. No hay apuro en trajinar. Además, lo que quiero pedirte no requiere de mucho esfuerzo, al menos para ti.

Los tres rostros femeninos lo miraron con curiosidad, en especial el de Rini, que era la más desfachatada en sus expresiones.

—¿Recuerdas el traje que te encargué?

Brunilda asintió, ocultando su desilusión al escucharlo mencionar aquello de nuevo.

—Bueno, pues me urge tenerlo listo la semana que viene. ¿Podrás?

—Trataré, sí —contestó ella con un hilo de voz.

—¿De qué se trata, Bruni? ¿Podemos ayudar? La oferta de Rini permitió a Julián actuar con rapidez.

—Justo era lo que iba a decir, que entre las tres pueden hacerlo en tiempo récord. Y por supuesto, tómenlo como un trabajo, ya que pagaré bien por ello.

Carmina le dirigió una tímida sonrisa. Después de lo sucedido, ninguna de ellas había regresado al taller. Se había corrido la voz de un allanamiento y un cierre temporario de Modas Viviani, y las costureras debieron buscar otros trabajos en tanto se resolvía el problema. Había necesidad del oficio, si bien en muchos casos estaba mal pagado.

—Será un placer, señor —murmuró ilusionada.

La mansión Zaldívar podía llegar a ser una buena fuente de trabajo.

—¿Queda arreglado, entonces?

—Sí.

—Bueno, viendo que no soy indispensable, me retiro, pero antes... —Y se levantó, disimulando lo mejor que pudo su renquera.

Tomó una por una las manos de las jóvenes y acercó sus labios. Al llegar a Brunilda, rozó con intención la de ella, en un fugaz beso que solo la muchacha pudo captar.

—Adiós —le dijo, clavando sus ojos en los de Brunilda—. Volveré pronto.

Después de que el señorito salió, y tras aguardar unos segundos a que sus pasos dejasen de resonar en la escalera, Carmina y Rini saltaron entusiasmadas sobre Brunilda.

—¡Es magnífico! Todo un caballero. Y tan guapo... Brunilda, ¿acaso no te has enamorado de él?

La joven las miró con tristeza.

—Es mi patrón, solo eso —musitó, y su pensamiento se centró en el vestido de seda aguamarina que la esperaba.

Doña Inés lo aguardaba en el saloncito de diario, donde solía tomar el té con Evelyn cada día. Un plato repleto de bizcochos humeantes y un jarro con chocolate eran toda una tentación.

—Ven y cuéntame —le dijo ella— cómo has estado luego de tu quijotesca intervención. Mi hijo convertido en un héroe, ya sé con qué me luciré en las próximas tertulias.

—Madre, le pediría que guardara el secreto, por Brunilda.

—Tienes razón, qué tonta soy. Cuanto menos se sepa de este sórdido asunto, mejor será. Pero dime, ¿no piensas instalarte en la casa de una vez por todas? Al

menos, quisiera saber dónde estás viviendo.

—Creo que es mejor que usted se libre de mí por un tiempo. Ya tiene bastantes huéspedes por ahora.

La sonrisa de doña Inés fue desconcertante.

—Hacía mucho que no conocía el bullicio en esta vieja casa. Y lo extrañaba, me doy cuenta de cuánto. Sobre todo la presencia de niños. Los hijos de Laura son un ejemplo de educación, habla bien de la madre que tienen. ¿Has visto qué bella es Leona? Y una verdadera madrecita con el pequeño Bruno. Y Marcos es todo un hombre. Me recuerda a ti a esa edad, tan compuesto... aunque eras un poco más travieso, me parece.

—Me alegra que se lleve bien con los niños, porque quizá deban permanecer un tiempo, hasta que consiga un lugar donde ubicar a la familia.

—¿Ubicarlos? ¿Por qué? No hay necesidad, la casa es grande y hay cuartos de sobra.

—Madre, a usted nunca le agradó tener gente, ni siquiera de paso.

—Los tiempos cambian. Ya no soy una mujer joven, y la ayuda no está de más. Laura es extraordinaria, sabe hacer de todo y podría ayudarme a controlar a las sirvientas, que a menudo holgazanean. Le confiaría esa tarea sin problemas.

—¿Y Evelyn?

—A estas alturas, hijo, Evelyn es más una amiga que una doncella. Hemos vivido muchos años juntas y solas, y sé que si la pusiera al mismo nivel que las otras personas del servicio, le causaría una gran pena. Laura Rossini me brinda la oportunidad de liberar a Evelyn de muchas tareas.

—No sé qué decir.

—No digas nada, entonces. En cuanto a Brunilda... —Y Julián detuvo el gesto de tomar un bizcocho ante la mención de la joven— pienso que no será indispensable que busque otro trabajo. Puede coser aquí mismo, en mi compañía. Las otras muchachas también, ya que estamos. Sé que muchas señoras emplean a costureras para darles oficio y les cobran una cuota de aprendices, que en este caso no sería necesaria.

—Es muy generoso de su parte, madre. El problema es que presiento que Brunilda desea independizarse, convertirse en una modista y llegar a coser para las familias encumbradas. Su afán es poder mantenerse sola.

—¡Pues por eso mismo! ¿Dónde mejor que aquí conocería a esa gente? Lo primero que haré será presentarla en sociedad como un prodigio de costura. Nadie me llevará la contra, espero.

—¿Lo ha conversado con ella ya?

Doña Inés hizo un gesto despreocupado.

—Claro que no. Ella debe recuperarse de sus emociones primero. Tiempo hay de arreglar estas cosas. Hijo —y doña Inés apoyó su mano sobre el brazo de Julián—, he

sido muy egoísta al mezquinarle mi apoyo a esa muchacha, y te causé gran disgusto. Te pido disculpas. Haré todo lo que pueda para compensarla, y a ti también.

—Ya me siento compensado, madre, al verla feliz en compañía de esta nueva gente y bien dispuesta hacia Brunilda. Ella es huérfana y no tiene a nadie. Sé que su timidez le impide demostrar la gratitud o el cariño que sin duda tiene hacia usted.

—Y hacia ti.

—Sí, bueno, también...

—Julián, mi pedido de disculpas va más allá de lo evidente. Quiero que sepas que me avergüenzo de mis actos del pasado. Fui ambiciosa y cruel, algo impropio de una madre que quiere ver feliz a su único hijo.

—Madre, no entiendo cómo...

—Me opuse a todos tus amoríos —lo cortó doña Inés—, y ahora lo lamento. Los años me enseñaron que no hay peor castigo que quedarse solo, y si te enamorabas de una mujer a mi juicio inapropiada, debí tomarlo como una enseñanza y no como una tragedia. Debí aprender. Me disculpo también por eso, por el sufrimiento que te causé.

—No es así, madre, no he sufrido por su culpa. Si hubo dolor, fue por causa de amores no correspondidos. Y eso no es culpa de nadie.

—Eres muy bueno, Julián, y yo siempre temí que esa bondad tuya te hiciese víctima de malas mujeres. Veía malas mujeres en todas las que se te acercaban.

—Déjelo ya, madre, no se torture con eso. Quién puede saber cuál es el destino de un hombre —dijo Julián con amargura que no pasó desapercibida a doña Inés.

—Algo muy terrible debió ocurrirte allá en la frontera y yo no tengo el poder de curar eso. Me doy cuenta —agregó con rapidez, al notar el efecto de sus palabras en el hijo—, y quizá alguien más lo tenga, confío en ello. La cura vendrá, Julián, estoy segura.

Él tomó la mano de su madre y la besó, dejando unos instantes sus labios apoyados, sintiendo por primera vez un atisbo de comprensión. Los rencores, el dolor callado, la terquedad, comenzaban a diluirse en su corazón. Podía ser un hombre estropeado, pero ya no sería un hombre solitario. Poco a poco, en su pecho iban germinando de nuevo las raíces de sus amores: la familia, sus amigos...

Tal vez pudiese amar a Brunilda como ella se merecía. Tal vez...

En espera de más buenas noticias, Julián se dirigió al Departamento de Policía, donde Villagrán lo recibió con semblante adusto.

—Doctor, otra vez por acá.

—Ya ve, hasta podríamos llegar a ser amigos —bromeó Julián.

—Más le vale cuidarse de sus amigos.

—¿Por qué lo dice? No entiendo.

—Le advertí la vez pasada que esto podría costarle caro, doctor, y usted creyó que el peligro venía de mi parte, cuando son los más cercanos a usted los de temer.

—Sigue sin aclararme.

—Lo voy a decir sin vueltas, doctor Zaldívar. El allanamiento del taller de modas nos dejó unas cuantas fulanas detenidas y algunos bellacos, pero lo más valioso de todo fue la información que soltaron, aunque habrá que ver si se la puede utilizar —y como la expresión de Julián se tornaba impaciente, el sargento soltó de pronto—. El juez Gómez Alcalá, amigo de su familia, está en la boca de todos los chalanes y mediadoras del burdel.

Julián creyó que había escuchado mal, o que el hombre había perdido el juicio. Estuvo a punto de erguirse en toda su estatura, cuando de repente recordó que era el mismo juez el que le había asegurado, inclusive con cierto retintín de autoridad, que el taller de modas era un sitio a todas luces respetable y que no debía seguir buscando nada ilícito en él. La enormidad de lo que el sargento acababa de decirle lo golpeó con tal dureza, que tardó en reaccionar.

—Veo que lo ha impactado la novedad —se burló Villagrán.

—¿Tiene usted algo más que habladurías?

—En estos casos, los chismes que se sueltan están ligados a la supervivencia, doctor, y puedo asegurarle que un nombre de tal envergadura no lo habrían mentado así como así. Entiendo que el hombre tendrá sus recursos —dijo con desprecio el sargento— y no espero que quede tras las rejas, sobre todo porque es el encargado de que se cumplan las normas de higiene de los burdeles, mire qué chiste.

—No le veo la gracia.

—Ni yo. Pero de algo hay que reírse. No me guarde rencor, doctor Zaldívar. Cumplo en informarle de lo que debe saber, nada más. De ahora en adelante, la cosa seguirá su rumbo.

—Que usted supone amañado.

Villagrán se encogió de hombros.

—No sería real si así no fuese.

—¿Sabe, sargento? Estoy harto de la resignación. Así caigan sobre nosotros todos los males del mundo, siempre el peor de ellos será aceptarlos sin hacer nada. Creo que voy a llegar al final de este asunto.

—Allá usted. Y tengo otra noticia que tampoco le agradará: no hemos encontrado ni rastro del tal Galván. Desapareció como el humo. A diferencia del juez, nadie aseguró haberlo visto, no sé si le temen más o es tan insignificante que nadie lo ve.

Las ironías no hicieron mella en el espíritu de Julián. Se encontraba más allá de las susceptibilidades. Lo que lo indignaba era la dimensión del delito en manos de quien debía inspirar la mayor de las confianzas. ¡Cómo se habría reído a sus espaldas el doctor Gómez Alcalá, al verlo tramitar una inspección en el falso taller!

Al salir, ya no apreció el sol que acariciaba su rostro. La realidad hirió sus ojos con más dureza que nunca: niños mendicantes apiñados en los huecos de la Recova, tal vez enviados a la calle por sus propios padres, con sus manos sucias y sus miradas adultas; mendigos harapientos de a pie o a caballo, circulando con un desgano que ni siquiera una limosna abundante lograba alterar; las negras del servicio doméstico

comprando en el mercado o regresando del río con sus chismorreos, fumando y lanzando vistazos a los gauchos que montaban guardia junto a los carretones cargados de mercancías... La vida bulliciosa de siempre, desnudando su miseria bajo la ropa holgada de un inmigrante que jugaba con un rebenque en el umbral del inquilinato, o en la resignación de una muchacha que salía a buscar el sustento diario, quizá para una ristra de chiquillos. ¿Cuántas Lauras podía haber en Buenos Aires? La ciudad de antaño había perdido su inocencia, era un monstruo que mostraba impúdico sus lupanares, su puerto devorador de hombres y mujeres anhelantes, sus caserones llenos a reventar de gente nueva que temblaba de pavor ante lo desconocido. Como Brunilda, que había debido dejar su país de niña y luego su hogar ensangrentado, para emplearse por unos pesos miserables y correr el riesgo de ser vendida por muchos más. Las penurias del mundo se derramaron sobre Julián, impotente para sostenerlas. Se detuvo junto a la Catedral y respiró hondo. No importaba. Estaba vivo y en su tierra. Aunque no pudiese resolverlo todo, podría solucionar algo: confortar a Brunilda, cuidar de su madre, ocuparse de Laura, ver por Violeta, buscar un marido para Pétalo, y procurarse un lugar en los estrados para cristalizar las esperanzas de su padre puestas en él.

Henchido con ese pensamiento, se encaminó hacia la mansión de los Balcarce. Quería compartir sus cuitas con Francisco, y de paso, enterar a Elizabeth de sus planes casamenteros.



CAPÍTULO 26

Pétalo observaba los preparativos de su amo y barruntaba algo siniestro. Julián había dedicado parte del día a sus asuntos en la ciudad y luego regresó a prepararse para una fiesta de pompas, a juzgar por la ropa que elegía bajo la supervisión de Adolfo, que parecía encantado de oficiar de *valet*.

—Estos yuguillos son muy finos, no creo que haya ninguna imitación que los opaque.

—Dámelos, junto con el alfiler de oro para la corbata.

—Amigo mío, te ves impresionante, darás el golpe.

—¿Estás seguro de no querer acompañarme?

—Sabes que no soy bienvenido en las casas de familias bien, sobre todo de la mía.

—Exageras. Además, en algún momento deberás asomar la cabeza.

—Aquí estoy atendido a las mil maravillas —y Adolfo bajó la voz—. Empiezo a entender lo que dijiste acerca de renacer, querido Julián.

—Me alegra saber eso —y Julián lanzó una mirada hacia el biombo, pues sabía que Pétalo acostumbraba a permanecer allí—. Te la recomiendo mucho, ya sabes.

—Lo sé, y también te agradezco esa recomendación. Estoy escribiendo otra vez, ¿te lo dije? Unos versos, nada especial. Me hace bien recuperar la inspiración. Estaba muerto, Julián.

—Ya no. Olvidemos esos momentos que todo hombre tiene a lo largo de su vida.

Adolfo suspiró, con gesto cansado.

—Algunos desde el nacimiento.

Julián lo palmeó en el hombro.

—¡Vamos! Ahora dame el frac, a ver si puedo mantenerlo en su sitio con esta pierna sin parecer un pingüino.

—Bueno, sería lo más adecuado al atuendo. ¿Volverás muy tarde?

—Supongo. Es una recepción por todo lo alto, el compromiso de Leticia, la mayor de los Lezica.

—La conocí, es una muchacha bonita con la mira puesta en el casorio.

—Es normal, por eso se les dice niñas casaderas.

—A lo mejor no me atrae tanto lo normal, prefiero lo diferente —y Adolfo se movió de modo imperceptible hacia el biombo.

—Quizá no vuelva, Adolfo, te lo digo para que no me esperen, en especial ella, que suele quedarse con la lámpara encendida. Es probable que duerma en casa de mi madre.

—Pero esto está más cerca. ¿No es en la quinta Lezica?

Julián sopesó lo que diría y al fin se sinceró.

—Voy a acompañar a una dama que vive en plena ciudad. Me resultará más provechoso quedarme en la mansión.

—Entiendo —y Adolfo se alegró de poder compartir las horas de la noche con Pétalo, aunque ella casi no le hablaba, ni en su propio idioma ni en inglés, la manera en que se entendía con todos.

La joven china permaneció tras el biombo hasta que el galope de los caballos se perdió en la tarde. Su jaula, que al principio le pareció de oro, le resultaba asfixiante. ¿Por qué Julián ya no le sonreía? ¿Por qué no necesitaba de sus atenciones, ni siquiera para aliviar los dolores de la pierna? Pétalo sospechaba que algún día él renacería de las cenizas. Le faltó precaverse, ocurrió demasiado rápido y ella no pudo ver de dónde venía el peligro. Creyó en un primer momento que la amable señorita podría ser el blanco de las atenciones del amo, y con el tiempo se dio cuenta de que esa fuente se había secado para él, que otras aguas lo refrescaban. ¿Cuáles? No tenía modo de saberlo. Miró a Adolfo, que se disponía a escribir a la luz de una bujía. Ese hombre babeante de amor podría servirle de algo. Hurgó en su camastro y eligió una túnica verde jade con hermosas garzas doradas, sujetó el cabello con dos alfileres de marfil y untó sus labios con pomada roja. Intuía que la sensibilidad del poeta no apreciaría los polvos, de modo que limitó su arreglo al perfume de sándalo entre los pechos. Así, descalza y serena, hizo su entrada bajo los reflejos ambarinos de la lámpara.

Adolfo quedó en trance ante esa visión teatral. Pétalo era una talla delicada, todo en ella rezumaba perfección: los pies pequeños, la blancura de la piel que el tajo de la falda dejaba entrever, los labios que parecían un botón de rosa. Había gastado páginas enteras describiendo su exótica belleza, y jamás ella se le había ofrecido tan espléndida como en ese momento. Imaginó que querría preguntarle por la cena, pues era la única hora del día en que le dirigía la palabra. Su asombro llegó al éxtasis cuando la joven dejó resbalar el traje, que cayó en un susurro de seda a sus pies. Estaba desnuda.

—Mi señor, mi gratitud no tiene otro modo de expresarse que satisfaciendo vuestro deseo.

—Pétalo, por favor, no tienes que hacer esto.

—Quiero hacerlo.

—Sería indigno aprovecharme de tu sincero agradecimiento. Vístete, Pétalo.

Ella se aproximó con suavidad, dejando atrás el fruncido montón de ropa. Parecía una Venus asiática emergiendo de un mar de corales.

—Nadie se aprovecha de Pétalo si ella no quiere. Tócame, mi señor.

Adolfo sintió una oleada de deseo como nunca había experimentado, algo inusual, tórrido, que subía desde el vientre en una espiral candente y le quemaba el pecho. Que una mujer se le ofreciera no era novedoso, el amor solía serle fácil, sobre todo con las damiselas que gustaban de sus versos y se dejaban empalagar con sus frases. También las audaces que lo buscaban solo para un revolcón habían disfrutado con él.

Ninguna se había desnudado así ante su mirada, sin embargo, con esa sencillez sin alardes, amparada por la necesidad de ser tocada, esa necesidad tan humana que él había sufrido tantas veces. «Tócame». Así de simple. Extendió una mano y dibujó el contorno de la clavícula de Pétalo con sus dedos. La piel de ella estaba fría.

—Ven, acércate al brasero.

Pétalo obedeció con mansedumbre. Los ojos le relucían, llenos de promesas. Adolfo la indujo a arrodillarse y se colocó a su altura para embeberse de su rostro de porcelana.

—Eres tan bella... ¿Por qué yo? —murmuró.

El tono de incredulidad del hombre arrancó una sonrisa sesgada en la joven.

—La obra ya fue representada —contestó de forma enigmática—. Esto debía ocurrir —y llevó las manos de Adolfo a sus pechos diminutos.

Él las movió con pasión reverente, sintiendo los pezones como semillas en sus palmas. Pétalo era delgada y armoniosa, cada parte de su cuerpo tenía la forma y el tamaño justos, el que exigía su condición. Adolfo bajó la cabeza y completó la caricia con su lengua. Ella cerró los ojos y le permitió disfrutar del sándalo, luego llevó las manos de él a su vientre y gozó al ver que los ojos del poeta devoraban el triángulo de vello que lo aguardaba.

—Tócame —repitió—. Luego te tocaré también.

Para cualquier hombre la invitación habría sido un agujijón irresistible; para Adolfo, era una bocanada de ambrosía, un néctar que lo sumía en la felicidad absoluta, más preciosa por haberle sido negada una y otra vez. Lo que sentía por Pétalo era comparable a lo que los marinos padecían al escuchar el canto de las sirenas, una pasión que los conducía al abismo, y aun así, los tentaba sin remedio. La joven dirigió su propia mano a ese vórtice de perdición, un truco de ramera que conocía bien, y sonrió al ver con qué facilidad obtenía el éxito: Adolfo puso su mano también, y ambos masajearon el pubis buscando el placer de dar y de recibir.

—Te llevaré a tu cama.

—No. Aquí, donde nos vimos por primera vez.

Las palabras fatales. Solo un poeta podía entender el valor de ese recuerdo y la fuerza de hacer el amor sobre el punto exacto donde sus ojos se habían cruzado el día que se conocieron. Adolfo cedió de manera irreversible. Nada importaba, ni la responsabilidad ante Julián, ni la condición de Pétalo, ni su propia falta de recursos para hacer frente a las consecuencias. Solo la mujer desnuda que desplegaba su seducción ante él.

—Ábrete —le exigió con voz ronca.

Ella abrió las piernas con impudicia y él degustó el sabor de su esencia. Necesitaba beber de Pétalo como de un elixir antes de penetrarla. Luego, cuando la sintió dispuesta, se despojó con rapidez de sus ropas y entró en ese cuerpo alabastrino con furor, saña, revancha, pasión que lo redimía de todo el sufrimiento precedente. Pétalo era suya. Sin importar cuántos hombres la hubiesen tenido antes, ni aun si el

mismo Zaldívar la usaba de amante, proclamó su victoria sobre esa joven delicada que se balanceaba bajo su cuerpo. El grito final fue un estertor de agonía. Adolfo renacía, dejaba su piel muerta para emerger del dolor con renovado brío. Pétalo era la mujer que siempre había buscado en tantas otras, cáscaras vacías sin corazón.

—Ahora déjame a mí —dijo ella con tenue voz, y se encaramó sobre él, que se abandonaba con los ojos cerrados. Las sabias caricias untaron con aceites el cuerpo masculino hasta en sus partes íntimas, como lo habían hecho con el amo en tiempos felices. Pétalo contuvo su tristeza y su rabia al evocar aquellas imágenes. Las erradicó con decisión. Para triunfar, debía conservar la mente fría.

—No mires, solo siente, mi señor.

En el momento en que la lengua tibia de la joven rozó su miembro, Adolfo arribó al Paraíso. Entendió por fin las delicias de los harenes, la bendición de vivir por siempre rodeado de huríes. Un universo de sensaciones se derramó sobre él. Así le dijese que moriría esa misma noche, no cambiaría la vida entera por el beso de Pétalo. Se derramó en su boca y volvió a gemir. Luego cayó en un abandono parecido al sueño del opio, que él ya conocía. No vio la sonrisa especuladora de Pétalo ni la dureza de pedernal en los ojos rasgados. Se durmió sobre la alfombra. Pétalo volvió a su camastro, satisfecha. El plan estaba en marcha.

Llegó temprano a la mansión porque deseaba sorprender a Brunilda. Sabía que ella lo aguardaría con el encargo listo. Antes quiso asegurarse de que todo saldría como lo había planeado. Encontró a Evelyn envolviendo los cubiertos de plata en un liencillo.

—Evelyn, necesito que me hagas un favor importante.

—Por supuesto, *Mr.* Julián, lo que desee.

—Quiero que peines a Brunilda. Tienes arte en eso, recuerdo cuando peinaste a la señora Elizabeth O'Connor para su casamiento en la estancia.

La doncella inglesa disimuló su disgusto. Esperaba que el pedido del señor fuese distinto y no imaginaba qué se traía con eso. A la vez, la halagaba que él reconociese sus méritos. Ponía mucho empeño en su trabajo, en especial si se trataba de algo relativo a los patrones. Doña Inés recurría a ella para arreglar sus trajes y ordenar sus joyas, y solo ella podía tocar las finas hebras de su cabello rubio, nadie jamás se había arrogado esa tarea. Evelyn esperaba que así continuase, ya que la presencia de Brunilda primero y de Laura después, la habían desestabilizado.

—Por favor, quiero que se vea hermosa, sé que solo tus manos pueden lograrlo.

—Como diga, señor. ¿Para qué ocasión?

—Una fiesta de compromiso.

Sin decir nada, la doncella guardó los cubiertos y se quitó el mandil para preparar sus cepillos y sus tenacillas. Siguió a Julián hasta la escalera, pero él la detuvo:

—Espera a que yo baje. Le daré la noticia antes.

Brunilda se hallaba sentada junto a la ventana, leyendo. En una mesa se apilaban dos o tres libros de la biblioteca de su padre. Julián permaneció unos segundos bajo el marco. Esa imagen de paz y recogimiento le atravesó el alma. Al sentirse observada, la joven se sobresaltó y el libro cayó en su regazo.

—Te asusté. Soy mandado a hacer para eso, mi madre siempre lo decía.

La joven se puso de pie y corrió hacia el ropero. Fígaro, que dormía entre el mueble y la cama, saltó sobre la colcha al escuchar el chirrido de los goznes. Brunilda desenvolvió un traje que pendía de una percha y lo extendió sobre la cama, lo que provocó nueva fuga del gato, esa vez hacia la alfombra del tocador.

—Aquí está, espero que sea de su agrado.

La formalidad de la voz puso en guardia a Julián, que se acercó con el ceño fruncido y se dedicó a inspeccionar el vestido como si fuese un comprador desconfiado.

—No está mal.

Brunilda contenía la respiración, dividida entre la ansiedad y la rabia. El señorito tocó la seda con la punta de los dedos y ella pudo percibir que olía a vetiver, un aroma muy masculino que la embriagó. Estaba vestido para una gran ocasión, lo que confirmaba su idea de que la destinataria del nuevo traje lo aguardaba lista para acompañarlo al baile. Brunilda la imaginó alta, esbelta, de cintura fina, con sus mismas medidas, puesto que él le había dicho que cosiera pensando en ella. Claro que sería más elegante y culta, tal vez morena o trigueña, con ojos color cielo, para que el aguamarina del vestido se reflejase en ellos. No se dio cuenta de que retorció sus manos hasta que él lo mencionó.

—¿Te hiciste daño al coser tanto tiempo? Permíteme —y se las tomó como la vez anterior, aunque con más calidez—. Hum... están bastante bien. Tienes unas manos bonitas, creo que te lo dije antes.

Ella las retiró con prisa.

—¿Está conforme con el trabajo?

—No.

—¿No? —Parecía que iba a matarlo.

—No lo sabré hasta que lo vea puesto. Póntelo.

Brunilda se quedó mirándolo con furia.

—Que se lo ponga la dueña, con eso bastará.

—Póntelo antes, para estar seguro. No me gustaría quedar mal con ella si en el momento hay alguna falla.

—Si la hay, ya no tiene remedio, está cosido.

—Pero si lo sé de antemano, puedo comprar un vestido a último momento y disimular el error.

Brunilda se cruzó de brazos. Algo la impelía a porfiar con él en ese asunto. La costura y sus secretos eran cosa suya, solo ella decidía en ese terreno. Era lo único en lo que podía sentirse segura.

—Dudo que consiga algo abierto a estas horas.

Julián le dedicó una sonrisa malévolamente.

—Puedo hacer que abran las puertas solo para atender mi pedido.

Semejante petulancia espoleó el carácter de Brunilda. Era otra de las cualidades del señorito, sacar a la luz lo peor de ella, causarle rechazo o grosería, cuando por lo general se mostraba educada y aceptaba lo que le decían sin chistar, hasta las chuzas de Margo. Pensar en ella le recordó que tenía una gran deuda con él, y amansó su genio.

—Está bien, me lo probaré. Por favor, salga. Lo llamaré cuando esté lista.

—Me daré la vuelta. Es tarde y debo salir cuanto antes. Puedes confiar en mí, permaneceré de espaldas todo lo que sea necesario.

Brunilda respiró hondo y se apretó lo más que pudo contra el ropero. Con rapidez se despojó de su vestido de franela y de su rústica camisola para que el vestido de seda se adhiriese mejor a su cuerpo, ya que era un modelo pensado para seducir, no para albergar capas y capas de ropa interior. La prenda acarició su piel con un susurro delicioso. Habían hecho un buen trabajo. Cosieron a destajo durante días, Carmina y Rini encantadas de poder ayudarla a cumplir el pedido y sobre todo, deseosas de complacer al señorito, tan amable, tan caballero, tan guapo, tan valiente, tan... Brunilda hubiese querido clavarles alfileres en las lenguas. Cada elogio que dirigían al señor Zaldívar era un recordatorio del triste papel que hacía ella cosiendo las galas que vestiría la amante del patrón.

Julián movía el bastón sobre la puntera de su zapato fingiendo impaciencia, mientras sus ojos se regodeaban con la figura femenina reflejada en el triple espejo de la cómoda. Aunque no se había colocado allí adrede, la luna del ropero le dio la idea, y a sabiendas de que al final Brunilda acabaría en sus brazos, se permitió esa indecencia.

—Ya está.

Él se volvió con lentitud. El vestido caía sobre las curvas de Brunilda como si él mismo las hubiese pintado, con mórbida elegancia. El color le sentaba de maravilla, parecía pensado para destacar la lozanía de su piel y el negro de sus ojos. Las muchachas habían reducido los frunces, dando un toque audaz al modelo. Era un diseño vanguardista, muy propio de Brunilda, que tenía ideas definidas. Parecía que solo a través de la costura la joven se atrevía a mostrar ese interior que latía con pasión. Julián bajó la vista hacia el ruedo, y vio la punta de los zapatos que desentonaban con el conjunto.

—No se ve bien —comentó, y abrió la puerta para entrar con una gran caja cuadrada en sus brazos—. Prueba con estos.

Brunilda abrió mucho los ojos al ver los escaquinados de brocado crema con taco de reina.

—¿Quiere que los pruebe también?

Él asintió, y cuando ella se inclinó para sacarse los suyos sin manchar el vestido, Julián le ofreció su mano.

—Yo te sostendré.

Ruborizada hasta las orejas, Brunilda se probó los zapatitos que le calzaban como si los hubiesen fabricado para sus pies.

—Ahora sí. Estás bellísima. Falta solo un detalle.

Se dirigió al rellano de la escalera y dijo algo que Brunilda no alcanzó a entender. Cuando Evelyn entró al cuarto munida de una palangana con agua caliente en la que flotaban tenazas de cabello, el desconcierto en la mirada de la joven causó tanta ternura en Julián, que estuvo a punto de abrazarla.

—¿Qué pasa? —balbuceó ella.

—Evelyn te peinará. Algo sencillo y elegante, como es tu estilo. Esperaré abajo.

Julián se marchó, dejando a las mujeres sumergidas en distintas sensaciones. Evelyn colocó un sillón frente a la cómoda, y recién entonces Brunilda captó que en esa prístina superficie se había reflejado su desnudez unos momentos antes. Eso la turbó tanto, que casi no prestó atención al manejo de las tenacillas y las tijeras por parte de la doncella inglesa. Al ver el resultado en aquel impúdico espejo, quedó estupefacta. ¿Era ella?

El largo cabello rubio se encontraba dividido en tres partes, cada una formando un manojo de bucles que cubrían sus orejas y su coronilla. El flequillo se abombaba sobre la frente, completando el marco que realzaba el rostro. Evelyn había sujetado los recogidos con hebillas pequeñas de nácar y oro.

—Aunque no precisas de artificios, permíteme colorear tus labios. A lo largo de la noche suelen researse —y de un pote tomó una porción ínfima de una crema rosada—. ¿Dónde está tu perfume?

Brunilda abrió una gaveta y sacó un frasco que contenía un líquido oscuro sin ninguna etiqueta.

—¿Esto es? —dijo la doncella con desconfianza.

—Lo fabrico yo, es de vainilla.

Evelyn se alzó de hombros como diciendo «allá tú», y aplicó toques ligeros del perfume en los lóbulos de Brunilda, el hueco de su garganta, el nacimiento de sus pechos y el interior de sus muñecas.

—Es un frasco muy grande para llevarlo en tu ridículo.

—No tengo ridículo.

—Creo que te aguarda abajo, junto a tu galán.

Si había sarcasmo en su tono, Brunilda no lo notó. Esa noche todo era extraordinario, hasta la imagen que el espejo le devolvía. ¿A qué juego jugaba el señorito?

—No entiendo qué se espera que haga —aventuró con aire desolado.

Evelyn, mujer al fin, cedió ante aquella posible rival en el cariño de su patrona.

—El señor Zaldívar te invita a la cena de esta noche, y se ve que quiso sorprenderte.

—Pero yo no conozco a nadie.

Evelyn no respondió, se limitó a guardar los artículos que había usado, y Brunilda tuvo que bajar la escalera envuelta en una bruma de dudas y temores. Él la aguardaba con un pie sobre el último escalón, el hermoso rostro vuelto hacia arriba con seductora mirada. Ella jamás lo había visto tan buen mozo.

Julián nunca pensó que Brunilda pudiese estar tan bella. Más allá del vestido y del peinado logrado por Evelyn en tan corto tiempo, la joven resplandecía con una hermosura intacta, la de la primera vez en todo, inocencia mezclada con cierta innata coquetería propia de toda mujer. Se felicitó de haber pensado en esa salida como el bautismo en sociedad de Brunilda Marconi. Si quería triunfar en el mundo de la moda, debía conocer a sus posibles clientas, y él iba a promoverla.

Además de obtener lo que desde hacía tiempo clamaba su sangre.

—Serás la princesa de la fiesta. Déjame ayudarte con esto —y echó sobre los hombros femeninos una capa de terciopelo negro que prendió con un broche en el cuello.

Sus rostros quedaron muy cerca en ese instante, y Julián aprovechó la circunstancia para rozarle la mejilla con un beso fraterno.

—Ahora sí, vamos —y le ofreció el brazo.

La antigua calle Facundo Quiroga, bautizada Rivadavia, se abría en una ancha avenida de tierra marcada por las carretas que venían del oeste. El carruaje se bamboleaba sobre esas huellas ahondadas por las lluvias. La luna platinaba la senda como una señal que los guiaba hacia su destino, y ladridos lejanos acompañaban el paso de los caballos. Hasta Severo se había vestido con librea para estar a tono con la ocasión. Los perfumes de ambos pasajeros se mezclaban en el interior del coche, creando un halo anticipatorio. Julián iba ensimismado en sus pensamientos, en tanto que Brunilda miraba a través de la cortina, sumida en la incertidumbre. ¿Qué diría él al presentarla? Entendía que había planeado esta invitación desde el mismo momento en que le encargó el vestido y que había mantenido la charada. A pesar de no confiar por completo en él, Brunilda sentía en su fuero íntimo que Julián Zaldívar no buscaba causarle daño, fuera del que pudiese provocarle con sus atenciones, ya que descartaba un interés matrimonial en el señorito. Ella no tenía a nadie, ni recursos para huir de los Zaldívar sin caer en la miseria de las calles y la mala vida, así que se resignaba a aceptar la compañía de Julián, solo debía dejarle en claro hasta dónde.

—Ya estamos cerca.

La observación la obligó a fijarse en el ancho pantanal que el propio Ambrosio Lezica había ordenado desecar para facilitar el tránsito entre la ciudad y su quinta. A su izquierda, pugnando por desbordar las verjas que la contenían, una fronda

rumorosa se movía al compás del viento nocturno. Brunilda contemplaba con admiración la entrada a uno de los sitios más visitados por las familias porteñas, lugar de descanso de los Lezica y centro de las tertulias más conspicuas. Ella no sabía que en aquel solar se habían reunido hombres públicos, hermanados con el anfitrión por vínculos masónicos. Lezica era un hombre de muchos posibles que había sabido hacerse indispensable. Aún se conservaban en el predio los viñedos del primer propietario, el francés Ancely, aunque ya no poseían la importancia de antaño, lo mismo que su huerta de frutales. La quinta se había revestido de cierta pompa.

—¿Te gusta el jardín? —le preguntó Julián al verla contemplar la arboleda que se balanceaba—. Luego te lo mostraré. Don Ambrosio contrató a un jardinero que hizo construir estatuas, pajareras, una gruta y hasta un lago con cisnes. Como diría mi madre, desplantes de nuevo rico.

Severo obligó a los caballos a trasponer el portón custodiado por leones de piedra, y arrimó el coche para que su patrón descendiese con comodidad ante la escalinata principal. El corazón de la quinta conservaba la austeridad de los cascos de estancia bonaerenses, y Brunilda tuvo la impresión de que la casona era más parecida a El Duraznillo que a los palacios que comenzaban a crecer en Buenos Aires.

—Vete a casa —ordenó Julián a Severo—, pueden necesitarte. Ven por nosotros a la medianoche.

Desde que vivían tantos en la mansión, y en especial los niños, se preocupaba por que tuviesen siempre el coche a disposición. Severo pegó la vuelta y Julián escoltó a Brunilda hacia una galería vidriada en azules y ocres. Una escultura femenina sostenía un globo de luz y en cada pilastre de la terraza se veía un fanal encendido. Los sonos de la orquesta atravesaban aquellas paredes amarillentas y se perdían en la oscuridad. Brunilda experimentó un atisbo de temor al escuchar las voces que invadían el recinto, así como los cascos de otro coche que se detenía tras ellos.

—¡Julián!

La voz familiar le devolvió el alma al cuerpo. Era Elizabeth O'Connor, que llegaba junto con ellos y ya se apresuraba a tomarla del brazo.

—Entremos juntas —le dijo—, así disimulo mi balanceo, parezco un pato.

Francisco, tan elegante como su amigo, la saludó con una sonrisa y una pequeña inclinación. Brunilda se preguntaba cómo había logrado esa mujercita doblegar a ese hombre que parecía siempre a punto de arrojarse sobre alguien. Se alegró de que fuese Julián su protector, al menos con él podía mantener modales civilizados.

—Aquí vienen los dueños de casa. Don Ambrosio, doña Rosa, felicidades por este anuncio. Leticia ha de estar feliz.

El matrimonio Lezica acudió a recibirlos con evidente alegría ante el compromiso de su hija. La esposa no reconoció a Brunilda, que estaba cambiadísima, y cuando Julián dijo su nombre, se quedó sin palabras, aunque era una mujer que sabía ser autoritaria. Don Ambrosio tenía la solidez del vasco que ya es criollo, los ademanes

seguros, la mirada frontal; el orgullo de recibir en su casa a lo más granado se le notaba en la sonrisa y el modo de sacar el pecho.

—La señorita Brunilda Marconi se ha vuelto íntima amiga de mi madre —explicó Julián, para aplacar la sorpresa de doña Lezica. Una profunda satisfacción lo embargó al poder devolver el golpe que había recibido la joven aquella desdichada tarde de té.

De ese modo entró Brunilda a la alta sociedad porteña, del brazo de uno de los solteros más codiciados y recibida por un matrimonio que se había encumbrado en lo más alto. Su figura esbelta y su natural belleza hicieron el resto. Todas las miradas de los presentes se dirigieron hacia ella cuando atravesó el vestíbulo alfombrado.

La casa era un dechado de elegancia: muebles europeos, consolas con imágenes religiosas, enormes cuadros resaltaban sobre el empapelado de las paredes y relucían bajo las arañas de cien lámparas que los sirvientes mantenían encendidas en todo momento. Brunilda alcanzó a ver reflejada en un espejo oval a una mujer enfundada en un vestido insinuante sin ser ofensivo, platinado su cabello por las luces y algo pálida, con un provocador toque rosado en los labios. La acompañaba un caballero rubio de marcados pómulos y sonrisa abierta. ¡Eran ellos! El asombro ante esa imagen etérea y a la vez seductora, cubrió de rubor sus mejillas. Julián la conducía entre los invitados con la ligereza de una danza, como si supiese de memoria la coreografía que se esperaba de él. Un saludo aquí, un apretón de manos allá, una inclinación más adelante, un gesto ante los corrillos de matronas ansiosas, sonrisas zalameras a las niñas apretujadas en su primera fiesta, el señorito desempeñaba su rol a la perfección y Brunilda se confiaba a su brazo firme y su andar sereno, en el que el bastón era apenas un ornamento.

De un grupo de jóvenes se desprendió una dama encorsetada y llena de volados que sacudió su abanico ante la nariz de Julián.

—Es un desagradecido. ¡Ni una vez me ha visitado! Pensar que mi prima y yo hemos organizado una *kermesse* y usted, nada. Ha de haber estado ocupado.

Parecía que la joven no advertía a Brunilda, hasta que se volvió hacia ella y simuló sorpresa.

—¡Pero si es la pobre huérfana! Qué alegría que hayan podido sacarla a pasear. Bienvenida a mi casa de campo.

—Venimos ambos en representación de mi madre, que está delicada de salud —dijo Julián con dureza—, ya que Brunilda y yo teníamos otro compromiso. De todas formas, nos sentimos honrados de saludar a su hermana en su día. ¿Dónde está ella?

Consuelo quedó muda. El abanico con el que jugueteaba se detuvo y se convirtió en una figura de cera.

—En el jardín de invierno, recibiendo los regalos.

—Vamos a verla para darle nuestros buenos augurios. ¿Te parece, querida? —Y Julián siguió danzando con ella, rumbo a la salida trasera.

Leonor se acercó a su prima de inmediato.

—¿Qué te dijo? ¿Y qué le dijiste?

—No lo puedo creer. Viene aquí con esa... descastada, y se atreve a llamarla «querida».

La otra ahogó una exclamación.

—Prima, creo que deberías poner tus ojos en otro sitio. Julián Zaldívar no parece dispuesto al matrimonio.

Consuelo cerró el abanico con rabia mal disimulada.

—Tienes razón. Hay muchos otros candidatos. Al final, él acabará viviendo en la estancia y para eso prefiero la quinta, es más cercana a la ciudad y no hay olor a vaca.

El incidente opacó el entusiasmo que había empezado a sentir Brunilda. Julián también parecía afectado. Atravesaron el jardín de magnolias por un camino de lajas que conducía al invernadero, una construcción de hierro importada desde Europa. Se apreciaban los vidrios curvos en las esquinas y las formas sinuosas del nuevo arte que hacía furor entre los porteños. Las luces del interior iluminaban la noria que se alzaba detrás de la casa y los senderos de cipreses, laureles y araucarias que el dueño había hecho plantar. A Brunilda la atraía más el jardín de los Lezica que los salones repletos de gente desconocida e intimidante. Había que entrar, sin embargo, para cumplir con la homenajeada.

—Luego te mostraré el parque —volvió a prometer Julián, que entendía sus resquemores.

Leticia se encontraba de pie junto a un militar que lucía en su casaca los cordones de oro de oficial y las medallas obtenidas en la batalla de Peribebuy contra los paraguayos. Era un mozo de pelo castaño que formaba un jopo en la frente y ojos color miel. De sonrisa fácil y porte erguido, escoltaba a su novia como si fuese él el centro de la reunión. Leticia estaba feliz a su lado, se notaba que aquel era un momento anhelado y que había sufrido para conseguirlo. Detrás de ellos se alineaban en un banco los regalos de compromiso que algunas familias más allegadas habían querido obsequiarles.

—Julián Zaldívar —lo saludó sonriente la novia, y luego dedicó la misma sonrisa a Brunilda—. Bienvenidos, espero que hayan sido bien atendidos.

—De primera —contestó Julián, tras presentar a Brunilda del modo acostumbrado—. Mi madre le envía los mejores augurios para su futuro matrimonio.

—Gracias. Dígale que añoro verla hoy, y que no le perdonaré su ausencia el día del casorio. Doña Inés es gran amiga de mi madre. Que se ponga buena para entonces.

—Así se lo diré.

Estaban a punto de volverse cuando la mirada del teniente, que aguardaba un paso atrás de su novia, brilló con especial animación. Julián notó que se aproximaba Violeta Garmendia con su mentora, Celina Bunge. Antes de reflexionar sobre el cambio en el humor de Leandro Paz, Julián reparó en la palidez de Violeta, que resaltaba aún más el negro de su cabello y el añil de sus ojos. La jovencita lucía más delgada y muy seria, algo inusual en ella. Doña Celina, en su sempiterno luto, parecía

darle ánimos. Brunilda también notó un mohín de disgusto en Leticia. Las recién llegadas se unieron al coro de felicitaciones.

—¿Cómo has estado? —le dijo Julián en un aparte.

Violeta lo miró con expresión remota.

—Voy a regresar a los esteros.

—¿Es cierto eso? ¿Cuándo? ¿Y por qué, si puedo saber?

Ella miró hacia otro lado cuando dijo:

—Si Manu no está, no tengo quién me cuide.

—Es algo discutible, pequeña señorita. Yo no estoy en la flor de la juventud, pero aún puedo desempeñarme como guardián de una dama. De hecho, aquí tengo a una que me da bastante trabajo —y con un ademán incluyó a Brunilda en la conversación.

Violeta sonrió al verla.

—Qué gusto volver a encontrarnos. Hace mucho que no voy a la biblioteca del señor Zaldívar. Creo —y retornó la expresión ausente— que no podré despedirme de ella ni de doña Inés.

—¿Tan rápido te marchas? —se animó a preguntar Brunilda.

—Mi padrino vendrá a buscarme en estos días.

—Lamento que te vayas. Espero que Manu esté bien y pronto se reúna contigo.

—Lo está —dijo la jovencita—, pero eso no me consuela de su ausencia. Manu y yo crecimos juntos, no podemos vivir el uno sin el otro.

La viuda de Bunge captó hilachas de la conversación y juzgó oportuno intervenir para que su pupila no cometiese alguna indiscreción con su franqueza.

—Violeta querida, ¿por qué no vas con Finita, que te está aguardando?

—Brunilda, ven —dijo ella, tomándola de la mano—, podemos recorrer el jardín. Finita conoce historias de fantasmas que se han visto por aquí.

Brunilda suplicó de Julián el permiso para desaparecer del clima sofocante del invernadero. Uno de los adelantos de la quinta Lezica era la calefacción, y ya los vidrios se estaban empañando por el contraste de la temperatura. Julián observó que Leticia respiraba ansiosa y comprendió entonces la razón del brillo en los hermosos ojos del teniente. Más aún, supo con certeza que los devaneos del militar eran la causa de la demora de aquel compromiso tan esperado.

—Ve —dijo, dispuesto a ayudar a la novia a recuperar la compostura—. Yo recorreré un poco en busca de caras conocidas, o mi madre me lo reprochará luego. Violeta —agregó con severidad—, vuelvan a la casa en media hora. No quiero salir en busca de damiselas perdidas.

La jovencita lo recompensó con una sonrisa y ambas partieron del brazo hacia el sector de la fuente. Leandro Paz las siguió con impaciente mirada. Cuando Julián se despidió de los novios y se dispuso a buscar a alguien de interés para conversar, el teniente se disculpó con Leticia con una excusa banal y desapareció también.

Finita resultó ser la acompañante ideal para la timidez de Brunilda y la tristeza de Violeta. La muchachita alegre y charlatana gozaba de aquel despliegue de lujo, y

quedó extasiada ante el vestido de Brunilda.

—Tienes que darme la dirección de la modista —exigió— porque todavía no se ven modelos tan audaces, ni siquiera en las tiendas que traen la moda de Francia. Vamos atrasados. Mi mamá insiste en comprarme puntillas y encajes en La Reina. ¡Y yo quiero sedas y terciopelos! Violeta, al menos, puede elegir lo que se pone, nadie la obliga.

—Eso es porque tengo solo dos o tres vestidos —replicó la aludida—, gracias a que mi tía no pudo obsequiarme más. Si por ella fuera, yo debería cambiarme a cada hora.

—¡Y es lo que deberías hacer, amiga! A mí me encantan los trajes de tu tía Muriel. Brunilda, ¿cómo es que te has puesto una falda sin miriñaque?

La insistencia de la niña le resultó graciosa, y no tuvo reparos en contar los secretos de su vestido.

—Porque lo cosí yo misma. Y lo hice a mi gusto, con lo que tenía a la mano.

Finita abrió la boca como los peces de la fuente.

—¿Cosiste este hermosísimo vestido? Ay, Dios... —Y se llevó ambas manos al pecho en cómico desmayo—. Eres la mujer más afortunada del mundo. Ya quisiera yo poder hacer mi ropa, en lugar de ponerme lo que dejan mis hermanas o mi madre me compra.

—Puedes hacerlo, si aprendes costura.

—¿No soy muy joven para eso?

—Al contrario, manejar la aguja es tarea que requiere práctica. Cuanto antes se empiece, mejor —y Brunilda recordó con nostalgia el afán de Filipa por enseñarle los rudimentos cuando era apenas una niña.

—Señoritas, me temo que están tomando frío en este sitio alejado de las luces —la voz del teniente irrumpió en la femenina charla—. Violeta, escuché que piensa regresar a su provincia, espero que no sea debido a ningún contratiempo. Se la extrañará mucho en Buenos Aires.

Finita miraba al teniente con el ceño fruncido, y Brunilda no sabía si debido a que coqueteaba con otra, o a que la había interrumpido en su tema favorito. Salió de dudas al escuchar la voz de la niña en su oído.

—Siempre está detrás de Violeta, la hace sufrir a mi hermana.

—Permítanme escoltarlas hasta la fuente. Hay más luz allí.

—No íbamos a la fuente —objetó Violeta—, queríamos caminar los senderos por donde pasaron los espíritus de la quinta.

—Ah, eso... son habladurías de los criados. Siempre son ellos los que ven las cosas raras.

—¡Mentira! —exclamó Finita ofendida—. Yo también vi algo, y soy la dueña de casa.

—Cuéntanos otra vez eso que viste —la animó Violeta.

Leandro Paz se dispuso a escuchar, pero su mente y su corazón estaban lejos de la fantástica historia, se concentraban en la belleza sensual de aquella mujercita que él podría haber conocido desde antes, aunque de seguro era una niña en aquel tiempo en que combatía en la guerra grande que lo llevó de Buenos Aires a la tierra correntina, y de ahí hasta el Paraguay, en una odisea que marcó para siempre los ánimos de los argentinos.

—El caso es que... —decía Finita en tono misterioso, acaparando la atención de Brunilda.

De nuevo en el salón principal, Julián se acercó al grupo que formaban Francisco, el ingeniero Ébélot, y un viejo comandante de frontera. Comentaban las alternativas del proyecto que se estaba llevando a cabo bajo la supervisión del ministro Alsina.

—Mientras no tengamos caballería, todo es inútil —porfiaba el viejo soldado—. Los indios nos ganan de lejos con sus pingos. Así y todo, quieren robarnos los mancarrones que tenemos en los fortines.

—Y les harían un bien a esos pobres caballos —contestaba con flema Ébélot—. Nunca vi animales tan mal atendidos. Parece que todo se reduce a dejarlos pastorear, no se les da respiro ni conocen el refresco.

—¿Qué haría usted, ingeniero? —lo desafió el militar.

—Le diré: debe dárselos una ración constante, dejarlos sueltos un tiempo para que retocen, y luego guardarlos. Y nada de mantenerlos con hierba natural, existen los forrajes, que dan más nutrición al animal y sin desgaste.

—Ya veo. Usted quiere hacer de nuestros pingos unas mascotas de jardín.

—Por pensar de ese modo es que no tendrá fin la guerra contra el salvaje.

—Las cosas están cambiando en ese sentido —terció Fran—. Entiendo que se está asignando un animal a cada soldado, para que se responsabilice de su cuidado.

—Eso es porque se capturaron caballos de marca india, que por ser así no son de nadie, y pudo reforzarse la monta, pero si no se cambia la mentalidad... —Y Ébélot miró al comandante con expresión resignada. Él acababa de llegar de la línea de frontera, y sabía bien de qué hablaba al decir que existían muchas mañas que el ejército no se convencía de erradicar.

—Es cierto que el indio atiende mejor a su caballo —dijo Julián—. Cuando huye lleva siempre el de refresco y se preocupa de que ninguno se agote demasiado. Tampoco los someten al castigo físico ni los descuidan. Nunca vi a un indio reventar a un caballo de tanto exigirle.

—¿Y cómo iba a verlo usted, señor? —se admiró el militar. Creía que solo él conocía la cara de los indios.

—Bueno —contestó con ligereza Julián—, son cosas que todo el mundo sabe, creo yo.

Fran le dirigió una mirada aguda. Había notado la expresión de su amigo al escuchar hablar de la frontera.

—Supongo que el tiempo nos enseñará algunas cosas, la experiencia es maestra por excelencia. A propósito, ingeniero, usted regresará pronto, ¿no es así?

—Apenas vaya el ministro. Poco a poco, las líneas de zapadores se van acercando entre sí, y llegará el momento en que todos los fortines sean un solo tramo, unidos por el telégrafo y apoyados por la frontera anterior. La visita de Alsina será un golpe de aliento, y además dará al gobierno la visión exacta del proyecto.

—Me han dicho que los fortineros están usando el arado más que el sable —dijo con sorna el viejo comandante, que se había quedado rascado con lo de los caballos.

—En efecto, antes de venir me ocupé de enviarles bueyes de labor, semillas y útiles de labranza, para que hagan chacras de maíz y de alfalfa.

—Nos quiere volver rumiantes.

—Está pensado tanto para las bestias como para los hombres —y el francés se guardó la indirecta que le vino a la lengua mientras contestaba—. También se cultivan hortalizas, así varían la eterna dieta de carne asada. Y debo reconocer que han hecho un gran esfuerzo los soldados, al aprender oficios tan disímiles del suyo.

El comandante miraba a Ébélot con desconfianza, por ser extranjero y por su título de ingeniero. Para él, solo se requería coraje y buenas armas en los fortines, desdeñaba toda otra consideración.

Mientras los hombres departían, numerosos criados ofrecían ponche y bocadillos, y la orquesta ejecutaba valsos y polcas al gusto, con alguna que otra mazurca intercalada.

El entramado social y político en el que se movía don Ambrosio determinaba la condición de los invitados, y pronto hizo su aparición Bartolomé Mitre, acompañado por algunos correligionarios. Se formó un grupo entusiasta a su alrededor. A pesar de la revolución de dos años atrás y de la impopularidad de la guerra contra el Paraguay, Mitre seguía siendo el ídolo de los porteños, si bien los enconos partidistas habían creado una brecha entre algunos. Don Bartolo poseía una cualidad que lo enaltecía: jamás renunciaba a dialogar, ni siquiera con un oponente acérrimo. Todos sabían que le debían, en cierto modo, la unificación del país. Julián lamentó que su padre no estuviese allí, con su idolatrado Mitre.

—Acerquémonos —propuso a sus interlocutores.

Francisco y Ébélot lo siguieron, en tanto que el viejo militar se quedó rezagado. Quién podía decir qué lealtades lo animaban.

La fiesta llegó al cenit cuando arribó Adolfo Alsina. Era la figura más esperada, ya que esa sería su despedida de Buenos Aires antes de emprender la marcha a la frontera. Los corrillos aumentaron en número y los sirvientes se vieron en figurillas para atender a tanta gente amontonada. Hacían malabares con las fuentes, y más de una señora empaquetada se quejó de las salpicaduras en su traje. El ministro distinguió a Julián con una inclinación de cabeza y un destello de reconocimiento

implícito en sus ojos oscuros. Se acordaba del mozo que había compartido el ágape en lo de Riglos, y simpatizaba con su apostura de letrado que no negaba al hombre de campo. Alsina sabía ver las capas profundas en el carácter de las personas, y veía en Julián Zaldívar a un caballero de impecable presencia que escondía un temperamento valeroso. Llegado el caso, contaría con él.

—¿Es cierto, señor ministro, que piensa parlamentar con Namuncurá? —gritó un invitado desde las últimas filas del grupo.

La reunión parecía haber tomado un tinte político y era inevitable, puesto que Alsina era un caudillo, aunque ocupase el Ministerio del gobierno de Avellaneda. El aire de compadrón que lo acompañaba desde la época de los pandilleros después de Caseros y su discurso de tribuno, aparecían siempre. En nada varió su actitud que se encontrase su adversario político bajo el mismo techo. Alsina retenía en sus ademanes cierta insolencia cautivadora que lo convertía en un héroe romántico.

—Lo haremos si él se aviene a nuestras condiciones —repuso— y sin perjuicio de la zanja que se está trazando. Estos no son tiempos de ceder, amigos míos, sino de avanzar en pos de una meta que nos hemos fijado, la de consolidar la frontera a expensas de las tolдерías. Pero no seremos inclementes, la paz estará siempre ofrecida.

Un murmullo de admiración coronó las palabras dichas con coraje de soldado. El viejo comandante se aproximó también, atraído por aquella verba que le templaba la sangre.

—¿Y qué me dice de los hacendados que comercian con los indios? —se escuchó decir. Julián, que por su altura tenía una visión privilegiada del conjunto, descubrió la fisonomía rubicunda de Silverio Salas. El hombre aparecía por donde él fuese, y ya le molestaba su intromisión, sobre todo porque no entendía su propósito de fingirse partidario del gobierno cuando él ya le conocía sus simpatías.

—Para eso servirá la zanja también, ya que estamos —respondió Alsina tajante—. El escandaloso comercio con los chilenos se acabará si los indios no tienen acceso a nuestras reses. Hace veinte años que las caballadas y rebaños van a parar al otro lado de la cordillera, y la cosa se está tornando peligrosa por una cuestión de límites con el país vecino. Es hora de resolver esa y otras cuestiones que frenan el progreso.

Ébélot se inclinó sobre Julián y le murmuró:

—Falta que se decidan a extender las colonias hacia el oeste. Esas llanuras darían buenos frutos y el Ferrocarril del Oeste es el más apropiado para conducirlos hacia los mercados. En mi artículo último para la *Revue des Deux Mondes* desarrollé el tema. Podría asentarse una sola línea hasta Carhué sin demasiado gasto.

—Convenza usted a mi padre de convertirse en agricultor —sonrió Julián.

—No es necesario. Basta con que dedique algunas hectáreas al cultivo y contrate colonos extranjeros. Allá en Europa no hacen asco a las sementeras. ¿Su padre cría ovejas?

—¡Dios no lo permita! —rio Julián—. Su vida son las vacas, aunque para ser honesto con él, debo decirle que no es de mente estrecha, y ha introducido reformas.

—Mire, la oveja da muy buen rinde, y si aquí hicieran lo debido, se suprimirían muchos gastos de flete. Fíjese que la lana que se embala está llena de impurezas, diría... en un setenta por ciento, que abulta la exportación y paga el costo del traslado al puerto. Si la lavasen antes, se quitaría lo más grueso y ocuparía menos lugar en los vagones de los trenes y las bodegas de los buques. Creo que la cría de ovejas es apropiada para el desierto, y atraería mucha mano de obra europea.

Julián meditó sobre aquella opinión. Ébélot era extranjero, pero conocía a fondo la mentalidad del gaucho y de los hombres públicos, ya que vivía entre argentinos desde hacía mucho. De pronto, la necesidad de hablar con su padre sobre ese asunto y otros que se dirimían en Buenos Aires lo acució, y reforzó su intención de llevar a Brunilda. Sería una doble jugada: la sacaría de la mira de los proxenetas y podría intimar con ella en un entorno más amable para ambos. Pensando en eso, advirtió que aún no regresaban las damas del jardín, y decidió ir en su busca.

La presencia del teniente Paz había atraído hacia el pequeño grupo a otros admiradores de la belleza, y tres hombres más rodeaban a las jóvenes. Finita acaparaba a dos de ellos con su cháchara, Violeta cautivaba al teniente, y Brunilda, que por primera vez alternaba con el coqueteo galante de los salones, se veía abrumada bajo la atención de un joven que apoyaba con displicencia su pie sobre el borde de la fuente.

—Me sorprende no haberla visto en ninguna casa hasta ahora —le decía con voz acaramelada—. No habría pasado desapercibida de ningún modo. Bien escondida la tenía doña Inés, es una malvada mujer, nos privó de gozar de su encanto.

—Hace poco que vivo en su casa —contestó ella, evasiva— y no salgo mucho.

—De eso precisamente me quejo. ¿Tendré esperanza de invitarla al Paseo de Julio cuando haga buen tiempo? Una recorrida en coche a la vera del río, a la espera de la época de los pícnic. Porque supongo que no se irá, ¿no es así? ¿Dónde vive su familia?

Brunilda decidió mentir a medias; de todas formas, no había familia que mencionar.

—En las sierras, en el Tandil.

—Ah, muy buenos campos son esos. Seguro que su padre es un criador de ganado.

—Sí... así es.

—El mío era dueño de varios saladeros, y ahora que ya no los permiten cerca de la ciudad, se pasó al ramo de los textiles. Vendió las curtiembres y compró un molino. Tiene tierras dedicadas al cultivo del algodón en el Chaco, de ahí llegan las balas con que se hilan las telas.

Esa información despertó mayor interés en Brunilda.

—Algo sé de telas —repuso, esbozando una sonrisa—. Me gusta coser.

—¿Ve que tenemos cosas en común? Mi familia fabrica las telas que usted cose, y así se obtienen vestidos hermosos como el que lleva puesto. No me diga que lo hizo usted misma.

—Sí.

—¡Es un hada! No solo por su belleza celestial, tiene manos mágicas. Permítame —y el atrevido mozo tomó una mano de Brunilda, como había hecho Julián en dos ocasiones, solo que esta vez ella no sintió la misma vibración recorriendo su sangre.

Los dedos masculinos rozaron con habilidad la piel de la joven. El cortejante era ducho en esas lides y había captado desde el primer momento que aquella mujer tan distinta a todas no era una de las porteñas casaderas, que algo misterioso y quizá turbio se ocultaba detrás de la incógnita de su origen. Era difícil no saber quién era quién en la sociedad que día a día se encontraba en fiestas y saraos, amén de los negocios familiares que se entrecruzaban desde los tiempos de la colonia. Los apellidos ya tenían decidido con quiénes convenía emparentar y tarde o temprano los jóvenes solteros conocían a su futura esposa antes de empezar a tratarla. El admirador de Brunilda sabía que su destino estaba fijado, y sin embargo, no pudo resistir el encanto de aquella mujer, tanto más por el hecho de que ella no coqueteaba con él. Esa combinación de seducción e inocencia lo cautivaba. Sin soltar su mano, se acercó para murmurar sobre su rostro.

—Diga que sí, hermosa Brunilda. Hasta su nombre suena exótico en mis labios. Bru-nil-da —paladeó.

—Señores, si me permiten, estas damas son requeridas en el salón.

Julián Zaldívar emergía de las sombras como un fauno terrible. Había observado el acercamiento del hombre y una furia irracional lo decidió a interrumpir de manera abrupta. Miraba a Brunilda con una acusación en sus ojos claros, y ella se encogió ante esa mirada. El joven admirador se percató también de eso.

—No nos prive tan pronto de tan agradable compañía. Un caballero como usted sabrá entender los afanes de los jóvenes.

Eso y llamarlo viejo era lo mismo. Brunilda experimentó una mezcla de rabia y de compasión, quería irse de allí, dejar a esos dos lidiando con su orgullo y desaparecer, otra vez protegida por sus sueños y a resguardo de la mirada masculina.

—Un hombre como yo sabe calar a los sinvergüenzas —escupió Julián, ante el asombro de todos, incluida Violeta, que lo miraba fascinada—, y si ofendo su honor al reclamar a mi novia, recoja el guante entonces.

El aludido retiró el pie de la fuente y se irguió como ante un jefe militar. Aquel caballero cojo no era ningún pusilánime y él no tenía tanto interés como para perder la vida en un duelo. Su familia quedaría destrozada, y sus sueños de riqueza se esfumarían. Había juzgado mal a la dama, estaba en amoríos. ¿Por qué demonios no se lo dijo desde un principio?

—Haga de cuenta que no dije nada, señor. Me disculpo ante usted por mi atrevimiento. Ignoraba que la dama estaba comprometida. Señorita —y se inclinó

para despedirse de Brunilda—, perdone cualquier ofensa que haya podido cometer.

Su partida arrastró a los otros picaflores. Solo el teniente Paz quedó en el grupo.

—Doctor, usted sí que sabe meter miedo —comentó risueño—. Por un momento, temí que nos viésemos ensangrentando la casa de mi futuro suegro.

Julián lanzó un vistazo a Violeta antes de acercarse a Brunilda y ofrecerle el brazo.

—Lleve a su cuñada al salón, la señora de Bunge la reclama.

Finita, que había logrado ser el centro de la atención por un rato, suspiró desilusionada.

—Vamos, Violeta, o mamita me calentará las orejas por tomar frío en el jardín.

Regresaron en silenciosa caravana, Julián delante de todos, llevando a Brunilda por los senderos a más velocidad de lo que su pierna cansada le permitía. Ella lo miraba de reojo, para calibrar cuán enojado estaba, ya que por primera vez lo veía en ese estado. El señorito podía discutir, pero siempre encontraba en él una amabilidad, una consideración profunda que suavizaba las asperezas.

—Entra —le ordenó al llegar al pabellón de vidrio.

La fiesta estaba en su apogeo. La orquesta tocaba un vals que los invitados honraban girando al unísono en un revuelo de perfumes y faldas ahuecadas. Los guantes de raso, las diademas de flores, las colas de los fracs mezcladas con los volados y las puntillas, hubieran sido un espectáculo admirable para Brunilda, si no se hubiera sentido tan miserable bajo el ominoso silencio de Julián. Violeta le dedicó una sonrisa tranquilizadora al pasar, escoltada por Leandro Paz y por Finita, rumbo a las sillas donde se alineaban las matronas que ya no hacían sino comentar las fiestas. No supo qué hacer, y se quedó arrimada contra el cortinado, con las manos juntas sobre el regazo de su falda. Julián seguía a su lado, imperturbable. Podía percibir las oleadas de furia que lo recorrían y de a poco, como saliendo de un pozo profundo, volvieron hacia ella las palabras pronunciadas en la fuente: «reclamar a mi novia», había dicho.

Quizá fuera un subterfugio para liberarla del acoso de un pretendiente pesado, aunque lo que la desconcertaba era el auténtico enojo que había visto en su rostro.

Los bailarines desfilaban ante ellos, gráciles y despreocupados. Había parejas de novios, cortejantes, principiantes, todos gozando del vals, que les permitía un contacto más íntimo que cualquier otra danza.

—Baila si quieres —dijo de pronto Julián, sin mirarla—. No esperes que te invite, no puedo hacerlo.

Brunilda se sintió terrible. Él estaba impedido de disfrutar de ese placer tan simple, capaz de acercar los cuerpos y las almas.

—Yo tampoco, no sé bailar —replicó.

—¿Es cierto eso? —Julián se dignó mirarla un segundo.

—¿Dónde iba a aprender?

Él se encogió de hombros.

—Tienes razón. Supuse que era una cualidad femenina por excelencia.

Ella se sintió ofendida.

—Hay cualidades de las que carezco. Comprenderá que mi vida no fue una cinta de raso.

—Qué comparación —dijo él con sorna—, ideal para una costurera.

Más que lo dicho, fue el modo en que lo dijo lo que hirió a Brunilda. Ella anhelaba dedicarse a la costura, no podía ofenderla que la considerasen costurera, sin embargo había en el tono de Julián cierto desprecio, como si quisiera acusarla de algo impropio. La estaba colocando en el nivel de ciertas mujeres, la estaba aplastando bajo su alcurnia y su educación, podía darse cuenta, y esa crueldad la lastimó más de lo que hubiese querido. Al tiempo azuzó su orgullo, el que le permitía renacer una y otra vez de las catástrofes de su vida. Era una sobreviviente, jamás dejaría de serlo. Quizá fue ese orgullo lo que la llevó a aceptar la invitación de Francisco Balcarce, que con galante reverencia le ofrecía acompañarla en un nuevo vals. Del otro lado del salón, Elizabeth la animaba con una sonrisa. La joven madre se hallaba sentada entre las matronas mayores, pues su embarazo le impedía permanecer mucho tiempo de pie. Alentada por su amiga, Brunilda se dejó conducir a la pista por el mejor amigo de Julián Zaldívar.

—¿Qué le ha dado, un ponche de vinagre? —Aludió Fran al ceño de desagrado con que lo recibió Julián.

Brunilda se sentía como una pluma, al ras del piso, girando sin saber bien hacia dónde. El brazo poderoso de Francisco la sostenía, impidiendo que sus pies cometiesen el error de ir en otra dirección.

—El señorito se disgustó por algo que ocurrió en el jardín.

—¿El señorito? —Y Fran soltó una carcajada que llamó la atención de todos sobre la pareja. Brunilda lo miró azorada, con el rubor tiñendo sus mejillas.

—Me parece que mi amigo se merece un rapapolvo —agregó, mirando a la joven a los ojos—. Ningún hombre debería causarle semejante temor reverencial, Brunilda.

«Salvo usted», pensó ella.

—¿Y qué ocurrió, si no es indiscreción?

Era difícil bailar, hablar y pensar en una respuesta adecuada sin perder el pie, de modo que Brunilda tropezó. Fran la levantó un poco y la volvió a posar sobre el piso con suavidad.

—Mi esposa me dio lecciones de danza —explicó— pero no puedo evitar parecer un camello, sobresalgo por todos lados.

—Y yo ni siquiera sé bailar.

—Pues lo está haciendo bastante bien. Tanto, que ya vienen a reemplazarme.

Brunilda se turbó al pensar en compartir el vals con un desconocido, hasta que escuchó la voz de Julián.

—¿Me permites?

Pasó de unos brazos a otros con tal ligereza que casi no lo notó, y ya giraba entre los de Julián, que la aprisionaba más fuerte que Fran, acercándola a su pelvis sin disimulo.

—Creí que no bailaba.

—Y yo, que tú tampoco.

Después de esa escueta réplica, siguieron danzando hacia los ventanales, desde los que se apreciaba el jardín iluminado con faroles de petróleo. Formas oscuras iban y venían entre los senderos, sin duda buscando algún rincón donde ocultar sus besos y sus caricias. Brunilda temió que Julián hiciese algún comentario, pero él se movía con precisión estudiada, para no ceder con su pierna. Llevaba el bastón en su codo izquierdo. Aunque lo hacía bastante bien, ella lo notaba rígido, debía de costarle gran esfuerzo mantener el compás.

—¿Qué te decía Fran?

—Hablabamos.

—¿De qué?

—No hubo tiempo de decir mucho —se fastidió ella.

—Te noto muy seductora esta noche. Creo que el vestido se te ha subido a la cabeza.

Brunilda se preguntó si a él no se le habría subido el ponche a la cabeza.

—Hay un límite que una dama no debe traspasar, Brunilda —y ante el silencio de ella, continuó—. Dejar que un desconocido te tome de la mano y acerque su boca más allá de lo permitido, es una indecencia. ¿Cómo se llama el mequetrefe? —Y como Brunilda se mostró desorientada, continuó mordaz—. Ni siquiera lo sabes. Eso ya tiene otro nombre.

Aquel comentario encendió la sangre de la joven. Dependía de él, era cierto, desde que su padre la había acogido en la estancia y más ahora que vivía bajo el techo de su madre, pero no le permitiría aprovecharse de esa situación para denigrarla. Ella no era una pordiosera, buscaba abrirse camino con un oficio, y si bien había tenido dificultades para lograrlo, no era su culpa. Tampoco lo era lo ocurrido años atrás. ¡El mismo médico se lo había dicho! ¿Acaso debía llevar en la frente el estigma, como la marca del ganado? Empujó a Julián para separarse de él y sintió la fuerza del hombre que la apretaba contra su cuerpo.

—Acabemos el vals —le dijo.

—Suélteme, quiero tomar aire...

—Cuando termine.

—¡Ahora!

Llamaron la atención de unas señoras que se abanicaban junto al ventanal y debieron emigrar hacia otro rincón, donde volvieron a forcejear con disimulo.

—Brunilda, no seas tonta, terminemos el baile y volvamos a la casa.

—No quiero volver, deseo quedarme.

—¿Para recibir otro cortejo, quizá?

—Para conocer gente. Me gusta ver qué usan las damas, si voy a coser para ellas, debo estar al tanto.

Era lo mismo que él había pensado en un principio. Al disiparse los sonos del último vals, la condujo hacia la mesa donde servían licores y refrescos, pidió uno para ella y un *brandy* para él. Brunilda estaba deliciosa. El baile la había tornado más desenvuelta y el calor daba vivacidad a sus mejillas. Los ojos negros brillaban como nunca, tal vez animados por el estallido de momentos antes. Julián notó las miradas masculinas fijas en ella. A él siempre le tocaba sufrir los celos y perder luego. Se juró que eso no le volvería a suceder. Brunilda era suya, estaba decidido desde el día que la vio en El Duraznillo. La llevó hacia un grupo de señoras entre las que se hallaba la viuda de Bunge. Sabía que la dama no le negaría un favor.

—Qué picardía no haber traído a su madre, Juliancito —le reprochó la señora de Molina, esposa de uno de los comerciantes más prósperos de la ciudad—. Mándele mis saludos.

—Cómo la ha hecho sufrir con su viaje... —agregó una matrona de los Senillosa que tenía edad para ser su abuela y Julián recordaba de su infancia.

La esposa de Frías, un poderoso hacendado, la de Lastra, conocido notario, y la de Zavaleta, todos hombres de peso en la sociedad, se unieron al lamento general sobre la ausencia de doña Inés, lo que reveló a Julián que su madre había sabido granjearse simpatías.

—Por prudencia no ha venido con nosotros —enfaticó, empujando un poco a Brunilda hacia adelante—, ya que este tiempo frío le sienta mal. Antes de que el invierno acabe, de seguro organizará alguna reunión en la casa.

—No faltaremos —sonrió la esposa de Frías, que escrutaba a Brunilda sin atreverse a formular preguntas.

—Quiero presentarles a una amiga muy querida. Brunilda Marconi ha venido desde Italia y mi madre no se separa de ella, comparten el gusto por las labores y más, ya que Brunilda cose de manera espléndida. Mi madre sostiene que su nombre se verá pronto en las marquesinas de las *maisons* más destacadas. ¿No te ha dicho eso, Brunilda?

La joven asintió con una sonrisa. Se sabía centro de la curiosidad femenina, más por el hecho de acompañar al señorito que por otra cosa, aunque al escuchar el elogio de Julián todas la barrieron de arriba abajo con los ojos ávidos. Si era una excelente costurera, su propio traje era una muestra.

—Tiene muy buen gusto, por lo pronto, señorita Marconi —opinó Celina Bunge —, y si yo me decidiese a abandonar el luto, no dudaría en encargarle mi guardarropa completo.

Ya estaba hecho. Lo que siguió fue una natural consecuencia de la autoridad ejercida por aquella viuda entre sus pares.

—Ese color le sienta divinamente.

—Yo había pensado en algo parecido para el bautizo de mi sobrina, en un par de meses. ¿Cree usted que la tela será la adecuada?

—En pleno invierno usaría más bien terciopelo, señora, el de pelo más corto, para que no forme pliegues exagerados. Hay distintas calidades.

—Quiero el mejor. Confiaré en su criterio. Julián, debes darme datos para ubicar a la señorita Marconi.

—Por ahora se aloja en casa de mi madre hasta que encuentre un sitio adecuado para montar su negocio.

—¿Es que va a trabajar? ¿Sola?

—Querida, a lo largo de mis viajes a Norteamérica y Europa he visto a mujeres que marcaban el rumbo con sus ideas o su arte. Me parece extraordinario que Brunilda sea una de ellas. ¡Y que viva entre nosotros!

Nueva oleada de exclamaciones ante lo dicho por la viuda. Brunilda se convirtió en la atracción de las damas esa noche. Las que la habían contemplado desde lejos con recelo, al verla tan bien acompañada se acercaron, no querían permanecer ajenas a las novedades. Solo un grupito de jóvenes se mantenía apartado: Consuelo Lezica, su prima y un par de amigas envidiosas sobre todo del atuendo de Brunilda, ya que no la conocían como para envidiarle otra cosa.

—La dejo en sus manos mientras busco a mi cochero. Ya es la hora convenida. Ahora vuelvo —agregó en beneficio de la joven, que lo miraba con gratitud.

Una nueva muestra de la ambigüedad de Julián. Hiriente y mordaz minutos antes, ahora un espíritu generoso y comprensivo que hacía justo lo que convenía.

Julián se asomó para ver si Severo los estaba aguardando, y al no encontrarlo apostado en el frente de la casona, bajó los peldaños para verificar en las cocheras de la derecha. Algunos landós ya partían de la fiesta, y en la confusión que provocaron al salir reparó en que Silverio Salas lo miraba desde cierta distancia. Pese a la antipatía que le provocaba, era vecino de su padre y le debía respeto. Incluyó la cabeza en señal de despedida, pues creyó que el hombre se iba, y se sorprendió al verlo avanzar hacia él con decisión. Su rostro, abotagado por el alcohol, lucía más rojo que nunca.

—Permíteme decirte algo —farfulló el hombre con voz pastosa— que va a interesarte, y en especial a tu madre.

La mención de doña Inés puso en alerta a Julián.

—Confío en que podrás intervenir en esto —siguió con un guiño malicioso—, porque los hombres somos débiles en la carne, pero llegar tan lejos... —y como Julián no decía nada, Salas largó su entripado—. Es mejor que el ministro no se entere de que uno de los hacendados de la frontera que tanto le preocupa alberga al enemigo entre sus paredes.

—Esa tribu inofensiva ya se ha marchado de las tierras de El Duraznillo —replicó con frialdad Julián, pensando que el ganadero se refería a la tribu de Quiñihual.

—No del todo, no del todo... En fin, a cada uno su gusto, pero yo que tú, controlarías mejor a tu padre. No es bueno que el hombre esté tan solo —y se alejó con paso desigual, satisfecho de haber podido clavar su aguijón venenoso.

Fastidiado por haberse dejado embaucar por un tipo desagradable, Julián regresaba a la casa cuando lo abordó el anfitrión.

—No me diga que ya se marcha, doctor.

—Qué remedio. Mi madre está algo enferma y no me gusta dejarla sola.

—En ese caso... Pero qué pasa, ¿no le han mandado el carro?

—Es raro y me preocupa, porque lo envié de regreso para que hiciese la guardia allá.

—No se hable más, tome mi berlina.

—Por favor, don Ambrosio, no es necesario, esperaremos...

—Nada de eso. Amistad obliga. Tome usted mi berlina, que está muriéndose de risa en las cocheras. De paso, me la pasea un poco. Por el lucimiento, ¿sabe? —Y rio con estrépito.

La berlina de los Lezica era muy mentada. Se trataba de un lujoso carruaje traído desde Francia, que el dueño de casa había prestado al propio Sarmiento durante su presidencia. Era, pues, un vehículo famoso y admirado por todos.

—Sepa que me será imposible devolverle el favor.

—Faltaba más. Un placer, mi amigo. Y cuando vaya a la estancia, recomiéndeme mucho con su padre. Tengo unos negocios en mente.

—Cuenta con eso, don Ambrosio. Y felicidades de nuevo por el compromiso de su hija. Leticia y el teniente hacen una linda pareja.

—Ah, las hijas... Hasta que uno no las ve casadas, no se tranquiliza. Los Paz son una buena familia, con ellos se puede contar.

—Enhorabuena, entonces.

—Diré al mayordomo que ordene preparar su coche. Buenas noches, doctor.

—Buenas noches.

Julián volvió en busca de Brunilda y la encontró rodeada de mujeres que cotilleaban al unísono y se entendían sin problemas, pese al barullo. La expresión distendida de la muchacha, la facilidad con que sonreía, lo conmovieron. Se felicitó de haber logrado ese pequeño triunfo que podía significar tanto en la vida de Brunilda. Aún no tenía claro qué hacer con ella, solo sabía con certeza que no quería verla sufrir más.

En un aparte, la viuda de Bunge le comentó su preocupación por Violeta, tan apagada después de la partida de su amigo de la infancia. Julián se quedó pensativo.

—Hablaré con su padrino cuando venga a buscarla —dijo al cabo—. Esa niña tiene futuro como artista, y en mi viaje conocí unas academias italianas magníficas. Me gustaría ayudar en su formación, si la familia Garmendia me lo permite. Para mí es como una hermana menor, la que me hubiese gustado tener.

—Es usted un hombre con un corazón de oro —se congratuló doña Celina— y no sabe cuánto le agradezco que interceda. Temía que al regresar a la provincia el espíritu de esta niña se marchitase. No habrá problemas con Rete Iriarte, estará de acuerdo, y le advierto que no lo dejará ocuparse solo, él tendrá que ver en eso también. Es un hombre muy imponente.

—¿Iriarte, como Manu?

—Manu es su hijo. Ya sabe lo sucedido —lo atajó doña Celina al ver la expresión de Julián— y sé que lo aprueba. Es más, sé que se sentirá en deuda con usted por haberlo ayudado a escapar. Conozco a Rete. Mi esposo y él fueron muy buenos amigos, además de socios en muchas empresas.

—Insistiré en apadrinar a Violeta en esto. Escribiré cartas de recomendación.

—¡Dios lo bendiga!

El viento frío había barrido las nubes y la noche se ofrecía pulida como una joya. Empezaron el regreso en la berlina de los Lezica, Brunilda apoltronada en la cabina forrada en raso, abrigada bajo una manta que cubría sus piernas. Su mente y su corazón se confundían en un torbellino de anhelos. Esa noche pudo vislumbrar por vez primera que su sueño era posible, y que el señorito formaba parte de él. Se sintió protegida, amparada por una voluntad generosa, como cuando los Marconi la llevaron a través del océano rumbo a un destino mejor. La gratitud rebosaba de su pecho y no sabía cómo expresarla de modo conveniente. Julián iba enfrente de ella, con el bastón cruzado sobre las piernas y la mirada distante a través de las cortinas corridas de la ventanilla. Había momentos en que Brunilda percibía que aquel hombre capaz de las acciones más desinteresadas padecía un dolor tan profundo, que ni el alma más compasiva podría mitigar. En esos momentos ella olvidaba sus avances y sus ataques verbales, y experimentaba una necesidad irracional de consolarlo.

—¿Está preocupado por su cochero? —le preguntó con timidez.

Julián cambió el tormento que empañaba sus ojos por otra mirada, cálida y seductora.

—No tanto. Severo suele quedarse dormido en la caballeriza con frecuencia. Más me preocupa haberte puesto en compromiso ante las señoras, Brunilda.

—¿Por qué?

—¿No sabes que las lenguas se agitan veloces cuando un caballero escolta a una dama sin compañía? Cometí un error que no puede repararse. Aunque haya dicho que veníamos en representación de mi madre y que eres su amiga de Italia, el hecho es que vinimos solos. No sé en qué estaba pensando.

—A nadie pareció importarle.

—Les importará cuando reflexionen sobre ello. Hoy estaban entusiasmadas con los vestidos que podrán encargarte.

—No me importa que me critiquen —dijo ella con despecho.

Julián la contempló en silencio. Brunilda estaba bella como nunca, con su peinado algo flojo después del traqueteo de los coches, y los ojos relucientes bajo el flequillo rubio. La capa había resbalado de sus hombros, dejando su piel blanquísima al descubierto. El broche de camelias marcaba el nacimiento de los pechos. Casi no tenía adornos que destacasen su vestido y no se notaba su falta, Brunilda brillaba con luz propia que hacía innecesarias las diademas y los pendientes.

—A veces siento que no te valoras lo suficiente, aunque de mí te has defendido hasta con un cuchillo de cocina.

Ella sonrió apenas, ruborizada.

—Y yo a veces siento que usted es un poco...

—¿Impetuoso?

—Sí, algo así. Y no entiendo adónde quiere llegar.

—Bueno, si quieres que te lo explique...

—Me refiero a que nunca dice lo que quiere, solo lo toma.

—Como un villano.

—No dije eso.

—¿Qué opinión tienes de los hombres, Brunilda? ¿Qué hombres has conocido?

Ella miró por la ventanilla, eludiendo la mirada inquisitiva a la que tanto temía.

—Solo a Pasquale y a don Armando.

—Cuando te refieres a mi padre, espero que «conocerlo» no tenga el sentido bíblico.

Brunilda se volvió furibunda.

—¡Su padre es mil veces más caballero y respetuoso que usted!

Le tocó el turno de sonreír a Julián, pero con tristeza.

—Pobre papá, no puede cumplir el sueño de todo padre, de verse mejorado en el hijo.

—No quise ofender —se arrepintió Brunilda de inmediato.

—La verdad no ofende.

—Es que usted me provoca.

—¿Qué te provocho, Brunilda? Me interesa saber.

—Le debo mucho y eso lo agradezco, pero...

—Guárdate la gratitud, no es lo que busco.

—¿Qué busca, entonces?

—Esto —y se inclinó para acariciar los labios temblorosos con sus dedos—. Y esto —y apoyó su mano tibia sobre la clavícula de la mujer.

—Me toma por lo que no soy.

—¿Una prostituta? Te rescaté de los que quisieron convertirte en una.

—Yo se lo agradezco...

—¡Basta!

Julián tiró de ella hasta sentarla sobre sus rodillas, la rodeó con un brazo y sujetó su barbilla con la otra mano.

—Ya que te empeñas en agradecer, te mostraré cómo.

Julián presionó los labios de ella hasta forzar su apertura e introdujo su lengua ansiosa, sin hacer caso de la débil resistencia que encontraba. Percibía la rendición en Brunilda, y eso lo excitaba. Jugó en su boca unos momentos, gozando de la tibieza sin que ella le respondiese. Al separarse, murmuró con dulzura:

—Bésame también.

Brunilda ignoraba qué esperaba de ella y se limitó a dejarse besar de nuevo. Poco a poco, Julián la incitó a reaccionar con pequeños embates que le demostraron que ella podía jugar también, y con timidez le salió al encuentro. El efecto en él fue devastador. Aquella inocencia combinada con madurez que siempre le había intrigado hacía estragos en su ánimo. Por dentro, Julián se sabía mezquino, iba a hacerla suya sin poder ofrecerle nada de lo que una mujer espera del hombre que la posee, y sin embargo no podía resistir el embrujo de su belleza serena y su carácter apacible. Bebía de ella como de un arroyo de aguas mansas. Brunilda representaba la paz que siempre le resultaba esquiva. La inclinó sobre su brazo hasta quedar sobre ella y pudo sentir el palpito de su corazón en su propio pecho. Estaba ansiosa también, aunque había algo de temor en esa ansiedad.

—Tranquila, no haré nada que no quieras.

La berlina se desplazaba por la huella sin barquinazos, no en vano era un coche de primera, con los ejes forrados en cuero blando y la cabina camuflada por generosos pliegues de tela suntuosa. Julián recostó a Brunilda sobre el asiento y disfrutó de su imagen recortada sobre el raso. Se sentía como si fuera a deshojar una margarita silvestre. Se afirmó sobre su pierna buena y con pericia recorrió la silueta de la joven con sus manos, dibujando sus contornos suaves.

—Eres tan hermosa... y creo que no lo sabes —musitó, encantado.

Brunilda estaba invadida por la sensación de fatalidad. Desde el primer momento supo que debía alejarse de aquel hombre amable que poseía una mirada tan aguda como la del cuchillo que la había dominado en la gruta de la sierra. Igual de dañina, con las mismas inevitables consecuencias. Era su destino. Tarde o temprano, la soledad y la indefensión en que vivía se cobrarían su precio. Se alegraba, no obstante, de que fuese Julián Zaldívar y no otro, pues no podía negar que la atraía, que había pensado en él por las noches y que fantaseaba con la remota posibilidad de llegar a interesarle de un modo honesto. Ya no importaba, nada importaba desde que sus padres habían sido asesinados y solo contaba con el apoyo de ese hombre dolorido para subsistir y cumplir su sueño. Ella podía retribuirle la generosidad sin decírselo, ya que él se negaba a hablar de gratitud. Después de todo, muchas mujeres contraían matrimonio sin verdadero amor, padeciendo por otros hombres que mirarían desde lejos cómo un extraño se las llevaba a su cama y a su hogar para siempre. También era su destino, entonces. Pese a las palabras de Elizabeth y las reuniones que ella propiciaba, las mujeres no eran dueñas de su suerte, dependían de los hombres para

cumplirla, y si les era negada, debían vivir a la sombra de ellos sin hacer otra cosa que suspirar por un sueño roto.

Mientras se perdía en devaneos, Julián le había levantado la falda del vestido, agradeciendo la falta de miriñaque, y le acariciaba las piernas desde abajo. Sus manos cálidas ya tocaban la zona de las ingles.

—¿Te gusta?

Por toda respuesta, Brunilda se relajó bajo su peso, y Julián apoyó su pubis para probarla. Se frotó sobre ella unos instantes, gozando de la humedad que comenzaba a sentir, y volvió a besarla con más intensidad, para provocar el abandono total. Brunilda sintió que tanto su cuerpo como su boca se abrían sin remedio a los avances del hombre. Tragó el aroma de vetiver junto con los besos y se embriagó. Julián era duro y blando al mismo tiempo, como correspondía a esa ambigüedad que siempre mostraba con ella. Su cuerpo varonil la presionaba y sus manos la acariciaban con suavidad, como harían con una potranca para calmarla. Esas manos hurgaron en el sitio que la mujer debe reservar al hombre esperado y al tocar la piel mojada, penetraron con decisión en el interior, causándole un sobresalto.

—Shhh... Todo va bien. Cierra los ojos.

Obedeció, y comenzó a experimentar ese placer que subía en espirales por su vientre. Cuando él se detuvo, lo miró sorprendida y se encontró con una sonrisa devastadora. Solo esa sonrisa hubiese bastado para vencerla, pero Julián insistió con las caricias, demorándose, disfrutando de las distintas expresiones que veía en el rostro femenino. Brunilda se deshojaba para él, era suya antes de poseerla, y esa convicción lo colmaba, le permitía olvidar todo lo malo en su vida, los sueños frustrados, el dolor, los secretos, la amargura. Era su bálsamo, más eficaz que los masajes sensuales de Pétalo. Pensar en la joven china lo sacó de su ensueño y cambió entonces de posición, se sentó de nuevo y levantó a la muchacha, que parecía un pliegue de satén entre sus brazos, y la colocó sobre su regazo, de frente a él.

—Así —le ordenó con firmeza, y antes de que Brunilda pudiese objetar algo, abrió sus piernas para rodearse con ellas. La tenía encima, disfrutaba de la visión de sus pechos a la altura de su boca y podía sujetarla por la cintura para impedir que huyese. Hundió su cara entre los senos y con los dientes bajó el escote del vestido. Estuvo a punto de comerse el broche de camelias, y ese incidente le causó una sonrisa. La tersura de la piel que desbordaba la enagua lo enardeció. Humedeció el género hasta que el pezón fue visible a través de él, y luego hizo lo mismo con el otro. El perfume de la vainilla en su lengua le provocó una erección que la propia Brunilda notó con aprensión.

—Quieta.

Julián la mantenía prisionera de sus manos y de su mirada. Con él no era posible eludir el momento, pensar en otra cosa y aguantar hasta que todo pasara. Tampoco deseaba hacer eso. Anhelaba leer en los ojos claros algo que la redimiese, que le

demostrase que podía esperar más que la atracción, anhelaba ver el amor en aquella mirada decidida. Levantó sus manos y las puso sobre los hombros de él.

—Sujétate —le indicó Julián, y comenzó a frotarla sobre su miembro con movimientos firmes y calculados; estudiaba cada pequeña reacción de su rostro, buscaba conmoverla más allá de lo imaginado. Al cabo de un rato, Brunilda ya había perdido la concentración y su cabeza se balanceaba hacia atrás. Entonces él la levantó apenas para soltarse la bragueta y en el mismo ademán desplazó la ropa interior que se interponía. La penetró de un solo golpe certero, hasta el fondo. Apretó los dientes y con dureza la afirmó sobre él, para sentirla tanto que no pudiese haber entre ellos ni un pensamiento. Brunilda dejó escapar un suspiro, mezcla de asombro y dolor. Los ojos negros, muy abiertos, lo miraron con una súplica que Julián comprendió al instante.

—No pasa nada, todo estará bien.

Luego, con paciencia y dominio, como haría un padre que guía la mano del hijo para sus primeras letras, la movió de arriba hacia abajo, creando un ritmo que iba acelerándose a medida que la tensión aumentaba. El placer los envolvió. Brunilda sentía a Julián como una lanza clavada en su seno, un aguijón que la traspasaba, la colmaba, la ensanchaba, podía percibir la palpitación del hombre, su ansia y hasta su sufrimiento. Julián le transmitía todo su ser a través de la unión íntima, se volcaba en ella, clamaba por su respuesta. Y Brunilda se la dio. En una vertiginosa sensación de pérdida y de abandono, soltó un grito y cabalgó sobre el hombre con un frenesí impropio de ella hasta que las oleadas de furia y de placer se fueron abriendo de su cuerpo en ondas que se hicieron cada vez más leves hasta desaparecer. Quedó la tristeza. La vergüenza. Brunilda no pudo mirar a los ojos de Julián. Él estaba muy quieto. Todavía palpitaba en su interior. En su éxtasis, Brunilda no había percibido si él compartía sus sensaciones o estaba frío como un espectador. Se había olvidado de todo y ahora se encontraba a merced de un hombre que podía despreciarla por su goce. El que las prostitutas proporcionaban.

Al sentir que las manos masculinas volvían a acariciar sus muslos, se atrevió a mirarlo. Lo que vio en los ojos de él la paralizó. Se había invertido la gratitud, se sintió envuelta en esa mirada enturbiada por la felicidad, el instante de placer que él le agradecía sin palabras. La caricia siguió hacia arriba, sobre sus nalgas, y allí se detuvo. Julián la oprimió con suavidad y volvió a sumergirse entre sus pechos para saturarse de ese aroma casero que lo reconfortaba. Brunilda emergía de sus manos como un pan caliente, y ese alimento sencillo y noble era todo lo que necesitaba su alma. Buscó su boca y la besó con pasión dominada por el conocimiento carnal. Había degustado a la mujer que podía salvarlo, era suya y tenía todas las armas para mantenerla a su lado, no como Pétalo, que complacía a los hombres a sabiendas, sino como una flor silvestre que ignoraba su aroma porque los vientos de la llanura lo esparcían por doquier.

—Flor de cardo.

—¿Cómo?

—Así te veo, espinosa en apariencia, y carnosa por dentro. Dulce y agreste.

Brunilda no supo qué decir. Quería explicarle tantas cosas... no sabía si convenía hacerlo, o era mejor que él pensara lo que quisiera. Por suerte para ella, Julián parecía darse cuenta de todo sin necesidad de palabras.

—Cuéntame, Brunilda. ¿Qué fue lo que pasó? ¿Te engañó algún hombre?

Ella adoptó la postura de una esfinge, rígida y pálida. Las manos de Julián no cesaban de acariciarla por debajo del vestido, pero esa caricia ahora la molestaba, le resultaba repulsiva, quería huir.

—Puedes decirme lo que sea, que no me escandalizará. Sabes que no eres virgen, y eso no debe preocuparte, me lo imaginaba, pero debes decirme si fuiste víctima de un engaño o de un atropello.

Y ante el empecinado silencio, prosiguió:

—Fue aquella tarde en la sierra, ¿no es cierto? Aquellos hombres que asesinaron a tus padres. Ellos te persiguieron.

Brunilda comenzó a temblar.

—Déjame que adivine. Huiste del sitio y te capturaron. ¿Cuántos eran? ¿Quién te atendió luego, Brunilda? No quiero pensar que hayas sufrido dolores estando desamparada en el desierto. ¿Llegaste a lo de mi padre así?

A pesar de que la voz de Julián era dulce y comprensiva, y que no dejaba de tocarla con suavidad, Brunilda se vio presa de los temblores convulsivos que había padecido antes. Su cuerpo se enfrió, su mirada se tornó ajena, vuelta hacia atrás, sintió frío, mucho frío, y los dientes le castañetearon. Julián seguía sondeándola, imperturbable.

—Dime quiénes fueron, cómo eran.

El temblor era tan evidente que él podía sentirlo adentro de su propio cuerpo, ya que seguían unidos. Se mantuvo inexorable en su interrogatorio, pese a eso.

—Cuéntame, para que no haya secretos entre los dos. Luego te contaré lo mío y quedaremos a mano.

Esas palabras tuvieron el poder de regresar a Brunilda al momento presente. Ella volvió a habitar sus ojos y lo miró con dudas.

—Ven —y Julián la separó con lentitud para acunarla en sus brazos como a una niña. Acomodó sus ropas con cuidado amoroso, le echó sobre los hombros la capa y peinó las mechas de cabello con sus dedos. La sostenía sobre sus piernas sin reparar en el dolor que eso le producía, ajeno a todo lo que no fuese el pasado de Brunilda. Nadie mejor que él para comprender los estragos que el pasado podía causar en el alma.

—Ahora cuéntame, con los ojos cerrados, quién te desvirgó. Prometo cerrar los míos también, y que solo haya palabras entre nosotros. Cuando termines, te contaré mi historia, la que nadie sabe, y sellaremos un pacto entre ambos.

Rodeada del calor de ese hombre que había penetrado profundamente en ella sin saber nada, sin conocerla en lo más recóndito, Brunilda experimentó un cansancio visceral, una rendición similar a la de momentos antes, aunque proveniente de las heridas de su corazón, aún sangrantes. Y habló. Dejó salir con voz tenue y monótona el relato de los acontecimientos de aquel día en que su vida se hundió en el abismo. Las copas de los árboles desfilaban en la oscuridad a través de las ventanillas de la berlina, y el crujido de las ruedas sobre la tierra acompañaba los tristes ecos de la historia que por primera vez tomaba forma en los labios de su protagonista. Cuando terminó, ya habían llegado al ejido urbano y en minutos estarían frente a la mansión Zaldívar. Julián golpeó el techo con el bastón y con su brazo indicó al cochero que siguiese rumbo al Paseo de Julio. Estrechó más entre sus brazos a Brunilda y depositó un beso en sus labios fríos.

—Nada tienes que temer ahora, querida, estás a mi cargo. El pasado no puede modificarse y tampoco puede volver, de modo que solo te queda vivir el presente. Y quiero que lo vivas junto a mí. Debemos agradecer que el asalto no haya tenido otras consecuencias y que no estés enferma a raíz de él.

Brunilda recordó las mismas palabras del doctor Beazley y esa coincidencia la reconfortó. En brazos del señorito, podía imaginar un futuro mejor, aun cuando no incluyese una vida ideal. Faltaba algo, sin embargo, algo que remordía su conciencia más aún que la violación sufrida. Ella había matado a ese hombre, y Julián debía saberlo, para que luego decidiese si era digna de su amistad. Brunilda se jugó por completo y enfrentó la mirada compasiva del hombre que la abrazaba.

—Hay algo más que no sabe.

—¿Más?

—Yo... maté al asesino de mis padres.

Julián la contempló en admirado silencio. Tan frágil parecía cuando la abrazaba, y tan dura podía ser cuando hablaba de sí misma y de su pasado.

—Fue en defensa propia, Brunilda, nadie lo objetaría. ¿Estás segura de haberlo matado?

Ella se quedó desconcertada. Había dejado al hombre ente las rocas luego de tajarlo con su propio cuchillo, al forzarle el brazo en un descuido de él. Vio abundante sangre manar de su rostro y luego, cuando el asesino se llevó las manos a la frente y cayó hacia adelante, ella huyó. No se le ocurrió que pudiese haber sobrevivido a ese tajo.

—Creo que sí.

—Es probable que sí, y también puede que no. No lo sabemos. De todas formas no debes temer, estás conmigo. Y por otro lado, supongo que un asesino al que buscaron durante años no querrá presentarse en un sitio donde alguno pueda identificarlo. Esos hombres nunca están en lugares decentes, Brunilda. ¿Te afecta mucho haberlo matado?

—Es una mancha en mi conciencia.

—Tu conciencia está libre de toda mancha, y Dios lo sabe, por eso te protege, aun cuando te parezca que estás desvalida. Eres una muchacha valiente, Brunilda, otras habrían sucumbido en tu lugar.

La miró con tanta ternura, que ella se sintió conmovida por no haberle preguntado por sus propias cuitas.

—¿Y qué tenía que contarme usted? —dijo con timidez.

Julián se echó a reír.

—Brunilda, ¿no crees que podrías tutearme después de todo?

Ella se ruborizó y él la besó de nuevo.

—Está bien, vamos de a poco. Lo que vas a escuchar no es más leve que lo tuyo, ya que en mi caso sí hubo consecuencias.

A medida que transitaban por las desiertas calles, Julián fue reviviendo para Brunilda el tormento en las tolderías. Era el secreto de su vida, oculto hasta para sus padres, que habían aceptado su regreso sin preguntas al sospechar que algo terrible había cambiado al hijo para siempre. Respetaron su silencio y sufrieron por él. Julián pudo dar voz a ese padecimiento físico y moral, porque por vez primera sentía que le interesaba lo que pensarán los demás. Había vivido anestesiado todos esos años posteriores a su secuestro, carcomido por el recuerdo y por la culpa de no saber acompañar a sus padres. Era un hombre dominado por la amargura y el resentimiento ante el destino injusto. Aquel largo viaje alrededor del mundo no fue solo un modo de alejarse de la felicidad de sus amigos, sino también de poner distancia entre el hombre que pudo ser y el que finalmente era. Julián Zaldívar, hijo amado y consentido, único heredero de los bienes de la familia y continuador de su estirpe, convertido en una rama seca de un árbol truncado. ¿Cómo compartir eso con sus amantes padres?

—Hace años, mientras viajábamos con Francisco y Elizabeth, nos atacó una partida de salvajes. Eran pocos, aunque suficientes para rodearnos y vencernos. Ya habían atacado a otra galera antes y quizá estuvieran ebrios de riqueza, porque se ensañaron también con la nuestra, aunque no llevábamos reses ni caballos. Nos defendimos a muerte, pues temíamos por la suerte de Elizabeth. Cualquier cosa antes de permitir que la hicieran cautiva. En medio de la refriega pude percibir que ella caía sobre el piso del coche, y ahí un lanzazo en la pierna me dobló en dos. Luego un golpe en la cabeza me desmoronó, y cuando desperté me hallaba estaqueado en un lugar desconocido, con un dolor insoportable y lleno de moscas.

Brunilda experimentó un escalofrío ante la crudeza del relato.

—Ni sé cuántos días pasaron —continuó él— porque tuve mucha fiebre y delirios, calculo que habrán sido bastantes, ya que después los indios se olvidaron de mí y no me pateaban ni escupían como al principio. Hubo una mujer que se compadeció de mi suerte y comenzó a atenderme. Me traía brebajes y limpiaba mis heridas con ungüentos que preparaban en la tribu bajo sus órdenes. Supongo que sería alguien importante para atreverse a desairar a los guerreros que gozaban con mi

martirio. No recuerdo bien su rostro, aunque sí podría identificar su voz. Tenía una sonoridad extraña, como si proviniese desde adentro de un cuerno. Creo que esa manera de hablar provocaba admiración entre los suyos también. Gracias a ella sobreviví, pues fue constante en sus visitas y tuvo paciencia para lidiar con la temible fiebre que me consumía. El primer día que estuve lúcido fue revelador, comprendí que era prisionero de los salineros y que de seguro planeaban utilizarme en su provecho. Supuse que me canjearían por algún indio, como es habitual, y en eso forjé mi esperanza. Si era valioso para ellos, salvaría mi vida. Lo que me sostenía era el dolor de mis padres, no podía concebir que sufriesen por mi culpa y me desesperaba por ellos. El momento de liberarme no llegaba y había días en que me derrotaba la manera cruel en que me trataban. De haber querido matarme lo hubiesen hecho desde el primer momento, pero si las tratativas fallaban, tal vez decidiesen hacerlo de todos modos. Me debatía en esas dudas cuando una noticia sacudió al jefe de mis captores. Decían algo sobre un traidor, y hubo conciliábulos durante varias noches. Luego se armaron para la guerra, vistieron sus plumas y pinturas, sacaron sus caballos y alardearon un poco antes de emprender la marcha. Creía que moriría olvidado, cuando los principales partieron y entonces un muchachito soltó mis ataduras con desprecio, sin duda obligado por la mujer caritativa. No esperé para agradecerse, eché a correr con mis heridas auestas y me lancé a la llanura. Caminé durante días, comiendo de lo que encontraba a la vera de las lagunas, sin armas ni manta para cubrirme en las noches frías, pero seguro de mi dirección. Tengo buena orientación —agregó con una sonrisa que dulcificó esa parte del relato—, así que al cabo de mucho tiempo, ni sé cuánto, acabé por dar con la estancia de mi padre, donde pensé que moriría a sus pies o viviría para siempre, tal era mi estado. Si sobrevivía, quedaría comprobada mi resistencia a todo suplicio. Entré en El Duraznillo como un ladrón, ocultándome entre los árboles para no asustar a los peones. Igual se hicieron cruces por el espanto cuando me vieron, debía de estar convertido en una bestia. No pude llorar ante mi padre pese a sus lágrimas, ni tampoco abrazar a mi madre, estaba seco por dentro. Porque entre las cosas que me decía la india que me salvó la vida, hubo una que entendí por sobre todas: que jamás podría sembrar un hijo en vientre alguno, que las heridas en las ingles habían provocado un mal que se extendió por mis entrañas y que el veneno estaría allí por siempre.

Brunilda sintió helársele el pecho ante tamaña confesión. ¡Mucho peor que la suya! Ella había sido violada, pero la posibilidad de concebir un hijo estaba intacta, el doctor se lo había dicho, y aunque no pensara en eso, esa certeza era un aliciente a la hora de soñar el futuro. Aquel hombre bondadoso que supo escuchar sus cuitas con paciencia y consolarla de ellas, arrastraba un dolor mucho más profundo y permanente, algo que siempre le recordaría el padecimiento en las tolderías. Un estigma.

Julián le había ahorrado muchos detalles desagradables: que al huir tenía el cuerpo agujereado de sablazos, que solo bebía agua salobre de las lagunitas que

hallaba en el camino, que la lengua se le había secado y llenado de ampollas, que las plantas de los pies le sangraban por los yuyos cortantes, que masticaba hojas de mastuerzo para no desmayarse y que no le quedaba más que el aliento, pues el corazón le pesaba de pena al no saber qué había sido de Elizabeth y de Fran. Bien podrían haber estado muertos a esa hora.

—Tiempo después —siguió implacable—, mientras viajaba por el mundo, acudí a doctores de renombre para consultarles mi dolencia, y todos me confirmaron lo que vaticinó aquella india, que soy estéril. No de nacimiento, por mal congénito, sino por deformación, debido a que las infecciones múltiples dañaron mis órganos. No transmito nada, no te preocupes —agregó, mirándola—, pero tampoco dejo mi huella en ninguna mujer a la que ame. La que se acueste conmigo, sabe que no concebirá.

Oírlo hablar de otras mujeres con las que podría acostarse despertó un hormigueo en el pecho de Brunilda. Ella no tenía derechos sobre él, y sin embargo en cierta manera lo sentía suyo, le pertenecía el sufrimiento del hombre que la había poseído por primera vez, ya que la otra había sido un abuso y no contaba. Buscó y rebuscó en su interior palabras adecuadas para mitigar el dolor del señorito y sin poder hallarlas, levantó su rostro hacia él, transfigurado de compasión y amor. A la luz de las farolas del Fuerte, los ojos de Brunilda refulgieron como joyas. Sus pestañas revelaban una humedad sospechosa. Julián supo que había llorado, esperaba que no por él. Enjugó esas lágrimas con un dedo.

—¿Todavía te duele? —preguntó, solícito.

Brunilda negó con enérgico gesto. Acercó sus labios y llevada por un impulso incontrolable, los apoyó sobre la boca de él en un beso consolador. Sin ánimo de seducirlo, sin otro propósito que hacerle saber que contaba con ella, dejó que sus labios acariciaran los suyos hasta que Julián abrió la boca y la besó con frenesí, de nuevo presa del ardor que ella le despertaba.

Por fin el cochero tuvo autorización para regresar y se detuvo ante la portada de la mansión para que sus pasajeros descendiesen. Evitó mirarlos por discreción y se limitó a tocarse el sombrero a modo de despedida.

Julián escoltó a Brunilda hasta el vano de la escalera.

—¿Estarás bien? —le dijo mientras le acomodaba la capa y el cabello por enésima vez.

—Sí. ¿Y usted? —Y la joven se turbó al ver que aún le costaba tutearlo.

—Mientras te tenga a mi lado —fue la respuesta.

Qué más podía pedir ella, saber que el señorito la deseaba, era gentil, le confiaba sus secretos y disfrutaba de su compañía. En otros tiempos, habría soñado con un caballero que la desposara y le ofreciera un hogar para criar hijos, además del apoyo para cumplir su sueño. Ahora tenía el sueño y el hombre. Que acababa de hacerle el amor en un carruaje prestado, de camino a una casa prestada. Esperaba que el amor, si nacía entre ellos, no fuese prestado también.

El traqueteo de las ruedas de la berlina de los Lezica se perdió en la noche. Llevaba en su interior los efluvios de una pasión y los secretos susurrados entre almohadones de raso. Tardó mucho en dormirse Brunilda, y cuando por fin lo logró, su sueño se acunaba sobre ruedas, como si estuviese aún en brazos del señorito. Julián, en cambio, durmió como un bendito, sin acordarse del dolor de su pierna y sin tener que espantar imágenes horribles. Empezaba a probar su medicina, y a experimentar los primeros síntomas de su curación.



CAPÍTULO 27

—¿Dónde está el capitán Solano? ¡Que se presente ante mí! —tronaba la voz de Alsina entre la polvareda que entraba por los resquicios del Fuerte, donde se hallaba inspeccionando la zanja y preparando una avanzada sobre las tolderías.

Había llegado al Azul como parte de su proyecto de afirmar la nueva línea, y también porque, enérgico como era, no se conformaba con dar las órdenes desde un escritorio, debía ver con sus ojos cómo se llevaba a cabo aquella empresa en la que ponía toda su esperanza. Y porque su salud se debilitaba. Ese poderoso cuerpo que se contoneaba al andar y que tanto hombres como mujeres admiraban por diferentes razones, estaba marcado por una enfermedad que le provocaba fiebres y lo postraba. Alsina no era un paciente sumiso. Sus doctores lo acompañaban adonde fuese y estaban atentos a cualquier recaída. Esa vez le había tocado el turno al doctor Mauricio González Catán, relevante profesor de la Universidad.

—Señor ministro.

Rufino Solano, el capitán azuleño, se presentaba en su venerable estampa, resultado de muchas batallas en la frontera, donde supo tratar con los hombres del gobierno tanto como con los caciques y capitanejos del desierto. Gracias a él se habían liberado cientos de cautivos de ambos bandos, y fueron tantas las vidas que salvó como los enfrentamientos que evitó. Su legajo estaba colmado de los elogios de su superior, el coronel Álvaro Barros. Alsina lo sabía, y había mandado por él después de que el aplomo del capitán se hiciera leyenda al salvar con sus gestiones la debilidad de la frontera durante la guerra del Paraguay.

—Deberá ser mi mejor guerrero tramitando la paz, capitán, mediar ante Namuncurá y evitar el malón tan temido.

—A sus órdenes, señor —se cuadró el azuleño.

Se contaban cosas extraordinarias de don Rufino Solano, entre ellas que habiendo participado en la batalla de San Carlos que derrotó a Calfucurá, el mismísimo Soberano de las Pampas lo recibió en su toldo, ya en agonía, y le permitió recuperar algunas cautivas cristianas; se decía incluso que el propio cacique lo había alentado a marcharse antes de exhalar su último suspiro, pues sabía que los indios lo ejecutarían cuando practicasen el ritual de enterrarlo a él junto a sus esposas y animales. Aquella noche, el bravo capitán cabalgó durante horas para escapar de los alaridos terribles de sus perseguidores.

—Usted, que es un hombre de dos mundos, capitán —dijo Alsina aludiendo no solo al conocimiento que Rufino poseía del araucano sino también a su habilidad para parlamentar del modo que en cada bando resultara más convincente—, no me va a fallar en esta misión. Creo en sus virtudes de mediador, que hasta la misma Iglesia reconoce, pero le digo esto: aunque no logre evitar este malón, su labor será reconocida por el mérito de su valentía y sacrificio. Pongo a su disposición un piquete

de hombres y caballos, ya que debo reservar otro tanto para la misión de la tribu de Catriel.

—Lo que mande, señor ministro. Al servicio de la Patria.

En lugar de limitarse a responder al saludo militar, Alsina estrechó la mano fuerte y callosa de Rufino Solano y le convidó unos mates y un cigarro antes de su partida.

La otra misión que lo ocupaba era de diferente índole: se trataba de localizar al esquivo Catriel, que se había retobado, olvidando que era de los indios «amigos». El propósito era volverlos al redil y construirles un sitio especial. Alsina había encomendado al ingeniero Ébélot, adscripto al ejército como sargento mayor, que integrase la partida a las órdenes del comandante de frontera. Contarían con más de cien hombres, un puñado de indios mansos y los mejores caballos, ya que debían atravesar una zona inhóspita y no se sabía cuántos toldos podrían encontrar en el camino. Ébélot se presentó con un buen número de zapadores y albañiles, de los que ya habían concluido su pedazo de foso en el sitio asignado. Renzo Capri estaba en ese grupo.

La vida en el desierto había cambiado al italiano, ya no se mostraba contrito como al principio ni tan asombrado ante las vicisitudes de la frontera. Era un soldado más, hábil para manejar la azada y cavar, tanto como para cabalgar en las descubiertas a vanguardia. Quién más, quién menos, todos los que compartían el fuego del vivac con él tenían alguna muerte sobre sus hombros, y poco a poco, las suyas dejaron de pesarle en la conciencia. Marieta era un dulce recuerdo, el de una novia que lloraba su ausencia en la patria lejana, y en cuanto al niño... no pensaba en él como alguien real. Así, pudo construirse un presente vigoroso con posibilidades de futuro.

El comandante García a cargo de la misión era un hombre reflexivo y cuidadoso que jamás daba un paso en falso. Reclutó a un baqueano que había vivido cautivo de los araucanos durante años, de modo que actuaba y pensaba como indio. Este hombre se convirtió en inseparable de Renzo, y lo fue instruyendo en el conocimiento de la vida «de adentro», como llamaba él a las tolderías.

—No merece que se mande cansar caballos en perseguirlos —afirmó esa tarde en que se aprestaban a partir—. Juan José Catriel ya decidió de qué lado quiere estar, de balde es que se lo intente torcer. El indio es de todo menos tonto, y no le conviene andar enfrentado con sus hermanos cuando hay rumores de malón. Ya se sabe cómo las gastan con los traidores.

—¿Por qué no se lo dice al comandante, entonces? —quiso saber Renzo.

Belisario se echó a reír con perfidia, mostrando la falta de algunos dientes.

—Esto ya está barajado, mi amigo. Viene de arriba. Y donde manda capitán... Yo solo hago mi trabajo, llevarlos hasta Treyco, donde dicen que está Catriel.

—¿Y estará?

Belisario se alzó de hombros para crear una incógnita. Le gustaba impresionar con sus dichos. De todas formas hacia allí se dirigirían, bajo bien custodiada guía, ya que el comandante no se fiaba de los que habían convivido tanto con el enemigo. A

pesar de llevar tiempo entre la tropa sirviéndola como perro fiel, seguía teniendo la cuerda sujeta.

—De eso no aseguro nada, pero que llegamos, llegamos. Tengo una brújula en la cabeza.

En los pelotones que iban a la frontera había casi tantas mujeres como soldados, sobre todo tomando en cuenta que muchos eran reclutados a la fuerza en los arrabales de los pueblos y estancias, de modo que sus compañeras los seguían para compartir su suerte. Otras se arrimaban, quizá conquistadas por algún soldado, y a partir de entonces todas eran parte del batallón, situación consentida y hasta promovida por los oficiales, que así mantenían tranquilos a sus hombres y más ordenados los campamentos.

Ébélot fumaba mientras conversaba con el comandante en una pausa en los preparativos.

—¿Quién es esa mujer? —Y señaló a una bonita hembra rubia que vestía como india, salvo por la chaqueta militar que cubría su túnica.

—La viuda de un cacique ejecutado hace días por haberse infiltrado en el foso y matado a un subteniente.

—¿Y acepta vivir entre nosotros, después de eso?

—Es cristiana. No sabemos cómo fue que el indio se la agenció como esposa, se dice que es de Mendoza y que iba a la zaga de un regimiento de caballería cuando la encontró.

El francés meditó sobre eso mientras paladeaba su cigarro. Estaba acostumbrado a ver hechos insólitos en la frontera, y sin embargo, siempre aparecía uno nuevo que lo sorprendía. También meditó sobre el punto débil del foso que había permitido una intrusión. Era un aspecto que le preocupaba, ya que Alsina jugaba todas sus cartas en esa patriada que se extendía desde Bahía Blanca hasta Italó. Sin duda, faltaba aún para que las tierras al sudoeste se considerasen colonizadas, y preveía una guerra ofensiva que no habría de tardar. Tomó nota mental de sus reflexiones para volcarlas en sus artículos de la *Revue*.

Emprendieron la marcha al anoecer para no llamar la atención en la inmensidad de la pampa, donde cualquier signo, por ínfimo que fuese, podía ser captado por el indio.

—Prohibido fumar y hablar hasta que yo diga —ordenó el comandante en el momento de la partida.

Belisario iba adelante, guiando a los oficiales y guiándose a su vez por las estrellas. Renzo disfrutaba del viento que cortaba su rostro y se llevaba sus recuerdos. Bajo la claridad crepuscular, el cabello de la viuda se destacaba demasiado, y se aproximó para sugerirle que lo cubriese con un quepis o un pañuelo, como hacían muchas. La rubia lo miró, y él vio en esos ojos verdes el rostro de Marieta. Se persignó, impresionado, y volvió a sus filas. A partir de ese instante, Renzo no dejó de espiar a la mujer. Todo su instinto galante se reavivó, y se dejó llevar por el ímpetu

enamorado que lo había caracterizado desde que despertó a la hombría. Su meta ya no era llegar a Treyco, sino conquistar a la viuda.

Después de trasponer el cenagoso arroyo que rodeaba las proximidades del fuerte, y al cabo de mucho andar y de rodear lagunas entre colinas de arena, hicieron alto en un valle cubierto de algarrobos. Las tortuosas ramas les dieron cobijo en la monótona llanura, donde era imposible guarecerse.

—Te has desviado hacia la derecha —indicó el comandante a su baqueano.

—En la noche sin luna no se ve tanto —replicó con calma Belisario— pero ya me enderezaré, no se aflija.

Luego se acercó a Renzo, que se calentaba las manos al amparo de un fuego oculto entre las espinas.

—Pucha, que no se puede cometer un error sin que lo trompeen a uno.

Renzo compartió un trozo de carne con su amigo y se recostó sobre su manta, vuelto hacia donde sabía que dormía la viuda. Nada se veía en la negrura, se contentaba con imaginarla echada como él, con la chaqueta abierta sobre sus senos y la piel blanca del pecho contrastando con la más tostada del rostro. Suspiró. Otros tenían sus mancebas y dormían junto a ellas, más alejados. Él, en cambio...

El ruido seco de unas ramitas lo sobresaltó. A su izquierda, entre matorrales, apareció el objeto de su deseo ofreciéndole un cuenco de arcilla con un guiso.

—Gracias por preocuparse por mí —le dijo con voz que a Renzo le sonó celestial.

—¿Cómo te llamas? —Él tomó el cuenco y bebió con fruición.

—Matilde.

«M» de Marieta. Otra coincidencia.

—¿Y cuándo te uniste a nosotros? No te había visto.

—Hace poco, cuando mataron a mi esposo.

—¿Y ahora tienes esposo? —Renzo se salteaba los pasos del cortejo, tan apurado estaba por obtener a esa mujer.

Matilde sonrió con tristeza.

—Ahora estoy sola, porque ya todos se conocen de antes.

Esa respuesta era una clara invitación a que él la tomara de amante en esa travesía. Y Renzo estaba muy dispuesto a aceptarla.

—¿Quieres seguir bajo mi protección?

—Si usted quiere.

—Ven —y le hizo lugar bajo su manta.

Matilde gateó hasta el hombre y se arrebujó a su lado, disfrutando de su calor y de la reacción que ya notaba contra su espalda. Renzo acarició sus caderas y dejó que su mano descendiese sobre la falda de la viuda. La separó con facilidad y encontró lo que buscaba. Ella entrabrió las piernas y permitió que ese hombre guapo jugueteara entre ellas. Lo había distinguido desde el primer momento, con su cabello negro ondulado, sus ojos fogosos y su perfil aguerrido. Era extranjero, y eso le agregaba atractivo a su conquista. Ya tenía un milico y un indio en su haber, ahora podía probar

un gringo. Renzo presionó con su mano el bajo vientre femenino y luego la dio vuelta para montarse sobre ella.

—Debemos estar callados —advirtió.

—Póngame la mano sobre la boca.

Él obedeció, hechizado por la idea, y con su otra mano se desprendió el pantalón para soltar su miembro. Por puro orgullo la separó y besó antes en los labios, que sabían a cenizas, logrando que ella gimiese un poco.

—Shhh... —Volvió a amordazarla y entró en el cuerpo de la mujer de un solo envión.

Ella lo enredó con sus piernas y lo dejó cabalgar, gozando del ímpetu bravío de aquel semental humano. Estaba acostumbrada a los embates de su indio, y no quería menos.

Al terminar, ambos se durmieron entrelazados. El último pensamiento de Matilde fue que ya tenía el hilo para empezar a tejer una nueva vida.

Prosiguieron antes del amanecer, para ganar terreno al ojo avizor del indio. Los caballos amortiguaban su paso entre las hierbas altas. Renzo estaba eufórico. Matilde se había unido al resto de las soldaderas, contenta de pertenecer a alguien de nuevo, y cada tanto le dirigía miradas intencionadas. La camaradería reinaba entre hombres y mujeres, tanto como la galantería. La tropa dejaba que ellas montasen los mejores caballos, pero se reservaban las mejores pipas y las mejores raciones, en una equitativa distribución de fuerzas. El comandante García observaba satisfecho esos movimientos, porque sabía que evitaban las desertiones. Lo que no lo ponía contento era la errática guía del baqueano. A la luz del día, quedaba en evidencia que habían cambiado de rumbo varias veces, y él temía que el hombre estuviese perdido.

—¿Estás seguro de que es este el camino?

—Seguro no porque no hay camino, pero por acá es.

—Cuidado con meterme la mula, que no soy zonzó.

—Mi comandante, cómo va a pensar eso, soy baqueano del ejército.

—Y antes lanza de los indios, no lo olvido.

Con esa amenaza, García volvió a su tropa mascullando. Ébélót, que había entendido el intercambio, lo abordó.

—¿Lo cree capaz de una traición?

—Una vez que se largan al desierto, todo es posible. Estos mismos soldados que llevo podrían desertar si no los vigilase noche y día. No los culpo, pero hay que hacer lo que nos mandan. Piense que algunos fueron arrebatados de sus casas y dejaron todo lo que tenían allí.

—¿No es lo que llaman una «patriada»?

—Los tiempos de las patriadas terminaron, señor. Ahora se viene el ejército regular y la colonización. El asunto es lograrla.

Durante todo ese día recorrieron extensiones donde no se levantaba ni una paja sin ver un solo indio, aunque algunas humaredas lejanas denunciaban su presencia en

las rastrilladas. Se detuvieron al amparo de un bosque ennegrecido por las llamas. Solo sus esqueletos se alzaban, heroicos, en ese desierto. Dieron la orden de descansar y abreviar a las bestias en un riacho meandroso de escasa claridad. Renzo tenía pico de oro y cautivó a Matilde más allá de la prudencia y el buen entendimiento. La mujer comenzó a soñar con una vida apacible lejos de la frontera, y se lo hizo saber en un interludio amoroso.

—Podrías cultivar una huerta con tus fuertes brazos, mi amor —le susurró mientras le cebaba un mate de café— y seríamos felices. Yo podría coser o vender los frutos en el pueblo más cercano.

—¿De dónde voy a sacar el dinero, *mia cara*?

Matilde puso expresión misteriosa y acercó sus labios al oído de Renzo.

—Yo tengo alguna cosa que pertenecía a mi indio. Como era un jefe, tenía tesoros guardados.

—No lo llares «mi indio», ahora eres solo mía, y yo soy tu hombre —se puso bravo él.

—Claro que sí, es solo para que sepas que estoy al tanto de sus bienes, ya que fui la única mujer que tuvo.

Esas confesiones sacaban de quicio a Renzo, celoso y posesivo. La tomaba entre sus brazos y la hacía olvidar su pasado indio a fuerza de embates y exigencias. Matilde, contenta, apaciguaba sus ardores y luego volvía con sus sugerencias de huida.

—Nadie nos verá en la noche —le decía— y el que nos vea no nos denunciará, estará esperando su oportunidad.

Renzo, que se había lanzado a aquella tierra en procura de una vida mejor y aún no la había encontrado, fue tentado por aquella voz susurrante que le prometía las delicias del amor rodeadas de un vergel de frutas y verduras. El tiempo habría diluido las sospechas, y a esas alturas ya ni recordaba si era él el autor del horrendo crimen de Buenos Aires, o Marieta la culpable de su asesinato. Un día claudicó. Esperaron a que la tropa se asentase para pasar la noche en un hondonada pantanosa, y se alejaron en procura de intimidad, algo nada sorprendente, para aguardar el momento propicio. Los soldados dormían atados por la muñeca a las riendas de sus caballos, para evitar que se marchasen en busca de hierbas mejores, y estar listos si se presentaba la urgencia de montar. Renzo llevó al suyo tras un matorral de espinas. Matilde había juntado, en previsión de esa huida, bastantes vainas de algarrobo que les sirviesen de sustento por un tiempo. El algarrobo ofrecía siempre algo, pese a su apariencia adusta: su madera, su fruto, hasta su espina era útil. Matilde sabía extraer de las vainas no solo la semilla comestible, sino la miel que producía, y también fermentarla para obtener bebida. Confiaba en su suerte, que la había mantenido viva hasta ese momento.

—Verás que seremos muy felices —proclamaba, seductora.

Huyeron antes del alba. Belisario vio el lugar vacío del gringo en el campamento y sacudió la cabeza con aire fatalista.

La pareja cabalgó durante horas en dirección oeste, procurando alejarse del recorrido del ejército, que llevaba la sudoeste. Matilde recordaba la bondad de su tierra mendocina, tan pródiga, y se lo repetía a Renzo, endulzándolo con la memoria de paisajes entre montañas, ríos cristalinos y cascadas rumorosas.

—Mucho sol —le decía, para contrarrestar la sensación gélida que los envolvía en esa huida alocada.

Se toparon con la partida de manera repentina. Eran unos cincuenta hombres de lanza que los esperaban sobre un médano, erizándolo de púas. Matilde no podía distinguir a qué tribu pertenecían y eso la desesperaba, ya que había en la región grupos que obedecían al gobierno, y ellos eran desertores. La alivió escuchar decir al capitanejo, en el idioma por ella bien conocido, que iban a dar aviso de la presencia de un ministro del gobierno en la frontera.

—Nosotros vamos al oeste, hacia Mendoza —repuso Matilde en su misma lengua, confiada en que su presencia carecería de interés para esos indios sueltos.

Aquella era una situación nueva que Renzo no sabía cómo resolver, y menos con una mujer en el anca. Observó disgustado que algunos la miraban con codicia. Maldita suerte, siendo tan grande la llanura, ir a dar justo con un piquete de miserables espantajos que estaban en los huesos, pero armados de lanzas y mosquetes. Habían salido de la nada, como todo en esa sabana infinita. Ni un ave a la vista y de pronto... ¡Zas! Tanto podía ser un puma, un avestruz o un guanaco, como una partida de salvajes.

—Diles que estamos yendo a nuestro hogar, que no queremos causarles daño.

Matilde hizo una mueca sarcástica. Gringo tenía que ser... como si a los indios les importase. Ya veían ellos que no podrían hacerles ningún daño, ni falta hacía que se los mencionara. Les dijo, en cambio, que ella era la esposa de un valiente cacique de Railef y que llevaba recado a las tribus de la cordillera para que se les unieran en un malón que planeaba Namuncurá. Por algo era la viuda de un jefe, sabía cómo negociar. Los indios parlamentaron sobre el asunto. Ellos iban en pos de otra cosa; comandados por un capitanejo de Namuncurá, habían mentido en cuanto a sus propósitos. Paillan los dirigía, el esposo burlado de Pulquitún. Dijo algo a sus subordinados, que sonrieron de manera feroz. Uno de ellos dio pie en tierra y conminó a Renzo a desmontar. El italiano entendió que iba a medirse con él, y aconsejó a Matilde huir si lo veía en desventaja. La mujer lo miraba con grandes ojos asustados.

—Huir es lo peor —le dijo—. Ellos te persiguen si lo haces, es mejor negociar.

Renzo encaró al sonriente salvaje y puso su mano sobre el revólver que había llevado entre sus pertenencias. Fue lo último que hizo. Una lanza lo atravesó de parte a parte, cortándole la respiración. Cayó como un médano que se desmorona, de a poco, y mientras perdía la vida, contempló el rostro azorado de Matilde, que ya no

era ella sino Marieta, que lo miraba desde el más allá. Marieta, su amor, por la que se había desgraciado, lo estaba aguardando.

—*Ascolta, amore* —murmuró en su lengua—. *Io sono qui...* —Y expiró.

Matilde no entendió las palabras y creyó que iban dirigidas a ella.

—¡Malditos! —gritó, lanzándose del caballo y arrojándose sobre el cadáver de Renzo.

Los indios la rodearon, curiosos ante el dolor de aquella mujer tan bonita. Era rubia y vestía como india, señal de que había sido cautiva. Entonces, el más aguerrido se interpuso entre ella y los demás, en clara demanda de dominio. Paillan, a quien le importaba un rábano lo que sucediera con la mujer, dio su visto bueno y Pichi Huinca arrancó a Matilde del cuerpo de su hombre, la cruzó sobre el lomo de su caballo y montó con agilidad, alejándola para siempre de Renzo Capri y de su último sueño de vida apacible.

Los caranchos dejarían la llanura limpia en poco tiempo.

La tropa del comandante García también tuvo un desafortunado encuentro, más que nada por su inutilidad. En su trayecto hacia lo que se suponía debía de ser Treyco, dieron con unos toldos desperdigados. La indiada se desbandó al ser sorprendida por los milicos armados y de a caballo, y aunque los guerreros corrieron a ocupar sus puestos, ya no tenían los pingos de antes, que al menor toque disparaban sin que pudiera dárseles alcance. Habían perdido muchos animales, y la fosa les impedía la rastrillada que los proveía en forma periódica. Las mejores aguadas habían quedado del otro lado. Tampoco tenían reses para comer, y las mujeres y los niños se veían flacos y macilentos. Así y todo ofrecieron batalla, por esa cualidad propia del indio y del gaucho, de morir de pie y con la sangre caliente. El ingeniero Ébélot se compadeció de aquella miseria e imploró al comandante García que ordenara a sus hombres que se limitaran a tomar prisioneros.

—Ya ve que es eso lo que se les manda —repuso el militar—, pero bien sé que a mis espaldas encuentran la ocasión para probar sus revólveres. Mire allá —y le señaló unas malezas donde se advertía movimiento—. Estarán dando a troche y moche —y espoleó su caballo para acudir al punto donde se trenzaban los salvajes y los soldados en muda batalla.

Ébélot se quedó contemplando la desolación del paisaje donde se alzaban los toldos. La sociedad india del desierto edificaba esas precarias construcciones de cueros a cierta distancia unas de otras, creando una especie de villorrio. Estas eran las chozas más miserables que él había visto. Y sus pobladores, los seres más desamparados. La maldición del hambre y las enfermedades los había alcanzado. Mujeres flacas, con piernas que parecían patas de avestruz, niños de enormes vientres, hombres reducidos a piel y huesos aunque todavía fibrosos y duros, y ningún animal doméstico, salvo unos perros hambrientos que se relamían entre las patas de los caballos en pos de algo para desgarrar. Esa tribu se había comido hasta los tientos de los toldos. Al ver a unas indias apiñadas que marchaban escoltadas por

dos soldados, el francés pensó que acabarían formando nuevos «matrimonios militares», como llamaba a esas uniones en los fortines, hechas de infortunio y soledad. El comandante regresó llevando con él a unos niños, dos en el lomo de su caballo, y una niña algo más grande caminando a su lado.

—Estos ya son guachitos —dijo a Ébélot a modo de explicación— y algún oficial va a hacerle un presente a su prometida, si anda de noviazgo. Allá en Buenos Aires se usa mucho de estos sirvientitos indios, y si son mujeres, mejor.

—¿Como esclavos?

García negó con énfasis.

—Para cebar el mate y hacer mandados. Igual, en poco y nada se benefician los pobres, porque no les dan educación, salvo alguna dama caritativa y culta.

Ébélot miró a la niña. Era bonita, dentro de lo que podía serlo en esos parajes dejados de la mano de Dios, pero tenía bellos ojos oblicuos y un cabello que, bien lavado y peinado, luciría como la seda. Pensó en Elizabeth, la esposa de Francisco Balcarce.

—Resérveme a la niña —dijo al comandante.

—¡Qué! No me diga que tiene compromiso, señor *Ebeló*.

—Resérvemelos a los tres —dijo de pronto el ingeniero, en un arrebató de justicia. No podía salvarlos a todos, pero sí hacer algo por algunos. Y qué mejores manos que las de la maestra de Boston. A ella sí le interesaría educar a los huerfanitos.

Se retiró de la escena sin advertir la expresión desconcertada del comandante. García se encogió de hombros y ordenó a un oficial que se hiciese cargo de los guachitos, con mucha recomendación por ser un presente que el ingeniero francés mandaría a su novia.

La galera atravesaba los pantanos del Tuyú. Aquella travesía, tan familiar para él, arracimaba recuerdos dolorosos en la mente de Julián, que no había ordenado esquivarlos para ganar tiempo, como hizo cuando fueron atacados en el viaje que cambió su vida. Los indios evitaban esos cangrejales.

Brunilda iba sentada enfrente, con Fígaro en su regazo. El gato miraba a Julián con ojos sagaces, como si escudriñara sus intenciones al sacar a su ama de la casa de la ciudad. Un ronroneo cada tanto recordaba su presencia a los pasajeros del coche.

Julián reflexionaba sobre las líneas que acababa de leer en *La Prensa* de Buenos Aires. Bajo el título de «Los escándalos de la frontera», se denunciaban los abusos cometidos con los pobladores del Azul, a los que se había despojado de sus reses y obligado al reclutamiento forzoso.

Al tributo de caballos se le denomina «expropiación» —decía el artículo—, y en aras de un servicio público sin remuneración ni constancia, los amigos del poder hacen su negocio con la hacienda ajena. ¡Hasta los indios tienen más respeto por la

propiedad! ¿Qué les queda a los pobladores? Solo sus mujeres y sus niños, y hasta estos podrían quedar a disposición de Alsina y sus acólitos de chiripá.

Eran conceptos duros que armaron revuelo en Buenos Aires. Julián no creía que el ministro anduviese detrás del saqueo de la hacienda, aunque ignoraba si algunos lo habrían hecho en su nombre. Menos mal que Alsina se encontraba en la mismísima frontera en esos días, para controlar lo que se hacía por cuenta del Ministerio de Guerra. A su padre le entusiasmaría recibir noticias frescas como esa, y él le llevaba unos cuantos diarios de los de más tirada para que se entretuviera. Añoraba la presencia de don Armando y también el sosiego de la estancia. Doña Inés no opuso objeción a ese viaje repentino. Desde que Laura Rossini y su familia convivían en la mansión, su madre había recobrado el espíritu y él sentía un gran alivio al saberla en buena compañía. Por otro lado, confiaba en Elizabeth y en Fran para velar por Pétalo, sin contar con que el propio Adolfo se veía muy interesado en proteger a la joven. Antes de que él partiese, su amigo le había preguntado entre balbuceos si encontraría mal que la cortejase. ¡Qué más podía pedir! Fingiendo severidad, Julián le advirtió que le exigiría cuentas del bienestar de Pétalo cuando volviese. ¿Que cuándo sería eso? Dependía del trabajo que hubiese en El Duraznillo. Mintió, porque en realidad dependía de cuánto lograra avanzar en la relación con Brunilda, además de mantenerla a salvo de las intrigas de Modas Viviani.

—¿Estás cansada?

Ella hubiese podido preguntarle lo mismo, se lo veía abatido.

—Estoy bien.

—Supongo que desearás encontrarte con Chela y en tu antiguo cuarto.

—Sí, aunque en los últimos días me acostumbé al nuevo cuarto, el del piso alto.

—*Mi* cuarto.

Brunilda se sonrojó.

—Te lo cedo gustoso, ya estoy grandecito para ocupar mi dormitorio de niño.

—Es una habitación demasiado grande para un niño —sonrió ella, y trató de imaginar a un Julián pequeño, asustado ante las sombras que los fuegos de la chimenea dibujaban en el cortinado.

—Eso pasa cuando se es hijo único, todo es tuyo y en demasía. Hubiese dado la mitad, con tal de compartir mi cuarto y mis juguetes con un hermano.

—¿No hubo nunca otros hijos en el matrimonio de sus padres?

—No, que yo sepa. Mi madre jamás me dijo que hubiese perdido un embarazo o que muriese un bebé al nacer. Los Zaldívar estamos condenados a perder el apellido, parece.

Brunilda guardó silencio ante el amargo comentario. Le costaba encontrar palabras de consuelo para ese sufrimiento. Se imaginó a sí misma en esa situación, y comprendió que nada podría reemplazar el deseo de tener un hijo. Abrazó a Fíguro y miró a través de la ventanilla. El paisaje había ido cambiando de modo sutil sin que ella se diera cuenta, y los montes de tala ya se veían distantes, como cejas oscuras en

el llano cenagoso. En su lugar, comenzaron a aparecer matorrales de paja brava alternados con curro y otras plantas espinosas que Brunilda conocía bien. Estaban bordeando la región serrana. Pronto verían albardones cubiertos de pajonales y los característicos duraznillos. La galera siguió la huella que la alejaba del camino de la costa y la roja polvareda que anunciaba la cercanía de los pedregales los envolvió. En pocas horas llegarían a la casa.

Julián se inclinó, alzó al gato y lo colocó sobre el asiento de cuero del carricoche.

—Ven —dijo, y tomó la mano de Brunilda para obligarla a sentarse a su lado.

No había vuelto a tocarla desde la fiesta de los Lezica.

Brunilda tenía sentimientos encontrados hacia ese viaje. Por un lado, amaba ver a Chela y disfrutar de la sencilla armonía que reinaba en la estancia, los quehaceres cotidianos, la bonhomía de don Armando, que se dejaba mimar y nunca exigía de más, pero por el otro significaba volver el tiempo atrás, alejarse del sueño tan acariciado de aprender costura y lograr hacerse de un nombre. En medio de la serranía jamás lo lograría. Ignoraba los planes del señorito, aunque él le había prometido ayuda, y era demasiado discreta para preguntárselo.

—Hay algo que quiero decirte, Brunilda, para que no haya malentendidos. Ambos confesamos nuestro secreto más terrible, y es justo que sepas que el mío no era el único que guardaba. Hay más —y le sonrió de modo tranquilizador—, aunque este está en vías de solucionarse.

Un poco turbada, la joven se retrajo en su asiento. Ella ya lo había dicho todo, el punto crucial en torno al que giró toda su vida desde entonces ya le pertenecía a Julián Zaldívar, que parecía haberlo asimilado sin problemas. ¿Qué otra cosa grave podía ocurrirle a ese hombre consentido por la fortuna? Temió por una duda que siempre la había acosado desde que lo conoció: que hubiese un compromiso pendiente, que le tuviesen asignada una esposa. Él jamás hablaba de otras mujeres.

—Lo que debo decirte me resulta difícil, Brunilda, porque no me siento orgulloso, pero así fueron los hechos y es preciso que no te sorprendas luego.

Tomó la mano que ella había retirado y la encerró entre las suyas con firmeza, para evitar que escapara. Siempre mirando por la ventanilla, hacia el horizonte en el que se amontonaban nubarrones espesos y amenazantes, él comenzó a desgranar una nueva historia para Brunilda. Al igual que en un cuento de hadas, tomaron forma países exóticos con costumbres insólitas. La joven escuchó reteniendo el aliento el relato de las calles tortuosas de Shanghai enhebradas por burdeles, los fumaderos de opio donde gentes de diversa condición dormían el mismo sueño vicioso, las hermosas mujeres educadas para complacer a los caballeros... quizá parecido a lo que ella había vivido en la trastienda de Modas Viviani, acentuada su sordidez por la dureza de los personajes que la voz de Julián le describía. Hasta que mencionó a Pétalo.

Brunilda prestó especial atención a esa parte del cuento, donde Julián intentaba minimizar la importancia de la prostituta china en su vida, haciendo hincapié en su

actual situación, pretendida por un amigo de vida desgraciada que prometía hacerla feliz. Era un cuento de hadas con final incierto. Brunilda leía entre líneas. El señorito tenía buen corazón y sin duda había querido salvar a la muchacha de una vida temeraria, pero ella supo captar la necesidad que él tenía de Pétalo, su dependencia, ahora negada con tanto énfasis. Brunilda comprendió, con su intuición femenina, que Pétalo se había adueñado del espíritu de Julián de algún modo. Mantuvo terco silencio al final.

—¿Te he espantado con mi confesión? —bromeó él—. Te la digo porque quiero que sepas que puedes contarme también todo lo que desees, por malo que te parezca.

—No tengo una historia semejante en mi haber —respondió ella con sequedad.

—Pudiste haberla tenido, Brunilda, si no te hubiésemos rescatado a tiempo.

Ella debía admitir eso, y sin embargo la confesión de Julián la irritaba, no tanto por los celos comunes de una mujer hacia otra, sino por ese sutil encantamiento que creía vislumbrar.

—¿Y ahora le duele la pierna? —quiso saber.

—Mucho. Todavía no encontré el truco para amenguar el dolor.

Brunilda se quedó pensando. Él había mencionado la habilidad de la joven china para los masajes terapéuticos, así como su conocimiento de preparados y ungüentos de origen desconocido. Consultaría con Chela sobre las hierbas curativas. Los nativos siempre conocían los secretos del rincón donde habían nacido.

—Lloverá, aunque no antes del anochecer. Creo que arribaremos antes —anunció Julián, para distraerla de ese mutismo en el que se había encerrado desde que oyó su relato. Él se avergonzaba del pasado compartido con Pétalo, pero estaba dispuesto a compensarla ofreciéndole una nueva vida, y quería que Brunilda lo comprendiese. Se le pasaba por alto, sin embargo, que la joven podía tener otra idea acerca de eso.

—¿Ella ama a ese hombre que la cuida ahora? —preguntó Brunilda de repente.

—Bueno, el amor es un sentimiento que no todos pueden darse el lujo de experimentar. Pétalo ha sufrido desengaños de toda índole. En cuanto a Adolfo, su sensibilidad de artista...

—¿Y él la ama?

—Brunilda, intento explicarte que el amor no es lo mismo para todas las personas. Algunos aman por primera vez y ese sentimiento los nubla por completo, están oscurecidos como el cielo que ves ahora sobre tu cabeza —y Julián señalaba la cerrazón que se cernía sobre el camino—. Otros han padecido amores contrariados y encuentran el remanso en un cariño sin sobresaltos. Hay quienes buscan un amor ideal y, al no encontrarlo, se desinteresan para siempre.

—¿Qué clase de amor hay entre su amigo y la mujer de la China?

Julián se quedó mirándola, suspendido en la pregunta que titilaba en los ojos negros. Ella poseía la capacidad de sorprenderlo, de revelarse diferente a como la imaginaba. Tímida y vergonzosa, audaz y curiosa, o certera, como en ese instante.

—No lo sé —contestó con aire derrotado—, y si lo supiese, de todas formas no intervendría, es el que ellos pueden sentir ahora mismo.

Brunilda esbozó una pequeña sonrisa. Su pregunta era más aguda de lo que el señorito suponía. Quería saber qué tipo de amor era capaz de sentir él, ya que ella estaba muy segura de poder sucumbir al enamoramiento más impetuoso, más oscuro que esos nubarrones, una verdadera tempestad. Separó una mano de entre las de Julián y acarició su barbilla rasposa después de tantas horas sin rasurarse. Logró disipar las turbulencias de aquella mirada clara y centrar la atención del hombre en cuestiones más inmediatas. Julián besó la mano sanadora con delicadeza y la retuvo junto a su boca. Fue besando los dedos de Brunilda uno por uno, deteniéndose con morosidad, degustándolos. El perfume de vainilla era embriagador. La miró con fijeza mientras su lengua recorría la palma de la mano hasta la muñeca, donde la mordisqueó un poco.

—A veces siento que podría comerte entera.

Las entrañas de Brunilda se removieron ante esa declaración. Para una mujer como ella, que había conocido a los hombres de la peor manera, el cortejo de un caballero que la respetaba a medias era excitante. Julián la trataba como a una porcelana y al mismo tiempo, le hacía sentir que era capaz de más, mucho más, sus ojos azules pedían permiso en cada acercamiento. ¿Cómo negárselo, si ella estaba en llamas?

—Esta vez no cierres los ojos, quiero que veas —le ordenó, y besó la parte interna del brazo hasta donde se lo permitió la ropa. Luego, le separó con cuidado el gastado chal con que se cubría, revelando el escote cuadrado del vestido de flores.

—No hemos cambiado mucho de estilo —bromeó con picardía.

Antes de que pudiese responderle, él besó el cuello aún tibio por el abrigo, y su lengua se deslizó hacia arriba hasta tomar el lóbulo de la oreja, donde el aroma de vainilla era más intenso. Chupó y lamió, dejando caer en el oído de Brunilda gemidos que le erizaron la piel. Su boca ansiosa recorrió la mejilla hasta dar con los labios de ella y allí se demoró, exigiendo entrar. La muchacha obedeció y no pudo evitar que sus párpados cayesen, exangües. El hombre absorbió hasta el aliento de la boca femenina, tomando, dando, ofreciendo y quitando, saqueando ese interior sedoso como un bucanero. Buscaba rincones que antes no había recorrido y se detenía en ellos, victorioso. Brunilda apenas se dio cuenta de que él la recostaba sobre el asiento y le levantaba la falda para colocarse sobre ella. Una vez que logró el equilibrio entre el bamboleo del coche y la debilidad de su pierna, Julián se afirmó sobre la pelvis de la joven y le hizo saber que estaba preparado, enhiesto como un mástil. Quería que lo aceptara entero, que absorbiera de él todo cuanto tenía, para disipar cualquier duda que le provocase la vuelta a El Duraznillo, donde ya no estaría sola. En Buenos Aires él era su único benefactor, ella no tenía más remedio que acudir a su ayuda o al menos permitirle, mientras que en la estancia encontraría el cariño conocido. Rasgó la ropa interior de ella al pensar en eso y la penetró con fuerza hasta que sus vientres

se confundieron. Aguardó a que recuperara la respiración para empezar a moverse, y la colmó de tal modo que Brunilda le clavó las uñas en los hombros para sujetarse y no resbalar del banco. Cada empujón la sacudía hasta lo más recóndito de su ser, perdía su individualidad en brazos de Julián, él extraía de ella su esencia, se apoderaba de su alma como si fuese un vampiro. Apenas pudo ahogar el grito del supremo final, pues él lo hizo suyo también, recibéndolo adentro de su propia boca. Se confundieron los gemidos y suspiros hasta que fue imposible reconocer cuál era de cada uno. Los forcejeos fueron cesando de a poco, había sido demasiado intenso para aplacarse con facilidad. Julián se incorporó para mirar afuera y lo que vio lo movió a separarse de ella con prontitud.

—Arréglate —dijo en tono imperioso—. Ya casi llegamos.

Brunilda no podía levantarse y él la ayudó con presteza; acomodó su falda, su escote rasgado, y tiró de la ropa interior hasta quitársela por completo.

—¡No!

—Es preferible a entrar con esto colgando bajo la falda. Te compraré cientos de piezas de lencería, todas las que quieras.

Se metió la prenda íntima en el bolsillo de la chaqueta ante la mirada atónita de la joven, y sacó la cabeza para conminar al cochero a tomar la avenida de los aromos, por la que se entraba a la estancia desde atrás. Quería sorprender a su padre, disfrutar de la alegría en el rostro amado cuando lo viese regresar bien acompañado. Sabía que don Armando apreciaría ver a Brunilda.

El viaje había sido lento debido al terreno cenagoso que les exigió cambiar de caballos más veces de lo acostumbrado, aunque en el último tramo habían recuperado el ritmo y divisado la sierra antes de lo esperado. Era una buena señal. La tormenta estaba cada vez más baja, ya podían escucharse los truenos rodando a lo lejos. Julián se asomó para gozar del aire con olor a lluvia, de la vista del follaje sacudido por las ráfagas y de ese horizonte amarillo que anunciaba la cercanía de los puestos traseros.

—¿Crees que Fígaro reconocerá su antigua cama? —dijo en son de chanza.

Brunilda no compartía esa alegría. Se quedaba con la amarga sensación de haber sido usada para aplacar la ansiedad del hombre, un sentimiento que había esperado no volver a tener jamás. Peinó su trenza con disimulado orgullo y alisó su falda. Tomó a Fígaro como un escudo entre ambos y se dedicó a mirar el paisaje que desfilaba ante sus ojos. Rocas cubiertas de líquenes, desperdigadas entre cortaderas y abrojales, iban guiándolos en ese valle coronado por montañas. Por el camino, macizos de retama y arvejilla salpicaban la tierra endurecida. Hacía falta la lluvia. Brunilda observó que los animales habían huido ante la vecindad de la tormenta, solo un lagarto salía de entre las piedras para esconderse en un agujero disimulado bajo los helechos. El cielo era un sinfín de nubes que corrían en busca del desahogo. Con suerte, llegarían antes de las primeras gotas. Julián divisó a su padre. Volvía de la casa del puestero, sujetaba su sombrero contra el viento y apuraba el paso con sus zancadas. La galera traqueteaba bajo las copas de los aromos, demasiado lejos para hacerse oír. Julián iba

a intentarlo, cuando lo sorprendió otra silueta que apareció junto a don Armando. Corría y saltaba entre juncos y malezas.

—¿Quién es? —preguntó Brunilda, curiosa a su pesar ante esa figura desconocida.

Julián iba a replicar que de seguro sería la esposa del puestero, cuando vio con claridad cómo su padre la atraía hacia él y le estampaba un beso. La ira tensó su mandíbula y sus ojos refulgieron. Su padre, jugueteando bajo la lluvia con una mujer. Su amante. Mientras su madre se debilitaba en soledad.



CAPÍTULO 28

Ese atardecer Armando había llevado a Pulquitún hasta la pradera por donde ella había entrado cuando huía de los toldos, y le mostró los baguales que retozaban.

—¿Cuál es el mejor de todos? —la desafió.

Ella se concentró en aquellos ejemplares de la noble casta bereber y su ojo indio descartó de inmediato a algunos. Un lobuno llamó su atención. Era un pelaje poco común en las bagualadas, en las que predominaban los zainos y alazanes.

Armando siguió la dirección de su mirada y sonrió.

—Sabía que te fijarías en ese. Si puedes domarlo, es tuyo.

Pulquitún nada dijo, las aletas de su nariz vibraron de emoción. Poseer un caballo de la tierra del hombre que amaba, saber que él había pensado en ella, fue un instante de felicidad suprema. Podía amansarlo, claro que sí; era su especialidad y Armando lo sabía. Ese regalo era la coronación de su dicha.

Regresaron sin cuidarse de nada, inmunes a la tormenta que se venía, compenetrados el uno del otro, y por eso tampoco repararon en la galera, que era un punto lejano en el camino de atrás, ni en el hombre que los observaba con el gesto torcido desde un peñasco. Hacía rato que miraba los devaneos del patrón con la perra india, ambos en celo como bestias. Escupió sobre la roca y se limpió con el dorso de la mano. Luego se agachó, protegido por las matas de paja brava que el viento sacudía, y encendió fuego en una hondonada. Esperaba que, pese a la lluvia, el humo se viese a lo lejos.

Chela recibió a don Armando con una toalla enrollada en el brazo y el ceño hosco.

—¿Qué te pasa? —la recriminó él.

—Nada, nada. Ahí tiene para secarse, o se va a pescar algo.

—Estás de malas hoy. Esta lluvia es buena, hubo bastante seca este otoño.

—Sí, sí.

—Hazme un té. O mejor un mate. Voy a quitarme el barro de las botas y a remover las brasas.

Sin preocuparse por el malhumor de la vieja criada, Armando Zaldívar se despojó de las botas y buscó junto a la chimenea el atizador del fuego. En esa tarea estaba cuando la puerta se abrió y una ráfaga de lluvia arrojó a Julián al interior de la casa. Había saltado del pescante sin aguardar a que la galera se detuviese, y caminó el trecho que lo separaba del patio como un poseído, mojándose y clavando el bastón en la arena barrosa que ya formaba charcos resbaladizos.

—¡Julián, hijo!

El abrazo que el hombre iba a darle se congeló ante el gesto fiero del joven. El pasado, que con tanto cuidado habían evitado durante todo ese tiempo, estaba ante

ellos, en la frialdad desconocida con que el hijo lo miraba, como si él no fuese su padre, como si lo viese por primera vez.

—Estás empapado. Ven, acércate al fuego. Justo iba a...

—¿Quién es ella?

—Perdona, hijo, no entiendo.

—¿Dónde está? ¿La ocultas de la vista de todos? ¿Hace cuánto tiempo?

Don Armando sabía que era imposible fingir ignorancia.

—Prefiero que hablemos a solas, cuando estés calmado y nos hayamos cambiado de ropas. ¡Chela!

La criada apareció otra vez ceñuda, aunque al ver a Julián su expresión cambió, se llevó ambas manos a la cara y comenzó a cacarear.

—¡Niño! Qué sorpresa...

—Sí, Chela, parece que los he sorprendido, ¿no es cierto?

El sarcasmo detuvo a la mujer en seco. Ella tampoco era tonta y sabía de la presencia de Pulquitún, que nadie le había informado. La india jamás entraba a la casa grande. Pese a que Chela no tenía autoridad para dirigir los actos del patrón, no estaba de acuerdo con su conducta, si bien entendía la soledad de un hombre. Hasta cierto punto lo justificaba, tomando en cuenta la indiferencia de misia Inés y su carácter más bien frío, tan distinto al de don Armando. Una esposa era una esposa, sin embargo, y no merecía que se la engañara. A su edad, vamos... y con una india.

—¡Niño Julián, nos ha devuelto a Brunilda, bendito sea Dios! ¿Qué pasó allá en la ciudad? Mi querida, ven, acércate a la cocina y dame ese chal, está a la miseria. ¿Cómo se les ocurre caminar bajo esta lluvia sin avisar a la peonada? Hubiese ido Rufino a buscarlos con el carro. Mire que dejar que se moje el gato... Vea, don Armando, tenemos a la Brunilda otra vez en casa.

Aquella visita era de lo más inoportuna, tanto el patrón como la criada lo sabían, y sin embargo, ninguno podía evitar alegrarse al ver de nuevo a los dos jóvenes. La ausencia de Brunilda se había hecho sentir. Con su paciencia, su habilidad y su discreción, la muchacha se había ganado un lugar en El Duraznillo.

—Bienvenida, Brunilda. Te ha sentado el clima de Buenos Aires, se te ve muy bien.

—Gracias, don Armando. Su esposa me recibió en la casa y me encuentro muy a gusto.

La mención de doña Inés avivó la incomodidad de todos. Brunilda se hallaba conmocionada aún por la confesión de Julián sobre su amante china, y ya tenía que vérselas con un enojo que ella podía entender, ya que el descubrimiento de la infidelidad del patrón la sorprendió. Doña Inés era una mujer severa y podía herir con sus desplantes, pero Brunilda había notado la fisura en su corazón casi desde el principio, y comprobar que esa herida estaba justificada aumentó su simpatía hacia ella. Por otro lado, don Armando jamás había dado muestras de correr detrás de ninguna mujer durante los años que ella pasó en la estancia. Eso debía significar que

la india ocupaba un lugar importante, no era un capricho de poderoso señor. Alertada por las muecas que le dirigía Chela, optó por ir a la cocina para dar leche a Fígaro. Se sentía destemplada por dentro y por fuera.

—Madre está enferma de tanto extrañarte —largó Julián cuando se vieron a solas.

—Tu madre, hijo, ha estado siempre enferma. Y no soy yo la única razón de sus males.

—Buena excusa para olvidarla en la casa de la ciudad y refugiarte aquí, como un hombre soltero.

—Yo no la he olvidado, es ella la que se rehúsa a acompañarme. Pero siéntate, hijo, hablemos como personas reflexivas.

Julián se sentó, más que nada porque su pierna ya casi no lo sostenía, y soltó una risa cruel que erizó la piel de don Armando.

—Recuerdo que tuvimos una conversación parecida hace meses, cuando llegué aquí después de mi viaje y te preguntaba por Brunilda. En ese momento creí que ella era tu amante. ¿Lo sabías?

—No, no lo sabía. Lamento que hayas pensado así de ella.

—Pero no me equivoqué en cuanto a ti, padre. Tenías a otra, solo que no se trataba de Brunilda. ¿Quién es esta mujer? Si no fuese porque es imposible, diría que es una india.

El silencio de Armando fue un dardo directo al corazón de Julián. ¡Era cierto! La impresión que se formó al verlos juntos, aun de lejos, se confirmaba: la amante de su padre era de la misma raza que acabó con sus sueños. Fueron indios los que capturaron a Elizabeth, provocando que ella y Fran intimaran durante el rescate, y los que lo torturaron a él hasta causarle un mal permanente que truncó sus esperanzas de formar una familia. Y su padre, nada menos que su propio padre, no solo aceptaba que las tribus habitasen sus tierras, sino que se complacía con una mujer de la misma sangre que había infectado la suya. El destino adoptaba tortuosidades infinitas en su caso.

Armando comprendió que de nada valía defender su causa, indefendible ante el hijo. Julián le había salido recto como una vara de sauce blanco y el pasado no se había llevado eso, como las corrientes no se llevan al sauce bien plantado.

—Hijo, entiendo tu encono y lo acepto. Al fin, se ha cumplido la ley de la vida y eres mejor de lo que yo he sido nunca. Siempre tuviste claro el camino que ha de seguirse, y no podría estar más orgulloso de ti. Estoy viejo, Julián, no es disculpa sino explicación. Hace años, cuando se instaló la tribu de Quiñihual en nuestra tierra, hice tratos con ellos y con otros indios a través de ellos. Así fue como inicié mi caballada. Después pasó lo que pasó, el viejo cacique murió a manos de Calfucurá y su cuerpo fue llevado por su gente. Quiñihual tenía una hija mestiza, fruto de su unión con una cautiva. Él nunca hablaba de ella. En realidad, no hablaba de casi nada, y más tarde supe que esa hija le causaba una honda pena, pues se había marchado maldiciendo su estirpe. Yo la encontré llorando al padre muerto en medio del arenal una tarde, y me

compadecí de ella. Le di albergue un tiempo... en fin, las cosas que pasan entre un hombre y una mujer. Sin embargo, huyó un día y nunca más la vi hasta hace poco, cuando volvió de las tolдерías buscándome. Es una mujer que no encuentra su lugar, hijo, como muchos en esta guerra de fronteras. Ninguno de los dos espera nada de esto. Yo sigo casado con tu madre y la respeto.

—Linda manera de demostrarlo.

—Es mi manera. Ella tampoco desea que sea diferente. Acá no viene, pues detesta el campo. Y si voy a Buenos Aires, al cabo de un tiempo sufre de los nervios. No reniego de estar casado con Inés, pero lo mejor de nuestro matrimonio eres tú, Julián. Es difícil conservar el mismo sentimiento toda una vida si las personas cambian.

Julián barruntaba pensamientos negros mientras escuchaba a su padre. En el fondo de su corazón, sabía que Armando era fiel a sus convicciones, a su palabra, a sus amigos... salvo a su esposa. Que era su madre. Una situación delicada para discernirla con el entendimiento. A su mente vino la velada acusación de Silverio Salas a la salida de la quinta Lezica. ¿Sabría el hombre de la presencia de una amante en El Duraznillo? Sin duda, y también que se trataba de una india.

—Ni siquiera has sido discreto —lo acusó.

—Pulquitún no vive aquí, ocupa el puesto de atrás. Es orgullosa.

—Madre también lo es. Eso te molestaba de ella, es irónico.

—Tu madre tiene defectos, y muchas más virtudes. De ella heredas no solo el físico sino la voluntad. Aunque no lo creas, Julián, admiro a tu madre. Ha sabido adaptarse a una tierra hostil y conquistarse un lugar en la sociedad, criar a un hijo no solo con amor sino con firmeza. Eres la viva prueba de que Inés Durand es una mujer de temple.

—¿Por qué, entonces, no tratas de recuperar la vida en común? —porfió Julián—. Me consta que mi madre te extraña.

Armando sacudió la cabeza con pesar.

—Extraña la vida que llevábamos cuando estabas con nosotros, hijo, no a mí. Y no es crítica, la entiendo, pero ahora ella recuerda solo las partes buenas. De todas formas ya te lo dije, nunca la abandonaré. Nadie me lo pide tampoco —e hizo un gesto que conmovió a Julián—; son mis últimos años. Quiero pasarlos aquí, en mis tierras. Es el sueño que tuve desde que heredé El Duraznillo y si Dios me asiste, todavía puedo dar pelea con las novedades que vengan del gobierno. Dicen que favorecen la instalación de colonos en algunas provincias, que la ley establece las parcelas y la forma de roturarlas.

El silencio creció entre ellos mientras crepitaba el fuego y provenía de la cocina el ruido de cacharros que Chela sacudía con alma y vida, para descargar sus nervios.

Julián se mordía el interior de las mejillas, luchando entre el amor por su padre, la masculina comprensión que brotaba en él, y la fidelidad a su madre.

Brunilda acudió en su ayuda sin saberlo.

—Patrón, le traigo el mate que pidió.

—Yo no soy tu patrón, querida niña —contestó Armando con una sonrisa paternal—, pero acepto el mate y te lo agradezco. Dile a Chela que prepare algo bueno para esta noche. Hará frío después de la tormenta.

Lo cotidiano servía para distraer las emociones que se habían desatado. Julián se levantó y con el pretexto de cambiarse de ropa, se perdió en el pasillo que daba a las habitaciones. Brunilda aguardaba a que el patrón sorbiese el primer mate.

—Siéntate —le dijo él, indicando el sillón que Julián había dejado— y cuéntame qué te pareció Buenos Aires. ¿O volviste huyendo de allá?

Ajena a lo que ocurría en la casa grande, Pulquitún gozaba la lluvia desde su atalaya en el puesto. Le gustaba sentarse en la cima de un promontorio que ofrecía una vista panorámica del valle y la sierra. Vivir así, cerca del hombre que amaba y lejos de la civilización de su casa y sus galpones, era ideal. Su felicidad no tenía límites. Le daba alas, como a esos baguales que Armando le mostró. Al otro día, si escampaba, comenzaría a domar al suyo. Por el oeste venía estrellado.

Las nubes ocultaron el humo que ascendía en espiral desde una cresta rocosa que se elevaba a la distancia. En otro momento no se le hubiera escapado ese detalle a la guerrera. Estaba enamorada, sin embargo, y las turbulencias del corazón oscurecían las razones de la mente.

Esa noche, luego de una cena con más silencios que palabras, y en la que Chela se lució con un guiso de capón, Julián se dirigió a su cuarto. Se sentía agotado, aunque todavía bullía en él la rabia que no había podido volcar del todo en su padre. Esa imposibilidad de descargarse lo enfurecía más aún. Se dejó caer sobre la cama y trató de masajear su pierna, que con la humedad se resentía. Brunilda pasó ante su puerta y se detuvo al verlo en ese trance. Se compadeció y entró.

—Permítame —dijo, y en un raptó de audacia comenzó a trabajar sobre el músculo agarrotado. Él la dejaba hacer, mientras en su interior las turbulencias pugnaban por salir.

—¿Adónde te instalaste? —inquirió.

—En el cuarto del fondo, como siempre.

—Trae tus cosas a este.

El masaje se detuvo. Brunilda, muy seria, repuso:

—Me parece que no, señor. Mi lugar es aquel.

—Tu lugar es el que yo te doy. Y digo que es aquí, junto a mí.

—Usted podrá mandar sobre todo El Duraznillo, si su padre lo permite —agregó Brunilda con malicia insólita en ella—, pero sobre las personas manda Dios. Y yo seguiré durmiendo donde me corresponde.

Julián saltó sobre ella como un puma y la aplastó contra la colcha. Parecía que la pierna se había repuesto, pues le sirvió de tenaza para impedirle huir. Así, teniéndola tan cerca, oliendo su piel tibia y sintiendo la blandura de sus carnes, él experimentó un deseo tan intenso, que estuvo a punto de poseerla en ese instante.

—Eres mía, Brunilda, no lo has entendido bien. Y tu lugar es a mi lado.

—¡No es correcto!

—Aquí nada es correcto. ¿No viste acaso que mi padre se acuesta con una amante india?

Los labios de ella temblaron en un sollozo. Se veía a sí misma como una cortesana, tendida debajo del hombre que pagaba por sus placeres. Se sentía como la mujer china.

—Yo no soy india, ni su amante tampoco.

El gesto de la joven devolvió la cordura a Julián. ¿En qué se estaba convirtiendo? Después de tanto tacto con Brunilda para que recuperase la intimidad con un hombre sin malos recuerdos, estaba por echarlo todo por la borda. Las fiebres que lo estropearon debían de haberle afectado también la cabeza. Se separó de ella procurando no espantarla.

—Tienes razón. Ni yo soy mi padre. Vete, Brunilda, esta jornada no ha sido buena, veremos qué nos depara la de mañana.

Brunilda estuvo a punto de decir algo consolador y se contuvo por miedo a esa mirada de hielo con la que él había encarado a don Armando. Las dos personas que convivían en el interior del señorito estaban luchando entre sí. Solo Dios sabía cuál vencería. Antes de salir, recogió del piso los bártulos de Julián para guardarlos en el ropero, fiel a su prolijidad innata. Un bolso de cuero con efectos personales y un baúl de mano con ropa, solo eso. Brunilda se distrajo acomodando el escritorio, donde él había arrojado todo en montón, sin duda por rabia y despecho. Miró con cariño el estuche de los lentes, la cajita con la pluma y el tintero, y los pañuelos del cuello a los que Julián era tan aficionado. Estaban impregnados de su aroma. Luego, colgó un cinto de cuero del que pendían llaves y un pequeño rebenque. Cosas masculinas. Sobre la carpeta verde, un objeto saltó a su vista con la crudeza de un latigazo. Era un cuchillo en su funda, nada raro. Lo que hirió los ojos de Brunilda y congeló su corazón, fue que el arma llevaba grabadas a fuego, en la empuñadura, dos eses entrelazadas. Retrocedió un paso con horror y se quedó mirándola hasta que los ojos se le empañaron. Luego miró a Julián. Él se había quedado dormido, con la pierna mala sobre la cama y la otra colgando del lado de afuera. Roncaba suavemente, sus facciones ya más distendidas, aunque conservaba el ceño entre las cejas.

Se había entregado a un asesino, a uno de los hombres que compartían la matanza del Tandil. Si no era la mano que empuñaba el arma, de todos modos estaba vinculado al crimen por simpatizar con la idea. Quizá las dos eses entrelazadas fueran un símbolo de una cofradía malvada, o tal vez el hombre que ella había matado era amigo de los Zaldívar y por eso ellos heredaban su cuchillo. Ahora entendía esa

ambigüedad que a ella se le revelaba y se le negaba a la vez. Julián era como esos demonios de cara bella y cuerpo armonioso que esconden un alma negra. Por eso él reaccionaba a veces como lo hacía, de manera inesperada y dejando entrever en su mirada el hielo de su corazón. ¿Cómo podía explicar, si no, que tuviese el puñal con que aquel facineroso la amenazaba mientras abusaba de ella? La había rescatado de Modas Viviani, quizá porque era un hombre caprichoso al que nada se le negaba, y poderoso, pues tenía contactos, pero ser dueño de aquel objeto repugnante con el que había soñado tantas veces la misma pesadilla, la causa de toda su desgracia... Debía alejarse de allí. Era imposible compartir con alguien su hallazgo, estaba en la casa de los Zaldívar, y todos debían lealtad a los patrones, incluida Chela. ¿Sabría la buena mujer que servía a un cómplice de asesinato? Al prender al Tata Dios, dijeron que era solo la cabeza visible de la banda, que detrás de él se escudaban apellidos de renombre. El de los Zaldívar sería uno de ellos. ¡Qué tonta al creer que estaba a punto de cumplir su sueño! Ya no había sueños para ella, los destrozó el odio de un puñado de hombres que se vio amenazado por la llegada de extranjeros a su tierra. Julián acababa de poner una lápida sobre su última esperanza. Se retiró sin dejar de vigilar al durmiente, y apenas se vio fuera de su alcance corrió a su cuarto en busca de Fígaro. Habría otras estancias donde podía ofrecerse como sirvienta, cuanto más alejadas mejor.

Amaneció con el frío helado que sucedía a las tormentas invernales. El cielo conservaba jirones de nubes que pasaban raudas, llevadas por los vientos. El Duraznillo mostraba su cara más cruda, con los pastos duros amarilleando al sol, los árboles desnudos y el humo de las chimeneas condensándose en el aire. Don Armando había salido temprano y Julián imaginó que iría en busca de su amante. Ese pensamiento le aguó el desayuno que Chela le sirvió en extraño silencio. La mujer sufría de reuma, y en el frío húmedo se le acentuaban los dolores. Julián la miró de reojo mientras ella le ponía delante el plato de pasteles y la jarra con el chocolate.

—¿Qué sabías de todo esto? —la increpó.

Chela se cuadró como un soldado.

—Lo mismo que usted, a mí no me piden permiso para hacer sus cosas.

—¿Y qué piensas?

—Que su padre está bastante grandecito para decidir lo que le conviene, y que usted debería recordar qué intenciones tuvo al ver a la Brunilda en la casa.

—¿Me acusas de hacerla mi amante?

—¿Dónde está ella? —retrucó Chela mirando hacia el pasillo.

—En su cuarto, dónde si no.

—Qué raro, es madrugadora, debe de estar cansada la pobre, con tanto jaleo... Mire, niño, yo no soy su madre, pero lo he visto crecer como si lo fuese. Misia Inés es muy buena y muy estricta, y de saber esto le daría un soponcio, pero le digo que su

padre es un hombre bueno también, que se ha visto muy solo en estos años y agobiado por los problemas, que siempre abundan. Jamás lo vi faltarle a su esposa en todo el tiempo que lo conozco, y de sobra sé que los hombres tiran para los costados cuando les quitan los arneses. Esta es la primera vez y no lo apruebo, si le interesa mi opinión.

—¿Y sin embargo...?

—Que un desliz lo tiene el más pintado, y está muy mal que usted le haya caído así, sin aviso y tan enojado. Niño, usted no sabe lo que sufrió su padre cuando los salvajes se lo llevaron. Acá no había paz, todo era llanto y velas para la Virgen, un velorio permanente. Si bien su padre no perdía la esperanza, tuvo que sostenerla más aún por su madre. Ese sí que fue un sacrificio, esconder su propio dolor para no acentuar el de misia Inés. Si no es amor, no sé lo que será. Y yo me digo, a esta altura de mis años, que si un hombre entero como él se pierde un poco detrás de un cariño, Dios se lo ha de perdonar al fin y al cabo, como perdona todas nuestras caídas. Eso sí, que el propio hijo no se lo perdone... Usted verá, niño.

La criada lo dejó solo con su entripado y salió en busca de Brunilda para tomar unos mates con ella; el día anterior no había sido propicio para charlas.

Frustrado, Julián arrastró su malhumor hacia los corrales, donde ordenó que ensillasen a Céfiro para cabalgar los alrededores. Iría en sentido contrario al que sin duda habría seguido su padre, evitaría encontrarse con ese hombre que siempre fue su héroe, hasta que el encono se disolviese en su pecho. Le costaba discernir qué era lo que más le molestaba, si saber que Armando tenía una amante, o que esta fuese india. En lo más profundo de su ser, sospechaba que esto último pesaba bastante. Había quedado marcado para siempre por el malón que truncó la serenidad en su vida.

—¿Qué se dice, patroncito? —lo saludó el capataz—. ¿Está dando frutos la zanja?

—En eso están, Rufino. Por lo que sé, frenó tanto a los indios que se están armando para contraatacar. Ya no soportan la *razzia*.

—Malhaya... Va a ser difícil la cosa. Usté sabe, por acá algunos no están muy de acuerdo.

—Empezando por mi padre —ironizó Julián.

—No vaya a creer, patroncito. Don Armando no reniega de la zanja sino de lo que se viene, eso de parcelar las tierras, traer gente de otro lado para cultivarlas... Como si le fuesen a quitar las suyas. A más, que la emprenden contra la ganadería como si fuera un mal, y en cambio de esto vivimos todos. Mucho no entiendo, aunque acá a don Alsina se lo respeta. Viera cómo se mienta su nombre en la pulpería.

—¿Y mi padre comparte esa admiración?

—Uh... el patrón no es zonzo, con perdón de usted. Y un hombre de valer como don Alsina se hace notar enseguida. ¿Lo conoció allá?

—Lo he visto, sí, y me causó buena impresión. En estos días anda por la frontera.

—¡No diga! —se admiró el gaucho.

—Es un tipo de acción, no de escritorio, pese a ser doctor en leyes.

—Mire usted... —La expresión de Rufino, con el sombrero echado hacia atrás, era digna de verse. Julián comprendió que, aunque muchos resistiesen el embate del ministro, tarde o temprano se impondría su criterio. Las cosas estaban cambiando a ojos vistas. La nueva Argentina que se pensaba desde el gobierno estaba más ligada a la producción de cereales y a los mercados extranjeros que al caudillaje de algunos estancieros, basado en los cueros, la grasa y el negocio de las pulperías. Su padre se hallaba, como siempre, a mitad de camino en la avanzada, como buen comerciante instruido. Veía lo que otros aún no, y aunque dudase, sabía arriesgarse. Pensar en él le provocó nueva desazón. Saltó sobre el lomo de su caballo y se despidió del capataz para perderse en la llanura. Un rato de cabalgata despejaría sus dudas y aclararía su conciencia.

Armando encontró a Pulquitún donde suponía: parada en medio de la pradera, contemplando los baguales a cierta distancia. Se le acercó por detrás y la enlazó por la cintura. Permanecieron así, ella recostada sobre el amplio pecho del hombre, durante unos minutos. Los animales pastaban tranquilos al ver que no se los encaraba.

—Ha venido mi hijo —comenzó Armando con cautela.

Percibió un ligero temblor en el cuerpo de ella.

—No te preocupes, lo ha tomado a mal pero se le pasará. Es un buen muchacho.

Pulquitún cerró los ojos y luchó en su interior por decir lo que había conservado en secreto. Iba a ser su carta de salvación si aquel hombre no la aceptaba; como la recibió gustoso, ella no quiso jugarla. Ese podía ser un buen momento, pero... ¿y si empeoraba las cosas? Se volvió hacia él y lo miró con sus ojos luminosos.

—Entre el hijo y el padre Pulquitún no se interpone.

—Lo sé. Y nunca llegaremos a eso, quédate tranquila. Mi hijo es un hombre y entenderá. Por otro lado, viene bien acompañado, me parece que esta vez tendré la suerte de conocer a mis nietos —bromeó.

A pesar de no haber visto señales, don Armando percibía el hilo invisible que ligaba a Julián y a Brunilda. Esas idas y venidas en la galera... ya otra vez habían dado su fruto, en el caso de Fran y Elizabeth. Se sintió dichoso, pese a la pelea. Confiaba en el talante bondadoso que siempre había distinguido a Julián, y si estaba enamorado aun sin saberlo, pronto se diluiría su enojo. Brunilda era la mujer ideal para él: paciente y firme, valiente y discreta. Esperaba que a su esposa le pareciese lo mismo, pues esa vez él no se opondría a la elección del hijo. Bastantes disgustos habían vivido. La vida daba segundas oportunidades si se aprendían sus lecciones.

—Anda, que te vigilo desde acá —la animó, empujándola un poco.

Sabía que Pulquitún anhelaba acercarse a su lobuno desde el momento en que lo vio, y él disfrutaba al verla desplegar su arte de domador.

Al abrigo de las sierras la indiada se fue acercando, en silenciosa marcha contra el viento para que la grasa de potro no se oliese. La quemazón los iba guiando.

La llegada sorpresiva de Alsina a la frontera había turbado los ánimos de Namuncurá. Se quejaba de que no le hubiesen avisado antes, pues habría podido dar un galope para presentarle respetos, según decía en un nuevo comunicado que ostentaba su sello de tinta. Eso, y la escasez que ya se hacía sentir debido a la construcción de la zanja que impedía las grandes correrías, fueron creando un clima de desconfianza en la nación india. Por ese motivo, el cacique hizo la vista gorda ante el pedido de su capitanejo Paillan, de unos cuantos lanceros para esquilmar las estancias del Tandil. Entrarían por algún portillo descuidado, aseguró el esposo de Pulquitún, y sacarían lo que pudiesen. Lo que no confesó el indio fue que esa empresa tenía por único fin el castigo ejemplar al hombre que había osado arrebatarse la mujer. Y Paillan sabía cómo encontrarlo, contaba con «ojos y oídos» en distintos puntos de la sierra.

Lejos estaba Armando Zaldívar de sospechar que una partida de indios había osado burlar la vigilancia de los fortines y el obstáculo del foso. Más allá de algunas incursiones menores, era sabido que la zanja de Alsina lograba el cometido principal: evitar los malones, ya que no permitía el paso de grandes arreos sin que se les echasen encima soldados de los diferentes destacamentos, alertados por el telégrafo. En esa nueva forma de pelear del blanco, el indio estaba cada vez más acorralado.

—Ya te está reconociendo —dijo a Pulquitún cuando vio al lobuno caracolear a su alrededor—. No sale disparado.

La joven había logrado mantearlo, sin otra pretensión que manosear al animal para acostumbrarlo al roce. Los indios sabían bien cómo adiestrar a los baguales, hacerlos mansos para ellos y salvajes para otros. El día que los cristianos aprendiesen esa habilidad, por fin les llevarían ventaja. Armando pensaba en su antiguo peón, Dalmacio; sin duda gozaría de ese espectáculo.

Paillan también la veía. El encono atizaba su pecho al contemplar a la hermosa hembra que era su esposa lucirse delante de un huinca. Pulquitún alardeaba de su destreza, se detenía cuando el potro lo hacía, caminaba en círculos con él, se sentaba en el suelo al verlo encabritado, y el lobuno parecía al fin más curioso que enojado, lo intrigaba la paciencia infinita de aquella intrusa. Paillan dejó que el amansamiento concluyese, quería atacar en el momento menos esperado. Pulquitún se acercó y con delicadeza le sobó el anca. El guerrero sabía que estaba murmurándole cosas, las orejas del potro lo revelaban. Luego, como en una danza, la mujer le echó el lazo al cuello y al tiempo saltó sobre él. Hubo sobresalto, corcovos, relinchos, sudor y resoplidos, hasta que el lobuno se acostumbró a ese peso ligero sobre su lomo. Entonces Pulquitún se acostó sobre el animal y permaneció muy quieta. Minutos después, logró guiarlo hacia donde estaba Armando.

—Acá lo tenés —le dijo, pícaro—. Vale más ahora que se deja montar.

—La que vale es la amazona —replicó él, admirado.

El alarido pampa retumbó entre los paredones de las rocas y espantó al recién aplacado lobuno. Pulquitún se afirmó con sus piernas desnudas para mantenerse, y Armando sacó su revólver.

—¡Abajo! —le gritó.

Ella aún no conseguía dominar al potro salvaje. Dejó que se alejara un trecho para cansarlo, y en ese instante vio lo que sucedía. Una docena de lanceros los rodeaban, en tanto que sobre los farallones otros custodiaban la lejanía. Estaban perdidos. Armando conservaba la flema que lo caracterizaba. Era un hombre ducho en lidiar con las tribus y algunas lo respetaban, pues él también lo hacía. Era huinca, sin embargo, y su enemigo natural. Por otro lado, esos indios habían cruzado el foso, lo que implicaba guerra. Pulquitún, desesperada, obligó al lobuno a regresar, quería estar junto a su amado, evitar que le robasen o lo mataran. Quizá se tratara de un grupo de rebeldes comandados por algún cristiano huido, eran los peores. Al llegar junto a él, vio a su esposo que sonreía con expresión macabra.

—Perro huinca, pagar con sangre.

—¡No! —gritó con toda el alma.

—Traidora. Pagar también.

Armando sostenía aún el revólver que no podía usar sin desatar una tragedia, de modo que optó por la negociación.

—Tengo buenos caballos y muchas vacas. ¿Quién es tu jefe?

—¡Es capitán de Namuncurá! —exclamó Pulquitún con voz quebrada.

Eso y decir que estaba frente al esposo de la mujer que amaba era todo uno. Armando comprendió que había en juego mucho más que un botín de guerra.

—Dime tu nombre, para saber con quién hablo.

Paillan soltó una carcajada. Ahora que tenía frente a él al odiado rival, no se contentaba con matarlo, deseaba torturarlo. Los hombres que lo acompañaban estaban impacientes, no entendían por qué el lancero se demoraba en discusiones inútiles. Tomar a su esposa y volver con ella, o matarla, eran las únicas opciones. Era riesgoso quedarse del lado de adentro de la frontera en esos tiempos, los fortines estaban a una legua uno del otro y había guardias que salían en descubierta hacia ambos lados, patrullando la línea. En cualquier momento, uno de ellos podía advertir la presencia de jinetes pampas.

—¡Amu! ¡Amu! —lo apuró uno.

Paillan reaccionó con furia y enarboló su chuza para dar el golpe de gracia. Armando no deseaba matar al esposo de Pulquitún frente a sus ojos y demoró en apretar el gatillo, sabiendo que sería lo último que haría, y aquella demora fue fatal. La india se arrojó del lobuno y saltó sobre su amante en el preciso momento en que la lanza surcaba el aire. Armando la recibió en un abrazo que fue mortaja. Pulquitún,

atravesada su espalda por la furia de su marido indio, miró a su hombre con el amor desbordándole los ojos.

—*Ayun* —le dijo, y el murmullo se lo llevó el viento.

El grito de dolor de Armando se confundió con el estampido de una carabina. De pronto, aquel escenario estático se convirtió en un pandemónium. Los indios caían fulminados por los disparos del pelotón que se arrojó sobre ellos, y los que desde lejos custodiaban huyeron a todo galope para ganar la línea antes de que otros soldados les cerrasen el paso. La polvareda se los tragó.

Entre los pajonales ensangrentados, los cuerpos de Paillan y sus hombres rodeaban la figura de don Armando de rodillas, sosteniendo a Pulquitún, confundido en un abrazo de amor y congoja. La india apenas vivía, el aliento se le escapaba de las entrañas y no obstante, tenía fuerzas para mantener sus ojos fijos en él. Poco a poco, como la luna al amanecer, esa mirada profunda se fue desvaneciendo, y Armando supo en qué segundo expiró el alma india de Pulquitún. Se había ido.

Atrás quedaban, en respetuoso silencio, el comandante Pineda del Fortín Centinela y sus hombres. Había sido alertados por la quemazón, pues los indios seguían esa estrategia desde que la zanja los detenía: iban marcando los puntos débiles con el humo de las fogatas, para que los maloqueros supiesen por dónde escapar.

Jamás imaginaron que ese malón fuese una emboscada de amor y de celos.

Rufino, el capataz de El Duraznillo, aún sostenía el arma humeante con la que había matado a Paillan al verlo arrojar su lanza sobre el patrón.

—Pucha —fue todo lo que dijo.

Julián volvió de su cabalgata con la mente fría y el corazón templado. El Duraznillo podía estar necesitado de dinero, pero era una tierra feraz y Armando un hombre hábil. El alambrado de hierro lo rodeaba y Julián había observado praderas de forraje, algo que no muchos estancieros practicaban. Pensó también que podía convencer a su padre de comprar ovejas. Recordaba la conversación con el francés Ébélot y comprendía que la diversificación sería la clave de la riqueza. Ya tenían la posibilidad de la carne refrigerada, ahora había que especular con los precios de la lana, que tendían al alza. Además, era un reaseguro contra los malones, pues los indios no se interesaban tanto por las ovejas, sus patas cortas les impedían seguirlos en sus alocadas correrías. Alambrado y campos arados eran una buena yunta para contenerlos.

Le salió al encuentro Cachito.

—Viejo amigo —le dijo, palmeando su cabeza alargada.

Extrañado al no encontrar a Rufino, desensilló a Céfiro y lo llevó a pastar. El caballo estaba sudado y necesitaba refocilarse un poco. El alboroto que encontró lo

tomó por sorpresa. Chela también le salía al encuentro, y no estaba de humor para que le palmeasen la cabeza. Sacudía la mano enharinada hacia el noroeste.

—¡Por allá se fue, niño! ¡Vaya a buscarla, por el amor de Dios!

—¿Qué hay, quién se fue?

—¡La Brunilda!

Julián sintió un frío glacial recorrer su espina. Lo primero que pensó fue que los de Modas Viviani los habían seguido, y de algún modo se las ingeniaron para capturarla. Sin preguntas, entró al despacho de su padre, cargó las armas guardadas en el armario y ordenó a uno de los peones que ensillara un caballo fresco. Contuvo apenas la ansiedad de Chela.

—¿La vieron partir? ¿Iba sola?

—Solita, mi niño, dicen que con su gato. ¡Y con un bolso! Ha de haber huido. Pero ¿por qué, Virgen santa, por qué? Ay, mi Dios, que no ganamos para sustos. Lo suyo antes, lo de la Brunilda ahora... y este don Armando, que se mete a picaflor...

—Chela no era consciente de su comentario, se dejaba llevar por la angustia.

—La hallaré, Chela, no te aflijas, no puede ir más rápido que un jinete.

—Pero no vaya solo, niño, a ver si tenemos que lamentar otra cosa.

—Dile a Rufino cuando se haga ver que voy rumbo al pago del Sauce Viejo.

—Bendito sea.

Dejó a Chela haciéndose cruces y partió raudo en la dirección que le decían. Si Brunilda había salido por la mañana temprano la hallaría pronto, siempre que no se ocultase adrede. Si había partido en la noche, ya le llevaría ventaja. Julián confiaba en que la joven se fatigase antes de alcanzar un terreno peligroso. Mientras galopaba, se preguntaba qué bicho le habría picado para escaparse, si esa fue su voluntad. Otra cosa era si se la llevaban, eso requeriría una partida de búsqueda. En previsión, decidió pasar por el Fortín Centinela para dar el parte.

Encontró a los guardias armados y al sargento al frente de una defensa bien consolidada. Le franquearon la puerta de palos al reconocerlo, y entre gritos, ladridos de perros y ruido de armas, supo que se habían visto indios en la llanura y que una partida había atravesado el foso. Más preocupado aún, Julián pidió al sargento que le prestase unos pocos milicos por si la búsqueda se prolongaba en tierra india.

—Bajo mi responsabilidad —agregó, al ver la duda en el rostro del segundo.

Al fin, cinco guardias nacionales partieron con él, y la polvareda que levantaron se confundió con la que venía del sudeste, la del comandante Pineda y su tropa.

Brunilda había seguido ese rumbo porque los montes de talas le resultaban más acogedores que la pura roca, y sospechaba que entre los árboles hallaría chacras donde guarecerse. Ya se estaba arrepintiendo de su decisión precipitada. Había obrado mal al no darle a Julián la oportunidad de explicarse. Después de todo, él no podía haber fingido tanta preocupación por ella ni tal delicadeza al tratarla. Brunilda se había arrojado de cabeza en una huida alocada, y tal vez los sucesos no fueran como ella temía. Muy a su pesar, en esa decisión impetuosa había influido la

sensación incómoda de que ella podría llegar a ser otra amante ocasional. Hasta que él se hartase y entonces se pusiese a buscarle un marido, como había hecho con la tal Pétalo. Mientras caminaba torturándose con esos pensamientos y cubierta la cabeza por el chal, se daba valor murmurando rezos. Fígaro entrecerraba los ojos con satisfacción gatuna. Sus zapatillas de esparto registraron de pronto el temblor de la tierra. Asustada, se agachó entre las zarzas, rogando por que el gato no maullara. Una partida de pampas cruzó el llano a todo galope. No la habrían visto, o no dejarían escapar la posibilidad de llevarse a una cautiva. Rezó una plegaria en agradecimiento. Estaba de nuevo en camino cuando otro retumbar la obligó a esconderse, esa vez sin tanta suerte. La alcanzaron los gritos al tiempo que se echaba bajo una chilca.

—Sal de ahí.

La voz de Julián, enérgica e impaciente. Brunilda observó a través de la planta que iba acompañado de soldados, y que todos los ojos estaban puestos en ella. Ridículo intento de pasar desapercibida. Salió recogiendo el chal, que se le había enganchado, y sin atreverse a mirar a sus captores. Se resistía a ser levantada del camino como una piedra, quería protestar y denunciar al señorito, pero la envergadura de la partida de búsqueda la contuvo, así como el secreto deseo de estar equivocada en cuanto a él.

—Te salvaste por un pelo de ser cautiva —le dijo, y sus ojos fríos la taladraban.

Había regresado el Julián insondable, el que podía congelar a don Armando con su voz o amenazar a un delincuente. Era el que aceptaba matar a sangre fría. Brunilda levantó hacia él sus ojos e hizo un intento de recobrar su dignidad.

—No iré con usted.

—¿Qué dices? —Y Julián desmontó con tal rapidez, que ella creyó que lo de la pierna dolorida era otro fingimiento. Retrocedió ante la furia pintada en el rostro masculino, tragó saliva y repitió:

—Que no iré. Prefiero morir a manos de los salvajes antes que vivir bajo el techo de un asesino de inocentes.

Él la miraba como si no la conociera, con un punto de extrañeza en la expresión. Avanzó hasta acorralarla contra el matorral de chilca.

—Te vienes conmigo porque así lo ordeno. Y las estupideces me las dirás luego, cuando no haya testigos.

Hubo un rumor entre la soldadesca y Brunilda se sonrojó. Julián ocupaba toda su visión ocultando las siluetas de los milicos con su cuerpo.

—Hay un malón, Brunilda, y poco tiempo para resguardarse. Estos hombres vinieron respondiendo a mi pedido, deberían estar en el fortín ahora mismo. No querrás ser la causa de su muerte, ¿no es así? Ya que te preocupan los inocentes.

Ella se dejó arrastrar hacia el caballo y luego alzar con facilidad sobre la grupa. Julián montó detrás, sujetando las riendas y sujetándola a la vez.

—Vamos —ordenó a los hombres—. A toda marcha.

Galoparon de regreso, contra el viento frío que les cortaba la cara y en silencio. Al cabo de un rato, Julián le oprimió la cintura y murmuró en su oído.

—¿Qué demonios es eso de asesino de inocentes? ¿Te ha dado fiebre?

Brunilda, que se estremeció al sentir sus labios contra su oreja, respondió:

—Vi su cuchillo.

—¿Qué cuchillo?

—El mismo que... el que usó el malnacido.

De no haber estado tan sintonizado con ella como lo estaba, Julián no habría sabido de qué le hablaba; conociendo a Brunilda y su pasado, ese comentario lo alertó, pues echaba luz sobre la huida de la muchacha.

—¿Cuál, este? —Y sacó el cuchillo de Sietemuertes, que desde lo sucedido llevaba en su cinto. La hoja centelleó al rayo del sol antes de apoyarse con suavidad sobre el cuello de Brunilda. La joven contuvo el aliento y se apretó contra el hombre para evadir el filo.

—¿El hombre que te atacó usó este cuchillo? ¿Cómo lo sabes?

En medio del galope y a través de los desfiladeros que los peñascos formaban, Brunilda dijo con claridad:

—Tiene dos eses ligadas en el mango, nunca lo olvidaré.

Julián miró el puñal y corroboró ese dato al que no había prestado atención. Se quedó con el cuchillo para liberar a Manu Iriarte de toda prueba, sin mirarlo siquiera. Era lo mejor, a él nadie le reclamaría nada y mucho menos por liquidar a un matón a sueldo. Nunca se le ocurrió verificar la procedencia, y ahora que lo veía...

Tiró de las riendas y detuvo al montado en seco. La derrapada casi los tira al suelo, y obligó a los guardias nacionales a retroceder para buscarlos.

—Acá me quedo —les dijo Julián—. Ustedes sigan hasta el Centinela y manden decir que encontré a la muchacha. Que volveremos luego.

Los milicos se miraron, y como no entendían nada en absoluto salvo que ese hacendado tenía cuentas pendientes con la hermosa mujer que cargaba, saludaron y partieron, dejándolos solos entre los roquedales. Brunilda estaba desconcertada.

Julián quitó el filo del cuello de la joven, desmontó y la ayudó a hacerlo también.

—Dime exactamente cómo era el cuchillo que viste aquella tarde.

La joven describió con pelos y señales el arma hasta en sus muescas y limaduras, y a medida que la escuchaba, Julián cerraba los ojos, sintiendo que un dolor profundo y lacerante le atravesaba el cuerpo entero. Él conocía bien esa marca, era la que usaba Silverio Salas para identificar a sus reses. Tanto sus hijos como sus peones la usaban también para sus efectos personales, un poco por alarde de propiedad, otro poco por manía del patrón. Si ese facón que obraba en poder de Sietemuertes llevaba la marca, era porque el hombre pertenecía a la estancia del Sauce Viejo. Y había estado presente en las matanzas de aquel año. Los cabos sueltos empezaron a anudarse en la mente de Julián. Silverio Salas, el hacendado reacio a la construcción de la zanja y a la colonización agrícola de las tierras, el hombre aferrado a las viejas costumbres que

despreciaba las novedades que venían de los sectores progresistas pero fingía estar de acuerdo con ellos para no malquistarse. Una sospecha macabra fue dominando su pensamiento.

—¿Alguna vez supiste cómo se llamaba ese hombre, Brunilda? —la voz del señorito recobró la dulzura que ella le conocía. Al ver que lo negaba, Julián le dijo lo que suponía:

—Si no me equivoco, el gaucho al que Manu mató en la pulpería aquella tarde es el mismo que te atacó en la sierra, pues este cuchillo se lo saqué a él. ¿O qué pensaste?

Brunilda estaba azorada. Lo dicho era una revelación tan inmensa, que su mente se negaba a aceptarla sin más. Si aquel asesino era el mismo que desgració a Manu, entonces ella jamás había matado a ningún hombre. Se balanceaba entre la alegría y el horror, porque el arma homicida había ido a parar a manos del señorito de modo casual, y ella había supuesto lo peor. Si bien se justificaba diciéndose que no tenía por qué saberlo, ya que nunca vio la cara del hombre en el patio de la pulpería, sí sabía que Julián Zaldívar había luchado por ella y no la había repudiado, sino que se empeñaba en mantenerla a su lado. Acostumbrada a resolver todo en soledad, Brunilda no había confiado lo suficiente.

—No sabía qué pensar —murmuró avergonzada.

—Y pensaste lo peor. Veo que todos tenemos mucho que aprender —suspiró Julián—. Puedes quedarte tranquila con tu conciencia, al menos. El asesino tuvo lo que merecía.

De inmediato su rostro recobró la dureza.

—Hay alguien que me debe una explicación sobre esto —agregó, y maldijo por lo bajo al darse cuenta de que condenaba a Brunilda a acompañarlo al Sauce Viejo, pues había perdido la oportunidad de dejarla en manos de los milicos, a salvo de lo que él pensaba hacer en ese momento. La sangre le bullía reclamando venganza. El hombre que fingía ser un buen vecino en la campaña era un bandido que enviaba a sus peones a matar gente inocente, y Julián barruntaba otra cosa más tras la obsecuencia de Silverio Salas.

—Vendrás conmigo y te mantendrás escondida hasta que todo pase. Si te ves en peligro, dispara el arma que voy a darte.

Brunilda lo miró con grandes ojos y a Julián le pareció que la historia se repetía, como en la galera atacada por los indios, cuando pusieron en manos de Elizabeth O'Connor una pistola y le ordenaron disparar si se le acercaban. Sospechó que Brunilda Marconi no tendría remilgos a la hora de apretar el gatillo, pese a su conflicto moral ante la supuesta muerte del gaucho. Había en la joven una fortaleza interna que la mantuvo viva a pesar de todo. En el fondo, la admiraba. Era digna hija del desierto.

—¿A dónde vamos?

—A visitar a un vecino.

El sol estaba alto cuando cabalgaron en dirección noroeste, la misma que ella había tomado sin saberlo. Brunilda miró la sombra que proyectaban sobre las rocas y se sorprendió al ver que ella y el señorito se fusionaban, como si estuviesen unidos.

Una sola sombra. Una sola alma.

Cruzaron unos bañados y atravesaron zanjones de tosca y greda hasta dar con lomas sembradas de tupidos bosques. Eran las tierras del Sauce Viejo, una estancia más antigua y más grande que El Duraznillo, cedida en otros tiempos al padre de Silverio Salas por Juan Manuel de Rosas. En aquellas ondulaciones donde prosperaban la cina-cina, el abrojo y la cicuta al amparo de los copudos talas, el frescor agreste daba respiro a la aridez de la serranía. Al término del bosque se levantaba el casco de la estancia, sobre una plazoleta. Julián la rodeó para presentarse sin ser visto desde la casa principal.

—Quédate —dijo a Brunilda mientras desmontaba y ataba las riendas a unas cortaderas.

—Se lo ruego, puedo ser útil, y prefiero correr riesgos antes que quedarme sola acá.

Él le echó una mirada al gato, que seguía en brazos de su ama.

Brunilda metió a Fígaro en el bolso y lo sujetó al improvisado palenque. Luego se volvió hacia Julián con decisión.

—Ya está.

—Muchacha terca. Solo hasta donde te diga, luego mantente alejada y con esto — y la obligó a aceptar una de sus pistolas. En cierto modo, se sentía más a gusto si podía vigilarla de cerca.

Don Silverio se hallaba dirigiendo la construcción de un horno de ladrillos cerca de los fogones. Vestía de paisano, con bombachas y botas altas, chaleco de paño y camisa arremangada que mostraba sus carnes rojas y velludas. Brunilda reprimió una mueca de asco al recordar el atrevimiento del hombre al manosearla en la casa grande.

Las caras de los peones lo alertaron, y al ver de quién se trataba, el hacendado no pudo disimular el disgusto.

—¿Vienes a decirme que tuve razón? —comentó con jocosidad exagerada—. Te lo dije, no es bueno que el hombre viva tan solo.

Julián lo contempló con desprecio.

—¿Desde cuándo practica su espionaje, don Silverio? Vengo por otro asunto, sin embargo, que me interesa mucho más. Quería devolverle esto, creo que pertenece a alguno de sus hombres —y arrojó el cuchillo de Sietemuertes, que se ensartó entre las botas del estanciero, en el suelo gredoso.

El gesto endureció el semblante de Salas, que miró el arma de reajo. Lo conocía bien, era el facón de Cruz Ramírez, el gaucho que le sirvió durante un tiempo hasta

que le convino meterlo en la política del lado de los mitristas. Lo reconocía por la afición que tenía el hombre de tallar una flor de lis al lado de la ese, un capricho de taimado, lo suficiente como para jugar a dos puntas sin hacerle asco a nada. Lástima que lo habían matado en un duelo, al parecer. ¿Qué hacía el arma en manos de Julián Zaldívar?

—¿Y qué? —lo desafió.

—Quiero estar seguro —dijo muy despacio Julián— porque el hombre que usó este cuchillo también mató al molinero de mi padre y su familia. Si ese hombre está aquí ahora, que se presente.

—¿Quién te crees para venir a mi casa a plantarme un duelo? —estalló Salas.

Comprendió que Cruz Ramírez se había denunciado al usar el arma con las marcas de la estancia. Infeliz. De no estar muerto ya, lo habría hecho matar él.

—Tengo mis razones.

—Y yo las mías. ¡Largo!

Los hombres de Sauce Viejo no sabían a qué atenerse. Conocían a Julián y lo apreciaban, no entendían por qué su patrón lo trataba así. La lealtad los obligaba a ponerse de su lado, empero, aunque preferían que la sangre no llegase al río.

Mientras don Silverio y Julián se semblanteaban, un hombre apareció por detrás. Brunilda, que aguardaba a la distancia ordenada por el señorito, se dio cuenta y empuñó la pistola. Le temblaba el pulso y apretó los dientes para contenerlo.

Don Silverio sonrió con petulancia.

—Tú y tu padre se creen la gran cosa, con sus ideas modernas sobre comer pasto y cercar los campos. Aquí nunca hizo falta ninguna de esas sandeces para criar buenas vacas y vender el mejor cuero. Tienen la cabeza llena de pavadas mundanas. Pronto seremos como esos extranjeros que agachan el lomo para que les den latigazos. ¿Dónde quedará el gaucho entonces? ¡Lo están matando con la letra de los contratos! ¡Hasta el indio vale más que cualquiera de esos gringos amaestrados!

—Quizá para usted, que comparte sus costumbres salvajes —replicó Julián.

—Doctorcito, estás montado sobre tu apellido y solo ves el lustre de las cosas, no su valor. Está bien pasearse por Europa, pero no me vengan a enrostrar sus tradiciones, que poco tienen que ver con las nuestras. ¡Mil gauchos alzados prefiero yo en mis campos, antes que uno solo de esos cocoliches que no saben ni montar a una yegua! —Y soltó una risotada, satisfecho de su grosería.

Algunos peones rieron para simpatizar con el patrón.

—Otro día discutiremos teorías, don Silverio, hoy solo quiero saber si el arma que mató a mi molinero salió de Sauce Viejo.

—¡Sí! —bramó el hombre, fuera de control—. ¡Salió de acá, como de otras estancias con la venia de los patrones! ¿Crees que todos estamos con Avellaneda y su proyecto de partir la tierra en trozos inútiles y llenarla de caras lavadas? Mocito, tendrán que hundirnos antes de tocar un solo pedazo de campo. ¡Ni el alambrado!

¡Qué zanja ni ocho cuartos! Acá nos bastamos para enfrentar al indio si hace falta, en lugar de revolcarnos con ellos como tu padre.

Ese insulto renovó el malestar que Julián sentía cada vez que Silverio Salas se aparecía en alguna asamblea en Buenos Aires. Las cartas se le fueron revelando como en una partida tramposa, y la sospecha empezó a convertirse en certeza. El dueño de Sauce Viejo no rechazaba el proyecto de Alsina por razones de economía, o miedo a que sus peones y sus reses fuesen llevados por el ejército, temor que sí sentía su padre, sino que la zanja estorbaba su verdadero negocio, el que más rentas le daba: el comercio en las rastrilladas. Silverio Salas era un traidor, se favorecía de los malones comprando a los indios reses ajenas y no tenía tapujos en admitirlo, porque había decidido matarlo. Julián Zaldívar se había vuelto un problema al adivinar sus andanzas.

El recién llegado comenzó a sacar su facón del cinto con lentitud y Brunilda gritó, alertando a Julián al tiempo que disparaba con manos entumecidas. Julián se volvió gatillando también, y el hombre que iba a matarlo por la espalda mordió el polvo. Silverio Salas arremetió contra el joven, seguro de que no tendría tiempo de cargar otra vez. Julián recibió el impacto de ese corpachón y cayó al suelo. La pierna resentida le impidió ponerse de pie, pero logró deslizarse por la greda y recuperar el bastón caído. El hacendado se le fue al humo, aunque esa vez no tomó a Julián por sorpresa. El joven esquivó el puntazo y con un chasquido estremecedor desnudó el estoque de su bastón. El fino artículo se convirtió en un arma letal. Ahora estaban a mano, y le tocó el turno a Julián de sonreír. Pudo levantarse y enfrentarlo de igual a igual.

—El hombre es fiel a su naturaleza, ¿no es cierto, don Silverio? Y la suya es la de traidor, de principio a fin. Usted sabía que me matarían por la espalda.

—Morirás de todos modos, doctorcito, de nada te sirvieron los alardes de niño bien. Estás estropeado.

—No hay mal que no venga por algún beneficio. Gracias a esta —y se palmeó la pierna con ganas— tengo un arma formidable que espero no gastar en usted. Yo solo quería vérmelas con el asesino de Pasquale Marconi.

—Acá está, pues yo mismo mandé a mi gente. Ellos me responden, no como los de tu padre, que se dan vuelta a la primera de cambio —y como vio que Julián no entendía la alusión, le aclaró con sorna—. Ese que mataste era mi espía en El Duraznillo, por él supe lo de la india y tu padre. Lástima que tendré que buscar a otro.

Julián no podía creer tanta maldad en un hombre que conocía a su padre desde hacía tanto y cuyos hijos se habían criado junto a él. Iba a tener que matarlo si el hombre persistía en atacarlo. El intento del hacendado se congeló en el aire cuando el ruido de un disparo se dejó oír. El cuerpo de Silverio Salas cayó con pesadez sobre la tierra cubierta de cenizas, con la boca lanzando espumarajos y los ojos abiertos de manera desmesurada.

—Renuncio, patrón —dijo el autor del disparo con una mueca de desprecio—. No trabajo para los caranchos como usted, que viven del despojo de lo ajeno. Y el que se ofende, que me lo diga.

Nadie respondió a la bravata y el gaucho se alejó en busca de su caballo para ganar el desierto. Haberse vuelto contra el patrón era un delito que no le iban a perdonar, pero prefería vivir en los toldos antes que obedecer a un traidor.

Silverio Salas no estaba muerto, aunque sí malherido. Otros peones lo alzaron y llevaron adentro en busca de ayuda. Ninguno acusó a Julián Zaldívar de lo ocurrido. Sin duda, varios seguirían el ejemplo del gaucho rebelde y esa noche habría menos gente en Sauce Viejo.

Brunilda corrió al encuentro del señorito con la pistola aún en la mano.

—Dame eso —Julián se la arrebató—. Resultaste buena, al fin y al cabo. Aunque el disparo de gracia fue mío, me alertaste justo a tiempo.

Intentaba evitar el remordimiento de la joven, por si acaso.

—No vale la pena de una lágrima —se anticipó a decir al ver que titilaban los ojos negros y la dulce boca que él había besado se conmovía en un sollozo—. Era de la misma calaña que su patrón. Vamos, que nos verán llegar como si nos hubiera pasado por encima un malón entero —y Julián se sorprendió de poder bromear con ese tema que había sido el centro de su vida. Debía de estar sanando viejas heridas, y Brunilda Marconi tenía mucho que ver con eso.

Volvieron al trote lento, para serenar los ánimos. Julián sabía que los fortines estaban en alerta y que el comandante Pineda estaría informado, a esas alturas.

Entraron a la estancia por un camino lateral que desembocaba en una avenida de eucaliptos. El patio de tierra estaba colmado con la peonada reunida, los hombres boinas en mano y las mujeres cubriéndose las bocas con un pañuelo. Alarmado, Julián desmontó y alzó a Brunilda para ayudarla. Avanzaron apoyándose el uno en el otro.

—¿Qué sucede, dónde está mi padre? —gritó.

Rufino salió de la casa al escucharlo.

—Vaya nomás a verlo, patroncito —y el hombre se hizo a un lado para franquearle la puerta.

Julián entró al comedor como una ráfaga. Tenía un aspecto lamentable con la ropa polvorienta, la cara sucia de sangre y el cabello aplastado sobre la frente. A nadie pareció impresionarle, todos lo miraban como esperando algo de él.

—¿Mi padre? —La congoja le apretaba el pecho.

—Pase, niño, está aquí.

Chela lo condujo hacia la sala, un sitio reservado para reuniones principales que se encontraba frío y oscuro, salvo por unos cirios que creaban sombras fantasmagóricas sobre las vitrinas de caoba. En el centro de ese cuarto sombrío, la mesa estaba cubierta por un mantel de damasco y en él, alguien acostado. A Julián casi se le detuvo el corazón. Su padre, ya mayor, podía haberse caído del caballo o

golpeado la cabeza mientras cumplía sus tareas habituales. A muchos les pasaba, se resbalaban de los techos, o se les disparaba la carabina, o algún toro chúcaro les daba una cornada. ¡Pero no su padre, nunca Armando! Él no estaba listo para perderlo todavía, quedaba mucho por decir, tanto por compartir... Su padre le debía más de su compañía, por sus años de ausencia, por las cosas no dichas. Él no iba a permitir que se fuera antes de rogarle que le perdonara su tozudez y su intolerancia.

«Perdón, papá, no supe lo que decía. No me importa que ames a una india, yo no soy dueño de tu vida, no soy dueño de la vida de nadie».

Iba pensando las palabras que hubiese querido decirle, cuando lo impactó descubrir que el cuerpo que yacía sobre la mesa convertida en tálamo no era el de Armando Zaldívar, sino el de una bellísima mujer de largo cabello negro, labios exquisitos y pómulos marcados. Una india.

—¡Hijo!

Armando tenía el rostro de cera, como si el muerto fuese él. Si las lágrimas lo habían recorrido, ya no quedaba ni una. Los ojos inyectados en sangre y más arrugas de las que Julián deseaba ver.

—Padre... ¿Qué ocurrió?

—Se ha ido, hijo. Parece que fue un sueño y nunca estuvo realmente. Pulquitún se ha ido.

Julián contempló desolado el cuerpo vestido con una túnica que realzaba la palidez de la muerta. Era india, sí, aunque podía advertirse la sangre blanca en algunos rasgos: las finas aletas de la nariz y el tono más claro de su piel. Julián se acercó y miró a esa mujer con detenimiento. Algo en su interior comenzó a removerse, un duro pedernal que siempre le había pesado, y una catarata de recuerdos se desató en torbellino.

Pulquitún, Pulquitún, Pulquitún... ¿Dónde había escuchado ese nombre? De pronto, la misma intuición que acudió en su ayuda con lo de Silverio Salas le respondió con claridad: aquella mujer por la que su padre sufría no era cualquier india, era la que le había salvado la vida en los toldos durante su cautiverio, la que él escuchaba merodear a su alrededor, canturreando, poniéndole paños malolientes en la frente y las ingles, la que le dio la fatal noticia de su mal. Pulquitún. ¿Cómo había perdido ese nombre en los vericuetos de su mente? Apenas reconocía sus rasgos, deformados por las fiebres de aquellos días, pero su oído estaba intacto, por eso recordaba el timbre de su voz y lo que ella decía. Pulquitún. El destino volvía a enredarlo en su tejido fatal.

¡Y él, que la había repudiado sin conocerla! Cayó de rodillas.

—Perdón —musitó ante la conmoción de todos.

—Hijo, levántate, no es nada —dijo Armando, creyendo que se arrepentía de haber condenado su amor.

—Padre —exclamó Julián con el mismo tormento en los ojos que aquel día en que volvió del cautiverio—. Esta mujer que amaste me salvó. Si estoy vivo ahora y

ante ti, es gracias a ella. De haberlo sabido... —Y escondió el rostro entre sus manos sucias.

Brunilda había entrado también, silenciosa según su costumbre. Escuchó lo que decían los peones en la entrada y el cacareo de Chela, que en dos minutos la puso al tanto. Al oír la confesión de Julián, sintió una repentina oleada de amor por aquel hombre bueno que sufría tantos embates en su vida. Nada sería suficiente para compensarle sus pérdidas, y aun así, ella lo intentaría. Del mismo modo que sus padres adoptivos le habían devuelto el cariño perdido, ella devolvería a Julián Zaldívar el amor negado. Así, con su pierna débil y su incapacidad para engendrar hijos, Julián era el hombre más perfecto que hubiese conocido jamás.

—Ven —murmuró, obligándolo a levantarse y ayudándole a hacerlo con disimulo.

Armando miraba a Pulquitún como si recién la conociese, pasmado ante lo que acababa de saber, y sintiendo que la amaba mil veces más por ese secreto que ella nunca utilizó en su favor. Pobre Julián, no merecía sentirse desdichado a causa de las estocadas del destino. Acompañó a Brunilda y ambos llevaron a Julián hacia el despacho, donde Armando sirvió lo que quedaba del coñac que tomaba a solas cuando añoraba al hijo que creía perdido.

—Bebe y descansa. Nada podemos hacer por ella, salvo rezar por su alma.

—Padre, si yo hubiera sabido...

—Hijo, escúchame. Si todos supiésemos las cosas que nos van suceder, la vida no tendría sentido, sería un juego de ajedrez dictado por otros. Somos nosotros los que caemos y decidimos levantarnos, y eso nos hace mejores. Nunca heriste mis sentimientos, Julián, porque entiendo tu amor por tu madre y tu desilusión. Y Pulquitún —pronunció con tristeza— también lo hubiera entendido, pues era sabia y valerosa. Creo que te habría gustado al final de cuentas. Para los indios el espíritu viaja, no desaparece, mora en una región que forma parte de todo esto. Estoy seguro de que la sentiremos en el viento de la sierra y sobre todo, en el relincho de los baguales.

Armando tuvo que callar para no traicionarse y padre e hijo se fundieron en un abrazo. Brunilda tomó el té que Chela traía y lo ofreció a Julián.

—¿Tomaré también esto? —dijo él, sorprendido.

—Para que duermas.

El olor de la infusión le resultó familiar pero no dijo nada, estaba exhausto; se dejó caer en el sillón de cuero y bebió a grandes sorbos ese té de hierbas caliente y reconfortante.

Antes de cerrar los ojos, sintió que su alma estaba en paz por primera vez en mucho tiempo.

En la fría mañana, tres personas despidieron a la hija del cacique en el solar donde la tribu se había asentado en tierras de El Duraznillo. Don Armando, Julián y Brunilda, cuya callada presencia infundía fortaleza a los dos hombres. Armando prefirió que Pulquitún descansase allí, porque fue el sitio de los últimos meses de su padre y porque de ese modo podía visitarla cuando el corazón se lo reclamase. Una sencilla tumba de rocas con una cruz de ramas de nogal en memoria de su madre cristiana, quedó para siempre bajo la copa de un alcanforero. Trinos y flores serían sus eternos custodios.

Los días posteriores al entierro transcurrieron en plácida armonía. Julián se puso al día con los libros de la administración y recorrió con ojo de hacendado los campos de su padre. Averiguó que nadie había llegado en busca de refugio mientras él no estuvo, y pensó que Manu habría seguido otro derrotero en su huida, esperaba que favorable.

Armando decidió que era hora de que Julián supiese algo más sobre Pulquitún. Aunque no estaba confirmado por nadie, la intimidad alcanzada con ella le había dado la respuesta a esa incógnita.

—Pulquitún era hija de Quiñihual y de una cautiva —comentó una mañana mientras mateaban junto al galpón del forraje.

—Sí, se le notaba en las facciones —repuso Julián.

—Su padre la adoraba, en especial porque tenía espíritu guerrero, ella era su debilidad.

—¿Y pese a eso abandonó la tolдерía?

—Justo por eso, debido a que Quiñihual prefirió deponer las armas. ¿Recuerdas que pidió asilo en nuestras tierras?

—Sí, el día del casamiento de Elizabeth.

Armando notó que Julián conservaba vívidos recuerdos del pasado en la estancia.

—Pulquitún se marchó enojada con su padre, y cuando supo que Calfucurá lo había matado, volvió arrepentida a ver el sitio donde él cayó. Hijo, me han dicho algo que debes saber, aunque te pido discreción porque a pesar de que lo considero cierto, es delicado y hay personas queridas en juego.

—¿Qué es, padre?

—Tengo poderosas razones para suponer que Quiñihual era el padre indio de Francisco.

—¡Y Pulquitún su media hermana, entonces!

—Él jamás la conoció, así que de nada vale que le causemos el dolor de saberla perdida.

—Pero su padre...

—Eso es otra cosa. En todo caso, diría que le sugirieras, ya que eres su amigo más íntimo, que el viejo cacique podría haberlo engendrado. Y más adelante, si la ocasión es propicia, podrías mencionarle que su hija te salvó la vida.

—Quedaríamos unidos más aún —reflexionó Julián—, casi como hermanos.

—Sí, así lo veo yo también.

—Creo que a Fran le gustará saberse hijo del cacique que hizo amistad contigo.

—También supongo que sí.

—Ahora entiendo por qué Quiñihual acudió poco menos que a entregarse aquel día en el arenal —dijo Julián, pensativo—. Estaba salvando a su hijo cautivo de los salineros.

—Le hizo creer a Calfucurá que podría ser hijo suyo, y el viejo jefe ya no tuvo deseos de matarlo.

Ambos matearon en silencio, recordando tiempos lejanos que aún proyectaban su sombra.

—Otra cosa que quería decirte, hijo —y Armando titubeó buscando el modo adecuado de abordar el tema—, es que tu madre quizá no sea tan comprensiva con todo esto.

—Padre, ni en sueños se me ocurriría contarle a madre esta aventura desdichada. La conozco, y aunque es buena y te quiere, está celosa, se ha sentido muy sola en los últimos tiempos. No me gusta el papel de correveydile, aun si es en la familia.

Armando apoyó su mano sobre el hombro de Julián.

—Eres bueno, hijo. Tienes un corazón de oro. Al principio temí que hubieses perdido esa cualidad noble, luego la vida me demostró que no fue así y estoy en deuda con Dios por ello.

En ese momento, Julián se sintió tentado de contar a su padre el verdadero motivo de su tristeza y resentimiento, mas consideró que el pobre hombre había sufrido bastante y que en todo caso la vida misma, como él decía, se encargaría de conformarlo con los hijos de Fran y Elizabeth, ya que no habría nietos de su estirpe.

Parecía que los pensamientos de Armando tomaban el mismo derrotero.

—Hijo, he notado que Brunilda y tú han hecho buenas migas. Es una muchacha excelente, la apreciamos aquí.

Julián devolvió el mate y miró hacia la lejanía.

—Y me estás diciendo que no la deshonre, como me advirtió Chela.

—¿Chela te dijo eso? Válgame —exclamó Armando ante el atrevimiento de la criada, aunque no debería de haberle sorprendido, hacía rato que Chela ocupaba lugares que excedían su puesto en El Duraznillo. Y ellos lo consentían gustosos.

—No he considerado casarme todavía, pero si lo decidiese es probable que piense en Brunilda.

—¿Probable? ¿Qué palabras son esas?

—Las únicas que puedo pronunciar ahora.

—¿Y ella lo sabe?

—Brunilda es sabia, quizás como Pulquitún, son mujeres que callan más de lo que dicen, y se las conoce por sus obras.

—Espero que Brunilda obre con prudencia entonces —masculló don Armando a la espalda del hijo que se alejaba.

En su fuero interno, deseaba que toda la sabiduría que Julián le atribuía a Brunilda Marconi permitiese a la muchacha convencerlo de dar el paso.

Era hora de prolongar el apellido Zaldívar. Y de disfrutar de la serenidad del hogar.



CAPÍTULO 29

Se avecinaba la época de los verdores, cuando los pastos crecían a ojos vistas y los animales retozaban gozosos, el tiempo de la crecida de los arroyos y las lluvias copiosas. Un tiempo feliz para el campo y su gente. Julián había prolongado la estadía porque notaba en su padre cierto cansancio, y le dolía dejarlo solo de nuevo. Por otro lado, su propósito inicial había sido intimar con Brunilda, y lo estaba consiguiendo de a poco, pese a la vigilancia solapada de Chela y a las incomodidades de compartir casa todos juntos. En ese momento, él podía ver a la joven caminando junto a Cachito hacia las piletas. Llevaba una fuente de estaño con la remesa y cada tanto se detenía para mirar las copas de los árboles. Julián supuso que habría nidos de zorzal, como otros años. El viejo perro se detenía también y aposentaba con dificultad sus ancas desparejas para aguardar el capricho de su ama, ya que era evidente que era su elegida. Si de paciencia se trataba, no había más que pedírsela al viejo galgo, era un maestro de sabiduría. La casa toda había recobrado la armonía después de tanto dolor, y si bien Armando aún pasaba horas junto al fuego o caminando entre los corrales, Julián sabía por experiencia que el tiempo curaba las heridas, pese a dejar hondas cicatrices. Aprovechaban las tardes de primavera para acompañarse y conversar sobre temas a los que antes no dispensaban atención, ocupados como estaban siempre en cosas urgentes. Como una vez en que Armando le preguntó sin preámbulos si Brunilda estaba al tanto del amor que él había sentido por Elizabeth. Julián se quedó de una pieza. Aunque no era un tema prohibido nadie lo mencionaba, y a él no se le había ocurrido que la muchacha podía enterarse por otros medios, ya que frecuentaba la casa de los Balcarce con asiduidad.

Julián observó las guías de ganado que la Provincia solicitaba, dispuestas sobre la mesa.

—¿Cuántos animales marca por año don Silverio, padre?

Se hallaban en ese rincón del comedor que tanto les gustaba compartir. Don Armando anotaba datos en su cuaderno y separaba en columnas lo que estaba hecho de lo que debía hacerse. Julián saboreaba un té con aire pensativo. Hacía rato que quería informar a su padre del suceso, y esperó el tiempo necesario para que las emociones se apaciguaran.

—Unos doce mil —aventuró Armando.

—Tendrá, entonces, cerca de cuarenta mil cabezas.

—Ajá, puede ser.

—Sus campos son extensos, ya que alió a la herencia paterna los de su esposa.

—Y los que terminó adquiriendo su familia de las tierras dadas en enfiteusis por Rivadavia en el pasado —recordó su padre—. ¿Por qué lo preguntas?

—Porque ha estado haciéndose con el ganado ajeno, quizá hasta con el nuestro.

—¡Acabas de decir que sus campos son grandes!

—Sí, y sin demarcar, un curioso descuido que lo favorece. En lugar de alambrar o construir corrales, prefirió cavar fosos pequeños que no detienen a las reses.

—También podría perder las suyas —objetó Armando, que no sospechaba nada raro.

—Es lo que desea que creamos, padre. Se finge furioso a causa de la marcación clandestina, pero no hace nada concreto para impedirla. Despotrica contra las invasiones, y a la vez se opone a la zanja de Alsina.

—Bueno, yo tampoco estuve muy de acuerdo...

—Por diferentes razones. Lo veías como una amenaza para la producción, por eso de las levas forzosas y la requisa de los caballos y las vacas para el ejército. Eso dio mucha leña a los periódicos de Buenos Aires.

—Debo reconocer que no me pasó nada de eso.

—Padre, es necesario que sepas que Silverio Salas es un enemigo.

Don Armando miró a su hijo estupefacto. Julián dejó la taza sobre la mesita baja y con el crepitar del fuego como fondo, desgranó para don Armando las circunstancias de sus encuentros con el hacendado en Buenos Aires, así como su último enfrentamiento en Sauce Viejo. Armando no daba crédito a lo que oía y contemplaba el rostro de su hijo como si estuviese frente a una aparición. Sobre todo no podía creer que Julián hubiese actuado de ese modo, atreviéndose a desafiar a Salas en su propia hacienda.

—Todo terminó, padre, y no hay muertes que lamentar, salvo la de un bandolero que oficiaba de espía aquí, en El Duraznillo.

Eso capturó el interés del estanciero.

—¿Quién?

—Ignoro su nombre, es un tipo al que Salas había encomendado vigilarte. Verás de qué pasta está hecho el hombre, que compró a un peón de nuestra estancia para indisponerlo contra nosotros.

—Malvido.

—¿Quién es ese?

—Uno que vino a conchabarse en tiempos de seca y Rufino lo contrató porque le pareció fuerte. Desapareció después del ataque indio y el capataz dijo que no se mostró durante todo ese día, que lo buscó en vano. Algunos dijeron haberlo visto por el lado de los farallones haciendo fuegos.

—¿Haciendo fuegos? ¡Llamando a los indios, querrás decir!

Don Armando quedó perplejo ante la enormidad del descubrimiento. ¡Su propio empleado había causado la desgracia que lo sumió en el dolor! ¡Y por indicación de su vecino!

—No entiendo. ¿Qué ganaría Silverio con esto?

—Padre, él es cómplice de las tribus, anda con unas o con otras según le convenga. Y se cuida de quedar bien con las que más teme. Si un capitanejo de Namuncurá buscaba a su esposa huida, él le facilitó la búsqueda para tener luego

algún resarcimiento. No da puntada sin hilo. A Silverio no le importaba tu romance, sino utilizarlo en su beneficio. Pero no te aflijas, que esto no se quedará así. Cuando vuelva, me ocuparé de deslizar su nombre en las asambleas de la Sociedad Rural, así como en algunos círculos políticos a los que pienso sumarme. Claro que él estará un tiempo por acá, curándose la herida. Tal vez convenga hablar primero con el juez de paz.

Armando meditó unos momentos, sin duda agobiado por el nuevo descubrimiento que añadía pesar a su desdicha, y al fin dijo, resignado:

—¿Y cuándo te marcharás?

—Creo que ha llegado el momento. Tengo algunas responsabilidades allá — Julián omitió decir cuáles— y además, tu encargo de mezclarme en los pasillos con los hombres influyentes, ¿no? —sonrió para animar al padre.

—Me doy cuenta de que fui un déspota al mandarte del lado de Mitre, cuando veo que te atrapa la política de Alsina. Y no te culpo, el hombre es de los que cautivan hasta a los enemigos. Yo mismo me pregunto si no será la respuesta efectiva a los problemas que nos acosan.

—Al menos es un tipo que pone manos a la obra y no delega en otros las tareas que le interesan. En eso me recuerda mucho al loco de Sarmiento.

Armando sonrió también.

—Ve, hijo, cuando lo decidas estará bien. Y ponte del lado que tu corazón te dicte, sé que será el correcto. Confío en tu criterio. Lo único que voy a recomendarte es que vayas con tiento con Brunilda. Ya sé —lo cortó, alzando una mano— que eres grande para ese tipo de consejos, pero te lo digo como padre viejo, casi abuelo. Las mujeres buenas valen más que todo el oro del mundo, Julián, y en tu vida has tenido mucho sufrimiento por causa nuestra. Aquella joven trashumante que te traía de los pelos...

—La gitanita.

—Esa. Bueno, tu madre y yo pusimos el grito en el cielo entonces, creíamos que no era apropiada para ti y te provocamos gran dolor. Ya es tarde para arrepentirse, pero quiero que sepas que cualquiera sea tu decisión ahora, yo estaré apoyándote. Y confío en que tu madre también lo haga. Ella necesita la compañía de una nuera amorosa.

—Y la tuya.

—En unas semanas volveré. Dame tiempo, hijo, no puedo enfrentarla así, con este dolor tan reciente.

—Está bien, padre. Aprontaré mis cosas para volver y me llevaré a Brunilda. Para tu tranquilidad, te digo que madre y ella se están entendiendo bien.

—¡Qué noticia extraordinaria, Julián!

Esa noche acudió al cuarto de Brunilda cuando ya todos habían apagado sus lámparas. Era muy tarde y no podía dormir debido al conflicto que había ido creciendo en su mente a medida que se disipaban las otras cuestiones que lo afligían. Necesitaba hablar con ella para que lo conociese en todos sus aspectos, incluso los que deseaba olvidar. Abusaba de su gentileza y su bondad, lo sabía, y sin embargo sentía que debía ser sincero con esa mujer que nada pedía para sí y ofrecía en cambio lo poco que tenía.

Al tocar quedo en la puerta, deseó de modo infantil que no respondiese, pues lo que iba a decirle era turbador. Tendría que confesarle su amor por Elizabeth en el pasado.

—Adelante.

Brunilda se encontraba dibujando sobre la mesa de la ventana, iluminada por una palmatoria y arrebujada en una bata.

—Perdona. Esperaba que no durmieses aún.

—Estoy desvelada, se me ocurrieron ideas nuevas y quiero aprovechar la tranquilidad para dibujar.

—Haces bien. Esta calma solo se puede sentir en El Duraznillo.

Julián se sentó en el borde de la cama sin permiso y estiró la pierna dolorida.

—Vine a decirte algo, Brunilda, que deberías haber sabido hace mucho —y ante la expresión atenta de ella, se jugó entero y dijo:

—Hace años, antes de viajar al extranjero, pretendí a Elizabeth O'Connor.

El parpadeo de las velas se reflejaba en los ojos de Brunilda, y Julián no sabía si refulgían de rabia. Las mujeres solían ser celosas, aunque Brunilda no encajaba en ningún molde y eso lo alentaba.

—Fuimos amigos nada más, pero confieso que sentí algo por ella durante mucho tiempo, y mi partida se debió en gran parte a que Elizabeth eligió a Francisco como esposo. Me clavó un puñal bien hondo con su decisión.

—¿Por qué me lo cuentas ahora?

—Quería que supieras que tu amiga había sido antes objeto de mi deseo, nada más.

Brunilda dibujó algo sin sentido en el papel y luego dijo:

—Lo sospeché, aunque ella habla de ti como de un hermano.

Julián no sabía si sentirse aliviado u ofendido.

—Entonces, no te importa.

Brunilda se encogió de hombros.

—A ti no te importó que un hombre me hubiera atacado.

—No es igual, Brunilda, estamos hablando de Elizabeth, que es mi amiga y ahora también la tuya. Solo quise evitar que por alguna infidencia te enterases y pensaras que había habido un ocultamiento.

Brunilda seguía garabateando mientras asimilaba esa nueva confesión. ¿Qué más le depararía el señorito? Parecía una caja de Pandora, que se abría cuando menos se

esperaba. Se sorprendía de no sentir celos de Elizabeth, quizá porque la había visto muy enamorada del señor Balcarce. En cambio Pétalo...

—¿Qué otros amores me escondes? —dijo ella de pronto.

Julián no se esperaba esa reacción. En realidad, lo que lo llevó a confesar fue el hecho de que Elizabeth y Brunilda eran amigas y de seguro profundizarían esa relación con el correr del tiempo. Pero no iba a contarle sus cuitas de amor, ni loco que estuviera.

—Ven —le hizo lugar a su lado— que te contaré algunas salvajadas si quieres.

Brunilda fingió indiferencia.

—Mejor guárdese las, que no han de ser para los oídos de una dama.

—Ven de todos modos.

Brunilda se acercó, y al sentarse a su lado experimentó una familiaridad reconfortante, como si Julián y ella hubiesen compartido ya muchas confidencias. Sin duda, la informalidad en la estancia echaba por tierra con las maneras que se usaban en la ciudad. Él le acarició el cabello y lo enroscó en torno a su puño. Usó ese truco para obligarla a levantar la cabeza y entonces la besó, primero con suavidad, luego presionando hasta lograr el tipo de beso que los dejaba anhelantes. Estaban sobre una cama, sin embargo, y eso alertó a Brunilda. A menudo Julián la acechaba tras la casa, bajo los nogales, o al final de alguno de los caminos que se perdían en el monte. Entonces la abrazaba o la levantaba para llevarla a un rincón donde pudiese demostrarle cuánto deseaba su contacto, pero las cosas no pasaban de ahí. La estancia era un lugar concurrido y él cuidaba mucho de no dejarla malparada. En esa hora estaban solos, y Brunilda temía que llegaran más lejos. Sobre todo porque ella también lo deseaba.

—Déjame mimarte un poco —pidió él.

La perdición de Brunilda era la ternura de Julián, él podía lograr de ella lo que quería cuando se mostraba solícito y atento. Le permitió recostarla sobre la colcha y recorrer su costado con la palma abierta. Se detenía allí donde la bata dejaba entrever una blandura, como si supiese que era el punto débil, y luego la besaba para anular su voluntad. De pronto, él se colocó sobre ella y hundió el colchón bajo su peso. Sofocó las protestas de Brunilda con besos de boca abierta que la encendieron contra su voluntad y le arrancaron gemidos. La lamía y la besaba, y ella se sintió bajo el cuerpo de un felino, pronta a ser devorada. Julián la encarceló entre sus piernas y apretó hasta que ella tuvo que elevar el pubis hacia él, entonces comenzó a moverse con golpes certeros que imitaban el acto sexual. Las viejas maderas de la cama también gemían al compás de esos embates, y Brunilda se rindió cuando vio que era inútil resistir. Levantó su pecho y expuso ante él su cuello. Julián lo mordió como un león embravecido y rugió en su oído. Brunilda no recordaba si habían cerrado la puerta, y tampoco podía preguntarlo en ese momento. Tuvo su orgasmo así, vestida debajo del cuerpo de Julián, que la miraba con satisfacción contenida. Cuando los espasmos

cesaron, ella no podía creer lo sucedido. Había sido veloz y muy intenso, se encontraba acalorada y le temblaban las piernas.

—Casi lo logramos esta vez —comentó risueño y enigmático, y estampó un último beso en la boca de ella, antes de levantarse y desearle buenas noches.

Durante el viaje de regreso, Julián decidió encarar el futuro de Brunilda. Usaría de su influencia para conseguirle una reputación. Pensaba en la viuda de Bunge, que ya había dado muestras de apoyarla, y también en las amistades más encumbradas de su madre. Si él se manejaba con astucia, lograría que Brunilda se hiciese de un nombre. Y con sus ahorros, además, le compraría el material que necesitase.

—En Chascomús abordaremos el tren —le informó de modo innecesario, ya que habían hecho el mismo viaje de ida—. Ahí podremos estirar las piernas y comer algo.

Brunilda asintió. Las emociones vividas en El Duraznillo definieron su rumbo: dejaría que Julián se ocupase de ella y le retribuiría cuidándolo y acompañándolo. Algo en él se había roto a partir de lo sucedido con Pulquitún, y en los días que permanecieron en la estancia, el trato entre ellos adquirió una familiaridad llena de promesas.

—Me gustará comer algo, sí —admitió, y fue premiada con una sonrisa del valiente caballero.

Dos pesos de empanadas, y se hallaron sentados sobre una pila de fardos en el andén, envueltos en sus ponchos de lana y sometidos al crudo viento que venía del desierto. Julián tenía buen apetito y devoró la suya en un santiamén. Ella comía de a bocados pequeños. Sus manos se rozaron al buscar Brunilda un pañuelo donde limpiarse, y una vibración los sacudió a ambos. Julián le dedicó una mirada límpida, clara y firme como nunca le había visto, sus ojos penetraron hasta el fondo de su alma dejándola expuesta y vulnerable.

—Quiero que seas mi mujer, Brunilda, pero no deseo someterte a una vida estéril sin hijos, como es la que me espera.

Ella se sintió desmayar. Él prosiguió:

—Mis padres no saben nada y me aflijo por ellos, no quisiera cargar también con tu desdicha. Sé que las mujeres añoran llevar a un niño en brazos, es algo natural en tu sexo. Los hombres podemos prescindir, aunque también nos pesa no legar el apellido. En fin, nada puedo hacer, salvo prevenirte.

—Yo... no había pensado en hijos todavía. Sin embargo, hay veces en que las mujeres no concebimos y tampoco podemos hacer nada. Filipa y Pasquale no tuvieron hijos propios, y no por eso fueron menos felices —atinó a responder.

—Quizá eso te parezca así ahora, que eres joven. A medida que los años pasen, la falta de hijos sabiendo que con otro podrías tenerlos, te causará aflicción.

—Puedo vivir con esa pena, como vivo con otras.

—No creas que tu pasado te condena a aceptar cualquier cosa, Brunilda. Ningún hombre tendría el derecho de repudiarte, aun sabiendo lo que te ocurrió. Eres decente y buena, mejor que muchas casaderas que se reputan codiciadas.

—¿Puedo preguntarle algo, señor?

—Siempre y cuando dejes de llamarme «señor» —repuso él, tomando en las suyas la mano helada de Brunilda—. Allá en la estancia empezaste a tutearme, no te achiques ahora.

—Cuando habla de ser su mujer...

—«Tu» mujer.

—Sí, cuando hablas de hacerme tu mujer... ¿Qué debo entender?

Julián suspiró. Era el meollo del asunto y Brunilda, con su intuición, daba en la tecla.

—Dirás que soy un réprobo, pero no había pensado en el matrimonio, debido a esta cuestión que no quiero imponerte. Si te casas conmigo, estarás condenada. Si te hago mi querida, podrás algún día rechazarme y casarte con alguien que te dé lo que yo no puedo. Tómalo como renunciamiento de mi parte. Nada te faltará, lo prometo.

—¿No cuenta mi voluntad en esto?

—¡Por supuesto! Pero no quiero que respondas sin medir las consecuencias. Yo no soy un hombre fácil, Brunilda, aunque lo parezca. Mil demonios me poseen cuando el pasado vuelve a mí, eso no ha cambiado. Y es demasiado pedirte que dejes a un lado el tuyo propio para complacerme de por vida.

Lo que para la mente masculina de Julián era un rasgo de generosidad, en el pensamiento de Brunilda resultaba egoísta y mezquino. Que le negara su apellido, por la razón que fuese, la ofendía. Antes, cuando no sabía de Pétalo, Brunilda había estado dispuesta al sacrificio, pero pensar en esa amante la hacía sentirse disminuida, como si Julián la asimilase a su condición, y quizá hasta la había amado con la misma intensidad. Los días vividos en la estancia la habían hecho alentar esperanzas en otro sentido. Respiró hondo, conteniendo el aliento para lo que iba a decir, tan doloroso que le tembló la boca al hacerlo.

—Lo siento, Julián. No acepto migajas. Con pasado o sin él, quiero al hombre completo.

Se levantó y alisó su falda para disimular las lágrimas, antes de subir al vagón. Julián demoró un rato. Tenía el semblante contraído y la mirada fría cuando por fin se sentó frente a ella.

Dejó a Brunilda en manos de la corte que rodeaba a su madre en ese tiempo. Laura Rossini se había convertido en una compañía indispensable para doña Inés, y la joven madre procuraba devolver con creces los favores recibidos. Simpatizó enseguida con Brunilda, la veía como una aliada frente a la altivez de Evelyn.

Julián se marchó a su casa del suburbio, envuelto en una nube de malhumor y desazón. Brunilda había rechazado su oferta y él la apoyaría en el logro de su meta sin perjuicio de eso, aunque le dolía pensar que seguiría viviendo como un paria,

aislado del mundo y con Adolfo y Pétalo a su cargo, si es que esa situación no tomaba el cariz que él deseaba.



CAPÍTULO 30

La joven china lo recibió rebosante de sonrisas en el pequeño comedor. Estaba ataviada con una bata negra y llevaba el cabello suelto. Más que nunca parecía una miniatura de porcelana, y había en su rostro un resplandor que ilusionó a Julián.

—¿Estás sola? —quiso saber, luego de recibir las atenciones habituales.

—El señor Adolfo salió a caminar. Le gusta pensar versos que luego escribe.

—Me alegra que esté escribiendo, es bueno para él. ¿Y cómo has estado? Te veo radiante. ¿Tienes algo para decirme?

Pétalo se entusiasmó con el pie que le daba el amo para contar su noticia. Supuso que era de buen augurio que él mismo la anticipase, y por eso no entendió la expresión del hombre cuando le soltó la buena nueva que había repetido en su mente una y mil veces, aguardando su regreso.

—Hay un hijo de su simiente en mi cuerpo, mi señor, me congratulo de ello.

Fue para Julián un golpe bajo. Tanto, que sintió un dolor agudo en la pierna.

—¿Qué estás diciendo, estás loca?

El tono altisonante y la furia de sus ojos detuvieron los modos gentiles de la joven. Se irguió también, como una guerrera.

—Digo que espero un hijo suyo, mi amo. Algo que siempre podía suceder. Lamento que no sea de su agrado la noticia.

Julián avanzó con el bastón en dos zancadas.

—¿Y desde cuándo tienes esa seguridad, mi querida Pétalo? —dijo en tono mordaz, envolviendo a la joven en su aliento y su furia.

A su pesar, Pétalo retrocedió. Jamás había visto al amo tan enojado, algo distinto se traslucía en él, algo que ella no había tenido la oportunidad de ver crecer para prepararse. Sabía que, lejos de su influencia y de los vapores del opio, aquel hombre recuperaría al león que llevaba adentro. Ella era conocedora del alma humana, supo siempre que las heridas restañarían y que si no estaba allí para vigilar, el león volvería a su guarida. Qué tonta fue al dejarlo ir... Esperaba sin embargo que su responsabilidad lo atase a ella para siempre. «Un hijo es un hijo, y un hombre lo desea más que nada», repitió en su mente.

—Desde que mi sangre dejó de correr, mi señor.

—¡No me llames así ni me tomes por tonto! —bramó Julián—. Siempre, mientras estuvimos juntos, te obligué a cumplir los métodos que impedían la concepción, y me consta que lo hiciste ante mis ojos. ¿Qué cuento me traes ahora?

—No siempre, mi señor. Puedo recordar un par de ocasiones en que olvidé hacerlo.

—¡Mentira! Yo no lo recuerdo. Además, mi pequeña zorra, hay otro detalle que no conoces. Soy estéril. Sufrí una infección, la misma que dañó mi pierna afectó mi

cuerpo de modo irreversible. Para tu mal y el mío, es imposible que te deje encinta. El hijo que esperas es de Adolfo.

Pétalo sufrió una conmoción tan grande al saberse engañada, que su rostro se distorsionó en una mueca, los ojos de ágata se achicaron, la boca se curvó hacia abajo en señal de desprecio y las manos se crisparon, formando puños que abultaron la tela negra. Había sido burlada. Cada vez que el amo le exigía preparar las hierbas abortivas, una medida que ella aprendió en el burdel con las otras prostitutas, él sabía que era innecesario y no obstante, la había dejado creer que sí. Ignoraba con qué razón.

—¿Por qué tomaba precauciones, entonces? —le preguntó con vocecita insidiosa.

—Porque no deseaba hablar de eso. Te ofendí al traerte aquí y mantenerte como concubina. Pétalo, quiero remendar eso dándote la oportunidad de vivir de otro modo.

—¡No quiero vivir de otro modo, quiero vivir contigo, mi señor! —rugió ella, descontrolada.

Julián jamás la había visto así, y sintió temor de que tanta emoción la afectase.

—¿Estás encinta? ¿O eso también es mentira?

—¡Maldigo el hijo que crece en mis entrañas si no es tuyo, señor! ¡Lo maldigo y no lo veré nacer!

Corrió hacia la cocina en busca de un cuchillo y Julián la alcanzó a tiempo.

—¡Desdichada! Otras mujeres desean hijos que no pueden tener, y eres capaz de renunciar al tuyo.

—¡No me interesan otras mujeres, que se mueran todas! ¡Que muera la amable señorita y su esclava también! ¡Y todas las mujeres que amaste luego de traerme contigo! ¡Las maldigo a todas, que sus vientres se sequen y jamás conciban!

—¡Calla!

La enormidad de lo dicho asustó a Julián, no por superstición sino por saberla capaz de tamaño odio. Pétalo era una desconocida. Forcejeó con ella hasta despojarla del cuchillo que aún sostenía, y luego la abrazó hasta que la sintió rendirse.

—Pétalo, si esperas un hijo de Adolfo, eso no es ninguna desgracia, todo lo contrario. Él es un hombre de buena familia, solo que se siente infeliz por no poder satisfacer los deseos de sus padres. Lo conozco y sé que tomará esta noticia como algo bueno en su vida. Adolfo necesita arraigarse al cariño, lo mismo que tú. Lamento que hayas concebido falsas esperanzas conmigo, nunca te prometí matrimonio ni dije que deseaba casarme. De hecho, no me casaré, ni siquiera... —Y se interrumpió justo cuando Pétalo supo que diría el nombre de la mujer que le robaba sus sueños.

—¿Dices que Adolfo salió a caminar? ¿Por dónde suele ir? Iré a buscarlo, creo que debes darle la noticia, es justo que la sepa.

La dejó sentada sobre el sillón y después de asegurarse de que había recuperado la cordura y no volvería a intentar nada como lo del cuchillo, depositó un beso en su frente como un padre afectuoso. Pétalo lo miró salir con expresión asesina. Escupió

sobre la alfombra que sus pies habían pisado. Estaba perdida. Y con un hijo. Aún tenía al indigno, que obedecía su voluntad. Un hombre como Zaldívar era difícil de doblegar, sabía bien lo que quería y adónde ir. Pétalo hubiese perdido su libertad con él.

En cambio, con Adolfo...

Julián respiró hondo al verse fuera de la casita. Era imprescindible lograr el acuerdo entre esos dos y salir de allí. Nunca debió dejar que las cosas llegasen a ese punto. Pétalo sufría, sin duda, y él quería darle un hogar. ¿Dónde diablos estaba Adolfo?

Empezó a caminar por la huella en su busca. Luego los dejaría solos para que hablasen de esa noticia que cambiaría sus vidas.

Adolfo escribía con tinta unos versos en las tablillas del abanico de Pétalo. Lo fascinaba la manera en que ella lo desplegaba mientras tomaban té sobre la alfombra, la misma que por las noches soportaba la lujuria de su amor palpitante. El aroma del sándalo lo inspiraba, así como la idea de que cada vez que Pétalo se abanicase, sus versos ondearían ante sus ojos para la eternidad. Un cambio importante se había operado en él. Ya no descreía de los sentimientos puros ni repudiaba su pasado. Pétalo también era una paria a su manera, aunque ella jamás lo dijese. Había encontrado a su alma gemela en la persona más insospechada.

—Mi señor, el baño está listo.

La dulzura de su voz, los modales exquisitos del refinamiento oriental, eran un elixir de dicha para el poeta. Respiraba por ella y sabía que moriría sin ella. En su interior, agradecía a Julián Zaldívar el habérsela presentado. La verdadera salvación había consistido en conocer a Pétalo, no en salir de prisión. Además, él percibía que la joven era cada vez más cariñosa y lo cuidaba en los mínimos detalles, como el de prepararle un baño de aceites perfumados. Era una ceremonia preliminar al juego del amor.

—Iré enseguida.

Al regresar Julián de su viaje al Tandil, Adolfo lo había notado de un talante extraño. Entendía que su amigo tenía muchos problemas, aunque le pareció que su preocupación se concentraba en él, y eso lo previno. Nada le había dicho de la muerte del Indio Galván y aunque aquel sujeto no valía ni una plegaria, Julián no merecía que le ocultasen algo semejante, sobre todo teniendo en cuenta que la investigación del caso seguía vigente. Decidió que se lo diría la próxima vez que volviese a la casita. Julián lo había buscado en su caminata para informarle que pasaría una temporada con su madre, así que Pétalo y él estarían solos quién sabía cuánto tiempo.

Ella lo recibió envuelta en su bata de seda, entre los vapores del agua. Un sahumador despedía denso aroma junto a la tina. Con habilidad lo despojó de sus ropas y untó su cuerpo flaco con ungüentos que se disolverían en el líquido,

embriagando sus sentidos. Le resultaba fácil dominar al indigno, era cera entre sus manos, no como el amo Julián, que guardaba siempre un rescoldo al que ella no podía llegar. Se quitó del pensamiento el recuerdo del amo, y dejó que Adolfo se sumergiese para luego quitarse la túnica y meterse con él en el agua. Su pequeño cuerpo le facilitaba los movimientos y pronto ambos comenzaron a acoplarse al ritmo de sus instintos. Pétalo debía reconocer que no le disgustaba la manera de hacer el amor del indigno. Ella conocía a muchos hombres, y podía discernir sus mundos interiores a partir del sexo. En su vida de ramera había habido déspotas, débiles, dominantes, malvados, perversos, toda una gama de personalidades que ella leía en sus movimientos, porque eran instintivos y dejaban entrever el ser que ocultaban a los demás. Adolfo era un hombre golpeado en su estima y anhelante de amor. Ella lo había bautizado «indigno» porque no encontraba virtudes que lo enalteciesen. A medida que lo conocía mejor, sin embargo, algunas cualidades empezaron a revelársele. Tenía experiencia con mujeres de todo tipo y no por eso recurría a trucos aprendidos, sino que inventaba nuevas formas de complacerla, como si se inspirase en ella sola; era delicado al amarla, le preguntaba cómo se sentía y jamás daba por sentado que esa relación que sostenían la satisfacía, quería que con sus propias palabras se lo dijese. Ella hacía y decía todo cuando él pedía, al principio por hábito, luego por deseo propio. Disfrutaba del amor que Adolfo le brindaba, y no le costaba demasiado complacerlo.

—Mi señor, debo decirte algo y no me atrevo.

—¿Por qué, mi cielo? ¿Acaso no te digo que hablemos hasta que las lenguas se sequen?

Pétalo lamió la boca del hombre con lascivia.

—Mi lengua aún no está seca —le dijo con intención.

Se besaron durante largo rato, probando cien formas de acariciarse con la lengua, hasta que el propio Adolfo puso fin al cortejo.

—Dime eso que tanto te turba, amor mío.

—Estoy encinta.

Las aguas del baño se removieron por el sobresalto del hombre y Pétalo, que aún lo contenía en su interior, gimió.

—Perdón, perdón si te causé daño. Es que... me has sorprendido.

—¿Pensabas que por ser puta no concebiría nunca un hijo?

—Pétalo, jamás digas esa palabra. No eres una puta, fuiste una mujer explotada, y ahora eres mía. Te prohíbo que te refieras a ti misma de ese modo. ¿Es cierto lo que me dices, estás segura?

—Tanto como puede estarlo una mujer.

—Esto es... algo... algo maravilloso —exclamó consternado Adolfo.

Todavía no estaba preparado para una confesión semejante. En realidad, apenas empezaba a vivir las delicias del amor, y por el momento nada más lo preocupaba. La idea de engendrar un hijo siempre lo había espantado, dado su pesimismo, y aún

persistía en él ese temor de dejar descendientes que viviesen el infierno que él había conocido. Por otro lado, el menosprecio de su familia lo llevó a convencerse de que el mundo no necesitaba de su sangre. Nada tenía para dar a un hijo.

La confesión de Pétalo lo sacudió entero.

—Ven, salgamos del baño y hablemos de esto con más tranquilidad.

—¿Por qué? Aquí estamos bien, y ya dije lo que tenía que decir.

—Pero Pétalo, esto cambia algunas cosas. Julián exigirá reparación. Y es justo que sepas que no tengo un miserable centavo en el bolsillo.

Pétalo despreció esas prosaicas referencias con una mueca.

—Hablar de dinero ensucia esta noticia.

—Perdóname de nuevo, no sé lo que digo. Es que nos han educado en la creencia de que la vida material lo es todo. Amor mío, tener un hijo en ti es una dicha tan grande, que todavía no alcanzo a comprenderla. Entiende mi temor de no poder darte lo que mi hijo y tú merecen.

Los ojos de Pétalo eran insondables.

—Está bien. Hablaré con Julián, no quiero que piense que me aproveché de su confianza.

—Calla, mi señor. Te daré un hijo, eso es todo.

Casi nada. Adolfo estaba tan conmocionado, que no supo de qué modo Pétalo consiguió excitarlo de nuevo y hacerle el amor en el agua que ya se enfriaba. Una sensación de alegría enturbiada por la inquietud lo embargó. Se dejó acariciar hasta el borde del éxtasis y cuando la penetró, descargó en ella esas emociones contrapuestas. Si Pétalo no hubiese estado ya encinta, Adolfo suponía que en esa ocasión la habría dejado en estado.

En esos días, recibieron la última visita de Elizabeth O'Connor, ya a punto de dar a luz. Su esposo no quería que se expusiese al traqueteo del coche ni a las inclemencias. Adolfo se había aficionado a esas encantadoras damas que llevaban sosiego a la casita del suburbio. Si bien la vida de ellos no era ortodoxa, él notaba que las maestras pasaban por alto los detalles en aras de su misión. Él prefería a Elizabeth, ya que advertía corrientes de antipatía entre Livia y Pétalo. Esperó en vano a que la joven china anunciase su estado ante la otra mujer, pues supuso que al encontrarse en la misma situación compartirían consejos, sin embargo Pétalo calló, y él no consideró conveniente sacar un tema que podía incomodarlas.

Tomaron el té a la usanza occidental, y departieron sobre usos y costumbres de ambos países, comparando las ventajas y desventajas de cada uno. Adolfo se limitó a saludar, intercambiar algunas palabras y luego deambular por el huerto, emponchado para no enfriarse, pensando en sus poemas o sus cuitas. Eran momentos de paz que apreciaba mucho.

—Ya no vendremos por un tiempo —le explicaba Elizabeth a Pétalo— hasta que nazca mi hijo, y luego, con ayuda de Dios, volveremos a visitarte. Te traeré a mi bebé

para que lo conozcas. ¿Te agradan los niños, Xiang-Bo? —Elizabeth era la única que la llamaba por su verdadero nombre.

—Yo misma era una niña cuando me casé, señorita.

—Claro, qué estaba diciendo... Tienes razón, se piensa en niños cuando se deja de serlo, no antes. Toma, he traído unos dulces que ha hecho mi madre. Ella vino desde lejos para acompañarme en estos días y no pudo con su genio, preparó las confituras que acostumbra en su tierra. Sé que te gustarán.

Pétalo agradeció con una inclinación de cabeza, y Livia se ofreció para llevarlas a la cocina. Una cortina de algodón separaba los ambientes. Detrás del género, la joven mestiza puso los frascos en un estante a la vista y con rapidez hurgó entre las cajas de madera donde sabía que Pétalo guardaba los tés. Encontró un cofre pequeño adentro de una lata y extrajo de él una bolsita llena de semillas. Tomó un puñado que guardó en su bolsillo y dejó todo como estaba. Al salir, fingió levantar una vasija que se le había caído para justificar su tardanza.

—Vamos ya, Livia, o el señor Balcarce me reprochará que lo deje a solas con mi madre para que lo aburra con su charla. Pobre mamá, por fin puede sentirse en familia. Querida Xiang-Bo, deseo de corazón que estés bien y que pronto Julián se haga cargo de tu situación —y bajó la voz—. El señor Alexander es una bella persona, me alegra que él y tú hayan congeniado. Ya sabes, para todo lo que se te ofrezca estoy dispuesta, si no puedo venir yo misma enviaré a Livia o a Cachila, mi ama de llaves. O a ambas, ya que estamos. Cachila es algo alborotada.

Besó a Pétalo, un gesto que conmovió a la joven, y apretó sus manos con afecto antes de salir, seguida de Livia. La mestiza saludó con más frialdad y Pétalo le correspondió con una dura mirada.

—Señorita, que su hijo sea sano y robusto —agregó Pétalo cuando ya las mujeres subían al coche que las aguardaba.

Elizabeth sonrió y se despidió con la mano, en tanto que Livia cruzó los dedos en un conjuro para evitar la desgracia. Ella no era cándida, había que cuidarse de la extranjera.

Adolfo regresó de su paseo. Traía en sus manos las primeras flores de primavera, ramitos silvestres que morirían enseguida, pero deseaba tanto satisfacer a Pétalo... Ella se encontraba más callada que nunca, y él temía no ser el más indicado para asistirla en los temores de una embarazada.

La encontró recogiendo las tazas del té.

—Mira lo que te traje. Son miserables comparadas con las que sabes cultivar en el huerto, pero me conmovió su sencillez.

Ella le lanzó un vistazo desdeñoso.

—¿Dijiste a nuestras invitadas que esperábamos un hijo?

Pétalo se detuvo como alcanzada por una espada y se volvió con ferocidad.

—¿Por qué?

—Me pareció que era un tema apropiado para la conversación femenina. Claro que dadas las circunstancias...

—El hijo de un indigno no es bienvenido.

—¿De qué hablas? —Adolfo dejó el puñado de flores sobre la mesa y la siguió hasta la cocina—. Pétalo, ¿no quieres al niño? Dime la verdad, ¿no lo deseas? Nadie mejor que yo para entender esas miserias, pues ni yo mismo querría un hijo de mi sangre.

El tono sarcástico movió algo en el interior de Pétalo. Se debatía entre la furia y la conmiseración. Todo su plan se había derrumbado, y lo peor era que el poeta la amaba más allá de cualquier cosa que ella hiciese, adoraba el suelo que pisaba como había hecho ella con Julián. Podía entender ese sentimiento servil y lo despreciaba. Se sentía capaz de matar a Adolfo solo para borrar esa expresión de su cara.

Alguien golpeó la puerta y la figura de Julián Zaldívar se dibujó en el vano. Los había dejado solos el tiempo necesario para resolver sus asuntos, de modo que su presencia no debería sorprenderles.

—¿Qué pasa? ¿De qué hablan?

Había escuchado voces ásperas, y sospechó cuál podía ser el tema de la discusión.

—Perdona, Julián, por un momento pensé que podía arrebatarte el amor de esta mujer.

Julián miró a Pétalo con una dura advertencia en los ojos.

—No me lo arrebataste, Adolfo, te lo has ganado en buena ley. Pétalo fue mi protegida mientras lo necesitó, ahora tiene quien la cuide.

La aludida temblaba de rabia. El rostro del poeta reflejaba un profundo dolor, y Julián sintió tenazas apretando su cuello.

Contempló a aquellos dos, tan distintos en todo y tan semejantes en el sufrimiento y el abandono, y tomó una decisión precipitada de la que podría arrepentirse después. Había que sujetar al toro por las astas, como solía decir Misely cuando hablaba de hacer cosas que rompiesen los moldes establecidos. Él ya no tenía edad para juguetos ni tiempo para perder. La tutela de esos dos lo impelía a decidir por ellos, aunque renegasen.

—Adolfo, ¿quieres de verdad a esta mujer?

La mirada del hombre se encendió.

—La amo, pese a que no me corresponde.

—Tendrás más inspiración para tus versos, entonces —repuso Julián enigmático—. Hazme un favor, monta el caballo que está afuera y ve en busca de un sacerdote, el de la primera iglesia que encuentres. Muéstrale mi tarjeta y dile que es un caso urgente, que hay un embarazo de por medio y tenemos que darle a esto una solución decorosa.

Julián firmó detrás de la tarjeta y Adolfo obedeció con aire desdichado. Apenas hubo salido, Julián arremetió con la otra parte del plan que acababa de concebir.

—Vístete decente, con las ropas que trajo Elizabeth. Y péinate. Voy a aguardar aquí a que salgas y si demoras, entraré a vestirme yo, pero en ese caso te pondré lo primero que vea, no soy especialista en moda femenina.

Pétalo se había vuelto de cera. Todo le había salido mal, cargaba con un hijo sin poder endilgárselo al hombre que había querido capturar. Qué destino cruel... su esposo abusaba de ella vendiéndola, y el que creía su benefactor la casaba con otro. En lo íntimo de su ser práctico y fatalista fue esbozando otro camino a seguir. Ella tenía recursos. Se vistió y se colocó pendientes de marfil; con una peineta recogió todo su cabello en un moño bajo y se pintó con delicadeza, algo que había aprendido de Elizabeth O'Connor. Qué diría la amable señorita si la viese en ese trance. Sin duda la abrazaría encantada. Estaban todos locos. Ella seguiría siendo una china, aunque se disfrazase para complacerlos.

La ceremonia duró escasos minutos. El sacerdote, un hombre joven de una capilla cercana, sorprendido ante la urgencia y más aún al ver de quiénes se trataba, estuvo a la altura de las circunstancias y pronunció un breve sermón sobre la bondad de los designios de Dios, inescrutables para los hombres. Julián le dio generosa propina y lo despidió, más contento aún que los novios. Adolfo y Pétalo se miraban, turbados.

La euforia de Julián llegó más lejos. Sin darles tiempo a pensarlo, decidió que se quedarían en aquella casita que él seguiría pagando puntual, y que él se mudaría al centro, donde lo reclamaban sus ocupaciones. Le dio a Adolfo un papel con los datos de los lugares que frecuentaba, y prometió alcanzarle un caballo por medio de un sirviente de las cuadras de su casa paterna. En menos tiempo de lo que llevó instalarse, cargó un baúl con sus ropas y lo depositó en la entrada.

—Labrando el huerto no les faltará comida, Pétalo es buena con las plantas. Adolfo, contarás con mi apoyo, le hablaré de ti a un amigo que escribe artículos en el periódico. Es un hombre honesto que aprobará lo que considere de calidad, así que no debes temer. Estoy seguro de que hallarás trabajo. Poco a poco, tu nombre tendrá el prestigio que merece.

Poseído de un vigor desconocido, Julián abrazó a Adolfo, y mientras lo palmeaba murmuró en su oído:

—Ella cederá, amigo, es terca como todas, si se dejó embarazar sabía que corría el riesgo y lo aceptó. Gánatela, merece la pena, ha sufrido y te necesita —y luego se dirigió a la joven china que permanecía muda—. Cuida de este hombre, Pétalo. Has sido buena conmigo, pero el amor requiere de otro condimento que no puedo darte. Si de verdad me quieres, conviértete en una mujer decente que cría a sus hijos con amor y ejemplos. Ahora tienes otro sendero para recorrer. Y un hombre que te ama de forma incondicional.

Ató el baúl al caballo y montó con esfuerzo, ya que la pierna parecía responder a sus emociones y fallarle cuando más vulnerable estaba.

Los recién casados lo contemplaron desde la puerta. Al aposentarse la tierra, Pétalo miró a Adolfo muy seria.

—Prepararé un té, mi señor.

Él la siguió en silencio, con mil pensamientos arremolinados en su cabeza.



CAPÍTULO 31

Verano de 1877

El calor se había adueñado de la ciudad y los porteños aprovechaban la menor ocasión para arrojar al río y hacerlo soportable. Pesaba un sol de plomo sobre las veredas, y la sombra de los paraísos era codiciada por los escasos caminantes que se aventuraban a salir a la hora de la siesta. Buenos Aires se estiraba con pereza bajo los efluvios del verano, que arrastraba el aroma de las magnolias en los jardines y los olores pútridos de las orillas barrosas.

Julián se había instalado en una casa céntrica que poseía las comodidades mínimas para un soltero. Al fin y al cabo eso era, un hombre solo. Poco a poco fue retomando los lazos que lo ayudaron a ubicarse en el foro. Hacía varios meses que trabajaba en un estudio jurídico de la calle Esmeralda. Si bien no se esperaba de un heredero que lidiase con el pan de cada día, el trabajo lo redimía de sus muchas frustraciones.

La mayor era el distanciamiento de Brunilda.

Desde aquella conversación en el andén del ferrocarril, habían sostenido una relación correcta y educada que en nada dejaba traslucir los sentimientos de ambos. Julián no ignoraba que Brunilda hubiera dado el sí, y que su propia terquedad lo había impedido. A medida que el tiempo pasaba, él se cuestionaba aquella decisión de ofrecerle menos de lo que la muchacha merecía. Y no solo porque era indigno comprometerla sin darle su apellido, sino porque la amaba. Sus días en la nueva casa, que a su regreso hallaba fría y ajena, se lo demostraban. Dar marcha atrás en esos momentos requería de una buena dosis de humildad y paciencia. Abordar a Brunilda con delicadeza y una idea precisa de lo que iba a proponerle.

Julián se encontraba esa tarde merendando en el café Tortoni, donde solía reunirse con sus colegas a comentar los casos, cuando se escuchó la voz multiplicada en infinitos ecos por todo Buenos Aires:

—¡Ha muerto Alsina!

El rumor recorrió el salón enmaderado y el tintineo de las tazas se detuvo para dar lugar al ruido de sillas arrastradas. Los comensales, de pie, buscaban en los rostros desconocidos la respuesta a la pregunta: ¿cómo podía morir Alsina?

El ministro acababa de regresar de la frontera, y la noticia de su muerte causó tal impacto, que la gente se arrojó a las calles para corroborar su certeza. Se sabía que una enfermedad crónica lo aquejaba, un mal que afectaba sus riñones, pero la vitalidad que el hombre desplegaba hacía imposible pensar en el desenlace. El caudillo los dejaba huérfanos. Los porteños lloraban una pérdida irreparable. Jamás habría otro como él.

El día anterior, el ministro se había incorporado en su lecho de enfermo con un ímpetu que parecía desmentir las preocupaciones de sus doctores, firmes en su cabecera.

—¿Qué se sabe de Namuncurá? —dijo entre espasmos de agonía.

Llamaron a los amigos que aguardaban afuera y ellos lo tranquilizaron diciéndole que el cacique sin duda estaba por rendirse ante el acoso del ejército, ya mejor pertrechado.

Alsina dejó caer su cabeza sobre las almohadas húmedas y suspiró, agotado.

—Noticias, quiero noticias —insistió.

Era comprensible, estaba obsesionado por el éxito de aquella zanja que iba a ser su gloria. Su necesidad de noticias lo encendía más que la intensa fiebre que lo consumía. La sala de la casa de la calle Potosí estaba atestada de amigos y familiares, todos sumidos en la tristeza y el desconcierto. Estados de obnubilación se alternaban con otros de lucidez, y el enfermo caía presa de intensas cefaleas que lo postraban. Se quejaba poco; aun en el lecho parecía un árbol que se resistía a ser derribado.

Exhaló su último suspiro luego de confesarse, como hombre de fe que era.

El gigante dormía, esa vez para siempre.

Afuera, las calles vecinas a la de Potosí comenzaban a llenarse. Julián salió del Tortoni y caminó hacia el Club del Progreso. Buscó caras conocidas y halló a Francisco compartiendo un café con otros dos hombres.

—¡Julián! ¿Te enteraste ya?

—Venía a comentarlo —y se sentó en una de las butacas después de saludar.

—Qué desgracia —dijo Sáenz Valiente, un hacendado al que Julián conocía—. ¿Lo sabe tu padre?

—Acabo de telegrafiarle. Pasé por la oficina de Correos al venir hacia aquí. ¿Cómo es posible que haya muerto, si hace poco estaba en la frontera?

—Ha de ser por eso —contestó el tercer hombre moviendo la cabeza—. Es probable que las inclemencias de la campaña hayan agravado su estado. El doctor supo viajar a Europa en otro tiempo, en busca de cura para su mal. Se ve que no la había.

—A los cuarenta y ocho años, qué picardía...

—Lo vamos a extrañar —aseveró Sáenz Valiente.

—Supongo que al gobierno le habrá caído como una losa —dijo Julián, que se sentía más conmovido de lo que él mismo hubiera podido imaginar.

—Avellaneda está muy dolido, era su amigo además, y aunque algunas veces tuvieron entredichos y encontronazos, todos debidos al carácter violento de Alsina, el Presidente nunca le guardó rencor.

—¡Qué va! —intervino el hombre mayor, que resultó ser un rematador de hacienda—. Si el propio Alsina le escribió una carta una vez, disculpándose. Es que

cuando hay fuego en el corazón de un hombre, con facilidad se equivoca. Y Avellaneda jamás obra con precipitación.

—Hasta se dice que ha empezado a buscar la conciliación con Mitre —agregó Fran.

—Bueno, quizá la muerte del ministro abra las puertas a una nueva etapa. A veces, estas cosas son necesarias —filosofó el rematador.

Julián se quedó pensando en esa frase. Se preguntaba si era necesario que muriese Pulquitún para que su padre reconsiderase volver a Buenos Aires, y si era necesario que él trajese a Pétalo para redimir a Adolfo. Tantas cosas le resultaban significativas en esa hora en que el alma de un hombre iniciaba su transición...

Brunilda, por ejemplo: ¿era necesario que se mantuviese distante para apreciar el valor de su compañía? Se diría que sí, ya que desde que él vivía en otra casa, pocas veces podía verla o saber de ella. Y doña Inés, acompañada como estaba, tampoco se lo reprochaba. Empezaba a sentirse más solo y olvidado que nunca.

—¿Estás triste por esto, o hay algo más? —murmuró Fran en un aparte.

Julián sonrió con cinismo.

—El peso del mundo sobre mis hombros, amigo, eso siento ahora.

—Ven a casa, Elizabeth se alegrará de verte.

—No quiero molestar en estos días, con el bebé tan pequeño...

—Es por eso que se alegrará de verte, querrá presumir de él y luego convencerte de las bondades de ser padre. Además, ya no es tan pequeño, han pasado varios meses.

Salieron del club y Fran condujo su nuevo landó hasta la mansión Balcarce.

—Te ruego que me asistas, tengo a mi suegra viviendo conmigo y por si fuera poco, a mi esposa se le ocurren ideas para impulsar la independencia femenina.

—¿Y qué esperabas? Ella misma es independiente. Y maestra. Quiere enseñarlo también.

Julián se encontró en medio de una pequeña tertulia. Elizabeth la presidía, sentada en un sillón *berger* con el bebé a su lado, en una canasta repleta de moños y volados. Sus puñitos alzados revoloteaban entre los velos de gasa blanca.

—¡Julián, querido! —le extendió ambas manos, que él besó con cariño.

Tuvo que ceder al capricho de ella y se acomodó entre las damas, que lo acogieron con sonrisas. Además de Livia, que cuidaba con celo del pequeño Francisco Faustino, se encontraba una mujer mayor que él no conocía.

Y Brunilda, acompañada por Carmina y la polaquita. Lo miraba con una expresión indescifrable, Julián no podía discernir si se alegraba de verlo o lamentaba el encuentro. Hubiese deseado sentarse junto a ella para percibir a flor de piel sus sentimientos, pero ya las damas estaban ansiosas por hacerlo partícipe de su conversación.

—Julián, quiero presentarte a Juana Manuela Gorriti, recién llegada de Lima. Estábamos comentando la publicación que ella impulsa, *La Alborada del Plata*, que

es similar a otra que creó allá.

—*La Alborada de Lima* se llama la otra —explicó Rini muy seria, orgullosa de participar en esa tertulia literaria.

Julián se admiró al saber que la mujer de aspecto severo había vivido en el exilio y fundado una escuela primaria en Lima mientras su esposo se hallaba en Bolivia, y más cuando por lo bajo, la polaquita le informó que al morir el hombre, Juana Manuela había exigido la entrega del cadáver y lo enterró ella misma.

Brunilda contemplaba el rostro de Julián y pudo darse cuenta de que venía de otro sitio y estaba impaciente. Le resultaba sencillo descubrir las sensaciones que lo embargaban, y lo más asombroso era que no se debía a que él fuese transparente, sino a que ella lo calaba bien, como si tuviesen una afinidad anterior a sus propios nacimientos. Una unión predestinada. Con tristeza, pensó que quizá ese destino jamás se cumpliría.

—Viajaré a Salta en unos días —aclaraba la viuda Gorriti— pero no podía resistirme a la invitación de una querida colega. Es necesario marchar siempre en el camino de las letras, porque detenerse es lo mismo que desertar.

Julián observó la complacencia en el rostro de Elizabeth y supo que la maestra se encontraba en su plenitud. Trabajaba en lo que más le gustaba, había formado una familia y recibía tanto amor como el que daba, no solo de sus hijos y su esposo, sino de todos los que la trataban, como esa señora augusta que le destinaba las pocas horas de que disponía, o la misma Cachila que la asistía con desvelo, hasta Livia, que la adoraba. Y Brunilda. La notó cambiada. Vestida con audacia, sin crinolina ni polisón, su traje azul ribeteado de blanco destacaba la lozanía de su piel y los colores de su rostro. Le brillaban los ojos bajo el flequillo y sonreía con facilidad, no como antes, cuando él la frecuentaba. De pronto, lo asaltó la idea de que podían estar cortejándola y sintió prisa por averiguarlo. Las damas deseaban contarle que la señora Gorriti había escrito una novela y él a todo asentía con media sonrisa, procurando llamar la atención de Fran para que lo rescatase. Al fin su amigo entendió y lo llamó con un pretexto.

Al encontrarse a solas en el despacho, tuvo que soportar sus burlas.

—Se suponía que el asediado era yo —le dijo con ironía.

—Déjate de bromas, esto es cosa seria. Dime: ¿Brunilda tiene cortejante?

Fran no iba a hacérselo tan fácil. Se sentó en su silla y se sobó la barbilla, pensativo.

—A ver... creo que no, no me parece, aunque... hay un caballero que ha ido a tu casa varias veces. En fin, no sé si cortejante, pero como ahora viven en ella varias señoras, sin contar a tu madre, por supuesto...

—¡Fran! Dime si Elizabeth te lo ha contado. De esas cosas suelen hablar las mujeres.

—Pero no nos las dicen, amigo. Lizzie no me ha dicho que Brunilda esté enamorada de ningún hombre.

Julián debió de haber puesto una expresión melancólica, ya que Francisco se apresuró a aclarar:

—Ningún hombre que no conozcamos.

—¿Se ha enamorado de un conocido?

—Puede ser.

—Dime quién es.

—Mmm...

—¡Fran!

Francisco se levantó con rapidez y tomó a Julián por los hombros para voltearlo hacia el espejo que coronaba el *dressoir* de la entrada.

—Míralo. Este es.

Julián se quedó perplejo. La imagen le devolvía a un hombre muy distinto al que había llegado un año atrás. El de aquel entonces era un caballero frío y aburrido, sin luz en la mirada y con arrugas que acentuaban la severidad del gesto. El que hoy lo contemplaba desde la superficie bruñida era un hombre lozano y aguerrido, tostada la piel del rostro y con un brillo en los ojos azules que ni él reconocía.

—¿Soy yo?

—El que se refleja sí. Y el que la señorita Marconi desea, también.

—¿Cómo lo sabes?

—Acabas de decirme que las mujeres comentan estas cosas.

—Dijiste que no te las contaban.

—Amigo, cuando vivas como hombre casado, aprenderás que hay mil formas de sonsacar a una esposa. Y no hablo de la que estarás pensando con tu mente pervertida de amante asiático.

Julián tuvo que reír ante semejante comentario. Y luego respirar hondo para asimilar la posibilidad de que Brunilda todavía lo aceptase, si es que él se decidía a volver sobre sus pasos.

—¿Y quién es el otro hombre, el que frecuenta mi casa paterna?

—Si no entendí mal, se presentó como el domador de El Duraznillo.

Los despojos mortales de Adolfo Alsina fueron sacados de su casa de la calle Potosí y llevados a pulso hasta la esquina de Victoria y Buen Orden. Se colocó el féretro sobre una zorra tranviaria que lo conduciría a la Catedral, donde habría una misa de cuerpo presente. El mal estado de las calles a causa de la lluvia obligaba a ese traslado poco ortodoxo. La multitud, que pugnaba por participar, se apretujaba impidiendo el avance mortuario. Todo el pueblo de Buenos Aires estaba allí, sin importar las diferencias políticas que en otro tiempo los hubieran separado del caudillo. A lo largo del fúnebre trayecto, los balcones lo despedían con sus rejas enlutadas con crespones, y en los llamadores de las puertas ondeaban en la brisa las cintas negras. Flores póstumas llovían desde las azoteas y se apilaban sobre el féretro, que avanzaba lento,

lentísimo en medio de una apretada columna de público. Todos querían tocar algo del caudillo, así fuese su postrer morada de cedro. Entre los dolientes de la primera fila se hallaba el Sapo Barceló junto a Ruyerito y los demás compinches. Eran fervientes acólitos de Alsina, y lo lloraban con sincera pena. Ellos también sentían que quedaban huérfanos sin la sombra paternal del caudillo.

—Suerte perra... —se escuchó decir—. El doctor pudo haber sido presidente.

Y es que era ese el destino prefijado para un hombre que había madurado en las lides políticas y podía cosechar el fruto de sus esfuerzos.

Julián recapacitaba sobre esta cuestión mientras caminaba a la vera de la columna, apoyado en su bastón y con el sombrero en una mano. ¿Cuál era en definitiva el destino de un hombre? ¿El que él mismo cimentaba día a día, como el grano que va tomando color hasta estallar el día de la siega? ¿O el quiebre abrupto que lo partía en dos y lo convertía en leyenda? Para Adolfo Alsina, había sido este último. Hasta sus rivales recibieron con estupor la noticia de su muerte. Todos superponían su dolor sin distinciones, y el que no tenía flores para darle, le ofrecía sus lágrimas.

Julián guardaba en su memoria la imagen sólida del hombre en la fiesta de la quinta Lezica, cuando su voz de trueno improvisaba un discurso que concitaba la atención de todos. «Dichoso el que deja a su paso una estela de cariño y reconocimiento», pensó apesadumbrado. ¿Qué dejaría él si muriese? ¿Y si hubiese muerto allá, en los toldos? Alguien le tocó el hombro.

—Si don Adolfo viera esta multitud, se pondría contento.

Era Marcelino, que se unía al cortejo con el mismo pesar.

—Todavía me cuesta creerlo —le respondió.

—Como a todos. Un tipo así parecía inmortal. Pero claro, eso sería una blasfemia.

—Te parecerá tonto y hasta cínico que me pregunte qué hará Avellaneda ahora. La muerte del ministro deja un hueco difícil de llenar.

—Dicen que el candidato para eso es Julio Roca. Tiene los galones adquiridos durante las luchas civiles y la guerra del Paraguay, y estaba al servicio de Alsina en la conquista del desierto.

—Sí, aunque con otro criterio.

—Bueno, en esta cuestión hay divergencias, pero un mismo fin. Roca era partidario del avance ofensivo, sin embargo supo obedecer y cumplir.

Julián asintió y meditó sobre los rumbos que podría tomar a partir de ese momento la empresa. Su padre, si se había enterado ya, estaría meditando sobre lo mismo. Ya no era cuestión de sostener la zanja con esfuerzos humanos y materiales, sino de proveer a los ejércitos del Remington y el Colt. A diferencia de otras naciones indias, los nativos del desierto nunca habían sido duchos con las armas. Julián supo que su suerte estaba sellada, y a pesar de su animadversión producto del cautiverio y el sufrimiento, un rescoldo de pena le agitó el pecho. Ese sentimiento le demostró,

más que ninguna otra cosa, que ya no era el hombre descreído que regresó de Europa y de Asia. Era Julián Zaldívar, el que siempre había sido en el fondo de su corazón.

Contuvo lágrimas de emoción al descubrirlo.

—Vamos, que ya están dando la vuelta.

Caminaron en medio de la multitud fervorosa hasta la escalinata de la Catedral. Adentro aguardaban las primeras figuras de la República, envueltas en el mismo pesar que los hombres y mujeres de la calle. Una letanía de sollozos acompañó el ascenso del ataúd hacia el templo porteño. La pompa oficial, hecha de salvas y uniformes, quedó opacada por ese duelo espontáneo, y la honda pena popular se tragó al protocolo.

—¡Dejen pasar!

—¡Adiós, doctor!

—¡Que Dios lo tenga en su Santa Gloria!

El cuerpo del tribuno sería embalsamado por los doctores Aguilar y Del Arca. Y su Memoria del Ministerio de Guerra, la que elevó al Senado poco antes explicando las razones de su cautelosa estrategia en la lucha contra el indio, puesta en tela de juicio una y otra vez, para encontrarle fallas y aciertos. Qué importaba... Alsina había sido un eslabón necesario. Durante la construcción del foso se pudo mejorar la sanidad en los fortines, la remonta y veterinaria, aspectos que los indios sufrirían en carne propia cuando les llegase el momento.

Julián despidió al más porteño entre los porteños con una plegaria y salió de la Catedral.

Detrás de una columna, un hombre lo vio y le dirigió un silencioso agradecimiento por lo que había hecho por él.

—*Aguyjé*, doctor. Hasta la vuelta.

Manu Iriarte, que había galopado de incógnito para despedir al caudillo que le regaló a Huentru. Ese mismo día ganaría el campo y se perdería de nuevo. Solo lamentaba no haber podido ver a Violeta. Lucerito le dijo que su padre la había ido a buscar, y que ella y Dalila ya estaban en los esteros, preparando un largo viaje hacia otro continente. Si existía un Dios, su alma y la de Violeta se unirían, en la tierra o en el cielo. Manu juramentó ese destino mientras se alejaba del centro.

Los sones del órgano de la Catedral se elevaron en el aire colmado de incienso.



CAPÍTULO 32

Carmina y Rini hojeaban la revista *Singer Gazette*, donde aparecía un anuncio de venta de la famosa máquina de coser.

—Mira, Bruni, aquí dice que si se entrega una máquina usada, se hace un descuento en la compra de la Singer.

—También dice que la venta a plazos está dirigida a las familias, y resulta más barato que el precio ofrecido a las fábricas —acotó Carmina, entusiasmada.

—Así y todo, el precio es elevado —objetó Brunilda mientras trazaba rápidos dibujos de un vestido veraniego.

Las tres amigas se encontraban en el saloncito de Inés Durand, donde los antiguos bastidores compartían el espacio con el maniquí y dos mesas desbordantes de telas y útiles de costura. Hacía rato que cosían juntas, casi desde que Modas Viviani cerró sus puertas. Al principio, Carmina y Rini se reunían con Brunilda solo para acompañarse en su mala suerte, pero el día que la viuda de Bunge visitó a doña Inés con una propuesta en firme, todo cambió para ellas. Doña Celina quería ayudar a Brunilda, no solo porque tenía alma de samaritana y veía en ella una promesa, sino porque la ausencia de Violeta Garmendia la había deprimido más de lo que deseaba admitir. La anciana dama acudía cada semana a la mansión, y regresaba siempre con un dibujo de Brunilda y el encargo de comprar la tela adecuada. Poco a poco, otras damas quisieron probar la habilidad de esa joven modista de la que tanto les hablaba la Bunge, y así Brunilda fue recibiendo la visita de las señoras y señoritas de las familias más encumbradas de Buenos Aires. La mansión Zaldívar era un sitio respetable, y el hecho de que doña Inés la tratase como a una amiga operaba maravillas en el ánimo de todas. Hubo que dar citas y salir de compras para mostrar telas y galones, puntillas y botones, a fin de que las ansiosas mujeres se hiciesen una idea de las prendas que podían encargarse. Había temporadas en las que apenas daban abasto, y por eso Brunilda incluyó a sus compañeras del taller, para que entre las tres cosieran más rápido.

—¿Por qué no encargamos a alguien que traiga una de estas máquinas en sus viajes?

—Tenemos algunos ahorros.

El entusiasmo de sus amigas era contagioso. Brunilda se había fijado el propósito de no endeudarse, pues continuaba con la idea de establecerse por sí misma, y si vivir con doña Inés era una bendición, ya que la señora se había convertido en su mejor aliada, ella no deseaba seguir compartiendo la casa y la familia de Julián Zaldívar.

Él no aparecía casi nunca, aunque su presencia se hacía palpable en cierto paquete de dulces que la cocinera luego servía en los interminables tés que organizaba la patrona, o en un cascabel de plata para Fígaro, y también en las encuadernaciones de modas que conseguía en el comercio de ultramarinos. Julián Zaldívar se hacía notar

aunque no estuviese. Brunilda había cerrado su corazón, no deseaba albergar esperanzas. Claro que no contaba con la complicidad que la propia doña Inés podía desplegar con su hijo.

Una mañana, mientras cosían a destajo unos vestidos de bautizo, la puerta de entrada se abrió y las exclamaciones de la criada atrajeron la atención de las costureras.

—¡Señor, qué belleza! Ay, se van a caer de espaldas...

Rini fue la primera en salir al corredor, con una cinta claveteada de alfileres colgando del cuello. Sus saltos y sus palmas obligaron a Brunilda y a Carmina a asomarse también.

—Me pareció bonito, no sé si les servirá —decía con modestia Julián, mientras sus ojos vigilaban la reacción de Brunilda.

Les traía un perchero de hierro forjado, con tantos ganchos como vestidos cupiesen, terminados en puntas de oro. Era un mueble propio de las grandes tiendas, para alinear las prendas con prolijidad. La parte superior contaba también con un velo de tul negro para proteger la ropa del polvo del ambiente y de la luz excesiva. Una preciosidad. Brunilda miró al hombre que desvelaba sus noches y al que intentaba erradicar durante sus días. A qué negarlo, lucía más buen mozo que nunca y era tan insistente, que optó por rendirse a sus intentos de retomar la amistad. Solo como amigo, del mismo modo que él lo era de Elizabeth O'Connor. Brunilda aprendía mucho de la maestra, y en esto sería también su alumna.

—Es hermoso, Julián, y muy necesario. Gracias.

—Me alegra que les guste, señoritas. Poco y nada entiendo de esto, pero el vendedor me dijo que en las grandes *maisons* de París se lo usa mucho.

—¡Julián, no te esperaba tan pronto! ¿Qué es esta maravilla? Criaturas, vamos a ser la envidia de la Tienda San Miguel.

Doña Inés tomó del brazo a su hijo y lo invitó a compartir el té de media mañana, como llamaba ella al refrigerio que las reunía en torno a los pasteles recién horneados y era la excusa para comentar los proyectos y las intimidades. Julián se dejó arrastrar, admirado del cambio operado en su madre. Y no solo a causa de su piel rozagante y luminosa, en la que los ojos destacaban como aguamarinas, sino también por el modo en que vestía, que hablaba de la influencia de Brunilda Marconi: colores claros, faldas menos armadas y algo más cortas, líneas sencillas y elegantes que la rejuvenecían. Él tenía mucho que agradecer a la huérfana del Tandil.

El mentado té se tomaba en la misma habitación donde cosían. La criada ya estaba aleccionada, y traía una mesa rodante repleta de confituras y tazas servidas con lo que a cada una le gustaba. Se quedó perpleja ante la figura del patrón.

—No se qué prefiere el señor —titubeó.

—Mi hijo suele tomar chocolate —intervino Inés—, a menos que hoy nos acompañe con un té de bergamota.

—Puedo soportar eso, sí —accedió gustoso Julián, y guiñó un ojo a la criadita, que desapareció entre sonrojos.

Aunque no era la primera vez que se veía rodeado de mujeres, Julián se sentía algo nervioso a causa de la proximidad de Brunilda. Ella se mostraba callada y permitía que las otras acaparasen la conversación. Laura Rossini participaba, al igual que Evelyn, y Julián notó que la antigua doncella se veía relajada, quizá porque ya no la desvelaba la salud de la patrona.

—Hemos montado un pequeño taller aquí, Julián. Como podrás ver, las chicas cosen todo el día. Laura se ocupa del planchado de las prendas una vez terminadas, y Evelyn de recibir a las señoras que vienen a probarse los modelos. Marcos es el encargado de llevar los pedidos y Leona acompaña a la criada cuando es necesario servir el té mientras aguardan su turno. Todos tienen una tarea, salvo el pequeño Bruno y yo, que nos ocupamos de mimar a Fígaro y evitar que salte sobre el regazo de alguna dama.

—¿Fígaro?

—Parece que ya no me da alergia —dijo doña Inés con candidez— y es tan bueno, que ni siquiera le molesta que suene la aldaba durante toda la tarde.

—Las cosas han cambiado por aquí —se limitó a comentar Julián.

—Doctor Zaldívar, ¿sabe usted de alguien que viaje a Norteamérica en estos días?

—¡Rini! —la amonestó Brunilda.

—Solo pregunto, por si acaso.

—En verdad no lo sé, pero puedo averiguarlo. ¿Qué se les ofrece de aquellos lares, señoritas?

—Una Singer. Son la revolución de la costura. Hacen en una hora el trabajo de varias obreras. Tienen una aguja vertical que baja y sube, así —y Rini hacía la mímica del adelanto que Isaac Merrit Singer había agregado a las máquinas de coser diseñadas años antes.

Julián lo pensó con seriedad.

—Suenan interesantes. Y para ustedes sería de gran ayuda. Permítanme indagar entre mis amistades. Si hay alguno que puede hacer ese viaje, preguntaré.

—Gracias, doctor —sonrió Rini.

—¿Y cómo va tu trabajo, hijo?

Julián se acomodó en su silla y dejó el bastón en el respaldo.

—Pasan muchas cosas desagradables en la ciudad, y a menudo nos sentimos derrotados, aunque cada día arremetemos con más fuerza.

—Supe por la señora de Lafuente que estabas representando a unas pobres desdichadas que fueron expulsadas a empellones de un burdel de Lavalle.

Que su propia madre mencionase ese tema con total frescura fue una sorpresa para él.

—En efecto, se trata de tres mujeres que fueron traídas con engaños y a las que el matrimonio de polacos que regentea el sitio no quiere devolver sus prendas ni

tampoco sus señas de identidad.

—Pobres —musitó Brunilda, compasiva.

Julián le dedicó atención.

—Están decididas a demandarlos y a encauzar sus vidas. Para eso estamos nosotros. Creo que la ley de sanidad tiene cierto mérito, aunque no soluciona el tema de fondo. Estamos pensando en elevar un proyecto al Congreso.

—¡Doctor, usted será famoso algún día! —se admiró Carmina.

Laura se hizo eco de los elogios.

—Mi hijo siempre fue así —comentó orgullosa doña Inés—. Yo sabía que acabaría por comprometerse con el país, y su padre también lo sabe.

Un poco incómodo, Julián buscó un pretexto para cambiar de tema, y en ese momento la criada apareció para entregarle una misiva.

—Es para usted, señor, lo trajo un sirviente de los Balcarce.

Preocupado al pensar que podía suceder algo a sus amigos, Julián se apartó y leyó con rapidez. Elizabeth lo llamaba con urgencia a la casa del suburbio. Pétalo había dado a luz y era necesario que fuese.

—¿Qué ocurre? —Brunilda acudió a su lado al verlo empalidecer.

—Es sobre Pétalo, la joven china de la que te hablé. Parece que acaba de tener a su niño.

Brunilda se quedó petrificada al escuchar eso, y Julián se apresuró a aclarar:

—Es hijo de mi amigo Adolfo Alexander, se casaron cuando me vine a vivir al centro. Temo que haya habido algún problema, o no me llamarían con tanta urgencia. Elizabeth parece desesperada.

Brunilda leyó el papel y compartió los resquemores de Julián:

Nació el hijo de Xiang-Bo. Por favor, no demores.

—Te acompañaré.

—No es necesario, quédate o mi madre sospechará algo. No le conté nada de esto.

La súplica de Julián la enterneció. Ella podía entender el silencio de un hijo para no provocar dolor o disgusto, y fue esa misma comprensión la que la llevó a insistir.

—Le diré que la señora de Balcarce me mandó llamar por un pedido. Es algo posible, dado que somos amigas y ella está atendiendo a un bebé.

—Está bien. Ve por tu bolso y trae con disimulo unas telas y una manta. Ignoro qué preparativos habrá hecho Pétalo. Y Adolfo no tendrá cabeza para nada. Creo que este bebé se adelantó, la fecha debía ser más adelante.

Compungido y lleno de premoniciones, Julián salió en busca del coche, luego de dar precipitadas excusas a las mujeres. Había cumplido con su promesa y conseguido un trabajo regular a Adolfo como colaborador permanente de *La Nación*. Sus críticas literarias habían causado buena impresión y por fin su amigo se encontraba mimado por esa misma sociedad a la que despreciaba. Por lo que Julián sabía, las cosas iban

bien en la casita, con Pétalo dedicada a los quehaceres, al huerto y a esperar a su hijito. Él había calculado que el tiempo alcanzaría para buscarles también una comadrona y un médico. Este nacimiento prematuro lo cambiaba todo.

Al subir al coche, Brunilda le apretó el brazo y murmuró:

—Todo irá bien, no te aflijas.

Julián agitó las riendas y le agradeció el gesto, aunque en su interior bullían turbias sensaciones.

Apenas supo llegado el momento, Pétalo preparó con tranquilidad lo que consideró necesario para recibir a su hijo. Adolfo era más estorbo que ayuda en esos menesteres, y ella no temía enfrentar el parto sola. Era una guerrera por su sangre y triunfaría en esa batalla, así como en las otras que hicieron de ella una sobreviviente. Los meses transcurridos en soledad con el indigno la habían protegido con una coraza. El amo ya no la deseaba, y otro hombre la amaba. Pétalo amanecía cada día con la disyuntiva de aceptar el destino que le había tocado, o rebelarse contra él, y a medida que el vientre se volvía prominente, la decisión se decantaba por la compañía de Adolfo. El poeta seguía siendo un amantísimo esposo, como ella nunca tuvo. Delicado, firme, respetuoso de sus silencios, le daba el respiro de quedarse sola cuando él iba a la ciudad a presentar sus escritos. Más no podía pedir, dada la situación en que se había colocado.

Una noche, mientras bebían el té después de cenar, Pétalo sugirió lo que marcaría para siempre el rumbo de sus vidas. Si el indigno aceptaba seguiría con él, y si no, se marcharía sola. Adolfo había quedado estupefacto. Ella pudo percibir el desencanto mezclado con algo de ilusión. Pétalo le ofrecía una vida nueva a cambio de desechar la que tenían. Si él la amaba como decía, tendría que tomarla.

Cerró todas las ventanas y preparó un té de jengibre que mantuvo caliente sobre el brasero. También machacó unas semillas de opio y las hirvió. Luego, cocinó unos huevos que Adolfo le había traído de chacras vecinas. Debía fortalecer su sangre antes del alumbramiento. Se lavó con agua perfumada y cambió su traje por una túnica azul. Arrojó al suelo las mantas de su catre y se acostó sobre ellas ovillada como un bebé. Los dolores no tardarían en llegar, y así podría controlarlos mejor. Pétalo sabía que el cuerpo de la mujer embarazada se enfriaba y debía contrarrestar esa temperatura con brebajes y comidas calientes, así como suprimir las corrientes de aire. Sabía también que perdería sangre y habría que sustituirla con alimentos ricos en ella. Por eso ordenó a Adolfo, no bien lo vio en el umbral:

—Trae carne, mucha.

El hombre se alarmó al verla en el suelo.

—¿Estás bien? ¿Qué ocurre? —Y de golpe, al notar los calderos humeantes—. ¿Ha llegado el momento?

—Trae lo que te pido, mi señor.

Adolfo huyó de la casita y se dirigió a la mansión de los Balcarce, pues la señora había tenido un bebé y estaría familiarizada con los partos.

Pétalo sintió el primer cuchillazo de dolor. Calló, con los labios apretados. Aunque nadie la oía, recobró las enseñanzas de su educación china, que no veía con buenos ojos quejarse. Soportó los siguientes dolores de parto con la concentración de un guerrero, la mandíbula y los ojos cerrados, respirando con normalidad entre uno y otro espasmo. Jamás pensó que su hijo pudiera ser niña. Desde el primer síntoma de concepción ella supuso que aguardaba un varón, por el deseo de contentar al amo al principio, y luego a raíz del desprecio que generaba el nacimiento de las niñas en su país. Ella era la prueba viviente de eso. Tan segura estaba, que antes del nacimiento separó la cinta de seda roja para anunciarlo, según la tradición. Recién después se dispuso a parir. Al cabo de unos cuantos pujos, salió del cuerpo de Pétalo el hijo diminuto, arrugado como una uva pasa. Ella lo levantó con pericia, lo lavó con el agua tibia, lo envolvió en una manta que había preparado cerca del lecho y bebió el té de jengibre y comió los huevos que sobraron. Mientras esperaba a su señor con la carne, tomó también el té de opio, pues empezaba a sentir las molestias del puerperio. Sin mirar al recién nacido, se entretuvo en trenzar la cinta roja y en escribir una nota que colocó debajo. Se movía con la seguridad que le dictaba su sentido práctico, sin manifestar ternura hacia el niño ni tampoco debilidad. Las cosas debían hacerse.

Adolfo entró como un céfiro helado, con el semblante descompuesto.

—¡Ya vienen! —exclamó.

—¿Quiénes?

—La... la señora de Balcarce, me dijo que enseguida estaría aquí. Pero... ¿Ya nació?

Pasmado, el hombre se inclinó sobre el cajón de verduras donde Pétalo había colocado al bebé. Era minúsculo, parecía una comadreja. Adolfo no sabía si tomarlo en sus brazos, la mirada de su mujer lo paralizaba.

—¿Por qué llamaste a esa gente, mi señor? ¿Te dije, acaso, que los necesitaba? Ahora deberemos darnos prisa, pues no deseo hablarles.

—Ellos son buenas personas, Pétalo. Se preocupan por nosotros. En cuanto al niño... Porque es varón, ¿verdad?

—Por supuesto.

—¿Sigues pensando que...?

—¿Cambiaste de parecer, mi señor? Es ahora que debes decidirte.

Adolfo contempló a la arrugada criatura que se removía bajo las mantas. Era tan chiquito que apenas ocupaba el lugar de una fruta en el cajón. Él no había soñado con hijos, e incluso en esos días de relativa paz, tampoco estaba seguro de querer tener esa responsabilidad. Su mundo era Pétalo. Distante a veces, gentil otras, y siempre complaciente, era la mujer que podía disipar sus nieblas de tormento.

Le había prometido cumplir con lo pactado y no iba a volverse contra ella.

—Hagamos lo convenido —dijo en voz baja, y prefirió no levantar al hijo.

Pétalo hizo todo lo planeado durante los meses de embarazo: en medio de la cocina templada puso el cajón de verduras con su preciosa carga tapada con varias mantas, y un brasero a cierta distancia. El mensaje en papel sobre el piso, con la trenza roja y un cofrecito con recuerdos de su vida. Sería la herencia de su hijo. Sin derramar una lágrima, apagó los fogones y dejó todo como estaba, armó un bulto con su ropa y sus enseres y arrastró el baúl preparado con anticipación.

—Despídete.

El poeta dirigió una última mirada al cajoncito y salió para atar el baúl al tiro del caballo. Que Dios lo perdonara, si es que se acordaba de él.

Elizabeth y Livia realizaban preparativos bajo la mirada severa de Francisco. Habían recibido la visita de Adolfo Alexander en tal estado de desesperación, que temieron lo peor cuando se alistaron para socorrer a Pétalo. Elizabeth pidió a Cachila que separara varios paños de algodón grueso, cargó una jarra para hervir agua y preguntó a su madre qué aconsejaba para mitigar el dolor del parto. La anciana señora, contenta de poder cuidar de Francisquito durante la ausencia de la madre, impartió algunas recetas de consuelo y manzanilla.

El coche de los Balcarce llegó cuando ya no había huellas de Adolfo ni de Pétalo. La puerta estaba sin llave, cosa que extrañó a Elizabeth, y al descubrir al bebé en su improvisada cuna, las dos mujeres soltaron un grito que alarmó a Fran. Entró llevado por los demonios, temiendo que ante ellas se ofreciese un cuadro desgarrador, y en cambio vio a su esposa que sostenía al recién nacido como si fuese a romperse, en tanto que Livia revisaba la cocina en busca de algo para darle.

—¡Lo han dejado solo! —exclamó consternada Elizabeth.

Fran buscó en todos los rincones de la casa y no encontró rastros de sus ocupantes. Livia le mostró un papel garabateado con caracteres chinos.

—No entiendo lo que dice.

Fran supuso que aquel mensaje iba dirigido a Julián. Él entendería, puesto que entre sus viajes y la convivencia con la joven china, algo sabría del idioma.

—Hay que buscar un ama de cría —dijo Livia mientras espiaba el rostro amoratado del bebé entre los pliegues de la manta—. Por ahora, calentaré agua azucarada.

Fran cerró la puerta y se dispuso a enfrentar la ira o la pena de su amigo, pues cuando viese el regalo que aquella muchacha le había dejado, una de las dos cosas acabaría con él. Se preparó para lo peor.

El llanto del bebé sonaba desgarrador cuando Julián y Brunilda se detuvieron ante el porche. El sol reverberaba en las peonías del jardincito y sin embargo, la casa estaba cerrada a cal y canto. Intrigado, Julián golpeó y al no recibir respuesta, movió el picaporte. La escena que se desplegó ante él sería inolvidable.

Elizabeth cargaba a un bebé chillón en el sofá, y mientras intentaba conformarlo con su dedo mojado en azúcar, tarareaba una vieja tonada irlandesa. Livia iba y venía de la cocina con paños calientes que agregaba al envoltorio del niño, en tanto que Francisco alimentaba el brasero con bosta de oveja. La casa hervía de olores y vapores como un sofocante invernadero, pero las mujeres estaban convencidas de que así debía ser, pues no abrían las ventanas.

Elizabeth lo miró con tristeza y Fran se acercó para palmear su hombro.

—Tranquilo, parece que ella decidió irse.

—¿Irse?

—Y dejarte el niño. Toma —y Fran le alcanzó el papel con la trenza de seda roja.

Julián leyó atontado los caracteres una y otra vez, sin acabar de entender, hasta que a fuerza de manosear el papel tuvo que aceptar que Pétalo le había hecho su última jugarreta: abandonar al niño. Pero ¿y Adolfo? Del otro lado, un renglón escrito en castellano le aclaró esa duda: *Perdona, amigo, me rindo a mi destino.*

—¡Insensatos! —bramó Julián, con el corazón en un puño—. ¿Cómo pueden abandonar a su hijo?

—¿Qué te dice en la carta, Julián?

Para calmar la ansiedad de Elizabeth, él leyó en alta voz:

—Cuida del niño que te dejo, mi señor, como si fuese tuyo, para que él disfrute del beneficio de tu nombre. El indigno y yo decidimos iniciar una nueva vida donde nadie nos conozca ni sepa de nuestro pasado. Es mejor así, ya que ninguno de los dos quiere tener un hijo ahora. Cuando las estaciones pasen y otro varón venga a nuestras vidas, volveremos para que conozca a su hermano. Pero no para arrebatártelo, mi señor, porque en mi corazón, siempre debiste ser el padre.

—¿Quién es el indigno? —preguntó Elizabeth con asombro.

—¡El imbécil de Adolfo! —gritó Julián fuera de sí, y descargó un puñetazo que dejó una marca en el encalado de la pared.

Brunilda se asustó ante la furia que él era capaz de demostrar. Se había mantenido apartada mientras en su mente se formaba con rapidez una idea de todas las posibilidades. Ver a Julián transido de angustia frente al abandono de un hijo le dio la dimensión del padre que podría llegar a ser si su mal tuviese cura, y ese pensamiento la llenó de orgullo. También la afligió saber que ninguna madre acunaría a aquel bebé en sus primeros meses, y que al crecer sabría que había sido desechado como un objeto. Otros niños sufrían parecida suerte, para eso estaba el Asilo de Niños Expósitos, pero este era un bebé con nombre, nacido de la mujer a la que Julián salvó de una vida de oprobio. ¿Cómo pudo abandonarlo? A pesar de que era el hijo de Pétalo, y que los celos hacia ella la habían acicateado durante tanto tiempo, un

inexplicable cariño creció en su pecho hacia el pobrecito. Se aproximó a Elizabeth y levantó la punta de la manta para conocerlo.

—Qué lindo es... —musitó.

Elizabeth se apresuró a mostrárselo completo. El bebé era tan pequeño que no parecía humano, aunque sus rasgos se delineaban con precisión, como en una acuarela china: ojitos rasgados, pelusa mojada en la coronilla, un tinte mate en el cuerpecito flaco, desamparado y a la vez vigoroso para llorar y batir sus puños.

—¿Qué harás? —lo apremió Fran.

Julián se debatía entre la piedad y la furia. Podía entender a Pétalo, la había conocido lo suficiente como para penetrar en el fondo de su alma oriental, donde el sentido práctico de lo que debía hacerse anulaba toda otra consideración. Además, comprendía su patético anhelo de retenerlo junto a ella, si bien no lo compartía. En cuanto a Adolfo... toda su rabia se concentraba en él. ¿Cómo había sido capaz, sabiendo que era carne de su carne? Tan luego él, que había sufrido el desplante de su familia de sangre. Era cosa del destino, como él decía. Nacido para vivir sin raigambre. Él mismo creyó poder vivir así cuando su destino dictaba otra cosa: había regresado, anudado sus lazos con la familia que lo amaba, con la sociedad que no lo olvidó, y también fue capaz de crear nuevos vínculos. Miró a Brunilda, que a su vez lo contemplaba en su habitual silencio.

—¿Qué piensas? —le espetó.

Todos la miraron, sorprendidos de que se le pidiese opinión en un asunto tan íntimo. Brunilda volvió sus ojos al bebito y extendió los brazos para que Elizabeth le permitiese cargarlo. Una vez que lo sintió latir contra su pecho, miró de nuevo a Julián con la decisión pintada en el rostro.

—Quédatelo. Yo te ayudaré a cuidarlo.

Julián la atravesó con su mirada clara, fija y fría como tantas veces, aunque en esta ella leyó una afirmación desesperada. «No es mi hijo, nunca tendrás uno mío». Muy consciente de lo que significaba su respuesta, Brunilda sonrió.

—Lo criaremos juntos, como si fuese nuestro.

—Eso significa muchas cosas —terció Fran, que intentaba aplacar el ánimo de su amigo.

—Sí —dijo Julián con aire decidido—. Significa que desposaré a Brunilda, si ella me acepta.

—Acepto —repuso Brunilda con el corazón en un brinco.

—¡Julián!

La auténtica alegría de Elizabeth se opacó por el llanto del niño, que no admitía dilaciones en el tema de su alimento. Livia rebuscó entre los cacharros de la cocina y dio con el té de opio. Antes de que pudiese recogerlo, escuchó que Fran comentaba:

—Cómo apesta este sitio... ¿A qué huele?

—A infusiones de hierbas —contestó la mestiza.

De pronto, el propio Julián salió de su ensimismamiento para decir:

—Huele al té que Pétalo me daba todas las noches.

Elizabeth consultó la mirada de su discípula.

—¿Lo conoces, Livia? Su abuela era curandera —explicó a los otros.

Livia, que ya había descubierto las semillas la vez anterior, dijo:

—Es de una adormidera que se usa para apaciguar el dolor, causa sueño y se pierde la noción de uno mismo. Lo habrá usado para los dolores de entuerto.

Julián se abalanzó sobre ella y la obligó a mostrarle lo que decía. Se quedó mirando esas semillas remojadas de aspecto lechoso. En su mente, las cosas comenzaron a cobrar sentido: la agradable sensación que le provocaba Pétalo cuando lo asistía con sus masajes y le servía un té relajante, haciéndole olvidar sus dolores y la tortura de sus recuerdos; la cabeza pesada, la falta de imágenes en su sueño, el sabor desagradable al día siguiente, la necesidad que él creía tener de ella cuando en realidad ese vínculo estaba teñido por la droga... Qué ingenuo había sido al tomarla por una joven desahuciada, Pétalo tenía más recursos de los que él había podido imaginar.

—Debe de haberte suministrado la dosis justa para que no notaras dependencia —observó Fran, impresionado—. Amigo, creo que nos hemos librado de una verdadera arpia. Me pregunto cómo hizo para proveerse del opio.

—No me extrañaría que lo hubiese plantado en el huerto, era aficionada a los cultivos.

—¿Ella también lo usaba? —Se preocupó Elizabeth—. Por el niño...

—Sus efectos no se trasladan —la tranquilizó Julián—. Además, la mayoría de los chinos lo fuman y yo le prohibí hacerlo, así que es probable que no haya alcanzado la dependencia. Ahora es un tema de Adolfo. No me asombraría que entre los dos habitasen un fumadero.

—Echemos un manto de perdón sobre todo esto —dijo de pronto Brunilda—. La muchacha eligió abandonar a su hijo, pero pudo haberlo matado incluso antes de nacer, y tu amigo encontró por primera vez algo por qué vivir. Creo que les has dado algo, Julián, quizá no lo que nosotros estimamos valioso, pero aun así, son dueños de sus elecciones.

—Parece que las clases de mi esposa sobre la determinación de las mujeres han echado simiente —comentó Fran.

Julián ignoró el sarcasmo y contempló a Brunilda. Era cierto que estaba distinta. Su temperamento seguía siendo apacible, y no obstante, traslucía una firmeza en su carácter que resultaba novedosa. Había elegido bien.

—Vamos, o este niño nos odiará por privarlo de su alimento. Propongo que lo llevemos primero a casa para atenderlo junto a Francisquito, eso facilitará las cosas. Ya cuando se resuelva la fecha de la boda y otras cuestiones afines, podrán llevárselo. Ayúdame, Livia, veré qué más puedo encontrar acá que nos haga falta.

Elizabeth, que también poseía sentido práctico, se arremangó para lidiar con la pequeña mudanza de la casita del suburbio. Livia la secundó, mientras Brunilda

acunaba al bebé con cariño bajo la mirada tierna de Julián.

Un hijo. Cuando menos lo esperaba. Y una esposa, la que le estaba destinada.
Por fin se sentía un hombre completo.

—¿Qué le diremos a tu madre?

Julián conducía el coche con Brunilda a su lado, sintiéndose por primera vez libre de su pasado. Ella había conservado su habitual silencio respetuoso, aunque él no precisaba de sus palabras para sentirla cerca.

—La verdad a medias: que Elizabeth llamó, lo cual es cierto, y que hemos decidido casarnos porque descubrimos que estamos hechos el uno para el otro. También es cierto.

Ella se arrimó más al hombre para sentir su calor. Quería atesorar el recuerdo de ese momento en que Julián Zaldívar, el señorito que antes la intimidaba, la había necesitado al punto de consultarla sobre un asunto crucial en su vida. Ese instante, más que la declaración de matrimonio, había sido el decisivo.

Julián detuvo el coche antes de llegar, bajo el ramaje de unos sauces que bordeaban el arroyo. La tarde se prolongaba, tibia y perfumada, y las aves se guarecían trinando entre las hojas. El aroma de los yuyos, las nubes de cardos que el viento trasegaba de un lado a otro, ese renacer de la temporada era reflejo del propio renacer del alma de Julián. Sospechaba que para Brunilda significaba lo mismo. Ambos renacían de las cenizas del pasado y lo hacían juntos, apoyándose uno en el otro, entendiéndose sin más discurso que una mirada o un roce. Julián necesitaba más que eso en ese momento.

Ocultó el carro y animó a Brunilda a descender.

—Ven, disfrutemos de un rato de soledad antes de dar la noticia. Ni te imaginas el revuelo que causará en mi madre.

Ella lo siguió hasta el límite, donde la manzanilla se alternaba con islotes de berros de profundo verdor. Era un rincón mágico, aislado del mundo. El riacho arrastraba juncos en los que se posaban mariposas amarillas. Julián se acuclilló y con un palito capturó una corola de campanilla violeta.

—Para la novia —dijo con picardía, y se la colocó en el cabello.

Aprovechó el movimiento para acorralarla con ambos brazos contra el tronco del sauce. Ella lo miraba entre la sorpresa y la complacencia.

—El último beso —pidió él.

—¿El último?

—Puedo asegurarte que así será. Apenas demos la noticia, madre organizará una boda por todo lo alto en la que seremos más víctimas que protagonistas. Hazme caso.

Apoyó sus labios sobre los de Brunilda en un leve roce que estremeció a la joven. Lo había extrañado. Julián dejó que su cuerpo también se afirmase y ella notó que estaba excitado, quizá desde antes de bajar del coche. A pesar de la luz del día y del

sitio, Brunilda permitió que su futuro esposo deslizase la mano bajo su falda. Entreabrió las piernas para darle paso, y él la acarició en ese lugar íntimo que le pertenecía. Disfrutó de la expresión de abandono de la mujer que amaba, y de la promesa que ese abandono significaba.

—Mírame —ordenó con suavidad.

Brunilda abrió los ojos y se encontró con un Julián tan vulnerable, tan amante y entregado, que las lágrimas afloraron bajo sus párpados.

—No llores, mi amor. Somos felices, ¿o no?

—Por eso lloro...

—Nada de lágrimas —y besó el surco que había empezado a correr por su mejilla.

Julián ahondó su presión en la cavidad de ella para que sintiese su erección, y al mismo tiempo la levantó sobre el tronco, para que no tuviese forma de resistir. Así, empalada contra el sauce, Brunilda quedaba a su merced. Él la sostuvo con un brazo mientras con el otro la despojaba de su ropa interior.

—Shhh... nadie nos verá —se anticipó a la protesta de ella y usó ese pretexto para besarla con profundidad, lamiendo sus dientes y buscando con su lengua los recovecos que aún no conocía. Brunilda gimió, derrotada, y enlazó la cintura del hombre con sus piernas. Él soltó un gruñido de satisfacción. Con rapidez liberó su miembro y acarició con él las ingles hasta que la humedad que lo cubría le dijo que estaba lista para él.

—Mía... desde siempre y para siempre —dijo con voz ronca, y la penetró con un solo movimiento, tan profundo que a Brunilda se le cortó la respiración.

Julián se movió con suavidad hasta que la sintió relajada, entonces aceleró los embates que semejaban corcovos, y las ramas del sauce se estremecieron, aunque continuaron protegiéndolos en su intimidad hasta el final.

—Te amo, Brunilda —jadeó él, cuando todo hubo acabado y aún la sostenía a centímetros del suelo.

—Te he amado... desde hace tiempo —confesó ella.

—Esos silencios tuyos van a volverme loco.

Él se deslizó hacia afuera y le acomodó la falda antes de soltarla. Luego se guardó la ropa interior debajo de la chaqueta. Sonrió con inocencia ante la expresión escandalizada de ella.

—Se está volviendo costumbre —dijo.

Una vez que retomaron el camino hacia la ciudad, Julián comentó al pasar:

—¿Cómo será hacerte el amor sobre una cama?



EPÍLOGO

Iglesia de San Miguel Arcángel, Buenos Aires

Desde un sencillo pretil que coronaba la áspera fachada, la imagen del Santo Arcángel custodiaba la entrada de los fieles al antiguo templo. Un azul purísimo destacaba en lo alto de la torre, apodada «la chismosa» en los tiempos de guerra contra Urquiza.

Esa esquina de la Piedad y Suipacha se hallaba atiborrada de público que acudía al casamiento de uno de los solteros más codiciados de Buenos Aires. La puerta lateral de madera tallada ya había dejado entrar al novio, de riguroso frac. Los asistentes aguardaban la llegada de la novia, pues la fama de Brunilda Marconi como modista de vanguardia se había difundido por toda la ciudad. Las niñas ansiaban inspirarse en su vestido para sus propias bodas.

—¡Allí viene! —chillaba una.

—No, es el carruaje de doña Inés.

—La madre ya está adentro, zonza, es el coche de los Balcarce.

—Ay, ojalá que hayan traído al niño, está divino...

—El que dicen que vendrá es el otro —susurró una de las muchachas—, el que adoptó el doctor junto con la novia.

—A mí no me parece, pero ellos sabrán lo que hacen. Mira que cargarse con un huérfano desde la boda...

—¡Calla, María Luisa, tienes la lengua como pico de avispa!

Imposible eludir el chismorreo ante un casamiento tan singular, en el que la novia carecía de familia y de antecedentes, y el novio había decidido empezar su vida de casado con un hijo. Por mucho menos que eso se agitaban los corrillos de la alta sociedad. Se especulaba también con la figura del padrino, y esa entre otras era la razón de la presencia de tantas damas en el atrio, en lugar de ocupar sus sitios en la nave del templo.

El padre Manuel Velarde, párroco de San Miguel, aguardaba con paciencia desde el púlpito, bajo la dorada imagen del Espíritu Santo, a que se cumpliesen los ritos profanos para dar lugar a la ceremonia. El novio esperaba en la sacristía nervioso, como debía ser. Los bancos de las primeras filas rebosaban de amigos y familiares cercanos, en tanto que los laterales se completaban con amistades y relaciones de compromiso. Nadie quería pasar desapercibido en un casamiento de campanillas. Los caballeros de relumbrón lucían con empaque sus cuellos almidonados y sus coletas, mientras que las señoras ostentaban sus joyas y sus mejores trajes. La iglesia toda era un enjambre colorido y rumoroso, y el espíritu festivo se combinaba con la solemnidad de la ocasión.

—Se nos casa, quién diría —murmuraba la señora de Lezica sacudiendo la cabeza y el abanico, y en su comentario se filtraba la desilusión por el fracaso de Consuelito.

Julián Zaldívar habría sido un buen yerno.

—Los hijos crecen y nos abandonan, querida —agregó una comadre—. Inés debe de estar soñando con los nietos, porque era hora de que el joven sentara cabeza. Tanto viajar por el mundo, y al final...

—¡Escuchen! Parece que ya viene.

El órgano elevó en el aire denso los acordes de la marcha nupcial de *Lohengrin* y la doble puerta de cuarterones se abrió para dar paso a la mujer que desde ese día tendría el derecho de ostentar el apellido Zaldívar y mezclarse con la alta sociedad. Suspiros desconsolados, rumor de voces admiradas, y Brunilda Marconi entró al templo del brazo de don Armando Zaldívar.

Julián la contemplaba avanzar, envuelta en el resplandor de los vitrales de Bordeaux, con su flequillo dorado y su busto erguido. Un fresco de Santa Cecilia y otro del Arcángel señalando el paso de los ejércitos celestiales la escoltaban. Entre amorcillos y querubines, Brunilda Marconi hizo su entrada por la puerta grande de la aristocracia porteña. Armando era un espléndido padrino. La llevaba con firmeza, impedía que sus pies tropezaran con el ruedo del vestido o los pliegues de la alfombra, y le infundía el ánimo que necesitaba para enfrentar a tantos rostros expectantes. Satisfecha la primera curiosidad, las damitas que aguardaban en el atrio habían entrado en tumultuoso montón, y formaban un coro admirado ante la serenidad de la novia y la apostura del suegro. Más de una matrona envidiaba la suerte de doña Inés, al conservar un marido que todavía provocaba cosquilleos.

—Dicen que fue la novia quien lo eligió de padrino.

—¡Si no tiene a nadie! Es huérfana, la pobre.

—Se ve que don Armando la aprecia, miren cómo pone su mano sobre la de ella.

—Lo raro es que doña Inés también está contenta, y eso que era muy exigente con las que pretendían al hijo. Se ve que la chica consiguió conquistarla.

—Es que es su amiga, vino desde Italia.

—Las malas lenguas dicen que antes fue su sirvienta.

—Qué se le va a hacer —suspiró con resignación alguien—, tendremos que habituarnos a estos matrimonios con gringos...

—¡Pero qué vestido, Madre Santa! Es una preciosura.

Brunilda se deslizaba entre los comentarios como una visión celestial de pálida tez y ojos negros. Una diadema de narcisos rodeaba su coronilla y descendía en un velo de encaje a sus espaldas. Julián pensó que ninguna otra flor podría haber representado mejor la esencia de Brunilda: sencilla y radiante. Aquel velo valenciano era la única concesión al romanticismo barroco, pues el resto del traje era de raso de seda liso, y se ajustaba a la silueta de la novia sin otro recurso que una faja plisada que remataba en un lazo. La falda acampanada dejaba ver las puntas de los zapatitos de satén y luego se demoraba en una cola pequeña. Las bocas de las damas se

abrieron en graciosa mueca al comprobar que Brunilda no usaba corsé ni polisón, y que no precisaba de volados ni frunces para realzar su figura. Aquel traje de novia era muy audaz, muchas temían no poder copiarlo.

Julián la miraba con tanto amor, que su madre sintió un nudo de emoción al comprender que por fin su hijo había recuperado la alegría en su vida. Doña Inés, enfundada en un traje gris perla con cuerpo sin mangas cubierto por otro de seda labrada con puños franceses, impactaba por su distinción. Su peinado, entretejido con perlas, fue el comentario de toda la concurrencia femenina. La madre de Julián gozaba de la alegría de volver a ver a su esposo después de tanto tiempo. Armando había regresado de un talante nuevo, atento y cariñoso, prometiendo hacerle compañía durante el viaje de bodas de los jóvenes. Él también experimentó sorpresa al ver a su esposa renovada, sin los achaques a que los tenía acostumbrados, feliz de organizar el casamiento del hijo. Se había producido un cambio y Armando estaba intrigado, sentía curiosidad por conocer a esa Inés rejuvenecida y sonriente, que llevaba con orgullo sus canas y no le hacía reclamos por su ausencia. Tal vez, se quedase en la ciudad más de lo previsto.

El sermón del párroco les llevó también la bendición del arzobispo. Un coro de monaguillos entonó un aleluya cuando intercambiaron los anillos, el de Brunilda con un rubí en alusión a la famosa frase sobre la valía de las mujeres virtuosas. Los novios se dirigieron miradas intensas durante la boda, y una comunión poco frecuente se hizo visible para los invitados. Aquel era un matrimonio por amor, no cabía duda.

Al salir, el vuelo de las campanas y la lluvia de pétalos que los recibió en el atrio, pusieron el punto final al lienzo que Brunilda y Julián habían ido bordando a lo largo de esos meses en que la duda, la desconfianza, el miedo, la pasión y por fin la entrega, los condujeron al hallazgo del tesoro más valioso: un amor forjado en la realidad y no en la mera ilusión, un sentimiento que sabía tanto de penurias como de valentía.

Un amor verdadero.

La mansión de los Zaldívar se colmó de gente esa tarde, y Brunilda conoció al *tout* Buenos Aires, pues la invitación había sido generosa. Los Zaldívar no habían reparado en gastos para el casamiento de su único hijo. Los mudos salones fueron desempolvados y los antiguos muebles de caoba lustrados con cera de abejas hasta relucir; cortinas y fundas se lavaron y tendieron al sol para devolverles la vida, y se compraron tapetes y alfombras nuevos para los pasillos. Hasta Fígaro tuvo que resignarse a ser cepillado y acicalado con una cinta en el cuello. Demostró su descontento escondiéndose bajo la encimera de la cocina, desde donde recibía a hurtadillas trozos de pastel de manos de la cocinera. La fiesta estaba en su apogeo. Julián se mantenía junto a Brunilda para presentarla ante aquellos que aún no la conocían. La joven demostraba un extraordinario temple frente a tantos rostros nuevos y tantos comentarios.

—¿Cómo te sientes, cansada? —le preguntó en un aparte.

—Un poco, pero feliz —fue la respuesta de ella, adornada con una sonrisa.

Sus ojos miraban al grupito que formaban Carmina y Rini, asediadas por dos mozos de buen ver. Uno de ellos era Dalmacio, el domador de la estancia. Brunilda le guardaba especial cariño, pues debía agradecerle que hubiera dado aviso a Julián de su paradero. Además, el joven frecuentaba la casa desde entonces, y sus modales esmerados y corteses tenían una sola destinataria: la polaquita. Cortejada con tanto afán, Rini era la más dichosa de las mujeres.

Cachila había acudido para aumentar el número de sirvientes que atendían a los invitados, y provocaba risas a su paso, sin duda debido a sus salidas y tropiezos. Elizabeth la vigilaba de cerca, mientras Livia cuidaba de Francisquito. El niño revelaba un carácter dominante y exigía con su dedo gordezuelo.

—Creo que tendrás problemas con tu hijo —dijo Julián al ver cómo Livia intentaba entretenerlo con un sonajero de plata.

—Me temo que es el destino de un padre. Nosotros no fuimos santos tampoco. Bah, en tu caso, medio santurrón... aunque te redimiste al final —contestó Fran.

—Ahora estoy santificado —replicó él— para toda la vida.

—Mmm... ¿Y qué me dices del pequeño mandarín?

El hijo de Pétalo y Adolfo se encontraba en los aposentos superiores al cuidado de Evelyn, que había desarrollado un amor maternal inusitado. Se ocupaba casi con exclusividad del bebé, lo cambiaba, bañaba, alimentaba y luego insistía en que era necesario pasearlo por las noches para que hiciese su digestión. Doña Inés nunca la había visto tan dedicada a un niño, ni siquiera cuando Julián era pequeño. Adolfo Agustín Mariano, como habían decidido bautizarlo bajo la advocación de la Virgen, llevaría el apellido Zaldívar, aunque Julián no negaría a los padres el derecho de verlo cuando quisieran. Dolfito prometía ser un personaje. Parecidísimo a su madre, poseía un fulgor en los ojos rasgados que recordaba los de Adolfo en sus momentos de inspiración poética. Crecía alegre y confiado, pasando de mano en mano en esa familia que de pronto se había vuelto numerosa, más por los vínculos del afecto que por los de la sangre.

—¿Irás a Europa? —quiso saber Fran.

—Le prometí a Brunilda una luna de miel en París. Quiero que visite las mejores tiendas de moda y que conozca de primera mano los figurines que apenas si conseguimos acá. Se entusiasmó tanto, que ya preparó una maleta solo con papeles de dibujo y carboncillo, teme quedarse corta a la hora de copiar modelos. Claro que si ella me escuchara, me retaría; dice que en la costura no se copia, se inspira y se inventa.

—Tu esposa te enseñará muchas cosas, amigo. Esto es solo el principio. Dicho sea de paso, este viaje a Europa, ¿tiene algo que ver con tu interés de consultar la nueva medicina?

Francisco supo del problema de Julián a raíz del suceso con Pétalo, y entendió el conflicto que lo asediaba desde entonces. Años de silencio y congoja quedaron

explicados a partir de esa confesión. Deseaba con fervor que hubiese una cura para el caso de su amigo.

—Lo había pensado, sí, aunque no albergó esperanzas.

—Yo, en cambio, creo en una posibilidad certera —y ante la sorpresa teñida de duda en el rostro de Julián agregó—: el doctor Ortiz, ¿lo recuerdas?

—El médico que te curó de la ceguera que te producían aquellos dolores de cabeza.

—Lo llamamos cuando Elizabeth se puso de parto. Yo estaba algo nervioso, no había pasado tanto tiempo desde la niña y Elizabeth se hallaba decaída. Él vive en Chile, como recordarás. Me gustaría que lo vieses, Julián, no cuesta nada y es otra opinión. Confieso que he sido siempre un hereje, pero mi cura me cambió la vida.

—Quizá... También pensé en pasar por Filadelfia en el viaje de regreso. Allí se han difundido las investigaciones de un tal James Marion Sims sobre diagnóstico y tratamiento con el uso del microscopio.

—Te tomo la palabra. Busca allá a los mejores médicos y cuando vuelvas, si es que no te han dado solución, iremos a ver al doctor Ortiz. Puede que incluso encuentre una cura para tu pierna, o al menos para tu dolor. Su concepción de la medicina es distinta, se basa en la homeopatía. *Primus non nocere*.

—Entiendo, curar sin dañar es lo primero. Interesante. Lo intentaría más que nada por Brunilda, y por mis padres. Sé que ellos esperan con ansias un nieto de su sangre, aunque están tan encantados con Dolfito, que... —Y se interrumpió porque una aclamación al pie de la escalera distrajo a todos.

—¡Aquí viene!

Evelyn descendía con el «pequeño mandarín», como le decía Fran, y lo mostraba ante los concurrentes. Muchos se alarmaban ante el aspecto oriental del niño, otros encontraban graciosa su carita ancha y sus ojos oblicuos. A nadie resultó indiferente el bebé de los Zaldívar, sobre todo porque sabían que, al regreso de la luna de miel, sus padres adoptivos lo llevarían a vivir con ellos. Livia, que había dejado a Francisquito en brazos de su madre para que lo amamantase en un cuarto privado, extendió los suyos y se apropió del niño. Brunilda se acercó para mimar a Dolfito, y la joven mestiza lo alzó con orgullo.

—Es chino, igual que yo —dijo, y todos rieron.

En la habitación más lujosa del Gran Hotel Argentino recién inaugurado, Julián y Brunilda acababan de vivir su primera unión después de casados. Un encuentro tempestuoso y dulce que los dejó exhaustos. Julián recorría con el índice el rostro acalorado de su esposa, y se maravillaba de la intensidad de su pasión. Si alguien le hubiese vaticinado que solo al regresar a su patria encontraría el amor, se habría reído en sus narices. Creía que le estaba negado desde hacía mucho, y tuvo que volver para comprender su error. Ese era el destino de un hombre, el que tantas veces cuestionó

en su pensamiento, el menos esperado, el que torcía el rumbo de las cosas establecidas. Acarició la desnudez de Brunilda ahuecando la mano en los sitios donde deseaba palpar su intimidad. Planeaba recorrer ese paisaje de curvas suaves durante toda la noche. Ya tendrían tiempo de descansar en el vapor a Europa.

Se encaramó sobre el cuerpo de la joven con audacia.

—Hoy voy a enseñarte algo, esposa mía.

Brunilda no imaginaba qué más podría experimentar con ese hombre que la había despojado para siempre de sus temores. Con suavidad y firmeza, Julián la había convertido en una muchacha que podía ofrecerse al ser amado como la primera vez. Atrás quedaba el horror del pasado, ante ella se abría un futuro lleno de promesas.

—Ahora sí, cierra los ojos —le dijo.

Se deslizó hasta que sus labios rozaron su pubis, y al advertir que se sobresaltaba como lo supuso, sujetó sus manos a ambos lados del cuerpo para inmovilizarla.

—Esto se llama beso profundo y aún no te lo había dado.

—No, no... no se puede.

—Sí se puede —y la lengua de Julián se introdujo en la cavidad todavía húmeda de Brunilda, que al cabo de unos momentos comenzó a latir de nuevo. Las sensaciones se agolparon con tanta rapidez, que los espasmos aparecieron antes de que ella pudiese entender qué había sucedido. Quedó perpleja y maravillada, con el cuerpo ruboroso y el cabello desparramado sobre las sábanas de hilo.

—Segunda lección: no dejar pasar mucho tiempo —y Julián la penetró con maestría.

Se mecieron al compás, mirándose a los ojos, bebiendo el uno del otro, y otra vez alcanzaron el éxtasis. El cuerpo de Julián reposó sobre el de Brunilda, y sus corazones siguieron latiendo juntos.

Quizá tuvieran hijos algún día, quizá no. De nuevo el destino, aunque ya no temerían a sus designios. Habían aprendido a tener confianza.

—Julián...

—¿Sí? —ronroneó él, adormecido.

—Yo también quiero enseñarte una lección.

Los ojos azules de Julián Zaldívar se despabilaron de inmediato, y una sonrisa curvó sus labios.



NOTA DE LA AUTORA

Las matanzas del Tandil son un enigma, por la saña con que se llevaron a cabo y porque no se supo con certeza quiénes las instigaron. Gerónimo Solané, apodado Tata Dios, uno de los tantos sanadores a los que la gente acudía, fue acusado de promover la masacre, aunque él mismo se sorprendió al verse vinculado con los hechos que se perpetraron en su nombre. Murió en la cárcel de manera sospechosa.

Todo lo dicho sobre los prostíbulos porteños está avalado por las investigaciones de Andrés Carretero, Ramón Cortés Conde y Nicolás Aguirre Pizarro, en las que me he basado.

El periódico llamado *El Puente de los Suspiros* existió, fue un pasquín que circuló en 1878, muy repudiado por la clase aristocrática debido a la índole de los asuntos que trataba. Lo adelanté en el tiempo para que Julián pudiese leerlo.

Cambié los nombres de las hijas de la familia Lezica por respeto a sus actuales descendientes, y porque quise que actuaran como convenía a la trama de mi novela.

Por último, Cachito y Huentru también existen, y son tal cual los describo en este libro.

AGRADECIMIENTOS

A mi hija Rosalía, que tradujo un libro sobre el té para que Misely pudiese utilizarlo.

A Sonia Cortés Conde, que una vez más demostró su generosidad al ofrecerme el libro de su propio abuelo, Ramón Cortés Conde, jefe de la Policía de Buenos Aires en otros tiempos.

A Claudia, de la Biblioteca de la Sociedad Rural Argentina.

A la escritora Yuyú Guzmán, historiadora de las estancias argentinas.

A Silvia Giurlani y Nayla Domínguez, por colaborar con material bibliográfico y por su eterno apoyo.

A Marina Inés Bussio y Héctor Edgardo Núñez Castro, los historiadores de mi barrio, Caballito, por amarlo tanto.

A Maricarmen Pérez Garrido, por su saber de la medicina china.

A mi esposo Guillermo, que sale en busca de los libros «difíciles». ¡Y siempre los encuentra!

A Gelly, siempre.

A Andrea Vázquez, que compartió sus secretos de costura conmigo.

A María José Zaldívar, que se considera «prima» del protagonista, por su buen humor y aliento constante.

A Inés Maidana y Lorena López, y a todos los lectores que desde el blog y el Facebook aguardaron con paciencia infinita a que Julián viera la luz, y me alentaron durante el proceso.



GLORIA V. CASAÑAS (Buenos Aires, Argentina, 1964), ciudad en la que vivió siempre.

Escribir es una actividad que la acompaña desde pequeña. Así fue acumulando poesías y cuentos que, de a poco, la llevaron hacia su género favorito, la novela.

Siempre dividida entre la escritura y el estudio, Gloria se recibió de abogada en la Facultad de Derecho de la Universidad de Buenos Aires, donde se desempeña como docente en la cátedra de Historia del Derecho Argentino. Pudo así satisfacer su otra vocación: la enseñanza.

Sin embargo, todo cuanto escribía permaneció en el más absoluto secreto hasta que, a raíz de su participación en foros de lectura, se atrevió a presentar la que fue su primera publicación, «En alas de la seducción».

A partir de esta novela, que fue muy bien recibida por los lectores, Gloria concentró sus esfuerzos en continuar por el camino que siempre había soñado recorrer, y volcó en sus libros tanto su interés por el pasado, como su amor por la naturaleza.

Hoy ha hecho de aquella pasión temprana una profesión.